
Cadena de Oro
CASSANDRA CLARE
LAS ÚLTIMAS HORAS LIBRO UNO
UNA NOVELA DEL MUNDO DE CAZADORES DE SOMBRAS
Autora bestseller #1 del New York Times y USA Today

Cadena de Oro

Estimado Lector:

El libro que estás por leer llega a ti gracias al trabajo desinteresado de lectores como tú.

Gracias a la ardua dedicación de los fans esta traducción ha sido posible, y es para el disfrute de los fans. Por esta razón es importante señalar que la traducción puede diferir de una hecha por una editorial profesional, y no está de más aclarar que esta traducción no se considera como oficial.

Este trabajo se ha realizado sin ánimo de lucro, por lo que queda totalmente prohibida su venta en cualquier plataforma. En caso de que lo hayas comprado, estarías incurriendo en un delito contra el material intelectual y lus derechos de autor, en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Las personas involucradas en la elaboración de la presente traducción quedan deslindadas de todo acto malintencionado que se haga con dicho documento. Todos los derechos corresponden al autor respectivo de la obra.

Como ya se mencionó, este trabajo no beneficia economicamente a nadie, en especial al autor. Por esta razón te incentivamos a apoyarlo comprando el libro original —si te es posible— en cualquiera de sus ediciones, ya sea en formato eBook o en copia física, y también en español, en caso de que alguna editorial llegue a publicarlo.

NOTA:

Este libro cuenta con una gran cantidad de guiños a todos los libros ya publicados, por lo que es recomendable haber leído todo el material de *Las Crónicas de los Cazadores de Sombras*, o al menos la gran mayoría. Quizá este punto no se considera obligatorio, pero sí aconsejable, pues eso garantizará una lectura más disfrutable, divertida y amena.

SHADOWHUNTERS CONTRA LA LEY

Miembros del Staff

Coordinadoras

Samn
Annie

Traductores

América
Angie_Hopes
Annie
Catnip129
D. Herondale
Halec
Lilly Sciutto
Mari Salazar
Michelle Polo
Pandora Apairie
Samn
Totty_Lovelace
Vale G
Ximena Shade

Editores

Annie
Freya
Halec
Samn
Tris

Edición de Portada y Fuente Tipográfica

Tris

Maquetación

Ed Silverland

Revisión Final

Samn



Una Traducción De
Shadowhunters Contra La Ley

LAS ÚLTIMAS HORAS

LIBRO UNO

Cadena de Oro

CASSANDRA CLARE

Shadowhunters contra la Ley

Para Clary (la auténtica)



PARTE UNO



Fue aquella una fecha memorable para mí, pues a ella debí grandes cambios en mi existencia. Pero en la vida de todos sucede lo mismo. Supongan que se suprime de ella un día determinado, y piensen cuán distinto habría sido. Los que están leyendo esto mediten por un instante sobre la larga cadena de hierro o de oro, de espinas o de flores, que nunca los habría sujetado de no haber sido por un primer eslabón que se formó en un día memorable.

—Charles Dickens, *Grandes Esperanzas*

Días Pasados: 1897

Lucie Herondale tenía diez años cuando conoció al chico en el bosque.

Al haber crecido en un lugar como Londres, Lucie nunca había imaginado un lugar igual a Brocelind. El bosque rodeaba la mansión Herondale, los árboles se unían en sus crestas como si murmuraran entre sí sigilosamente: de color verde oscuro en el verano, o dorado tostado en otoño. El musgo formaba un alfombrado tan verde y suave que su padre le habría dicho que servía como almohada para las hadas por la noche, y que las flores de estrella de la primavera que solo crecían en el lado oculto de Idris, servían como pulseras y anillos para sus delicadas manos.

Y claro, James le dijo que las hadas no usaban almohadas, ellas dormían bajo tierra y secuestraban a las niñas malcriadas cuando dormían. Lucie le dio un pisotón, y así, su papá la levantó en sus brazos y la llevó cargando a casa antes de que una pelea pudiera comenzar. James descendía del antiguo y noble linaje Herondale, pero eso no significaba que no aprovechara para molestar a su hermanita si la oportunidad se presentaba.

Unas horas más tarde en la noche, el brillo de la luna despertó a Lucie. Se vertía sobre su habitación como leche, dibujando blancas líneas de luz sobre su cama y a través del lustrado suelo de madera.

Bajó de la cama y trepó su ventana, cayendo ligeramente sobre un lecho de flores. Era una noche de verano y se sentía cómoda con su camisón.

La frontera con el bosque, pasando los establos donde mantenían a sus caballos, parecía deslumbrar. Corrió hacia ella de puntillas como un pequeño fantasma. Sus pantuflas apenas tocaban el musgo mientras se adentraba entre los árboles.

Primero se entretuvo creando cadenitas de flores y colgándolas en las ramas. Después se imaginó que era Blancanieves que huía del cazador. Corría por los laberínticos árboles, luego se giraba dramáticamente y sofocaba un grito, poniendo su palma de la mano en su frente.

—Nunca *me matarás* —dijo—. Mi sangre es de la realeza y algún día seré reina y doblemente más poderosa que mi madrastra. Y le cortaré la cabeza.

Un rato más tarde, creyó darse cuenta que tal vez no había recordado el cuento de Blancanieves muy bien.

Pero bueno, era divertidísimo, y estaba en su cuarta o quinta carrera por el bosque cuando se dio cuenta que se había perdido. Ya no podía ver la familiar silueta de la mansión Herondale entre los árboles.

Dio vueltas a su alrededor, entrando en pánico. El bosque ya no parecía ser tan mágico. Los árboles se cernían sobre ella como espeluznantes fantasmas. Creyó escuchar el susurro de voces desconocidas entre el crujido de las hojas. Las nubes había llegado y cubrían a la luna. Estaba sola en la oscuridad.

Lucie era valiente, pero solo tenía diez años. Sollozó y comenzó a correr en lo que creyó que era la dirección correcta. Pero el bosque se oscureció aún más, las espinas se volvieron más enmarañadas. Una se atoró en su camisón y desgarró una larga tira de la tela. Tropezó…

Y cayó. Se sintió como Alicia al caer en el País de las Maravillas, aunque

la caída fue mucho más corta. Aterrizó de cabeza y se golpeó contra una parte de tierra endurecida.

Se sentó, gimiendo. Se encontraba en el fondo de un hoyo que había sido cavado en la tierra. Sus bordes eran suaves y tenía una altura que sobrepasaba el largo de sus brazos.

Trató de clavar sus manos en la tierra que se elevaba sobre ella y trepar de la misma forma que subiría un árbol. Pero la tierra era suave y se deshacía entre sus dedos. Después de la quinta vez en que cayó en el hoyo, vio de reojo algo brillante y blanco en una pared de tierra. Esperando que fuera una raíz que pudiera usar para trepar, se abalanzó sobre ella y alzó su mano para tomarla…

Cayeron escombros. No, ni por asomo una raíz, sino un hueso blanco, y no era de un animal.

—No grites —dijo una voz por encima de ella—. Los atraerá.

Levantó su cabeza y observó. Asomándose sobre un lado del hoyo había un chico. Mayor que su hermano, James, tal vez incluso de dieciséis años. Tenía un rostro encantador y melancólico, cabello liso negro sin un solo rizo. Las hebras de su cabello casi tocaban el cuello de su camisa.

— ¿Atraer a quién? —Lucie apoyó sus puños en sus caderas.

—A las hadas —dijo él—. Esta es una de sus trampas. Normalmente las usan para atrapar animales, pero estarán complacidas al encontrar a una niñita en su lugar.

Lucie jadeó.

— ¿Dices que me comerán?

Él rió.

—No lo creo, aunque puede que termines sirviendo a la alta nobleza entre las hadas en la Subtierra de la Colina por el resto de tu vida. Nunca volverías a ver a tu familia —respondió con un contoneo de sus cejas.

—No intentes asustarme —le dijo.

—Te aseguro que solo hablo con la pura verdad —dijo él—. Incluso si la impura verdad se encuentra debajo de mí.

—Tampoco seas ridículo —dijo—. Soy Lucie Herondale. Mi padre es Will Herondale, una persona muy importante. Si me rescatas, te lo recompensaré.

— ¿Una Herondale? —preguntó—. Qué suerte la mía. —Suspiró y se acercó más al borde del hoyo, acercando su brazo. Una cicatriz se reflejó en su mano derecha, era horrible, como si se hubiera quemado—. Arriba, pues.

Se sujetó de su muñeca con ambas manos y él la levantó con sorprendente fuerza. Un momento después, ambos se encontraban de pie frente al otro. Lucie ya lo podía ver mejor. Era más mayor de lo que había creído, y estaba elegantemente vestido de blanco y negro. La luna había vuelto a salir y pudo ver que sus ojos eran del mismo verde que el musgo del suelo del bosque.

—Gracias —le dijo de mala gana. Sacudió su camisón. Estaba repleto de tierra.

—Sígueme —respondió él con voz gentil—. No tengas miedo. ¿De qué deberíamos hablar? ¿Te gustan las historias?

—Me encantan las historias —dijo Lucie—. Cuando sea grande, voy a ser una escritora famosa.

—Eso suena encantador —dijo el chico. Había algo nostálgico en su voz.

Caminaron juntos entre los caminos que creaban los árboles por encima de ellos. Parecía saber a dónde se dirigía, como si el bosque fuera un lugar familiar para él.

Debe ser un Cambiado, pensó Lucie con sensatez. Sabía mucho de las hadas, pero era claro que no era uno de ellos: le había sermoneado sobre ser secuestrada por las hadas, lo cual debía ser lo que le había sucedido. No se lo iba a preguntar ni lo haría sentir incómodo; debía ser aterrador ser un Cambiado, y haber sido arrebatado de tu familia. Lo que hizo fue sumergirlo en una discusión sobre las princesas en los cuentos de hadas, y quién era la mejor. Parecía que apenas habían pasado unos momentos cuando se encontraron de vuelta en los jardines de la mansión Herondale.

—Creo que esta princesa puede regresar a su castillo desde aquí —le dijo con una reverencia.

—Ah, sí —dijo Lucie, mirando su ventana—. ¿Crees que sepan que me he ido?

Él rio y se dio vuelta para irse. Ella lo llamó cuando ya se encontraba en las rejas de la mansión.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó—. Te dije mi nombre. ¿Cuál es el tuyo?

Él dudó por un segundo. Sus tonos eran blanco y negro en la noche, como una ilustración de sus libros. Hizo una reverencia, lenta y grácil, como los caballeros solían hacerlas.

—Nunca *me matarás* —dijo él—. Mi sangre es de la realeza y algún día seré reina y doblemente más poderosa que mi madrastra. Y le cortaré la cabeza.

Lucie soltó una bocanada de aire, indignada. ¿La había estado escuchando en el bosque mientras jugaba? ¡Cómo se atrevía a burlarse de ella!

Levantó un puño, con intención de maldecirlo, pero él ya había desaparecido entre la noche, dejando solo un rastro de su risa.

Pasarían seis años antes de que ella lo volviera a ver.

Interludio Traducido por Samn
Corregido por Annie y Tris

1
Mejores Ángeles

La sombra de nuestros propios deseos se interpone entre nosotros y nuestros mejores ángeles, y aquellos que su luminiscencia es eclipsada.
—Charles Dickens. *Barnaby Rudge*

James Herondale estaba a mitad de una batalla con un demonio cuando de repente fue llevado al infierno.

No era la primera vez que había sucedido, y no sería la última. Momentos atrás había estado arrodillado en el borde de un techo inclinado en el centro de Londres, con un delgado cuchillo arrojadizo en cada mano, pensando en lo asquerosos que eran los restos que la ciudad recolectaba. Además de la suciedad, botellas vacías de ginebra, y huesos de animales, definitivamente había un pájaro muerto atorado en uno de los canales que la lluvia había creado justo debajo de su rodilla izquierda.

Claro que sí, qué glamurosa era la vida de un cazador de sombras. Sonaba bien, pensó para sí mismo, mirando al callejón vacío debajo de él: un espacio reducido inundado de basura, iluminado débilmente por la media luna sobre él. Una especie de guerreros, descendientes de un ángel, dotados con poderes que les permitían empuñar armas de brillante *adamas* y soportar negras Marcas de runas sagradas en sus cuerpos —runas que los hacía más fuertes, rápidos, más mortales que

cualquier mundano, runas que los hacían arder brillantemente en la oscuridad—. Sin mencionar el hecho que tenían que arrodillarse sobre un pájaro muerto mientras esperaban a que un demonio apareciera.

Un grito resonó en el callejón. Un sonido que James conocía bien: la voz de Matthew Fairchild. Se lanzó del techo sin dudarlo en un solo segundo. Matthew Fairchild era su *parabatai*: su hermano de sangre y compañero en armas. James había jurado protegerlo, no es que eso importase: él habría dado su vida por la de Matthew, con votos o sin ellos.

Movimientos relampaguearn al final del callejón, donde giraba alrededor de una estrecha fila de casas. James giró justo en el momento en que un demonio salió de las sombras, rugiendo. Tenía un cuerpo acanalado y grisáceo, con un pico curvado y filoso con dientes en forma de garfios, y con patas extendidas que parecían pies de donde sobresalían garras irregulares. Un demonio Deumas, pensó James sombríamente. Definitivamente recordaba haber leído sobre los demonios Deumas en uno de los antiguos libros que su tío Jem le había dado. De alguna forma solían ser notables. Extremadamente temibles, tal vez, ¿o inusualmente peligrosos? Eso sería típico, ¿no...? Todos esos meses de no toparse con ninguna actividad infernal en absoluto, y él y sus amigos se habían cruzado con uno de los demonios más peligrosos justo ahora.

Hablando de eso... ¿Dónde *estaban* sus amigos?

El Deumas rugió otra vez y se dirigió hacia James, icor saliendo de su boca en largas tiras verdosas de saliva.

James movió su brazo hacia atrás, listo para tirar su primer cuchillo. Los ojos del demonio se fijaron en él por un momento. Resplandecían, verdes y negros, cubiertos de odio que de repente se convirtió en algo más.

Algo parecido al reconocimiento. Pero los demonios no reconocían a las personas. Eran viles espíritus conducidos por la pura codicia y desprecio. Mientras James se congelaba por la sorpresa la tierra debajo de él pareció tambalearse. Tropezó, el mundo se volvió gris y silencioso. Los edificios a su alrededor se habían vuelto sombras desiguales, el cielo era una cueva oscura atravesada por una luz blanca.

Cerró su mano alrededor de su cuchillo... no en el mango, sino en la cuchilla. La sacudida de dolor fue como una bofetada en su rostro, sacándolo de su estupor. El mundo volvió a él con rapidez, puro ruido y color. Apenas tuvo tiempo de registrar al Deumas que estaba en el aire, sus garras extendidas hacia él, cuando un torbellino de cuerdas cortaron a través del cielo, atrapando la pierna del demonio y haciéndolo retroceder.

¡Thomas!, pensó James, y por supuesto que su fortachón y enorme amigo había aparecido detrás del Deumas, sus boleadoras en su mano. Detrás de él estaba Christopher, armado con un arco, y Matthew, con su cuchillo serafín junto a él.

El Deumas golpeó el suelo con otro rugido, en el momento justo en el que James dejó que sus cuchillos volaran. Uno se hundió en la garganta del demonio; el otro se sumergió en su coronilla, justo entre sus ojos. Sus ojos se tornaron blancos, dando espasmos, y de repente James recordó lo que había leído sobre los demonios Deumas.

—Matthew... —comenzó a decir, en el momento en que la criatura estallaba, bañando a Thomas, Christopher, y Matthew con icor y partes quemadas de lo que solo podía describirse como algo muy pegajoso y viscoso.

Desastroso, recordó James demasiado tarde, los demonios Deumas eran realmente *desastrosos*. La mayoría de los demonios se desvanecían cuando morían. Pero no los demonios Deumas.

Ellos explotaban.

— ¿Cómo... qué... ? —farfulló Christopher, claramente sin palabras. De los tres, él era el que más estaba cubierto de viscosidad. Goteaba de su puntiaguda nariz y de sus delicadas gafas doradas—. ¿Pero cómo...?

— ¿Te refieres a cómo es posible que finalmente hayamos rastreado al último demonio de Londres y que también fue del tipo más asqueroso? —preguntó James. Se sorprendió por lo normal que sonó su voz en sus

propios oídos; también se había deshecho del shock por el vistazo repentino en el reino de sombras. Al menos sus ropas estaban intactas: el demonio parecía haber explotado completamente sobre el otro extremo del callejón—. Nuestro deber no es cuestionarnos el por qué, Christopher.

James tenía el presentimiento de que sus amigos lo estaban mirando con resentimiento. Thomas rodó sus ojos. Se estaba limpiando a sí mismo con un pañuelo que también estaba algo quemado y cubierto de icor, así que no estaba sirviendo de mucho.

—Esto es indignante —dijo Matthew—. ¿Sabes cuánto gasté en este chaleco?

—Nadie te dijo que salieras a patrullar en busca de demonios vestido como un extra de *La Importancia de Llamarse Ernesto*[1] —dijo James, lanzándole un pañuelo limpio. Mientras lo hacía, sintió su mano arder. Había un corte que atravesaba su palma del filo de su cuchillo. Cerró su mano formando un puño para evitar que sus compañeros lo vieran.

—No creo que se haya vestido como un extra —dijo Thomas, quien había vuelto su atención a Christopher y lo estaba limpiando.

—Gracias —dijo Matthew con una ligera reverencia.

—Creo que se vistió como el personaje principal. —Thomas sonrió. Tenía uno de los rostros más amables que James alguna vez hubiera visto, y gentiles ojos color avellana. Pero eso no significaba que no disfrutara con burlarse de sus amigos.

Matthew sacudió su opaco cabello dorado contra el pañuelo de James.

—Esta es la primera vez en un año que hemos patrullado y hemos

---

1 *N.T.* Obra de Oscar Wilde escrita en 1895. Es una comedia que trata sobre las costumbres y la seriedad de la sociedad. Fue la última comedia que escribió Wilde y está considerada uno de sus mejores trabajos. Se estrenó por primera vez en el 14 de febrero de 1895 en el St. James' Theatre de Londres, tres meses antes de que Wilde fuera condenado a prisión por indecencia grave.

hallado realmente un demonio, así que supuse que mi chaleco probablemente sobreviviría la noche. Y no es como si ustedes también estuvieran usando su traje de batalla.

Era cierto que los cazadores de sombras normalmente cazaban usando un traje especial, algo parecido a una armadura hecha de un material parecido al cuero negro, resistente al icor, los cuchillos y la posible, pero obvia falta de presencia demoníaca en las calles los había hecho olvidarse un poco de las reglas.

—Deja de limpiarme, Thomas —dijo Christopher, agitando sus brazos—. Deberíamos volver a la Taberna y limpiarnos ahí.

Hubo un murmullo de acuerdo entre el grupo. Mientras volvían caminando a la avenida principal completamente pegajosos, James consideró el hecho de que Matthew tenía razón. El padre de James, Will, normalmente le contaba sobre las patrullas que él solía hacer con su *parabatai*, Jem Carstairs antes —ahora el tío Jem—, cuando habían luchado con demonios casi todas las noches.

James y otros jóvenes cazadores de sombras todavía patrullaban las calles de Londres fielmente, en busca de demonios que podrían herir a la población mundana, pero en los últimos años las apariciones demoníacas habían sido menos recurrentes. Era algo bueno —claro que era algo bueno— pero aún así. Era realmente extraño. Hasta donde los cazadores de sombras sabían, la actividad demoníaca seguía siendo normal para el resto del mundo, ¿así que, qué hacía a Londres tan especial?

Había varios mundanos afuera y alrededor de la ciudad, a pesar de que era tarde. Ninguno de ellos miraron a los sucios cazadores de sombras mientras caminaban por Fleet Street; sus runas de glamour los hacían invisibles ante todos los ojos que no eran dotados con la Visión.

Siempre era extraño estar rodeado por humanos que no lograban verte, pensó James. Fleet Street era el hogar de las oficinas del periódico y las cortes legales de Londres, y en todas partes habían tabernas ilumina-

das, con trabajadores de la prensa y baristas y secretarios de la ley que se quedaban hasta tarde, bebiendo hasta el amanecer. La Costa más cercana liberaba los contenidos de sus salones de música y teatros, y grupos de jóvenes bien vestidos riendo y cantando exuberantemente, siguiendo los últimos omnibuses de la noche.

La policía también estaba fuera trabajando, siguiendo con su deber, y aquellos habitantes de Londres lo suficientemente desafortunados para no tener un hogar al que ir, se agrupaban murmurando alrededor de las ventilaciones de las bodegas que creaban ventiscas de aire cálido… incluso en Agosto las noches podían ser húmedas y frías. Mientras pasaban junto a uno de esos grupos de figuras acurrucadas, uno miró hacia arriba, y James vio un vistazo de piel pálida y brillantes ojos de vampiro.

Apartó la mirada. Los subterráneos no eran su problema a menos que estuvieran rompiendo la Ley. Y estaba exhausto, a pesar de usar sus runas de energía; siempre se agotaba cuando era llevado a otro mundo de luz grisácea y sombras negras e irregulares. Era algo que le había estado sucediendo toda su vida: remanente, lo sabía, de la sangre de bruja de su madre.

Los brujos eran el fruto de humanos y demonios: capaces de usar magia pero no de soportar runas o de usar *adamas*, el claro metal cristalino del que las estelas y los cuchillos serafín estaban tallados. Eran uno de las cuatro ramas de subterráneos, junto a los vampiros, los hombres lobo y las hadas. La madre de James, Tessa Herondale, era una bruja, pero su madre no había sido solo una humana sino que era una cazadora de sombras, la propia Tessa poseía el poder de cambiaformas y de tomar la apariencia de cualquiera, vivo o muerto: un poder que ningún otro brujo tenía. Ella era inusual en otra forma también: los brujos no podían tener hijos. Tessa era un excepción. Todos se habían preguntado qué significaría todo esto para James y su hermana, Lucie, los primeros nietos de un demonio y de un ser humano jamás conocidos.

Durante muchos años, pareció no significar nada. Ambos, Lucie y James podían soportar runas y parecían tener las habilidades de cualquier cazador de sombras. Ambos podían ver fantasmas —como la habladora

fantasma que vivía en el Instituto, Jessamine—, pero eso no era inusual en la familia Herondale. Parecía que ambos habían sido bendecidos siendo normales, o al menos tan normales como un cazador de sombras podía ser. Incluso la Clave —el cuerpo de gobierno de todos los cazadores de sombras— parecía haberse olvidado de ellos.

Entonces, cuando James tenía trece años viajó por primera vez al reino de sombras. En un momento había estado de pie en pasto verde, y al siguiente, sobre tierra chamuscada. Un quemado cielo similar se arqueaba sobre él. Árboles torcidos emergían de la tierra, con garras irregulares en busca de aire. Había visto esos lugares en madera tallada y libros antiguos. Sabía lo que estaba mirando: un mundo demoníaco. Una dimensión infernal.

Minutos después, había sido devuelto a la tierra, pero su vida nunca había sido igual desde entonces. Por años el miedo había estado ahí, de que tal vez en algún momento, volvería a ser arrojado con violencia entre las sombras. Era como si una cuerda invisible lo conectara con un mundo de demonios, y en cualquier momento la cuerda podría tirar con fuerza, arrebatándolo de su ambiente familiar hacia un lugar de fuego y cenizas.

En los últimos años, con la ayuda de su tío Jem, había pensado que lo tenía bajo control. Aunque solo habían sido un par de segundos, esta noche lo había conmocionado, y se sintió aliviado cuando la Taberna del Diablo apareció frente a ellos.

La Taberna estaba ubicada en el No. 2 de Fleet Street, junto a un banco de aspecto respetable. A diferencia del banco, usaba un glamour para que ningún mundano pudiera verla o escuchar los estridentes ruidos de libertinaje que brotaban de las ventanas y las puertas abiertas. Tenía un entramado de madera al estilo Tudor, la antigua madera estaba sucia y astillada, los hechizos de los brujos era lo que la mantenía sin que se derrumbase. Detrás del bar, Ernie, el dueño y hombre lobo sacó unas cervezas: la multitud era una mezcla de pixies, vampiros, licántropos y brujos.

La usual bienvenida para los cazadores de sombras en un lugar como éste habría sido helada, pero los dueños de la Taberna del Diablo

estaban muy acostumbrados a los chicos. Recibieron a James, Christopher, Matthew y Thomas con gritos de bienvenida y burlas. James se quedó en la barra para recolectar un par de bebidas de Polly, la camarera, mientras que los otros corrían arriba a su cuarto, dejando icor con cada paso que daban.

Polly era una licántropa, había adoptado a los chicos como si fueran suyos cuando James había rentado por primera vez las habitaciones del ático hace tres años, queriendo una guarida privada donde él y sus amigos pudieran retirarse, y donde sus padres no estarían rondando. Ella fue la primera que había comenzado a llamarlos los Ladrones Alegres, por Robin Hood y sus hombres, James sospechó que él era Robin de Locksley y Matthew era Will Scarlett. Thomas definitivamente era el Pequeño Juan.

Polly soltó una risita.

—Casi no reconocí a la mayoría de ustedes cuando llegaron aquí a pisotones cubiertos de lo que sea, que lo llamen.

—Icor —dijo James, aceptando la botella de vino—. Es sangre de demonio.

Polly arrugó su nariz, colocando varios trapos de cocina usados sobre su hombro. Le tendió uno extra, el cual él presionó contra el corte en su mano. Había dejado de sangrar pero todavía pulsaba.

—Caray.

—Han pasado siglos desde que vimos un demonio en Londres —dijo James—. Puede que no hayamos sido tan rápidos con nuestros ataques como creíamos.

—Yo creo que están demasiado asustados para mostrar sus rostros —dijo Polly amigablemente, girando para llenar un vaso de ginebra para Pepinillos, un huésped kelpie.

— ¿Asustados? —repitió James, dando una pausa—. ¿Asustados de qué?

Polly se sobresaltó.

—Oh, nada, nada —dijo y se apuró a alejarse al otro lado de la barra. Frunciendo el ceño, James se alejó hacia arriba. A veces los subterráneos eran misteriosos.

Dos saltos sobre las tablas crujientes guiaron a una puerta de madera en la cual un verso había sido grabado muchos años atrás:

No importa cómo un hombre muere, sino cómo vive. S.J.

James empujó la puerta con su hombro y encontró a Matthew y Thomas ya desparramados alrededor de una mesa redonda en medio de una habitación con paneles de madera. Varias ventanas, su cristal irregular y con unas grietas por la antigüedad, se lograban ver desde las afueras de Fleet Street, iluminadas intermitentemente por las luces de la calle y las Cortes Reales de Justicia, cruzando la avenida, trazadas débilmente contra la nublada noche.

La habitación era un lugar afectuoso y familiar, con paredes deterioradas, con una colección de harapientos muebles, y una pequeña fogata encendida en la parrilla. Sobre la fogata había un busto de yeso de Apolo, su nariz se había caído hacía muchos años atrás. Las paredes estaban forradas con libros mágicos escritos por un mago mundano: la biblioteca del Instituto no permitía tener tales objetos, pero James los coleccionaba. Le fascinaba la idea de aquellas personas que no habían nacido en el mundo de la magia y las sombras, y aún así las anhelaban con tanta fuerza que habían aprendido a entrometerse dentro de sus puertas.

Ambos, Thomas y Matthew estaban limpios sin icor, usando prendas arrugadas pero limpias, sus cabellos —el de Thomas de un color arenoso marrón y el de Matthew de un oscuro dorado— seguían húmedos.

— ¡James! —exclamó Matthew, alegre al ver a su amigo. Sus ojos estaban sospechosamente resplandecientes; ya estaba algo ebrio gracias a

una botella de brandy que tenía junto a él en la mesa—. ¿Acaso es esa una botella de licor barato la que veo frente a mí?

James puso el vino en la mesa en el momento en que Christopher salió del pequeño dormitorio en la esquina más lejana del ático. La habitación había estado ahí antes de que ellos se adueñaran del lugar, y todavía había una cama ahí, pero ninguno de los Ladrones Alegres la usaban para nada más que lavarse y guardar armas y cambiarse de ropa.

—James —dijo Christopher, luciendo contento—. Creí que te habías ido a casa.

— ¿Por qué diablos me iría a casa? —preguntó James, sentándose junto a Matthew y arrojó los trapos de cocina de Polly sobre la mesa.

—No lo sé —dijo Christopher, feliz, levantando una silla—. Pero podrías haberlo hecho. La gente hace cosas extrañas todo el tiempo. Teníamos una cocinera que un día fue a comprar víveres y la encontramos dos semanas después en Regent's Park. Se había convertido en una guardián del zoológico.

Thomas levantó ambas cejas. James y el resto del grupo nunca estaban seguros de si debían creer las historias de Christopher o no. No es que fuera un mentiroso, pero cuando se trataba de algo que no fuera tubos de precipitado o probetas de ensayo, solo daba una fracción de su atención.

Christopher era el hijo de los tíos de James, Cecily y Gabriel. Tenía la misma estructura ósea fina que sus padres, cabello castaño oscuro, y los ojos que solo podían describirse como el color de las lilas.

— ¡Desperdiciados en un chico! —solía decir Cecily a menudo, con un suspiro martirizado. Christopher debería haber sido popular con las chicas, pero los gruesos anteojos que llevaba oscurecían la mayor parte de su rostro, y tenía pólvora incrustada perpetuamente bajo sus uñas. La mayoría de cazadores de sombras veían las pistolas mundanas con recelo o desinterés —la aplicación de runas al metal o a las balas evitaba que la

pólvora prendiera, y las armas sin runas eran inútiles contra los demonios—. Christopher, sin embargo, estaba obsesionado con la idea de que él podría adaptar armas incendiarias para los propósitos de los Nefilim. James tenía que admitir que la idea de montar un cañón en el techo del Instituto tenía cierto atractivo.

—Tu mano —dijo Matthew repentinamente, inclinándose hacia adelante y fijando sus ojos verdes en James—. ¿Qué sucedió?

James se había olvidado que seguía presionando el trapo de cocina. Lo dejó caer en la mesa.

—Es solo un corte. —Era una tajada larga y diagonal que atravesaba su palma. Mientras Matthew tomaba la mano de James, el brazalete de plata que James siempre usaba en su muñeca resonó contra la botella de vino.

—Debiste habérmelo dicho —dijo Matthew, metiendo su mano en su chaleco en busca de su estela—. Te habría curado en el callejón.

—Lo olvidé —dijo James.

— ¿Sucedió algo? —dijo Thomas, estaba recorriendo su dedo alrededor del alcohol de su propia copa sin beber.

Thomas era irritantemente perceptivo.

—Fue algo muy repentino —dijo James algo renuente.

—Muchas cosas son «muy repentinas» y también muy malas —dijo Matthew, colocando su estela en la piel de James—. Por ejemplo, las guillotinas actúan de forma muy repentina. Cuando los experimentos de Christopher explotan, normalmente lo hacen de forma muy repentina.

—Claramente, ni explote, ni usaron una guillotina en mí —dijo James—. Yo… fui al reino de sombras.

La cabeza se Matthew se levantó repentinamente, aunque su mano permaneció firme mientras el *iratze*, la runa curativa, tomaba forma en la piel

de James. James podía sentir que el dolor en su mano comenzaba a disminuir.

—Creí que todo ese tema se había detenido —dijo él—. Creí que Jem te había ayudado.

—Sí me ayudó. Ha pasado un año desde la última vez. —James negó con la cabeza—. Supongo que era demasiado esperar a que se fuera para siempre.

— ¿No sucede normalmente cuando estás molesto? —dijo Thomas—. ¿Fue por el ataque demoníaco?

—No —dijo James rápidamente—. No, no puedo creer… no. —En realidad, no había estado asustado, casi había deseado comenzar esa pelea. Había sido un verano frustrante, el primero en una década en que no lo había pasado con su familia en Idris.

Idris estaba localizado en Europa central. Protegido de su alrededor, era un país sin explorar escondido de los ojos e inventos mundanos: un lugar sin ferrocarriles, fábricas o humo de carbón. James sabía porque su familia no pudo ir este año, pero él tenía sus propias razones para desear estar allí en lugar de Londres. Patrullar había sido una de sus pocas distracciones.

—Los demonios no molestan a nuestro chico —dijo Matthew, terminando su runa curativa. Tan cerca estaba de su *parabatai*, que James podía oler el familiar aroma de Matthew a jabón combinado con alcohol—. Debió de haber sido algo más.

—Entonces debes hablarlo con tu tío, Jamie —dijo Thomas.

James negó con la cabeza. No quería molestar al tío Jem con lo que ahora sentía como el destello de un recuerdo.

—No fue nada. Me sorprendió el demonio; y sujeté la cuchilla por accidente. Estoy seguro que eso fue lo que lo causó.

— ¿Te convertiste en sombra? —dijo Matthew, apartando su estela. A veces, cuando James era arrojado al reino de sombras, sus amigos decían que podían verlo difuminarse por los bordes. En algunas ocasiones, se había convertido en una oscura sombra por completo: James cambiaba, pero en algo transparente e incorpóreo.

Unas pocas veces —unas muy pocas veces— había sido capaz de convertirse en sombra para pasar a través de algo sólido. Pero no deseaba hablar de esas veces.

Christopher alzó su mirada de su libreta.

—Hablando del demonio…

—Lo cual no estábamos haciendo —señaló Matthew.

—… ¿qué tipo de especie era? —preguntó Christopher, mordiendo la punta de su pluma. Normalmente escribía detalles de sus luchas con demonios en expediciones. Decía que ayudarían con su investigación—. Me refiero al que explotó.

— ¿Acaso hubo uno que no lo haya hecho? —dijo James.

—Era un Deumas, Christopher. Lo extraño aquí, es que no se les encuentra normalmente en ciudades —dijo Thomas, quien tenía una memoria excelente para los detalles.

—He guardado algo de su icor en un vaso en la habitación para futuros experimentos —comentó Christopher, sacando de alguna parte de su cuerpo un tubo de ensayo tapado por un corcho lleno de una sustancia verdosa—. Les advierto a todos de no darle ni un sorbo.

—Te aseguro que ninguno de nosotros teníamos planeado hacer tal cosa, tarado demente —dijo Thomas.

Matthew se encogió de hombros.

—Suficiente de hablar sobre icor. ¡Volvamos a brindar porque Thomas ha vuelto a casa!

Thomas protestó. James levantó su vaso y brindó con Matthew. Christopher estuvo a punto de chocar su tubo de ensayo con el cristal de James cuando Matthew, murmurando una grosería, se lo quitó y le entregó un vaso en su lugar.

Thomas, a pesar de sus protestas, pareció complacido. La mayoría de los cazadores de sombras tomaban su «año de viaje» cuando cumplían dieciocho, dejando su hogar en el Instituto por uno en el extranjero; Thomas acababa de regresar de Madrid hacía un mes. El objetivo de la visita era aprender nuevas costumbres y ampliar sus horizontes. Thomas realmente se había ampliado, aunque mayormente de una forma física.

Aunque era el mayor del grupo, Thomas siempre había sido pequeño en estatura. Cuando James, Matthew, y Christopher llegaron al puerto para recibir su barco desde España, buscaron por todas partes en las multitudes, casi fallando al reconocer a su amigo como un musculoso joven descendiendo de la pasarela. Ahora Thomas era el más alto de todos, bronceado como si hubiera crecido en una granja en lugar de Londres. Podía sujetar un sable con una mano, y en España había adoptado una nueva arma, las boleadoras, hechas de cuerda de armiño y con pesas que giraban sobre su cabeza. Ahora Matthew decía que era como ser camaradas de un amistoso gigante.

—Cuando hayan terminado, tengo un par de noticias —dijo Thomas, apoyando su silla hacia atrás—. ¿Conocen la antigua Mansión Chiswick que una vez le perteneció a mi padre? ¿La que solía ser llamada la Mansión Lightwood? Fue entregada a mi tía Tatiana por la Clave hace algunos años pero nunca la ha usado… prefirió quedarse en Idris en la casa con mi prima, *eh*…

—Gertrude —dijo Christopher de forma servicial.

—Grace —dijo James—. Su nombre es Grace.

Ella también era la prima de Christopher, aunque hasta donde James sabía, ellos nunca se habían conocido.

—Sí, Grace —reconoció Thomas—. La tía Tatiana siempre los mantuvo a ambos en un espléndido aislamiento en Idris, sin visitantes y todo eso, pero aparentemente ha decidido mudarse a Londres, así que nuestros padres no saben qué hacer en absoluto.

El corazón de James dio un débil y fuerte latido.

—Grace —comenzó a decir, y vio que Matthew le lanzaba una rápida mirada de soslayo—. Grace… ¿se muda a Londres?

—Parece que Tatiana la quiere traer de vuelta a la sociedad. —Thomas parecía perplejo—. Supongo que la has conocido antes, en Idris, ¿no está tu casa junto a la Mansión Blackthorn?

James asintió mecánicamente. Podía sentir el peso del brazalete alrededor de su muñeca derecha, a pesar de que lo había usado por muchísimos años, usualmente no era consciente de su presencia.

—Normalmente la veo cada verano —dijo—. No este verano, por supuesto.

Este verano no. No había sido capaz de discutir con sus padres cuando habían dicho que la familia Herondale pasaría este verano en Londres. No había sido capaz de mencionar la razón por la que quería regresar a Idris. Después de todo, hasta donde ellos sabían, él apenas conocía a Grace. La enfermedad, el horror que lo sujetaban al pensar que no la vería hasta el siguiente año era algo que no podía explicar.

Era un secreto que había llevado consigo desde que tenía trece años. En su mente, podía ver las enormes puertas que rodeaban la Mansión Blackthorn y sus propias manos frente a él —las manos de un niño, sin cicatrices, cortando laboriosamente las vides de espinas—. Podía ver el Gran Salón en la mansión y las cortinas revoloteando a través de las ventanas, y escuchaba música. Podía ver a Grace en su vestido de color marfil.

Matthew lo estaba mirando con sus pensativos ojos verdes que ya no se estaban moviendo. Matthew era el único de todos los amigos de James que sabía que había una conexión entre James y Grace Blackthorn.

—Londres realmente se está sobrepoblando con recién llegados —señaló—. La familia Carstairs estaría con nosotros pronto, ¿no es así?

James asintió con la cabeza.

—Lucie está emocionadísima por ver a Cordelia.

Matthew vertió más vino en su vaso.

—No puedo culparlos por estar cansados del rústico Devon… ¿cómo es que se llama la casa? ¿Cirenworth? Supongo que llegan en uno o dos días…

Thomas dejó caer su bebida. El vaso de James y la probeta de Christopher se cayeron junto con la suya. Thomas seguía aprendiendo a acostumbrarse a ocupar demasiado espacio en el mundo, y a veces resultaba ser algo torpe.

— ¿Dijiste que *toda* la familia Carstairs va a venir? —dijo Thomas.

—No Elias Carstairs —dijo Matthew, Elias era el padre de Cordelia—. Pero Cordelia y claro… —guardó silencio de repente.

—Oh, carajo —lo interrumpió Christopher—. Alastair Carstairs. —Parecía ligeramente enfermo—. ¿Si no recuerdo mal, él era un virus asqueroso?

—«Virus asqueroso» parece ser una forma amable de decirlo —dijo James. Thomas estaba limpiando su bebida; James lo miró preocupado. Thomas había sido un pequeño y tímido chico en la escuela, y Alastair era un vil matón—. Podemos evitar a Alastair, Tom. No hay razón para convivir con él, y no puedo imaginar que él anhele nuestra compañía tampoco.

Thomas balbuceó algo en voz baja, pero no respondió a lo que James había dicho. El contenido derramado de la probeta de Christopher se había

tornado de un fuerte color verde y había comenzado a corroer la mesa. Todos se pusieron de pie de un salto en busca de los trapos de cocina de Polly. Thomas arrojó una jarra de agua sobre la mesa, la cual terminó empapando a Christopher y Matthew se dobló de la risa.

—Creo —dijo Christopher, quitándose su cabello mojado de sus ojos—. Creo que, eso funcionó, Tom. El ácido ha sido neutralizado.

Thomas estaba negando con la cabeza.

—Alguien debería neutralizarte a ti, tarado...

Matthew colapsó carcajeándose histéricamente.

Entre todo el caos, James no pudo evitar sentirse demasiado lejos de todo. Por tantísimos años, después de tantísimas cartas entre Londres e Idris, él y Grace se habían jurado el uno al otro que un día ambos estarían juntos, que algún día cuando fueran adultos, se casarían, ya lo desearan sus padres o no, y vivirían juntos en Londres. Siempre había sido su sueño.

Entonces, ¿por qué ella no le había dicho que vendría?

* * *

— ¡Oh, mira! ¡El Royal Albert Hall! —exclamó Cordelia, presionando su nariz contra la ventana del carruaje. Era un día resplandeciente, la luz del sol brillaba sobre Londres, haciendo que las casas blancas del Sur de Kensington destellaran con un brillo como filas de soldados de marfil en un costoso juego de ajedrez—. Londres realmente tiene una arquitectura maravillosa.

—Una observación muy perspicaz —mencionó su hermano mayor, Alastair, con aburrimiento, estaba leyendo un libro pretenciosamente sobre aritmética en la esquina del carruaje, como si anunciara que no

podía ser distraído para mirar fuera de la ventana—. Estoy seguro que nunca nadie antes había notado los edificios de Londres.

Cordelia le dio un vistazo, pero él no levantó la mirada. ¿Acaso no podía ver que ella estaba intentando animar el espíritu de todos? Su madre, Sona, estaba apoyada exhaustivamente contra un lado del carruaje, sombras violetas se encontraban debajo de sus ojos, su normal y radiante color marrón de su piel estaba pálido. Cordelia se había estado preocupando por ella desde hacía semanas, desde que las noticias sobre su padre habían llegado a Idris.

—El punto, Alastair, es que ahora estamos en Londres para habitarlo, no visitarlo. Conoceremos a personas, podremos convivir con los demás, no tendremos que quedarnos en el Instituto, aunque me gustaría estar cerca de Lucie…

—Y James —dijo Alastair sin levantar la vista de su libro.

Cordelia apretó sus dientes.

—Niños. —La madre de Cordelia los miró reprobatoriamente. Alastair pareció ofendido: estaba a un mes de cumplir diecinueve y, al menos en su mente, obviamente ya no era un niño—. Esto es algo serio. Como ya bien saben, no estamos en Londres para divertirnos. Estamos en Londres por el bien de nuestra familia.

Codelia intercambió una mirada menos hostil con su hermano. Sabía que él también estaba preocupado por Sona, aunque él nunca lo habría admitido. Se preguntó por millonésima vez qué tanto sabía él de la situación con su padre. Ella sabía que era más de lo que su madre mencionaba y que su hermano nunca hablaría con ella sobre el tema.

Sintió un pequeño golpe de emoción cuando su carruaje se detuvo frente al número 102 de Cornwall Gardens, una de las muchas calles con enormes casas victorianas blancas, con números pintados en un

severo color negro a la derecha de cada pilar. Habían varias figuras de pie en frente de los escalones, debajo del pórtico. Cordelia reconoció al instante a Lucie Herondale, un poco más alta de lo que había sido la última vez que Cordelia la había visto. Su ligero cabello marrón estaba atrapado debajo de su sombrero, y su pálido saco y falda azul combinaban con sus ojos.

Detrás de ella se encontraban dos personas: su madre, Tessa Herondale, la famosa —entre todos los cazadores de sombras, de cualquier parte— esposa de Will Herondale, quien dirigía el Instituto de Londres. Parecía solo un poco más mayor que su hija. Tessa era inmortal, una bruja y cambiaformas, y no envejecía.

Junto a Tessa estaba James.

Cordelia recordó, una vez, cuando había sido una pequeña niña, extendiendo su mano sobre un estanque para intentar acariciar a un cisne junto a su casa. El ave había intentado atacarla, arremetiendo con rapidez hacia ella y derribándola. Por varios minutos se había quedado recostada en el pasto, tosiendo y tratando de retomar el aliento, aterrada de que el aire nunca volvería a llenar sus pulmones otra vez.

Supuso que no era la forma más romántica de decir que cada vez que veía a James Herondale, ella se sentía como si hubiera sido atacada por un ave acuática, pero era cierto.

Él era hermoso, tan hermoso que ella olvidaba cómo respirar cuando lo miraba. Su salvaje cabello lo tenía recogido hacia atrás y parecía ser suave al tacto, y sus largas y oscuras pestañas remarcaban sus ojos del color de la miel o de las llamas. Ahora que tenía diecisiete años, había crecido y había dejado de ser ese desgarbado joven y ahora era completamente pulcro y encantador, perfectamente bien construído como una maravillosa pieza de arquitectura.

—¡Uuf!—Su pie tocó el suelo y casi se tropezó. De alguna forma había abierto la puerta del carruaje con demasiada fuerza y ahora estaba de pie sobre el pavimento… bueno, en realidad se estaba tambaleando, mientras

intentaba mantener el equilibrio en sus piernas que se habían dormido después de pasar horas sin haber sido utilizadas.

James estuvo ahí en un instante, su mano en su brazo, sujetándola.

— ¿Daisy? —dijo él—. ¿Estás bien?

Era el mote de ella. Él no lo había olvidado.

—Solo algo torpe. —Miró a su alrededor con avergonzada. Estaba esperando hacer una aparición con más gracia.

—No hay nada de lo que preocuparse. —Él le sonrió y el corazón de ella dio un vuelco—. Los pavimentos del Sur de Kensington son algo perversos. A mí me han atacado más de una vez.

Responde algo inteligente, se dijo a sí misma. *Di algo ingenioso.*

Pero él ya había apartado su mirada, inclinando su cabeza hacia Alastair. James y Alastair no se habían agradado en la escuela, Cordelia lo sabía, aunque su madre no tenía idea. Sona creía que Alastair había sido muy popular.

—Veo que estás aquí, Alastair. —La voz de James era curiosamente desinteresada—. Y te ves… —Miró sorprendido el brillante cabello amarillo pálido de Alastair. Cordelia esperó a que continuara, esperando ansiosamente a que dijera que *lucía como un tonto*, pero no lo hizo—. Te ves bien —finalizó.

Los chicos se miraron en silencio mientras Lucie bajaba por las escaleras y envolvía sus brazos alrededor de Cordelia.

— ¡Estoy muy, pero muy encantada de verte! —dijo casi sin aliento. Para Lucie, todo era algo muy, muy, pero muy algo, estar hermosa o emocionada u horrorizada—. Querida Cordelia, nos divertiremos tanto…

—Lucie, Cordelia y su familia han venido a Londres para que tú y Cordelia puedan entrenar juntas —dijo Tessa, con su gentil voz—. Será algo de mucho esfuerzo y responsabilidad.

Cordelia bajó la mirada hacia sus zapatos. Tessa fue amable al repetir la historia de que los Carstairs habían llegado a Londres rápidamente porque Cordelia y Lucie necesitaban ser *parabatai*, pero eso no era cierto.

—Bueno, supongo que recuerda cuando tenía dieciséis, señora Herondale —dijo Sona—. Las chicas jóvenes adoran los bailes y los vestidos. Yo realmente lo hacía cuando tenía su edad, e imagino que usted también.

Cordelia sabía que eso no era realmente cierto sobre su madre pero se mantuvo callada. Tessa alzó sus cejas.

—Recuerdo haber ido a un baile de vampiros una vez. Y a un tipo de fiesta en la casa de Benedict Lightwood, claro, eso fue antes de que tuviera viruela y se convirtiera en un gusano...

— ¡Madre! —dijo Lucie, escandalizada.

—Bueno, sí se convirtió en un gusano —señaló James—. En realidad era más una gigante serpiente perversa. Obviamente esa fue una de las clases más interesantes de historia.

Tessa se salvó de su siguiente comentario por la llegada de las furgonetas de mobiliario que cargaban las pertenencias de los Carstairs. Varios hombres enormes bajaron de una de las furgonetas y quitaron las lonas que cubrían la mayor parte de los muebles, los cuales habían sido atados con fastidio.

Uno de los hombres ayudó a Risa, la criada y cocinera de Sona, a bajar de una de los primeros autos. Risa había trabajado para la familia Jahanshah cuando Sona era adolescente y había estado con ella desde entonces. Era una mundana que tenía la Visión, y por tanto una valiosa compañía para un cazador de sombras. Risa solo hablaba persa; Cordelia se preguntaba si los hombre de la furgoneta habían tratado de hablar con ella. Risa entendía el inglés perfectamente, pero le gustaba su silencio.

—Por favor, agradezca a Cecily Lightwood de mi parte, por su ayuda para nuestro hogar —le dijo la madre de Cordelia a Tessa.

—¡Ah, así es! De hecho ellos vendrán los martes y los jueves para hacer la parte difícil hasta que puedas encontrar los sirvientes adecuados para ti —contestó Tessa.

«La parte difícil» era todo lo que Risa hacía —cocinaba, limpiaba, y ayudaba a Sona y Cordelia con sus ropas—, y lo que no se esperaría que hiciese, como fregar los suelos o cuidar a los caballos. Cordelia sabía que la idea de que los Carstairs planeasen contratar sus propios sirvientes pronto era otra cortesía política. Cuando dejaron Devon, Sona había dejado ir a todos los sirvientes, excepto a Risa, ellos trataban de ahorrar la mayor cantidad de dinero posible mientras Elias Carstairs estaba en espera de juicio.

Un gran objeto entre los autos atrapó la vista de Cordelia.

—¡Mamá! —exclamó Cordelia—. ¿Trajiste el piano?

Su madre se encogió de hombros.

—Me gusta tener algo de música a la mano. —Hizo un gesto arrogante hacia los trabajadores—. Cordelia, este lugar se pondrá de cabeza y ruidoso, ¿tal vez tú y Lucie puedan darse una vuelta por el vecindario? Y Alastair, tú quédate y ayuda a dirigir a los sirvientes.

Cordelia se alegró ante la perspectiva de pasar un tiempo a solas con Lucie. Aunque Alastair parecía atrapado entre el desprecio de quedarse con su madre y la presunción de tener la confianza con las responsabilidades del hombre de la casa.

Tessa Herondale lució divertida.

—James, ve con las chicas. ¿Tal vez a los Jardines de Kensington? Es una caminata corta y es un día encantador.

—Los Jardines de Kensington parecen ser seguros —dijo James con seriedad.

Lucie puso los ojos en blanco y tomó la mano de Cordelia.

—Entonces vamos —dijo ella, y descendió los escalones con ella hacia el pavimento.

James, con sus largas piernas, las alcanzó fácilmente.

—No hay necesidad de huir, Lucie —le dijo—. Madre no hará que regreses ni te exigirá que lleves un piano dentro de la casa.

Cordelia le dio una mirada de soslayo. El viento llevaba su cabello negro hacia atrás. Incluso el cabello de su propia madre no era tan oscuro: tenía tonalidades de un color rojo y dorado. El cabello de James era como el color de la tinta derramada.

Él le sonrió con ligereza, como si no la hubiera atrapado mirándolo. Pero bueno, era indudable que estaba acostumbrado a que lo miraran cuando estaba con otros cazadores de sombras. No solo por su apariencia sino también por otras razones.

Lucie apretó su hombro.

—Estoy tan feliz porque estés aquí —exclamó—. Nunca creí que sucediese de verdad.

— ¿Por qué no? —preguntó James—. No hay razones para hacerlo. La Ley exige que entrenen juntas antes de convertirse en *parabatai*, y además, Padre adora a Daisy, y él hace las reglas…

—Tu padre adora a cualquier Carstairs —le dijo Cordelia—. No estoy segura de si es por mérito propio . Tal vez incluso le agrada Alastair.

—Creo que se ha convencido a sí mismo que Alastair tiene profundidades ocultas —contestó James.

—También las arenas movedizas —replicó Cordelia.

James rio.

—Es suficiente —dijo Lucie, moviendo su mano para golpear a James en el hombro con su mano enguantada—. Daisy es mi amiga, y tú la estás acaparando toda. Vete a hacer algo más.

Estaban caminando por el Portal de la Reina hacia la Avenida Kensington, el estruendo del tráfico de los autobuses los rodeaban. Cordelia imaginó a James vagando por la multitud donde, seguramente, encontraría algo más interesante qué hacer o tal vez sería secuestrado por una hermosa heredera quien se enamoraría de él instantáneamente. Ese tipo de cosas ocurrían en Londres.

—Caminaré diez pasos detrás de ustedes como un niño que porta las flores en una boda real —dijo James—. Pero debo mantenerlas vigiladas; de otra forma Madre me matará, y si eso sucede me perderé el baile de mañana y Matthew me matará, y estaré muerto dos veces.

Cordelia sonrió, pero James ya se estaba quedando atrás como prometió. Caminó sin prisa detrás de ellas, dándole a las chicas algo de espacio para hablar; Cordelia trató de ocultar su decepción al sentir su falta de presencia. Después de todo, ahora vivía en Londres, y las apariciones de James ya no serían solo extraños vistazos sino, con esperanza, se convertirían en una parte de su vida diaria.

Ella volteó a mirarlo; él ya había sacado un libro y lo estaba leyendo mientras caminaba y silbaba en voz baja.

— ¿A qué baile se refería? —preguntó, girándose hacia Lucie. Pasaron bajo unas puertas negras forjadas en hierro hacia unas sombras frondosas.

El parque estaba lleno de nanas que empujaban a los bebés en sus carreolas y parejas jóvenes que caminaban juntas debajo de los árboles. Dos niñas pequeñas estaban recogiendo cadenas de margaritas y un chico en un traje de marinerito azul estaba corriendo por todas partes con un aro, carcajeándose risueñamente. Él corrió hacia un hombre alto, quien lo levantó y lo lanzó al aire mientras se reía. Cordelia cerró los ojos con fuera por un momento, pensando en su propio padre, en la forma en la que la había lanzado al aire cuando ella era muy pequeña, haciéndola reír reír, incluso cuando la atrapaba al caer.

—El de mañana por la noche —dijo Lucie, uniendo su brazo con el de Cordelia—. Lo organizamos para darte la bienvenida a Londres. Todo el Enclave estará ahí, y habrá bailes, y Madre tendrá la oportunidad de presumir el nuevo salón de baile. Y yo tendré la oportunidad de presumirte a ti.

Cordelia sintió un escalofrío pasar sobre ella —parte emocionada y parte asustada—. El Enclave era el nombre oficial de los cazadores de sombras en Londres: toda ciudad tenía un Enclave, quien respondía a su Instituto local, así como a la autoridad superior de la Clave y del Cónsul. Sabía que era algo tonto, pero el pensar en tantas personas hacía que su piel picara con ansiedad. La vida que habían vivido con su familia —viajando constantemente salvo cuando estaban en Cirenworth, en Devon— había carecido de multitudes.

Y a pesar de todo, eso era lo que tenía que hacer… lo que todos ellos habían venido a hacer a Londres. Pensó en su madre.

No era un baile, se dijo a sí misma. Era el primer encuentro en una guerra.

Bajó la voz.

— ¿Todos allí… todos saben sobre mi padre?

—Oh, no. Muy pocas personas han escuchado alguno de los detalles, y esos son muy cerrados al respecto. —Lucie la miró dudosa—. Si tú quisieras contarme que pasó, lo juró, no lo compartiría con una sola alma, ni siquiera con James.

El pecho de Cordelia dolió, como siempre lo hacía cuando pensaba en su padre, Sin embargo, debía decirle esto a Lucie, y ella también necesitaría decirle a los demás. No sería capaz de ayudar a su padre a menos que fuera honesta demandando lo que ella quería.

—Hace cerca de un mes mi padre fue a Idris —dijo ella—. Era todo muy secreto, pero un nido de demonios Kravyad fue descubierto justo a las afueras de la frontera de Idris.

— ¿De verdad? —preguntó Lucie—. Son asquerosos, ¿no? ¿Devora-hombres?

Cordelia asintió.

—Habían eliminado casi a una manada entera de hombres lobo. Fueron los lobos, en realidad, quienes llevaron las noticias a Alicante. El Cónsul reunió a una fuerza expedicionaria de nefilim y llamó a mi padre por su experiencia con demonios raros. Junto a dos de los subterráneos, ayudó a planear la expedición para matar a los Kravyad.

—Eso suena muy emocionante —comentó Lucie—. Y qué maravilloso, trabajar con subterráneos así.

—Debería haberlo sido —replicó Cordelia. Miró hacia atrás, James estaba a una distancia lejana, seguía leyendo. No era posible que las escuchase—. La expedición salió mal. Los demonios Kravyad se habían ido, y los nefilim habían invadido la tierra de un clan de vampiros que creía que le pertenecía. Hubo una pelea… una mala.

Lucie palideció.

—Por el Ángel. ¿Mataron a alguien?

—Varios nefilim fueron lesionados —dijo Cordelia—, y el clan de vampiros creyó que nosotros, que los cazadores de sombras, se habían aliado con los hombres lobo para atacarlos. Fue un terrible desastre, algo que podría haber deshecho los Acuerdos.

Lucie lucía horrorizada. Cordelia no podía culparla. Los Acuerdos eran el trato de paz entre cazadores de sombras y subterráneos que ayudaba a mantener el orden. Si se rompían podía sobrevenir un caos sangriento.

—La Clave inició una investigación —continuó Cordelia—. Adecuada y apropiada. Pensamos que mi padre estaba destinado a ser un testigo, pero fue detenido en su lugar. Ellos lo culpaban de que la expedición hubiese ido mal. Pero no fue su culpa. Él no podía haberlo sabido. —Cerró los ojos—. Eso casi lo mató, haber decepcionado tanto a la Clave. Tendrá que vivir con la culpa por toda su vida. Pero ninguno de nosotros esperaba que lo arrestaran al final de la investigación.

Sus manos estaban temblando; las unió con fuerza.

»Me mandó una nota, pero no hubo nada después de eso: se lo prohibieron. Está bajo arresto domiciliario in Alicante, hasta que su juicio tenga lugar.

— *¿Un juicio?* —preguntó Lucie—. ¿Solo para él? Pero había otros a cargo de la expedición para que tuviera éxito, ¿no?

—*Había* otros, pero mi padre está siendo el chivo expiatorio. Le han culpado de todo. Mi madre quería ir junto a él a Idris de inmediato, pero no se lo permitió —añadió Cordelia—. En cambio dijo que debíamos venir a Londres… que si era condenado la vergüenza que caería sobre nuestra familia sería inmensa, y que deberemos actuar rápido para evitarlo.

— ¡Eso sería muy injusto! —Los ojos de Lucie parecieron destellar—. Todos saben que ser cazador de sombras es un trabajo peligroso. Es obvio que determinarán que tu padre hizo lo mejor que pudo después de que lo hayan interrogado.

—Tal vez —dijo Cordelia en voz baja—. Pero ellos quieren a alguien a quien culpar… y tenía razón sobre que tenemos pocos amigos entre los cazadores de sombras. Nos hemos mudado tanto, nunca vivimos tanto tiempo en un solo lugar: París, Bombay, Marruecos…

—Siempre creí que era algo muy glamoroso.

—Intentábamos encontrar un clima que fuese mejor para su salud —respondió—, pero ahora mi madre siente que tiene pocos aliados. Es por eso que estamos aquí, en Londres. Espera que podamos hacer amigos y aliados rápidamente, así si mi padre enfrenta la prisión, tendremos a alguien que esté a nuestro lado y nos defienda.

—Siempre está tío Jem. Él *es* tu primo —sugirió Lucie—. Y la Clave tiene en alta estima a los Hermanos Silenciosos.

El tío Jem de Lucie era James Carstairs, conocido por la mayoría de los nefilim como Hermano Zachariah. Los Hermanos Silenciosos eran los médicos y archivistas de los nefilim: mudos, longevos y poderosos, habitaban en la Ciudad Silenciosa, un mausoleo bajo tierra con cientos de entrada por todo el mundo.

Para Cordelia lo más extraño de ellos era que —al igual que sus contrapartes, las Hermanas de Hierro, que forjan armas y estelas con *adamas*—, ellos eligieron ser lo que eran: Jem había sido un cazador de sombras ordinario una vez, el *parabatai* del padre de Lucie, Will. Cuando se convirtió en un Hermano Silencioso, poderosas runas lo silenciaron y lo marcaron, y cerraron sus ojos para siempre. Los Hermanos Silenciosos no envejecían físicamente, pero tampoco tenían hijos, esposas u hogares. Parecía una vida terriblemente solitaria. Cordelia ciertamente había visto al Hermano Zachariah, Jem, en ocasiones importantes, pero no sentía que lo conociera como James y Lucie. Su padre nunca se había sentido cómodos en presencia de un Hermano Silencioso y habían hecho todo lo posible para evitar que Jem visitara a su familia.

Ojalá Elias hubiera pensado diferente. Jem podía haber sido ahora un aliado. Tal y como estaba, Cordelia no tenía ni idea de como empezar a acercarse a él.

—Tu padre no irá a prisión —dijo Lucie, tomando la mano de Cordelia—. Hablaré con mis padres…

—No, Lucie. —Cordelia negó con la cabeza—. Todos saben lo cercanas que son nuestras familias. No creerán que tu madre y tu padre son imparciales. —Soltó un suspiro—. Voy a hablar con la Cónsul yo misma. Directamente. Puede que no se dé cuenta de que están tratando de culpar a mi padre para hacer desaparecer este escándalo con los subterráneos. Es más fácil señalar con el dedo a una persona que admittir que todos cometieron errores.

Lucie asintió con la cabeza.

—La tía Charlotte es tan amable, no puedo imaginar que no vaya a intentar sacarlo de ahí.

La tía Charlotte era Charlotte Fairchild, la primera mujer que fue elegida para Cónsul. También era la madre del *parabatai* de James, Matthew, y una vieja amiga de la familia Herondale.

Un Cónsul tenía un enorme poder, y cuando Cordelia había escuchado por primera vez sobre la detención de su padre, había pensado en Charlotte. Pero la Cónsul no tenía la libertad de hacer lo que quisiera, Sona se lo había explicado. Habían grupos dentro de la Clave, facciones poderosas que siempre la presionaban para hacer esto o aquello, y ella no se podía arriesgar a enfadarlos. Solo haría que las cosas fueran peores para su familia si iban con la Cónsul.

Dentro de sí, Cordelia pensaba que su madre estaba equivocada. ¿Acaso el poder no *era* la habilidad de arriesgarse a hacer enojar a las personas? ¿Cuál era el punto de ser una Cónsul mujer si tenías que seguir preocupándote por hacer a todos felices? Su madre era demasiado cuidadosa, demasiado temerosa. Sona creía que la única forma posible de salir de su situación actual era que Cordelia se casara con alguien prestigioso, alguien que pudiera salvar el nombre de su familia si Elias iba a prisión.

Pero Cordelia no le mencionaría eso a Lucie. No se lo contaría a nadie. Apenas era capaz de pensarlo: no estaba en contra de la idea de casarse, pero tenía que ser con la persona indicada y tenía que ser por amor. No

sería parte de un trato para reducir la vergüenza de su familia cuando su padre no había hecho nada malo. Ella resolvería esto con astucia y valentía, no vendiéndose a sí misma como una novia.

—Lo sé, ahora mismo es algo absolutamente terrible —dijo Lucie y Cordelia tuvo el presentimiento de que se había perdido varios momentos de la plática de Lucie—, pero sé que pronto terminará y tu padre volverá a salvo. Y mientras tanto tú estarás en Londres y puedes entrenar conmigo y… ¡ah! —Lucie apartó su brazo del de Cordelia y lo metió en su bolsa de mano—. Casi lo olvidaba. Tengo otra parte de *La Hermosa Cordelia* para que la leas.

Cordelia sonrió y trató de sacar la situación de su padre de su mente. *La Hermosa Cordelia* era una novela que Lucie había comenzado cuando tenía doce años. Había sido una forma de animar a Cordelia mientras pasaba una larga estadía en Suiza. Seguía las aventuras de una joven llamada Cordelia, devastadoramente hermosa para todos aquellos que la contemplaban, y el apuesto hombre que la adoraba, Lord Hawke. Tristemente ambos habían sido separados cuando la hermosa Cordelia había sido secuestrada por piratas, y desde entonces ella había buscado la forma de volver a él, pero su viaje también se complicaba por muchas aventuras al igual que otros atractivos hombres —quienes siempre se enamoraban de ella y deseaban desposarla—, la verdadera Cordelia había perdido la cuenta de ellos.

Cada mes, sin falta, durante cinco años, Lucie le había enviado un nuevo capítulo y Cordelia se envolvía en las ficticias aventuras románticas de su contrapartida y se perdía en la fantasía por un rato.

—Maravilloso —le dijo, tomando las hojas de papel—. ¡Apenas puedo esperar a ver si Cordelia logra escapar del malvado Rey Bandido!

—Bueno, resulta que, el Rey Bandido no es tan malvado. Verás, es el hijo más joven de un duque que siempre ha sido… lo siento. —Lucie dejó de hablar dócilmente ante la mirada de Cordelia—. Olvidé que odias que te cuenten la historia antes de haberla leído.

—Así es. —Cordelia le dio un golpecito a su amiga en el brazo con el manuscrito enrollado—. Pero gracias, querida, lo leeré en el preciso momento en que esté libre. —Miró sobre su hombro—. Es... Quiero decir, también desearía hablar a solas contigo, pero, ¿no estamos siendo terriblemente groseras al pedirle a tu hermano que camine detrás de nosotras?

—Ni un poco —le aseguró Lucie—. Míralo. Está distraído, leyendo.

Y lo estaba. James tenía un libro fuera y estaba leyendo tranquilamente mientras caminaba. Aunque se veía enteramente atrapado en lo que fuera que estuviera leyendo atentamente, eludía los obstáculos que se le aproximaban, una roca ocasional o una rama caída e incluso a un pequeño niño que sostenía un aro, con admirable gracia. Cordelia sospechó que si ella hubiera tratado tal hazaña, se habría estrellado contra un árbol.

—Eres muy afortunada —dijo Cordelia con melancolía, aún mirando sobre su hombro a James.

—Dios mío, ¿por qué? —Lucie la miró con los ojos muy abiertos. Donde los ojos de James eran de color ámbar, los de Lucie eran de un precioso azul pálido, una sombra más clara que los de su padre.

La cabeza de Cordelia se volvió hacia ella.

—Oh, porque... — *¿Porque puedes pasar tiempo con James todos los días?* Dudó que Lucie pensara que eso fuera algún regalo en especial; nadie lo pensaría, cuando uno es de la familia—. Es muy buen hermano mayor. Si yo le pidiera a Alastair que caminara diez pasos detrás de mí en un parque, se hubiera encargado de quedarse a mi lado solo para molestarme.

— ¡Pff! —jadeó Lucie—. Claro que adoro a Jamie, pero últimamente ha sido terrible, desde que se enamoró.

Ella bien podría haberle lanzado un dispositivo ardiendo a la cabeza de Cordelia. Todo parecía estar desmoronándose a su alrededor.

— ¿Se qué?

—Enamoró —repitió Lucie, con la mirada de alguien que disfrutaba compartir un chisme—. Oh, claro que no dirá de quién, porque es Jamie y él nunca nos cuenta nada. Pero papá lo diagnosticó y dice que definitivamente es amor.

—Lo dices como si fuera tuberculosis. —La cabeza de Cordelia estaba dando vueltas preocupada. ¿James enamorado? ¿De quién?

—Bueno, se le parece, ¿no es así? Se pone todo pálido y temperamental y se queda viendo hacia afuera a través de las ventanas como Keats.

— ¿Keats miraba por las ventanas? —Cordelia se sentía mareada. A veces seguirle el paso a Lucie era difícil.

Lucie continuó, sin inmutarse por la pregunta de si el poeta más romántico y famoso se quedaba o no mirando por las ventanas.

—No le dirá nada a nadie excepto por Matthew, y Matthew es una tumba a lo que concierne a James. Una vez, escuché un poco de su conversación por accidente, aunque…

— ¿Por accidente? —Cordelia levantó una ceja.

—Puede que me haya escondido debajo de la mesa —dijo Lucie con dignidad—. Pero fue solo porque había perdido un arete y lo estaba buscando.

Cordelia contuvo una sonrisa.

—Continúa.

—Definitivamente está enamorado y Matthew definitivamente piensa que está siendo un tonto. Es una chica que no vive en Londres, pero está apunto de llegar aquí por una larga estadía. Matthew no la aprueba, pero no escuché exactamente por qué… —Lucie dejó de hablar repentinamente y se aferró a la muñeca de Cordelia—. ¡Ah!

—¡Auch! Lucie...

—¡Una encantadora joven apunto de llegar a Londres! ¡Ay, soy una tonta! ¡Es claro a quién se refería!

—¿Lo es? —dijo Cordelia. Se estaban acercando al Long Water; podía ver el sol resplandeciendo en la superficie.

—Hablaba de ti —jadeó Lucie—. ¡Oh, qué encantador! ¡Imagina si llegan a casarse! ¡Podríamos ser verdaderas hermanas!

—¡Lucie! —Cordelia bajó la voz hasta hacerla un susurro—. No tenemos una sola prueba de que hablara de mí.

—Bueno, estaría loco si no estuviera enamorado de ti —dijo Lucie—. Eres terriblemente preciosa, y justo como Matthew dijo, acabas de llegar a Londres por una larga estadía. ¿Quién más puede ser? El Enclave simplemente no es tan extenso. No, debes ser tú.

—No lo sé...

Los ojos de Lucie se ampliaron.

—¿Acaso tus sentimientos hacia él no son mutuos? Bueno, no puedes esperar a tenerlos, todavía. Quiero decir, lo has conocido toda tu vida, así que supongo que no es tan impresionante, pero te prometo que el Enclave de chicas piensa que es absolutamente espléndido. Así que supongo que puedes acostumbrarte a su cara. Él no ronca ni hace chistes de mal gusto. En realidad ni siquiera es ni un poquito malo —añadió reflexivamente—. ¿Y si solo lo consideras? Debes tener un encantador vestido, así él quedará realmente atontado por ti.

—Tengo un vestido —Cordelia se apresuró a decirle, aunque sabía que estaba lejos de ser encantador.

—Una vez que lo hayas encantado —continuó Lucie—, se te declarará. Y entonces decidiremos si lo aceptarás y, si lo haces, sabremos si tendrán

un largo compromiso. Sería mejor si lo tuvieran, así podríamos completar nuestro entrenamiento como *parabatai*.

— ¡Lucie, me estás mareando! —dijo Cordelia, y lanzó una mirada preocupada sobre su hombro. ¿Acaso James había escuchado algo de lo que habían dicho? No, no parecía ser así: él seguía deambulando de aquí para allá, leyendo.

Una esperanza traicionera se hundió en su corazón y por un momento se permitió imaginar estando comprometida con James, siendo bienvenida en la familia de Lucie. Lucie, que ahora sería su hermana ante los ojos de la ley, llevando un enorme ramo de flores a su boda. Sus amigos —ya que realmente tendrían amigos— exclamarían: *Ah, ustedes dos hacen una pareja perfecta...*

De repente frunció el ceño.

— ¿Por qué Matthew no me aprueba? —preguntó, y luego se aclaró la garganta—. Quiero decir, si yo fuera la chica de la que estaban hablando, lo cual estoy segura de que no era así.

Lucie movió su mano restándole importancia.

—Él no creía que la chica mencionada se preocupara por James. Pero como ya nos hemos cerciorado, puedes enamorarte de él con mucha facilidad, si solo añades un poco de esfuerzo. Matthew es bastante protector con Jamie, pero no hay nada que temer de él. Puede que no le agrade mucha gente, pero es muy cariñoso con aquellos que quiere.

Cordelia pensó en Matthew, el *parabatai* de James. Matthew no había sido capaz de despegarse de James desde que ambos habían pasado una breve estadía en la escuela de Idris, y lo había visto un par de veces en reuniones sociales. Matthew parecía ser formado de puro oro y sonrisas, pero ella sospechaba que podría haber un león debajo del gatito, si alguien intentaba lastimar a James.

Pero ella nunca lastimaría a James. Ella lo amaba. Lo había amado toda su vida.

Y mañana tendría la oportunidad de decírselo. No dudaba que eso le daría la confianza para acercarse a la Cónsul y presentar el caso de su padre por indulgencia, tal vez con James a su lado.

Cordelia alzó su barbilla. Sí, después del baile de mañana, su vida sería muy diferente.

Capítulo Traducido por Samn
Corregido por Annie y Tris

Días Pasados: Idris, 1899

Hasta donde James podía recordar, cada año él y su familia viajaban a Idris para pasar el verano en la mansión Herondale. Era una edificación enorme de cimientos dorados, sus jardines terminaban en las fronteras con el frondoso y mágico bosque de Brocelind, un enorme muro los separaba de la mansión de la familia Blackthorn, sus vecinos.

James y Lucie pasaban los días jugando en lo más recóndito del tenebroso bosque, nadando y pescando en el río más cercano, y montando a caballo entre los campos verdes. Hubo veces en las que trataron de espiar la casa de los Blackthorn, pero los muros estaban cubiertos de enredaderas de espinas. Vides tan afiladas como cuchillos cubrían la entrada a la mansión Blackthorn que hacía mucho había sido abandonada y descuidada, ellos sabían que Tatiana Blackthorn vivía ahí, pero solo había llegado ver su carruaje ir y venir desde lejos, las puertas y ventanas siempre se encontraban cerradas.

Una vez James les preguntó a sus padres por qué nunca le hablaban a su vecina, especialmente desde que Tatiana fue relacionada con los tíos de James, Gideon y Gabriel Lightwood. Tessa le explicó con delicadeza que existía un enorme resentimiento entre sus familias desde que el padre de

Tatiana contrajo una maldición y ellos no pudieron salvarlo. Su padre y su esposo murieron ese día, y su hijo, Jesse, había muerto en los años posteriores. Ella culpaba a Will y a sus hermanos por sus muertes.

—Hay veces en que la gente se encierra en la amargura —dijo Tessa—, y buscan a alguien a quien culpar por su pérdida. Es una pena, Will y tus tíos la habrían ayudado si pudieran.

James solo pensaba en Tatiana como una rara mujer que odiaba a su padre sin razón alguna, y como alguien a quien no deseaba conocer. Y entonces, en el verano en que James cumplió trece años, llegó un mensaje de Londres para Will, diciendo que Edmund y Linette Herondale, los abuelos de James, fallecieron de influenza.

Si Will no hubiera estado tan distraído por sus pérdidas quizá las cosas hubieran sido diferentes.

Pero lo estuvo, y las cosas no cambiaron.

La víspera después de enterarse de las muertes de Linette y Edmund, Will estaba sentado en el suelo del salón, Tessa se encontraba en su mecedora detrás de él, y Lucie y James estaban acostados en la alfombra junto a la chimenea. Will estaba recargado contra las piernas de Tessa, su mirada perdida se posaba en las llamas del fuego. Todos escucharon cuando las puertas se abrieron, Will alzó la mirada cuando Jem entró, y Jem, que usaba su túnica de Hermano Silencioso, se acercó a Will y se sentó junto a él. Atrajo la cabeza de Will hacia su hombro, y Will sostuvo la túnica de Jem con sus puños y lloró. Tessa inclinó su cabeza entre ambos, y los tres se unieron en una pérdida enorme, formaron una esfera imposible de tocar para James. Esa fue la primera vez que James se dio cuenta que su padre podía llorar por algo.

Lucie y James huyeron a la cocina. Ahí fue donde Tatiana Blackthorn los encontró —sentados en la mesa mientras su cocinera, Bridget, les daba un postre para cenar—, y el momento en que le pidió ayuda a James para cortar sus enredaderas.

Se parecía a un sombrío cuervo, era algo que no encajaba en contraste con su resplandeciente cocina. La tela su vestido era de sarga, con un dobladillo desigual en las mangas, usaba un sombrero mugroso decorado con un pájaro inclinado de ojos saltones en uno de sus costados. Su cabello era gris, su piel era gris, y sus ojos eran de un opaco verde, como si la miseria y la furia hubieran drenado todo su color.

—Chico —dijo ella, mirando a James—. Las rejas de mi mansión están atoradas por las zarzas. Necesito a alguien que corte las enredaderas. ¿Lo harías tú?

Tal vez si las cosas hubieran sido diferentes, y si James no se estuviera sintiendo tan inquieto al desear ayudar a su padre pero sin saber cómo hacerlo, tal vez le habría dicho que no. Incluso se habría preguntado por qué la señora Blackthorn no se lo pedía a quién sea que cortaba las enredaderas todos estos años, o por qué de repente necesitaba que esa tarea se cumpliera cuando estaba a punto de anochecer.

Pero no lo hizo. Se bajó de la mesa y siguió a Tatiana hacia las sombras del atardecer. La puesta de sol había comenzado y los árboles del bosque de Brocelind parecían arder en lo alto mientras ella cruzaba los terrenos entre las dos casas, hasta las puertas principales de la Mansión Blackthorn. Las rejas eran de hierro negro torcido, había un arco en la cima con unas palabras grabadas en latín: LEX MALLA, LEX NULLA.

Una mala ley no es ley.

Se agachó junto a un bulto de hojas y se irguió levantando a un enorme cuchillo. Se podía ver que solía ser afilado, pero ahora la cuchilla era de café oscuro oxidado, casi de un color negro. Durante un momento James se imaginó que Tatiana Blackthorn lo había llevado ahí para matarlo. Arrancaría su corazón y lo dejaría tirado hasta que su sangre cubriera todo el suelo.

Pero en su lugar, puso el cuchillo en sus manos.

—Ahí tienes, chico —le dijo—. Tómate tu tiempo.

Por un momento creyó verla sonreír, pero debió haber sido un truco causado por la luz. Se fue tras el ligero movimiento del pasto seco, dejando a James de pie frente a las rejas, con una daga oxidada entre sus manos, como si fuera el pretendiente menos afortunado de todos de la Bella Durmiente. Suspiró y comenzó a cortar.

O al menos, lo intentó. El inservible cuchillo no cortaba nada y las zarzas eran tan gruesas como los barrotes de las rejas. Más de una vez se atoró entre las filosas y malvadas puntas de las espinas.

Sus doloridos brazos pronto se sintieron tan pesados como el plomo y su camisa blanca se pintó de sangre.

Esto es ridículo, se dijo a sí mismo. Y definitivamente sobrepasaba el deber de ayudar a un vecino con su jardín. Sus padres definitivamente entenderían si tiraba ese cuchillo y volvía a casa. Definitivamente…

Repentinamente, un par de manos tan pálidas como los lirios aparecieron entre las vides.

—Chico Herondale —susurró una voz—. Déjame ayudarte.

Sorprendido, fijó su mirada cuando unas vides cayeron frente a él. Un momento después apareció el rostro de una niña entre el hueco, pálida y pequeña.

—Chico Herondale —volvió a decir—. ¿Acaso hablas?

—Sí, y también tengo un nombre —respondió—. Soy James.

Su rostro desapareció entre las vides. Se escuchó un traqueteo y un momento después una cortadora de zarzas —tal vez no era el modelo más nuevo pero claramente serviría— apareció entre las rejas. James se agachó para poder tomarla.

Se estaba levantando cuando escuchó que alguien lo llamaba: era la voz de su madre.

—Tengo que irme —dijo él—. Pero gracias, Grace. Eres Grace, ¿cierto? ¿Grace Blackthorn?

Escuchó algo parecido a un jadeo, y ella volvió a aparecer entre las enredaderas.

—Oh, por favor regresa —dijo Grace—. Si regresas mañana por la noche, voy a escabullirme entre las rejas y podré hablar contigo mientras trabajas. Ha pasado muchísimo tiempo desde que hablé con alguien más aparte de mamá.

Extendió su mano traspasando los barrotes, y vio líneas rojas en su piel donde las espinas la habían cortado, James alzó su mano y por un momento, sus dedos se rozaron.

—Lo prometo —lo dijo antes de darse cuenta de lo que hacía—. Volveré.

Interludio Traducido por Samn
Corregido por Annie y Tris

2
CENIZAS DE ROSAS

Aunque uno sea bello como rosas,
su belleza se enturbiará y morirá,
y por más que el amor descanse,
su fin no será bueno jamás.
—Algernon Charles Swinburne, «El Jardín de Proserpina»

—MATTHEW —DIJO JAMES—. MATTHEW, SÉ QUE ESTÁS AHÍ. SAL, O TE JURO por el Ángel que te voy a diseccionar como una rana.

James estaba recostado boca abajo sobre una mesa de billar en la sala de juegos del Instituto, mirando debajo suyo.

El baile había comenzado hacía una hora, y nadie había sido capaz de encontrar a Matthew. James fue quien adivinó que su *parabatai* se estaría escondiendo ahí: era una de sus habitaciones favoritas, cómoda y elegantemente decorada por Tessa. Sus molduras se encontraban tapizadas con franjas grises y negras, y el techo estaba pintado de gris. Habían retratos familiares enmarcados y árboles familiares en las paredes, y un conjunto de sofás y sillones antiguos. Un precioso y lustrado juego de ajedrez resplandecía como un cofre de gemas sobre un humidor de puros Dunhill. También había una enorme mesa de billar, en la cual Matthew se estaba escondiendo.

Se escuchó un ruidito, y la cabellera rubia de Matthew apareció debajo de la mesa. Miró a James con sus ojos verdes.

—Jamie, Jamie —dijo usando un tono burlesco para ocultar su pesar—. ¿Por qué no dejas en paz a tu buen amigo? Estaba durmiendo plácidamente.

—Bien, despierta. Te necesitan en el salón de baile para equilibrar a los invitados —dijo James—. Hay un número impresionante de chicas.

—Al diablo el salón de baile —dijo Matthew, saliendo rápidamente debajo de la mesa. Se encontraba magníficamente arreglado con un traje gris perla y un clavel verde pistacho en su ojal. Su mano se aferraba a una licorera de vidrio grabado—. Detesto bailar. Y pretendo quedarme aquí y embriagarme como un loco. —Miró la licorera y luego a James, entusiasmadamente—. Puedes unirte, si quieres.

—Ese es el oporto de mi padre —dijo James. Sabía que era una bebida fuerte, y muy dulce—. Estarás devastadoramente enfermo en la mañana.

—*Carpe licanter* —dijo Matthew—. Es un excelente vino. Sabes, siempre he admirado a tu padre. Incluso planeo ser como él algún día. Aunque una vez conocí a un brujo que tenía tres brazos. Podía luchar con una mano, barajar un mazo de cartas con la otra y desatar el corsé de una señorita con la tercera, todo al mismo tiempo. Ese tipo es un ejemplo a seguir.

—*Ya estás* borracho —dijo James en un tono molesto y extendió su mano para quitarle la licorera a Matthew. Pero Matthew fue más rápido que él, y lo alejó de su alcance mientras se levantaba y agarraba el brazo de James. Lo tiró de la mesa, y entonces los dos comenzaron a rodar en la alfombra como cachorros, Matthew no paraba de reír, y James solo trataba de arrebatarle la botella.

— ¡Suél… ta… me! —jadeó Matthew, respirando con dificultad y se rindió. James cayó de espaldas con tanta fuerza que el corcho de la licorera salió volando. El vino cayó sobre su ropa.

— ¡Mira lo que hiciste! —dijo afligido, usó el pañuelo que tenía en su bolsillo intentando hacer lo posible para limpiar la mancha escarlata impregnada en su camisa—. Apesto a cervecero y parezco un carnicero.

—Tonterías —dijo Matthew—. De todas formas a ninguna chica le importan tus ropas. Todas se la pasan admirando tus enormes y perfectos ojos dorados. —Miró a James ensanchando sus ojos, casi como si se estuviera volviendo loco. Y luego los cerró.

Matthew extendió ambas manos.

James solo frunció el ceño. Sus ojos eran enormes, con destellos oscuros y de el color del té de oro pálido, pero lo habían molestado sin parar en la escuela por sus extraños ojos, así que nunca llegó a apreciarlos por su peculiaridad.

Matthew alzó ambas manos.

—Paz —dijo en súplica—. Deja que la paz sea con nosotros. Puedes verter el resto del oporto en mi cabeza.

La boca de James formó una sonrisa. Era imposible estar enojado con Matthew. Era casi imposible *enojarse* con Matthew.

—Acompáñame al salón y equilibra a los invitados y la paz será declarada.

Matthew se levantó obedientemente, sin importar lo mucho que estuviera borracho, sus pies siempre se mantenían firmes. Ayudó a James a levantarse con un fuerte agarre y alisó su chaqueta para que cubriera la mancha de vino.

— ¿Solo quieres desperdiciar el oporto en tu ropa o también quieres beberlo? —Le ofreció la licorera a James.

James negó con la cabeza. Sus nervios ya estaban encrespados, y a pesar de que el vino los calmaría, también confundiría su mente. Quería

mantenerse alerta… por si acaso. Sabía que era posible que ella no viniera. Pero bueno, también podría ser que sí. Habían pasado seis meses desde su última carta, y ahora estaba en Londres. Necesitaba estar preparado para cualquier cosa.

Matthew suspiró y dejó la botella en la repisa de la chimenea.

—Ya sabes lo que dicen —dijo mientras James y él abandonaban la habitación y se dirigían a la fiesta—. Bebe y dormirás; duerme, y no pecarás; no peques, y serás salvado; por lo tanto, bebe y sé salvado.

—Matthew, tú pecas incluso dormido —respondió una voz fatigada.

—Anna —dijo Matthew, recargándose en el hombro de James—. ¿Te enviaron a buscarnos?

Apoyada junto a una pared estaba la prima de James, Anna Lightwood, magníficamente vestida con unos pantalones ajustados y una camisa a rayas. Tenía los ojos azules de un Herondale, lo cual siempre le resultaba extraño a James, como si de alguna forma su padre lo estuviera vigilando.

—Si por «buscarlos» te refieres a «arrastrarlos de vuelta al salón a cualquier costo» —dijo Anna—. Hay chicas que necesitan a alguien con quien bailar y que les digan que se ven hermosas, y yo no puedo hacerlo sola.

Los músicos del salón entonaron una repentina melodía: un vals animado.

—Demonios, no un vals —dijo Matthew, abatido—. Aborrezco los vals.

Comenzó a retroceder. Anna lo sujetó del cuello de su saco.

—Oh, no, no te atrevas —dijo, y con un fuerte agarre los llevó a ambos al salón de baile.

* * *

—Deja de mirarte —dijo Alastair, cansado—. ¿Por qué las mujeres *siempre* se miran tanto? ¿Y por qué frunces el ceño?

Cordelia miró el reflejo de su hermano en el espejo. Estaban esperando fuera del gran salón del baile del Instituto, Alastair luciendo perfecto, vestido en blanco y negro, su cabello rubio, estaba aplacado con gel, sus manos usaban guantes de cabritillo.

Porque madre me vistió, pero ella deja que vistas lo que te dé la gana, pensó, pero no lo dijo, pues su madre estaba justo ahí. Sona estaba dispuesta a vestir a Cordelia con lo que estuviera a la moda, incluso si esta no le favorecía a su hija en absoluto. Para la noche insistió que Cordelia usara un vestido lavanda con adornos resplandecientes en los bordes. Su cabello estaba recogido en una cascada de rizos y su corsé le daba una silueta de cisne que no la dejaba respirar.

Cordelia estaba segura que se veía espantosa. Los colores pastel eran el escándalo en las noticias sobre la moda, pero esos artículos asumían que las chicas tenían que ser rubias, de busto pequeño y de piel pálida. Y Cordelia no era ninguna de esas cosas. Los colores pastel la hacían verse más pálida, e incluso el corsé no podía evitar que su pecho se viera tan grande. Su cabello tampoco era corto o delgado: era largo y grueso como el de su madre, si lo cepillaba, le llegaba a la cintura. Se veía ridícula con esos rizos.

—Porque tengo que usar un corsé, Alastair —espetó—. Tenía que asegurarme que no me hubiera puesto morada.

—Combinarías con tu vestido si lo hicieras —señaló Alastair. Cordelia no pudo evitar desear que su padre se encontrara ahí; él siempre le decía que se veía hermosa.

—Niños —dijo su madre con un tono reprobatorio. Cordelia presintió que se dirigiría a ellos como «niños» incluso cuando fueran ancianos canosos y se estuvieran molestando el uno al otro desde sus sillas de ruedas—. Cordelia, un corsé no solo le da figura a una mujer, también demuestran que una señorita es finamente educada y tiene sentimientos

delicados. Alastair, deja de molestar a tu hermana. Esta es una noche muy importante para todos, y hay que recordar que debemos dar una buena impresión.

Cordelia podía sentir la incomodidad de su madre al ser la única mujer que estaba usando un *roosari* que cubría su cabello, le preocupaba carecer del conocimiento de saber quiénes eran las sumas autoridades en la habitación, y lo habría sabido de inmediato si estuvieran en el salón del Instituto de Teherán.

Las cosas serán diferentes después de esta noche, se dijo Cordelia una vez más. No importaba que su vestido se viera horripilante en ella: lo que importaba era que encantará a los cazadores de sombras influyentes del salón y que pudieran presentarle a la Cónsul en su lugar. Haría que Charlotte entendiera –haría que todos entendieran– que su padre podía ser un terrible estratega, pero esa no era excusa para encarcelarlo. Haría que entendieran que la familia Carstairs no tenía nada que esconder.

Y haría que su madre sonriera.

Las puertas del salón se abrieron y apareció Tessa Herondale usando un vestido rosa chifón, con pequeñas rosas en su cabello. Cordelia dudaba que *ella* tuviera que usar corsé. Su aspecto nunca iba a cambiar. Era difícil de creer que ella fue la mujer que derrotó a un ejército de monstruos de metal.

—Gracias por esperar —dijo—. Quería que entrasen juntos y que las introducciones comenzasen. Todos se mueren por conocerlos. ¡Vamos, vamos!

Los guió hacia el salón. Cordelia tuvo un vago recuerdo de haber jugado aquí con Lucie cuando estaba casi abandonado. Ahora estaba repleto de luces y música.

Las asfixiantes paredes brocadas y las enormes cortinas de terciopelo que habían existido por muchos años habían desaparecido. Ahora todo

estaba ventilado e iluminado, las paredes se alineaban con unos bancos de madera blanquecina acolchonados con unas almohadillas doradas y blancas. Un decorado de pájaros de oro alrededor de unos árboles se extendía entre las cortinas: si lo veías más de cerca, sabrías que eran garzas. En los muros colgaba una colección variada de armas; espadas guardadas en fundas decoradas con gemas, arcos tallados en jade y marfil, dagas con empuñaduras con la forma de los rayos del sol y alas de ángel.

La mayor parte del salón se había despejado para la pista de baile, pero había un buffet repleto de copas y jarras de limonada fría. Alrededor del salón había un par de mesas cubiertas de manteles blancos. Las mujeres que ya tenían tiempo casadas y unas jovencitas que no tenían con quien bailar se la pasaban reunidas junto a las paredes, entreteniéndose hablando de chismes.

Cordelia buscó instintivamente a Lucie y James. Y encontró a Lucie, bailando con un chico de cabello arenisco, siguió examinando el salón en busca del despeinado cabello oscuro de James sin éxito alguno. No parecía que estuviera aquí.

No tuvo tiempo para detenerse a pensar en ello. Tessa era una anfitriona espectacular. Cordelia y su familia fueron llevados rápidamente de grupo en grupo, se hicieron presentaciones, y enumeraron sus virtudes y valores. Conoció a una chica de cabello negro un par de años mayor que ella que lucía extremadamente calmada en su vestido verde pistacho adornado con listones.

—Barbara Lightwood —dijo Tessa, y Cordelia se animó cuando se saludaron mutuamente. Los Lightwood eran primos de James y Lucie, y una familia independientemente poderosa.

Inmediatamente su madre comenzó a platicar con los padres de Barbara, Gideon y Sophie Lightwood. Cordelia miró a Barbara. ¿A ella le importaría escuchar lo que le había sucedido a su padre? Probablemente no. Se encontraba mirando a la pista de baile con una sonrisa en su rostro.

— ¿Quién es el chico que está bailando con Lucie? —preguntó Cordelia, lo que hizo que Barbara soltara una inesperada carcajada.

—Es mi hermano, Thomas —respondió—. ¡Y gracias al cielo, no se está tropezando con sus propios pies!

Cordelia volvió a mirar al chico de cabello arenisco que se reía con Lucie. Thomas era altísimo y de hombros anchos, bastante intimidante. ¿A Lucie le gustaba? Si hablaba de él en sus cartas, solo lo hacía diciendo que era uno de los amigos de su hermano.

Alastair se había quedado alejado del grupo, luciendo aburrido —en realidad, Cordelia casi había olvidado que estaba ahí—, hasta que de la nada, se animó.

— ¡Charles! —dijo, sonando aliviado. Alisó su chaleco—. Si me disculpan, debo ponerme al día con él. No nos hemos visto en años.

Desapareció entre las mesas sin permiso alguno. La madre de Cordelia suspiro.

—Chicos —dijo—. Son tan irritantes.

Sophie le sonrió a su hija, y Cordelia notó la violenta cicatriz que desgarraba su mejilla. Había algo en su alegría, en la forma en que hablaba y se movía, que causaba que nadie la notara al principio.

—Las chicas también tienen sus etapas —señaló—. Debió haber visto a Barbara y a su hermana, Eugenia, cuando eran pequeñas. ¡Eran unos demonios!

Barbara rio. Cordelia envidiaba el vínculo tan sencillo que tenía con su madre. Un momento después, apareció un chico de cabello castaño oscuro que invitó a Barbara a bailar; se alejó rápidamente, y Tessa llevó a Sona y Cordelia a la siguiente mesa, donde el tío de Lucie, Gabriel Lightwood estaba sentado junto a una hermosa mujer de largo cabello oscuro y de ojos azules; su esposa, Cecily. Will Herondale estaba sonriendo, cruzado de brazos y recargado en la mesa.

Will levantó la mirada al verlas acercarse, y su rostro se suavizó cuando vio a Tessa, y a Cordelia detrás de ella. Cordelia podía ver un poquito de James en él cuando fuera adulto.

—Cordelia Carstairs —dijo, después de saludar a su madre—. Qué hermosa te has vuelto.

Cordelia sonrió. Si Will pensaba que era hermosa, entonces tal vez su hijo también lo haría. Aunque el prejuicio de Will estaba nublado ante todo lo relacionado con los Carstairs, probablemente creía que Alastair era perfecto y también hermoso.

—Escuché que viniste a Londres para convertirte en la *parabatai* de nuestra Lucie —dijo Cecily. Se veía casi tan joven como Tessa, uno podría preguntarse cómo era posible si ella ni siquiera era una bruja inmortal—. Me alegra, ya era hora de que más chicas fueran *parabatai*. Ese asunto ha sido monopolizado por los hombres por mucho tiempo.

—Es que los primeros *parabatai* fueron hombres —señaló Will, de una forma que hizo que Cordelia se preguntará si Cecily lo encontraba tan insufrible como ella lo hacía con Alastair.

—Son nuevos tiempos, Will —dijo Cecily, sonriendo—. Es una era moderna. Tenemos electricidad, autos motorizados…

—Los mundanos tienen electricidad —dijo Will—. *Nosotros* tenemos luz mágica.

—Y los autos motorizados son una moda pasajera —dijo Gabriel Lightwood—. No durarán.

Cordelia se mordió el labio. Así no era como ella deseaba que fuera la noche. Quería ser influyente y encantadora con las personas, y en su lugar se sentía como una niña excluida de una conversación adulta sobre autos motorizados. Se sintió extremadamente aliviada cuando vio que Lucie dejaba a Thomas en la pista de baile y corría hacia ella. Se abrazaron, y

Cordelia alabó el hermoso vestido azul de Lucie, mientras Lucie miraba horrorizada la pesadilla lavanda de Cordelia.

— ¿Puedo llevarme a Cordelia para que conozca a las otras chicas? —le preguntó a Sona, dándole su más encantadora sonrisa.

—Por supuesto. —Sona parecía complacida. Después de todo, ese era el propósito de haber llevado a Cordelia, ¿no? Para conocer a los hijos e hijas de los prestigiosos cazadores de sombras. Aunque Cordelia sabía que realmente era mayormente por los hijos que las hijas.

Lucie tomó la mano de Cordelia y la llevó a la mesa de bocadillos, donde un grupo de chicas con vivaces vestidos se habían reunido. En la avalancha de introducciones, Cordelia solo pudo recordar un par de nombres: Catherine Townsend, Rosamund Wentworth y Ariadne Bridgestock, que debía ser familiar del Inquisidor. Era alta, una chica encantadoramente hermosa y un poco mayor que las demás, su tono de piel era un poco más oscuro que el de Cordelia.

—Qué hermoso vestido —le dijo Ariadne a Cordelia con cariño. Su propio vestido de seda era de un halagador color vino—. Creo que es el tono que unos conocen como «cenizas de rosas». Muy popular en París.

—Ah, sí —dijo Cordelia, entusiasmada. Había conocido a muy pocas chicas a lo largo de su vida, en realidad solo a Lucie, ¿así que *cómo* debía impresionarlas y maravillarlas?—. De hecho, conseguí este en París. En Rue de la Paix. Jeanne Paquin lo hizo con sus propias manos.

Vio que los ojos de Lucie se ampliaban, inquietos. Los labios de Rosamund formaron una línea delgada.

—Qué afortunada es —dijo con frialdad—. La mayoría de nosotras somos del pequeño y aburrido Énclave de Londres, rara vez podemos viajar al extranjero. Debe de creer que somos *muy* comunes.

—Oh —dijo Cordelia, dándose cuenta en qué se había metido—. No, para nada…

—*Mi* madre siempre ha dicho que los cazadores de sombras no fueron hechos para interesarse demasiado en la moda —dijo Catherine—. Dice que es algo mundano.

—Ya que siempre te la pasas halagando la ropa de Matthew —dijo Ariadne con amargura—, ¿debemos suponer que esa regla es solo para las chicas?

—Ariadne, en serio… —Rosamund comenzó a decir, y se interrumpió soltando una carcajada—. Hablando de demonios —dijo—. *Miren* quien acaba de llegar.

Estaba mirando hacia las lejanas puertas del salón de baile, de las cuales dos chicos acababan de pasar. Cordelia primero vio a James, como siempre lo hacía. Era alto, hermoso y no paraba de sonreír: era la visión de un pintor en blanco y negro, con su cabello despeinado color ébano.

Escuchó a Lucie gemir mientras las chicas comenzaban a susurrar a su alrededor: escuchó el nombre de James en los murmullos, y luego un segundo nombre en el mismo tono de voz: *Matthew Fairchild.*

Claro. Era el parabatai de James. Habían pasado bastantes años desde la primera vez que Cordelia lo vio. Lo recordaba como un niño delgado y rubio. Y ahora era un joven robusto, su cabello se había oscurecido a un tono bronce, con un rostro angelicalmente simétrico.

—*Son guapísimos* —dijo Catherine, sonando casi atormentada—. ¿No lo crees, Ariadne?

—Ah… sí —dijo Ariadne, apresuradamente—. Supongo.

—Ella solo tiene ojos para Charles —dijo Rosamund. Ariadne se sonrojó, y las chicas soltaron un tumulto de risitas. Todas, a excepción de Lucie que puso los ojos en blanco.

—Solo son *chicos* —dijo.

—James es tu hermano —dijo Catherine—. ¡Eres imparcial en esto, Lucie! Es *bellísimo*.

Cordelia comenzaba a sentirse algo desanimada. Parecía ser que James no era su propio tesoro oculto. Matthew y él se habían detenido para charlar divertidos con Barbara y su compañero de baile; el brazo de James se encontraba sobre el hombro de Matthew, y estaba sonriendo. Era tan hermoso que incluso mirarlo era como si una flecha le atravesara el corazón. Y claro que no era la única chica que lo había notado. Seguramente James debía tener su séquito de chicas.

—Matthew tampoco es mal parecido —dijo Rosamund—. Pero es *demasiado* problemático.

—En efecto —añadió Catherine, sus ojos resplandecían—. Debe tener cuidado con él, señorita Carstairs. Tiene una *reputación*.

Lucie comenzó a tornarse en un furioso color rosa.

—Deberíamos adivinar a quién le pedirá James que baile con él primero —dijo una chica de cabello rubio—. De seguro serás tú, Rosamund; te ves encantadora esta noche. ¿Quién podría resistirse a ti?

—Ah, sí, ¿quién será privilegiada por tener la atención de mi hermano? —exclamó Lucie—. Cuando tenía seis años, se vomitó sobre su zapato.

Las demás chicas la ignoraron intencionadamente mientras la música comenzaba a sonar una vez más. Alguien que parecía ser el hermano de Rosamund apareció e invitó a la chica rubia a bailar; Charles se alejó de Alastair y cruzó el salón para tomar la mano de Ariadne y dirigirla a la pista de baile. Will y Tessa se encontraban en los brazos del otro, al igual que los tíos y tías de Lucie.

Un momento después Matthew se acercó a su mesa. De repente se encontró sorprendentemente cerca de Cordelia. Y pudo ver que sus ojos no eran oscuros, como había creído sino de un sombrío verde, como el musgo del bosque. Hizo una pequeña reverencia dirigida a Lucie.

— ¿Me concedes este baile?

Lucie miró de reojo a las demás chicas y Cordelia leyó lo que decía su rostro tan claro como si fueran palabras en una página. A ella *no* le importaba la reputación de Matthew, decía su semblante. Con la cabeza en alto, Lucie zarpó a la pista de baile con el hijo menor de la Cónsul.

Lo que era admirable, pensó Cordelia, aunque eso significaba que la dejaría entre un grupo de chicas que todavía no estaba segura de si les caía bien. Podía escuchar murmullos que desgraciadamente parecían ser sobre ella, incluso creyó escuchar el nombre de su padre, y también la palabra «juicio»...

Cordelia enderezó su postura. Había cometido un error al mencionar París; no lo empeoraría mostrandose débil. Miró hacia la pista de baile, pegando una sonrisa en sus labios. Pudo divisar a su hermano conversando con Thomas Lightwood. Los chicos estaban relajadamente sentados en un banco, comos si estuvieran intercambiando secretos. Incluso Alastair estaba haciendo un mejor trabajo conversando con personas influyentes, en comparación con ella.

No muy lejos de ellos, apoyándose en la pared, había una chica, vestida con el último escándalo de la moda... moda masculina. Alta, casi dolorosamente delgada y de cabello muy, muy negro, justo como el de Will y James. El suyo era corto y estaba alisado con gel, las puntas quedando en pequeños rizos. Sus manos eran indudablemente hermosas, casi como las de una estatua, a pesar de estar manchadas con tinta y restos de tabaco. Estaba fumando un puro, el humo flotaba lentamente por arriba de su rostro, el cual era inusual: de huesos finos y bordes afilados.

Anna, Cordelia la reconoció. Esa era Anna Lightwood, la prima de Lucie. Y realmente era la persona más intimidante del salón.

—Ay, Dios —exclamó Catherine, mientras la música sonaba más fuerte—. Es un vals.

Cordelia bajó la mirada. Ella sabía bailar: su madre había contratado a un instructor experto para que le enseñara la cuadrilla y el lancer, el majestuoso minueto y el cotillón. Pero el vals era un baile seductor, uno en el que podías sentir el cuerpo de tu compañero contra el tuyo. Nunca pudo aprenderlo.

Realmente quería bailarlo junto a James. Pero él probablemente ni siquiera querría bailar; tal vez solo quería platicar con sus amigos, como cualquier chico haría. Escuchó otra avalancha de risitas y susurros, y la voz de Catherine diciendo:

— ¿No es ella la chica cuyo padre…?

— ¿Daisy? ¿Te gustaría bailar?

Solo un chico la llamaba así. Alzó la mirada, incrédula, al ver a James de pie frente a ella.

Su hermoso cabello estaba desordenado, como siempre lo estaba, y por eso siempre se veía tan encantador: un mechón caía sobre su frente, su pestañas resaltaban gruesas y oscuras sobre sus pálidos ojos dorados. Sus pómulos se arqueaban como unas alas.

El grupo de chicas había caído en un silencio sorprendente. Cordelia sentía como si estuviera flotando.

—No —vaciló, sin tener idea de lo que estaba diciendo— sé cómo bailar un vals.

—Entonces yo te enseñaré —dijo James, y un momento después ambos se dirigieron a la pista de baile.

—Gracias al cielo que estabas libre —dijo James con una sincera alegría mientras se movían entre las otras parejas, buscando su propio espacio—. Temía que tuviera que pedirle a Catherine que bailara conmigo, solo se la pasa hablando de lo problemático que es Matthew.

—Me alegra ayudar en algo —dijo Cordelia, casi sin aliento—. Pero hablo en serio, no sé bailar un vals.

—Ah, yo tampoco. —Le sonrió y giró para mirarla. Estaba tan cerca de él, y se estaban *tocando*, su mano estaba sobre su hombro—. Bueno, no tan bien. ¿Podemos acordar no pisarnos los pies?

—Lo intentaré —dijo Cordelia, y luego soltó un gritito cuando él la atrajo hacia sus brazos. La habitación pareció hundirse por un momento. Este era James, *su* James, y la tenía entre sus brazos, su mano cubría su omóplato. Tomó la mano de ella y la posó firmemente sobre su brazo.

Y así comenzaron a bailar, ella hacía su mayor esfuerzo para seguirle el paso. Al menos eso sí lo había aprendido: cómo ser guiado en un baile y cómo responder a los movimientos dirigidos de tu pareja. James bailaba bien —lo cual no era sorpresa, dado lo grácil que era— y eso le hizo fácil seguirlo.

—No está mal —dijo James. Dio un soplido intentando apartar el mechón de cabello que caía sobre su frente, pero eso solo hizo que cayera entre sus ojos. Sonrió derrotado mientras Cordelia se forzaba enormemente a no alzar su mano y apartar el mechón por su cuenta—. Pero sigue siendo vergonzoso si tus padres bailan mejor que tú.

— ¡Ja! —dijo Cordelia—. Habla por ti. —Divisó a Lucie bailando con Matthew a un par de metros de ellos. Lucie estaba riendo—. Tal vez Catherine esté enamorada de Matthew —señaló—. Tal vez tiene una oscura obsesión con él.

—Eso sería emocionante. Y te aseguro que nada igual le ha sucedido al Enclave de Londres desde hace muchísimo tiempo.

Era obvio que para Cordelia bailar con James ya era una recompensa, pero se le ocurrió que también podría serle útil.

—Estaba pensando en toda la gente que conforma el Enclave y lo poco que sé de ellos. Claro que te conozco a ti y a Lucie…

— ¿Debería darte un pequeño resumen del resto? —preguntó, mientras daban una complicada vuelta—. ¿Tal vez debería señalar a quienes te harían sentir más cómoda?

Ella sonrió.

—Eso ayudaría, gracias.

—Por ahí —dijo, hablando de Ariadne y Charles, que bailaban juntos. Su vestido de color vino brillaba bajo las luces—. Ya conoces a Charles, y con él está Ariadne Bridgestock, su prometida.

— ¡No sabía que estaban comprometidos!

Los ojos de James se entrecerraron.

—Pues, sabes que Charles tiene la posición de Cónsul casi asegurada después de que su madre cumpla con su tercer mandato. El padre de Ariadne es el Inquisidor, y un aliado muy poderoso en la política para Charles… pero estoy seguro de que también la ama.

James no sonaba como si lo creyera del todo, pero ante los ojos de Cordelia, la forma en que Charles miraba a su novia era algo adorable. Esperaba que James no se hubiera convertido en alguien cínico. El James que ella recordaba era cualquier cosa menos cínico.

—Y esa debe ser Anna —dijo ella. No podía ser nadie más que la prima que Lucie había descrito en sus cartas: hermosa, audaz y siempre vistiendo la ropa más elegante que Jermyn Street pudiera ofrecer. Estaba de pie riendo mientras hablaba con su padre, Gabriel, junto a la puerta del otro salón.

—Así es, Anna —dijo James—. Y ese es su hermano, Christopher, bailando con Rosamund Wentworth.

Cordelia cambió su mirada en dirección a un chico delgaducho que usaba gafas, y lo reconoció por unas fotografías. Sabía que Christopher era

uno de los amigos más cercanos de James, junto con Matthew y Thomas. Bailaba melancólicamente con una furiosa Rosamund.

—Dios, Christopher está mucho más cómodo en casa con sus vasos de precipitado y tubos de ensayo que con la compañía de una mujer —dijo James—. Solo hay que esperar que no tire a la pobre Rosamund en la mesa de bocadillos.

— ¿Está enamorado de ella?

—Por todos los cielos, no, apenas la conoce —dijo James—. Aparte de Charles y Ariadne, y Barbara Lightwood tiene un compromiso con Oliver Hayward. Y Anna siempre le está rompiendo el corazón a alguien. Además de eso, no estoy seguro si puedo pensar en otros romances en nuestro grupo. Pero tener a Alastair y a ti aquí, podría traernos un poco de emoción, Daisy.

—No creí que recordaras ese viejo apodo.

— ¿Qué, *Daisy*? —La sostenía muy cerca de él mientras bailaban: podía sentir todo el calor que emanaba, haciendo que su cuerpo hormigueara por todas partes—. Claro que lo recuerdo. Yo te lo di. Espero que no pretendas que deje de usarlo.

—Claro que no. Me gusta. —Se forzó a sí misma a no apartar su mirada de la suya. Por Dios, sus ojos eran sorprendentes de cerca. Eran del color de la miel de caña, casi impresionantes contra el negro de sus pupilas. Había escuchado los rumores, sabía que la gente encontraba sus ojos extraños y sobrenaturales, eran una señal de su diferencia. Ella pensaba que eran del color del fuego y el oro, de la forma en que ella se imaginaba que sería el corazón del sol—. Aunque no creo que me quede. Daisy suena como una niña linda que usa moños en el cabello.

—Bueno —dijo él—. Al menos eres una de esas dos cosas.

Y le sonrió. Era una sonrisa encantadora, una sonrisa que ella sabía que era digna de James, pero había algo en ella, una pista de algo más... ¿se refería a que era linda, o una niña pequeña? ¿O solo que era una chica? ¿A *qué* se refería?

Dios, coquetear es desconcertante, pensó Cordelia.

—Unos amigos tendremos un picnic en Regent's Park mañana —dijo, y Cordelia sintió que se tensaba. ¿Acaso estaba por pedirle que lo acompañara? Ella habría preferido una cabalgata a solas o una caminata en el parque, pero aceptaría una excursión grupal. Si era sincera, incluso habría aceptado visitar a Hades—. Me atrevo a decir que Lucie no te lo ha mencionado aún, así que…

Se calló: de repente se encontró mirando algo detrás de ella, a alguien que había entrado al salón. Cordelia siguió su mirada y vió a una mujer alta, delgada como un espantapájaros y vestida en negro como una mundana que estaba de luto, el cabello castaño estaba rodeado de canas recogido en un estilo de hacía décadas. Tessa se apresuró hacia ella, con una mirada de preocupación en su rostro. Will la siguió.

Cuando Tessa llegó a ella, la mujer se hizo a un lado, revelando a la chica que había estado detrás de ella. Una chica, vestida en puro marfil, con una suave cascada de rizos blancos y dorados recogidos. La chica se movió elegantemente hacia delante para saludar a Tessa y a Will, y mientras lo hacía, James soltó las manos de Cordelia.

Ya no estaban bailando. James se alejó de Cordelia sin decirle nada y cruzó la habitación en dirección a las recién llegadas. Se quedó de pie, inmóvil repleta de confusión, al mismo tiempo en que James daba una reverencia y besaba la mano de una bellísima chica que había entrado al salón. Comenzaron a elevarse varias risitas alrededor de la pista de baile. Lucie se había apartado de Matthew, sus ojos estaban completamente abiertos. Alastair y Thomas se volvieron a mirar a Cordelia con expresiones estupefactas.

Sabía que en cualquier momento su madre se daría cuenta que estaba sola en medio de la pista de baile como un bote a la deriva y si lo hacía, iría por ella, y Cordelia se moriría. Se moriría de humillación. Cordelia estaba buscando por toda la habitación la salida más cercana, preparada para huir, cuando una mano la tomó del brazo. La hicieron girar con un movimiento magistral: un segundo después se encontró bailando otra vez, sus pies siguieron automáticamente los pasos de su compañero.

—Perfecto. —Era Matthew Fairchild. Cabello rubio, con una aromática colonia y pequeña sonrisa. Sus manos fueron gentiles en el momento en que comenzó a bailar el vals con ella—. Solo… intenta sonreír y nadie notará lo que pasó. De todas formas, según le concierne al público, James y yo somos prácticamente intercambiables.

—James… se fue —dijo Cordelia, anonada.

—Lo sé —respondió Matthew—. Qué falta de respeto. Nadie debería abandonar a una dama en la pista de baile a menos que algo realmente se esté incendiando. Hablaré con él.

—Hablar —dijo Cordelia. Estaba comenzando a sentirse menos impresionada y más enojada—. ¿*Hablar*?

—Lo regañaré, si eso te hace sentir mejor.

— ¿Quién es ella? —dijo Cordelia. Casi no quiso preguntar, pero era mejor conocer la verdad. Siempre era mejor conocer la verdad.

—Su nombre es Grace Blackthorn —dijo Matthew en un susurro—. Es la pupila de Tatiana Blackthorn y acaban de llegar a Londres. Parece que creció en un agujero recóndito en Idris… es por eso que James la conoce. Solían verse a menudo en todos los veranos.

Es una chica que no vive en Londres, pero está apunto de llegar aquí por una larga estadía.

A Cordelia se le revolvió el estómago. Pensar que había creído que Lucie se estaba refiriendo a *ella*. Que James podía sentir algo así por *ella*.

—Te ves mal —señaló Matthew—. ¿Son mis pasos de baile? ¿O es simplemente mi presencia?

Cordelia enderezó su postura. Ella era Cordelia Carstairs, hija de Elias y Sona, proveniente de un antiguo legado de cazadores de sombras. Era la heredera de la famosa espada Cortana, que había sido pasada por generaciones dentro de la familia Carstairs. Llegó a Londres para salvar a su padre. Ella *no* dejaría ver sus debilidades en público.

—Quizá es porque estoy nerviosa —le dijo—. Lucie dijo que la mayoría de las personas te desagradan.

Matthew soltó una aguda y sorpresiva carcajada, y después intentó recomponer su cara volviendo a mostrar una diversión haragana.

— ¿Dijo eso? Lucie es muy habladora.

—Pero no es una mentirosa —respondió.

—Bueno, no te preocupes. No me caes mal. Apenas te conozco —dijo Matthew—. Pero conozco a tu hermano. Me hizo la vida un infierno en la escuela, al igual que a Christopher y James.

Cordelia miró de mala gana a James y Grace. Hacían una pareja espectacular, su cabello oscuro y la pálida y helada belleza de ella. Como la plata y ceniza. ¿Cómo, cómo, *cómo* era que Cordelia había creído que alguien como James Herondale llegaría a interesarse en alguien como ella?

—Alastair y yo somos completamente diferentes —dijo Cordelia. No quería decirle nada más. Lo sentiría como una traición a Alastair—. Por ejemplo, a mí me gusta Oscar Wilde y a él no.

Una esquina de la boca de Matthew se curvó en una sonrisa.

—Cordelia Carstairs, veo que atacas directamente a mis puntos débiles. ¿En serio has leído las obras de Oscar?

—Solo *Dorian Gray* —admitió Cordelia—. Me dio pesadillas.

—Me gustaría tener un retrato mío en el ático —dijo Matthew pensativamente—, que mostrara todos mis pecados, mientras yo permanezco joven y hermoso. Y no solo sería para infringir desastres; imagina ser capaz de probar diferentes estilos de moda en él. Podría pintar el cabello del retrato en azul y ver cómo le queda.

—No necesitas un retrato. *Ya eres* joven y hermoso —señaló Cordelia.

—Los hombres no son hermosos. Son apuestos —replicó Matthew.

—Thomas es apuesto. *Tú* eres hermoso —dijo Cordelia, sintió como si un mounstruito perverso se apoderaba de ella. Matthew no parecía convencido—. James también es hermoso —añadió.

—De niño ni siquiera era atractivo —dijo Matthew—. Era gruñón y su nariz no le había crecido lo suficiente.

—Y ahora creció en todos los aspectos —dijo Cordelia.

Matthew rio, y de nuevo lo hizo como si le sorprendiera.

—Esa fue una admirable observación, Cordelia Carstairs. Me asombras. —Aunque sus ojos brillaban de diversión—. ¿James te contó lo de mañana?

—Dijo que habría un tipo de excursión… creo que era un picnic. Aunque no estoy segura si estoy invitada.

—Claro que lo estás. Yo te invito.

—Oh. ¿Puedes hacer eso?

—Creo que te darás cuenta que puedo hacer lo que quiera, y que normalmente lo hago.

— ¿Porque la Cónsul es tu madre? —dijo Cordelia.

Él elevó una ceja.

—Siempre quise conocerla —dijo Cordelia—. ¿Está aquí, ahora?

—No, está en Idris —le dijo, con un grácil movimiento de hombros—. Se fue hace unos días. No es común que la Cónsul viva en Londres, casi nunca está aquí. La Clave la necesita.

—Ah —respondió Cordelia, intentando ocultar su decepción—. ¿Por cuánto tiempo estará…?

Matthew la hizo girar con una sorprendente vuelta que hizo que los demás bailarines los miraran sorprendidos.

—Vendrás al picnic de mañana, ¿no? —le dijo—. Entretendré a Lucie mientras James sigue a Grace a cualquier lado. Quieres que Lucie sea feliz, ¿no es cierto?

—Claro que sí… —comenzó a decir Cordelia, y luego miró a su alrededor, dándose cuenta que no había visto a Lucie desde hacía rato. No importaba lo mucho que moviera su cabeza y buscara entre todas las parejas de baile, no veía a su amiga con su vestido azul, ni el brillo de su cabello castaño—. ¿Pero dónde está? ¿A dónde fue Lucie?

Capítulo Traducido por Samn
Corregido por Annie, Samn y Tris

3
Mano Viviente

Esta mano viviente, ahora tibia y capaz
De agarrar firmemente, si estuviera fría
Y en el silencio helado de la tumba,
De tal modo hechizaría tus días y congelaría tus sueños
Que desearías tu propio corazón secar de sangre
Para que en mis venas roja vida corriera otra vez.
—John Keats, *Esta Mano Viviente*

Era un poco como el momento en un sueño donde uno se da cuenta que estaba soñando, solo que al revés. Cuando Lucie vio al chico del bosque entrar al salón de baile, asumió que estaba soñando, y solo cuando sus padres comenzaron a acercarse deprisa a él y sus dos acompañantes se dio cuenta que no lo estaba.

Aturdida, se abrió paso a empujones entre la multitud hacia las puertas del salón de baile. Conforme se acercaba a sus padres, reconoció a la mujer con la que estaban hablando, su vestido de tafetán extendido a lo largo de sus huesudos brazos y hombros, su enorme sombrero cubierto con bordado, tul y un extraño pájaro disecado. Tatiana Blackthorn.

Lucie siempre había estado un poco asustada de Tatiana, especialmente cuando ella había ido a su casa, demandando que James cortara las

espinas de sus rejas. La recordaba como una clase de esqueleto altísimo, pero con el paso de los años, parecía que Tatiana se había encogido: aún alta, pero ya no más un gigante.

Y ahí junto a ella estaba Grace. Lucie la recordó como una niña firme y lista, pero era algo diferente ahora. Fría y hermosa y escultural.

Pero Lucie apenas y les dedicó una mirada. Estaba viendo al chico que había venido con ellas. El chico Cambiado que había visto por última vez en el bosque Brocelind.

No se había alterado para nada. Su cabello seguía siendo un negro derrame sobre su frente, sus ojos del mismo verde acogedor. Usaba las mismas ropas que en el bosque: pantalones oscuros y una camisa de color marfil de la cual sus mangas habían sido enrolladas arriba de sus codos. Era un atuendo muy extraño para un baile.

Él miraba mientras Tessa y Will recibían a Tatiana y Grace, Will inclinándose para besar la mano enguantada en satín de Grace. Extrañamente, ninguno de ellos saludó al chico. Mientras Lucie se acercaba a ellos, sus cejas fruncieron el ceño. Estaban hablando uno al otro, ignorándolo completamente, hablando *a través* de él como si no estuviera ahí. ¿Cómo podían ser tan groseros?

Lucie se apresuró a avanzar, su boca abriéndose, su mirada fija en el chico, *su* chico, su chico del bosque. Él alzó su cabeza y la vio mirando, y para su asombro, una mirada de horror pasó por su rostro.

Se detuvo en seco. Podía ver a James hacer su camino entre la multitud hacia ellos en algún lugar a la distancia, pero el chico ya estaba alejándose de Tatiana y Grace, moviéndose hacia Lucie. *Apresurándose* hacia ella, de hecho, como un caballo de carreras en Rotten Row.

Nadie más parecía verlo. Nadie se giró para ver a ninguno de ellos, incluso cuando él se agarró de la muñeca de Lucie y la atrajo detrás de él fuera del salón.

* * *

— ¿Me harías el honor de este baile? —dijo James.

Era consciente de la presencia de sus padres, y de Tatiana Blackthorn, observando todo con sus ojos verdes venenosos. Era consciente de la música, continuando alrededor de ellos, y consciente de sus propios latidos, ruidosos cual truenos en sus oídos. Era consciente de todas esas cosas, pero parecían distantes, como si estuvieran atrapadas detrás de una pared de cristal. La única cosa que era real en la habitación era Grace.

Los padres de James lo miraron con preocupación grabada en sus rostros. Sintió una sensación de culpa que se estuvieran preguntando, ahora, por qué se había apresurado hacia Grace: hasta donde ellos sabían, apenas y estaba familiarizado con ella. Pero la culpa, también, se sentía distante. Ellos no sabían lo que él hacía. No sabían cuán importante era esto.

—Bien, ve, Grace —dijo Tatiana, una sonrisa filosa extendiéndose por su delgado rostro—. Baila con el caballero.

Sin alzar la mirada, Grace puso su mano ligeramente en la de James. Se dirigieron a la pista de baile. Tocar a Grace era como tocar *adamas* por primera vez: como chispas disparadas a través de James mientras la atraía hacia sí, colocando una mano en su hombro y la otra en su cintura. Ella siempre había sido elegante cuando habían bailado, cuando niños, en el descuidado jardín de su casa en Idris. Pero ahora ella se sentía diferente en sus brazos.

— ¿Por qué no me dijiste que ibas a venir? —dijo él en voz baja.

Ella por fin alzó el rostro y quedó pasmado por una sacudida de reconocimiento: Grace podía sostenerse con un equilibrio casi silencioso, pero se *sentía* con una intensidad absoluta. Era como un fuego ardiente en el corazón de un glaciar.

—No viniste a Idris —dijo—. Esperé… Te esperé… Pero nunca viniste.

—Te escribí —dijo—. Te dije que no íbamos a llegar este verano.

—Mamá encontró la carta —dijo—. Y la escondió de mí. Pensé que te habías olvidado… al final la encontré en su habitación. Estaba increíblemente molesta. Le dije de nuevo que solo éramos amigos, pero… —Sacudió su cabeza. James era consciente de que todos en el salón estaban mirándolos. Incluso Anna estaba mirándolos con curiosidad a través del humo del puro que la envolvía como la niebla del Támesis—. No dijo qué había en ella, solo sonrió mientras los días pasaban y tú no llegabas. Y yo estaba tan asustada. Cuando no estamos juntos, cuando no estamos el uno con el otro, el vínculo entre nosotros se debilita. Lo siento. ¿Tú no?

Él sacudió la cabeza.

—El amor debe ser capaz de sobrevivir a la distancia —dijo, tan gentilmente como pudo.

—No lo entiendes, James. Tú tienes una vida aquí en Londres, y amigos, y yo no tengo nada. —Su voz se estremeció con la intensidad de su sentimiento.

—Grace. No digas eso. —Pero pensó en la descuidada casa llena de relojes detenidos y comida podrida. Él había jurado que la ayudaría a escapar de eso.

Ella deslizó su mano por el brazo. Sintió sus dedos rodear su muñeca, debajo del brazalete de plata. *La Lealtad Es Mi Atadura.*

—Debería haber confiado en que me escribirías —susurró—. Que pensaste en mí. Pensé en ti cada noche.

Cada noche. Él sabía que lo quería decir inocentemente, pero se sentía tenso. Había pasado mucho desde la última vez que la había besado. No podía recordar cómo había sido, no exactamente, pero sabía que lo había destrozado.

—Pienso en ti cada día —dijo él—. Y ahora que estás aquí…

—Nunca pensé que eso podría pasar. Nunca pensé que podría ver Londres —dijo—. Las calles, los carruajes, los edificios, es todo tan maravilloso. La gente… —Miró alrededor del salón. Había una mirada en sus ojos, ávida, casi hambrienta—. No puedo esperar para conocerlos a todos.

—Hay un paseo mañana —dijo James—. Un grupo va a ir al Regent's Park. ¿Tu madre te permitiría venir?

Los ojos de Grace brillaron.

—Creo que lo hará —dijo—. Ella dijo que quería que conociera gente aquí en Londres, y oh, me gustaría conocer a tu *parabatai*, Matthew. Y Thomas y Christopher de quienes has hablado tanto. Me… me gustaría agradarles a tus amigos.

—Por supuesto —murmuró, y la acercó contra él. Ella era ligera y delgada, no tan suave y cálida como Daisy…

Daisy. Raziel, había estado bailando con Daisy tan solo unos minutos atrás. No podía recordar haberse excusado. No podía recordar haberla dejado.

Apartó la mirada de Grace por primera vez e inspeccionó la pista de baile en busca de Cordelia. La encontró en un instante, era fácil de reconocer. Nadie más tenía cabello de ese color, un intenso rojo oscuro, como fuego brillando a través de la sangre. Para sorpresa suya, la vio bailando con Matthew. Los brazos de Matthew estaban alrededor suyo, y ella estaba sonriendo.

El alivio pasó a través de él. Así que no le había hecho ningún daño. Eso era bueno. Le gustaba Cordelia. Le había alegrado verla en medio del usual grupo de chicas, sabiendo que podría invitarla a bailar y ella no haría suposiciones erróneas sobre sus intenciones: su vínculo de amistad provenía de la familia.

La música se detuvo. Era una pausa para tomar refrigerios. Las parejas comenzaron a salir a raudales de la pista de baile, James sonrió para sí mismo cuando vio a Jessamine, el fantasma residente del Instituto, flotando sobre la cabeza de Rosamund Wentworth mientras Rosamund chismeaba con sus amigos. Jessamine amaba escuchar rumores, a pesar de haber estado muerta durante veinticinco años.

Cordelia pasó de largo mientras se alejaba rápidamente de Matthew; miraba a su alrededor, como si buscara a alguien. ¿Su hermano, quizás? Pero Alastair parecía estar en una profunda conversación con Thomas. Le pareció muy extraño, porque James estaba muy seguro que a Thomas no le había agradado demasiado Alastair en la escuela.

—Mi madre me está llamando de vuelta —dijo Grace—. Mejor me voy.

En efecto, Tatiana estaba haciendo señas desde una esquina. James tocó la mano de Grace ligeramente rozando con la suya. Él sabía que no podían juntar sus manos, como Barbara y Oliver lo estaban haciendo. No podían mostrar ningún afecto abiertamente.

No ahora. Pero algún día.

—Mañana, en el parque —dijo—. Encontraremos un momento para hablar.

Ella asintió y se dio la vuelta, apresurándose hacia Tatiana, quien estaba parada sola por las puertas del salón. James la observó irse: habían sido años contados en veranos, pensó, pero Grace seguía siendo un misterio.

—Es muy bonita —dijo una voz familiar detrás de él. Se dio la vuelta y vio a Anna inclinada contra la pared. Tenía la extraña habilidad de desaparecer de un lugar y aparecer en otro, como un punto de luz en movimiento.

James se recargó contra la pared junto a Anna. Había pasado muchos bailes de esta forma, cubierto contra el papel tapiz de William Morris con su mordaz prima. Bailar demasiado siempre le hacía sentir como si le estuviera siendo desleal a Grace.

— ¿Lo es?

—Asumí que por eso saliste de golpe cruzando del salón como Oscar cuando ve una galleta. —Oscar era el golden retriever de Matthew, bien conocido por su lealtad, pero no su inteligencia—. Muy mal, James. Abandonar a la agradable Cordelia Carstairs.

—Espero que me conozcas lo suficientemente bien para saber que no me echo a correr hacia cada chica linda que veo —dijo James, algo molesto—. Tal vez ella me recordó a una tía perdida de hace tiempo.

—Mi madre *es* tu tía y nunca has estado así de entusiasmado por verla. —Anna sonrió, sus ojos azules brillaron—. Así que, ¿cómo conoces a Grace Blackthorn?

James miró a Grace, quien estaba siendo presentada a Charles Fairchild. Pobre Grace. No encontraría a Charles ni un poco interesante. A James le agradaba mucho el hermano mayor de Matthew, y eran prácticamente familia, pero él tenía un solo interés: El gobierno de los cazadores de sombras.

Grace estaba asintiendo y sonriendo cortésmente. James se preguntaba si debería salvarla. El mundo de Alicante, sus dramas y políticas no podían estar más lejos de la experiencia de Grace.

—Y ahora estás pensando que debes salvarla de Charles —dijo Anna, pasando sus dedos a través de su cabello cubierto de gel—. No puedo culparte.

— ¿No te agrada Charles? —James estaba levemente sorprendido. Anna veía el mundo con divertida tolerancia. Rara vez iba tan lejos como para que nadie le gustara, y era aún más raro que le *disgustaran*.

—No puedo admirar todas sus decisiones —dijo Anna, claramente escogiendo sus palabras con cuidado. James se preguntaba a qué decisiones se refería—. Adelante, entonces, Jamie… rescátala.

James dio solo algunos pasos antes de que el mundo alrededor de él se moviera y cambiara. Anna se desvaneció, como lo hizo toda la música y las risas: una gris nada sin forma se arremolinó a su alrededor. Solo podía escuchar el sonido de sus propios latidos. El suelo parecía inclinarse bajo él como la cubierta de un barco hundiéndose.

NO, gritó en silencio, pero no había nada que pudiera hacer para detenerlo: las sombras estaban alzándose a su alrededor conforme el universo se volvía gris.

* * *

El chico arrastró a Lucie por el pasillo y a través de la primera puerta abierta, llevándolos dentro de la sala de juegos. Él no se movió para cerrar la puerta, solo fue para encender la *piedra de luz mágica* en la repisa de la chimenea, así que Lucie la cerró por su cuenta, y giró la llave como buena medida.

Entonces se dio la vuelta y se quedó mirándolo acusadoramente.

— ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —exclamó.

El chico sonrió. Sorprendentemente, lucía no mayor de lo que Lucie lo recordaba; dieciséis, diecisiete años quizás. Aún delgado, y bajo una luz real y no la de la luna en el bosque estaba terrible y sorprendentemente pálido, con aquellos moretones enfermizos que se adherían a él: sus ojos eran verdes con un brillo efervescente y sombríos.

—*Fui* invitado —dijo.

—No puede ser —dijo Lucie, poniendo sus manos sobre su cadera. La luz mágica se reavivó y pudo ver que la habitación estaba desordenada: alguien había derribado una licorera, y la mesa de billar estaba volteada—.

Eres un hada Cambiante que habita en el bosque.

Ante eso, él rio. Tenía la misma sonrisa que recordaba.

— ¿Es eso lo que pensaste?

— ¡Tú me dijiste sobre las trampas de las hadas! —dijo ella—. Apareciste del bosque y te desvaneciste devuelta en él…

—No soy un hada, ni un cambiado —dijo—. Los cazadores de sombras también saben acerca de las trampas de las hadas.

—Pero no tienes runas —le dijo.

Bajó la mirada hacia su cuerpo, sus brazos, descubiertos desde los codos hasta abajo, a sus manos. Todo cazador de sombras era Marcado una runa de Clarividencia al reverso de su mano dominante cuando cumplían diez años, para ayudarles a dominar la Visión. Pero la única marca al reverso de su mano era la vieja cicatriz de la quemadura que había notado en el bosque.

—No —dijo—. No la tengo.

—No dijiste que eras un cazador de sombras. —Se inclinó contra la mesa de billar—. Nunca me dijiste qué eras.

—Nunca pensé que importara —dijo—. Pensé que para el tiempo en que tuvieras la edad suficiente para hacer preguntas y demandar respuestas, no serías capaz de verme otra vez.

Lucie sintió como si una mano fría se hubiera posicionado en su espalda.

— ¿Por qué no sería capaz de verte?

—Piénsalo, Lucie —dijo gentilmente—. ¿Parecía que alguien más en el salón de baile pudiera verme? ¿Alguien me saludó o reconoció, incluso tu padre?

No dijo nada.

—Los niños pueden verme a veces —dijo—. No muchos. No personas tan maduras como tú.

—Bueno, *muchísimas* gracias. —Lucie estaba indignada—. Apenas y soy vieja.

—No. —Una sonrisa rondó su suave boca—. No, no lo eres.

—Pero dijiste que fuiste invitado. —Lucie no estaba dispuesta a olvidar el tema—. ¿Cómo puede ser, si nadie puede verte, por qué...?

—Todos los Blackthorns fueron invitados —dijo—. La invitación estaba dirigida a Tatiana Blackthorn y familia. Yo soy familia. Soy Jesse Blackthorn.

—Pero él está muerto —dijo Lucie, sin pensarlo. Ambos cruzaron miradas—. ¿Entonces eres un fantasma?

—Bueno —dijo él—. Sí.

—Por eso dijiste «incluso tu padre» —dijo Lucie—. Porque él puede ver fantasmas. Todos los Herondales pueden. Mi hermano, mi padre... Deberían ser capaces de verte.

—No soy un fantasma ordinario, y si puedes verme, tú no eres una chica ordinaria —dijo Jesse. Ahora que le había dicho quién era, el parecido era inequívoco. Él tenía la altura de Tatiana, los bellos y angulosos rasgos de Gabriel. Aunque el cabello negro cual cuervo debió venir de su padre. Sangre Blackthorn y sangre Lightwood, mezcladas.

—Pero puedo tocarte —dijo Lucie—. Te toqué en el bosque. Me sacaste de la hoyo. Uno no puede tocar a un fantasma.

Él se encogió de hombros.

—Piensa en mí como el umbral de una puerta. Soy incapaz de dar un paso fuera de la puerta, y sé que nunca voy a tener permitido volver, para vivir de nuevo. Pero la puerta no se cerró detrás de mí.

—Tu madre y tu hermana… ¿ellas pueden verte?

Él se posó en la mesa de billar con un suspiro, como resignándose a establecer una larga conversación. Lucie no podía creerlo. De ver a su cambiado del bosque de nuevo, y luego descubrir que no era un cambiado sino un extraño tipo de fantasma que nadie más podía ver. Era bastante que procesar.

—Ellas pueden verme —dijo—. Quizás porque estuvieron ahí cuando morí. Mi madre estaba preocupada de que me desvaneciera cuando nos mudamos a la Mansión Chiswick, pero no parece haber sucedido.

—Pudiste haberme dicho tu nombre.

—Eras una niñita. Creí que no siempre serías capaz de verme. Pensé que sería más amable no decirte quién era, cuando nuestras familias son enemigas. —Jesse habló como si la enemistad fuera un hecho, como si hubiera una disputa sangrienta entre los Blackthorn y los Herondales como había entre los Montesco y los Capuleto. Pero era Tatiana Blackthorn quien los odiaba: ellos nunca la habían odiado.

— ¿Por qué me arrastraste fuera del salón de baile? —demandó Lucie.

—Nadie más puede verme excepto mi familia. No entiendo cómo *tú* puedes; nunca ha pasado antes. No quería que todos pensaran que estabas loca. Y además…

Jesse se levantó de golpe. Una sombra pasó sobre su rostro, y Lucie sintió escalofríos en los huesos; por un momento sus ojos parecían demasiado grandes para su cara, demasiado líquidos, toda la forma incorrecta. Pensó que podía ver oscuridad en ellos y la forma de algo moviéndose. Giró su inquietante mirada hacia ella.

—Quédate en esta habitación —dijo, apretando su muñeca debajo de los bordes de su manga. Jadeó; sus manos estaban heladas.

—Hay muerte aquí —le dijo y se desvaneció.

* * *

El mundo gris rodeaba a James. Había olvidado el frío que venía cuando las sombras se alzaban. Olvidado la forma en la que aún podía ver el mundo real, como a través de una malla de polvo: el salón de baile estaba alrededor de él, pero se tornó a blanco y negro como una fotografía. Los nefilim en la pista de baile se habían vuelto sombras, estiradas y alargadas como figuras de una pesadilla.

Trastabilló un paso hacia atrás mientras árboles parecían explotar hacia arriba a través del suelo, enviando raíces a lo largo del piso de madera pulida. Sabía lo suficiente para no gritar: no había nadie que lo escuchara. Estaba solo en un mundo que no era real. La tierra quemada y el cielo parpadearon fuera de su visión, al igual que las figuras de sombra giraban a su alrededor, sin prestar atención. Reconoció una cara, un gesto aquí y allá, creyó haber visto el brillante cabello de Cordelia, a Ariadne Bridgestock en su vestido color vino, a su prima Barbara mientras estiraba su mano hacia su pareja de baile, al igual que un rizado zarcillo de raíz que se abrió camino alrededor de su tobillo y la tiró.

Relámpagos parecían cruzarse detrás de su visión y de pronto estaba de vuelta en el ordinario salón de baile, el mundo repleto de sonido y luz. Había un firme agarre en sus hombros.

—Jamie, Jamie, Jamie —dijo una urgente voz, y James, con su corazón tratando de salirse de su pecho, trató de enfocarse en lo que estaba frente a él.

Matthew. Detrás de él había otros cazadores de sombras: James podía oír sus risas y parloteos, como los diálogos de fondo de los personajes en una obra.

—Jamie, respira —dijo Matthew, y su voz era la única cosa firme en un mundo poniéndose de cabeza. El horror de esto ocurriendo en frente de una multitud de personas…

— ¿Me vieron? —susurró James—. ¿Me vieron cambiar?

—No lo hiciste —dijo Matthew—. O por lo menos solo un poco, quizás un poco difuso en los bordes…

—No es gracioso —dijo James entre dientes, pero el humor de Matthew actuó como un cubo de agua fría. Su corazón estaba comenzando a calmarse—. Te refieres a que… ¿no me convertí en sombra?

Matthew negó con la cabeza, dejando que sus manos cayeran de los hombros de James.

—No.

— ¿Entonces cómo supiste que debías venir hacia mí?

—Lo sentí —dijo Matthew—. Que te habías ido a… ese lugar. —Se estremeció levemente y alcanzó dentro de su chaleco, una licorera con sus iniciales. James podía oler el penetrante aroma del whisky mientras desenroscaba la tapa—. ¿Qué pasó? —preguntó Matthew—. Pensé que solo estabas hablando con Anna.

A lo lejos, James pudo ver que Thomas y Christopher lo habían visto con Matthew. Ambos estaban mirando con curiosidad. James notó que él y Matthew debían lucir como si estuvieran hablando muy seriamente.

—Fue culpa de tu hermano —dijo.

—Estoy perfectamente dispuesto a creer que todo es culpa de Charles —dijo Matthew, su voz más estable ahora—. Pero en este caso…

Se calló mientras un grito hacía eco a través del salón.

* * *

Cordelia no podía entender por qué estaba preocupada por Lucie. Varias salas de estar habían sido abiertas y Lucie podía haberse ido a cualquiera de ellas, o regresado a su propia habitación. En realidad podía estar en cualquier parte del Instituto. Matthew le había dicho que no se preocupara antes de alejarse a toda prisa, pero Cordelia no podía deshacerse de ese sentimiento de inquietud.

— ¡Por todos los cielos! —alguien gritó, interrumpiendo sus pensamientos. Era la voz de un hombre, grave y barítona—. ¡Alguien venga a ayudarla!

Cordelia miró a su alrededor: todos parecían estar mirando sorprendidos y susurrando entre ellos. A lo lejos podía ver un disperso círculo de personas paradas alrededor de lo que fuera que estuviera pasando. Levantó su falda y comenzó a hacerse camino entre la multitud.

Pudo sentir su cabello saliéndose de sus rizos cuidadosamente arreglados y derramándose sobre sus hombros. Su madre estaría furiosa, pero *en serio*. ¿Por qué la gente no se *movía*? Eran cazadores de sombras. ¿Qué rayos estaban haciendo quedándose parados alrededor como palos mientras alguien estaba en apuros?

Se movió entre un pequeño grupo de espectadores y ahí, en el suelo, estaba un hombre joven sosteniendo el cuerpo sin fuerzas de Barbara Lightwood en sus brazos. Oliver Hayward, Cordelia lo reconoció. El pretendiente de Barbara.

—Estábamos bailando —estaba diciendo, perplejo—. Y ella solo colapsó…

Cordelia se tiró sobre sus rodillas. Barbara estaba muy pálida, su cabello oscuro con sudor en la sien. Estaba respirando en cortas y erráticas ráfagas. En tiempos como este, toda timidez abandonó el cuerpo de Cordelia: solo podía pensar en qué hacer después.

—Necesita aire —dijo—. Su corsé debe estar torturándola. ¿Alguien tiene un cuchillo?

Anna Lightwood se abrió paso a través de la multitud y se movió más cerca, arrodillándose al lado opuesto a Cordelia con fluida gracia.

—Tengo una daga —dijo, sacando una cuchilla envainada de su chaleco—. ¿Qué se necesita hacer?

—Necesitamos cortar su corsé —dijo Cordelia—. Está en shock y necesita respirar.

—Puedes dejarme eso a mí —dijo Anna. Tenía una extraordinaria voz ronca, como la miel y papel de lija. Alargó la mano para retirar a Barbara del regazo de Oliver, entonces pasó la daga por la parte trasera de su vestido, delicadamente separando la tela y el material más grueso del corsé debajo. Mientras se desprendía del cuerpo de Barbara, Anna alzó la mirada y dijo con voz distante—: Ari, tu chal…

Ariadne Bridgestock retiró rápidamente su chal de seda de sus hombros y se la dio a Anna, quien envolvió a Barbara en ella para mantenerla decente. Barbara estaba comenzando a respirar de forma más regular, regresó el color a sus mejillas. Anna observó a Cordelia por encima de la cabeza de Barbara, una mirada pensativa en sus ojos azules.

— ¿Qué demonios? —Sophie Lightwood se había abierto paso a través del círculo de espectadores, su esposo, Gideon, detrás de ella—. ¡Barbara! —Se giró hacia Oliver quien estaba parado cerca, mirando completamente angustiado—. ¿Se cayó?

—Solo colapsó —repitió Oliver—. Estábamos bailando y se desmayó…

Los párpados de Barbara revolotearon. Se sentó en los brazos de su prima, parpadeando hacia su madre. Sus mejillas se enrojecieron en un rojo brillante.

—Estoy… estoy bien —dijo—. Ahora estoy bien. Tuve un momento, un momento realmente tonto de mareo.

Cordelia se paró mientras más invitados se unían al disperso círculo de espectadores que rodeaban a Barbara. Gideon y Sophie ayudaron a su hija a pararse, y Thomas, apareciendo desde la multitud, ofreció a su hermana un pañuelo de aspecto gastado. Ella lo tomó con una sonrisa tambaleante y se limpió el labio.

Salió manchado de sangre.

—Mordí mi labio —dijo Barbara apresuradamente—. Me caí y mordí mi labio. Eso es todo.

—Necesitamos una estela —dijo Thomas—. ¿James?

Cordelia no se había dado cuenta de que James estaba ahí. Se dio la vuelta y lo vio parado justo detrás de ella.

La vista de él la sorprendió. Años atrás, él había tenido fiebre efervescente: le recordó a como lucía en ese entonces, pálido y enfermo.

—Mi estela —dijo bruscamente—. Está dentro del bolsillo en mi pecho. Barbara necesita una runa curativa.

Por un momento Cordelia se preguntó por qué no podía tomarla él mismo, pero sus manos estaban cerradas a sus lados, duras como roca. Extendió la mano y vaciló nerviosamente en su pecho. Seda y tela bajo su mano, y los latidos de su corazón. Se aferró al delgado objeto con forma de pluma en el bolsillo y se lo tendió a Thomas, quien lo tomó con una mirada de sorprendido agradecimiento. En realidad no había visto a Thomas de

cerca: tenía brillantes ojos color avellana, como los de su madre, enmarcados por gruesas pestañas cafés.

—*James.* —Lucie había aparecido entre James y Cordelia, y estaba tirando de la manga de su hermano—. Jamie. ¿Tú…?

Él negó con la cabeza.

—No ahora, Luce.

Lucie lucía preocupada. Los tres miraron como un grupo silencioso mientras Thomas terminaba la runa curativa en el brazo de su hermana, y Barbara exclamó de nuevo que estaba bien y que solo había tenido un mareo.

—Olvidé comer hoy —le dijo a su madre mientras Sophie la rodeaba con un brazo—. Solo es eso.

—Sin embargo, será mejor que te llevemos a casa —dijo Sophie, mirando a su alrededor—. Will, ¿puedes hacer que traigan el carruaje?

La multitud había comenzado a dispersarse, claramente ya no había nada más de interés para ver aquí. La familia Lightwood fue dirigida hacia la puerta, Barbara sujetándose del brazo Thomas, cuando se detuvieron. Un hombre con pecho de gandul con un gran bigote negro se había apresurado hacia Gideon y estaba hablándole con entusiasmo.

— ¿Qué está diciéndole el Inquisidor al tío Gideon? —preguntó Lucie curiosamente. James y Matthew solo sacudieron sus cabezas. Después de unos momentos, Gideon asintió y siguió al hombre, el Inquisidor, supuso Cordelia, hacia donde Charles se mantenía hablando con Grace Blackthorn. Ambos se miraban de frente, sus ojos brillantes e interesados. Cordelia recordó todas las lecciones que su madre le había dado sobre cómo parecer interesada en conversaciones en eventos sociales: Grace parecía haberlas absorbido ya después de haber estado en sociedad un corto tiempo.

Charles se giró de mala gana de Grace y se adentró en discusión con Gideon Lightwood. El Inquisidor estaba moviéndose entre la multitud, deteniéndose para hablar con varios cazadores de sombras mientras lo hacía. Varios parecían ser de la edad de Charles: Cordelia estimó que se encontraba en sus veintes.

—Parece que la fiesta se terminó —dijo Alastair, apareciendo de entre la multitud, sosteniendo un cigarro. Movía la mano que lo sostenía, aunque Cordelia sabía que si alguna vez comenzaba a fumar tabaco, Sona lo mataría—. Aparentemente hubo un ataque de un demonio Shax en Seven Dials.

— ¿Un ataque demoníaco? —dijo James, con algo de sorpresa—. ¿A mundanos?

Alastair sonrió.

—Sí, ya sabes, la clase de cosas que debemos prevenir. Mandato angelical y todo eso.

La cara de Matthew se convirtió en piedra; Lucie lo miraba ansiosa. Los ojos de James de estrecharon.

—Charles va con Gideon Lightwood y el Inquisidor Bridgestock para ver qué está pasando —dijo Alastair—. Me ofrecí a ir con él, pero no conozco muy bien las calles de Londres todavía. Charles va a guiarme por la ciudad y pronto seré un regalo para cualquier patrulla.

—*Tú*, un regalo —dijo Matthew, sus ojos resplandecieron—. Júralo.

Se alejó. Alastair lo observó irse levantando una ceja.

—Es algo gruñón, ¿no? —dijo, a nadie en particular.

—No —dijo James rápidamente. Su mandíbula estaba apretada, como si apenas pudiera tolerar la presencia de Alastair. Cordelia pensó en el

tiempo en el que Alastair había estado en la Academia y deseó saber qué había pasado ahí.

Alastair se veía como si fuera a hablar de nuevo, pero Sona apareció de entre la multitud, llegando como un barco de arrastre. Su *roosari* se movió mientras su mirada caía sobre Alastair y luego en Cordelia.

—Niños —dijo, mientras Alastair escondía de prisa su cigarro en su bolsillo—. Creo que deberíamos despedirnos.

Rumores del ataque fueron rápidamente esparcidos por el salón, terminando el baile. Los músicos habían parado de tocar y varias de las chicas en vestidos pasteles estaban siendo envueltas en chalinas y guantes por padres preocupados. Will y Tessa estaban ahora al centro de una multitud ofreciéndoles buenas noches. Cerca estaba Charles arropando un chal cariñosamente sobre los hombros de Ariadne mientras Gideon y el Inquisidor lo esperaban en la puerta.

Un momento después Will y Tessa se habían unido a Cordelia y los demás. Mientras Sona les agradecía por una maravillosa noche, la atención de Cordelia fue detenida por los Fairchild. Matthew estaba parado junto a un delgado hombre con descolorido cabello pelirrojo que estaba confinado a una silla de ruedas: Matthew se inclinó sobre la parte trasera de está, diciendo algo para hacer sonreír al hombre mayor: Cordelia se dio cuenta que este debía ser Henry Fairchild, el padre de Matthew. Casi había olvidado que era un veterano de la Guerra Mecánica, donde había perdido el uso de sus piernas.

—Oh, querida —estaba diciendo Tessa—. Vamos a intentarlo de nuevo, señora. Carstairs, en serio. Merecen una verdadera bienvenida al Enclave de Londres.

Sona sonrió.

—Estoy segura que si unimos nuestras mentes, pensaremos en algo.

—Gracias por socorrer a Barbara, Cordelia —dijo Tessa—. Vas a ser una excelente *parabatai* para nuestra Lucie.

Cordelia miró hacia Lucie, quien le sonrió. Era una sonrisa ligeramente débil. Había sombras en los ojos de Lucie, como si algo la estuviera molestando. Cuando no respondió a Tessa, James se movió un paso más cerca de su hermana, como para poner una barrera entre ella y una mayor atención.

—Cordelia fue de gran ayuda para Barbara —dijo él—. Fue ella la que tuvo la idea de cortar su corsé.

Sona lució ligeramente horrorizada.

—Cordelia tiene una tendencia a lanzarse a cada situación sin pensarlo dos veces —dijo a Tessa y Will—. Estoy segura que lo comprenden.

—Ah, lo hacemos —dijo Will—. Siempre estamos hablando muy seriamente con nuestros niños acerca de eso. «Si no se lanzan a cualquier situación sin pensarlo dos veces, James y Lucie, pueden esperar pan y agua para la cena una y otra vez.»

Alastair reprimió una carcajada. Sona miró a Will como si fuera un lagarto con plumas.

—Buenas noches, señor Herondale —dijo, girándose con sus hijos, hacia la puerta—. Sin duda, esta ha sido una noche interesante.

* * *

Era pasada medianoche. Tessa Herondale se sentó frente al espejo en la habitación que había compartido con su marido por veintitrés años, y cepilló su cabello. Las ventanas estaban cerradas, pero una suave brisa de verano entrada por debajo de ellas.

Reconoció los pasos de Will en el pasillo antes de que entrara al cuarto. Más de veinte años de matrimonio hacían eso.

Cerró la puerta detrás de él y se acercó para inclinarse sobre uno de los postes de la cama, observándola en el tocador. Se había quitado su saco y deshecho el nudo de su corbata. Su oscuro cabello estaba desordenado, y en el espejo ligeramente borroso, no lucía distinto para Tessa a cuando tenía diecisiete.

Ella le lanzó una sonrisa.

— ¿Qué? —dijo él.

—Estás posando —dijo—. Me hace querer pintar un retrato de ti. Lo llamaría *Caballero, Disipado.*

—No puedes ni pintar una línea, Tess —dijo, y se acercó a ella, poniendo sus manos en sus hombros. Ahora que estaba más cerca, podía ver la plata en su oscuro cabello—. Mucho menos captar mi gloriosa belleza, la cual, debo señalar con pesar, solo ha incrementado con la edad.

No podía negarlo —era igual de guapo que siempre, sus ojos aún del mismo azul estrellado—, pero no había necesidad de alentar a Will. En su lugar, alargó su mano y tiró de uno de los mechones más plateados de su cabello.

—Estoy bien enterada de eso. Vi a Penelope Mayhew coqueteando contigo esta noche. ¡Descaradamente!

Él inclinó su cabeza para besar su cuello.

—No me di cuenta.

Ella le sonrió en el espejo.

—Deduzco por tu forma desinteresada que todo salió bien en Seven Dials. ¿Has oído algo de Gideon? ¿O… —hizo una mueca—, Bridgestock?

—Charles, de hecho. Era un nido de demonios Shax. Un poco más de los que han estado luchando últimamente, pero nada que no pudieran manejar. Charles estaba realmente insistente con que no había nada por lo que preocuparse. —Will rodó lo ojos—. Tengo la sensación de que estaba preocupándose en caso de que sugirieran cancelar el picnic en Regent's Park mañana. Todos los jóvenes van a ir.

Había un muy ligero deje al final de la forma de hablar de Will, la cual aparecían cuando estaba cansado. Los débiles restos de un acento, lijado por el tiempo y la distancia. Aún así, cuando estaba exhausto o afligido, volvía y su voz rodaba suavemente como las verdes colinas de Gales.

— ¿Te preocupa? —preguntó él, encontrando sus ojos en el espejo—. A mí sí, a veces. Por Lucie y James.

Bajó el cepillo y se volvió, preocupada.

— ¿Preocupada por los niños? ¿Por qué?

—Todo esto… —Hizo un vago ademán con su mano—. Las fiestas en botes, las regatas y partidos de cricket y ferias y bailes, es tan… mundano.

— ¿Estás preocupado por que se estén volviendo mundanos? En serio, Will, eso es algo prejudicial de tu parte.

—No, no estoy preocupado por eso. Es solo que… han sido años desde que no ha habido nada más que mínima actividad demoníaca en Londres. Los niños han crecido entrenando, pero apenas necesitando patrullar.

Tessa se levantó de su silla, su cabello cayendo por su espalda. Esa era una de las rarezas de ser un brujo: su cabello había dejado de crecer cuando había dejado de envejecer, algo inesperado, a los diecinueve. Se mantenía al mismo largo, a la mitad de su cintura.

— ¿No es eso bueno? —dijo—. Queremos que nuestros hijos no sufran de ataques demoníacos, ¿no?

Will se sentó en la cama, quitándose los zapatos.

—Tampoco queremos que no estén preparados —dijo—. Recuerdo lo que tuvimos que hacer cuando teníamos su edad. No sé si ellos podrían afrontar lo mismo. Los picnics no te preparan para la guerra.

—Will. —Tessa se sentó junto a él en la cama—. No hay guerra.

Sabía por qué se preocupaba. Para ellos, había habido guerra y pérdida. El hermano de Tessa, Nate. Thomas Tanner. Agatha Grant. Jessamine Lovelace, su amiga, quien ahora protegía el Instituto en forma de fantasma. Y Jem, quien ambos habían perdido y preservaron.

—Lo sé. —Will alargó su mano para acariciar su cabello—. Tess, Tess. ¿Piensas que cuando dejaste de crecer, dejaste de envejecer en tu corazón? ¿Nunca te volviste cínica y temerosa? ¿Es la vejez alcanzándome o por qué me molesto e inquieto por nada?

Ella lo tomó por la barbilla, girando su rostro hacia el suyo.

—No eres viejo —dijo ferozmente—. Incluso cuando tengas ochenta, vas a ser mi hermoso Will.

Lo besó. Él hizo un sonido de satisfacción y sorpresa, y sus brazos la rodearon.

—Mi Tess —dijo—. Mi bella esposa.

—No hay nada de qué temer —le dijo ella, deslizando sus labios por su mejilla. Las manos de él se aferraron a su cabello—. Hemos pasado por mucho. Merecemos esta felicidad.

—Hay otros que merecen felicidad y no la obtuvieron.

—Lo sé. —Un sollozo se atoró en su garganta; ambos hablaban de la misma persona, y no sabía si las lágrimas que estaba conteniendo eran para él o para Will y ella misma—. Lo sé. —Besó sus ojos mientras él la

ponía de espaldas contra las almohadas, su mano buscando el nudo que mantenía su camisón cerrado. Su cuerpo delgado presionó el de ella contra el colchón. Sus dedos encontraron su camino entre el cabello de él, enroscándose entre los gruesos rizos—. Te amo —jadeó mientras el camisón se caía—. Te amo, Will.

Él no respondió, pero sus labios sobre los de ella dijeron más que cualquier palabra.

* * *

Parado en el techo del Instituto, James observaba el carruaje de Charles Fairchild mientras se sacudía fuera del patio del Instituto, debajo de las grandes puertas negras de hierro.

James a menudo subía al techo cuando no podía dormir, y esta noche el insomnio había descendido con ganas. No podía parar de pensar en lo que había visto en el salón de baile, y la noche antes de eso, en el oscuro callejón cerca de la Taberna del Diablo.

El reino de sombras. Así es como siempre le había llamado en su cabeza, ese lugar negro y gris que se abría frente a él a veces como una visión al infierno. La había visto por primera vez cuando tenía trece, y las visiones habían venido repetidamente después de eso, usualmente cuando perdía el control de sus emociones. El mundo se pondría gris, y después aquellos que habían estado con él —su familia o amigos— le dirían que su cuerpo se había vuelto medio transparente, como humo gris.

Una vez cuando lo había hecho a propósito, a petición de Grace, casi había sido incapaz de volver. El horror de esa experiencia lo había dejado con pesadillas espeluznantes que lo hacían gritar. Por ello, sus padres, habían solicitado la ayuda del tío Jem. James se había despertado un día

con Jem sentado a los pies de su cama en un sillón, mirándolo a través de sus párpados cerrados.

Así que, dijo Jem, *Sabes, claro, que nuestro universo contiene muchos mundos.*

James había asentido.

Entonces, piensa en el universo como un panal, cada una de sus cámaras un reino distinto. Así que algunas cámaras se encuentran una junto a la otra. Yo creo que las paredes entre nuestro propio mundo y este mundo que tú estás viendo, este mundo de sombras, se han hecho más delgadas. Tú ves este reino y te encuentras a ti mismo arrastrado a éste.

— ¿Es peligroso? —dijo James.

Podría serlo. Los reinos demoníacos son lugares inestables y este poder tuyo no es algo sobre lo que sepamos. Es posible que puedas ser arrastrado dentro de este reino de sombras y ser incapaz de volver.

James se había quedado en silencio por un momento.

—Así que hay más en juego que solo mis horas de dormir —dijo finalmente.

Incluso mucho más, concordó Jem. *Debes construir una fortaleza de control alrededor de ti. Debes llegar a conocer este poder, así podrás dominarlo.*

— ¿Fue así para mi madre? —dijo James en voz baja—. ¿Antes de que aprendiera a controlar ser cambiaformas?

Tu madre tuvo maestras brutales. La retuvieron contra su voluntad y la forzaron a Cambiar. Debió haber sido terrorífico, y doloroso. James se quedó en silencio. *Sabes que tu madre no ha usado su poder desde el fin de la Guerra Mecánica. Desde entonces el acto de cambiar ha sido… difícil para ella. Doloroso. Así que ha escogido no hacerlo.*

— ¿Todo esto es por mi abuelo —exclamó James—. ¿El padre demoníaco de mi madre? ¿Es este su regalo para nosotros? Habría estado perfectamente satisfecho con un par de calcetines para mi cumpleaños.

La pregunta sobre la identidad de tu abuelo, había dicho Jem, *es una por la que me he preocupado yo mismo desde antes de que nacieras. Puede bien aclarar un poco sobre tu poder y el de tu madre también. Pero esa identidad ha sido bien escondida… tan bien que es difícil sospechar de quién provino. Más allá del hecho de que fuera un Demonio Mayor, no tengo más información que compartir.*

Tanto como James podía decir, Jem no había hecho progreso sobre el año siguiente en determinar la identidad de su abuelo, o por lo menos no un progreso que valiera compartir. Pero en ese año, James aprendió a evitar el verse arrastrado dentro del reino de sombras, siguiendo las instrucciones de Jem. En una noche fría de invierno, con un viento amargo soplando, Jem lo llevó a la cima del Hampstead Heath, y resistió los tirones del viento aun cuando tiritó tan fuerte que sus dientes parecían sacudirse. Lucharon un poco en la sala de entrenamiento, Jem era sorprendentemente ágil para ser un Hermano Silencioso, y hablaron a través de los sentimientos que desencadenaron el poder… cómo controlarlos y respirar a través de ellos, aún en medio de una pelea. En una memorable ocasión, Jem tomó prestado al perro de Matthew, Oscar Wilde, lo irritó y lo liberó sobre un desprevenido James mientras desayunaba.

James pensó que algunas de las ideas de entrenamiento de Jem eran bromas intencionadas, después de todo, los Hermanos Silenciosos tenían las mejores caras de póquer que pudiera imaginar. Su padre le aseguró que aquello no estaba en la naturaleza de Jem, y por más extraños que fueran los entrenamientos, estaba seguro que era con buena intención. Y James tenía que admitir que el extraño régimen parecía funcionar.

Poco a poco su sueño fue más tranquilo, su mente quedó menos en alerta constante. El reino de sombras se alejó de los bordes de su visión y sintió que su influencia se alejaba de él, un peso que no sabía que cargaba hasta que se lo quitaron. Pronto llegó a perderse en las sombras cada vez

menos. No había pasado ni una vez este año, hasta hace dos noches, cuando habían luchado con el demonio Deumas.

Había pensado que no pasaría de nuevo, hasta esta noche.

Nadie lo había notado, se dijo a sí mismo. Bueno, además de Matthew, pero ese era el lazo *parabatai:* por alguna extensión, Matthew podía sentir lo que James sentía. Aún así, Matthew no podía ver lo que él vio. Él no había visto a los bailarines tornarse siniestros, el salón maldito o Barbara siendo arrastrada hacia una sombra.

Y unos momentos después, Barbara había colapsado.

James no sabía qué pensar sobre eso. Las visiones que tenía en el reino de sombras nunca habían resonado en el mundo real: eran vistas de horror, pero no de premonición. Y Barbara estaba bien —había sido solo un mareo, es lo que ella había dicho— ¿o quizás era un coincidencia?

Y aún así. Desconfiaba de las coincidencias. Quería hablar con Jem. Jem era a quien le había confiado el conocimiento del mundo de sombras: Jem era un Hermano Silencioso, un guardián de toda la sabiduría que los cazadores de sombras habían acumulado a través de los años. Jem sabría qué hacer.

Tomó una caja de fósforos de su bolsillo. Era un artículo algo inusual, la tapadera estampada con un dibujo de Hermes, el dios mensajero de los griegos. Jem se la había dado hacía unos meses atrás, con estrictas instrucciones en cuanto a su uso.

James golpeó uno de los fósforos contra el riel de hierro que corría alrededor del techo. Mientras ardía, inesperadamente pensó en una persona más que sospechó había notado algo raro en su comportamiento: Cordelia. Eras la forma en la que lo había mirado cuando él había ido hacia ella y le había pedido que tomara su estela.

No era como si Cordelia no supiera sobre el reino de sombras. Sus familias eran cercanas, y ella había estado con él cuando había tenido la fie-

bre efervescente en Cirenworth y había ido y venido del reino de sombras. Pensó que quizás ella había leído para él en voz alta en ese entonces. Era difícil de recordar: había estado realmente enfermo en aquel tiempo.

El fósforo se había quemado hasta la punta de sus dedos: apartó la parte quemada y volvió a inclinar la cabeza para mirar la luna, una lechosa medialuna en el cielo. Se dio cuenta que estaba contento de que Cordelia estuviera en Londres. No solo por Lucie, sino también por él. Era extraño, pensó… casi como si hubiera olvidado la luz constante que su presencia podía ser cuando el mundo se oscurecía.

Capítulo Traducido por Totty_Lovelace
Corregido por Samn y Tris

Días Pasados: Cirenworth Hall, 1900

Después de que James fuese expulsado de la Academia de Cazadores de Sombras, sus padres lo enviaron a Cirenworth Hall para decidir qué quería hacer con el resto de su vida.

Cirenworth Hall era un sendero jacobino en Devon del que Elias Carstairs se enamoró en 1895 y se lo quedó, con la intención de que fuese un lugar al que su familia pudiese volver entre sus largos viajes.

A James le gustaba estar ahí, ya que le gustaban los Carstairs... bueno, todos menos Alastair, quien afortunadamente estaba pasando el verano con Agustus Pounceby en Idris. Pero en este viaje en particular, la lluvia caía sin parar; comenzó incluso antes de que dejaran Londres, con salpicaduras grisáceas que empeoraron durante el viaje a una tormenta estable y regular, la cual luego se quedó por un largo rato sobre Cirenworth, sin dar señales de que acabaría. Las fuertes lluvias en Londres eran bastante sombrías, pero Cirenworth llevaba todo a un nuevo nivel de lluvias pantanosas que hacía que James se preguntara por qué la gente se molestaba en quedarse en Inglaterra.

Al menos no duró mucho. Sus padres tenían una serie de reuniones aburridas agendadas en Alicante, así que él y Lucie pasarían un poco

menos de un mes en Cirenworth; después, todos regresarían juntos a la Mansión Herondale, donde los Carstairs los visitarían más tarde en aquella misma estación y en donde, esperaba James, haría un tranquilo y soleado verano.

La peor parte era que todo el mundo estaba dándole demasiado *espacio*. Por lo que había entendido, la gente esperaba que él deseara ese *espacio* para *sentir* las cosas. Esto lo dejó la mayoría de los días leyendo en el salón mientras Lucie y Cordelia entrenaban; dibujó en cuadernos de bocetos, se puso sus botas Wellington y pisoteó los arbustos de moras para recoger moras en la lluvia torrencial, preparó y bebió literalmente miles de tazas de té, se envolvió en un enérgico juego de espadas en habitaciones que definitivamente no estaban construidas para emplear espadas; en un momento atrapó algún tipo de pajarito ruidoso, y lo mantuvo en una jaula durante unos días; se le dio a James tanto espacio que comenzó a sentirse invisible.

Anhelaba la tranquilidad de Idris. Una vez que estuvieran en la Mansión Herondale, podría deambular por el bosque durante horas y nadie lo cuestionaría. (Excepto Grace, quizá; ¿qué iba a decirle? ¿Habría escuchado algo? Él no creía que ella y su madre supieran muchos chismes.)

Nunca habría respondido a la amabilidad de Cordelia con nada más que amabilidad igualitaria, pero eventualmente Lucie se puso tan obsesivamente amigable que una tarde James explotó.

—No tienes que ser tan *cuidadosa* cuando me hablas, ¿sabes? Estoy bien.

—Lo sé —dijo Lucie, sorprendida—. Sé que estás bien.

—Lo siento —dijo él. Lucie le dio una mirada simpática—. Creo que entrenaré un poco mañana —agregó.

—De acuerdo —contestó ella. Luego dudó, como si intentara decidir si hablar o no.

—Lucie —dijo James severamente—. Soy yo. Solo dilo.

—Bueno… es solo que… ¿quieres que Cordelia y yo estemos ahí?

—Sí —respondió él—. Deberían venir. Eso sería… sería genial.

Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Sintió que tal vez todo, algún día, no hoy, pero algún día, estaría bien.

Luego al día siguiente fue a entrenar con Lucie y Cordelia. Cordelia trajo consigo la famosa espada Carstairs, Cortana, a la cual James desde hacía tiempo quería admirar de cerca. Sin embargo, no tuvo la oportunidad, porque diez minutos después de sus primeros ejercicios, colapsó en espasmos de incontenible dolor.

Las chicas gritaron y corrieron hacia él; se había desplomado como una marioneta con los hilos cortados y solo sus años de entrenamiento evitaron que cayera sobre su propia espada. Para el momento en que entendió dónde estaba y qué había ocurrido, se encontraba en el suelo.

La mirada en el rostro de Lucie mientras tocaba su frente no lo consoló.

—Por el Ángel —exclamó—, estás ardiendo.

Cordelia ya estaba corriendo hacia la puerta, gritando alarmada «¡Mâmân!». Su imagen se tambaleó y desvaneció mientras James cerraba los ojos.

* * *

Fiebre efervescente, lo diagnosticaron Sona y Elias. La habían visto antes. Era una enfermedad única en los cazadores de sombras. Muchos la tuvieron de niños, cuando es leve. Una vez que la pasabas ya no podías volver

a contagiarte. Incluso antes de que James pudiese levantarse del suelo de la habitación de entrenamiento, Sona estaba ladrando órdenes, sujetando su pesada falda con ambas manos. James fue cargado hasta su habitación, Lucie se apartó a la suya propia y mensajes fueron enviados a Will y a Tessa, y a los Hermanos Silenciosos.

Con fiebre, James se quedó en su cama y observó la luz desvanecerse afuera. Mientras la noche aparecía, comenzó a tiritar. Se envolvió en todas las sábanas posibles pero se sintieron como una delgada hoja. Esperó a los Hermanos Silenciosos, hasta que ellos lo examinaran, nadie más podía estar en la habitación.

Fue el Hermano Enoch quien acudió, no el tío Jem, para decepción de James.

Sí, ciertamente es fiebre efervescente, dijo. *Cualquiera que no la haya tenido antes deberá dejar la casa. Iré a decirles.*

Lucie no la había tenido antes, pero James no sabía sobre los demás. Esperó por un momento a que Enoch regresara, pero debió haberse quedado dormido, porque de pronto la luz de la mañana dibujó franjas plateadas en la pared,y la puerta sonó; hubo pisadas, y entonces Cordelia apareció.

James rara vez veía a Cordelia sin Lucie; esta no era la forma en la que le habría gustado presentarse en uno de sus extraños momentos a solas. Estaba cubierto por las sábanas, moviéndose inquietamente, incapaz de sentirse cómodo. Su rostro estaba sonrojado por la fiebre y su camisa se aferraba a él, húmeda con sudor.

Él tomó aire para hablar y se interrumpió con una tos dolorosa.

—¿Agua?

Cordelia se apresuró a servirle un vaso de una garrafa en la mesita de noche. Trató de dárselo en su mano, pero no podía agarrarlo. Ella deslizó

la mano detrás de su cuello, cálida contra su piel, sujetándolo mientras sostenía el vaso contra sus labios.

Se dejó caer sobre las almohadas, cerrando los ojos.

—Por favor, dime que ya tuviste la fiebre efervescente.

—Sí. Mi madre también la tuvo —dijo ella—. Y los sirvientes mundanos son inmunes. Todos los demás se han ido. Deberías tomar más agua.

— ¿Ese es el tratamiento?

—No —respondió Cordelia—. El tratamiento es un brebaje grisáceo hecho por el Hermano Enoch, y te sugiero taparte la nariz cuando intentes tragarlo. Ayudará con la fiebre, pero aparentemente no hay nada más para esto excepto el tiempo. Te traje libros —añadió—. Están sobre el escritorio. Yo… yo podría leerte.

James se encogió ante la luz pero se forzó a mirar a Cordelia. Rizos de su intenso cabello rojo se curvaban en sus mejillas; le recordaban a las florituras talladas en la superficie del hermoso violín de su tío Jem.

Posó sus ojos sobre el escritorio donde, en efecto, reposaba una sorprendente pila de libros que no había estado antes allí. Ella le sonrió, disculpándose.

—No estaba segura de qué te gustaría, así que recopilé cosas por toda la casa. Hay una copia de *Historia de Dos Ciudades* a la que le falta la mitad del libro, así que quizá solo sea una historia de una ciudad. Y hay una colección de poemas de Byron, pero está un poco comida en los bordes, creo que por ratones, así que probablemente ya sea suya. También hay literatura persa. Ni siquiera hay libros de cazadores de sombras. Oh, excepto una copia de un libro de demonios; creo que se llama *Demonios, Demonios, Demonios*.

James volvió a cerrar los ojos, pero se permitió sonreír.

—Ya leí ese —dijo—. Mi padre es un gran admirador. Probablemente ni siquiera tengas la nueva versión, a la que se le agregó un cuarto «Demonios».

—Como siempre, la biblioteca del Instituto de Londres pone a la nuestra en vergüenza —dijo Cordelia, y entonces Sona entró y se detuvo en seco, sorprendida de verla.

—Cordelia —dijo con lo que James esperó que fuese un tono sorprendido—. ¿En serio? ¿Sola en la habitación de un chico?

—*Mâmân*, apenas se puede sentar y soy una guerrera entrenada que maneja una espada mítica.

—Mmm —dijo Sona, y la hizo salir. Fue hacia James con, explicó, sus propios remedios caseros; pastas y cataplasmas de incienso, caléndula y *haoma*.

—Me gustaría —dijo James—, que Cordelia pudiese volver más tarde y leer para mí.

—Mmm —respondió Sona de nuevo, frotando su frente con una compresa.

* * *

Cordelia sí volvió y leyó para James, y volvió y leyó de nuevo, y de nuevo. Él estaba demasiado afiebrado para percatarse del paso del tiempo; a veces era oscuro afuera y a veces había luz. Cuando estaba despierto, comía lo que podía, bebía un poco de agua y se forzaba reaciamente a tragar la medicina de Enoch. A veces su fiebre bajaba por un rato, y entonces se acaloraba y sudaba su ropa; a veces el frío era una fuerte brisa que atravesaba su cuerpo y ninguna sábana o tronco en la chimenea lo ayudaba. A través de

todo eso, estaba Cordelia, leyendo tranquilamente; en ocasiones se estiraba para secar su frente, o rellenaba su vaso de agua.

Ella le leyó los poemas de Nizami, especialmente la historia de Layla y Majnun; una que evidentemente ella amaba y conocía desde pequeña. Sus mejillas se tornaban sorprendentemente rojas en las partes más románticas; el pobre chico enamorándose de la hermosa Layla a primera vista, deambulando enloquecido por el desierto cuando fueron separados.

—«Ese corazón se deleitó, una sola mirada puso sus nervios en un frenesí, una sola mirada desconcertó sus pensamientos. Él la miró, y mientras miraba, el amor los conquistó a ambos. Soñaron con nunca separarse.»

Ella miró a James y luego rápidamente apartó la mirada. James la observó. ¿Había estado mirándola? No estaba del todo consciente de su propio comportamiento.

—«La brujería yacía en sus oscuros y deliciosos ojos. Y cuando la luna reveló sus mejillas, miles de corazones fueron conquistados; ni el orgullo ni ningún escudo podía contrarrestar su poder. Layla, así la llamaban.»

—Layla —murmuró para sí mismo, pero no creía que Cordelia lo hubiese escuchado. Cerró los ojos.

* * *

Hasta donde sabía, solo una vez se adentró en el reino de sombras. Estaba despierto, temblando de fiebre, con el cabello pegado a su cabeza por el helado sudor, agitado. Vio los ojos de Cordelia abrirse alarmados mientras él cambiaba; se levantó y pensó: *Quiere ir por ayuda; está aterrada, aterrada de mí.*

Intentó extender una mano hacia ella y la sombra que era su mano atrapó la suya; oscuridad contra carne. Se preguntó cómo se sentiría para ella su tacto. Él tenía el cuerpo completamente tenso, como un caballo acobardado por los truenos. El cuarto olía a relámpagos.

—James, debes resistir. Debes hacerlo. No te vayas a ningún lugar —dijo Cordelia—. Quédate conmigo.

—Muy frío —se las arregló para decir, temblando—. No puedo calentarme. Nunca podré calentarme.

En su cuerpo, habría cerrado fuertemente los ojos, tratando de calmar sus temblores. Como sombra, era como si sus ojos estuviesen muy abiertos y él no pudiera cerrarlos. Vio a Cordelia recorrer la habitación en busca de algo, cualquier cosa útil. No tenía sentido, lo sabía; el fuego ya ardía, estaba sujeto entre las sábanas y tenía un envase de agua caliente a sus pies. Aún así, una brisa aún más fuerte lo atravesó.

Cordelia hizo un sonido de frustración y luego arrugó la frente con determinación. Un pensamiento se coló en la mente de James, muy por detrás del viento sordo, de que ella lucía hermosa. No era el pensamiento que habría escogido y no tenía tiempo para analizarlo en ese momento.

Pero entonces, Cordelia se acostó lentamente a su lado en la cama. Él estaba debajo de un montón de sábanas y ella estaba sobre él, claro, pero su presencia comenzó a forzar que el frío se contrajera; en lugar de sentir la agonía de ser azotado por el viento crudo, su atención se movió a la longitud de su cuerpo, cálido y sólido, a lo largo del suyo propio. A través de todas las capas entre ellos, todavía podía sentirla presionada contra su costado, cambiando su pierna a una posición cómoda, con sus caderas contra las suyas. Estaba mirando el techo y ella estaba de lado, pero su rostro se encontraba muy cerca; su cabello olía a jazmín y a humo de madera. Ella apoyó un brazo sobre su pecho y se acercó tanto como pudo.

Hizo falta un esfuerzo tremendo, pero él movió la cabeza hacia un lado para mirarla. Encontró sus ojos abiertos, luminosos y profundos, observándolo. Su respiración estaba muy calmada.

—«No busqué fuego, a pesar de que mi corazón es una llama. Layla, este amor no es de este mundo».

Se estremeció, sintiéndose volver completamente al mundo, sintiendo que su cuerpo volvía al espacio que ocupaba. Cordelia no apartó los ojos de él, pero liberó de su labio inferior del agarre de sus dientes, su cuerpo se relajó, aliviado.

James aún estaba frío, pero ni de cerca tan frío como lo había estado antes. Cordelia apartó un rizo de cabello de sus ojos, y él volvió a estremecerse, pero no por el frío; se permitió cerrar los ojos, y cuando despertó en la mañana, ella se había ido.

Más o menos al otro día, la fiebre de James mejoró, y solo un día después de eso, el Hermano Enoch anunció que ya no estaba contagiado, y sus padres vinieron con Lucie. Luego estuvo lo suficientemente bien como para levantarse y entonces dejó Cirenworth por Idris y las comodidades de la Mansión Herondale; el clima allá, según su padre, estaba bien.

Una vez que estuvo fuera de la cama, James y Cordelia volvieron a su trato cordial y ordinario. Ninguno mencionó el tiempo que compartieron durante la enfermedad de James. Sin duda, pensó James, Cordelia simplemente se preocupó por él con la misma amabilidad y generosidad que le mostraba a todos los que le agradaban. No se abrazaron para despedirse. (Lucie se aferró a Cordelia como una sanguijuela, pese a que Cordelia le aseguró que ella y su familia irían a la Mansión Herondale más tarde aquel verano.) Mientras James entraba al Portal, se despidió con un ademán, y ella, amistosamente, hizo lo mismo.

En la noche, que tardó en llegar, James pensó en el jazmín y el humo de madera, la presión de su brazo y la oscura profundidad de sus ojos observando los suyos.

—«El pasaje secreto que escogió impulsivamente, donde a lo lejos se alzaba la mansión de Layla; él besó la puerta. Mil alas le crecieron en su camino, donde, pagando su profunda devoción, mil espinas retrasaron su viaje. No hallaba descanso ni de día ni de noche; Layla, por siempre, estuvo frente a sus ojos.»

Interludio Traducido por Angie_Hopes
Corregido por Samn

4

Ya estoy Harta de las Sombras

O en el momento en que el cénit la luna logra
Dos amantes que recién se desposaron.
«Ya estoy harta de las sombras»
Exclamó, la dama de Shalott
—Lord Alfred Tennyson, *La dama de Shalott*

El día siguiente fue brillante y hermoso. Regent's Park lucía brillante a la luz del atardecer, de las puertas de York hasta estrecharse hacia el lago. Con el tiempo Cordelia y Alastair llegaron, la parte este estaba completamente abarrotado con jóvenes cazadores de sombras. Coloridas mantas tejidas de una brillante cereza y de un algodón azul cielo estaban esparcidas sobre el pasto, pequeños grupos estaban sentados alrededor de las cestas de picnic ocupando la orilla del lago.

Algunos de los más jóvenes hacían flotar miniaturas de botes en el agua y sus pequeñas velas hacían que el lago luciera abundante con cisnes. Las chicas usaban vestidos de colores pastel o faldas con blusas de cuello alto, los chicos usaban suéteres tejidos y pantalones bombachos. Algunos habían decidido usar en ropa mundana: chaquetas y pantalones de lino blanco, color que para los cazadores de sombras era tradicionalmente un color para el luto y trataban de evitarlo.

¡Escandaloso! pensó Cordelia con diversión sombría mientras ella y Alastair se acercaban a la multitud. Era diferente de la noche anterior; esa había sido una reunión del Enclave, de cazadores de sombras más viejos a los más jóvenes. Estas personas eran de su edad. No eran quizás los más útiles para ayudar a su padre, pero todos tenían padres, algunos de los cuales eran realmente influyentes. Muchos tenían hermanos mayores. El baile no había ido como Cordelia hubiera deseado, pero hoy estaba determinada a dejar su huella.

Reconoció a Rosamund Wentworth y algunas de las otras chicas de la fiesta, en una conversación profunda. La misma ansiedad que ella había sentido en el baile, comenzó a elevarse: ¿Cómo se supone que iba a irrumpir en sus grupos? ¿Hacer que la quisieran ser parte de ellos?

Había pasado la mañana con Risa y la cocinera de los Lightwood, ayudando a preparar la canasta de picnic más espectacular que creía que nadie había visto jamás. Tomando la manta enrollada de debajo de su brazo, la extendió deliberadamente cerca del lago, justo antes de tocar el lugar donde la hierba se convertía en arena y grava.

Se pondría justo a mitad de la vista de todos, pensó, se dejó caer y le hizo señas a Alastair para que se uniera a ella. Cordelia observó a Alastair mientras soltaba la canasta de picnic con una maldición muda, y después se sentó a su lado.

Vestía una chaqueta de lino gris a rayas, pálida contra su piel marrón. Sus ojos oscuros vagaban inquietos sobre la multitud.

—No recuerdo —dijo—, por qué acordamos hacer esto.

—No podemos pasar nuestra vida escondidos en nuestra casa Alastair, debemos hacer amigos —dijo Cordelia—. Recuerda que debemos integrarnos a sus grupos.

Le respondió con una mueca cuando comenzó a desempacar el cesto de picnic, preparando las flores recién cortadas, pollo frío, pasteles,

fruta, mantequilla en un bote de jalea, tres tipos de mermelada, pan blanco y marrón, cangrejo conservado y salmón a la mayonesa. Alastair levantó ambas cejas.

—A la gente le gusta comer —dijo Cordelia.

Alastair lucía como si estuviera a punto de discutir, luego se animó y se puso en pie.

—Veo a algunos de los chicos de la Academia —dijo—. Piers and Thoby, están junto al lago. Solo iré a integrarme, ¿no crees?

—Alastair —protestó Cordelia, pero él ya se había ido, dejándola sola en la gruesa manta de picnic. Alzó la cabeza y sacó el resto de la comida: fresas, crema, tartas de limón y cerveza de jengibre *Stone*. Deseó que Lucie estuviera ahí, pero como aún no había llegado, Cordelia tendría que mantenerse por su cuenta.

Eres una cazadora de sombras, se recordó a sí misma. Una descendiente de la antigua línea de cazadores de sombras persas. La familia Jahanshah había luchado con demonios, por más tiempo que la gente como Rosamund Wentworth podía saber. Sona afirmaba que tenían sangre del famoso héroe Rostam en ellos. Cordelia podía soportar un picnic.

— ¿Cordelia Carstairs? —Cordelia alzó la mirada y vio a Anna de pie por encima de ella, elegante como siempre, en una camisa de lino pálido y pantalones color beige—. ¿Te puedo acompañar?

— ¡Por supuesto! —Encantada, Cordelia le hizo espacio. Sabía que Anna era una leyenda y todos la admiraban: hacía lo que quería, vestía como quería y vivía donde le gustaba. Su ropa era tan espectacular como las historias sobre ella. Si Anna eligió sentarse con ella, Cordelia no podía ser vista como alguien torpe. Anna se sentó con gracia, sobre sus rodillas, buscando en la canasta para sacar una cerveza de jengibre.

—Supongo —dijo—, que no hemos sido presentadas oficialmente. Pero después del drama de anoche, me siento como si ya te conociera.

—Después de escuchar sobre ti por Lucie durante tantos años, siento como si ya *te conociera*.

—Veo que has puesto tu comida a tu alrededor como una fortaleza —dijo Anna—. Muy astuto. Pienso en cada reunión social como una batalla en la que debo participar. Y siempre uso mi armadura. —Cruzó las piernas sobre sus tobillos, presumiendo sus botas que le llegaban a la rodilla.

—Y yo siempre traigo mi espada. —Cordelia tocó la empuñadura de Cortana, que por ahora se encontraba medio oculta en un doblez de la mannta.

—Ah, la famosa Cortana. —Los ojos de Anna brillaron—. Una espada que no lleva runas, pero puede matar demonios, eso dicen. ¿Es cierto?

Cordelia asintió, orgullosa.

—Mi padre desgarró al gran demonio Yauluo con ella. Dicen que la hoja de Cortana puede cortar cualquier cosa.

—Suena muy útil. —Anna tocó la empuñadura ligeramente y retiró la mano—. ¿Cómo la has pasado en Londres?

— ¿Te soy honesta? Es abrumador. He pasado la mayor parte de mi vida viajando y en Londres solo conozco a James y Lucie.

Anna sonrió como una esfinge.

—Pero tú trajiste suficiente comida como para provisionar a un ejército. —Inclinó su cabeza a un lado—. Me gustaría invitarte a tomar el té en mi apartamento, Cordelia Carstairs. Tenemos algunos asuntos que discutir.

Cordelia se quedó aturdida. ¿Qué podría querer discutir la glamorosa Anna Lightwood con ella? La idea de que tal vez tuviera que ver con su padre, cruzó por su mente, pero antes de que pudiera preguntar, la cara de Anna se iluminó y comenzó a saludar a dos figuras que se acercaban.

Cordelia se volvió para ver al hermano de Anna, Christopher y Thomas Lightwood abriéndose paso, junto al borde del lago. Thomas sobrepasaba la altura de Christopher, que parecía estar charlando con él amablemente. El sol se reflejaba sobre sus gafas.

La sonrisa de Anna se curvó en las comisuras.

— ¡Christopher! ¡Thomas! ¡Por aquí!

Cordelia mostró una sonrisa brillante cuando llegaron.

—Vengan a saludar —dijo—. Tengo tartas de limón y cerveza de jengibre, si quieren.

Los chicos se miraron el uno al otro. Un momento después se estaban sentando en la manta, Cristopher casi cayó sobre la canasta picnic. Thomas era más cuidadoso con su brazos y piernas largas, como si estuviera nervioso de pegarle a algo. No era hermoso como James, pero ciertamente atraería a un montón de chicas. En cuanto a Christopher, su parecido con rasgos finos iguales a los de Anna era aún más notable de cerca.

—Veo por qué querían nuestra ayuda —dijo Thomas, sus ojos avellana resplandecieron al ver el enorme picnic—. Sería asombrosamente difícil que ustedes se terminaran esto solas. Lo mejor fue llamar a la caballería.

Christopher tomó una tarta de limón.

—Thomas solía ser capaz de limpiar nuestra despensa en una hora... y los concursos de comida que tenía con Lucie, me estremezco cada vez que lo recuerdo.

—Puede que haya escuchado algo sobre eso —dijo Cordelia. *Thomas adoraba la cerveza de jengibre*, Lucie se lo había dicho una vez, *y Christopher está obsesionado con las tartas de limón*. Intentó no sonreír.

—Sé que nos hemos visto antes en una ocasión, pero ahora que estoy oficialmente en Londres, espero que seamos amigos.

—Absolutamente sí —dijo Christopher—, especialmente si habrá más tartas de limón en las reuniones.

—Dudo que las lleve a todas partes, Kit —dijo Thomas—, metidas en su sombrero o donde sea.

—Las guardo en mi cinturón de armas, en lugar de cuchillos serafín —dijo Cordelia y ambos chicos rieron.

— ¿Cómo está Barbara, Thomas? —preguntó Anna, mientras tomaba una manzana—. ¿Está bien después de anoche?

—Luce bastante recuperada —dijo Thomas, señalando a donde Barbara caminaba junto a Oliver en el lago. Giraba una sombrilla azul brillante y charlaba animadamente. Thomas le dio una mordida a una empanada de carne.

—Si fueras un hermano realmente bueno, estarías a su lado —dijo Anna—. Espero que, si yo colapsara, Christopher se quede llorando inconsolablemente y sea incapaz de consumir empanadas de carne.

—Barbara no me quiere cerca de ella —dijo Thomas, imperturbable—. Está esperando a que Oliver se le proponga.

— ¿En serio? —preguntó Anna, sus cejas oscuras se elevaron, divertidas.

— ¡Alastair! —gritó Cordelia—. ¡Ven a comer! ¡La comida está desapareciendo!

Pero su hermano —Cordelia notó que no estaba charlando con los chicos de la Academia, estaba solo junto al lago—, solo le dio una mirada que indicaba que lo estaba fastidiando.

—Ah —dijo Thomas, con una voz un poquito entusiasta—. Alastair está aquí.

—Sí —respondió Cordelia—. Es el hombre de la casa en este momento, ya que mi padre está en Idris.

Christopher había sacado un pequeño cuaderno negro y estaba garabateando en él. Anna estaba mirando hacia el lago, donde varias de las jovencitas: entre ellas, Rosamund, Ariadne y Catherine, habían decidido dar una vuelta.

—Sé cómo se siente —dijo Thomas con una sonrisa fácil—. Mi padre también está a menudo en Idris, con la Cónsul...

Lo sé, pensó Cordelia, pero antes de que pudiera preguntarle algo, oyó a Lucie decir su nombre. Alzó la mirada para ver a su futura *parabatai* dirigiéndose hacia ellos, sosteniendo un sombrero de paja con una mano y en la otra una cesta. Detrás de ella estaba James, con las manos en los bolsillos de sus pantalones a rayas. No llevaba sombrero y el viento tiraba de su ya enmarañado cabello negro.

— ¡Oh, encantador! —dijo Lucie al ver la montaña de comida de Cordelia—. Podemos combinar nuestras provisiones. Vamos a ver lo que tienes.

Anna y Christopher hicieron espacio cuando Lucie se arrodilló y empezó a desempacar aún más comida: tartas de queso y mermelada, sándwiches y limonada. James se sentó junto a Christopher mirando fijamente a su cuaderno. Dijo algo en voz baja, y Thomas y Christopher se rieron.

Cordelia sintió que su respiración quedaba atrapada en la garganta. No había hablado con James desde que bailaron la noche anterior. A menos que uno contara el momento en que él había pedido que sacara la estela de su chaqueta. Recordó la forma en que sus manos se habían cerrado en puños a sus lados. Ahora parecía una persona diferente.

— ¿Qué pasó entonces, anoche? —dijo Lucie—. El problema de los demonios en Seven Dials.

James la miró. Su sonrisa era ligera… demasiado ligera, pensó Cordelia. Como si fuera un actor en un escenario, al que le decían que luciera como si se estuviera divirtiendo.

—Demonios shax, por toda Monmouth Street. Tuvieron que llamar a Ragnor Fell para que ayudara a poner un glamour en el lugar, para que los mundanos no se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

—Es extraño —dijo Thomas, frunciendo el ceño—. Después de tanto tiempo, luchamos con ese demonio la otra noche y ahora ayer.

— ¿Lucharon contra un demonio? —exclamó Lucie—. ¿Cuándo?

—Eh… —dijo Thomas, sus ojos avellana giraron en diferentes direcciones—. Puede que me haya equivocado. Puede que no haya sido un demonio. Pudo haber sido un libro de texto sobre demonios.

—Thomas —dijo Lucie—. Eres un terrible mentiroso. Quiero sabe qué pasó.

—Siempre puedes obtener la verdad de Matthew —dijo James—. Sabes que puedes sacarle cualquier, Luce. —Miró alrededor del lago—. ¿Dónde está Matthew? ¿No va a venir?

Miró a Cordelia, y ella sintió una repentina avalancha de ira. Había estado callada, ahora que había logrado atraer a toda esa gente a su Manta Fabricante de Picnics, ¿cómo se supone que eso ayudaría a su padre? Pero las palabras de James rememoraron la noche anterior en un fuerte destello en sus recuerdos. Le estaba preguntando si sabía dónde estaba Matthew porque había bailado con él, y había bailado con Matthew porque James la había abandonado y Matthew la había salvado.

Cordelia se puso de pie, casi derribando una botella de cerveza de jengibre. Respiró hondo, limpió su falda cosida azul y dijo:

—James, me gustaría hablar contigo en privado por un momento, si no te importa.

Todo el mundo pareció asombrado, incluso Lucie; James solo asintió.

—Te sigo —respondió él.

* * *

Había un pequeño kiosco italiano cerca del lago, hecho de pilares blancos. Cordelia llevó a James lejos de la multitud y de los picnics sin decir una palabra, avanzando junto a algunos grupos de mundanos paseando; subió dando pequeños pasos hacia el pabellón central del quiosco, se volvió y lo encaró.

—Anoche —dijo—, fuiste espantosamente grosero conmigo y me gustaría una disculpa.

El la miró. Así que así es como se sentiría si ella fuera más alta que James, pensó. No le importaba. Su expresión era calmada, ilegible incluso. No era una mirada antipática, pero estaba completamente cerrada, no dejaría entrar a nadie. Era una expresión que ya había visto en la cara de James anteriormente; en privado siempre había pensado en ella como: la Máscara.

Alzó una ceja.

— ¿No vas a disculparte?

Tal vez no era mejor ser más alta que él, pensó. Cuando él la miró, tuvo que hacerlo a través de sus pestañas, que eran largas y gruesas como los flecos de seda de una bufanda.

—Estoy tratando de pensar en la mejor forma de hacerlo. Lo que hice, dejarte en la pista de baile, es imperdonable. Estoy tratando de pensar en una razón por la que deberías perdonarme a pesar de todo, porque si no lo hicieras, me rompería el corazón.

—Ese es un buen comienzo —dijo ella aclarándose la garganta.

Su sonrisa era débil pero real, destrozó la Máscara.

—Siempre has tenido una naturaleza caritativa, Daisy.

Ella lo señaló con el dedo.

—No me digas Daisy —dijo—. ¿Te has tomado el tiempo para entender lo que es ser una chica en una situación así? Una chica no puede pedirle bailar a ningún caballero; está a merced de la elección del sexo opuesto. Ni siquiera puede rechazar un baile si se le pregunta. Que un chico se aleje de ella en la pista de baile es humillante. Que pase cuando una lleva un vestido realmente espantoso lo es aún más. Todos estarán hablando sobre lo que está mal conmigo.

— ¿Lo que está mal contigo? —repitió—. No hay nada malo sobre ti. Todo lo que dices es verdad y soy un tonto por no haber pensado en eso antes. Todo lo que puedo hacer es jurar que en un futuro, nunca te faltará alguien que esté para ti en una reunión social o asistirte en un baile. Puede que no lo creas, después de conocer a Thomas, Christopher y Matthew, pero son bastante populares. Podríamos hacerte la estrella de la temporada.

— ¿En serio? —dijo ella—. ¿Thomas, Christopher y Matthew son populares?

El rio.

—Sí y puedo hacerte una promesa más. Si te ofendo de nuevo usaré un vestido realmente espantoso en la próxima reunión social importante.

—Muy bien. —Ella le ofreció su mano—. Podemos cerrar el trato como lo hacen los caballeros.

Él dio un paso adelante para estrecharle la mano. Sus dedos cálidos se cerraron alrededor de los suyos. Sus labios ligeramente curvados parecían

increíblemente suaves. Parecía estar buscando su rostro con la mirada; ella se preguntó qué estaba buscando.

—James —le dijo.

— ¿Sí?

—En lugar de llevar un vestido realmente espantoso —dijo—. Quizá haya otra manera en que puedes ayudarme.

—Cualquier cosa. —Él no había soltado su mano.

—Podrías decirme cuál de los chicos del Enclave son elegibles —dijo—. Si yo tuviera la necesidad de… de casarme, ¿cúal de ellos sería amable y no sería una pareja terrible?

Él lució aturdido.

—No puedes casarte…

— ¿Por qué no? —Ella apartó su mano de la suya—. ¿Crees que sería un partido horrible?

Él se había puesto de un color extraño; ella no tenía idea de por qué hasta que miro detrás de sí y se dio cuenta que un carruaje acababa de acercarse al quiosco.

Las puertas del carruaje tenían pintadas las cuatro C del gobierno de los cazadores de sombras: Clave, Consejo, Convenio, Cónsul. Matthew estaba en el asiento del conductor, las riendas en las manos, el viento soplaba a través de sus rizos rubios.

Detrás de él, riendo, estaba el hermano de Matthew, Charles, y a su lado estaba Grace, con un sombrero de paja y un vestido azul cortado a juego con un lazo de poliéster. Cordelia miró a James y vio un destello en sus ojos… una especie de luz oscura detrás de sus iris. Vio a Charles ayudando a Grace a bajar del carruaje. Matthew estaba bajando del asiento, dejando las riendas sueltas, apresurándose hacia sus amigos.

— ¿Qué hay entre tú y Grace Blackthorn? —dijo Cordelia en voz baja — ¿Tienen un acuerdo?

«Un acuerdo» era un término extenso. Podría significar un compromiso secreto, o algo tan pequeño como una declaración de interés romántico serio. Pero parecía encajar igual que cualquier otra cosa.

La luz extraña aún estaba en los ojos de James, oscureciendo su color dorado en vidrio ahumado.

—Hay personas cercanas a mí por las que daría mi vida —dijo—. Tú lo sabes.

Los nombres estaban tácitos, pero Cordelia los conocía: Lucie, Will, Tessa, Christopher, Matthew, Thomas. Jem Carstairs.

—Grace es una de ellas —dijo James—. Somos vecinos en Idris. La he visto todos los veranos durante años. Nos amamos… pero es un secreto. Ni mis padres ni su madre son conscientes de nuestro vínculo. —Levantó su muñeca, el brazalete brilló por un momento reflejando el sol—. Me dio esto cuando teníamos trece años. Es una promesa entre nosotros. —Había un tono distante en su voz, como si estuviera recitando una historia que había escuchado en lugar de contar un recuerdo. ¿Tal vez era timidez al revelar algo tan íntimo?

—Ya veo —expresó Cordelia. Miró el carruaje. Ariadne se había acercado a Charles y estaban saludándose el uno al otro; Grace se volvió y miró hacia el quiosco.

—Había pensado que no iríamos a Idris este año —dijo James—. Le escribí a Grace para decírselo, pero su madre le ocultó la carta. Ambos temimos por el silencio presenciado entre nosotros. Apenas ayer descubrí que había venido a Londres, en el baile.

Cordelia se sintió adormecida. Bueno, por supuesto que estaba nervioso. Cada verano había visto a Grace excepto este; cómo debía haberla extrañado. Siempre había sabido que James tenía una vida propia con sus

amigos en Londres, que ella apenas conocía pero no se había dado cuenta de lo mucho que no lo notaba. Podría ser un extraño. Un extraño enamorado de otra persona. Y ella, Cordelia, era la intrusa.

—Me alegro que volvamos a ser amigos —dijo Cordelia—. Ahora debes estar muriéndote por hablar con Grace a solas. Solo hazle una señal para que venga aquí… todos están bastante distraídos. Nadie se dará cuenta.

James comenzó a decir algo, pero Cordelia ya se había vuelto y empezado a irse al lago en dirección a los picnics. No podía soportar detenerse para escucharlo darle las gracias por irse.

* * *

Lucie no podía culpar a Cordelia por querer hablar con James; había sido terriblemente grosero la noche anterior. Incluso si una chica solo era tu amiga, no deberías dejarla sola en medio de un baile. Además, le había dado a Rosamund Wentworth un mundo entero para crear chismes desagradables. Se recordó a sí misma decirle a Cordelia lo que le había pasado a Eugenia Lightwood tan pronto como estuvieran solas.

De hecho, era mucho lo que deseaba discutir con Cordelia cuando estuvieran a solas. *La noche anterior conocí a un fantasma que nadie más podía ver. El fantasma de un chico que está muerto, pero no del todo.*

Había abierto la boca un par de veces para mencionarle a Jesse a James o a sus padres, pero luego decidió no hacerlo. Por una razón que no entendía, se sentía privado, como un secreto que tenía que soportar. No era culpa de Jesse que ella pudiera verlo, y él la *había salvado* hacía tantos años en el bosque de Brocelind. Recordó haberle dicho que cuando creciera, quería ser escritora.

Eso suena maravilloso, había dicho él en un tono melancólico. En ese momento ella había creído que estaba molesto lleno de envidia por su gloriosa futura carrera. Fue solo ahora que se le ocurrió que podría haber sido por crecer.

—Veo que Cordelia está regresando —dijo Anna. Estaba recargada sobre sus codos, el sol brillaba en su cabello oscuro—. Pero sin James. Interesante.

Anna, al igual que Lucie, encontraba interesante todo el comportamiento humano. A veces Lucie pensaba que Anna también debería ser escritora. Sus memorias seguramente serían escandalosas.

Cordelia estaba abriéndose paso de regreso hacia ellos, pisando cuidadosamente entre las mantas de picnic de colores brillantes. Se dejó caer junto a Lucie, abanicándose con su sombrero de paja. Lucie notó que vestía otro espantoso vestido pastel. Deseó que Sona dejara que Cordelia se vistiera como quisiera.

— ¿James obtuvo lo que merecía? —preguntó Lucie—. ¿Le has dado una reprimenda?

La sonrisa de Cordelia era brillante.

—Está completamente abatido, te lo aseguro. Pero somos buenos amigos otra vez.

— ¿Entonces, dónde está? —preguntó Thomas. Las mangas de su camisa estaban enrolladas y Lucie podía vislumbrar el borde del diseño de tinta coloreado en su antebrazo izquierdo. Era inusual que los cazadores de sombras se hicieran tatuajes, ya que su piel ya estaba marcada con runas, pero Thomas se había hecho este en España—. ¿Enterraste su cuerpo en algún lugar del parque?

—Fue a hablar con Grace Blackthorn —dijo Cordelia, tomando una botella de limonada. Lucie la miró bruscamente: ella también se había dado cuenta la noche anterior de que la chica con la que James estaba enamo-

rado era Grace, no Daisy. Esperaba que no hubiera puesto pensamientos tontos en la cabeza de Cordelia durante su paseo en el parque, sobre James y que tal vez pudiera estar enamorado de ella.

Cordelia en realidad no parecía molesta, y había olvidado todo el asunto en los Jardines de Kensington. Probablemente veía a James como un primo. Eso era sin duda un revés para las esperanzas de Lucie. Habría sido encantador tener a Daisy como cuñada, y no podía imaginar que Grace fuera igualmente encantadora. No recordaba haberla visto sonreír o reír y era poco probable que le gustaran las canciones de Will sobre la viruela demoníaca.

—No me había dado cuenta que estaba aquí. —Christopher se animó con su sexta tarta de limón.

—Lo está —dijo Matthew, apareciendo detrás de un matorral, sombrillas y picnics. Se deslizó con gracia hasta sentarse a lado de Anna, quien lo miró y le guiñó un ojo. Matthew y Anna eran especialmente cercanos: amaban casi las mismas cosas, como la ropa de moda, los salones de mala reputación, el arte impactante y obras de teatro escandalosas—. Aparentemente, Charles le prometió la noche anterior traerla aquí en nuestro carruaje. Tuvimos que desviarnos a Chiswick para ir a buscarla.

—¿Viste la Mansión Ligth… ¿la Mansión Chiswick? —preguntó Thomas—. Escuché que está en mal estado.

Matthew negó con la cabeza.

—Grace nos estaba esperando en la puerta de entrada cuando llegamos. Me pareció algo extraño.

La Mansión Chiswick había pertenecido una vez a Benedict Lightwood y estaba destinada a pasar a sus hijos, Gabriel y Gideon. Todo había cambiado después de la desgracia de Benedict y al final la recién nombrada Mansión Chiswick había sido dada a Tatiana, a pesar de que ella se había casado con un Blackthorn.

Tatiana era famosa por hacer que el lugar se cayera a pedazos… tal vez porque después de que Jesse muriera, ella no había sentido que hubiera alguien más de sangre Blackthorn a quien pudiera dejársela. Grace era su pupila adoptiva, no su hija de sangre. Cuando Tatiana muriera, la casa pasaría de nuevo a manos de la Clave, que seguramente regresarían la casa a los Lightwood. Tatiana probablemente prefería quemarla hasta los cimientos antes que eso pasara.

Jesse había dicho que ambas, su madre y su hermana podían verlo. Qué extraño debía ser, para él y para ellas. Recordó la noche anterior: Jesse había dicho que la muerte estaba en el salón de baile. Pero no había sido así, pensó. Habían tenido un incidente demoníaco en la ciudad, pero lo habían manejado fácilmente.

Pero, ¿qué si él no se había referido a que la muerte estaba ahí la noche pasada? ¿Y si él quería decir que un gran peligro acechaba a todos ellos?

Lucie se estremeció y miró el lago, donde todo era reconfortantemente ordinario: Charles y Ariadne charlaban con Barbara y Oliver, Alastair hacía rebotar piedras sobre el lago con Augustus Pounceby. Rosamund y Piers Wentworth observaban algo disgustados. Catherine Townsend navegaba un pequeño barco con una habilidad innata.

A su lado, escuchó a Cordelia susurrarle a Matthew algo que parecía ser una indicación sobre que iba a llover. Unas pocas nubes oscuras atravesaban el cielo, proyectando sombras sobre la superficie plateada del agua. Ella contuvo el aliento. Sin duda estaba imaginando cosas… los reflejos de las nubes no podían estar volviéndose más densos y oscuros.

—Cordelia —susurró—. ¿Tienes a Cortana?

Cordelia pareció ser tomada por sorpresa.

—Sí, por supuesto, bajo la manta.

—Tómala.

Lucie se puso de pie, consciente de que Cordelia desenfundó la brillante hoja de oro sin dudarlo. Estaba a punto de gritar algo cuando el agua del lago estalló con un demonio quebrando la superficie.

* * *

—Esa era Cordelia Carstairs —dijo Grace. Se había acercado cuando James la llamó, pero se había detenido a unos pocos metros de distancia, su expresión era preocupante.

James rara vez la había visto a la luz del sol; le recordaba a una pálida flor que florecía en la noche, notablemente afectada por el sol. Su sombrero cubría sus ojos, y sus botas marfil de piel de cabrillo estaban plantadas sobre el frondoso pasto. Él siempre se había preguntado por qué Tatiana se molestaba en asegurarse de que Grace tuviera ropa bien hecha y a la moda, cuando le importaba poco lo demás.

— ¿*Sí*? —dijo James. No parecía que Grace estuviera celosa, y él no estaba seguro que lo estuviera. Parecía preocupada, pero eso podría ser por muchas cosas—. Sabes que los Carstairs han sido mis amigos durante mucho tiempo. —Extendió su mano, el brazalete plateado en su muñeca brilló en el sol—. Grace. Has estado lejos y nos han distanciado el uno del otro el tiempo suficiente.

— ¿Recuerdas cuando me contaste todo sobre Cordelia? —dijo dando un paso hacia él—. ¿Ese verano después de que tuviste la fiebre efervescente?

Sacudió la cabeza, perplejo. Recordaba la fiebre, claro, y la voz de Cordelia a través del mareo. Había sido amable con él, aunque no recordaba haberle dicho a Grace sobre eso.

—No —le dijo—. No realmente, pero siempre te he contado todo, por lo que difícilmente sería sorprendente.

—No sobre ella estando contigo cuando estabas enfermo —dijo Grace—. Sino sobre *ella*. Sobre Cordelia.

— ¿Sobre Cordelia? —Bajó la mano, recordando el bosque Brocelind, la luz que se filtraba entre las hojas verdes, la forma en que Grace y él habían descansado en el pasto y se habían contado todo el uno al otro—. No creo saber mucho sobre de ella —dijo, dándose cuenta con una extraña punzada que eso era cierto. Supuso que podía contarle a Grace que Cordelia le había pedido ayuda para encontrar a un hombre honorable para ella, pero por alguna razón, no quería—. Su familia y ella siempre han sido reservados. Lucie la conoce mucho mejor que yo. Recuerdo una vez…

— ¿Qué es? —Grace se había acercado más a él. Podía oler su perfume mientras ella lo miraba: siempre la misma esencia de violetas—. ¿Qué es lo que recuerdas?

—Lucie cayó por el borde de un acantilado una vez —dijo lentamente. Era un recuerdo extrañamente borroso. Había un campo de margaritas, Cordelia había sido muy valiente, era como había recibido su apodo *Daisy*—. En Francia. Cordelia estaba con ella. Hubiera sido una mala caída, pero Cordelia tomo su muñeca y se aferró a ella por horas hasta que las encontramos. Siempre estaré agradecido con ella por salvar a mi hermana.

A James le pareció que Grace se relajó un poco, pero no podía saber por qué.

—Lamento haberte interrumpido con tu amiga —le dijo—. Ha pasado tanto tiempo desde que estuvimos solos.

Una extraña punzada de algo como un malestar pasó por James.

—Deberías conocer a Matthew, Christopher y Thomas —le dijo—. Podría llevarte…

Ella negó con la cabeza, y él fue golpeado como siempre por su belleza. Fría y perfecta, *no, ella no era fría*, se dijo. Se encerró en una corteza firme, porque había sido gravemente herida por la pérdida de sus padres, por los

caprichos y la crueldad de Tatiana. Pero eso no era lo mismo que la frialdad. Ahora sus mejillas tenían color y sus ojos brillaban ferozmente.

—Quiero que me beses —dijo.

Nunca se le ocurrió decir que no.

El sol era brillante mientras él la tomaba entre sus brazos, tan brillante que lastimaba sus ojos. La atrajo hacia él: era pequeña, fresca y ligera, delicada como un pájaro. Su sombrero se cayó de su cabeza cuando ella alzó su cabeza hacia mirando la suya. Él sintió el susurro del encaje contra sus manos mientras rodeaba su cintura, y la tranquila y suave presión de sus labios contra los suyos.

El sol era una aguja ardiente que los anudaba a ambos en ese lugar. El pecho de ella subía y bajaba contra el suyo; temblando como si tuviera frío. Sus manos se sujetaron a sus hombros. Por un momento, solo pudo sentir: sus labios unidos, el sabor de ella como pastillas de azúcar en su lengua.

Sus ojos comenzaron a arder, aunque estaban cerrados. Se sentía sin aliento y enfermo, como si hubiera buceado en agua salada y hubiera salido por aire demasiado tarde. Algo estaba mal. Se separó de Grace dando una bocanada, sintió náuseas. Ella llevó su mano a la boca. Había una mirada en su rostro que él no esperaba… un innegable pánico.

—Grace… —comenzó a decir, cuando el aire fue obstruido repentinamente por el sonido de gritos provenientes del lago. Y no solo era una persona gritando, como Oliver lo había hecho la noche anterior, sino múltiples voces, gritando de miedo.

James tomó a Grace y la empujó hacia el quiosco. No sabía cómo luchar… nunca había sido entrenada. Ella seguía mirándolo con horror.

—Quédate aquí —exclamó y salió corriendo rumbo al lago.

* * *

Cordelia no lo vio venir. Para el momento en que había desenvainado a Cortana, el demonio había emergido del agua arremetiendo directamente a Piers Wentworth. Cayó con un aullido de dolor, entre patadas y golpes.

Al instante comenzó una pelea confusa. Los cazadores de sombras gritaban, algunos habían saltado hacia Piers, incluyendo Alastair y Rosamund, quienes trataban de quitar a la criatura de su cuerpo. Charles había empujado a Ariadne detrás de él —ella parecía exasperada—, y gritaba para que todos se alejaran del lago. Barbara gritaba, palabras que sonaban como: ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

Pero Cordelia solo podía pensar en solo una cosa: Alastair. Corrió hacia la orilla. Podía ver el brillante cabello de Alastair entre la multitud de gente. Al acercarse vio a Piers tirado inmóvil junto al borde del agua: la orilla se tornó escarlata y más de ese color ondeaba en el lago. Rosamund estaba de rodillas a su lado, gritando. El demonio se había desvanecido, pero Cordelia no vio que nadie lo matara.

Alastair se había alejado de Piers; Ariadne estaba de rodillas junto al chico caído, su vestido con sangre y arena. Cuando Cordelia se acercó a su hermano, vio que también tenía sangre sobre él. Ella llegó a él entre el caos, sin aliento.

—Alastair…

Había una mirada aturdida en su cara. La voz de ella lo regresó a la realidad: con su mano la tomó de su brazo libre y la tiró hacia la hierba.

—Cordelia, regresa…

Miró a su alrededor enloquecido. Los cazadores de sombras corrían por todas partes, derribando cestas y pisoteando la comida del picnic.

— ¿Qué está pasando, Alastair? ¿Qué fue eso?

Él sacudió su cabeza, su expresión era lúgubre.

—No tengo idea.

* * *

James corrió por la ladera de la colina verde hacia el lago. El cielo se había oscurecido, manchado por todas partes con nubes: a lo lejos pudo ver a los mundanos corriendo por el parque, cautelosos de la lluvia inminente. El agua del algo había pasado de plateada a gris, ondeando con un fuerte viento. Una pequeña multitud se había formado en el borde del lago. El picnic había sido abandonado: las botellas y las cestas fueron pateados y en todas partes los cazadores de sombras estaban desenvainando armas. James divisó a Matthew y a Lucie entre la multitud: Matthew estaba entregando a Lucie un cuchillo serafín que todavía no había sido activado, de su propio cinturón. Pensó ver el cabello rojo de Cordelia, cerca de la orilla del lago, justo cuando Barbara se acercó a él.

Sus ojos eran salvajes y aterrorizados; Oliver estaba corriendo detrás de ella, dispuesto a alcanzarla. Pero ella llegó a James primero.

—Jamie… Jamie… —Se aferró a su manga—. Fue un demonio. Lo vi atacar a Piers.

— ¿Piers está herido? —James estiró su cuello para ver mejor. Nunca le había gustado Piers Wentworth, pero eso no quería decir que quisiera que le pasara algo.

—Barbara. —Oliver llegó a ellos, sin aliento por falta de entrenamiento—. Querida los demonios no pueden soportar la luz del sol. Lo sabes.

Barbara ignoró a su pretendiente.

—James —susurró, bajando la voz—. A veces puedes ver cosas que otras personas no pueden, ¿Viste algo ayer en la noche?

Él la miró, sorprendido. ¿Cómo supo que había ido brevemente al reino de sombras?

—Barbara, no…

—Yo lo hice —le dijo—. Vi… formas… formas negras irregulares… y vi algo que me atrapó y me tiró.

El corazón de James comenzó a latir rápidamente.

—Vi uno de nuevo, justo ahora… saltó sobre Piers y desapareció, pero estaba allí.

Oliver le disparó una mirada irritable a James.

—Barbara, no te inquietes demasiado… —comenzó a decir, justo cuando Matthew apareció, directamente hacia James. Detrás de Matthew, la multitud se estaba separando, James podía ver a Anna con Ariadne y Thomas, todos arrodillados alrededor del cuerpo de Piers en el suelo. Thomas se había quitado la chaqueta y la presionaba contra la garganta de Piers; incluso desde ahí James podía ver la sangre.

— ¿Dónde está Charles? —dijo James, mientras Matthew llegaba a su lado: Charles era, después de todo, lo más cercano al Cónsul que tenían ahí.

—Fue a poner salvaguardas para mantener a los mundanos alejados —dijo Matthew. El viento estaba aumentando arremolinándose en pequeños ciclones—. Alguien necesita llevar a Piers a la enfermería ahora mismo.

— ¿Piers está vivo? —preguntó James.

—Si, pero no se ve bien —dijo Matthew, alzando la voz para ser escuchado sobre el viento—. Le están poniendo *iratzes*, pero no están funcionando.

James cruzó su mirada con la de Matthew. Solo había unos cuantos tipos de heridas que las runas de curación no podían ayudar. Las heridas infectadas con veneno de demonio, estaban entre esas.

—Te lo dije —exclamó Barbara—. El demonio le desgarró la garganta… —Aulló, mirando hacia el extremo de la zona de pasto, donde los árboles bordeaban el lago.

James siguió su mirada y se tensó horrorizado. El parque era un paisaje gris, a través del viento que soplaba: el lago era negro, y los botes en él se retorcían y hundían de forma extraña. Las nubes eran del color de los moretones, que se movían rápidamente por el cielo color acero. El único brillo que podía ver era una clara luz dorada en la distancia, pero está atrapada entre la multitud de nefilim como una luciérnaga en un frasco; no podía identificar lo que era.

Las ramas de los árboles azotaban de un lado a otro en el viento. Estaban llenos de formas: desiguales y negras, como Barbara había dicho. Sombras arrancadas de una oscuridad mayor. ¿Cuántos? James no podía decirlo. Decenas, al menos.

Matthew estaba mirando, se había puesto pálido.

Puede ver lo que yo veo, notó James. *También puede verlos*.

Bajando de los árboles, los demonios arremetieron contra ellos.

* * *

Los demonios corrían como sabuesos del infierno cruzando el pasto, saltando y surgiendo completamente en silencio. Su piel era áspera y arrugada, del color del ónix; sus ojos eran llamas negras. Atravesaron el parque, bajo el cielo ennegrecido de nubes.

Junto a Cordelia, Alastair agarró un cuchillo serafín del bolsillo de su chaqueta y lo levantó.

— ¡*Micah!* —gritó; cada cuchillo serafín necesitaba recibir el nombre de un ángel para ser activado.

El brillo de la hoja se convirtió en una hoguera. Hubo un repentino disturbio de iluminación por las hojas de los cuchillos serafín ardiendo en todas partes; Cordelia podía escuchar los nombres de los ángeles que se decían, pero las voces de los cazadores de sombras eran lentas por el asombro. Había sido un tiempo de paz relativa, y nadie esperaba actividad demoníaca durante el día.

Sin embargo, aquí estaba. Los demonios aumentaron como una ola y se estrellaron contra los cazadores de sombras.

Cordelia nunca había esperado encontrarse en medio de una pelea. Matar a algunos demonios aquí y allá durante una patrulla era algo que había esperado, pero esto era un caos. Dos demonios con rostros salvajes como perros, se arrojaron sobre Charles y Ariadne; él se puso delante de ella y fue tirado con un golpe. Cordelia escucho a alguien decir el nombre de Charles: un momento después un segundo demonio estaba sobre Ariadne. Sus mandíbulas se cerraron sobre su hombro y comenzó a arrastrar su cuerpo a través del pasto mientras ella pateaba y luchaba.

Cordelia comenzó a ir hacia ella, pero una sombra se levantó frente a ella, una sombra negra con mandíbulas y ojos goteando como brasas rojas. Ni siquiera pensó en gritar. Su espada giró como un arco ardiente. Oro cortando a través de la sombra: el icor se derramó y ella casi tropezó. Giró para ver que Anna había corrido al lado de Ariadne, tenía una larga daga de plata en su mano. La sumió en la espalda del demonio atacante y este se desvaneció en un rocío de icor.

Más demonios avanzaron. Anna le dio una mirada indefensa a Ariadne que estaba acostada en la hierba manchada de sangre y se volvió con un grito; a su clamor lo siguieron otros: Thomas giraba sus boleadoras en el aire y Barbara y Lucie armadas con cuchillos serafín.

Un demonio se abalanzó hacia Alastair, Cordelia movió a Cortana en un gran arco curvo, cortándole la cabeza.

Alastair lució irritado.

—En serio —dijo—. Pude haber hecho eso solo.

Cordelia considero matar a Alastair, pero no había tiempo… alguien estaba gritando. Era Rosamund Wentworth, quien se había negado a moverse del lado de su hermano. Cubrió su cuerpo sangrante con el suyo mientras un demonio chasqueaba sus mandíbulas hacia ella.

James corrió hacia ella cruzando de la hierba, su cuchillo serafín centelleando a su lado. Saltó en el aire, aterrizó en la espalda del demonio y clavó su hoja serafín en su cuello. El icor se derramó cuando el demonio desapareció. Cordelia lo vio girar, con sus ojos buscaron algo en la maleza y encontraron a Matthew. Matthew, que tenía una hoja curva en la mano, estaba junto a Lucie, como si quisiera matar a cualquier demonio que se acercara a ella.

James corrió hacia Matthew y su hermana, justo cuando otro grito rasgó el aire.

Era Barbara. Uno de los demonios de sombra se abalanzó, derribando a Oliver en el suelo y cerrando sus mandíbulas alrededor de la pierna de Barbara. Chilló de agonía y se derrumbó.

Un segundo más tarde James estaba ahí; se arrojó a la criatura protegiendo a Barbara, golpeándolo en uno de sus costados. Rodaron una y otra vez, el cazador de sombras y el demonio, mientras los gritos atravesaban a la multitud de los demás cazadores de sombras reunidos.

Matthew se zambulló hacia adelante, ejecutando un giro perfecto en el aire, y dando una patada. Su bota conectó contra el demonio, liberando a James de su agarre. Matthew aterrizó mientras James se levantaba, sacando un cuchillo de su cinturón. Lo arrojó, y se hundió en un lado del demonio; escupiendo y silbando, el demonio desapareció.

Y hubo silencio.

Cordelia no sabía si los demonios habían sido derrotados, o si se habían escurrido en retirada o victoria. Tal vez habían hecho todo lo que tenían la intención de hacer, el mayor daño posible. No había forma de saberlo. Congelados en conmoción, maltratados y sangrientos, el grupo de cazadores de sombras que había ido a Regent's Park para un picnic por la tarde se miraba entre el césped sangriento.

El área del picnic estaba hecha pedazos: había parches de hierba quemada con icor, las cestas y mantas esparcidas y destruidas. Pero nada de eso importaba. Lo que importaba eran las tres figuras que todavía estaban inmóviles en la hierba. Piers Wentworth, su camisa empapada de sangre, su hermana sollozando a su lado. Barbara Lightwood, siendo levantada en los brazos de Thomas… Oliver tenía su estela afuera y dibujaba una runa de sanación tras runa en su brazo desplomado. Y Ariadne, acurrucada en un ovillo con su vestido rosa teñido de rojo. Charles se arrodilló junto a ella, pero su cabeza estaba en el regazo de Anna. La sangre oscura goteaba de la esquina de su boca.

Los demonios podrán haberse ido, pero habían dejado devastación tras ellos.

Capítulo Traducido por Annie
Corregido por Samn y Tris

5

Caído con la Noche

Las lámparas de gas destellan en una línea dorada;
Las luces rubíes de los carruajes resplandecen,
Miran, y parpadean como brillantes luciérnagas;
El viento ha caído con la noche,
Y una vez más el pueblo parece justo
Frustrando a la niebla que se cierne en el aire.
—Amy Levy, *Un día de marzo en Londres*

Cordelia se recargó contra Lucie mientras sus cuerpos se sacudían por las calles en el carruaje del Instituto, rodeadas por el difuso tráfico del ómnibus, automóviles y peatones. Anuncios aparecían mientras pasaban. EL HOTEL HORSEHOE. STOUT POR TRES GUINEAS. NUEVOS BARCOS A VAPOR PALACE. Los carteles anunciaban sastres y pescaderías, tónicos para el cabello e impresiones baratas. Un mundo increíblemente distante del que Cordelia acababa de dejar atrás en Regent's Park. Un mundo donde las cosas pequeñas importaban.

Matthew estaba sentado frente a ellas en el acolchado asiento del carruaje, encajando sus puños en los cojines del asiento. Tenía el cabello alborotado. Sangre e icor manchaban su chaqueta de lino y corbata de seda.

En el momento en el que los demonios se fueron, James partió en Balios, uno de los caballos de su padre, esperando llegar al Instituto y prepararlos para la llegada de los heridos. Charles había salido disparado con Ariadne en el carruaje del Cónsul, dejando a Matthew para que diera un paseo con Lucie y Cordelia.

Alastair había regresado a Kensington para contarle a Sona lo que había sucedido. Cordelia estaba medianamente agradecida por las quemaduras de icor en sus manos: le había dicho que necesitaría tratamiento en la enfermería del Instituto, y, además, posiblemente se quedaría para ofrecerles ayuda y apoyo. Después de todo, tenían que ser conscientes de la impresión que estaban causando en el Enclave.

— *¿Ahora?* —había protestado, cerrando sus ojos oscuros—. En este momento, ¿te preocupa la impresión que estamos causando en Londres?

—Es importante, Alastair —respondió ella—. Es por papá.

Alastair no había reprochado más. Cordelia estaba un poco sorprendida, sabía que él pensaba que sus planes no tenían sentido. Habían discutido sobre ello en Cirenworth, y ella le había dicho que no podía comprender por qué él no podía apoyar a su padre como lo hacía ella, por qué parecía sentir que no había esperanza cuando aún no lo habían intentado todo. Él solo respondió que ella no lo entendería.

—Aún no entiendo cómo es posible. —dijo Lucie—. Los demonios *no* salen durante el día. Simplemente no lo hacen.

—Escuché que aparecieron antes, cuando el cielo estaba cubierto por nubes espesas —dijo Cordelia—. Si la luz del sol no las puede atravesar...

Matthew soltó una risa ronca.

—Esa tormenta no fue natural. Aun así, tampoco había escuchado jamás de demonios que puedan controlar el clima.

Sacó una licorera plateada del bolsillo de su chaqueta. Lucie le lanzó una mirada afilada antes de voltear hacia otro lado.

— ¿Vieron sus heridas? —preguntó ella—. Nunca había visto nada como eso. La piel de Barbara se estaba volviendo negra en los bordes de donde fue mordida…

—Nunca habías visto nada como eso porque nunca ha existido igual —dijo Matthew—. ¿Demonios proveen su propia noche? ¿Que nos atacan cuando somos vulnerables porque creemos que no podemos ser atacados?

—Matthew —dijo Cordelia bruscamente—. Deja de asustar a Lucie, ni siquiera sabemos a qué nos enfrentamos todavía.

Él tomó un trago de la licorera mientras el carruaje se movía a través de Ludgate Circus y hacia Fleet Street. Cordelia podía oler el dulce y penetrante aroma del alcohol, tan familiar como su infancia.

—Lucie no se asusta, ¿o sí, Lucie?

Lucie cruzó sus brazos sobre su pecho.

—Temo por Barbara y Ariadne, y por Piers —le dijo—. ¿A ti no te preocupan? Barbara es nuestra familia, y Ariadne es una de las personas más amables que conozco.

—En este mundo no hay protección especial para las personas amables —comenzó a decir Matthew, y se interrumpió cuando Cordelia le lanzó una mirada fulminante. Tomó otro trago de su licorera y enseñó sus dientes—. Sí, me estoy comportando como una bestia. Lo sé perfectamente bien.

—Entonces para —dijo Cordelia—. Mi padre siempre decía que entrar en pánico antes de conocer todos los hechos era como pelear la batalla del enemigo por él.

—Pero, ¿quién *es* el enemigo? —dijo Lucie—. Demonios, supongo, aunque los ataques demoníacos usualmente carecen de estrategia o método alguno. Estos demonios evitaron a cada mundano en el parque y fueron directamente hacia nosotros.

—Los demonios no siempre actúan aleatoriamente —dijo Cordelia—. Quizás un brujo que haya convocado a una manada de ellos es el responsable, o incluso un Demonio Mayor divirtiéndose. Los demonios comunes son como animales, pero según entiendo, los Demonios Mayores pueden ser casi como personas.

Habían llegado al Instituto. Matthew le lanzó una mirada rápida y sorprendida mientras el carruaje rodaba bajo el portón con el lema escrito en latín: PULVIS ET UMBRA SUMUS.

Somos polvo y sombras.

Cuando se detuvieron en el patio, Matthew estiró su mano para abrir la puerta del carruaje. Se bajó de un salto y se volvió para ayudar a Cordelia y Lucie. El patio ya se encontraba repleto de carruajes, Cordelia reconoció el símbolo de la familia del Inquisidor en uno de ellos, un puente arqueado. También podía ver a Balios, con sus riendas atadas a un poste cercano a los escalones de la entrada. Sus costados estaban esponjados con sudor; James debió haber cabalgado como alguien poseído por un demonio por las calles.

Mientras otro carruaje comenzaba a traquetear bajo el portón, Matthew miró disgustado a su licorera, la cual aparentemente estaba vacía.

—Creo que daré un paseo —dijo—. Regresaré en un rato.

— ¡*Matthew!* —Lucie lo miró horrorizada—. Pero la enfermería… y Thomas nos necesita…

—La enfermedad no me gusta —dijo Matthew simplemente, y se alejó, caminando con mucho cuidado. Cordelia se preguntó qué había en la licorera. Algo muy fuerte, se imaginó.

Lucie estaba furiosa.

— ¿Cómo puede…?

Se interrumpió cuando un carruaje nuevo se detuvo y Gabriel y Cecily Lightwood bajaron de él. Gabriel parecía preocupado; Cecily, a su lado, cargaba a un niño muy pequeño, de cabello negro y ojos azules. Cordelia supuso que se trataba de Alexander, el primo más pequeño de Lucie.

— ¡Lucie! —gritó Cecily, apresurándose hacia su sobrina.

Cordelia se quedó atrás sintiéndose incómoda. Fue un claro recordatorio de lo lejos que ella había crecido de todo esto. No solo geográficamente, también socialmente. Alastair al menos pasó tiempo en la Academia. Este mundo, el mundo de Lucie y James, era un mundo de familia y amigos que se amaban los unos a los otros, pero no la conocían en lo absoluto.

—No comprendo —decía Cecily—. Sé lo que decía el mensaje de Anna, pero, ¿demonios atacando *a plena luz del día*? No tiene ningún sentido. ¿Podría haber sido otra cosa?

—Quizás, tía Cecily, pero estas criaturas dejaron la clase de heridas que los demonios dejan —dijo Lucie—. Y su sangre era icor.

Gabriel puso una mano en el hombro de Lucie.

—La mitad del Enclave ha sido enviada al parque para ayudar a los que siguen allí y determinar qué ocurrió. Es probable que se trate de un fenómeno muy extraño, Luce. Horrible, pero poco probable que vuelva a suceder.

—Y Jem… el Hermano Zachariah, estará aquí con los otros Hermanos Silenciosos —dijo Cecily, mirando al Instituto—. Ellos sanarán a Barbara y a los otros. Sé que lo harán.

El Hermano Zachariah. Jem.

Por supuesto que él estaría aquí, supo Cordelia. Jem Carstairs era un dedicado Hermano Silencioso, y leal al Instituto de Londres.

Podría hablar con él, pensó. *Sobre mi padre*.

Jem estaba aquí para sanar, ella lo sabía. Pero su padre necesitaba tanta ayuda como cualquier otro, y había otros Hermanos Silenciosos en el Instituto.

— ¿Les molestaría si los acompaño a la enfermería? Si hay algunos vendajes ahí, podría curar mis manos… —dijo, mirando de Gabriel a Cecily.

Lucie pareció sentirse culpable.

— ¡Daisy! ¡Tus manos! Debería haberte puesto una docena de *iratzes*, cientos de *iratzes*. Es solo que fuiste tan valiente con tus heridas…

Oh, no. Cordelia no había tenido la intención de hacer sentir culpable a Lucie.

—De verdad, solo me duele un poco…

Cecily le sonrió.

—Hablas como una verdadera Carstairs. Jem tampoco habría admitido que estaba herido. —Le dio un beso a Alexander en la coronilla mientras él se quejaba en sus brazos para que lo bajara—. Ven Lucie, llevaremos a tu futura *parabatai* a la enfermería.

* * *

James jamás había visto la enfermería así. Por supuesto que había escuchado historias de su madre y de su padre acerca de las repercusiones de la Guerra Mecánica, los muertos y los heridos, pero a lo largo de su

vida raramente habían estado más de uno o dos pacientes en ella. Thomas había terminado allí una vez por una semana cuando cayó de un árbol y se rompió la pierna. Se quedaron despiertos varias noches jugando a las cartas y comiendo las tartas de mermelada de Bridget. James había estado un poco decepcionado cuando las runas de curación al fin habían hecho efecto y Thomas regresó a su casa.

El escenario ahora era bastante diferente. La habitación estaba muy concurrida: había varios cazadores de sombras que habían sido quemados con icor o que tenían cortes y moretones. Habían instalado una estación de enfermería improvisada en el mostrador, donde Tessa y Will, con la ayuda de los Hermanos Silenciosos, ponían vendas y runas de curación a quienquiera que las necesitara.

Los tres cazadores de sombras con las heridas más serias se encontraban en camas al final de la habitación, donde un biombo los protegía parcialmente del caos en el resto de la enfermería. No obstante, James no pudo evitar mirar, en especial a Thomas. El resto de los Lightwood aún no llegaban, y Thomas estaba sentado en silencio a un lado de Barbara. James había intentado sentarse junto a él, pero Thomas le había dicho que prefería estar solo con Barbara. Estaba sosteniendo la mano de su hermana mientras el tío Jem la atendía: ella permanecía quieta, su único movimiento era el de su respiración.

El Hermano Shadrach, el Hermano Enoch y Jem habían llegado justo después de que James trajera la noticia del ataque al Instituto. Shadrach se inclinó sobre Piers, tratándolo con una infusión que debía reemplazar algo de la sangre que había perdido. El Hermano Enoch se agachó junto a Ariadne, con aspecto sombrío. El Inquisidor Bridgestock y su esposa estaban acurrucados no muy lejos de su hija, intercambiando miradas temerosas. Habían sido un matrimonio sin hijos antes de adoptar a la huérfana Ariadne del Instituto de Bombay, y siempre la habían tratado como su más preciado tesoro. Charles se desplomó en una silla cerca de ahí: como Barbara, Ariadne estaba inmóvil, salvo por su respiración poco profunda. Podía verse el trazo de sus venas bajo la piel de sus muñecas y sienes.

James aún estaba cubierto de hierba, lodo y sudor; sin embargo, permaneció detrás del mostrador, cortando y enrollando vendas. Si no podía estar con Thomas, ayudaría de cualquier otra forma que pudiera. Podía escuchar pedazos de conversaciones flotando sobre el murmullo de voces:

—Eran demonios, Townsend. O al menos, eran demonios o alguna criatura que nunca antes habíamos visto…

—Estas son marcas de ataques de demonios, de garras y dientes. No hay herida alguna que un subterráneo pueda infligir y que sea inmune a las runas curativas, pero estas lo son. Debemos encontrar qué tipo de veneno está en sus cuerpos y trabajar en la cura…

—Pero la luz del día…

— ¿Quién se encuentra aún en el parque? ¿Alguien tiene una lista con los nombres de los que asistieron al picnic? Debemos asegurarnos de que no dejamos a nadie atrás…

James pensó en Grace. Deseó haber podido hablar con ella después del ataque, pero Balios, aunque tenía casi veintiocho, era el caballo más rápido del parque por mucho, y solo James podía montarlo, James o Lucie, y Lucie había querido permanecer con Cordelia.

Al final, había sido Christopher, viéndose más asustado de lo que había estado durante la batalla con los demonios, quien se había ofrecido para llevar a Grace de vuelta a Chiswick en su carruaje, Charles, por supuesto, ya se había ido rápidamente al Instituto con Ariadne.

James no pudo evitar temer la reacción de Tatiana ante el ataque. Parecía completamente usual dentro de su comportamiento decidir que Londres era demasiado peligroso y arrastrar a Grace de vuelta a Idris.

James. La voz era silenciosa, un eco en su cabeza. Y claro, supo de quién se trataba al instante. Solo los Hermanos Silenciosos se comunicaban de esta manera, y jamás confundiría la voz de Jem con la de nadie más.

James, ¿puedo hablar contigo?

James levantó la vista para ver a Jem, alto y sombrío en su vestimenta color pergamino, saliendo de la enfermería. Dejando las vendas, se deslizó por la puerta y por el corredor hacia el exterior. Siguió a su tío a la sala de música, ninguno habló mientras entraban.

Los pasillos del Instituto habían sido rediseñados por Tessa algunos años atrás, el oscuro papel tapiz victoriano había sido sustituido por pintura clara y piedra auténtica. Elegantes candelabros emergían de las paredes a intervalos espaciados. Cada uno tenía la forma del símbolo de una familia de cazadores de sombras: Carstairs, Ke, Herondale, Wrayburn, Starkweather, Lightwood, Blackthorn, Monteverde, Rosales, Bellefleur. Era la forma en la que la madre de James decía que todos ellos juntos eran cazadores de sombras, todos con un mismo lugar en el Instituto.

No es que la Clave haya tratado a su madre como si *ella* fuera su igual, pensó James. Apartó el pensamiento; los rumores sobre su madre, hacían que Lucie y él se sintieran furiosos.

La sala de música raramente se usaba, Lucie no tenía ni un solo dote musical, y James había tocado el piano por algunos años y después lo abandonó. Luz dorada entraba por las ventanas, iluminando rastros danzantes de motas de polvo. Un piano de cola se cernía en la esquina, semicubierto por una manta blanca.

El violín de Jem tenía un lugar de honor: un Stradivarius tallado en madera suave, descansaba en un estuche abierto encima de una mesa alta. James había visto a su padre venir a esta habitación de vez en cuando solo para tocar el violín, con una mirada distante. Se preguntó si haría lo mismo con las pertenencias de Matthew, si algún día perdiera a su *parabatai*.

Ignoró ese pensamiento, Matthew era como la comida, el sueño, la respiración; prescindir de él no sería posible.

Recibí tu mensaje, dijo Jem. *El que enviaste anoche.*

—Casi lo había olvidado —comenzó a decir James. Podía verse a sí mismo en un espejo con marco dorado colgado en la pared: había hierba en su cabello y un rasguño sangriento en su mejilla. Parecía un fugitivo de Bedlam—. No creo que importe ahora.

Podría hacerlo, dijo Jem. Se veía tenso, si se podía describir a un Hermano Silencioso como tenso. *Barbara aún estaba consciente cuando llegué aquí. Ella me contó de ti…*

— ¿De mí? —James se sobresaltó.

Ella dijo: «James debe ser protegido.» ¿Te convertiste en una sombra en el lago?

—No. —dijo James—. Anoche vi el reino de sombras, y hoy nuevamente, pero no me convertí en una sombra. Fui capaz de controlarlo.

Jem se relajó un poco.

James, le dijo. *Sabes que he estado tratando de descubrir qué Demonio Mayor fue tu abuelo. Tu habilidad…*

—No es una habilidad. —dijo James—. Es una maldición.

No es una maldición. El tono de Jem fue brusco. *No es una maldición como tampoco lo que hacen a los brujos lo es, ni la habilidad que tiene tu madre es una maldición.*

—Tú siempre has dicho que es peligrosa —dijo James.

Algunos dones son peligrosos. Y es un don, aunque provenga del linaje de los ángeles caídos.

—Un don que no puedo usar para nada —dijo James—. La noche pasada en la fiesta, cuando me deslicé en la oscuridad, vi a Barbara ser arrastrada al suelo por una sombra. Hoy en el lago ella fue arrastrada en la tierra por un demonio con los dientes en su pierna. —Apretó su mandíbula—. No sé lo que significa. Las visiones no me ayudaron a mí, ni me permitieron

ayudar a Barbara y a los demás. —Titubeó—. Quizás si retomáramos las lecciones, podríamos aprender más sobre el reino de sombras, ya sea que esté tratando de darme algún tipo de señal…

Sería prudente de nuestra parte retomar las lecciones, sí, dijo Jem. *Pero no podemos comenzar ahora. El veneno que consume a los que fueron atacados es uno que jamás había visto antes, ninguno de los otros Hermanos lo conocen. Debemos poner nuestro máximo esfuerzo para encontrar la cura.*

La puerta se abrió y Will asomó su cabeza en sala de música. Se veía cansado, las mangas de su camisa enrolladas hasta el codo, su camisa estaba manchada de infusiones y ungüento. Aun así, sonrió cuando vio a James y a Jem.

— ¿Está todo bien?

—El tío Jem estaba preocupado por mí —dijo James—. Pero estoy perfectamente bien.

Will se acercó a su hijo y le dio un abrazo fuerte y rápido.

—Estoy feliz de oírlo, Jamie *bach.* Gideon y Sophie llegaron, y verlos con Barbara… —Besó a James en la parte superior de la cabeza—. No soporto pensar en eso.

Debería regresar a la enfermería, dijo Jem. *Aún me queda mucho por hacer ahí.*

Will asintió, soltando a James.

—Sé que Gideon y Sophie se sentirían mejor si fueras tú quien atendiera a Barbara. No por insultar al Hermano Shadrach, quien estoy seguro es un excelente y muy respetado miembro de la Hermandad.

Jem agitó su cabeza, que era lo más cercano que tenía a una sonrisa, y los tres abandonaron la sala de música. Para la sorpresa de James, Thomas estaba esperándolo afuera en el pasillo, con la mirada vacía.

Will intercambió una mirada rápida con James y dejó a su hijo a solas con Thomas. Era bueno, pensó James, tener un padre que entiende el significado de la amistad.

Thomas habló tan pronto como los adultos estuvieron fuera del alcance de oírlos.

—Mis padres están aquí —dijo en voz baja—. James, necesito hacer algo. Algo que pueda ayudar a mi hermana. Creo que de lo contrario podría enloquecer.

—Por supuesto, todos debemos ayudar a Barbara —dijo James—. Thomas, en el parque, Barbara vio a los demonios antes que los demás. Ella fue quien me advirtió.

—Ella tenía una Visión perfecta incluso antes de obtener su runa —dijo Thomas—. Tal vez porque mi madre era una mundana con la Visión antes de convertirse en cazadora de sombras. Jamás lo hemos comprobado, Barbara no estaba muy interesada en poner a prueba sus habilidades, pero siempre ha tenido sentidos inusualmente agudos.

—Es casi como si ella pudiera vislumbrar mi reino de sombras —James murmuró, recordando lo que Barbara había dicho: que ella era capaz de ver formas negras irregulares en el baile, que ella había sentido cómo la arrastraban hacia abajo. Una idea comenzó a tomar forma en su mente. Se preguntó si debería regresar y contárselo a Jem, pero no, Jem jamás le permitiría intentarlo. Creería que era muy peligroso. Imprudente, incluso.

Pero James se sentía imprudente, y por lo que parecía, Thomas también.

—Necesitamos reunir a Matthew y Christopher —dijo James—. Tengo una idea de lo que podemos hacer.

La cara de Thomas recuperó algo de color.

—Christopher acaba de regresar de Chiswick —dijo él—. Lo vi en el vestíbulo de entrada. En cuanto a Mathew…

* * *

Cordelia había decidido hacer algo útil en la enfermería. Era la única manera en la que podría asegurarse de que no la echaran. Después de todo, ninguno de los heridos eran sus parientes o incluso sus amigos. Y no era probable que hiciera muchos nuevos amigos a este ritmo.

Lucie también había sido reclutada para ayudar. Docenas de vasijas y tarros catalogados habían sido tomados de los armarios detrás de la cubierta de mármol donde Tessa presidía la dispensación de ingredientes para infusiones y pociones. Las propias manos de Cordelia habían sido cubiertas de ungüento y envueltas en vendas; lucían como pezuñas blancas mientras manejaba el mortero y pestillo que le habían dado.

El frente de la enfermería había sido ocupado por aquellos que tenían rasguños, esguinces y quemaduras. Las infusiones y ungüentos eran principalmente para ellos: Lucie estaba ocupada entregándolos, su alegre flujo de parloteo era audible sobre el ligero zumbido de otras conversaciones. Un biombo había sido extendido frente al otro extremo de la habitación, y Cordelia casi se alegró por eso: era demasiado doloroso ver a Sophie y Gideon desmoronarse junto a la cama de Barbara, o incluso a Rosamund sentada en silencio junto a su hermano. Cordelia lamentaba haber albergado pensamientos poco caritativos hacia los Wentworth. Nadie merecía esto.

—Todo estará bien. —La voz de Tessa era suave. La madre de James estaba ocupada cortando finamente la artemisa en un tazón; le lanzó una mirada comprensiva a Cordelia—. He visto a los Hermanos Silenciosos traer de vuelta a la gente de cosas peores.

Cordelia sacudió la cabeza.

—Yo no. Supongo que me han protegido mucho.

—Todos lo hemos sido, por un tiempo —dijo Tessa—. El estado natural de los cazadores de sombras es la batalla. Cuando siempre está en curso, no hay tiempo para detenerse y pensar que no es una condición ideal para la felicidad. Los cazadores de sombras no están hechos para un estado de paz, sin embargo, hemos estado así durante la última década más o menos. Quizás comenzamos a creer que éramos invencibles.

—Las personas solo son invencibles en los libros —dijo Cordelia.

—Creo que encontrarás que la mayoría de las veces, ni siquiera ahí lo son —dijo Tessa—. Pero al menos siempre podemos tomar un libro y leerlo otra vez. Las historias ofrecen miles de nuevos comienzos.

Era cierto, pensó Cordelia. Había leído la historia de Layla y Majnun miles de veces, y cada vez el principio era emocionante, aun cuando sabía, y temía, el final.

—El único equivalente en la vida real es la memoria —dijo Tessa, elevando la mirada mientras Will entraba a la habitación, seguido por el primo Jem—. Pero los recuerdos pueden ser tan amargos como dulces.

Will le sonrió a su esposa—los padres de James siempre se miraban el uno al otro con tanto amor que era casi doloroso mirar—, antes de dirigirse hacia el pequeño grupo de Lightwood reunidos alrededor de Barbara. Cordelia los escuchó saludarlo, y la voz preocupada de Sophie, pero su mirada estaba en Jem. Él había ido hacia el mostrador y estaba

tomando varios frascos de hierbas mixtas. Era ahora o nunca.

—Primo Jem —susurró Cordelia—. Necesito hablar contigo.

Jem levantó la vista sorprendido. Cordelia trató de no sobresaltarse; siempre era extraño ver a un Hermano Silencioso tan de cerca. Recordó todas las veces que su madre le había sugerido a su padre que fuera a las Basilias, el hospital para cazadores de sombras en Alicante, para curar su persistente enfermedad. Elias siempre había insistido en que no deseaba ir a ningún lugar en donde pudiera estar rodeado de Hermanos Silenciosos.

Ellos lo inquietaban, afirmaba; la mayoría de ellos eran como criaturas de hielo y sangre. Túnicas de marfil marcadas en rojo, piel drenada de color, marcada con runas rojas. La mayoría no tenían cabello y, peor aún, tenían sus ojos cerrados y cosidos, sus cuencas hundidas y huecas.

Jem no se veía así. Su rostro era joven y muy quieto, como la cara de un caballero de las Cruzadas tallado en una tumba de mármol. Su cabello era una maraña de hebras blancas y negras. Sus ojos permanentemente cerrados, como si estuviera rezando.

¿Te encuentras bien, Cordelia? preguntó la voz de Jem en su mente.

Tessa inmediatamente se movió para ocultarlos de la vista del resto de los que se encontraban en la habitación. Cordelia trató de aparentar estar absolutamente fascinada con su mortero y su pistilo, mezclando energéticamente matricaria e hidrastis.

—Por favor —murmuró—. ¿Has visto a Baba, mi padre, en Idris? ¿Cómo está? ¿Cuándo podrá volver a casa?

Hubo una larga pausa.

Lo he visto, dijo el primo Jem.

Por un momento, Cordelia se permitió recordar a su padre, recordarlo de verdad. Su padre le había enseñado a pelear. Su padre tenía sus defectos, pero jamás fue cruel, y cuando prestaba atención a Cordelia, la hacía sentir como si midiera tres metros de altura. A menudo se sentía como si Alastair y Sona estuvieran hechos de un material diferente a Cordelia, vidrio o metal con bordes que podrían cortar, pero Elias era como ella.

Los recuerdos pueden ser tan amargos como dulces.

—Eres un Hermano Silencioso. Sé que mi padre no siempre fue amable contigo… —murmuró.

Nunca pienses que le guardo rencor por la distancia que mantuvo, dijo Jem. *Yo haría lo que fuera por ti y por nuestra familia.*

—Él me escribió una nota, pidiéndome que creyera en él. Dice que no es responsable por lo que pasó. ¿No puedes hacer que la Clave crea en él también?

Hubo otra larga pausa.

No puedo asegurarle a la Clave algo de lo que yo tampoco estoy seguro, dijo Jem.

—Ellos deben preguntarle lo que sucedió —dijo Cordelia—. *Deben* probarlo con la Espada Mortal. ¿Lo harán?

Jem vaciló. Cordelia vio que Lucie se aproximaba hacia ellos, justo cuando se dio cuenta de que había machacado las hierbas del mortero en un lodo verde.

—Daisy —dijo Lucie en voz baja. A Cordelia le pareció preocupante. Lucie rara vez podía ser persuadida a susurrar sobre cualquier cosa—. ¿Podrías venir conmigo un momento? Realmente necesito tu ayuda.

—Por supuesto —dijo Cordelia, un poco dudosa—. Es solo que…

Se volvió hacia Jem, esperando que respondiera a su pregunta. Pero él ya se había desvanecido entre la multitud de la enfermería.

* * *

— ¿A dónde vamos? —susurró Cordelia, mientras se apresuraban a lo largo de los corredores del Instituto—. Lucie. No puedes simplemente secuestrarme, lo sabes.

—Tonterías —dijo Lucie—. Si hubiera querido secuestrarte, puedes estar segura de que lo habría hecho con mucha pericia, sin duda bajo el velo del silencio y la oscuridad.

Habían llegado al vestíbulo; Lucie descolgó una capa de una clavija en la pared y le entregó otra a Cordelia.

—Además, le dije a mi padre que te llevaría a casa en el carruaje porque te desmayas al ver sangre.

— *¡Lucie!*

Cordelia siguió a su amiga al patio. El sol acababa de ocultarse, y la noche estaba cubierta de un brillo azul metálico. El patio estaba lleno de carruajes. Cada uno luciendo la cresta de una familia de cazadores de sombras.

—No toda buena historia es completamente cierta —dijo Lucie. Sus mejillas estaban brillantemente sonrojadas. El aire se había vuelto frío; Cordelia se cubrió con su capa—. Es la historia lo que importa.

—Pero no quiero ir a casa —señaló Cordelia, mientras ella y Lucie se abrían paso entre la multitud de carruajes. Entrecerró los ojos—. ¿Hay alguien *cantando* dentro del carruaje de los Baybrook?

Lucie agitó una mano restándole importancia.

—Por supuesto que no vas a casa. Vendrás conmigo en una aventura. —Saludó a alguien medio oculto detrás del carruaje de los Wentworth—. ¡Bridget!

Efectivamente, se trataba de Bridget, su canoso cabello rojo enrollado en un moño, claramente acababa de terminar de preparar la berlina del Instituto y un caballo nuevo. El hermano de Balios, Xanthos. Los dos eran un gran par. Cordelia había escuchado un montón acerca de ellos. Lucie fue al instante a acariciar la nariz suave y con motas blancas de Xanthos; Cordelia trató de sonreírle a Bridget, que las miraba sospechosamente.

—El carruaje listo para usted, *Miss Baggage* —le dijo Bridget a Lucie—. Trate de no meterse en problemas. Eso preocupa a sus padres.

—Solo voy a llevar a Cordelia a casa —dijo Lucie, parpadeando inocentemente.

Bridget se alejó, murmurando sobre encontrar a ciertas personas en ciertos árboles mientras se escabullen por ciertas ventanas. Lucie se inclinó para susurrarle algo al oído a Xanthos antes de hacer un gesto para que Cordelia se uniera a ella en el carruaje.

—Todo tiene glamour —explicó, mientras la berlina se traqueteaba bajo el portón abierto y sobre las calles de Londres—. Podría perturbar a los mundanos ver un carruaje andando sin un conductor.

— ¿Entonces el caballo sabe a dónde llevarnos? —Cordelia se recostó en el banco acolchado—. ¿Pero *no* es a Cornwall Gardens?

Lucie sacudió su cabeza.

—Balios y Xanthos son caballos especiales. Y vamos a la Mansión Chiswick.

Cordelia la miró fijamente.

— ¿La Mansión Chiswick? ¿Vamos a ver a Grace y a Tatiana? Ay, Lucie, no lo sé…

Lucie levantó una mano.

—Podría haber un momento, un pequeño momento, durante el cual tal vez tengas que distraerlas. Pero no es una visita social. Estoy en una misión.

Cordelia no creía que Grace pareciera la clase de persona que pudiera ser distraída fácilmente.

—No lo haré —dijo firmemente—. No a menos que me digas de qué se trata esta misión.

Lucie se quedó en silencio un momento, su rostro pequeño y pálido en las sombras del carruaje.

—Sabes que puedo ver fantasmas —dijo ella, y vaciló.

Cordelia parpadeó. Era la última cosa que esperaba que Lucie dijera. Todos los cazadores de sombras sabían que existían los fantasmas, y cuando los fantasmas querían ser vistos, la mayoría de los nefilim podían verlos. Pero los Herondale tenían una habilidad especial: Will, James y Lucie podían ver fantasmas que *no* querían ser vistos.

—Sí, ¿pero qué…?

—Un fantasma me dijo… —Lucie se interrumpió por un momento—. Jessamine me dijo que hay un fantasma en la Mansión Chiswick que podría saber algo sobre estos demonios diurnos —dijo finalmente—. Daisy, tengo que hacer algo por Barbara y los otros. No puedo solo sentarme a pasar infusiones. Si hay algo que pueda hacer para ayudar, debo hacerlo.

—Por supuesto pero, ¿por qué no decirle a tu padre o a tu madre? Ellos lo habrían entendido.

—No deseo dar esperanzas que puedan puedan llegar a ser nada —dijo Lucie—. Además, ellos podrían sentir la necesidad de contarle a algunos de los otros y yo… me han dicho que ser acechada por fantasmas no es un rasgo atractivo en una mujer joven.

Cordelia atrapó la mano de Lucie con la suya vendada.

—Dime quien te dijo eso. Lo mataré.

Lucie se sorbió la nariz y después rio.

—No necesitas matar a nadie. Solo ven conmigo a Chiswick, y estaré perfectamente satisfecha.

* * *

—Debemos atrancar las puertas —dijo James—. No tienen cerrojo, y no podemos ser interrumpidos. —Frunció el ceño—. Matthew, ¿puedes ponerte en pie?

El salón había cerrado después del baile; rara vez se usaba excepto para reuniones sociales. La habitación estaba cálida y cerrada mientras James, Christopher y Thomas se quitaban sus chaquetas y arremangaban sus camisas. La mayoría todavía traía los mismos cinturones de armas que tenían en el parque: James había agregado varias dagas nuevas al suyo.

Solo Matthew estaba desarmado. Parpadeando y despeinado, encontró el camino a una lujosa silla acolchada y se dejó caer en ella.

—Estoy perfectamente bien —dijo, agitando una mano—. Por favor continúa con tu plan. —Entrecerró los ojos—. *¿Cuál era* tu plan?

—Se los diré en un momento —dijo James. Estaba bastante seguro que a ninguno de ellos les iba a gustar—. ¿Thomas?

Thomas asintió, agarró un pesado aparador y comenzó a empujarlo frente a las puertas del salón de baile. Christopher miró preocupado a Matthew.

— ¿Quizás un poco de agua? —dijo él.

—Estoy *perfectamente* bien —repitió Matthew.

—Te encontré bebiendo de una licorera y cantando «Elsie de Chelsea» en el carruaje de los Baybrook —dijo Thomas sombríamente.

—Era un lugar privado —dijo Matthew—. Y bien acolchado.

—Al menos no era el carruaje de los Bridgestock, porque ya han sufrido suficiente tragedia el día de hoy. Nada malo le ha pasado a los Baybrook —dijo Christopher, con gran sinceridad.

—Nada hasta ahora —dijo James—. Christopher, ¿todo salió bien al dejar a la señorita Blackthorn?

Trató de no sonar como si estuviera demasiado interesado en la respuesta. Matthew levantó una ceja, pero no dijo nada.

—Oh, perfectamente —dijo Christopher—. Le conté todo sobre el cultivo de bacterias, ¡estaba tan fascinada que no dijo ni una palabra!

James había ido a apilar sillas frente a las puertas del salón. Esperaba que Grace no hubiera muerto de aburrimiento.

— ¿Tuviste que decirle a la señora Blackthorn lo que sucedió en el parque? No debió estar complacida.

Christopher negó con la cabeza.

—Confieso que no la vi. La señorita Blackthorn pidió que la dejara en el portón, no en la puerta principal.

—Probablemente no quiere que nadie vea el estado del lugar —dijo Matthew, bostezando—. Tan solo las puertas están engalanadas con óxido.

James lo miró.

—Thomas —dijo, en voz baja—. ¿A lo mejor una runa de curación?

Thomas asintió y se acercó a Matthew con cautela, como uno podría acercarse a un gato callejero en la calle. Hace algún tiempo, James había descubierto que las runas sanadoras ponían sobrio a Matthew: no del todo, pero sí lo suficiente.

—Súbete la manga, eso es, buen chico —dijo Thomas, sentándose en el brazo de la silla de Matthew—. Vamos a despertarte y James podrá contarnos cualquier locura que haya planeado.

James terminó con las sillas, echó un vistazo alrededor de la habitación y sacudió el polvo de sus manos.

—Será mejor que revisemos las cerraduras de todas las ventanas. Solo para estar seguros —dijo.

—Parece de alguna manera blasfemo usar las Marcas para deshacerse de los efectos del alcohol —agregó Matthew, mientras Thomas guardaba su estela. La runa en cuestión brillaba, recién hecha, en la muñeca de Matthew. Ya se veía más lúcido y menos como si estuviera a punto de quedarse dormido o enfermarse.

—Te he visto usar tu estela para separar tu cabello —dijo James de manera cortante, mientras examinaba las cerraduras de las ventanas.

—El Ángel me dio este cabello —respondió Matthew—. Es uno de los regalos de los cazadores de sombras. Como la Espada Mortal.

—*Eso* sí es blasfemia —dijo Thomas. Christopher se había unido a James comprobando que las ventanas estuvieran cerradas, aunque James deseaba desesperadamente poder abrir una y dejar entrar un poco de aire en la habitación.

—Un objeto de belleza es un placer eterno, Thomas —dijo Matthew—. James, ¿por qué estamos cerrando todas las ventanas? ¿Tememos la intrusión de palomas chismosas?

James cerró de golpe un cerrojo y se volvió para mirar a los demás.

—He pasado los últimos cuatro años de mi vida tratando de entrenarme para no hacer lo que estoy a punto de hacer. No deseo siquiera considerar la posibilidad de ser interrumpido.

— ¿Por una paloma? —dijo Matthew, pero la mirada en sus ojos era comprensiva, a pesar de sus palabras ligeramente burlonas—. Jamie, ¿qué estamos haciendo aquí?

James respiró hondo.

—Iré al reino de sombras por voluntad propia —dijo.

Los Ladrones Alegres explotaron en un coro de protestas. Matthew se puso de pie, sus ojos centelleaban.

—Por supuesto que no —dijo—. El peligro...

—No creo que haya peligro —dijo James—. He estado dentro y fuera del reino de sombras muchas veces en mi vida. Han pasado años desde que caí accidentalmente en ese mundo. Sin embargo, en la última semana, lo he visto tres veces, una justo antes del ataque de hoy. No creo que sea una coincidencia. Si puedo usar esta habilidad para ayudar a Barbara, Ariadne, a todos nosotros... deben dejarme hacerlo.

—Carajo. —Matthew se frotó los ojos—. Si no te ayudamos ahora, simplemente intentarás hacerlo después de que nos vayamos, ¿no?

—Por supuesto que sí —dijo James. Golpeó las dagas en su cintura—. Al menos estoy armado.

Matthew giró el anillo en su dedo, marcado con una MF. Había sido un regalo de James cuando se habían convertido en *parabatai*, y tendía a jugar con él solo cuando se encontraba angustiado.

—Muy bien, James. Como desees.

James se aclaró la garganta.

—Está bien. Sigamos con eso.

Se encontró con la mirada de seis ojos expectantes.

— ¿Y bien? —dijo Thomas esperanzado, después de una larga pausa—. Entra en el reino de sombras.

James se concentró. Miró el blanco suelo e intentó conjurar imágenes en su mente del reino de sombras. El cielo gris chamuscado y tenue sol. Se imaginó el salón de baile equivocadamente, las ventanas colocadas extrañamente en las paredes, los candelabros derritiéndose y hundiéndose.

Abrió los ojos y gritó. Un par de ojos miraban directamente a los suyos, tan cercanos que podía distinguir los detalles dentro de los irises verdes, las tenues manchas marrones y negras.

— *¡Matthew!*

—Realmente no creo que mirarlo fijamente vaya a ayudarlo, Matthew —dijo Thomas, y Matthew retrocedió a regañadientes de su *parabatai*—. Jamie, ¿hay algo que pueda ayudarte a comenzar el proceso? Todos te hemos visto hacerlo… Empiezas a ponerte sombrío y te vuelves un poco borroso en los bordes.

—Cuando entro en el reino de sombras, la realidad de mi presencia aquí comienza a desvanecerse —dijo James. No mencionó que, en el pasado, se había «desvanecido» lo suficiente en ese mundo como para atravesar una pared sólida. No pretendía hacerlo de nuevo—. Pero eso no es lo que me lleva al reino de sombras. Es más un efecto secundario de estar ahí.

—A menudo sucede cuando estás molesto o conmocionado —dijo Christopher—. Supongo que podríamos tratar de molestarte o sorprenderte.

—Dado todo lo que ha sucedido, eso no debería ser demasiado difícil —dijo James.

—Tonterías —dijo Matthew, subiéndose a una mesa que se encontraba cerca. Era bastante frágil, con delgadas patas de madera pintadas de color

oro, y James lo miró preocupado—. La última vez que te vi sorprendido fue cuando ese demonio Iblis le estuvo enviando cartas de amor a Christopher.

—Tengo un encanto oscuro —dijo Christopher con tristeza.

—Por favor recuerda que yo soy el neurótico pálido y tú eres el heroico severo —le dijo Matthew a James—. Es muy tedioso cuando confundes nuestros roles. Tendremos que pensar en algo bastante impresionante para asustarte.

—Entonces, ¿cuál es mi papel? —dijo Christopher.

—El inventor loco, obviamente —dijo Matthew rápidamente—. Y Thomas el chico con buen corazón.

—Dios, sueno soso —dijo Thomas—. Mira, James, ven aquí un segundo.

James se dirigió hacia Thomas, que parecía haber decidido algo: en momentos como este, se parecía mucho a su madre, con sus brillantes ojos color avellana y boca feroz.

Un puño salió volando y aterrizó directamente en el plexo solar de James. Salió volando hacia atrás, golpeando el suelo con un jadeo. Su cabeza dio vueltas.

Matthew se dejó caer a su lado, mientras James se recargaba sobre sus codos, jadeando. El dolor no era malo, pero la sensación de tratar de recuperar el aliento era repugnante.

— ¡Thomas! —gritó Matthew—. ¿Qué estabas tratando de...?

— ¡Estaba tratando de sorprenderlo! —gritó Thomas—. ¡Esto es importante, Matthew! —Lanzó una mirada preocupada a James, contradiciendo sus airadas palabras—. No estás molesto, ¿verdad, Jamie?

—Estoy bien —dijo James sin aliento—. Solo que no funcionó. Si me convirtiera en sombra cada vez que algo me golpeara, no podría patrullar.

Miró fijamente al techo, que tenía espejos. Podía verse a sí mismo yaciendo extendido sobre la duela, cabello muy negro contra lo blanco, Matthew arrodillándose sobre él como un escudero sobre el cuerpo de un caballero muerto.

También podía ver a Christopher y Thomas en el espejo, o al menos la parte superior de sus cabezas. Christopher estaba estirando la mano para tomar algo que estaba colgando en la pared. Thomas tenía los brazos cruzados.

Matthew se puso de pie de un salto con la agilidad de un zorro y extendió una mano para ayudar a James a levantarse después de él. James acababa de recuperar el equilibrio cuando una flecha pasó rozando su cabeza. Una de las ventanas se hizo añicos y Matthew se arrojó contra James. Cayeron al suelo otra vez, dejando sin aliento a James por segunda vez en menos de cinco minutos.

Rodó hasta poder sentarse, empujando a Matthew a un lado, para encontrar a Thomas mirando con los ojos muy abiertos a Christopher, que estaba sosteniendo uno de los arcos que colgaban en la pared.

—En caso de que alguien se preguntara si esos eran *puramente* ornamentales —dijo James, poniéndose de pie—. No lo son.

—Carajo, en nombre de un sanguinario ejército ángeles, Christopher, ¿qué demonios acabas de hacer? —exigió Matthew, levantándose después de James—. ¿Tratabas de matar a James?

Christopher bajó el arco. James creyó escuchar ruidos en el Instituto: puertas cerrándose a lo lejos y pies corriendo. *Carajo.*

—No estaba tratando de matar a James —dijo Christopher en un tono ofendido—. Yo esperaba que el impacto de la flecha lo hiciera entrar en el reino de sombras. Lástima que no funcionó. Debemos pensar en un nuevo plan para asustar gravemente a James de una vez.

— ¡Christopher! —exclamó James—. ¡No puedo creer que dijeras eso! Tampoco puedo creer que me hayas disparado.

—Tenía un setenta y dos por ciento de posibilidades de funcionar, en condiciones adecuadas de laboratorio...

— ¡No estamos en adecuadas condiciones de laboratorio! —gritó James—. ¡Estamos en el salón de baile de mi casa!

En ese momento, las puertas del salón de baile se sacudieron.

— ¿Qué está sucediendo? —Era la voz de Will—. ¿Estás ahí, James?

—Carajo. Mi padre —dijo James, dando vueltas—. Miren, todos ustedes... salgan por las ventanas. Bueno, por la que está rota, como sea. Yo asumiré la culpa. Diré que *yo* le disparé a la ventana.

— ¿En el salón de baile? —dijo Thomas—. ¿Por qué harías una cosa tan tonta?

— ¡Soy capaz de cualquier cosa! —James trató de tomar el arco de Christopher. Christopher corrió detrás de Thomas como si su amigo fuera un tótem—. Vamos, Kit, entrégamelo...

Thomas puso los ojos en blanco.

—Él va a decir «*Porque soy un Herondale*», ¿no es así?

Los golpes en la puerta aumentaron. James dio su mirada más feroz a sus amigos.

—*Soy* un Herondale —dijo—. Y te estoy diciendo que salgas de mi Instituto, así el único que será castigado aquí seré yo.

— ¡Contéstame, James! —gritó Will—. ¿Por qué has bloqueado esta puerta? ¡Exijo saber qué está pasando!

— ¡James no está aquí! —contestó Matthew, acercándose a él—. ¡Váyase!

James miró a Matthew, perplejo.

— ¿Es en serio?

— ¡Escuché un cristal romperse! —respondió Will.

— ¡Estaba practicando movimientos de batalla! —contestó Matthew.

— ¿En el salón de baile?

— ¡Estamos tratando de distraer a Thomas! ¡Ha sido un día muy emocional! —gritó Matthew en respuesta.

— *¿Qué?* —La voz de Will era incrédula.

— ¡No me metas en esto! —susurró Thomas.

—James. —Matthew puso sus manos sobre los hombros de James y lo giró hacia él. Ahora que la ventana del salón de baile estaba rota, el frío aire entraba, levantando el cabello humedecido por el sudor de la frente de Matthew. Sus ojos atentos, negros en la penumbra, fijos en James. James se encontró a sí mismo sorprendido por la seriedad en la mirada de Matthew—. Si vas a hacer esto, tienes que hacerlo ahora.

—Lo sé —dijo James—. Math, ayúdame.

Era el antiguo apodo de Matthew, que le dio Will, nombrado así por el rey galés Math ap Mathonwy, el guardián de toda sabiduría y conocedor de todas las cosas. Will siempre decía que Matthew había nacido sabiendo demasiado. Había una conciencia oscura en su mirada ahora mientras se inclinaba hacia el oído de James.

—Jamie —susurró—. Lamento tener que hacer esto. —Tragó saliva—. Estás maldito. Eres hijo de demonios. Es por eso que puedes ver el reino de sombras. Estás viendo el lugar al que perteneces.

James retrocedió, mirando a Matthew. Matthew, que olía a brandy y a familia. Matthew, que podía ser cruel pero nunca con James.

La visión de James comenzó a volverse grisácea.

Matthew se puso pálido.

—James —dijo—. No quise decir eso…

Pero James ya no podía sentir las manos de Matthew sobre sus hombros. Ya no podía sentir el piso del salón bajo sus pies. Las puertas del salón de baile comenzaban a abrirse, pero ya no podía oírlos.

El mundo se había vuelto monocromático. James vio negras paredes rotas, un piso astillado, y el polvo que brillaba como joyas opacas esparcidas por el lugar donde Barbara había caído. Se inclinó para alcanzarlo como si el universo se sacudiera bajo sus pies y fue empujado hacia la nada.

Capítulo Traducido por Catnip129
Corregido por Freya, Samn y Tris

Días Pasados: Idris, 1900

James acababa de superar la fiebre efervescente, reunido con su familia en los brillantes prados y frescos bosques de Idris. Y aun así se sintió intranquilo al abrir las ventanas de su habitación en la Mansión Herondale, trayendo aire fresco a la habitación por primera vez en meses. Quizás era lo rápido que uno viajaba, a través de los Portales. Acababa de despedirse de Cordelia y sus padres, sintiendo algo por Cordelia que no podía explicar con palabras, era tan magnífico, extraño y confuso. Le caerían de maravilla unos días en el mar, o en un tren, para contemplar el paisaje y sentir cosas complicadas. En cambio, diez minutos después de estar en Cirenworth, estaba quitando las sábanas que cubrían los muebles y encendiendo luces mágicas, y su padre proclamaba en voz alta la calidad medicinal del aire de Idris.

James estaba desempacando sus cosas cuando su madre entró en su habitación, ordenando la correspondencia. Le tendió un pequeño sobre.

—Uno para ti —dijo y lo dejó a solas con la carta.

James no reconoció la letra. Era de una mano refinada y femenina.

Pero no conozco a nadie en Idris que me envíe cartas, pensó y luego se dio cuenta: *Grace*.

Se sentó en la cama para leerla. Lo único que decía era:

Encuéntrame en nuestro lugar. Mañana al anochecer. Tuya, GB.

Se sintió un poco culpable; no había pensado en Grace en mucho tiempo. Se preguntó si ella había hecho algo este pasado año y, con un sobresalto, se dio cuenta de que era probable que ella no hubiera ido a ninguna parte o hubiera hablado con nadie. Tatiana Blackthorn era conocida por evitar a toda la sociedad de los cazadores de sombras, y particularmente cuando los Herondale no residían allí, ella tenía muy pocos vecinos, y estos estaban a una distancia lejana.

Por el Ángel, pensó. ¿Soy el único amigo de Grace?

***

—No tengo a nadie más, no —dijo Grace.

Se sentaron juntos en el suelo del bosque, James apoyado en la alta y enredada raíz de un roble y Grace sobre una piedra. La expresión afligida de Grace rápidamente regresó a su calma y serenidad habitual.

—No tengo novedades que informar desde nuestra última reunión, me temo —dijo—. Pero luces como si hubieras estado luchando contra algo. Mucho más cansado.

—¡Ah! —dijo James—. Bueno, eso es algo que me sucedió desde la última vez que te vi. Me estoy recuperando de la fiebre efervescente, me temo.

Grace se apartó burlonamente y luego se echó a reír.

—No, ya la he tenido, no te preocupes. ¡Mi pobre James! Espero que no hayas estado solo.

—Tuve suerte en eso —dijo James. Sintió una leve punzada en la boca de su estómago, por alguna razón que no comprendía—. Tanto Cordelia como su madre ya la habían tenido, así que pudieron quedarse. Me cuidaron muy bien. Especialmente Cordelia. Realmente hizo la situación mucho más tolerable. Mucho menos mala, de lo que podría haber sido, si ella no hubiera estado allí.

Incluso James comprendió que estaba divagando un poco. Grace solo asintió.

* * *

Al día siguiente James se despertó tarde, para encontrar que sus padres ya se habían ido y su hermana estaba sentada en uno de los mullidos sillones del salón, garabateando furiosamente en un cuaderno.

— ¿Quieres hacer algo? —le preguntó a Lucie.

—Estoy haciendo algo. Estoy escribiendo —dijo ella sin levantar la vista.

— ¿Sobre qué estás escribiendo?

—Bueno, si no me dejas en paz, escribiré sobre *ti*.

Así que, sin nada más que hacer, se dirigió hacia la Mansión Blackthorn.

La mansión se veía, a sus ojos, idéntica a cómo la había visto la primera vez que había ido allí hace un año, para cortar las zarzas de las puertas. La casa estaba cerrada y silenciosa, como un murciélago gigante acurrucado para dormir durante todo el día, hasta que la oscuridad le permitiera desplegar nuevamente sus alas.

En todo caso, las zarzas estaban más largas de lo que habían estado cuando comenzó su trabajo el año pasado, las espinas más numerosas, más largas y más afiladas. La primera mitad del lema sobre las puertas estaba oscurecida, y todo lo que podía leerse ahora era LEX NULLA.

Caminó por el perímetro, alrededor del muro de piedra, a través de la maleza sin cortar. Se sintió tonto. No había traído un libro o una espada ni nada que hacer. Sin embargo, cuando volvió a las puertas principales, Grace lo estaba esperando.

—Pude verte a través de la ventana de mi habitación —dijo Grace, sin preámbulo—. Parecías perdido.

—Buenos días —dijo James, y Grace sonrió ante sus modales—. ¿Crees que tu madre querrá que corte las zarzas de nuevo?

Se hizo un silencio incómodo, y entonces Grace dijo:

—No puedo imaginar que a mi madre le *importaría* que cortaran las enredaderas. Si te trajera tijeras, y las cortaras de las puertas, te haría compañía.

—Me parece un trato justo —dijo James con una sonrisa.

—Por supuesto, no puedo prometerte que haré una satisfactoria charla casual como para matar el tiempo —agregó Grace—. Podría leerte, si quieres.

— ¡No! No, gracias —dijo rápidamente. Grace parecía sorprendida—. Prefiero escuchar sobre tu vida —añadió él.

—Mi vida es esta casa, —dijo.

—Entonces —dijo él—. Cuéntame sobre la casa.

* * *

Así que eso hizo. James nunca les decía a sus padres a dónde iba. Simplemente saldría de casa por la tarde, podaba las enredaderas y la maleza fuera de los muros de la mansión, y hablaba con Grace durante aproximadamente dos horas, antes de cansarse y tener sed, se disculpaba con Grace y caminaba de vuelta a casa.

Grace le habló de la grandeza de la mansión y de las capas de polvo y abandono que se habían apoderado de ella.

—A veces siento que vivo en una telaraña gigante, pero mi madre no confía en nadie para que venga a limpiar, y el lugar es demasiado grande como para que dos personas puedan encargarse. —Le habló de las retorcidas espinas talladas en el barandal de roble, el escudo de armas sobre la repisa, la espeluznante estatua de metal que acechaba en el segundo piso. Sus descripciones sonaron horribles a James, como si la casa fuera un cadáver, una criatura hermosa que alguna vez había estado viva, pudriéndose.

La idea le causaba escalofríos, pero cuando regresaba a casa, el sentimiento se desvanecía. Por las noches aún se quedaba dormido al recordar la voz de Cordelia, baja y constante en su oído.

* * *

Lucie anunció que planeaba leerle a James su obra en proceso: *La Princesa Secreta Lucie es Rescatada de su Terrible Familia*. James escuchó con una mirada de interés cuidadosamente arreglada, aún cuando fue sometido a interminables cuentos de El Príncipe Cruel James y sus diversos actos atroces.

—Creo que el Cruel Príncipe James ha sido catalogado de cierta manera debido a su nombre —comentó James en algún momento. Lucie le informó que ella no estaba buscando críticas en esta etapa del proceso creativo.

—La Princesa Secreta Lucie solo desea ser amable, pero el Cruel Príncipe James es conducido a la maldad simplemente porque no puede soportar ver que la Princesa Lucie lo supera una y otra vez, en todos los ámbitos —dijo Lucie.

—Voy a irme ahora —dijo James.

Lucie cerró el cuaderno y miró a James.

— ¿Cómo es ella, Grace Blackthorn? A menudo la ves cuando estás allí cortando las zarzas, ¿no?

—Supongo. —James fue tomado por sorpresa—. Ella es… deprimente. Está extremadamente sola, creo. Todo lo que conoce es a su madre y su espeluznante casa.

—Qué terrible por ella.

—Sí, es horrible. Realmente hay que compadecerse por ella.

—En efecto —dijo Lucie.

* * *

En su lugar en el bosque, James le contó a Grace sobre los amigos que había hecho: Matthew (de quien Grace sabía era el hijo de la Cónsul), Thomas y Christopher, a quienes se refirió como «tus primos», Grace no mostró reacción alguna.

—Debo decir que estoy un poco contenta de que no estén aquí contigo en Idris —dijo tímidamente—. ¡Oh, estoy segura de que te divertirías mucho más si estuvieran! Pero entonces no pasaríamos todo este tiempo juntos, y yo lo extrañaría.

James estaba preocupado por Grace. No sería bueno para él ser su único amigo; solo la podía ver con una cierta frecuencia. Pensó en la visita de Cordelia que pasaría después en el verano y si habría alguna posibilidad de que pudieran conocerse, dado a que su amistad con Grace debía permanecer en secreto.

Ahora Grace parecía dudar.

— ¿Te ofendería si te preguntara qué te ha pasado en la Academia? Solo he escuchado rumores.

James le contó sobre su extraño poder de convertirse en sombra, que ya había revelado ante una buena parte de la Academia y su expulsión.

—Ni siquiera es un secreto —dijo, preguntándose por qué se sentía como una gran confesión—. Es porque mi madre es una especie de bruja. Todos lo saben, pero aun así murmuran y señalan.

—A menudo me parece —dijo ella—, que los brujos son grandes aliados para nosotros cuando luchamos contra demonios, y ellos mismos son en parte demoníacos. No veo por qué los otros se preocupan tanto.

—A los cazadores de sombras no les gusta lo diferente —dijo James—. Siempre ven maldad en ello. Pero bueno, te he contado un secreto y ahora debes contarme uno.

Grace sonrió.

—No tengo secretos.

—No es verdad. ¿De dónde vienes, Grace Blackthorn? ¿Te acuerdas de tus padres?

—Sí —dijo ella—. Tenía ocho años cuando fueron asesinados por demonios. Me habría quedado sola de no haber sido por mamá.

Eso explicaba por qué Grace tenía una sola runa en su mano izquierda. La runa de la Visión es la primera Marca que los cazadores de sombras reciben cuando son niños. Claramente, Tatiana no había acogido con satisfacción la idea de que Grace continuara con su educación como cazadora de sombras.

—Te habrían llevado a un Instituto —dijo James—. Los cazadores de sombras no abandonan a los suyos.

—Supongo —dijo Grace—. Pero no habría tenido una familia. Y ahora la tengo. Una madre, un apellido y un hogar. —Ella no se veía del todo feliz por eso—. Sin embargo, desearía haber podido conservar algo de mis padres.

James se sobresaltó.

— ¿En serio no posees nada de ellos?

—Hay una cosa —dijo—. Mi madre tenía un brazalete de plata que usaba. Mamá dice que es muy valioso y lo guarda en una caja en su estudio. Ella dice que me dejará usarlo cuando sea mayor, pero cada año se lo pido y cada año sigo sin tener la edad suficiente.

— ¿No puedes tomarlo de su caja?

—La caja está bien cerrada —dijo—. A mi madre le gustan las cerraduras. En toda la casa encuentro cajones, armarios y cajas que no se abrirán sin las llaves correctas... No creo que Mamá recuerde qué llave va en cada cerradura. Hay tantas de cada una. —Su expresión cambió de forma sutil—. ¡Pero basta de este tema tan triste! He escuchado de mi madre que la familia Carstairs te visitará este verano. Sin duda pasarás todo tu tiempo con ellos una vez que estén aquí.

—No —dijo James—. Supongo que Cordelia querrá pasar todo su tiempo con Lucie... algún día serán parabatai. Claro, Lucie también está escribiendo su libro, así que puede haber momentos en los que yo

realmente *deba* pasar tiempo con Cordelia, como buen anfitrión. Quiero decir, si ella quiere. Obviamente, si ella quisiera pasar todos los días conmigo, estaría bien…

Se detuvo, dándose cuenta de que se había vuelto completamente loco en algún momento de los últimos diez segundos. Grace estaba siendo muy educada al respecto.

—Lo lamento —dijo él—. No quise sugerir…

Grace se rio ligeramente.

— ¡Tonterías! Sé que tienes buenas intenciones, James. Solo estás enamorado de Cordelia.

James estaba horrorizado.

—La quiero mucho, eso es todo. Somos amigos como tú y yo lo somos.

— ¿Ah? —dijo Grace—. ¿Y si ella llegara aquí a Idris y te dijera que ha conocido al hombre más maravilloso y que han tenido un romance repentino y ahora están comprometidos? ¿Solo la felicitarías como a cualquiera de tus amigos?

—Le diría que es demasiado joven para casarse —dijo James con firmeza. La verdad es que pensar que Cordelia podría casarse con otra persona, se sentía como ser pateado en el corazón. En un principio, se dio cuenta de que, en sus vagas imaginaciones del futuro, Cordelia siempre había estado allí, una constante y grata presencia, una luz cálida en la oscuridad de lo desconocido.

* * *

—El Cruel Príncipe James entró en la habitación, su capa ondeando tras él y su terrible, terrible bigote torcido de rabia —narró Lucie en el momento en el que James entró por la puerta.

— ¿Es necesario decir dos veces que es terrible? —dijo James.

—Él necesitaba una bebida caliente para calmar su garganta, reseca por ladrar sus perversas órdenes todo el día. Té, pensó, sí, té y *venganza*.

—Iré a poner la tetera —suspiró James.

* * *

—Qué amistad tan extraña tenemos —dijo Grace. Estaban de vuelta en la Mansión Blackthorn, James recortando las zarzas a lo largo del alto muro de piedra, y Grace al otro lado, deambulando junto a él. Él la vislumbraba de vez en cuando mientras caminaban, a través de huecos entre las piedras—. Es una pena que no puedas convertirte en una sombra y unirte a mí, al otro lado de la pared.

James paró de cortar.

—No había pensado en eso.

Quizás pueda. Dejó las tijeras en la hierba y miró sus manos. No sabía qué hacer. Pensó detenidamente en la nada, en el gris del reino de sombras. Con un sobresalto, tropezó hacia adelante a través de la pared.

Se recuperó. Seguía siendo una sombra, aunque no estaba en el reino de sombras: estaba parado claramente dentro de los muros del jardín de la Mansión Blackthorn.

Había maleza por todas partes, y Grace, que lo miraba fijamente.

¿Puedes volver? articuló, o posiblemente lo dijo en voz alta, y James, con un gran esfuerzo, lo hizo. De vuelta en su forma física, apretó y aflojó los puños.

—Eso fue increíble —dijo Grace—. Me imagino que te acostumbrarías al sentimiento, si practicaras.

Tal vez.

— ¿Crees que podría salir por el portón?

Grace se rio. En el portón, cuando él partió, ella tomó su brazo.

—Espera. James. Estaba pensando. Si alguna noche no puedes dormir, y te conviertes en sombra... Tal vez podrías venir aquí, y atravesar las zarzas y entrar a la casa, y al estudio de mamá, y sumergir tu mano ensombrecida en el fondo de la caja correcta, y recuperar mi brazalete para mí.

James sintió una oleada de calidez hacia Grace. Había temido que ella se horrorizara por su presencia como sombra, pero ella no solo lo aceptó, sino que también le presentó una oportunidad para que su poder se usara para ayudar. Por alguna razón sintió que se lo debía, aunque no podría haber dicho por qué.

—Puedo hacerlo. Lo haré.

—Déjame una señal, si lo haces —dijo Grace—. Y la próxima noche te veré en el bosque. Serás un amigo de verdad para mí si logras hacer esto.

—Puedo hacerlo —dijo James—. Lo haré.

Interludio Traducido por Catnip129
Corregido por Freya, Samn y Tris

6

No más Alegría

Todo dentro es oscuro como la noche:
No hay luz en las ventanas:
Y ningún murmullo en la puerta,
Tan frecuentes antes en su bisagra.

Cierra la puerta, cierra las persianas,
O a través de las ventanas veremos
La desnudez y el vacío
De la casa oscura abandonada.

Aléjate: no más alegría
Hay aquí o sonidos alegres.
La casa fue construida de la tierra,
Y caerá de nuevo a la tierra.
—Alfred, Lord Tennyson,
La Casa Abandonada

—No puede ser aquí donde viven —susurró Lucie, medio sorprendida y horrorizada.

Su madre le había descrito la Mansión Chiswick una vez. Había sido hace muchos años, cuando Tessa había asistido a un baile ahí disfrazada

de Jessamine. En realidad, sus padres no podían hablar sobre el baile sin dispararse mutuamente miradas cariñosas y empalagosas. Era bastante desagradable.

El tío Gabriel también había descrito la casa, en una historia mucho más emocionante y adecuada sobre la forma en que él, tía Cecily, tío Jem, los padres de Lucie, y el tío Gideon habían derrotado al malvado Benedict Lightwood, que se había convertido en un gusano demoníaco y merodeaba por los jardines de los Lightwood. Era una historia con mucha sangre y emoción, y había quedado muy claro, al menos para Lucie, que los jardines habían sido gloriosos. La propia mansión había sido gloriosa: piedra blanca, césped verde extendiéndose hasta el Támesis. Preciosas *folies* griegas que parecían flotar sobre el suelo. Había habido jardines italianos, balcones bañados por la luz de la luna y pilares altos y orgullosos, una famosa reproducción de la Venus de Médici de las Galerías Uffizi en Florencia, una magnífica avenida de cedros que se extendía hasta la casa...

—Mi madre dijo que escuchó que había caído en mal estado, pero no esperaba esto —le susurró Cordelia. Su mirada, igual que la de Lucie, estaba fijada en el exterior de las enormes puertas que cerraban la propiedad. Palabras en latín estaban grabadas en la parte superior de la herrería.

ULTIMA FORSAN. *El final está más cerca de lo que piensas.*

Las palabras enviaron un escalofrío por la columna vertebral de Lucie. Puso su mano en su cintura, donde descansaba su cinturón de armas. Bridget había dejado cuchillos serafín, cinturones, y estelas en el carruaje para ellas, y se habían marcado cuidadosamente con varias runas: Fuerza, Sigilo, Visión Nocturna. Uno nunca podía ser demasiado cuidadoso en un lugar posiblemente embrujado.

Lucie solo deseaba que hubieran podido ponerse sus trajes. Todavía estaban usando sus vestidos del picnic, desgarrados y manchados de sangre.

—Está el deterioro y luego el desastre —dijo Lucie, alcanzando su estela—. ¿Cómo es que Grace soporta vivir aquí?

—Supongo que encuentra otras cosas que la hacen feliz —dijo Cordelia en con voz tenue mientras Lucie dibujaba una runa de apertura en las puertas, y se abrieron, esparciendo un polvo de óxido rojo.

Avanzaron hacia las piedras rotas y las hierbas sin podar de lo que había sido una vez una hermosa avenida forrada de cedros y cipreses en maceta. La podredumbre de cedro moribundo llenaba el aire ahora y le hizo cosquillas en la parte posterior de la garganta a Lucie. Los árboles por encima de ambas habían crecido entre sí, sus ramas enredadas, dobladas y rotas. Ramas muertas cubrían el suelo.

Cuando salieron de la avenida y entraron en el amplio camino circular frente a la casa, Lucie fue golpeada por la belleza destruida de la mansión. Un conjunto doble de escaleras, maravillosamente construido, llevó a una amplia entrada: enredaderas ennegrecidas retorcían su camino alrededor de las altas columnas. Si levantaba la mirada, podía ver los balcones de los que su madre había hablado, pero ahora estaban cubiertos por racimos de espinas.

—Como el castillo de la Bella Durmiente —murmuró Lucie.

— ¡Justo estaba pensando en eso! —dijo Cordelia—. ¿Alguna vez leíste los antiguos cuentos de hadas? Recuerdo que eran mucho más atemorizantes. Hubo uno donde el palacio de la Bella Durmiente estaba rodeado de filosas zarzas, y los cuerpos de los príncipes que intentaban pasar colgaban en las espinas cuando morían, y sus huesos se blanqueaban con el sol.

— ¡Encantador! —dijo Lucie—. Me aseguraré de incluir eso en un libro.

—No en La Bella Cordelia, no lo hagas —dijo Cordelia, subiendo a inspeccionar la casa más de cerca—. Lucie, no hay una sola luz encendida, ni un poco de iluminación. ¿Quizás no están en casa?

—Mira, ahí —dijo Lucie, y señaló—. Vi una luz, corriendo a través de una de las ventanas. Si no quieres llamar a la puerta, no es necesario. Lo admito, esto es bastante escalofriante.

Cordelia cuadró los hombros.

—No estoy asustada.

Lucie escondió una sonrisa.

—Entonces iré a buscar un fantasma mientras tú distraes a los habitantes. Nos encontraremos en las puertas en quince minutos.

Cordelia asintió y comenzó a subir los escalones agrietados de mármol hacia la puerta principal. El sonido de sus golpes se desvaneció cuando Lucie se deslizó por la parte de atrás de la casa, donde la hierba se inclinaba hacia el agua oscura del río. Se encontró mirando el muro de piedra de la mansión, agrietado por la edad y veteado con un millón de enredaderas gruesas y retorcidas.

Lucie dio un salto y se apoderó de las enredaderas. Comenzó a escalar rápidamente, una mano tras otra, de la forma en la que siempre había subido la cuerda en la sala de entrenamiento, esperando encontrar una ventana abierta por la que pudiera subir. Para su deleite, a mitad de la pared se dio cuenta que había llegado a un balcón. Aún mejor.

Lucie se impulsó sobre la barandilla del balcón y cayó en el suelo. Saltó antes de que cualquiera de las zarzas espinosas pudiera penetrar su capa y dejarle un rasguño desagradable. Se sintió terriblemente complacida con ella misma, se preguntó si su padre se habría sentido orgulloso si hubiera sabido con qué facilidad había escalado la pared.

Probablemente no, tenía que admitirlo. Probablemente simplemente la mataría por el simple hecho de estar aquí. La verdad era que lamentablemente, los padres no podían ver lo que sus hijos eran capaces de lograr.

Lucie buscó el mango de las agrietadas puertas francesas, sus cristales manchados de tierra negra y podredumbre verdosa. Empujó las puertas...

La puerta se abrió de golpe, mostrando un enorme salón de baile vacío a lo lejos. Bueno, casi vacío. Jesse Blackthorn estaba parado frente a ella, sus ojos verdes ardían con rabia.

—En el nombre de Raziel, ¿qué estás haciendo aquí? —siseó.

* * *

El frío del reino de sombras calaba hasta los huesos. James nunca había sentido ese frío antes: siempre se había mantenido apartado de la oscuridad, pero ahora estaba dentro. Ya no estaba en silencio. Podía escuchar el viento soplar y un sonido distante parecido al de cristales rompiéndose.

Todo lo que lo rodeaba era polvo. Quizás este lugar había sido alguna vez un océano y se había secado, yéndose lejos con el fuerte viento. En realidad, no parecía haber nada delante de él salvo un mar interminable de arena.

Se giró, preguntándose si podría ver algún camino de regreso al salón de baile. Para su sorpresa, en su lugar vio el horizonte de Londres: la cúpula de San Pablo, las almenas de la Torre de Londres y los arcos familiares del Puente de la Torre. El propio Puente de la Torre parecía brillar, en un color misteriosamente rojo. James tosió; había polvo en su boca, amargo como la sal.

Amargo como la sal. Se arrodilló y tomó un puñado de tierra color hueso de este mundo en su mano. Nunca había podido tocar nada aquí antes. Pero la tierra era sólida, polvorienta, como cualquier otra tierra. Deslizó un puñado en el bolsillo del su pantalón y se puso de pie mientras la visión de Londres se desvanecía.

Ahora solo había oscuridad a su alrededor, iluminada por un tenue y misterioso resplandor, cuya fuente no pudo ver. Los residuos sin rastro conducían a todas las direcciones. Trató de rechazar su creciente terror, una parte de él le decía que moriría aquí, en la oscuridad total: congelado en este lugar sin un camino que seguir.

Y entonces lo vio. Un pequeño destello de luz dorada como una luciérnaga en la distancia.

Se dirigió hacia él, lentamente al principio y luego más rápido, a medida que la luz se volvía más intensa. El frío comenzó a desvanecerse y el aroma de los seres vivos lo rodeó, raíces, hojas y flores, mientras volvía a entrar al mundo otra vez.

* * *

Cordelia casi se había rendido de tocar cuando las puertas de la Mansión Chiswick finalmente se abrieron. Grace estaba de pie en el umbral. Para la sorpresa de Cordelia, estaba sola. Las damas no abrían sus puertas principales: los sirvientes realizaban esa tarea. Pero entonces, ¿qué ser humano ordinario, incluso uno con la Visión, estaría dispuesto a trabajar en un lugar así? No es de extrañar que Grace hubiera insistido en que la recogieran y la dejaran en las puertas.

Grace llevaba el mismo vestido que había usado en el picnic, aunque el dobladillo estaba rasgado y manchado de hierba. No es que a Cordelia le importara. Había algo humanizante en Grace exhibiendo incluso pequeñas imperfecciones.

Grace llevaba una antorcha de fuego en su mano derecha; detrás de ella, el vestíbulo de la casa estaba a oscuras. Había un olor húmedo en el aire. Grace miró fijamente a Cordelia, su expresión atrapada entre el vacío y la sorpresa.

—Señorita Carstairs —dijo finalmente. No invitó a Cordelia a pasar ni le preguntó por qué estaba ahí. Habiendo reconocido la presencia de Cordelia, parecía estar contenta de permanecer como estaban.

Cordelia se aclaró la garganta.

—Señorita Blackthorn —dijo. ¿Esto era una distracción? En algún lugar, Lucie se escabullía, en busca de un fantasma. Cordelia había pensado que Tatiana también vendría a la puerta, pero tendría que conformarse con Grace—. Vine a ver si estaba bien después de los eventos de hoy —dijo Cordelia—. Como una simpatizante recién llegada a Londres, sé que puede ser difícil...

—Estoy perfectamente bien —dijo Grace.

Cordelia tuvo el desconcertante sentimiento de que detrás de la expresión en blanco de Grace, estaba evaluando a Cordelia.

—No somos tan diferentes, tú y yo —dijo Cordelia—. Nosotras dos recorrimos un largo camino para llegar aquí.

—En realidad, hay un Portal en el invernadero de la Mansión Blackthorn —dijo Grace con frialdad—. Lleva al jardín de aquí. Así que fue un viaje corto.

—Ah. Bueno, eso es diferente, pero ninguna de nosotras conoce bien al Enclave, o a los chicos y chicas en esta ciudad aparte de Lucie y James. Simplemente estamos tratando de hacer nuestras vidas aquí lo mejor que puedan ser...

La luz de la antorcha proyectaba sombras extrañas en el semblante de Grace.

—No somos iguales —le dijo, sin mostrar ira—. Tengo obligaciones que no puedes entender.

— ¿Obligaciones? —La palabra sorprendió a Cordelia—. Te refieres a… —*James. No puedes referirte a James*. Un acuerdo con un hombre podría ser considerado una obligación, pero solo si la relación no era deseada. Ya que Grace se había metido en la suya con James en secreto, sin el consentimiento de su madre, ¿era lo que ella deseaba?

Grace le dio una sonrisa tensa.

— ¿Viniste porque encuentras la situación divertida?

—No sé a qué te refieres.

Con un suspiro, Grace comenzó a alejarse. Cordelia extendió la mano para agarrar su manga. Grace lanzó un leve grito de dolor y le arrebató el brazo.

—Yo no… —Cordelia la miró fijamente; ella solo había tocado a Grace ligeramente—. ¿Estás herida? ¿Puedo ayudarte?

Grace sacudió la cabeza violentamente cuando una sombra oscura apareció detrás de ella. Era Tatiana Blackthorn.

Tatiana tenía la misma edad que Cecily Lightwood, pero parecía mayor, las líneas de odio y rabia cortaban su cara como marcas de cuchillo. Llevaba un vestido fucsia manchado, su cabello castaño grisáceo suelto caía en cascada. Miró a Cordelia con asco.

—Al igual que tu primo —se burló ella—. No tienes sentido de propiedad en absoluto. —Se apoderó del marco de la puerta—. Sal de mi propiedad —finalizó, y cerró de golpe la puerta con fuerza, en la cara de Cordelia.

* * *

Cordelia regresó al portón cuando escuchó el ruido.

Supuso que no había nada qué hacer más que esperar a Lucie en el carruaje, Tatiana le había ordenado salir de la propiedad, después de todo. Realmente ella era alguien muy peculiar. Había un odio brillante en sus ojos cuando mencionó a Jem que puso nerviosa a Cordelia. ¿Cómo podías odiar a la gente por tanto tiempo? Especialmente cuando los culpabas por algo que, aunque fue terrible, no había sido culpa suya. Benedict Lightwood ya se había convertido en un monstruo cuando Will, Jem y los demás lo habían matado. Muchas elecciones no eran fáciles, eran casi imposibles y no tenía sentido odiar a las personas que fueron forzadas a hacerlas.

El ruido interrumpió sus pensamientos: era como el silbido de voces enojadas. Parecía provenir del invernadero en los jardines delanteros: una estructura de madera y cristal con una cúpula en el techo. Sus ventanas eran oscuras, sin duda tan sucio como el resto de la casa. Pero ¿por qué habría alguien ahí? Era de noche y nadie vivía en la mansión excepto Grace y Tatiana.

Cordelia vaciló, y después desenvolvió los vendajes en sus manos. Para su alivio, el ungüento había curado la mayoría de sus quemaduras. Meneó sus dedos recién desatados y sacó a Cortana de su funda antes de escabullirse a la puerta del invernadero.

Para su sorpresa, la puerta se abrió sin el crujido de las bisagras oxidadas. Parecía que entre los artefactos de los jardines: la maleza, las folies, el pozo hundido de espinas y arbustos que alguna vez había sido un pequeño anfiteatro, solo el invernadero estaba en uso.

Entró en un mundo de sombras profundas y a un fuerte olor a vegetación podrida. Estaba bastante oscuro, solo la pequeña luz de la luna que brillaba a través del cristal sucio iluminaba el espacio.

Sacó su luz mágica de su bolsillo con la mano libre. Alastair se la había obsequiado en su decimotercer cumpleaños, una excelente pieza redonda

de adamas talladas por las Hermanas de Hierro, viva con la promesa de luz dentro de ella.

Cerró su mano alrededor de la piedra, y ésta estalló en vida. Mantuvo la luz bajo control, evitando que el invernadero brillase como una antorcha, anunciando su presencia. La luz de un amarillo tenue iluminaba el camino que conducía entre hileras de lo que una vez fueron naranjos en macetas.

El techo se elevaba muy arriba, desapareciendo en la sombra. Formas revoloteaban hacia atrás y adelante en las alturas: murciélagos, sospechó Cordelia. No le importaban los murciélagos. Había muchos en el campo.

Estaba menos entusiasmada por las arañas. Gruesas telarañas plateadas colgaban entre los árboles. Hizo una mueca mientras avanzaba por el camino, que al menos estaba bien pavimentado. Alguien había estado aquí recientemente. Podía ver las huellas de zapatos de tacón en la tierra compacta.

Sin embargo, las telarañas estaban vacías. Colgaban relucientes como el encaje de un vestido de novia abandonado, no había arañas o incluso cuerpos de insectos atrapados. Extraño, pensó Cordelia, mirando a su alrededor. Era fácil de imaginar cómo este lugar había sido hermoso alguna vez, la carpintería pintada de blanco, el vidrio dejando entrever el cielo azul. Ahora solo quedaban pocas flores, aunque ella vio los pétalos purpúreos y las bayas de color oscuro de plantas de belladona dispersas bajo la sombra de un gran árbol que aún estaba de pie, rígido y sin hojas, contra una pared lejana.

Escandaloso, pensó Cordelia. Estaba mal visto por los cazadores de sombras cultivar plantas como la belladona, la cual proporciona ingredientes clave en hechizos de magia oscura. Había otras plantas que ella no reconocía, algo así como un tulipán blanco carnoso, y algo parecido a un Venus atrapamoscas rojo. Ninguna parecía haber sido cultivada recientemente, las malas hierbas habían crecido alrededor de todo. La pesadilla de un jardinero.

El fuerte olor en el aire se había intensificado, olía a follaje olvidado que se había podrido, un jardín moribundo. Cordelia miró delante de ella y vio una oscuridad espesa y una sacudida de movimiento…

Se agachó justo cuando una garra oscura pasó sobre su cabeza.

¡Un demonio! gritó una voz silenciosa dentro de su cabeza. El hedor en el aire, medio cubierto por el olor a hojas podridas, la falta de pájaros o incluso arañas dentro del invernadero, por supuesto.

Hubo movimiento en la oscuridad. Cordelia vio un gran rostro deformado que se cernía sobre el de ella, blanqueado, con colmillos y huesudo, antes de que el demonio siseara y retrocediera con la luz.

Cordelia se giró para correr, pero un tentáculo se enrolló alrededor de su tobillo, apretando como un lazo. Sus pies se tambalearon y golpeó el suelo con fuerza. Su luz mágica salió volando. Cordelia gritó mientras la arrastraban hacia las sombras.

* * *

Lucie se incorporó a su altura máxima, la cual no era muy impresionante; de toda su familia, ella era la más baja.

—Creo que debe ser claro —dijo—. Me estoy escabullendo, espiando.

Los ojos de Jesse brillaron.

—Oh, por… —Retrocedió—. Entra, rápido.

Lucie hizo lo que le pidió y se encontró de pie dentro de una gran habitación. Jesse se paró frente a ella, vestía la misma ropa que había usado en el baile y antes de eso, en el bosque. Rara vez se veía a un caballero sin

chaqueta, y ciertamente no solo con una camisa, a menos que él fuera tu hermano o algún otro miembro de la familia. No había notado su estado de desnudez cuando ella era más joven, pero ahora era muy consciente de ello.

Un disco de metal, un medallón tal vez, brillaba en el hueco de su garganta, su superficie grabada con un círculo de espinas.

—Debes estar loca para venir aquí —dijo—. Es peligroso.

Lucie miró a su alrededor. El tamaño de la habitación y el techo abovedado, solo servían para hacerla sentir más vacía. La luz de la luna brillaba a través de una ventana rota. Las paredes que habían sido de un azul oscuro ahora eran casi negras, con una fina capa de suciedad. Enredos masivos de tela brillante, ahora cubiertos de polvo, colgaban del techo, balanceándose con la brisa proveniente de las ventanas rotas. Se movió hacia el centro de la habitación, donde colgaba un enorme candelabro de cristal. Parecía que alguna vez había tenido la forma de un candelabro brillante, pero los años habían tomado sus cristales y los dispersó en el piso como lágrimas endurecidas.

Se agachó para recoger uno, un diamante falso, pero aún hermoso, brillante y polvoriento.

—Este era el salón de baile —dijo ella suavemente.

—Todavía lo es —dijo Jesse, y ella se giró para mirarlo. Estaba parado en un lugar completamente diferente al que había estado antes, aunque ella no lo había escuchado moverse. Era todo blanco y negro, el único color en él era el anillo Blackthorn plateado en su mano derecha llena de cicatrices y sus ojos verdes.

—Oh, ahora está podrido. Le da placer a mi madre dejar que el tiempo tome este lugar, para dejar que los años lo marchiten y destruyan el orgullo de los Lightwood.

— ¿Alguna vez dejará de odiarlos?

—No son solo los Lightwoods a los que odia —dijo Jesse—. Ella odia a todo aquel que considere responsable de la muerte de mi padre. Sus hermanos, tu padre y madre, Jem Carstairs. Y más allá de ellos, a la Clave. Ella los hace responsables de lo que me pasó.

— ¿Qué te pasó? —preguntó Lucie, deslizando el cristal roto en el bolsillo de su capa.

Jesse rondaba por la habitación: parecía un gato negro en la penumbra, largo y ágil, con cabello largo y oscuro. Lucie se giró para mirarlo mientras se desvanecía dentro y fuera de las sombras. El candelabro se balanceó, sus cristales restantes enviaban rayos brillantes de luz a través de la habitación, dispersando chispas en la oscuridad. Por un momento, Lucie creyó haber visto a un hombre joven en las sombras: un hombre joven con el pelo rubio pálido y su implacable boca torcida. Había algo familiar en él...

— ¿Desde cuándo puedes ver a los muertos? —preguntó Jesse.

Lucie parpadeó y el chico rubio desapareció.

—La mayoría de los Herondales pueden ver fantasmas —dijo ella—. Siempre he podido ver a Jessamine. También James. No creía que fuera algo especial.

Jesse se había movido para pararse debajo del candelabro. Para alguien tan tranquilo, él tenía una sorprendente cantidad de inquietud.

—Nadie a excepción de mi madre y mi hermana me ha visto desde... desde que me viste en Brocelind hace seis años.

Lucie frunció el ceño.

—Eres un fantasma, pero no como cualquier otro fantasma. Ni siquiera mi padre y mi hermano pueden verte. Es muy raro ¿Estás enterrado?

—Es muy grosero preguntarle a un caballero si está enterrado —dijo Jesse.

— ¿Cuántos años tienes? —preguntó Lucie sin inmutarse.

Jesse suspiró y miró al candelabro.

—Tengo dos edades —dijo—. Tengo veinticuatro años. Y diecisiete años.

—Nadie tiene dos edades.

—Yo sí —dijo, imperturbable—. Cuando tenía diecisiete años, morí. Pero mi madre me había... preparado.

Lucie se lamió los labios secos.

— ¿Qué quieres decir con preparado?

Se hizo un gesto a sí mismo.

—Esto, lo que estás viendo, es una manifestación de mi alma. Después de mi muerte, mi madre le dijo a los Hermanos Silenciosos que ella nunca les daría mis restos, se negó a permitir que ellos me volvieran a tocar, para quemar mi cuerpo en cenizas. No sé si ellos cuestionaron lo que hizo entonces, pero sé que trajo un brujo a la habitación en las horas posteriores a mi muerte, para preservar y salvaguardar mi cuerpo físico. Mi alma fue liberada para deambular entre el mundo real y el reino espiritual. Por lo tanto, no envejezco, no respiro y vivo solo durante las noches.

— ¿Y las pasas rondando salones de baile y deambulando por el bosque?”

Él le dirigió una mirada oscura.

—Normalmente paso mi tiempo leyendo. Ambas, la Mansión en Idris y la Mansión Chiswick tienen bibliotecas bien surtidas. Incluso he leído

los trabajos inéditos de mi abuelo Benedict. Estaban escondidos en la chimenea. Eran cosas horribles, estaba obsesionado con los demonios. Socializar con ellos, reproducirse con ellos...

—Agh —dijo Lucie, agitando una mano sofocante. Las peculiaridades de Benedict Lightwood eran bien conocidas—. ¿Qué haces durante el día?

Él sonrió levemente.

—Me desvanezco.

— ¿De verdad? ¿En dónde?

—Tienes muchas preguntas.

—Sí —dijo Lucie—. De hecho, vine aquí para hacerte una pregunta. ¿Qué quisiste decir anoche cuando dijiste «hay muerte aquí»? Nada sucedió en el baile.

—Pero hoy sí —dijo Jesse—. Grace me lo dijo.

Lucie intentó imaginar a Grace y a Jesse sentados en esta habitación oscura, intercambiando las noticias de sus días:

Vi un ataque de demonios en Regent's Park durante el día.

¿De verdad? Bueno, yo no hice mucho, como sabes, sigo muerto.

Ella se aclaró la garganta.

— ¿Entonces puedes ver el futuro?

Jesse hizo una pausa. Parecía hecho de luz de luna y telarañas, sombras en sus sienes, en el hueco de su garganta y en sus muñecas.

—Antes de revelar cualquier otra cosa —dijo—, debes jurar que no le contarás a nadie sobre mí, ni a tu hermano, ni a Cordelia, ni a tus padres. ¿Entendido?

— ¿Un secreto? —Lucie amaba y odiaba los secretos. Siempre que tenía el honor de que se le encomendara uno, inmediatamente se sentía tentada a contarlo—. ¿Por qué debe ser un secreto? Muchos saben que puedo ver fantasmas.

—Pero como has notado tan perspicazmente, no soy un fantasma ordinario —dijo Jesse—. Estoy en este estado por la magia nigromántica y la Clave prohíbe tales cosas. Si lo descubrieran, buscarían mi cuerpo y lo quemarían, y estaría muerto de verdad. Para siempre.

Lucie tragó saliva.

—Entonces todavía esperas… ¿crees poder regresar? ¿A la vida enteramente?

Jesse se recostó contra la pared, con los brazos cruzados.

—No lo has prometido.

—Te doy mi palabra. No le contaré a nadie sobre ti. Ahora explícame lo que quisiste decir anoche con tu advertencia.

Había pensado que él se reiría o diría alguna broma, pero parecía muy serio.

—Ser lo que soy, me pone entre dos mundos —dijo—. Pertenezco aquí y, a la vez, no. A veces puedo ver otras cosas que no pertenecen del todo. Otros fantasmas, claro y demonios. Había una presencia siniestra en ese salón de baile y creo que es la misma que regresó hoy.

— ¿Pero por qué? —susurró Lucie.

Jesse sacudió la cabeza.

—Eso, no lo sé.

—¿Volverán…? —comenzó a decir Lucie. Hubo un destello de luz. Jesse se giró, sorprendido, hacia la pared trasera de la casa: las puertas francesas estaban iluminadas por un brillo blanco sorprendente.

Lucie se lanzó hacia una de las ventanas y miró hacia afuera. Podía ver los jardines con claridad en toda su enredada oscuridad. A poca distancia estaba el invernadero, y brillaba como una estrella.

Luz mágica.

Un momento después la luz se apagó. Un temor frío arañó el pecho de Lucie.

—Daisy —jadeó y abrió las puertas. Trastabillando directo al balcón sin mirar a Jesse, se arrojó a la pared y comenzó a bajar.

* * *

Cordelia arañó el suelo con su mano libre, hundiendo los dedos en la tierra mientras la arrastraban hacia las sombras. El tentáculo del demonio envuelto alrededor de su pierna era agonizante, se sentía como si un millón de dientes pequeños estuvieran mordiendo su piel, pero lo más horrible fue el calor en la parte posterior de su cuello, el aliento de lo que sea que se cernía sobre ella…

Algo atrapó su mano.

Lucie, pensó. Chilló en el momento en el que todo se detuvo de golpe, el doloroso tentáculo alrededor de su pierna se tensó, sacudiendo su cuerpo de lado a lado. Levantó su mano para agarrar la mano que había atrapado la suya y vio a quién pertenecía.

El invernadero estaba oscuro, pero lo reconoció al instante. Un resplandeciente cabello negro, ojos claros dorados, la cara que había guardado en sus recuerdos. James.

No llevaba su equipo. Usaba pantalones y camisa de manga larga, y su cara estaba pálida por la sorpresa. Aun así, sujetaba su muñeca firmemente, arrastrándola hacia la puerta, mientras el tentáculo alrededor de su pierna intentaba arrastrarla al invernadero. Si no se movía rápido, la partirían en dos.

Usando el agarre de James como un ancla, Cordelia se giró para liberar a Cortana, había quedado atrapada debajo de ella, y arremetió con la espada en su mano. Cortó el tentáculo que la sostenía con la espada.

Cortana desató brillos dorados cuando cortó la carne del demonio. Hubo un alarido profundo y retumbante, y de repente Cordelia quedó libre, arrastrándose hacia James entre un montón de icor y su propia sangre.

El dolor la atravesó como fuego mientras él la levantaba. No hubo nada elegante en ello, no se trataba de un caballero ayudando a una dama. Esta era la urgencia de la batalla, manos sujetando y tirando desesperadamente. Chocó contra James y él la atrapó. Su luz mágica destellaba débilmente en el suelo donde la había dejado caer.

— ¿Qué rayos, Daisy… ? —comenzó a decir James.

Ella se giró, alejándose de él para agarrar su luz mágica. Con su brillo volviendo a la vida, se dio cuenta de que lo que había pensado que era un árbol enorme alzándose sobre la pared lejana del invernadero era algo muy diferente.

Era un demonio, pero no como cualquiera que hubiera visto antes. Desde la distancia casi parecía una mariposa o una polilla, clavada en la pared, con las alas extendidas. Una segunda mirada más cercana reveló que sus alas eran extensiones membranosas, disparadas a través de pulsantes

venas rojas. Donde las alas se unían, se levantaba en una especie de tallo central, coronado por tres cabezas. Cada cabeza era como la de un lobo, pero con ojos negros de insecto.

Extendiéndose desde el fondo del tallo había un montón de largos tentáculos, como las extremidades de un calamar. Agrupados con vainas de semillas membranosas, golpeaban el piso del invernadero y se dispersaban a lo largo de la tierra como raíces. Se enrollaban entre los árboles y las plantas en macetas, ahogaban las bases de arbustos florales, arrastrándose por el suelo hacia Cordelia y James.

El que Cordelia había cortado yacía en el suelo, pulsando lentamente icor fresco. No rápidamente, pero inexorablemente, los otros se deslizaron tras él.

Dejó caer su luz mágica en su bolsillo. Si iba a tener que pelear, quería tener ambas manos libres.

James aparentemente había tenido un pensamiento similar: sacó una daga de su cinturón de armas, la posicionó a la altura de su brazo, sus ojos se estrecharon.

—Daisy —dijo él sin mirarla—. Corre.

¿Realmente iba a derrotar a esa cosa con una cuchilla? Sería un suicidio. Cordelia lo tomó del brazo que no sostenía el arma y salió disparada, tirando de James tras ella. Demasiado sorprendido para retroceder, él lo siguió. Miró hacia atrás una vez y vio la oleada hirviente de garras negras detrás de ellos, provocándole una frenética explosión de velocidad. Glorioso Raziel, ¿cuán enorme era este invernadero?

Pasó el último de los naranjos en macetas y se detuvo en seco. Al fin pudo ver la puerta, pero su corazón se hundió: estaba envuelto con garras negras, curvadas a lo largo de las paredes, sus puntas presionando contra la puerta, manteniéndola cerrada. Su mano se apretó sobre la muñeca de James.

— ¿Esa es la puerta? —susurró. Ella le lanzó una mirada de sorpresa ¿cómo podía no saberlo? ¿No había llegado del mismo lugar que ella.?

—Sí —le dijo—. Tengo un cuchillo serafín, pero solo uno, podríamos intentar…

James arrojó la daga, las runas a lo largo de la hoja brillaron. Se movió tan rápido que fue como un borrón: en un momento sostenía la cuchilla y al siguiente se había hundido en el ala membranosa del demonio, rompiendo el cristal detrás de él. Chillando, el demonio comenzó a alejarse de la pared.

James maldijo y sacó dos cuchillas más: eran como arcos de plata girando de sus manos. El demonio chilló, un ruido alto y horrible, mientras los cuchillos se hundían en su torso. La criatura tuvo un espasmo, parecía casi desmoronarse, sus semillas carnosas golpearon el suelo como la lluvia. Dio un último silbido ahogado y desapareció.

Sin nada que la mantuviera cerrada, la puerta del invernadero se abrió de par en par. En medio de cristales rotos y el hedor a sangre de demonio, James se agachó rápidamente a través de la puerta, tirando de Cordelia con él; juntos se adentraron en la noche.

* * *

Se alejaron corriendo del invernadero, a través de la hierba y la maleza. Cuando estaban a cierta distancia, en un claro cerca de la entrada, en lo que habían sido los jardines italianos, James se detuvo de golpe.

Cordelia casi tropezó con él. Estaba mareada, su visión borrosa. El dolor en su pierna había regresado. Deslizó a Cortana en su funda en su espalda y se dejó caer al suelo.

Estaban en un pequeño hueco de maleza; el invernadero era una gran estrella oscura en la distancia, tapando un pedazo de jardín. Árboles oscuros se inclinaban juntos en sus copas, sus ramas anudadas. El aire estaba limpio y fresco.

James se arrodilló, poniéndose frente a ella en la hierba.

—Daisy, déjame ver.

Ella asintió. James colocó sus manos ligeramente sobre su tobillo, por encima de sus botas de cuero, y comenzó a levantar el dobladillo de su vestido. El borde de su enagua estaba empapada de sangre y Cordelia no pudo contener un pequeño ruido cuando le descubrió el tobillo.

La piel parecía haber sido rasgada con un cuchillo de sierra. La parte superior de su bota estaba empapada de sangre.

—Se ve mal —dijo James suavemente—, pero es solo un corte en la piel. No hay veneno. —Sacó su estela del cinturón. Con infinito cuidado, tocó la punta de su pantorrilla… el horror, pensó Cordelia, que su madre podría experimentar con solo pensar que un chico tocara la pierna de su hija y que trazara los contornos de una runa curativa.

Se sentía como si alguien hubiera vertido agua fría sobre su tobillo. Vio cómo la carne lesionada comenzaba a unirse nuevamente, sellando la piel desgarrada como si las semanas de curación se hubieran comprimido en segundos.

—Pareciera que nunca has visto lo que un iratze puede hacer —dijo James, había una pequeña sonrisita formándose en la esquina de su boca—. ¿No te habían herido antes?

—No así de mal —dijo Cordelia—. Sé que deberían haberlo hecho… debes estar pensando en lo débil que debo ser. Y ese demonio, agh, nunca debí haber dejado que me hiciera perder el equilibrio…

—Basta —dijo James con firmeza—. Todos son derribados por un demonio de vez en cuando; si no fuera así, no necesitaríamos runas curativas. —Él sonrió, esa rara sonrisa encantadora que derribaba su Máscara e iluminaba su rostro—. Yo estaba pensando que me recuerdas un poco a Catherine Earnshaw de Cumbres Borrascosas. Mi madre tiene un pasaje favorito en el momento en que un bulldog la muerde: «Ella no gritó, ¡no! Le haría parecido despreciable gritar, ni aunque se hubiese visto entre los cuernos de un toro bravo lo habría hecho.»

Cordelia no había leído Cumbres Borrascosas en años, pero sintió como se formaba una sonrisa en su rostro. Era increíble que James pudiera hacerla sonreír después de lo que acababan de pasar.

—Eso fue impresionante —dijo—. Matar a un demonio de un tamaño tan grande con solo unos cuchillos arrojadizos.

James echó la cabeza hacia atrás soltando una silenciosa carcajada.

—Dale el crédito a Christopher —dijo—. Él hizo estos cuchillos para mí, ha pasado años trabajando en formas de desarrollar nuevas sustancias que puedan soportar incluso las runas más fuertes. La mayoría de los metales se romperían. Significa que debo pasar por un infierno cada vez que pierdo uno —agregó, mirando con tristeza el invernadero.

—Oh, no —dijo Cordelia con firmeza—. No puedes volver ahí.

—No te dejaría —dijo simplemente, derritiendo su corazón—. Daisy, si te digo algo, ¿prometes no contarle a nadie más?

No podría haberle dicho que no después de llamarla Daisy.

—Sabes que puedo convertirme en una sombra —dijo—. Que al principio, tenía poco control sobre el cambio.

Ella asintió; nunca olvidaría la forma en que él la había buscado cuando tuvo la fiebre efervescente, la forma en que ella había tratado de sostener su mano, pero se había convertido en vapor.

—Durante años he trabajado con tu primo Jem para aprender a controlarlo, el cambio, las visiones. —Se mordió el labio inferior—. Sin embargo, esta noche entré en el reino de sombras bajo mi propia voluntad. Una vez dentro, me trajo aquí.

—No entiendo —dijo Cordelia—. ¿Por qué aquí entre todos los lugares?

Sus ojos buscaron los de ella.

—Vi una luz dentro de las sombras —dijo—. Y la seguí. Creo que fue la luz de Cortana.

Luchó contra el impulso de alzar su mano y tocar la espada solo para asegurarse de que todavía estaba allí.

—Es una espada especial —admitió—. Mi padre siempre dijo que no sabíamos el alcance de lo que podía hacer.

—Cuando aterricé en el invernadero, no tenía idea de dónde estaba —dijo—. Me estaba ahogando con el polvo. Polvo blanco grisáceo, como de huesos quemados. Traje un puñado de esa cosa del otro mundo… —Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una pizca de lo que parecía ceniza—. Se lo llevaré a Henry y Christopher. Quizá puedan averiguar de lo que está compuesto. Nunca antes había podido traer algo del reino de sombras; tal vez sucedió porque entré en el reino por voluntad propia.

— ¿Crees que era porque estaba luchando contra el demonio, con Cortana, lo que te atrajo a este lugar? —dijo ella—. Cualquier tipo de demonio que fuera…

James volvió a mirar el invernadero.

—Era un demonio cerbero. Y probablemente ha estado aquí por años.

—He visto fotos de demonios cerbero antes. —Cordelia se tambaleó sobre sus pies. James se levantó y la rodeó con el brazo para sostenerla. Ella se tensó por su cercanía—. No se ven así.

—Benedict Lightwood era un gran entusiasta de los demonios —dijo James—. Cuando limpiaron este lugar después de su muerte, encontraron una docena de demonios cerbero. Son criaturas de vigilancia; los había colocado aquí para proteger a su familia y sus bienes. Supongo que se les pasó el del invernadero.

Cordelia se alejó un poco de James, aunque era lo último que quería hacer.

— ¿Y crees que, con los años, cambió? ¿Se volvió parte del lugar?

— ¿Has leído Sobre el Origen de las Especies? —preguntó James—. Es sobre cómo los animales se adaptan a sus entornos a través de las generaciones. Los demonios no tienen generaciones, no mueren, a menos que los matemos. Éste se había adaptado a su entorno.

— ¿Crees que haya más por aquí? —El dolor agonizante en el tobillo de Cordelia se había convertido en un dolor manejable cuando se dio la vuelta, alzando la mirada hacia el jardín buscando a Lucie—. Podríamos estar en peligro. Lucie...

James se puso pálido.

— ¿Lucie?

El corazón de Cordelia dio un vuelco.

Por el Ángel.

—Lucie y yo vinimos aquí juntas.

—Por todos los cielos... —De repente comenzó a inquietar. Podía verlo en su cara, en sus ojos—. ¿Por qué?

—Lucie quería asegurarse de que Grace estuviera bien, y me pidió que viniera con ella —mintió Cordelia—. De hecho, entró a la casa, donde están Grace y Tatiana. Tontamente, me alejé para ver los jardines.

Una extraña mirada de asombro cruzó la cara de James, como si acabara de recordar algo terriblemente importante.

—Grace —dijo.

—Sé que posiblemente desees ir a verla —le dijo Cordelia—. Pero debo advertirte que Tatiana está de muy mal humor.

James continuó luciendo silenciosamente aturdido. Hubo un crujido ruidoso y Lucie salió de entre la maleza.

— ¡Cordelia! —jadeó, su rostro iluminado con alivio—. ¡Y Jamie! —Su cara se contrajo; se detuvo en seco—. Dios santo. Jamie. ¿Qué estás haciendo aquí?

— ¿Como si tú tuvieras una excusa perfectamente razonable para escabullirte en la propiedad de alguien más en plena noche? —espetó James, transformándose de un chico preocupado a un imponente hermano mayor en cuestión de segundos—. Papá y mamá van a matarte.

—Solo si les dices. —Los ojos de Lucie brillaron—. ¿De qué otra manera van a descubrirlo?

—Por supuesto que lo harán —dijo James sombríamente—. La existencia de un demonio cerbero en el invernadero difícilmente podría...

Los ojos de Lucie se abrieron de golpe.

— ¿Un qué en el qué?

—Un demonio cerbero en el invernadero —repitió James—. Donde, por cierto, enviaste a tu futura parabatai completamente sola...

—Ah, no, está bien, entré por mi cuenta —dijo Cordelia, y prosiguió a decir—: Iba a mover el carruaje de la entrada. Si Tatiana mira por la ventana y lo ve, se pondrá furiosa.

—Mejor hay que irnos —dijo Lucie—. James, ¿vendrás con nosotras o volverás por dónde viniste? —Entrecerró los ojos—. ¿Cómo fue que viniste?

—No es de tu incumbencia —dijo James, con una sonrisa torcida—. Vayan al carruaje. Las seguiré en breve y las veré a ambas en casa.

* * *

—Me imagino que James se quedará porque quiere ver a Grace —dijo Lucie un susurro mientras ella y Cordelia se apresuraban de regreso cruzando la maleza del camino de los jardines de la Mansión Chiswick. Traspasaron por las puertas y encontraron el carruaje exactamente donde lo habían dejado, Xanthos parecía hacer guardia—. Que la vea bajo su ventana o lo que sea. Espero que Tatiana no le arranque la cabeza.

—A decir verdad no parece querer visitas —dijo Cordelia mientras subían al carruaje—. Me sentí bastante mal por Grace.

—James solía sentir lástima por ella —dijo Lucie cuando el carruaje comenzó a moverse—. Parece que de alguna manera se enamoró de ella. Lo cual es muy extraño, de verdad. Siempre he pensado en la pena como lo opuesto al amor…

Se detuvo de golpe, su cara se puso blanca. La luz era visible a través de las ramas enredadas de los árboles. Unas figuras cruzaban apresuradamente el camino hacia la mansión.

—Es papá —dijo Lucie en un tono sombrío, como si acabara de ver a otro demonio cerbero—. De hecho, son todos.

Cordelia miró fijamente. El camino se llenó repentinamente de luz mágica. Brillaba sobre las puertas oscuras de la casa, sobre las hileras

de árboles a cada lado del camino, sobre el trazo irregular de la mansión misma. Lucie podría haber exagerado un poco al decir que todos estaban allí, pero ciertamente un gran un grupo de cazadores de sombras a pie estaban entrando a la residencia de los Blackthorn. Cordelia podía ver rostros conocidos: Gabriel y Cecily Lightwood, el cabello rojo de Charles Fairchild y, por supuesto, Will Herondale.

— ¿Qué hacen aquí? —preguntó ella—. ¿Deberíamos regresar para advertirle a James?

Pero el carruaje ya había comenzado a moverse Xanthos se alejó trotando rápidamente mientras el último de los miembros del Enclave entraba a través de las puertas.

Mientras la casa desaparecía en la distancia, Lucie sacudió la cabeza, con una mirada severa.

—No nos lo agradecería —dijo. Suspiró—. Solo se enojaría por meternos en problemas también, además, James es un chico; no se metería en los mismos aprietos si lo atrapan vagando por el lugar. Si nos encontraran, estaríamos en serios problemas con tu madre. No es para nada justo, pero es la verdad.

* * *

La luz de la luna se filtró en el invernadero a través de los cristales rotos. Los nefilim se habían ido hacía mucho tiempo, después de haber examinado el lugar y las quejas de la dueña de la casa. Finalmente, el lugar estaba en silencio.

Las vainas que el demonio cerbero había dejado caer en su agonía comenzaron a temblar y sacudirse, como huevos a punto de eclosionar. Sus cubiertas de piel se partieron, dientes afilados como espinas los

abrieron desde el interior. Cubiertos por una película pegajosa y silbando como cucarachas, los demonios recién nacidos cayeron al piso de la tierra del invernadero, cada uno no más grande que la mano de un niño.

Pero no permanecerían de ese tamaño por mucho tiempo.

Capítulo Traducido por Catnip129
Corregido por Samn y Tris

Días Pasados: Idris, 1900

Decidir colarse en la Mansión Blackthorn como una sombra era una cosa, pero en realidad continuar con el plan era otra. Durante días después de que Grace se lo pidió, James se excusaba sobre por qué esa noche no podía ser la noche: su padre se quedó despierto demasiado tarde para no notar su partida; el tiempo terriblemente mal para deambular por el exterior; la luna estaba demasiado brillante para darle suficiente cobertura en la oscuridad.

Entonces, una noche, James se despertó por unos sueños agitados y se encontró sonrojado y sin aliento, como si hubiera estado huyendo de algo monstruoso. Arrojó las sábanas de su cama. Se puso de pie y paseó por su dormitorio por un rato, incapaz de volver a dormir. Luego se puso unos pantalones y camisa y salió por su ventana.

Había estado pensando en Cordelia, no en Grace, sin embargo se encontró frente al muro que rodeaba la Mansión Blackthorn. Incapaz de regresar, habiendo llegado hasta aquí, se obligó a convertirse en sombra. Rápidamente se encontró a sí mismo atravesando la pared, cruzando los jardines y en la sala principal.

No se había preparado para el estado de la Mansión Blackthorn a mitad

de la noche, su silencio era mortal, su aura amenazante como una tumba abierta. Grueso polvo plateado alfombraba lo largo de los bordes de barandillas, en los muebles y enredado en telarañas en cada esquina. En el borde de su visión había una mancha gris, sabía que era el borde del reino de sombras. Sabía que estaba cortejando a ese mundo convirtiendo su carne en sombra.

Pero había hecho una promesa.

James podía ver fantasmas, y aquí no había fantasmas. Pero este lugar se sentía embrujado de todos modos. Las sombras parecían escuchar atentamente sus pisadas. Lo más extraño de todo, cada reloj en la casa se había detenido exactamente a la misma hora, las ocho con cuarenta minutos.

James subió las escaleras. Al final de un largo corredor delante de una torreta en la pared había una espantosa armadura, fácilmente dos veces más alta que un humano. Afortunadamente, solo era una decoración: hecha de acero y cobre, no se parecía en nada a un esqueleto humano masivo, con una pieza en el pecho en forma de caja torácica, un casco y una máscara que formaron un cráneo malicioso. Lo detuvo en seco y se quedó mirándolo hasta que se dio cuenta de lo que debía ser: uno de los famosos autómatas de Axel Mortmain, un caparazón vacío que una vez albergó a un demonio. Los mismos monstruos que sus propios padres habían derrotado cuando apenas eran mayores de lo que él era en ese momento.

Grace le había dicho que Tatiana había dejado la casa intacta todos estos años, pero eso no era del todo cierto: había instalado este cadáver del autómata en su galería. ¿Por qué? ¿Qué significaba para ella? ¿Sentía admiración por Mortmain, que casi había destruido a los cazadores de sombras?

James odiaba darle la espalda a la cosa, pero siguió adelante y rápidamente encontró la puerta del estudio de Tatiana. La sala estaba llena de cajas y cajones, pilas de páginas amarillentas y libros en descomposición. En la pared había un retrato de un niño, de aproximadamente la misma edad que James, con brillantes ojos verdes que destacaban sobre su cara

demacrada. James sabía quién debía ser, aunque nunca lo había visto: Jesse Blackthorn.

Había una caja de metal en la mesa baja de hierro forjado debajo del retrato del niño muerto, tallado a cada lado con las espinas que los Blackthorn usaban para decorar aparentemente todo. La cerradura estaba en la tapa, presentando un simple agujero en la superficie lisa.

Sin mirar directamente a la caja, bajó la mano hacia la tapa; sintió su cuerpo entrar y salir de la sombra en sacudidas irregulares y por un horrible momento vio esa otra tierra, el lugar devastado con árboles retorcidos.

James metió su mano etérea a través de la tapa dentro de la caja, la cerró alrededor de una serpiente fría de metal, y la sacó. Era el brazalete de la madre de Grace, tal como ella lo había descrito.

Huyó de la habitación y de la propia mansión. La luz de la luna a través de las ventanas polvorientas de los pasillos oscilaba y se retorcían como una masa de serpientes plateadas.

Fuera de los terrenos de la mansión y cerca de casa, James se dio cuenta que él seguía siendo una sombra. Se detuvo donde estaba, un tramo indescriptible de camino bordeado ambos lados con árboles de densos follajes, ni la Mansión Blackthorn ni la Mansión Herondale eran visibles. El cielo estaba oscuro, la luna era de un plateado brillante: el gris resplandeció en el borde de su visión mientras cerraba los ojos y se ordenó volverse sólido de nuevo.

Nada ocurrió.

No era, por el momento, un ser que respiraba, pero se sentía a sí mismo respirar de todos modos, fuerte y tembloroso. Cuando se había convertido en una sombra durante su fiebre efervescente, solo había sido por unos momentos. No había pasado mucho tiempo en la Academia. Pero no había hecho el cambio a propósito, en ninguna ocasión.

Curiosamente, su mente se volvió hacia Cordelia, hacia su voz llamándolo a través de la fiebre, a través de las sombras. Cayó de rodillas, sus manos no dejaron huella en el suelo. Cerró los ojos.

Déjame volver. Déjame regresar.

No me dejes solo en estas sombras.

Sintió una sacudida, como si hubiera caído y golpeado el suelo con fuerza: sus ojos se abrieron de golpe. Ya no era una sombra. Se puso de pie tambaleándose, jadeando en el aire frío y claro. El gris había desaparecido del borde de su visión.

—Bueno —dijo en voz alta sin dirigirse a nadie—, nunca más. Así de fácil. Nunca más.

* * *

A la noche siguiente, Grace lo estaba esperando bajo la sombra de un tejo, justo a la entrada al bosque Brocelind. Sin decir una palabra, colocó la pulsera en su mano.

La giró pensativamente una y otra vez entre sus dedos pálidos, y vio la luz de la luna atravesar el grabado colocado dentro de la curva del metal.

LOYAULTÉ ME LIE. James sabía el significado. Había sido la máxima de un rey muerto de Inglaterra hace mucho tiempo. *La Lealtad Es Mi Atadura.*

—Era el lema de los Cartwright —dijo Grace con voz muy suave—. Yo fui Grace Cartwright una vez. —Una sonrisa tocó sus labios, débil como la luz de la luna en invierno—. Mientras te esperaba, me di cuenta de lo tonto que había sido pedirte esto. No puedo usarlo sin que mi madre lo vea. Ni siquiera me atrevo a guardarlo en mi habitación para que no lo

encuentre. —Grace se volvió hacia él—. ¿Lo usarías *tú*? —preguntó—. Como mi amigo. Como mi único amigo real, de verdad. Así cuando te vea, me recordarás quién soy.

—Por supuesto —dijo, con el corazón roto por ella—. Por supuesto que lo haré.

—Extiende tu brazo —susurró, apenas lo suficientemente fuerte como para ser escuchada y él lo hizo.

Más tarde se dijo a sí mismo que nunca olvidaría sus dedos sobre su piel, la forma en que todo el bosque Brocelind, tal vez todo Idris, dio un gran suspiro, mientras Grace colocaba suavemente el brazalete en su muñeca.

Miró a Grace. ¿Cómo nunca antes se había dado cuenta que los ojos de ella eran casi del color exacto de la plata, como el mismo brazalete?

Lo usó durante el verano, hasta el año siguiente y el año siguiente. E incluso ahora, no se lo había quitado.

Interludio Traducido por Catnip1296
Corregido por Samn y Tris

7

Melodías de Otoño

Resplandeciente es el sonar de las palabras
Cuando el hombre correcto los pronuncia,
Hermosas son las melodías de otoño
Cuando el cantante las entona.
—Robert Louis Stevenson,
Resplandeciente es el Sonar de las Palabras

—Tienes que entender —dijo Charles, sus ojos brillando seriamente—. El Enclave está extremadamente molesto contigo, James. Diría que algunos de ellos incluso hasta enojados.

Era la mañana después de su extraña visita a Chiswick; James estaba sentado en la silla frente al escritorio de su padre. Tessa nunca había remodelado la oficina del Instituto y todavía tenía un aire victoriano sombrío, con un tapiz pintado de color pino y alfombras Aubusson en los pisos. La silla en la que estaba sentado su padre era de caoba pesada, los apoyabrazos se encontraban astillados y rayados. Charles Fairchild se apoyó contra la pared cerca de la puerta, que había cerrado y bloqueado. Su cabello rojo brillaba como un centavo viejo y opaco a la luz mágica.

Tessa se había llevado a Lucie después del desayuno para que la ayudara en la enfermería. Los Hermanos Silenciosos habían puesto a Barbara, Piers

y Ariadne en un sueño encantado y profundo: tenían la esperanza en que sus cuerpos resistieran el veneno mientras descansaban. Se podía sentir el aura sombrío en la casa, el ambiente en de la enfermería, junto con la densa tensión en esta habitación.

—Vaya, eso parece ser muy inoportuno para el Enclave —dijo James—. Será malo cuando lo digieran.

Intentaba no mirar a Charles pero estaba perdiendo la batalla. Había dormido mal la noche anterior después de regresar al Instituto con su padre. Habría sido una cosa si su padre hubiera estado enojado, pero estaba claro que Will había estado más preocupado que cualquier otra cosa y la insistencia de James en que simplemente había salido a caminar y terminó en Chiswick no ayudó en nada.

—Tienes que tomar esto en serio, James —dijo Charles—. Fue necesario usar una runa de rastreo para encontrarte...

—No diría que fue *necesario* —dijo James—. No necesitaba ayuda ni estaba perdido.

—James —dijo su padre, calmado—. *Desapareciste*.

—Debería haberte dicho que iba a salir —dijo James—. Pero... ayer los demonios nos atacaron a la luz del día. Todavía tenemos a tres cazadores de sombras en la enfermería, y no hay cura para su condición. ¿Por qué el Enclave se centra en mí?

El rostro de Charles ardió en color rojo.

—El Enclave se reunirá para discutir la situación con los demonios hoy. Pero somos cazadores de sombras; la vida no se detiene simplemente por un ataque demoníaco. Según Tatiana, anoche fuiste a su casa y exigiste ver a Grace, y cuando ella dijo que no, destrozaste su invernadero...

Will levantó ambas manos.

— ¿Por qué James destrozaría una propiedad al azar solo porque no podía ver a una chica? Es ridículo, Charles y lo sabes.

James entrecerró los ojos. No quería mirar directamente a su padre y ver la angustia de Will: su corbata torcida, su abrigo arrugado y su rostro mostrando la evidencia de una noche de insomnio.

—Te lo dije, Charles. Tampoco hablé con la señora Blackthorn o Grace. Y había un demonio cerbero en ese invernadero.

—Puede que sí —dijo Charles. Estaba empezando a recordarle a James a un perro que se rehusaba a renunciar a un zapato que estaba royendo—. Pero nunca lo habrías visto si no hubieras estado en la propiedad de la Mansión Chiswick ni hubieras irrumpido en el invernadero.

—No entré en el invernadero —dijo James, lo que era técnicamente cierto.

— ¡Entonces dime qué hiciste! —Charles golpeó su puño derecho contra la palma de su otra mano—. Si lo que dice Tatiana no es cierto, ¿por qué no me dices qué sucedió?

Entré en el reino de sombras para ver si podía encontrar una conexión con los ataques de los demonios. Seguí una luz que creo que era Cortana y terminé en el invernadero, donde Cordelia Carstairs ya estaba siendo atacada por un tentáculo.

No. Nadie le creería. Y pensarían que estaba loco, y también estaría metiendo en problemas a Cordelia, Matthew, Lucie, Thomas y Christopher.

Callado, James apretó los dientes.

Charles suspiró.

—Dejas que pensemos lo peor, James.

— ¿Que es un vándalo maniático? En serio, Charles —dijo Will—. Sabes lo que Tatiana piensa de nuestra familia.

—Maté a un demonio en ese invernadero —dijo James alzando la voz—. Hice lo que se suponía que debía hacer. Sin embargo, soy yo a quien el Enclave está culpando, en lugar de la cazadora de sombras que mantiene un demonio en su casa.

Fue el turno de Will de suspirar.

—Jamie, sabemos que Benedict crió demonios cerbero.

—El que estaba ahí, y te creo cuando dices que estaba ahí, no se le puede culpar a Tatiana —dijo Charles—. El resto de la propiedad ha sido registrada y no hay más. Fue mala suerte tuya tropezar con ese.

—Ese invernadero está lleno de plantas para realizar magia negra —dijo James—. Seguramente alguien se dio cuenta de eso.

—Lo está —admitió Charles—, pero dada la gravedad de sus quejas, James, nadie notará la presencia de algunos arbustos de belladona en sus matorrales. Aún así no te habrías cruzado con el demonio si no lo hubieras estado invadiendo.

—Dile a Tatiana que pagaremos las reparaciones del invernadero —dijo Will con cansancio—. Debo decir que todo esto parece una gran reacción exagerada, Charles. James estaba allí, se topó con un demonio y las cosas siguieron su curso natural. ¿Prefieres que lo haya liberado para devorar el vecindario?

Charles se aclaró la garganta.

—Mantengamos los aspectos prácticos. —A veces, a James le costaba recordar que Charles era un cazador de sombras y no uno de los miles de banqueros con bandolera que inundaban por la Fleet Street todas las mañanas camino a las oficinas de la ciudad—. He tenido una larga conversación con Bridgestock esta mañana...

Will dijo algo grosero en galés.

—Sin importar cómo te sientas sobre él, sigue siendo el Inquisidor —dijo Charles—. Y en este momento, con mi madre en Idris lidiando con la situación de Elias Carstairs, represento su lugar aquí en Londres. Cuando el Inquisidor habla, debo escucharlo.

James lo pensó. No había relacionado el viaje de Charlotte a Idris con la situación que afectaba al padre de Cordelia. Supuso que debería haberlo hecho: recordó haber escuchado a su hermana y a Cordelia en los jardines Kensington, Cordelia dijo que su padre había cometido un error. Recordó el temblor en su voz.

—No se le dará ningún castigo a James en este momento —continuó Charles—. Pero James, te sugiero que evites la Mansión Chiswick y que evites a Tatiana Blackthorn y a su hija por completo.

James se tensó. Las manecillas del reloj del abuelo eran como cuchillas, que se deslizaban lentamente por su cara, reduciendo el tiempo.

—Déjame disculparme con ella —dijo James; el brazalete plateado se sentía como si le ardiera en la muñeca. No sabía si se refería a Tatiana o Grace.

—Ahora, James —respondió Charles—. No debes intentar hacer que una joven elija entre su familia y tú. No será bueno. La propia Grace me dijo que si se casaba con un hombre que no había elegido su madre, sería repudiada…

—Apenas la conoces —espetó James—. Solo fue un viaje en carruaje…

—La conozco mejor de lo que crees —dijo Charles, con un destello de superioridad escolar.

— ¿Están hablando de la misma chica? —dijo Will, alzando las cejas—. ¿Grace Blackthorn? No entiendo…

—No es nada. Nada. —James no pudo soportarlo más. Se levantó abotonando su traje—. Debo irme —dijo—. Hay un invernadero en los jardines Kensington que necesita ser destruido. Señoras, cierren sus propiedades. ¡James Herondale está en la ciudad y el amor lo ha repudiado!

Charles parecía dolido.

—*James* —dijo, pero James ya le había dado la espalda y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás suyo.

* * *

Cordelia tiró nerviosamente de la tela de su vestido habitual. Era algo sorprendente, tener una invitación oficial para tomar el té con Anna Lightwood —escrita en papel monograma, nada menos— había llegado por correo esa mañana. Cordelia se sorprendió que después de todo lo que había sucedido, Anna recordase su oferta despectiva. Aun así, había aprovechado la oportunidad de salir de casa como un hombre que estuviera siendo ahorcado por una soga.

Apenas había podido dormir después de llegar a casa la noche anterior. Acurrucada debajo de su colcha, no pudo evitar pensar en el primo Jem y su padre, e inútilmente en James, la forma en que había sido gentil con su tobillo, la expresión de su rostro cuando había hablado del reino de sombras que solo él podía ver. No podía pensar en una forma de ayudarlo, como tampoco podía ayudar a su padre. Se preguntó si no poder ayudar a las personas que amabas era el peor sentimiento del mundo.

Después, durante el almuerzo, su madre y Alastair se habían ocupado intercambiando los últimos rumores, sabría Raziel de dónde se habían enterado que James había sido descubierto deambulando por los jardines

de Tatiana Blackthorn, rompiendo alegremente todas sus ventanas y aterrorizándola a ella y a su hija corriendo borracho sobre el césped. Incluso Risa parecía divertida mientras volvía a llenar la tetera.

Cordelia estaba horrorizada.

— ¡Eso *no* es lo que pasó!

— ¿Y cómo lo sabes? —dijo Alastair, sonando un poco como si supiera exactamente la razón. Pero no podría haberlo adivinado, ¿verdad? Cordelia no podía estar segura; Alastair a menudo parecía como si supiera mucho más de lo que estaba dejando ver. Pensó con nostalgia en el pasado distante cuando los dos podían resolver sus diferencias golpeándose en la cabeza con teteras de juguete.

Así que, gracias a Dios por el té con Anna, incluso si no tenía nada decente para ponerse. Cordelia se echó una última mirada a sí misma en el cristal del muelle entre las ventanas del vestíbulo. Si bien su vestido de princesa verde manzana con bordado rosa estaba de moda y bonito, todos los volantes la hacían parecer una lámpara pasada de moda, y su cara sobre el cuello de encaje parecía ictericia. Con un suspiro, Cordelia tomó sus ridículos guantes de la mesa del pasillo y se dirigió hacia la puerta.

— ¡Cordelia! —Sona se apresuró hacia ella, con los tacones de sus botas haciendo clic en el piso de parquet—. ¿A dónde vas?

—A tomar el té con Anna Lightwood —dijo Cordelia—. Me invitó ayer.

—Eso es lo que dijo tu hermano, pero no lo creí. Quiero que hagas amigos, Layla. —Sona rara vez usaba el apodo de Cordelia... a menos que estuviera preocupada, la misma Sona se lo dio, por la heroína del poema que ambas amaban—. Sabes que sí. Pero no estoy segura de que debas visitar a la señorita Lightwood.

Cordelia sintió que su postura se volvía rígida. Alastair había venido a observar la conversación entre su hermana y su madre. Estaba apoyado contra la puerta de la sala del desayuno, sonriendo.

—Acepté la invitación —le dijo—. Voy a ir.

—En el baile la otra noche, escuché hablar mucho sobre Anna Lightwood—dijo Sona—, y no fueron cumplidos. Hay quienes en el Enclave la ven como impropia y descarada. Hemos venido aquí para hacer amigos y formar alianzas, no para alienar a los poderosos. ¿Estás segura de que ella es la mejor opción para una reunión social?

—Parece lo suficientemente adecuada. —Cordelia tomó su nuevo sombrero de paja, decorado con un ramillete de seda y cintas.

Alastair habló desde la puerta.

—Puede haber personas de la generación anterior que desaprueben a Anna, pero en nuestro grupo es una de las cazadoras de sombras más populares de Londres. No sería prudente que Cordelia rechazara su invitación.

— ¿En serio? —Sona parecía intrigada—. ¿Puede ser eso cierto?

—Lo es. —Alastair apartó un mechón de su cabello pálido. Cordelia podía recordar cuando su cabello había sido negro como un ala de cuervo, antes de que lo tiñera—. El tío de Anna es el director del Instituto. Su madrina es la Cónsul. Sin lugar a duda, las familias más prominentes para conocer en Londres son los Herondale, los Lightwood y Fairchild, y Anna está vinculada a todas ellas.

—Muy bien—dijo Sona, después de una pausa—. Pero Alastair, ve con ella. Hagan una visita corta y observen las propiedades. Después, si lo desean, los dos pueden ir de compras al mercado de Leadenhall.

Cordelia casi esperaba una protesta de Alastair, pero él solo se encogió de hombros.

—Como digas, madre —dijo él, pasando a Cordelia de camino a la puerta. Ya estaba vestido para salir, notó Cordelia con una mezcla de sorpresa y diversión, con un abrigo de franela gris oscuro que combinaba

con sus ojos oscuros. La forma de su cinturón de armas era apenas visible debajo de la línea de su abrigo; el Enclave había sugerido que todos los cazadores de sombras se armaran como precaución al salir, incluso a la luz del día. Incluso Cordelia tenía a Cortana sujeta a la espalda, con un glamour para que fuera invisible para los mundanos.

Quizás Alastair realmente sabía más de lo que estaba dejando ver.

* * *

El sol de la tarde brillaba intensamente en Grosvenor Square cuando el padre de Matthew, Henry, abrió la puerta de la casa de la Cónsul.

James dejó de tocar porque sospechaba que había sido demasiado ruidoso en el momento en que la puerta se abrió. Henry sonrió cuando vio a James: tenía un rostro simple pero amable, el cabello color jengibre que se había desvanecido a marrón veteado en gris y un toque de la sonrisa de Matthew.

—Entra, entra, James —dijo, retrocediendo con sus ruedas. Había sido terriblemente herido hacía veinticinco años en la Batalla de Cadair Idris, y nunca había vuelto a caminar. Había tomado una silla de ruedas estándar para inválidos e inclinó su espíritu inventivo sobre ella; ahora estaba equipada con una versión más pequeña de las ruedas que uno podría encontrar en un automóvil. Un apéndice curvo con una luz eléctrica colgaba sobre uno de los hombros de Henry. Sobre el otro hombro, un accesorio con garras que le permitía alcanzar objetos colocados en lo alto. Un estante debajo del asiento llevaba libros.

Christopher adoraba a su padrino y pasaba horas en el laboratorio de Henry, trabajando en todo tipo de inventos y mejoras en la silla. Algunos habían sido muy útiles, como el elevador a vapor que habían instalado para

que Henry pudiera llegar fácilmente al laboratorio de su bodega; otros, como el intento de Henry y Christopher de crear una pomada repelente de demonios, no lo fueron.

Henry tenía un espíritu amable y había recibido a James como *parabatai* de Matthew incluso antes de que los dos hubieran pasado la ceremonia en la Ciudad Silenciosa.

—Matthew está en el jardín trasero —dijo, con arrugas en las esquinas de sus ojos—. Dijo algo acerca de leer un libro rodeado de las bellezas acríticas de la naturaleza.

James tuvo que admitir que eso sonaba como Matthew.

— ¿Está solo?

—A menos que cuentes a Oscar. —Oscar Wilde era el perro de Matthew, a quien James encontró deambulando por las calles de Londres y se lo regaló a Matthew. El perro adoraba a Matthew sin lugar a dudas, como las bellezas de la naturaleza.

James se aclaró la garganta.

—Hay algo que encontré, una especie de tierra, extraña. ¿Me preguntaba si podrías echarle un vistazo? Ya sabes, en tu laboratorio.

La mayoría de la gente habría tratado esto como una solicitud extraña. No Henry Fairchild. Sus ojos se iluminaron.

— ¡Pero claro! Dámelo.

James le pasó el pequeño frasco de tierra que había llenado del contenido de su bolsillo la noche anterior.

—Voy a echarle un vistazo a esto lo antes posible. Me voy pronto para ver a Charlotte en Idris, pero no me iré demasiado tiempo. —Henry le guiñó un ojo a James y rodó hacia el ascensor que lo llevaría al laboratorio.

James pasó por el salón, el comedor y la cocina, donde saludó a la cocinera, quien le hizo un gesto con la mano para saludarlo o amenazarlo, no estaba seguro, y salió por la puerta trasera, que conducía al jardín. Él y Matthew habían pasado horas entrenando allí: era un espacio acogedor, verde con un perímetro cuadrado y un enorme banano de Londres en el centro. Matthew estaba de pie en su sombra, leyendo un libro. Estaba lo suficientemente absorto como para no oír la puerta cerrarse, o notar que James se acercaba a él a través de la hierba hasta que James casi lo pudo tocar.

Levantó la vista y sus ojos verdes se abrieron ampliamente.

—James —dijo, y la palabra sonó como una exhalación de alivio. Rápidamente su rostro se volvió un ceño fruncido—. No sé si abrazarte como mi hermano o golpearte como mi enemigo.

—Voto por lo primero —dijo James.

—Supongo que no es justo estar enojado por lo de anoche —reflexionó Matthew—. Me imagino que tienes poco control sobre lo que sucede cuando entras en el reino de sombras. Pero, una vez que tu padre terminó de gritarnos a todos en galés por romper su ventana y dejarte ir, llegó la noticia de que te habían rastreado hasta la Mansión Chiswick, y *lo pensé*.

— ¿Pensaste qué? —James se sentó en el brazo de un banco del jardín.

—Si habías usado el reino de sombras para ir a ver a Grace —dijo Matthew—. Quiero decir, ¿qué más hay en Chiswick? Nada interesante.

—No fui allí voluntariamente —espetó James.

—Entonces dime qué pasó —dijo Matthew, metiendo su novela en el hueco de un árbol—. En realidad, espera. —Levantó una mano justo cuando James había comenzado a hablar—. Espera… espera…

—Te mataré si sigues con eso —le dijo James.

Matthew sonrió y se oyó un ladrido. Resonantes saludos sonaron en las paredes del jardín. Después de detenerse para saludar a un Oscar que meneaba la cola, Thomas y Christopher bajaron corriendo las escaleras de la casa.

— ¡James! —exclamó Christopher mientras se acercaban—. ¿Qué pasó anoche? ¿A dónde desapareciste?

—Ahí tienes, James —dijo Matthew con aire de suficiencia—. Ahora no tienes que contar la historia más de una vez.

—Sí, ¿qué te pasó anoche? —dijo Thomas—. Solo desapareciste, sabes. Matthew estaba a punto de destrozar el Instituto ladrillo por ladrillo para ver si habías caído en la cripta cuando tu padre te rastreó hasta Chiswick.

— ¿Por qué Chiswick? —Christopher preguntó en voz alta—. Nada interesante sucede ahí.

—Pues ahora sí —dijo Matthew alegremente.

Antes de que la conversación pudiera degenerar más, James explicó cómo había entrado en el mundo de sombras, cómo había seguido una luz y se había encontrado en el invernadero. Describió al deforme demonio cerbero y cómo lo había matado. Cuando llegó a la parte sobre Lucie y Cordelia, Matthew comenzó a parecer menos alegre.

— ¿Qué demonios estaban haciendo allí? —preguntó.

—Habían ido a ver si la señorita Blackthorn estaba bien —dijo James, que no estaba seguro de creer esa historia en particular. Lucie había tenido su rostro que usaba cuando inventaba sus historias. En cuanto a Cordelia, se dio cuenta con un ligero sobresalto, que dudaba que fuera capaz de saber si ella le estaba mintiendo o no. No la conocía tan bien, aunque sentía que debía hacerlo.

—Parece peligroso estar fuera de casa por la noche después de esos ataques—dijo Matthew—. Lucie... las chicas no deberían correr tales riesgos.

—Como si tú fueras a dejar de salir por la noche —señaló Thomas. Él y Christopher se habían tumbado en la hierba mientras James hablaba. Matthew estaba apoyado contra el banano, acariciando distraídamente la cabeza de Oscar—. Tengo que preguntar: ¿Por qué la Mansión Light... quiero decir, la Mansión Chiswick? ¿Por qué el *invernadero*?

—Ni idea —dijo James, guardando el detalle de Cortana para sí mismo; sus pensamientos eran demasiado vagos y solo confundirían las cosas—. ¿Quizá porque el demonio estaba ahí?

—A los demonios les gusta vivir en ruinas, especialmente en aquellos donde hay restos de magia negra —dijo Christopher—. Y todos sabemos lo que el abuelo Benedict estaba haciendo en esa casa. Es por eso que se convirtió en un gusano.

—Ah —dijo Matthew—, buenos recuerdos de familia.

—Bueno, la Clave está de acuerdo contigo —dijo James—. Creen que el demonio ha estado ahí desde los tiempos de Benedict. Y aunque parece completamente ajeno a los ataques, creo que últimamente hemos visto una cantidad extraña de demonios en lugares bastante inusuales.

—El lema de Benedict era «demonios en lugares inusuales» —dijo Matthew, lanzando un palo hacia Oscar—. ¿Cómo sabemos lo que la Clave piensa? Charles ha estado bastante tenso.

—No conmigo —dijo James—. Vino a verme esta mañana.

La expresión de Thomas se oscureció.

— ¿No me digas que cree todas esas tonterías de que fuiste a ver a la señorita Blackthorn y que fuiste rechazado... ?

—Lo cree —dijo James, no queriendo escuchar la historia nuevamente. Ya estaba molesto consigo mismo por haber dejado que Charles lo molestara en lo que a Grace se refería; por supuesto, Charles no sabía nada importante sobre ella—. O al menos, no pude darle otra explicación mejor. No puedo decir que estaba paseando por el reino de sombras. Supongo que es mejor que piensen que soy un lunático enamorado.

—Pero apenas conoces a la señorita Blackthorn —dijo Christopher, mordisqueando un pedazo de hierba.

Los ojos de James se encontraron con los de Matthew. Matthew lo miraba con simpatía, pero había una declaración clara en sus ojos verdes. *Ya era tiempo*.

—Sí conozco a Grace —dijo James—. Y la amo. —Les habló sobre los veranos en Idris, la mansión Blackthorn era vecino suyo y las horas que había pasado con Grace en Brocelind, pintando cuadros como palabras para ella de Londres, la gran ciudad que nunca había visto. Explicó que Tatiana Blackthorn lo detestaba y habló de la advertencia de Charles sobre mantenerse alejado de los Blackthorn. Cuando terminó, las primeras estrellas comenzaban a salir en el cielo oscuro.

Christopher fue el primero en hablar.

—No sabía que estabas enamorado de alguien, James. Lo siento. Debería haber prestado atención.

—Yo tampoco lo sabía —dijo Thomas—, y *he* prestado atención.

—Lamento no haberles dicho antes —dijo James—. Grace siempre se ha preocupado de que su madre se entere y se enfurezca. Incluso Lucie no lo sabe.

Aunque, recordó que Cordelia sí. Ni siquiera le había parecido extraño decirle.

Thomas frunció el ceño.

—Mi tía Tatiana está loca. Mi padre lo ha dicho a menudo, que su hermana se volvió loca por lo que le sucedió a su padre y a su esposo. Ella culpa a nuestros padres por sus muertes.

—Pero James nunca le ha hecho nada —dijo Christopher, frunciendo las cejas.

—Es un Herondale —dijo Thomas—. Eso es suficiente.

—Eso es ridículo —dijo Christopher—. Es como si a uno lo mordiera un pato y años después, le disparara a un pato completamente diferente, se lo comiera para la cena y lo llamara venganza.

—Por favor, no uses metáforas, Christopher —dijo Matthew—. Me dan cosa.

—Esto es bastante malo de por sí sin tener que mencionar patos —dijo James. Nunca le habían gustado los patos desde que uno lo había mordido en Hyde Park cuando era pequeño—. Lo siento, Thomas. Siento que he fallado en ayudar a Barbara.

—No —respondió Thomas rápidamente—. Esto apenas comienza. Estaba pensando: tal vez tú, Matthew y yo deberíamos ir a la Taberna del Diablo y revisar la colección de libros. Allí hay libros que la Clave nunca encontrará en la biblioteca del Instituto. Podríamos ver si hay alguna mención de estas criaturas demoníacas que aparecen a la luz del día.

— ¿Qué hará Christopher? —dijo Matthew.

Christopher levantó un tubo lleno de una sustancia roja.

—Logré adquirir algo de sangre que los Hermanos Silenciosos habían tomado de uno de los pacientes anoche —dijo con orgullo—. Tengo la intención de mezclar la ciencia moderna y la magia de los cazadores de sombras para intentar crear un antídoto para el veneno de los demonios. Henry ha dicho que puedo usar su laboratorio mientras está en Idris.

Thomas entrecerró los ojos.

—Es mejor que no sea la sangre de mi hermana.

—Es de Piers —dijo Christopher—, aunque por el bien de la ciencia en sí, no debería importar.

—Sin embargo, eso nos alivia —dijo James—. Matthew y yo podemos ir a Fleet Street…. ¿Quizá Thomas debería ayudar a Christopher en el laboratorio?

Thomas suspiró.

—Siempre termino ayudando a Christopher en el laboratorio.

—Es porque eres notablemente bueno evitando explosiones —dijo James—, y también puedes decir groserías en español.

— ¿Cómo ayuda eso? —dijo Thomas.

—No lo hace —dijo James—, pero a Christopher le gusta. Ahora…

— *¡James!* —Era Henry, que lo llamaba desde la casa.

James se alejó corriendo. Oscar se había quedado dormido en la hierba, sus patas sobresalían en el aire. Hubo un corto silencio. Matthew tomó su libro del árbol y quitó la tapa.

—Grace —dijo Thomas finalmente—. ¿Cómo es ella? No creo que hayamos intercambiado ni un saludo.

—Muy tímida —dijo Matthew—. Demasiado tranquila, luce dolorosamente asustada la mayor parte del tiempo, pero siempre es admirada en los eventos sociales.

—Es raro —dijo Thomas.

—En realidad no —admitió Christopher—. A los hombres les gusta la idea de una mujer a la que puedan rescatar.

Tanto Matthew como Thomas lo miraron asombrados. Él se encogió de hombros.

—Escuché a mi madre decirlo una vez —dijo—. Parece cierto en este caso.

— ¿Crees que ella está enamorada de James? —dijo Thomas—. Porque él parece loco por ella. Espero que no sea no correspondido.

—Será mejor que lo ame —dijo Matthew—. Él lo merece.

—No siempre amamos a las personas que lo merecen —dijo Thomas en un susurro.

—Tal vez no —dijo Matthew—. Pero a menudo no amamos a quien no lo merece, y es con la misma razón. —Sus dedos agarraron el libro que sostenía con tanta fuerza que sus dedos se pusieron pálidos.

Thomas se llevó un dedo a los labios. James había regresado con una carta. La dirección había sido escrita en por mano notablemente femenina:

J. H., de importancia para Matthew Fairchild. URGENTE.

— ¿Alguien te envió una carta aquí? —dijo Thomas con curiosidad—. ¿Es de Grace?

James, que ya había leído las primeras líneas, asintió.

—No quería arriesgarse a meterme en aprietos con el Enclave. Sabía que yo estaría aquí, o que Matthew me encontraría y entregaría el mensaje. —Estaba bastante seguro que sus amigos habían estado hablando de él mientras no estaba, pero no le importó: su alivio al ver la escritura de Grace se sintió como algo palpable. Los trazos y curvas de su escritura le eran tan familiares como el bosque a las afueras de la Mansión Herondale.

—Entonces, ¿qué dice? —dijo Matthew—. ¿Que adora tu cara y anhela pasar tus dedos por tu desordenado cabello negro?

—Quiere que la vea esta noche, a las diez —dijo James. Deslizó la carta en su bolsillo, con la mente acelerada—. Debería irme. No tengo forma de devolverle el mensaje y tendré que caminar, las calles están completamente llenas de tráfico.

—No puedes caminar hasta Chiswick… —protestó Thomas.

James negó con la cabeza.

—Por supuesto no. Propuso un lugar en Londres, un lugar donde Matthew y yo solíamos hacer ejercicios de equilibrio. Le he hablado de él antes.

—Aun así. —Matthew parecía vacilante—. ¿Es sabio? Mi hermano es un idiota, pero si el Enclave quiere que te mantengas alejado de los Blackthorn…

—Debo ir —dijo James, no queriendo explicarse; él conocía a sus amigos, e insistirían en venir con él si lo hacía. Era mejor irse ahora y dejarles pensar que su preocupación era puramente romántica. Se agachó para frotar la cabeza de Oscar y dijo—: Thomas, Christopher, ustedes se encargarán del trabajo de laboratorio. Matthew, te encontraré cuando regrese de ver a Grace, e iremos al Diablo.

—Siempre me voy al diablo —dijo Matthew, con un brillo en los ojos—. Estaré en la taberna a medianoche. Acompáñame cuando puedas.

James se excusó y salió corriendo de la casa. La carta en su bolsillo parecía golpear contra su pecho como un segundo corazón. Una y otra vez vio la última línea que Grace había escrito:

Esperaré ahí y rezaré para que vengas. Ayúdame, James. Estoy en peligro.

* * *

Alastair dejó a Cordelia en la casa de Anna dándole una palmadita en la cabeza y una promesa de regresar justo antes de las nueve en punto. Como su madre solía servir la cena a las nueve, a Cordelia le pareció que le estaba dando bastante tiempo, pero él se alejó en el carruaje antes de que ella pudiera siquiera preguntarle a dónde iba. No podía decir que estaba completamente sorprendida.

Con un suspiro, Cordelia se volvió hacia Percy Street, una pequeña calle lateral cerca de Tottenham Court Road. Estaba formado por largas hileras de casas de ladrillo rojo que se veían muy parecidas. Cada uno tenía marcos en sus ventanas, puertas pintadas de blanco, chimeneas de ladrillo, escalones poco profundos y una valla alrededor de la entrada de los sirvientes hecha de hierro forjado negro.

En las escaleras frente al número 30, una chica estaba sentada llorando. Era una chica muy a la moda, con un vestido para andar de foulard azul con adornos de encaje y acres de volantes alrededor de la falda. Llevaba una diadema adornada con rosas de seda, y estas tambaleabam mientras lloraba.

Cordelia verificó la dirección que había anotado, esperando que hubiera cambiado. Por desgracia, definitivamente era el número 30. Suspiró, enderezó su postura y se acercó.

—Disculpa —dijo, mientras llegaba a los escalones. La chica los bloqueaba por completo; no había forma de pasar cortésmente por los lados—. ¿Estoy aquí para ver a Anna Lightwood?

La cabeza de la chica se alzó de golpe. Era muy bonita: rubia y de mejillas rosadas, aunque había estado llorando.

—¿Y tú quién eres? —exigió.

—Yo, eh… —Cordelia miró más de cerca a la chica. Definitivamente era una mundana: sin marcas, sin glamour—. ¿Soy su prima? —No era del todo cierto, pero parecía lo correcto.

—Oh. —Parte de la sospecha se borró del rostro de la chica—. Y-yo estoy aquí porque… bueno, porque es demasiado, demasiado horrible…

—¿Puedo preguntar cuál es el problema? —preguntó Cordelia, aunque temía descubrir qué era, ya que parecía el tipo de cosas donde tendría que encontrar una solución.

—Anna —sollozó la chica—. La amaba… ¡todavía la amo! Habría renunciado a todo por ella, todo, la clase social y todas sus reglas, solo por estar con ella, ¡pero me ha echado como un perro callejero!

—Basta, Evangeline —dijo una voz, arrastrando las palabras, y Cordelia levantó la vista y vio a Anna asomándose por una ventana del piso de arriba. Llevaba una bata de hombre de un rico brocado púrpura y dorado, y su cabello era una capa de ondas sueltas y cortas—. No puedes decir que te han echado como un perro cuando tienes a tu madre, dos lacayos y un mayordomo que vienen por ti. —Movió su mano en un saludo—. Hola, Cordelia.

—Ay, cariño —dijo Cordelia y palmeó suavemente a Evangeline en el hombro.

—Además, Evangeline —dijo Anna—. Te casarás el miércoles. Con un baronet.

—¡No lo quiero! —Evangeline se puso de pie de un salto—. ¡Te quiero a ti!

—No —dijo Anna—. Quieres un baronet. No vivir en mi pequeño y desordenado departamento. Así que vete, Evangeline, sé una buena chica.

Evangeline estalló en una nueva oleada de lágrimas.

—Pensé que era la elegida —sollozó—. Después de todas las otras chicas... pensé que no significaban nada...

—No lo eran —dijo Anna alegremente—. Y tú tampoco. Sube, Cordelia, el agua ya está hervida.

Evangeline dejó escapar un gemido que hizo que Cordelia saltara hacia atrás temiendo por su vida. Se puso de pie de un salto, sus rizos rubios ondearon en el viento.

— ¡No toleraré esto! —exclamó—. ¡Voy a entrar!

Anna lució alarmada.

—Cordelia, por favor deténla, mi casera odia los escándalos...

Se oyó el traqueteo de cascos golpeando el camino, cada vez más fuerte. Un carruaje ligero tirado por dos caballos grises se precipitó por la calle; una mujer de Junoesque con una falda acampanada y un redingote apoyado en el asiento del conductor. Se detuvo enérgicamente frente a la casa y volvió la cara furiosa hacia el número 30.

— ¡Evangeline! —rugió la mujer—. ¡Sube al carruaje en este instante!

La determinación se apagó en Evangeline.

—Sí, mamá —chilló, y corrió a meterse al carruaje.

Las plumas del sombrero de la madre de Evangeline se tambalearon cuando alzó la mirada para ver severamente a Anna, apoyada en el marco de la ventana, examinando un cigarro apagado.

— ¡Usted! —gritó ella—. ¡Usted es una desgracia! ¡Rompiendo los corazones de las chicas así! ¡Una desgracia absoluta, señor! ¡Si esto hubiera pasado hace un siglo, le habría dado un guantazo, no lo dude!

Anna se echó a reír. La puerta del carruaje se cerró de golpe y los caballos se lanzaron al galope. Las ruedas del carro chirriaron cuando el transporte se disparó a la vuelta de la esquina y pronto se perdió de vista.

Anna miró a Cordelia con amabilidad.

—Sube —le dijo—. Estoy en el segundo piso, te dejaré la puerta abierta.

Sintiendo como si hubiera sido tirada por una cuerda, Cordelia subió las escaleras y entró por una puerta un poco destartalada. Una lámpara brillaba en una alcoba a medio camino de los escalones interiores. La alfombra estaba raída y la barandilla estaba tan astillada que temía tocarla y estuvo a punto de tropezar con los últimos tres peldaños.

La puerta de Anna estaba, como había dicho, abierta de par en par. El piso interior era mucho más agradable de lo que Cordelia había imaginado, dado el estado del pasillo. Papel tapiz victoriano de colores suaves en verde oscuro y dorado, una dispersión desordenada de muebles que no coincidían pero que se veían gloriosos de todos modos, como ejércitos en guerra que habían encontrado una paz particularmente armoniosa. Había un sofá terriblemente grande de terciopelo dorado desgastado y profundo, unas butacas con apoyabrazos y almohadillas de tela, una alfombra turca y una lámpara Tiffany de una docena de colores de cristal. La repisa de la chimenea estaba decorada con una multitud de cuchillos clavados en ángulos extraños, cada uno con una empuñadura reluciente y adornada con joyas; encima de una pequeña mesa junto a la puerta del dormitorio, había una serpiente de peluche grande y de colores vibrantes de dos cabezas.

—Veo que hallaste a Percival —dijo Anna, señalando a la serpiente—. Genial, ¿no?

Se paró frente al alféizar de la ventana, mirando hacia afuera mientras el sol se ponía detrás de los tejados de Londres. Su bata abrió exponiendo su largo cuerpo, y debajo de ella, Cordelia pudo ver que llevaba pantalones oscuros y una camisa blanca de caballero. Estaba desabrochada por debajo

de su clavícula; su piel era solo un tono más oscuro que la blancura de la camisa, y su cabello, rizado en la parte posterior de su cuello, era el mismo negro que el de James. Herondale negro, del color del ala de un cuervo.

—Realmente tiene un color brillante —dijo Cordelia.

—Fue un regalo de cortejo. Nunca persigo a chicas aburridas. —Anna se volvió para mirar a Cordelia, la bata la rodeaba como un par de alas. Sus rasgos no eran lo que Cordelia hubiera llamado bonita: era atractiva, incluso deslumbrante. Bonita parecía una palabra demasiado pequeña e imprecisa para Anna.

— ¿Esa mujer te llamó «señor »? —dijo Cordelia con curiosidad—. ¿Pensó que eras un hombre?

—Probablemente. —Anna arrojó su cigarro a la chimenea—. En mi opinión, lo mejor es dejar que la gente crea lo que quiera creer. —Se arrojó al sofá. No tenía tirantes que sujetaran sus pantalones, pero a diferencia de los hombres para quienes estaban hechos a medida, ella tenía caderas, y los pantalones se aferraban a ellas, sujetándose a sus pequeñas curvas.

—Pobre Evangeline —dijo Cordelia, desabrochando la correa que sujetaba a Cortana y apoyando su espada contra la pared. Se acomodó las faldas y se sentó en uno de los sillones.

Anna suspiró.

—Esta no es la primera vez que trato de romper con ella —dijo—. Las últimas veces fui más amable, pero a medida que se acercaba el día de su boda, sentí que debía ser cruel para ser amable. Nunca he querido arruinar su vida. —Se inclinó hacia delante, centrada en Cordelia—. Ahora, Cordelia Carstairs, cuéntame todos tus secretos.

—Creo que es mejor no hacerlo —dijo Cordelia—. Apenas te conozco.

Anna rio.

— ¿Siempre eres tan directa? ¿Por qué viniste a tomar el té si no querías hablar de chismes?

—No dije que no quería saber chismes. Solo que no sean sobre mí.

La sonrisa de Anna se profundizó.

—Eres una cosita irritante —dijo, pero no parecía molesta—. ¡Oh! La tetera.

Se levantó de un salto en un remolino de brocado brillante y se comenzó a mover por la cocinita. Tenía paredes pintadas de vivos colores y una pequeña ventana que daba a la fachada de ladrillo del edificio de enfrente.

—Bueno, entonces, si quieres chismear pero no quieres contarme sobre ti, ¿por qué no me cuentas sobre tu hermano? ¿Es tan horrible como solía ser en la escuela?

— ¿Fuiste a la escuela con Alastair? —Cordelia estaba sorprendida; seguramente Alastair lo habría mencionado.

—No, James y Matthew y el resto de los Ladrones Alegres lo hicieron, y Matthew dice que era un desgraciado miserable y le causaba tics nerviosos. Sin ofender. Lo admito, Thomas nunca dice una mala palabra sobre él. ¿Azúcar? No tengo leche.

—Sin azúcar —dijo Cordelia, y Anna regresó al salón con té en una taza astillada y un platillo. Se lo entregó a Cordelia, quien lo balanceó torpemente sobre sus rodillas.

—Alastair es bastante horrible —admitió—, pero no creo sea a propósito.

— ¿Crees que está enamorado? —propuso Anna—. Las personas pueden ser horribles cuando están enamoradas.

—No sé de quién estaría enamorado —dijo Cordelia—. Apenas tendría tiempo de enamorarse de nadie, ya que acabamos de llegar a Londres y dudo que todo lo que ha sucedido haya puesto en un escenario para enamorarse...

— ¿Qué fue lo que hizo tu padre exactamente? —preguntó Anna.

— ¿Qué? —Cordelia casi derramó su té.

—Bueno, todos sabemos que hizo algo terrible—dijo Anna—Y que tu madre ha venido aquí para intentar congraciarse con la sociedad de los cazadores de sombras. Espero que no todos se muestren renuentes al respecto. Me agrada tu madre. Me recuerda a una reina de un cuento de hadas, o un peri de *Lalla Rookh*. Eres mitad persa, ¿verdad?

—Sí —dijo Cordelia, algo cautelosa.

—Entonces, ¿por qué tu hermano es tan rubio? —preguntó Anna—. Y tú tan pelirroja, pensé que los persas eran de cabello oscuro.

Cordelia dejó la taza sobre la mesa.

—Hay todo tipo de persas, y todos nos vemos diferentes—dijo—. No esperarías que todos en Inglaterra se parecieran, ¿verdad? ¿Por qué debería ser diferente para nosotros? Mi padre es británico y muy rubio, y el pelo de mi madre era rojo cuando era niña. Luego se oscureció y, en cuanto a Alastair... se tiñe el pelo.

— ¿En serio? —Las cejas de Anna, como elegantes curvas en picada, se alzaron—. ¿Por qué?

—Porque odia que su cabello, piel y ojos sean oscuros —dijo Cordelia—. Siempre lo ha hecho. Tenemos una casa de campo en Devon y la gente solía mirarnos cuando íbamos al pueblo.

Las cejas de Anna cayeron y adoptó una mirada decididamente amenazante.

—La gente es… —Se interrumpió con un suspiro y diciendo una palabra que Cordelia no comprendió—. Ahora siento lástima por tu hermano y eso era lo último que quería. Rápido, hazme una pregunta.

— ¿Por qué querías conocerme? —preguntó Cordelia—. Soy más joven que tú y debes conocer a muchas personas más interesantes.

Anna se levantó y su túnica de seda ondeó a su alrededor.

—Debo cambiarme —dijo, desapareciendo en la habitación. Cerró la puerta, pero las paredes eran delgadas: Cordelia podía oírla perfectamente cuando volvió a hablar—. Bueno, al principio, fue porque eras una chica nueva en nuestro grupo y me preguntaba si eras lo suficientemente buena para nuestro Jamie o nuestro Matthew.

— ¿Suficientemente buena para ellos en qué sentido?

—Bueno, el matrimonio, por supuesto —dijo Anna—. Cualquier otra cosa sería escandalosa.

Cordelia se atragantó. Escuchó a Anna soltar una carcajada. Tenía una risa suave y melódica, era como mantequilla derretida.

—Eres demasiado divertida para molestarte —dijo—. Quise decir lo suficientemente buena como para saber sus secretos, y también los de Christopher y Tom. Son mis favoritos, esos cuatro, debes haberlo notado. Y, bueno, el actual repertorio de chicas en Londres es bastante atroz, por supuesto, Lucie es una delicia, pero nunca verá a ninguno de los chicos como algo más que hermanos.

—Parece sensato —murmuró Cordelia—, especialmente en el caso de James.

—Necesitan una musa —dijo Anna—. Alguien que los inspire. Alguien que conozca sus secretos. ¿Te gustaría ser una musa?

—No —respondió Cordelia—. Me gustaría ser un héroe.

Anna asomó la cabeza por la puerta y miró a Cordelia durante mucho tiempo por debajo de sus pestañas oscuras. Entonces ella sonrió.

—Lo sospechaba —dijo, desapareciendo de nuevo en la habitación. La puerta se cerró de golpe—. *En realidad*, es por lo que te pedí que vinieras.

Cordelia se sintió perpleja.

— ¿Qué quieres decir?

—Estamos en peligro —dijo Anna—. Todos nosotros, y la Clave no lo ve. Me temo que, si no se toman medidas, será demasiado tarde para Barbara y Piers y...y Ariadne. —Hubo un ligero temblor en su voz—. Necesito tu ayuda.

—Pero, ¿qué puedo...? —comenzó a decir Cordelia, y se interrumpió cuando escuchó el golpe de la puerta de abajo, abriéndose.

— ¡Anna! —Una profunda voz masculina resonó por la escalera. Pronto se unió al sonido de unos pies y Matthew Fairchild irrumpió en la sala de Anna.

Capítulo Traducido por Michelle Polo
Corregido por Samn y Tris

8
Ninguna Tierra Extraña

Pero (cuando la tristeza es insoportable, no puedes estar más triste)
Llora; … y sobre tu dolorosa pérdida
Brillará el denso ascenso al camino de Jacob
Balanceándose entre el cielo y Charing Cross.
—Francis Thompson, *En Ninguna Tierra Extraña*

Matthew llevaba un chaleco de brocado y tenía un nuevo sombrero de seda en la mano, aunque tenía la cabeza descubierta y los rizos despeinados. Piedras resplandecientes brillaban en el broche que sujetaba su corbata y en los gemelos que tenía en sus muñecas, y su anillo con su inicial brillaba en su mano.

—Anna, no vas a creer… —Se interrumpió cuando vio a Cordelia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Cordelia no estaba segura si una pregunta tan grosera merecía una respuesta.

—Tomando té.

Su mirada recorrió la habitación. Sus ojos eran del color más peculiar, verde claro frente algunas luces y más oscuro en otras.

—No veo a Anna—dijo, sonando asombrado y un poco sospechoso, como si creyera que Cordelia había escondido a Anna en la tetera.

—Está en su habitación —dijo Cordelia, tan fríamente como pudo.

— ¿Sola? —preguntó Matthew.

— ¡Matthew! —exclamó a Anna desde el dormitorio—. No seas grosero.

Matthew fue a apoyarse contra la puerta de la habitación de Anna, volteando la cabeza para hablar con ella por la rendija. Estaba claro que no le importaba si Cordelia lo escuchaba.

—Ya he tenido un día demente —dijo—. James ha sido calumniado por Tatiana Blackthorn y mi despreciable hermano mayor la está respaldando hasta la empuñadura; James se ha ido a encontrar con Grace. Estoy aquí para emborracharme e intentar olvidar la estupidez que está haciendo mi *parabatai*. —Echó un vistazo a su reloj—. Y además, tengo que estar en Fleet Street a medianoche.

Anna reapareció, luciendo espectacular con un abrigo de terciopelo negro, pantalones a juego y una camisa de seda blanca atada al cuello. Un monóculo colgaba de su cuello y sus botas brillaban en un color negro. Entre ella y Matthew era difícil decir quién lucía más como si hubiera salido de una ilustración en *Punch* sobre la glamorosa juventud actual.

—Qué horrible historia —dijo Anna—. ¿Nos vamos?

—Andando —dijo Matthew—. Cordelia, fue un placer, aunque algo sorprendente, verte.

—No hay necesidad de decir adiós —dijo Anna, tomando un par de guantes blancos—. Cordelia vendrá con nosotros. Por eso la invité en primer lugar.

— ¡Pensé que querías tomar el té! —objetó Cordelia.

—Nadie nunca quiere tomar el té —dijo Anna—. El té siempre es una excusa para una agenda clandestina.

—Anna, Cordelia es una señorita decente —dijo Matthew—. Es posible que no quiera arriesgar su reputación saliendo con los subterráneos y los marginados.

—Cordelia quiere ser un héroe —dijo Anna—. Y no podrá hacerlo si se queda en casa bordando. —Sus ojos resplandecieron—. Estuve en la reunión de Enclave hoy; ustedes no. Sé cómo es que el Enclave ha decidido manejar la situación actual, y no creo que ayude a los afectados ni que evite que vuelva otro ataque al lago.

Cuando Matthew habló, la audacia había desaparecido de su voz.

—Pensé que Barbara estaba mejorando. Thomas dijo…

—Los Hermanos Silenciosos durmieron a todos los heridos —dijo Cordelia, que había escuchado esto de Alastair—. Esperan que sanen, pero…

—La esperanza no es una solución —dijo Anna—. La Clave insiste en que este fue un ataque demoníaco aleatorio, que no sucedió a la luz del día sino bajo una capa de nubes. Han puesto patrullas en Regent's Park .

—No fue al azar —dijo Cordelia—. También había mundanos en el parque, ninguno fue atacado.

—Y los demonios llegaron antes que el cielo se nublara —dijo Matthew—. Cuando Piers gritó y lo derribaron, el sol todavía era visible.

—Comienzan a ver el problema —dijo Anna—. Varios miembros del Enclave señalaron esos puntos, entre ellos mis padres, pero la mayoría prefiere pensar que es un tipo de problema como muchos anteriores. No como algo nuevo.

—Y tú crees que es algo nuevo —indicó Cordelia.

—Estoy segura —espetó Anna—. Y cuando una nueva amenaza sobrenatural entra en Londres, ¿quiénes son los primeros en saberlo? Subterráneos. Deberíamos investigar en el submundo. Hubo un tiempo

en que la Clave tenía conexiones con los Grandes Brujos, con los líderes de los clanes de vampiros y hombres lobo. Con la Reina de la Corte Seelie. —Negó con la cabeza, enfadada—. Sé que el tío Will y la tía Tessa han hecho todo lo posible, pero estas alianzas se han debilitado y ahora los cazadores de sombras solo confían en los suyos.

—Ya veo —dijo Matthew, cuyos ojos habían comenzado a brillar—. Entonces iremos a la Ruelle Infernal.

—Matthew y yo asistimos de vez en cuando a un salón sublime, en un edificio, propiedad del Gran Brujo de Londres —dijo Anna—. Malcolm Fade.

— ¿Malcolm Fade? —Cordelia había oído hablar de él. Los Grandes Brujos de las ciudades a veces eran elegidos. A veces simplemente reclamaban el título. Malcolm Fade había aparecido en Londres en algún momento alrededor del cambio de siglo y anunció que sería Gran Brujo cuando Ragnor Fell renunciaba y nadie había visto a Magnus Bane hacía tiempo.

Lucie había estado extasiada, especialmente cuando él había ido al Instituto y había conversado con Will y Tessa. Le había dicho que tenía el pelo del color de la sal y los ojos del color de las violetas y que había estado enamorada de él durante casi una semana, sus cartas solo hablaban de él.

—Cada subterráneo que sea importante estará allí —dijo Anna—. Es hora de hacer lo que mejor sabemos hacer.

— ¿Beber? —dijo Matthew.

—Ser encantadores —respondió Anna—. Investigar. Ver qué podemos aprender. —Extendió una mano enguantada—. Vamos, vamos. Levántense. ¿El carruaje está abajo, Matthew?

—A tu servicio —dijo Matthew—. ¿Estás segura que quieres venir, Cordelia? Será escandaloso.

Cordelia no se molestó en responder, solo recuperó a Cortana cuando salieron del departamento. Estaba oscuro afuera; el aire era frío y húmedo. Un carruaje con el escudo de armas del Cónsul estaba pintado al otro lado de la puerta y los esperaba en la acera. Alguien había dejado un montón de rosas con las cabezas cortadas en los escalones de la entrada. ¿Evangeline o una chica diferente?

—Entonces, ¿qué tipo de salón es este exactamente? —preguntó Cordelia, cuando la puerta del carruaje se abrió y Matthew la ayudó a entrar. Uno de los sirvientes de la Cónsul, un hombre de mediana edad con cabello castaño estaba sentado impasible en el asiento delantero. Claro que había oído hablar de los salones, las reuniones donde los grandes, famosos y nobles se unían para apreciar el arte y la poesía. Se rumoreaba que también ocurrían cosas más atrevidas en los salones, entre las sombras y en los jardines oscuros, las parejas se reunían para ir a una cita donde nadie podía verlas.

Anna y Matthew se apresuraron tras ella, Anna desdeñando la ayuda de la mano de Matthew.

—Uno exclusivo —dijo Anna, recostándose en el banco de terciopelo—. Lo visitan los subterráneos más famosos del mundo.

El carruaje partió a toda velocidad.

—De algunos habrás oído hablar; de otros no —continuó Anna—. Algunos con reputaciones que no se merecen… y otros con reputaciones que ellos mismos se han ganado.

—Nunca pensé que los subterráneos estuvieran interesados en la pintura y la poesía —dijo Cordelia—. Pero supongo que no hay razón para que no lo estén, ¿verdad? Es solo que esas no son comunes para los cazadores de sombras. No creamos cosas.

—Podemos hacerlo —dijo Matthew—. El problema es que se nos dice que no debemos hacerlo. No confundas el condicionamiento con una incapacidad nata.

— ¿Tú creas, Matthew? —preguntó Cordelia, mirándolo fijamente—. ¿Dibujas, pintas o escribes poesía?

—Lucie escribe —señaló Matthew, sus ojos eran como el agua oscura—. Pensé que escribía para ti de vez en cuando.

—Lucie se angustia —dijo Cordelia—. No lo dice, pero sé que se angustia, piensa que todos sus escritos son en vano, porque ella es una cazadora de sombras y eso debe ser lo primero. —Vaciló—. ¿Qué significa la «Ruelle Infernal»?

Los ojos de Anna resplandecieron.

—Las reuniones académicas oficiales en París siempre han sido controladas por hombres —dijo—, pero los salones son un mundo gobernado por mujeres. Una notable dama de la nobleza sentó a sus invitados artistas en su *ruelle*, el espacio que existe entre su cama, en realidad es la cama de cualquier chica, y la pared. Un lugar escandaloso. Informalmente, una reunión artística presidida por una mujer llegó a ser conocida como «ruelle».

—Pensé que dijiste que Malcolm Fade dirigía este.

—Es dueño del edificio —dijo Anna—. En cuanto a quién lo dirige, pronto lo verás.

A Cordelia no le gustaba tener que esperar para descubrir las cosas. Suspiró y miró por la ventana.

— ¿A dónde vamos?

—Berwick Street —dijo Anna y le guiñó un ojo—. En Soho.

Cordelia no sabía mucho de Londres, pero sí sabía que Soho estaba donde vagaban los bohemios. Escritores sin reconocimiento y artistas hambrientos, socialistas sin dinero y aspirantes a músicos, se codeaban con una mezcla de comerciantes, regateadores, aristócratas que habían

caído en desgracia y damas que no eran mejores de lo que deberían ser. Siempre había sonado tremendamente emocionante, y exactamente el tipo de lugar que su madre nunca la dejaría ir.

—Soho —suspiró, mientras el carruaje traqueteaba por una calle estrecha y oscura en cuyo pavimento se habían instalado los puestos de un mercado público. Las balizas de nafta iluminaban los rostros de los dueños de los puestos que conversaban y regateaban con los clientes sobre platos y tazas de porcelana astillada y ropa de segunda mano. Caballeros, bueno, no del todo, probablemente, pensó Cordelia, se probaban abrigos y trajes en la calle, sus esposas tocaban el material y hablaban sobre el dobladillo. El carnicero de Boswell había abierto las puertas y estaba vendiendo cortes de carne.

—Lo que sea que encuentres aquí se echará a perder antes de mañana, cariño —dijo Anna, notando la mirada curiosa de Cordelia, a la luz del gas, y había panaderos y tenderos haciendo lo mismo. Pasaron junto a una tienda de té y luego al pub Blue Posts, con sus ventanas llenas de luz.

—Aquí —dijo Anna, y el carruaje se detuvo. Salieron y se encontraron en la esquina de Berwick y un pequeño callejón llamado Tyler's Court, que se alejaba de la vía principal. El aire estaba lleno del sonido de gente riendo y gritando, y el olor a nueces tostadas. Después de una breve y baja charla con Matthew, Anna desapareció por el callejón, su forma alta y vestida de negro se fundió casi de inmediato con las sombras. Cordelia se quedó sola con Matthew. Tenía el sombrero inclinado sobre un ojo y la miraba pensativamente.

Cordelia miró las señales de la tienda. Podía ver las siluetas de mujeres descansando en las puertas. Pensó en la voz de su madre diciendo:

U*na mujer que perdió el camino, ya lo sabes*. Como si la chica en cuestión solo se hubiera equivocado de rumbo. Cordelia trató de imaginarlo. Besar a los hombres por dinero, hacer más que solo besar…

— ¿Qué estás pensando? —preguntó Matthew. Cordelia apartó la mirada de una mujer con las mejillas sonrosadas que le sonreía a un hombre con ropa de trabajador que no le quedaba muy bien.

— ¿Qué es un lapidario? —preguntó, no porque realmente quisiera saberlo, sino porque el letrero frente a ella decía A. JONES, LAPIDARIO y Matthew la estaba poniendo nerviosa.

—Una frase lapidaria es una que vale la pena tallar en piedra —dijo Matthew—, y preservar para siempre, un dicho sabio como «somos polvo y sombras» o, alternativamente, cualquier palabra que salga de mi boca.

— ¿Allí venden frases? —Cordelia señaló el letrero.

—Venden objetos con frases grabadas en ellos —dijo Matthew—. Por ejemplo, si deseas que se graben palabras de amor en tu alianza de boda. O palabras de arrepentimiento y pena en tu tumba. Para mi propia lápida, espero algo un poco grandioso.

—Me sorprendes —dijo Cordelia—. Estoy completamente asombrada.

Matthew levantó los brazos en el aire, su rostro brillaba en los faroles de nafta.

—Quizás una simple «Oh tumba, ¿dónde está tu victoria? Oh, Muerte, ¿dónde está tu aguijón?» ¿Pero eso realmente captura la luz que traje a las vidas de amigos y conocidos, la tristeza que sentirán cuando se extinga? Quizás:

«No derrames por él la amarga lágrima
Ni des el corazón al vano arrepentimiento;
Es solo el ataúd que yace aquí,
La gema que la llenó aún brilla.»

La voz de Matthew se había elevado; los aplausos surgieron de la multitud fuera del Blue Posts cuando terminó. Bajó los brazos justo cuando Anna salía del callejón.

—Deja de balbucear tonterías, Matthew —dijo—. Ahora vengan, los dos, nos están esperando.

* * *

Era una noche oscura, el bosque era denso y oscuro. La bella Cordelia, a horcajadas sobre su palafrén blanco, galopaba por el camino sinuoso que brillaba en blanco a la luz elegante de la luna. Su brillante cabello escarlata volaba detrás de ella, y su rostro radiante y hermoso figuraba con firme determinación.

De repente gritó. Un semental negro había aparecido, bloqueando el camino delante suyo. Se echó hacia atrás y se detuvo con un jadeo.

¡Era él! ¡El hombre de la posada! Reconoció su atractivo rostro, *sus radiantes ojos verdes. Su cabeza sintió que daba vueltas. ¿Qué podría estar haciendo aquí en medio de la noche, vistiendo pantalones muy ajustados?*

—*Créeme* —le *dijo, su voz cargada de sarcasmo*—. *Me advirtieron que las mujeres de este vecindario eran rápidas, pero no pensé que debía tomarlo de forma tan literal.*

Cordelia jadeó. ¡Cómo se atrevía!

—¡Le ruego, apártese de mi camino, señor! ¡Tengo una misión urgente esta noche cuya realización dependen muchas vidas!

Lucie llegó al final de su oración —junto con la cinta de la máquina de escribir—, y aplaudió con alegría. *¡Le ruego, apártese de mi camino, señor!* ¡Cordelia tenía tal espíritu! Y las chispas estaban a punto de volar entre

ella y el apuesto bandido de caminos, que en realidad era hijo de un duque, condenado por un crimen que no había cometido y obligado a ganarse la vida en las carreteras. Todo era tan romántico…

— ¿Señorita Herondale? —dijo una voz suave detrás de ella.

Lucie, sentada en su escritorio junto a la ventana, se volvió sorprendida. Se había olvidado de encender la luz mágica en su habitación al anochecer, y por un momento todo lo que pudo ver fue una figura masculina con ropa oscura, de pie justo en el centro de su habitación.

Gritó. Cuando no pasó nada, volvió a gritar, levantó la ordenada pila de páginas completas que había dejado a un lado, y la arrojó a la figura que estaba en medio de su habitación.

Él se movió a un lado ágilmente, pero no lo suficientemente rápido. El manuscrito lo golpeó y explotó en una nube blanca de papel.

Lucie alargó la mano hacia la lámpara de su escritorio. En la repentina iluminación lo vio claramente: cabello negro, tan liso como el de su hermano, era despeinado y desordenado. Unos ojos verdes la miraron bajo unas pestañas oscuras.

—Así que esto es lo que la gente quiere decir cuando dicen que las páginas simplemente pasaron volando —dijo Jesse sin humor en su voz, mientras el último de los papeles caía a sus pies—. ¿Realmente era necesario?

— ¿Era necesario invadir mi habitación? —exclamó Lucie poniendo sus manos en sus caderas. Podía sentir su corazón latir con fuerza, y estaba un poco sorprendida de sí misma. No era como si ver fantasmas fuera algo tan raro para ella. Jessamine entraba y salía de la habitación de Lucie con frecuencia: le encantaba mirar la ropa de Lucie cuando la sacaba del armario y darle consejos de moda que no había solicitado. Lucie tenía casi

diez años cuando se dio cuenta —mientras Rosamund y Piers Wentworth se burlaban de ella—, que la mayoría de las chicas no tenían una fastidiosa amiga fantasma.

Jesse había recogido una página y la estaba mirando críticamente.

—Usas demasiado la palabra «radiante» —le dijo—. Al menos tres veces en la misma página. También «dorado» y «brillante.»

—No recuerdo haber pedido tu opinión —dijo Lucie, poniéndose de pie. Gracias al cielo que se había cambiado para cenar y todavía usaba su camisón. A veces olvidaba cambiarse cuando se adentraba en una historia, las palabras salían volando de sus dedos—. ¿Cuál fue el último libro que leíste?

—*Grandes Esperanzas* —respondió rápidamente—. Te lo dije, leí mucho.

Se sentó en el borde de la cama de Lucie… e inmediatamente se levantó, sonrojado. Lucie se quitó las manos de las caderas, divertida.

—Un fantasma con sentido de propiedad. Eso *es* gracioso.

Él la miró sombríamente. En realidad tenía una rostro llamativo, pensó. Su cabello negro y ojos verdes hacían un contraste invernal contra su piel pálida. Como escritora, una tenía que prestar atención a ese tipo de cosas. Las descripciones eran muy importantes.

—En realidad hay un propósito de mi visita —le dijo.

— ¿Aparte de burlarte y humillarme? ¡Qué alegría!

Jesse la ignoró.

—Mi hermana y tu hermano han arreglado un encuentro secreto esta noche…

—Oh, por el Ángel. —Fue el turno de Lucie de dejarse caer fuertemente en el borde de su cama—. Eso es terriblemente incómodo.

Antes de que Jesse pudiera decir una palabra más, la puerta del dormitorio se abrió de golpe y el padre de Lucie se paró en el umbral, alarmado.

— ¿Lucie? —dijo él—. ¿Dijiste algo? Creí haberte oído.

Lucie se tensó, pero la expresión en los ojos azules de su padre no cambió, una leve preocupación mezclada con un curioso desconcierto. Realmente no podía ver a Jesse. Jesse la miró y, de forma muy irritante, se encogió de hombros como si dijera: *te lo dije*.

—No, papá —respondió—. Todo está bien.

Él miró las páginas del manuscrito esparcidas por toda la alfombra.

— ¿Bloqueo de escritor, Lulu?

Jesse levantó una ceja.

¿Lulu?, articuló.

Lucie consideró si era posible morir de humillación. Ella no se atrevió a mirar a Jesse. En su lugar, miró directamente a su padre. Todavía parecía preocupado.

— ¿Pasa algo, papá?

Will negó con la cabeza. Lucie no podía recordar cuándo habían aparecido las hebras blancas en las sienes, que le daban color a su cabello negro.

—Hace mucho tiempo —dijo él—, yo fui el que advirtió a la Clave que algo terrible estaba por venir. Una amenaza que no sabíamos enfrentar. Ahora que *soy* parte de la Clave, todavía no puedo convencer a quienes me rodean que se deben tomar más medidas que solo establecer patrullas en un parque.

— ¿Es eso realmente todo lo que están haciendo?

—Tu madre cree que la respuesta se encuentra en la biblioteca —dijo Will, pasando sus dedos distraídamente por su cabello. El dorso de las manos de su padre quedó marcado por un ataque demoníaco que había sucedido años atrás, cuando Lucie era una niña—. Tu tío Jem cree que los brujos pueden tener algún conocimiento útil escondido en su Laberinto Espiral.

— ¿Y qué es lo que tú crees? —dijo Lucie.

—Creo que siempre hay quienes se mantienen vigilantes y buscan la verdad en lugar de respuestas fáciles —respondió, con una sonrisa que Lucie podría decir que era más para ella que para él—. Mientras tanto, estaré con tu madre en la biblioteca. Todavía estamos en la sección *A* del libro *Demonios Peculiares*. No sabía que había una criatura parecida a un gusano llamada Aaardshak común en Sri Lanka.

—Cordelia, tal vez —dijo Lucie—. Ella ha estado en todas partes. —Frunció el ceño—. ¿Es egoísta u horrible, preocuparse por que todo este problema demore nuestra ceremonia *parabatai*? Siento que seré una mejor cazador de sombras cuando suceda. ¿Tú lo fuiste después de convertirte en *parabatai* del tío Jem?

—Un mejor cazador de sombras y un mejor hombre —dijo Will—. Lo mejor de mí, lo aprendí de Jem y tu madre. Todo lo que quiero para ti y Cordelia es que tengan lo que tuve, una amistad que moldeará todos tus días. Y que nunca se separen.

Lucie sabía que sus padres habían hecho grandes cosas que se habían convertido en famosas leyendas entre los nefilim, pero habían sufrido demasiado. Por eso había decidido hacía mucho tiempo que vivir en una historia sería terriblemente incómodo. Era mejor escribirlas y controlar el cuento para que nunca fuera demasiado triste o aterrador, solo lo suficiente para ser intrigante.

Will suspiró.

—Duerme un poco, *fy nghariad bach.* Esperemos que nuestros habitantes de la enfermería estén mejor mañana.

La puerta se cerró detrás de su padre y Lucie miró alrededor de su habitación en sombras. ¿Dónde estaba su fantasma?

—Bueno, eso fue interesante —dijo Jesse con voz pensativa.

Lucie se dio la vuelta y miró a Jesse, que estaba sentado en el alféizar de la ventana, toda la piel era pálida y sus cejas oscuras como cortes en la cara. No se reflejaba en los cristales. Estaban negros y vacíos detrás de él.

—Tienes suerte de que no le haya dicho que estabas aquí —dijo—. Me habría creído. Y si pensara que había un chico en la habitación de su hija, habría descubierto cómo destrozarlo miembro a miembro, incluso si no pudiera verlo.

Jesse no parecía realmente preocupado.

— ¿Cómo te llamó? ¿Cuándo salía de la habitación?

—*Fy nghariad bach*. Significa «mi amor» en galés. «Mi pequeño amor.» —Lo miró desafiante, pero él no lucía como si se fuera a burlar de ella.

—Mi madre habla a menudo de tu padre —dijo él—. No pensé que sería así.

— ¿Cómo?

Su mirada se desvió de la de ella.

—Mi propio padre murió antes de que yo naciera. Pensé que tal vez lo vería cuando muriera, pero no lo he hecho. Los muertos van a algún lugar lejos. No puedo seguirlos.

— ¿Por qué no? —Lucie le preguntó una vez a Jessamine qué sucede después de que uno muere: Jessamine respondió que no sabía, que los fantasmas que habitaban el limbo no eran veían la tierra de la muerte.

—Estoy atrapado aquí —dijo Jesse—. Cuando sale el sol, me voy a la oscuridad. No estoy consciente otra vez hasta la noche. Si hay una vida después de la muerte, nunca la he visto.

—Pero puedes hablar con tu hermana y tu madre —dijo Lucie—. Deben saber lo extraño que es todo esto. ¿Pero lo mantienen en secreto? ¿Se lo ha dicho Grace alguna vez a James?

—No lo ha hecho —dijo Jesse—. Los Blackthorn están acostumbrados a guardar secretos. Solo por accidente descubrí que Grace se reuniría con tu hermano esta noche. La vi escribirle a James, aunque ella no sabía que estaba ahí.

—Ah, sí… el encuentro secreto —dijo Lucie—. ¿Te preocupa que Grace caiga en desgracia?

Era angustiosamente fácil para una joven ser «repudiada», su reputación sería destruida si la encontraban sola con un caballero. La madre siempre esperaba que el caballero hiciera lo correcto y se casara con la dama en lugar de condenarla a una vida de vergüenza, incluso si él no la amaba, pero estaba lejos de ser algo seguro. Y si no lo hacía, uno podría estar seguro de que ningún otro hombre se acercaría a ella. Y nunca se casaría.

Lucie pensó en Eugenia.

—Nada tan trivial —dijo Jesse—. Supongo que sabes las historias de mi abuelo, ¿verdad?

Lucie levantó una ceja.

— ¿El que se convirtió en un enorme gusano debido a la viruela demoníaca y fue asesinado por mi padre y mis tíos?

—Temía que tus padres no lo hubieran considerado el tipo de cuento adecuado para los oídos de una joven —dijo Jesse—. Veo que fue una preocupación inútil.

—Lo cuentan cada Navidad —dijo Lucie con aire de suficiencia.

Jesse se puso de pie. Lucie no pudo evitar mirar el espejo sobre el tocador, donde pudo ver el reflejo de su propio rostro, pero no el de Jesse. Una chica en una habitación vacía, hablando sola.

—El abuelo Benedict incursionó en una gran cantidad de magia negra —dijo—.Y su relación con los demonios… —Se estremeció—. Cuando murió, dejó un demonio cerbero en el invernadero. Su mandato es proteger a nuestra familia.

— ¿El demonio que James vio en el invernadero? Pero lo mató. Y cuando el Enclave registró los terrenos, no encontraron nada.

—El cerbero había sido criado con cierta planta demoníaca —dijo Jesse—. Cuando se mata, deja caer vainas que al principio parecen inofensivas. Después de algunas horas, eclosionan y se convierten en nuevos demonios cerbero. A estas alturas ya estarían completamente desarrollados.

Lucie sintió un escalofrío.

— ¿A qué le temes?

—Grace salió de la casa sin el conocimiento de mi madre, de hecho, en contra de sus órdenes expresadas. Los demonios recién nacidos de cerbero lo habrán sentido. Mi abuelo les inculcó el mandato de proteger a nuestra familia. Saldrán a buscar a Grace y la van a recuperar —dijo Jesse.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro? ¿Por qué los nuevos demonios heredarían el mandato de los viejos?

—Lo leí en los papeles de mi abuelo —dijo Jesse—. Esperaba crear un demonio obediente que daría a luz a nuevos demonios cuando los mataran, a unos que recordarían todo lo que su progenitor sabía. Créeme,

nunca pensé que su plan realmente *funcionaría*. El abuelo estaba loco como un sombrerero. Pero cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo, ya era demasiado tarde.

—Pero… —farfulló Lucie—. ¿Le harán daño a Grace?

—No. La consideran una Blackthorn. Pero si es Herondale, si tu hermano está con ella, lo considerarán un enemigo. Mató a su progenitor en el invernadero. Lo atacarán, y no será una tarea fácil defenderse solo de un grupo de demonios cerbero.

James no solo estaría solo, Lucie ni siquiera estaba segura de que estaría armado.

— ¿Qué sabe tu madre de esto? Seguramente no podría haber querido un demonio en su propiedad que…

—Mi madre está resentida con los cazadores de sombras, y tiene toda la razón. Creo que siempre se ha sentido protegida por la presencia del cerbero en el invernadero. —Jesse suspiró—. Para ser honesto, ni siquiera estoy seguro que ella sepa sobre los nuevos demonios. Solo descubrí lo que había sucedido cuando los vi salir de la mansión, y como soy un fantasma, no pude detenerlos. —Su voz estaba llena de frustración—. Ni siquiera he podido encontrar a mi madre para advertirle lo que está pasando.

Negando con la cabeza, Lucie cayó de rodillas frente al baúl al pie de la cama que guardaba su equipo de batalla. Lo abrió. El polvo salió por todas partes: dentro había montones de dagas, cuchillos serafines, cuchillos, cadenas, dardos y otros artículos similares, todo envuelto delicadamente en terciopelo doblado.

Sin hacer ruido, Jesse apareció a su lado.

—Los demonios cerbero no son pequeños. Es posible que desees traer algunos guerreros más.

—Planeaba hacerlo —dijo Lucie, sacando una pequeña hacha de su baúl—. ¿Qué harás mientras tanto?

—Intentar localizar a mi madre y enviarla tras Grace. Ella puede decirle a los demonios cerbero que se alejen; ellos la escucharán. ¿Tienes alguna idea de dónde se encontrarán James y Grace?

Lucie sacó una bolsa que contenía varias dagas y cuchillos serafín del baúl, y la colocó sobre su hombro.

— ¿Quieres decir que no lo sabes?

—No; no vi toda la carta —dijo Jesse—. ¿Crees poder encontrarlos?

—Claro que lo intentaré. —Lucie se levantó, su hacha en mano—. Te diré algo, Jesse Blackthorn. Tu madre puede tener sus razones para estar resentida con los cazadores de sombras, pero si sus ridículos demonios lastiman a mi hermano, no tendré piedad. La mataré a golpes con su mismo sombrero estúpido.

Y con eso, abrió la ventana de su habitación, gateó hacia la repisa y cayó silenciosamente en la noche.

Capítulo Traducido por Michelle Polo
Corregido por Samn y Tris

9
Vino Mortal

Aquí no crecen hierbas ni malezas,
Ni flores de brezo o viñas,
Sino estériles brotes de amapola,
Verdes racimos de Proserpina,
Pálidos canteros de ondulantes juncos;
Aquí nada florece o colorea,
Excepto esta flor de donde ella extrae
Para hombres muertos, vino mortal.
—Algernon Charles Swinburne,
El Jardín de Proserpina

Cordelia y Matthew recorrieron únicamente un corto trecho del callejón antes de que una puerta se alzara frente a ellos. Resplandecía junto a una desgastada pared, y Cordelia sospechaba que para los mundanos, su apertura no sería perceptible en lo absoluto.

Dentro había un estrecho pasillo cuyas paredes estaban recubiertas de pesados tapices de color rojo que colgaban desde el techo hasta el suelo, oscureciendo lo que hubiera tras ellos. Al final del pasillo había otra puerta, también pintada de rojo.

—Cuando este lugar no es la entrada al salón, es una casa de juego —le susurró Matthew a Cordelia mientras se acercaban a la puerta—. Incluso

hay una trampilla en el techo, así si son allanados por la policía, los jugadores pueden escapar por las cornisas.

De repente, la puerta se abrió de golpe. Reposando en el espacio que se había revelado, estaba un hombre alto, en un saco y pantalones color gris hierro. En la semioscuridad, su cabello aparentaba ser de un blanco absoluto. Cordelia pensó que debía estar en los sesenta al menos, pero mientras se acercaban se dio cuenta de que su cara era joven y afilada, sus ojos violeta oscuro.

Ese debía ser Malcolm Fade, el Gran Brujo de Londres. La mayoría de los brujos tenían una marca que los distinguía, una señal física de su sangre demoníaca: piel azul, cuernos, garras hechas de piedra. Los ojos de Malcolm eran sin duda de un tono sobrenatural, como amatistas.

— ¿Tres de ustedes esta vez? —le dijo a Anna.

Ella asintió.

—Tres.

—Tratamos de limitar el número de cazadores de sombras en el salón —dijo Malcolm—. Prefiero que los nefilim se sientan en desventaja numérica en medio de subterráneos, dado que suele ser al revés. —La voz de una mujer se escuchó tras él: Malcolm no volteó, pero aún así sonrió—. Sin embargo, ustedes animan el lugar, como me lo recuerda Hypatia. —Abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado para permitirles la entrada—. Entren. ¿Están armados? No importa, claro que lo están. Son cazadores de sombras.

Anna atravesó el umbral y después lo hizo Matthew, Cordelia fue la última. Cuando pasó junto a Malcolm, éste miró directamente a su rostro.

—No hay sangre Blackthorn en tu familia, ¿o sí? —preguntó de repente.

—No… nada, no lo creo —dijo Cordelia, sorprendida.

—Bien. —Malcolm los hizo pasar. Dentro, el salón era una serie de habitaciones interconectadas, decoradas en brillantes tonos de joyas; en rojo, verde, azul y dorado. Bajaron por un corredor pintado de bronce y en dirección a un cuarto octagonal lleno de subterráneos. El parloteo y las risas se elevaban a su alrededor como la marea.

Cordelia sintió retumbar un poco su corazón: había algo sobre esa noche que se sentía peligroso, y no porque estuviera en una habitación llena de subterráneos. El hecho de que ninguno de ellos estuviese haciendo esfuerzo alguno por esconderse lo hacía ver de alguna forma menos preocupante. Los vampiros avanzaban a paso majestuoso y orgulloso, sus caras relucientes en la luz eléctrica; los hombres lobo merodeaban las sombras en elegantes trajes de gala. Había música proveniente de un cuarteto de cuerdas de pie sobre un elevado escenario de madera de cerezo al centro de la habitación. Cordelia vislumbró a un apuesto violinista con los ojos verde dorado de un hombre lobo y a un clarinetista con rizos castaños, sus pantorrillas terminaban en las duras pezuñas de una cabra.

Las paredes eran de un azul profundo, y gigantes pinturas con marcos dorados colgaban de ellas, representando escenas de la mitología. Al menos, Cordelia pensaba que eran escenas mitológicas. Notó que normalmente cuando la gente estaba desnuda en las pinturas, era porque el pintor creía que los griegos y romanos no tenían la necesidad de usar ropa. Lo cual Cordelia encontraba intrigante, especialmente cuando los sujetos se veían envueltos en actividades como combatir minotauros o luchar contra serpientes. Cualquier cazador de sombras sabía que en una batalla, el equipo que cubriera tu cuerpo era crucial.

—Simplemente no veo por qué alguien desearía comer en el campo al desnudo —dijo Cordelia—. Tendría hormigas en lugares espantosos.

Anna comenzó a reír.

—Cordelia, eres una brisa de aire fresco —le dijo, mientras una mujer de cabello oscuro se dirigía hacia ellos, llevando una charola de plata. Su

oscuro cabello estaba envuelto alrededor de un peineta de marfil, con peonías de seda colgando y su vestido bordado era color carmesí intenso. Brillando en la charola había copas de cristal llenas de líquido brillante.

— ¿Champán? —les ofreció y sonrió, brillantes colmillos se asomaron por encima de su labio inferior. Una vampira.

—Gracias Lily —dijo Anna, tomando una copa, Matthew tomó una también y, después de un momento de vacilación, Cordelia los imitó. Nunca había tomado champán, ni nada parecido. De acuerdo a su madre, las damas solamente bebían licores dulces como jerez y ratafia.

Matthew bebió su champán de un solo trago, colocó la copa vacía en la charola de Lily y tomó otra. Cordelia levantó su copa mientras un apuesto brujo con un anillo de plumas alrededor de su cuello paseaba del brazo con una vampira rubia en un vestido rojo granate. Ella era adorable y pálida como la nieve recién caída: Cordelia pensó en las mujeres mundanas que pagaban para tener sus rostros de un blanco esmaltado, para preservar su juventud y mantenerse elegantemente pálidas.

Deberían convertirse en vampiros, pensó. Sería menos costoso.

— ¿A qué se debe esa sonrisita tuya? —inquirió Matthew—. Luces como si estuvieras a punto de echarte a reír.

Cordelia tomó un sorbo de champán, sabía a pequeñas burbujas y lo miró maliciosamente.

— ¿Y qué con eso?

—La mayoría de las chicas estarían asustadas —le dijo—. Quiero decir, no Anna. O Lucie. Pero la mayoría.

—No me asusto fácilmente —respondió Cordelia.

—Comienzo a notarlo. —Divisó Anna y Lily: la chica vampiro estaba riendo, su cabeza cerca de la de Anna—. Anna puede seducir a cualquiera

—le dijo Matthew a Cordelia en voz baja—. Absolutamente a cualquiera. Ese es su talento.

—No el único, espero. —dijo Anna, elevando la mirada mientras Malcolm Fade reaparecía. Le hizo un gesto a Lily con una seña desdeñosa. Lily salió volando en un remolino de seda.

—Hypatia desea verte, Anna —dijo Malcolm—. Tiene una amiga que la visita desde fuera de la ciudad y ha pedido conocerte. —Anna le ofreció una sonrisa maliciosa.

—Y esta amiga ¿desde dónde viene de visita?

—De la costa —dijo Malcolm—. Ven, ya sabes cómo se pone Hypatia.

Anna les lanzó un guiño a Cordelia y a Matthew, y se volvió para seguir a Malcolm por un pasillo revestido con papel tapiz de damasco. Rápidamente se perdieron de vista.

—Es muy hermosa —dijo Cordelia—. Anna, quiero decir.

—Anna tiene una cualidad. —Matthew elevó una ceja pensativa—. Los franceses lo llamarían *jolie laide*. —Cordelia sabía el francés suficiente para poder fruncir el ceño.

— ¿Guapa y fea? ¡Ella no es fea!

—Eso no es lo que significa —dijo Matthew—. Significa lindura inusual. Extrañamente hermosa. Significa tener un rostro con carácter. —Su mirada viajó desde la punta de su cabeza hasta los extremos de sus zapatos—. Como la que tú tienes.

Extendió la mano para tomar una copa de champán de una bandeja que pasaba cuando el guapo hombre lobo del cuarteto de cuerdas pasó con una sonrisa. De alguna manera, Matthew había bebido la copa que tenía y la descartó con impresionante velocidad y discreción. Tomó un trago de la copa nueva y se encontró con los ojos de Cordelia por encima del borde.

Cordelia no estaba del todo segura de cómo se sentía siendo llamada «guapa y fea», pero había asuntos más importantes en cuestión. No sabía cuándo volvería a estar sola con Matthew.

— ¿Recuerdas cómo pregunté por tu madre en el baile? —le dijo.

—Siempre disfruto pensar en mi madre en esta clase de fiestas —dijo.

Ella tomó otro trago de champán e intentó contener un hipo.

—Tu madre es la Cónsul —continuó.

—Lo he notado, sí.

—Y actualmente está en Idris, donde se están preparando para interrogar a mi padre.

Los ojos de él se estrecharon.

—Pensé… —Sacudió su cabeza. Un grupo de bailarinas vampiro miraron hacia ellos y se rieron—. No importa. Pienso demasiado y bebo demasiado. Ese siempre es mi problema.

—Hay algo que no entiendo —dijo Cordelia—. ¿Por qué aún no han interrogado a mi padre con la Espada Mortal? Así probarían que es inocente.

Matthew parecía ligeramente sorprendido.

—En efecto. Tiene poco sentido poseer un objeto mágico que obliga a sus portadores a decir la verdad si no lo vas a usar en juicios criminales.

La palabra «criminal» aún calaba a Cordelia hasta los huesos.

—Tenemos muy poca información, pero mi hermano tiene amigos de la escuela en Idris. Él ha escuchado que no planean usar la Espada Mortal en el juicio. ¿Crees poder convencer a tu madre de que lo hagan?

Matthew había conseguido otra bebida, posiblemente de una maceta. La estaba observando por encima del borde de la copa. Cordelia se preguntó cuántas personas habían visto a Matthew sonriendo mientras tomaba una bebida y fallaron al intentar cruzar una mirada con esos oscuros ojos verdes.

—Estás muy preocupada por esto, ¿no es así? —dijo él.

—Es mi familia —contestó ella—. Si mi padre es hallado culpable, no solo lo perderemos, seremos como los Lightwood después de la muerte de Benedict. Se nos despojará de todo lo que tenemos. Nuestro nombre caerá en desgracia.

— ¿Te importa tanto? ¿Caer en desgracia?

—No —dijo Cordelia—. Pero a mi madre y mi hermano sí, y no sé si podrían sobrevivir.

Matthew colocó su copa sobre una mesa auxiliar de marquetería.

—De acuerdo —dijo—. Le escribiré a mi madre a Idris.

El alivio era casi doloroso.

—Gracias —le dijo Cordelia—. Pero haz que escriba dirigiéndose a Lucie, por favor, al Instituto. No quiero que mi madre lea la respuesta antes que yo, en caso de que diga que no.

Matthew frunció el ceño.

—Mi madre no… —Se interrumpió, mirando más allá de ella, hacia donde Lily los llamaba desde el otro lado del salón—. Esa es la señal de Anna —dijo—. Debemos irnos.

Cordelia tuvo una ligera sensación de inquietud.

— ¿Ir a dónde?

—Al centro de todo esto —respondió Matthew, señalando en dirección al corredor tapizado de damasco por el que Anna había desaparecido antes—. Prepárate. Los brujos pueden ser tan engañosos como las hadas si así lo desean.

Curiosa, Cordelia siguió a Matthew por el pasillo. Linternas de papel iluminaban el camino. Al final del corredor había un gabinete de ébano tallado, una serie de curiosidades se extendían detrás de un cristal. Matthew dio un golpecito al cristal.

El gabinete se abrió.

Dentro había una gruta dorada. Toda la habitación resplandecía, desde el mural en el techo hasta el suelo en donde la alfombra relucía como si fuera papel de seda color lino. Había mesas de madera dorada que tenían todo tipo de tesoros: relojes de cuco con incrustaciones de lapislázuli y oro, guanteletes y espadas con la delicada hechura de las hadas, una caja de madera pulida decorada con el símbolo del *ouroboros*, una serpiente devorando su propia cola, y una manzana tallada en un rubí. Al fondo de la habitación había una cama de cuatro postes que era del tamaño de la recámara completa de Cordelia en casa, con incrustaciones de cobre y latón, cubierta con docenas de cojines enfundados en tela dorada. Sentada en el extremo de la cama, como si fuera un trono, estaba una mujer, una elegante bruja que parecía artísticamente moldeada de materiales encantados: su piel caoba, su cabello de bronce, su vestido de brillante oro.

Cordelia vaciló en el umbral de la puerta. Habían otras personas además de la bruja: El mismísimo Malcolm Fade, y Anna Lightwood, reposando sola en un sofá hecho de madera de nogal y terciopelo dorado, sus largas piernas cruzadas sobre los delgados brazos de madera.

Malcolm sonrió.

—Bienvenidos, pequeños cazadores de sombras. Pocos de su especie han visto alguna vez los aposentos de Hypatia Vex.

—Me pregunto, ¿es ella bienvenida? —preguntó Hypatia, con una sonrisa felina—. Deja que se acerque.

Cordelia y Matthew avanzaron juntos, Cordelia se movió cautelosamente entre las mesas y sillas rococó, resplandeciendo con oro y perlas. De cerca, las pupilas de los ojos de Hypatia tenían forma de estrellas: su marca de brujo.

—No puedo decir que me preocupa la idea de demasiados nefilim infestando mi salón. ¿Eres interesante, Cordelia Carstairs?

Cordelia dudó.

—Si tienes que pensarlo —continuó Hypatia—, entonces no lo eres.

—Eso no tiene sentido —dijo Cordelia—. Es obvio que si no piensas, no puedes ser interesante.

Hypatia parpadeó, creando el efecto de estrellas que se encienden y apagan como lámparas. Y entonces sonrió.

—Supongo que puedes quedarte un rato.

—Buen trabajo, Cordelia —dijo Anna, bajando sus piernas del brazo del sofá—. Arabella, ¿cómo van las bebidas?

Cordelia se giró y se dio cuenta de que una hada con gran cabello azul y verde también estaba en la habitación. Estaba de pie en un cenador, parcialmente escondido: ante ella había un aparador donde mezclaba bebidas, sus manos flotaban en el aire como hojas de helecho en el agua, desatascando jarras y frasquitos de cristal llenos de líquido rojo, y vaciándolas afanosamente en distintos tipos de copas.

Cordelia entrecerró los ojos.

— ¡Ya están listas, querida! —dijo Arabella, y se acercó a repartir las bebidas. Matthew aceptó una con prontitud. Cordelia notó que Arabella

tenía un andar inestable y oscilante, como si fuera un marinero que no está acostumbrado a caminar en la tierra.

Cuando Arabella le dio su bebida a Anna, ésta atrajo a Arabella hacia su regazo. Arabella rio, levantando los tacones franceses. Sus piernas estaban impactantemente desnudas y cubiertas con iridiscentes patrones de escamas casi imperceptibles. Destelleaban como un arcoiris bajo la luz dorada.

Una sirena. Así que ella era la amiga «de la costa» de Hypatia. Eran un tipo de hadas raramente vistas fuera del agua, ya que sus piernas humanas les causaban dolor al caminar.

Arabella notó la mirada de Cordelia y se encogió de hombros, los cuales se movían fluidamente bajo su espeso cabello verde y azul.

—No he pisado la tierra por muchos años. La última vez que visité esta fea ciudad, los subterráneos y los cazadores de sombras estaban tratando de formar los Acuerdos. No estuve muy impresionada con los nefilim entonces, y no he sido aficionada a los cazadores de sombras después. Aún así, se pueden hacer excepciones.

Antes de que se formaran los Acuerdos. Esta mujer no había estado en la tierra por más de treinta años.

Arabella se inclinó hacia Anna mientras hablaba y los cicatrizados dedos de Anna flotaban ágilmente por las ondas del cabello de la sirena. Un diminuto pez, tan pequeño como los chispazos de una fogata y de color azul brillante, se agitó cuando fue perturbado y saltó de hebra en hebra, persiguiendo los movimientos de Anna.

—Querida mía, tu cabello es como una hermosa corriente —murmuró Anna—. Porque hay un peces en él.

Aparentemente Anna podía seducir a muchas personas en una noche. Arabella se sonrojó y saltó para traer más bebidas del aparador.

—Sabemos por qué Anna te trajo *a ti*, Matthew —dijo Malcolm—. Tú eres entretenido. Pero, ¿hay una razón por la que esta joven Carstairs los esté acompañando esta noche?

—Porque necesitamos su ayuda —dijo Cordelia.

Todos en la habitación rieron. Malcolm sonrió y levantó su alargada copa vacía hacia Cordelia, como si hubiera hecho una broma particularmente buena; Arabella seguía en el estante, salpicando flores en dos copas altas con vino mientras tarareaba.

Anna y Matthew parecían afligidos.

—Magnus Bane los ayudaría —dijo Hypatia, las estrellas en sus ojos centellaron—. Eso es por lo que han venido. Magnus los ha hecho creer que un brujo siempre los ayudará.

—Magnus no está aquí —dijo Malcolm. Su mirada era distante—. No les deseo nada malo, niños, pero una vez amé a una cazadora de sombras y solo me trajo aflicción.

—Se convirtió en una Hermana de Hierro y rompió su corazón —dijo Hypatia.

—Oh —dijo Cordelia, sorprendida. Las Hermanas de Hierro eran incluso más reservadas que los Hermanos Silenciosos. Severas y retraídas, le daban forma al *adamas* y lo convertían en armas con runas para los nefilim desde su fortaleza escondida. Lo habían hecho durante mil años. Como los Hermanos Silenciosos, no se casaban y tenían la responsabilidad de colocar hechizos de protección a los bebés cazadores de sombras al nacer. Nadie que no perteneciera a la Hermandad tenía permitida la entrada a la Ciudadela Infracta. Solo las mujeres podían convertirse en Hermanas de Hierro, aunque para Cordelia parecía tan solitario como la Hermandad Silenciosa—. Eso parece muy trágico.

—En efecto —dijo Malcolm—. Nuestra especie y la suya están mejor separadas, a pesar de lo que pueda decir Bane.

—No conozco a Bane —dijo Hypatia, chocando sus uñas doradas la una con la otra—. Antes de que dejara Londres ayudó a los nefilim, pero, ¿acaso ellos recuerdan su bondad, o simplemente esperan ayuda a la primera señal de problemas? Te dejo venir a mi salón porque me diviertes, Matthew Fairchild. Porque eres un niño… un niño tonto y hermoso, que toca el fuego porque es encantador y olvida que lo quemará. No te tomes la libertad de pensar que eso significa que puedes pedir favores.

—Podría resultarte entretenido averiguar qué es lo que quieren —sugirió Anna.

—Como si no lo supieras ya —le respondió Hypatia, pero la mirada que le dio a Anna fue cariñosa y Anna sonrió.

— ¿Y si hacemos algo por ustedes? —dijo Cordelia. Arabella estaba sirviendo más bebidas, colocando bebidas adornadas con flores frente a los brujos. Malcolm levantó la suya y la miró como si esperara encontrar consuelo en el fondo—. ¿Y si salvase sus vidas? —prosiguió Cordelia apresuradamente.

Esta vez no rieron. Simplemente la observaron.

—Eres encantadora —dijo Hypatia—. Pero no corremos ningún peligro.

—Estoy en desacuerdo —indicó Cordelia.

Desenvainó a Cortana. Cada luz en la habitación refulgió a lo largo del filo de la espada.

Cordelia golpeó la alargada copa de Hypatia con una estocada de su espada. La copa explotó derramando cristal y vino en todas las direcciones. Arabella gritó indignada y Cordelia deslizó la espada para apuntar directo a ella.

—Es una lástima —dijo Cordelia—. Nunca antes había visto a una sirena. Desearía que no hubiera resultado ser una envenenadora.

— ¿*Veneno*? —Matthew, que ya se había terminado su copa, la puso sobre la mesa con un golpe sonoro.

—Solo para los brujos —respondió Cordelia—. Era a ellos a quienes estaba tratando de matar.

— ¿Puedo preguntar cómo llegaste a esta alocada conclusión? —Hypatia sonaba indignada.

—Mi madre sabe mucho sobre plantas medicinales y compartió sus conocimientos conmigo —explicó Cordelia—. Existe una planta cultivada por sirenas, una variedad submarina de la letal belladona, la cual no venden ni siquiera en los Mercados de Sombras. Un sorbo es mortal. La vi espolvoreando esas flores en sus copas.

Malcolm Fade agitó una mano sobre su propia copa. Chispas púrpuras se elevaron y danzaron en el recipiente. La mancha de vino tinto en la alfombra se expandió como una flor y se convirtió en humo púrpura. Hypatia miró la copa rota como si se hubiera convertido en una rata.

—Yo fui un niño de Cornwall hace mucho tiempo, donde la *Atropa belladona* crece de forma silvestre —dijo Malcolm tranquilamente—. Soy un experto en los usos de la letal belladona, y he visto a su prima, la letal bellamar con anterioridad. La señorita Carstairs tiene razón. *Ha* salvado nuestras vidas.

—Atrapen a la sirena —dijo Hypatia entre dientes.

Anna ya se había levantado y estaba fuera del sofá, con una daga en mano, sus movimientos ligeros como los de un gato. Arabella estaba buscando algo en su corpiño, mostrando los dientes, pero Anna la atrapó por la muñeca, retorciéndola fuertemente. Algo cayó de los dedos de Arabella y rodó por la alfombra dorada: era el cuerno de una criatura marina, afilada hasta un punto mortal.

—Déjame terminar con mi vida —siseó Arabella, retorciéndose, pero Anna seguía sosteniendo a su prisionera con un brazo sobre el cuello. Las

runas llameaban a lo largo del desnudo brazo delgado de Anna; la daga en su otra mano destelló como un diamante—. Déjame morir con honor como lo hace el pueblo del mar.

— ¿Honor? No hay honor en el veneno. Es un movimiento de cobardes —dijo Hypatia—. Intentaste envenenarme a mí y a Malcolm Fade. ¿Y con qué fin? ¿Qué poder buscas?

—Busca venganza —contestó Malcolm—. He oído de ti, Arabella. Te consideraste insultada por los nefilim hace años. Debe haber sido un asunto más grande de lo que creíamos, porque cuando Hypatia te dijo que estarían aquí esta noche, trataste de devolverles el favor. —Sus ojos se estrecharon—. Hypatia y yo habríamos muerto, «Brujos envenenados por cazadores de sombras», le dirías a todos. Cada subterráneo de Londres habría ido tras la sangre nefilim.

Con el rostro pétreo, Hypatia tomó una campanilla dorada y la hizo sonar; el tintineo hizo eco a través de la habitación. Una chica de piel azul con flores dedaleras en el cabello asomó su cabeza por la puerta.

— ¿Llamó, señora? —La boca de Hypatia era una línea delgada.

—Hyacinth, que los guardias se lleven a esta sirena y la dejen en la vinoteca.

—Por favor reconsidera el poner a una envenenadora en la vinoteca —objetó Matthew—. Se lo ruego, por el bien de mis futuras visitas.

Hypatia sacudió una mano.

—Llévala a la Habitación Susurrante, entonces. No debería ser capaz de causar ningún problema ahí. Dentro de poco la llevaremos al Laberinto Espiral.

— ¿Y después? —preguntó Cordelia mientras que dos trolls que llevaban abrigos de hilo dorado entraron, separaron a Arabella del agarre

de Anna, y escoltaron a la protestante sirena fuera del cuarto—. ¿Qué le pasará a ella?

—Un juicio —contestó Hypatia—. Un asunto subterráneo que no te interesa. Será justo. Los subterráneos siempre son justos.

—Entonces no deberías tener ningún problema ofreciéndole ayuda a Cordelia —añadió Anna, sacudiendo el polvo de sus mangas—, ya que salvó tu vida.

—Anna tiene razón —dijo Malcolm—. Una deuda es una deuda. ¿Qué es eso con lo que necesitas ayuda, nefilim?

Cordelia dejó que Matthew contara la historia; el picnic, la visión de James del reino de sombras, los demonios que aparecieron en pleno día, los cazadores de sombras heridos y el veneno que los Hermanos Silenciosos no pudieron curar.

— ¿Tu amigo vio una tierra de sombras que nadie más puede ver? —dijo Hypatia—. ¿Es el hijo de la bruja cambiante y del cazador de sombras lo suficientemente loco para desposarla? Sabía que eso sería un problema.

Matthew parecía furioso.

—La verdad está en que él puede ver lo que otros no. Es un talento excepcional —dijo Cordelia.

—Así que hay una clase de demonio que aparece durante el día —puntualizó Malcolm—. Y transmite un veneno que sus estudiosos no han visto antes.

—Si tales demonios estuvieran libres por Londres, no sería bueno para nadie. —dijo Anna.

—Por supuesto, todos los demonios vienen de otros mundos —dijo Hypatia—. Pero si piensan que como hijos de demonios estamos íntimamente familiarizados con su geografía y con quiénes los habitan, están muy equivocados.

—No la estamos insultando, señorita Vex —dijo Cordelia—. Pero usted tiene oídos en todo el submundo. Nada pasa sin que usted no se entere. Si hubiera algún otro rumor sobre estos extraños demonios…

—No los hay —dijo Hypatia firmemente—. De hecho, toda discusión ha sido sobre la falta de demonios en Londres y de lo extraño que eso es.

—Ragnor lo llamó «la calma antes de la tormenta», pero es un fatalista hasta en el mejor de los tiempos —dijo Malcolm.

—Bueno, parece que están volviendo —dijo Anna—. Un grupo de demonios shax apareció en Seven Dials justo el otro día.

—Y se hallaron demonios Deumas en la ciudad —añadió Matthew—, criaturas asquerosas y sucias.

Hypatia y Malcolm intercambiaron miradas. Los demonios eran problema de todos, subterráneos y cazadores de sombras por igual. Un solo ataque contra cazadores de sombras era una cosa, pero demonios Shax y Deumas eran asesinos imparciales.

—Había un rumor —comentó Malcolm—, pensé que era solo un rumor, sobre alguna clase de individuo poderoso, quizás un brujo, que hizo correr la voz entre los grupos de demonios de que Londres debía ser evitado.

— ¿Desde cuándo los demonios escuchan a cualquiera? —inquirió Anna.

Malcolm se encogió de hombros.

—Un rumor, como dije. Además, en una situación así, parece sensato dejarlo en paz.

—El momento de dejarlo en paz ya pasó —dijo Cordelia—. Estos demonios diurnos podrían ser un presagio de que lo peor está por venir

para todos nosotros; en realidad, ¿no deberíamos trabajar juntos para descubrir si ese es el caso?

—Detesto cuando un cazador de sombras tiene razón. —Hypatia suspiró—. Ragnor Fell está de vuelta en Londres y ha trabajado a menudo con cazadores de sombras en el pasado. Él sabe mucho acerca de mundos demoníacos, habiéndose hecho estudiante de magia dimensional. Si hay alguna dimensión con razas de demonios que pueden resistir la luz solar, el podría saberlo.

—Eso parece un comienzo. ¿Cómo lo encontramos? —preguntó Matthew.

—Le enviaré un mensaje urgente —dijo Hypatia—. Él los contactará. —Se hundió nuevamente en su silla—. Ahora, váyanse —dijo, cerrando sus ojos estrellados—. Me encuentro hastiada de ángeles.

Parecía que no había más que decir. Matthew, Anna y Cordelia regresaron a través del cuarto principal del salón, donde un vampiro estaba recitando poesía acerca de la sangre. En instantes habían alcanzado Berwick Street y el mundo exterior: Cordelia inhaló bocanadas de fresca brisa nocturna. Sabía a suciedad y a ciudad.

— ¡Nefilim! —Era el hada de piel azul a la que Hypatia había llamado Hyacinth. Miró la ciudad con disgusto antes de entregarle a Matthew un paquete envuelto en terciopelo—. Fade deseaba que tuvieran esto —dijo—. Está agradecido por lo que hicieron. ¿Qué *fue* lo que hicieron? —añadió intrigada—. Nunca he escuchado de un brujo agradecido antes.

Anna le guiñó un ojo

—Te contaré la historia en un momento.

Cordelia y Matthew miraron a Anna con sorpresa. Hyacinth se sonrojó y rio tontamente regresando al callejón.

—Voy a demorar un poco más —dijo Anna, estirándose como si fuera un felino—. Ustedes dos pueden tomar el carruaje; regresaré a casa por cuenta propia.

Matthew levantó una esquina del terciopelo. Dentro, cuidadosamente envueltas, había al menos media docena de cuchillos de fino y cuidadoso trabajo de hadas.

Matthew silbó.

—Un regalo en verdad. —Miró hacia Cordelia con admiración, su cabello broncíneo resplandeció a la luz de las farolas—. Nunca habría adivinado que Arabella estaba intentando envenenarlos.

—Te lo dije antes —dijo Anna, mientras pedía el carruaje—. Nunca cortejo chicas aburridas.

Capítulo Traducido por América
Corregido por Freya, Samn y Tris

Días Pasados: París, 1902

—Tienes que ir a París —le dijo Matthew a Thomas el día antes de que se fuera a Madrid. Él, James y Matthew estaban tumbados sobre sus sillas en la Taberna del Diablo, esperando a Christopher.

—Si finalmente estás huyendo de esta aburrida isla a algún lugar más refinado, tienes que ir a París primero.

—No queda de camino a España —dijo Thomas—. Y esa ciudad será suficientemvente emocionante para mí.

—Tonterías —dijo Matthew—. Solo París es como París. Y definitivamente debes hospedarte en mi alojamiento favorito, el Hotel d'Alsace. En la ribera izquierda. Todos lo llaman L'Hotel.

— ¿Qué eso no significa simplemente «el hotel» en francés? —señaló James, apenas levantando la vista de su libro.

—Eso es porque es el hotel en el que cualquiera que sea alguien se hospeda.

—Yo no soy cualquiera —protestó Thomas.

—Oscar Wilde se hospedó ahí —dijo James—. Usualmente, cuando Matthew dice «cualquiera», es a él a quien se refiere.

—No *solo* Oscar Wilde —dijo Matthew—. Pero sí, Oscar Wilde. Él murió ahí.

—Confío en que tú tendrás una estancia más grata —dijo James.

Thomas realmente tenía intenciones de limitar sus viajes a España, pero las palabras de Matthew se quedaron grabadas en su mente, y cuando el director del Instituto de Madrid le sugirió a Thomas que se tomara dos semanas para que viera un poco más del mundo, Thomas recordó las promesas de Matthew de que el mundo entero cambiaría ante sus ojos después de estar en la Ciudad de las Luces.

L'Hotel se sentía como si fuera la casa de alguien, aunque alguien algo desaliñado. Estaba en el sexto distrito, que en general tenía un aura amistosa pero ligeramente descuidada. Estaba lleno de mundanos que asistían a la cercana Sorbona y Thomas descubrió que era fácil sentirse parte de la multitud mientras caminaba por el vecindario al atardecer, pensando en dónde cenar. Descartó el ir al Instituto de París, vio solo a unos cuantos subterráneos y se preparó para disfrutar su propia compañía.

Desafortunadamente, Thomas creció acostumbrado a tener al alcance a sus amigos más cercanos, incluso el Instituto de Madrid era un lugar animado en el que la compañía siempre estaba a la mano. La soledad rápidamente empezó a afectarle. Ahí no conocía a nadie y no hablaba prácticamente nada del idioma. Días enteros pasaron en los que sus únicas conversaciones fueron con un mesero, un empleado del museo o el recepcionista de L'Hotel.

La soledad lo abrumó y en su soledad lo abrumó el aburrimiento. Buscando algo qué hacer, visitó el Louvre y reflexionó sobre de lo que veía, pero no tenía con quien compartir sus pensamientos. Escribió sus reflexiones en una libreta y se preguntó si alguna vez volvería a verla. Contó los

días para su regreso a España, preguntándose cómo le diría a Matthew que la ciudad en sí misma no era una acompañante lo suficientemente buena como para satisfacerlo.

Y entonces, inexplicablemente, vio alguien a quien conocía.

No un amigo. Alastair Carstairs definitivamente no era un amigo, pero ciertamente era más que un conocido. Habían estado juntos en la Academia, donde Carstairs fue, por no decirlo de otra manera, horrible. Había sido uno de los «chicos malos», de esos que hacían crueles y peligrosas bromas. De esos que identificaban las cualidades destacables de cualquier otro niño y se aseguraban de derribarla con la fuerza de su desprecio y sus risas. En el caso de Thomas, había sido su altura. Era bajito para alguien de su edad, de hombros estrechos y lucía más joven de lo que aparentaba.

Por supuesto, eso había sido hacía años. Ahora Thomas se elevaba por encima de la mayoría de la gente. De hecho, solo descubrió a Alastair porque podía ver por encima de las cabezas de la multitud a su alrededor.

Matthew le había sugerido a Thomas la Librairie Galignani, en la Rue de Rivoli, como uno de los lugares imprescindibles que debía visitar.

— ¡Es la librería de lengua inglesa más antigua de todo el continente! —le había dicho. Thomas se detuvo en los libros de poesía, tomándose su tiempo en decidir qué comprar. Y entonces Alastair apareció.

Thomas aún no había decidido si debía saludar a Alastair o no, pero no tenía mucha opción. Alastair lo estaba mirando directamente. Mientras Thomas lo observaba, el rostro de Alastair atravesó una serie de expresiones: leve reconocimiento, confusión, shock, exasperación y un prolongado sufrimiento contenido.

Thomas lo saludó con un pequeño ademán.

Alastair se abrió paso por en medio de la gente entre ellos.

—Por el Ángel, Lightwood —dijo—. Te has vuelto gigantesco.

Thomas alzó las cejas. Unas cuantas personas cercanas también lo hicieron.

—Esta es tu venganza, supongo —continuó Alastair, como si Thomas lo hubiera crecido solo para fastidiarlo—, por todas esas veces que te llamé «El diminuto Thomas» o «enano» o… No me acuerdo, estoy seguro que tenía algo hiriente e ingenioso que decir.

— ¿Qué estás haciendo en París? —dijo Thomas.

— ¿Qué estás haciendo *tú* en París? —le contestó Alastair con un tono de superioridad, como si pensara que había a atrapado a Thomas haciendo algo.

—Estoy de vacaciones por mi año de viaje en España.

Alastair asintió. Se hizo el silencio. Thomas empezó a entrar en pánico, ellos no eran amigos. Lo que Thomas sabía acerca de Alastair era mayormente negativo. No sabía qué estaba haciendo ahí.

Estaba pensando en maneras educadas de excusarse, tal vez podía huir de la librería y regresar unas horas más tarde, cuando Alastair decidió hablar.

— ¿Bueno, quieres ir al Louvres? Voy a ir después de aquí.

Thomas pudo haber dicho: *Acabo de ir, gracias*, o *En realidad, tengo un ineludible compromiso para almorzar*, pero no lo hizo. Había estado solo por días.

—Está bien —respondió.

Y fueron. Estaba lleno de gente, y Alastair estaba molesto por eso, pero no la tomó contra Thomas. No desestimó el arte. Tampoco habló de manera arrebatada, para sorpresa de Thomas, Alastair parecía

contentarse con ponerse frente a una pieza de arte y simplemente contemplarla por un largo rato, dejando que inundara sus sentidos. Su rostro era serio, su frente arrugada, pero Thomas estaba seguro que era lo más contento que había visto jamás a Alastair.

Por su parte, Thomas había visitado este mismo museo y había reunido un número de, según él, perspicaces observaciones sobre algunas de las obras. Compartió algunas de ellas con Alastair, tentativamente. Esperaba que Alastair se burlara, pero Alastair solo reconoció los comentarios de Thomas asintiendo con la cabeza. Thomas no tenía razones para que Alastair le agradara, de hecho tenía todas las razones para que le disgustara, pero en estos pequeños momentos, estando el uno al lado del otro en presencia de un hermoso objeto, le alegraba que Alastair estuviera ahí y el reconocimiento de Alastair por él, por pequeño que fuera, lo hacía sentir mejor de lo que había estado desde que llegó a París.

Tal vez ha cambiado, pensó Thomas. *Tal vez todos maduran tarde o temprano. Tal vez ni siquiera fue tan malo realmente.*

Recordó la época de la Academia y decidió que, no, Alastair definitivamente había sido horrible. Pero parecía más tranquilo ahora, más pensativo.

Después de dejar el museo, Thomas y Alastair fueron a caminar por el Sena. Alastair quería saberlo todo sobre Madrid, y Thomas pudo incluso sonsacarle a Alastair algunas historias de su tiempo en Damasco, en Marruecos y en el mismo París. Habiendo crecido en Idris y Londres, Thomas sentía que Alastair tenía que ser bastante cosmopolita. Y aún así se preguntaba si tanta mudanza podría hacer que una persona fuera solitaria.

La Torre Eiffel se alzó frente a ellos y Alastair la señaló.

— ¿Ya subiste ahí?

—Sí —respondió Thomas—. La vista es impresionante.

— ¿Qué opinas de la vista desde aquí? —preguntó Alastair.

Thomas sentía el característico presentimiento de que le estaban tendiendo una trampa, pero no estaba seguro del por qué, o cómo evitar caer en ella.

—Creo que es una estructura fascinante —dijo—. No hay nada igual.

Alastair se rio sin alegría.

—Efectivamente no lo hay. De hecho, a muchos parisinos les horroriza. La encuentran fea, incluso repugnante, y la llaman «La locura de Eiffel».

Thomas miró a la torre de nuevo. El sol se estaba ocultando, bruñendo el metal con un brillo toronja. Por un momento le hizo pensar en las altísimas torres de *adamas* que protegían la capital de los cazadores de sombras de Alicante, la forma en que captaban la luz de la puesta de sol y la sostenían un poco más de lo esperado.

—No es fea —dijo—. Solo es inusual.

Alastair lució satisfecho.

—Tienes razón. Gustave Eiffel es un genio y siento que algún día será apreciado. A veces tienes que dar un paso atrás y dejar a la gente hacer aquello en lo que son buenos, incluso si parece una locura en ese momento.

Cenaron juntos en un pequeño restaurante cercano, el cual Thomas pensaba que estaba bastante bien, pero Alastair lo describió como «indiferente». Hablaron hasta entrada la noche, cerraron el restaurante cuando todos los demás ya se habían ido y ellos seguían hablando: sobre libros, viajes, música, historia. Thomas le contó a Alastair que planeaba hacerse un tatuaje de una rosa de los vientos en la parte interna de su brazo. No se lo había dicho a nadie más y Alastair pareció interesado.

— ¿En qué parte de tu brazo? —preguntó y cuando Thomas le mostró, Alastair recorrió el lugar con sus dedos de manera inconsciente, las yemas

de sus dedos trazaron un camino desde la sensible piel del interior de la muñeca de Thomas hasta la curva de su codo.

Thomas estaba sentado aturdido y temblando, aunque sentía calor por todas partes. Alastair pareció no notarlo, solo retrajo su mano y pidió la cuenta al mesero, la cual él pagó. Alastair se rehusó a decirle a Thomas dónde se estaba quedando, pero le dijo que se encontrara con él en una dirección específica la tarde siguiente, para una sorpresa.

Quince minutos después de la hora de encuentro, Thomas decidió que Alastair no iba a llegar y que probablemente estaba en algún lugar burlándose de él, pero Alastair efectivamente apareció e incluso se disculpó por la tardanza. Llevó a Thomas a las puertas del Théâtre Robert-Houdin.

—Sé que se supone que debemos evitar las cosas mundanas —dijo Alastair—, pero tienes que ver esto. Es una película. ¡Una imagen que se mueve! Esta es la más reciente. Se llama *Le Voyage dans la Lune.*

Hasta Thomas podía traducir eso y durante diecisiete minutos se maravillaron juntos con lo que los mundanos habían hecho… hacer que las imágenes se movieran, como un teatro pero con imágenes proyectadas en una pantalla. Había un narrador quien, supuso Thomas, contaba la historia, pero él no podía seguirla del todo. La disfrutó de todas formas, viendo a esos mundanos en sus extraños disfraces subir a una gran caja de metal, como un proyectil de artillería, ir a la luna y ser perseguidos por unas extrañas criaturas que ya vivían ahí.

— ¿Crees que sea real? —le dijo a Alastair mientras salían, parpadeando con la repentina aparición de la luz del día.

— ¿Qué? No, no seas tonto —dijo Alastair, poniendo un mechón de su oscuro cabello detrás de la oreja. La gente siempre se volvía loca por el cabello rubio, como el de Matthew, como si fuera especial, pero personalmente Thomas pensaba que el cabello y los ojos oscuros eran más atractivos—. Es como una obra, o un truco de magia. Es lo que los mundanos hacen. No pueden hacer magia, así que hacen trucos que lucen como magia, pero en realidad, no lo es.

Alastair se despidió de él al final de la calle. Le dijo que dejaría París al día siguiente, pero continuó negándose a decirle a Thomas por qué estaba ahí, o dónde se quedaba, o por qué se iba al día siguiente. Thomas supuso que, después de todo, no eran amigos, aunque había disfrutado el tiempo que habían pasado juntos. No estaba totalmente seguro de qué era un amigo, sino alguien con quien disfrutabas pasar el rato.

Todo el viaje le había parecido inconexo y como un sueño. Alastair había aparecido de la nada y ahora regresaba a la nada, y Thomas no tenía idea de cuándo se encontrarían de nuevo, o cómo actuarían cuando lo hicieran. ¿Eran amigos ahora? ¿Se habían vuelto amigos en esos últimos días?

—Yo regreso a España en unos cuantos días —dijo Thomas.

Alastair soltó una risita.

—Es extraño que vinieras aquí desde Madrid. Como si tomaras unas vacaciones de unas vacaciones.

—Supongo —dijo Thomas. Entonces frunció el ceño—. No, no es raro. Un viaje de un año no son unas vacaciones. Es una reasignación a otro lugar. ¿Tienes que criticarlo todo?

Alastair pareció sorprendido.

—Lo siento —dijo después de un largo rato—. No pretendía que sonara así.

Pareció preocupado por un momento, humano y vulnerable en una forma que hacía que Thomas quisiera… bueno, no estaba seguro de qué era lo que quería hacer, pero extendió su mano a Alastair, quien la miró por un momento, entonces la tomó lentamente.

Sus manos se sentían cálidas y curtidas contra las de Thomas; y Thomas recordó la sensación de los dedos de Alastair en el interior de su brazo y trató de no cambiar su expresión. Estrecharon sus manos.

Alastair no le había preguntado a Thomas sobre sus amigos o su familia. Thomas tampoco se lo había preguntado a Alastair. Durante esos días había sido como si nadie más existiera en el mundo entero.

—Bueno —dijo Thomas—. Adiós, Carstairs.
—Adiós, Lightwood. Trata de no crecer más. Estás empezando a ser fastidioso en un sentido diferente.

Thomas observó a Alastair alejarse y esperó a que se girara una última vez, pero Alastair nunca miró atrás mientras doblaba la esquina y desaparecía.

Interludio Traducido por Pandora Apairië
Corregido por Freya, Samn y Tris

10
Lazos de Lealtad

Cercanos, lado a lado, desde la mañana hasta la noche,
Besándose y coqueteando en su deleite,
Mientras tú huyes del consuelo humano
Con amor no correspondido, el arte muere.
—Nizami Ganjavi, *Layla y Majnun*

El propietario no permitió que Lucie subiera a las habitaciones privadas de los Ladrones Alegres en la Taberna del Diablo, por lo que se vio obligada a enviar un mensaje a través de Polly, la camarera licántropa. Se sentó en una incómoda silla de madera y refunfuñaba mientras una mezcla de subterráneos y magos la miraban con curiosidad: una pequeña niña, con un sombrero y runas de nefilim, agarrando un hacha. En la esquina, un kelpie que parecía marinarse en un tanque de ginebra le dirigió una mirada vidriosa.

— ¿Necesitas color? —inquirió un vampiro de cabello salvaje, ofreciéndole una botella de ginebra, medio borracho.

—Ella no bebe. —Era Thomas, lo miró con mala cara. El vampiro retrocedió. Christopher apareció tras el hombro de Thomas, parpadeando.

—Sabía que estarían aquí —dijo Lucie triunfante.

—Casi no estábamos aquí —dijo Christopher—. Decidimos usar el laboratorio de arriba en lugar de Grosvenor Square ya que Matthew y James no iban a estar aquí para ser incomodados o volados en pedazos...

Thomas lo hizo callar.

—Christopher, suficiente. Lucie, ¿qué está pasando? ¿Pasó algo?

Después de arrastrar a ambos afuera, Lucie hizo todo lo posible para explicar la situación sin mencionar a Jesse. En su lugar, culpó a Jessamine y a una red de chismes entre fantasmas que había inventado en el acto. Afortunadamente, ni Christopher ni Thomas desconfiaron.

—Carajo, necesitamos a Matthew y él se fue a casa de Anna —dijo Thomas, después de haberle dicho lo poco que sabían: la carta que le había llegado a James en la casa de Matthew, su determinación de encontrarse con Grace, la hora de la reunión fijada para las diez en punto. —Él sabrá a dónde ha ido James. James dijo que era donde ambos solían practicar su equilibrio.

— ¿Pero qué pasa si llegamos demasiado tarde? —dijo Christopher, vibrando de ansiedad.

Lucie miró el reloj que colgaba ante la iglesia de San Dunstan, en el Oeste, al otro lado de la oscura línea de Fleet Street. Estaban bastante cerca del Instituto desde aquí. Podía ver su distintiva aguja elevarse sobre los tejados de Londres.

—Las nueve en punto —dijo—. Alguno de ustedes debe tener un carruaje. Iremos a casa de Anna.

Así fue como se encontraron un cuarto de hora más tarde en Percy Street, Thomas ayudando a Lucie a bajar de la Victoria de su familia. La calle estaba vacía de peatones, aunque había luces encendidas en muchas ventanas. Lucie distinguió una figura sentada en las escaleras de Anna en la oscuridad. No le sorprendió: las mujeres siempre hacían el ridículo ante el umbral de Anna.

Entonces Lucie distinguió unos hombros anchos en la silueta y se dio cuenta de que la persona en la puerta de Anna era un hombre.

Él se levantó de golpe y la luz de las farolas cayó sobre él. En Percy Street, las farolas eran más viejas y menos confiables, su feroz brillo amarillo desnudaba el mundo hasta llegar a duras líneas. Lucie distinguió un cabello brillante y una cara molesta.

— ¿*Alastair*? —Thomas sonaba estupefacto.

Christopher gruñó cuando Alastair Carstairs corrió calle abajo en su dirección, era un torbellino en un desabrochado abrigo casual. Debajo del abrigo, su chaleco estaba desordenado y un lado de su cuello alto estaba torcido.

—Has perdido tu sombrero, Alastair —dijo Lucie.

— ¡He perdido a mi *hermana*! —gritó Alastair.

Lucie se detuvo en seco.

— ¿Qué quieres decir? ¿Le ha pasado algo a Cordelia?

—Carajo, ¿crees que lo sé? —dijo Alastair—. La dejé ir a tomar el té con Anna Lightwood y ahora vuelvo a recogerla a la hora acordada y ambas se han ido. Nunca debería haberla dejado sola con…

—Ten mucho cuidado con lo que dices sobre Anna —dijo Christopher. Lucie pensó que debería haberlo encontrado divertido: Christopher, que nunca estaba enojado, hablándole con ese gélido tono a Alastair. Pero de alguna manera, no fue divertido en lo absoluto.

Alastair avanzó hacia Christopher peligrosamente, pero Thomas lo agarró del brazo cuando pasó. Lucie observó con gran satisfacción cómo Alastair se detenía por completo, sin que Thomas tuviera que hacer ningún esfuerzo en particular. Los músculos del brazo de Alastair se contrajeron debajo de la manga de su abrigo mientras se tensaba contra el agarre de

Thomas. Alastair era lo suficientemente alto y parecía lo suficientemente fuerte, pero no iba a dar un paso más.

—Tranquilo, Alastair —dijo Thomas—. Sé que estás preocupado por tu hermana. Nosotros estamos preocupados por James. Es mejor que discutamos cómo arreglar las cosas antes que pelear en público.

Alastair inclinó la barbilla para mirar a Thomas a los ojos, la línea de su mandíbula se convirtió en una dura cuchilla.

—Déjame ir —gruñó—. Y deja de dirigirte constantemente a mí por mi primer nombre. Ya no eres un niño fastidioso persiguiéndome.

Thomas, con las mejillas fuertemente sonrojadas, retiró la mano como si se hubiera quemado.

— ¡Deténganse! —espetó Lucie. Thomas únicamente trataba de ser amable—. Es muy probable que Matthew esté con Anna y Cordelia. Él puede acompañar…

La expresión de Alastair se volvió rígida.

— ¿Crees que me sentiría aliviado al saber que ella está con *Matthew*? ¿Crees que no reconozco a un borracho cuando lo veo? Créeme, lo hago. Si pone a Cordelia en peligro…

Hubo un repentino y bienvenido traqueteo de ruedas en un camino pedregoso. Todos giraron para ver el carruaje del Cónsul rodando hacia la casa de Anna. La puerta del carruaje se abrió y arrojó a Cordelia y Matthew, que sostenían un trozo de terciopelo enrollado.

Los dos se congelaron al ver a los visitantes.

— ¿Qué están haciendo aquí? —dijo Matthew—. ¿Le ha pasado algo a Barbara y a los demás?

—No —dijo Thomas apresuradamente—. Nada de eso. Pero es urgente. James está en peligro.

* * *

James caminó por la noche desde King's Road hasta el Támesis. Matthew lo había llevado a menudo a recorridos improvisados por Chelsea, más allá de los edificios al estilo de la reina Anne, con sus grandes barridos de escalones de piedra y paneles de terracota que se convertían en oro a la luz del sol, señalando las residencias de famosos poetas y artistas que habían vivido vidas escandalosas. Ahora las iluminadas ventanas de las casas brillaban tenuemente a través de una espesa niebla, que se hacía más pesada a medida que James se acercaba al río.

La orilla del río en Chelsea Embankment era un malecón debajo de plátanos de sombra cargados de hojas, únicamente visibles como nubes oscuras sobre la cabeza de James, sus troncos humedecidos iluminados por los fantasmales focos de las farolas forjadas de hierro que flanqueaban la orilla del río. El Támesis, más allá del borde del río, apenas se distinguía en la espesa niebla: únicamente el sonido de un barco de policía propulsado por gasolina traqueteando al pasar, con una linterna colgante que destellaba conforme avanzaba delataban la presencia del rió.

James llegó temprano. Comenzó a caminar lentamente hacia el arco del puente Battersea, tratando de calmar su impaciencia y preocupación.

Grace. Recordó su beso en el parque, la agonía incipiente que había surgido dentro de él. Como si le estuvieran clavando un alfiler. Una premonición de demonios, tal vez, con el peligro desconocido tan cercano, el reino de sombras simplemente tocando a este. Era difícil saberlo, pero luego era difícil saber algo que tuviera que ver con Grace. Hubo momentos en los que pensó en ella y sintió tanto dolor que todos sus huesos parecían ensartados en un solo cable, e imaginó que si el cable se tensaba, lo mataría

— ¿Cuánto se supone que duele el amor? —le había preguntado a su padre una vez.

—Oh, muchísimo —había dicho su padre con una sonrisa—. Pero sufrimos por amor porque el amor lo vale.

De repente, ella estaba allí, como si hubiera aparecido de un momento a otro, de pie bajo una ornamentada farola de tres cabezas en el extremo cercano del puente: una pequeña, brumosa figura en la niebla, vestida como siempre en colores claros, su rostro era una luna pálida a la luz de la lámpara. James se echó a correr y ella bajó corriendo los escalones del puente hacia donde él estaba en el terraplén.

Cuando se encontraron, ella lo abrazó. Sus manos estaban frías contra la parte posterior de su cuello, y él se sintió mareado y asaltado por los recuerdos: las paredes desmoronadas de la mansión Blackthorn, las sombras en el bosque donde se habían sentado y conversado, su mano sujetando el brazalete de plata alrededor de su muñeca…

James se alejó lo suficiente como para mirarla a la cara.

— ¿Qué pasó? —le dijo—. Tu carta decía que estabas en peligro.

Ella dejó caer una mano para entonces rodear su muñeca, sus dedos se deslizaron sobre la banda de metal, como si se asegurarse de que todavía estaba ahí. Sus dedos presionaron contra su pulso.

—Mamá está loca de rabia. No sé qué hará. Le dijo a Charles…

—Sé lo que le dijo a Charles —la interrumpió—. Por favor, dime que no estabas preocupada por *mí*, Grace.

—Viniste a la casa a verme —dijo ella—. ¿Sabías que Cordelia estaba allí?

Él dudó. ¿Cómo podría decir que no había ido a la casa a verla? Que hubo un momento, un terrible momento, en el que Cordelia mencionó que Grace estaba en la casa y se dio cuenta que no había pensado en ella… ¿Cómo era posible sentir tanta agonía cuando se mencionaba el nombre

de alguien, y aún así olvidarlo en la adversidad? Recordó que Jem le había dicho que el estrés podía hacerle cosas terribles a la mente. Seguramente eso fue todo.

—No lo supe hasta que llegué y la vi a ella y a Lucie —dijo—. Supongo que querían asegurarse de que estabas bien. Cuando llegué, escuché los ruidos en el invernadero y… —Se interrumpió encogiéndose de hombros. Odiaba mentirle a Grace—. Vi al demonio.

—Estabas siendo valiente, lo sé, pero mamá no lo ve así. Ella cree que viniste solo para humillarla y recordarle al mundo las fechorías de tu padre.

James tenía muchas ganas de patear una farola.

—Déjame hablar con ella. Podríamos sentarnos, todos nosotros, mi padre y tú y tu madre…

— ¡James! —Grace pareció casi fúrica por un momento—. Lo que mi madre me haría si tan siquiera sugiriera tal cosa… —Sacudió la cabeza—. No. Ella mira todo lo que hago. Apenas pude salir esta noche. Pensé que venir a Londres podría ablandarla con respecto a ti, pero se ha vuelto más difícil que nunca. Ella dice que la última vez que los Herondale estuvieron en la Mansión Chiswick, su padre y su esposo murieron. Ella dice que no dejará que nos destruyas.

Tatiana está rotundamente loca, pensó James con impotencia. No se había dado cuenta que se había convertido en algo mucho más allá del rencor.

—Grace, ¿qué estás diciendo?

—Ella dice que me llevará de vuelta a Idris. Que estaba equivocada al dejarme asistir a fiestas y eventos en los que tú y tu hermana estarían, y los Lightwood… ella dice que me corromperé y arruinaré. Me va a encerrar, James, durante los próximos dos años. No te veré, no podré escribirte…

—Ese es el peligro al que te referías —dijo en voz baja. Lo comprendió. Tal soledad parecería un peligro para Grace. Parecería como la muerte—. Entonces ven con nosotros al Instituto —le dijo—. El Instituto está *allí* para proporcionar refugio a los nefilim en apuros. Mis padres son personas amables. Te protegeríamos de ella…

Grace negó con la cabeza lo suficiente como para desprender su pequeño sombrero adornado con flores.

—Mi madre solo pediría a la Clave que le fuera devuelta, y lo harían ya que aún no tengo dieciocho años.

—Eso no lo sabes. Mis padres tienen influencia dentro de la Clave…

—Si realmente me amas —dijo ella, sus ojos grises enardecidos—. Entonces te casarás conmigo. Ahora. Debemos fugarnos. Si fuéramos mundanos, podríamos huir a Gretna Green y casarnos, y nada podría separarnos. Te pertenecería a ti y no a ella.

James estaba aturdido.

—Pero no somos mundanos. Su ceremonia de matrimonio no sería considerada válida por la Clave. Cásate conmigo en una ceremonia de cazadores de sombras, Grace. No necesitas su permiso…

—No podemos hacer eso —protestó Grace—. No podemos permanecer en el mundo de los cazadores de sombras donde mi madre nos puede alcanzar. Debemos escapar de su influencia, de su capacidad de castigarnos. Debemos casarnos en Gretna y, si es necesario, dejaremos que nuestras Marcas sean despojadas.

— ¿Que nuestras Marcas sean despojadas? —James se tensó por completo. Que te despojaran de tus Marcas era el castigo más severo que un cazador de sombras podría soportar. Significaba exilio y convertirse en mundano.

Trató de imaginar que no volvía a ver a sus padres, ni a Lucie, ni a Christopher ni a Thomas. Que el vínculo que lo ataba a Matthew fuera cortado, sería como si le cortaran la mano derecha. Convertirse en un mundano y perder todo lo que lo convertía en un cazador de sombras.

—Grace, *no*. Esa no es la solución.

—No es la solución para *ti* —espetó, fríamente—, porque siempre has sido un cazador de sombras. Yo nunca he sido entrenada, nunca he tenido más que unas pocas Marcas. No sé nada de la historia, no tengo un compañero de batalla ni amigos... ¡bien podría haber sido criada como una mundana!

—En otras palabras —dijo James—. No estarías perdiendo nada y yo estaría perdiéndolo todo.

Grace se apartó de los brazos de James. Dolor tomó su lugar, el dolor de estar sin ella. Era físico, inexpresable e inexplicable. Era simplemente lo que era: cuando ella no estaba a su lado, lo resentía como una herida.

—No me estarías perdiendo a *mí* —dijo Grace.

—No quiero perderte —le dijo, tan firmemente como pudo a través del dolor—. Pero solo tenemos que esperar un poco y podremos estar juntos sin perder también todo lo demás.

—No lo *entiendes* —sollozó Grace— No puedes. No sabes...

—Entonces *dime*. ¿Qué es? ¿Qué no sé?

—Debo hacer que hagas esto por mí, James. —dijo Grace con voz ronca—. Debo hacerlo. Es muy importante. Más de lo que puedes saber. Solo di que lo harás. Solo dilo.

Parecía casi como si le estuviera rogando que lo dijera, incluso si él no lo decía en serio, pero ¿cuál sería el punto de eso? No. Ella debía querer que lo dijera en serio. Que estuviera dispuesto a hacerlo: arriesgar el final

de la única vida que conocía, arriesgarse a no volver a ver a ninguno de sus seres queridos. Cerró los ojos y miró, detrás de sus párpados, los rostros de sus padres. Su hermana. Jem. Thomas. Christopher. Matthew. Matthew, a quien lastimaría de una manera de la que quizá nunca podría recuperarse.

Luchó para decir las palabras, para darles forma. Cuando finalmente habló, su voz era tan ronca como si hubiera estado gritando.

—No. No puedo hacerlo.

La vio retroceder.

—Esto es porque no viniste a Idris —dijo, con los labios temblorosos—A principios de este verano. Tú… tú me olvidaste.

—Nunca podría haberte olvidado. No después de semanas, meses o años, Grace.

—Cualquier hombre se casaría conmigo —continuó ella—. Cualquier hombre haría esto si le preguntara. Pero tú no. Tienes que ser diferente. —Su boca se torció—. Estás hecho de un material diferente al de los otros hombres.

James levantó una mano en señal de protesta.

—Grace, *quiero* casarme contigo…

—No es suficiente —Se alejó un paso de él, luego sus ojos se agrandaron de repente y gritó. El cuerpo de James se movió más rápido de lo que esperaba. Se arrojó sobre Grace y ambos golpearon el pavimento con fuerza. Grace jadeó y se apretó contra la pared del río cuando un demonio pasó disparado a su lado, a un pelo de distancia.

Y *era* un demonio. Una oscura, retorcida forma como la raíz de un árbol destrozado, sin ojos y sin nariz pero con marrones dientes afilados como espinas, su cuerpo cubierto de fango negro. No tenía alas, sino patas largas y dobladas como las de una rana: volvió a saltar en su dirección, y esta vez

James sacó un cuchillo de su cinturón y la arrojó. Runas brillaron a lo largo del cuchillo como fuego mientras surcaba por el aire e impactaba, casi destrozando el pecho del demonio. Icor salpicó y desapareció de nuevo a su propia dimensión.

Grace se había puesto de pie; él la hizo subir los escalones y la condujo hacia el puente, para tener una mejor perspectiva.

—Un demonio cerbero —dijo ella, parpadeando—. Pero estaba muerto… el que estaba en el invernadero estaba muerto… por eso pensé que podría irme… —Contuvo el aliento—. Oh, Dios. Vienen más de ellos.

Extendió las manos como si pudiera apartarlos. En efecto, venían más: formas oscuras aparecían a través de la niebla desde el centro del puente, arrastrándose y saltando como monstruos rana infernales, deslizándose y resbalándose por el camino mojado. Cuando uno saltó hacia ellos, sacó una lengua larga, negra y pegajosa, tomando una desafortunada paloma, y depositó al pájaro en su colmilluda boca.

James disparó sus cuchillos arrojadizos: una, dos, tres veces. Cada vez, un demonio caía. Presionó un cuchillo en la mano de Grace, implorándole con la mirada: ella retrocedió contra la barandilla del puente, con la cuchilla apretada en su mano temblorosa. Un demonio la alcanzó y ella lo apuñaló. El demonio emitió un extraño aullido cuando el icor rojo y negro salió de su hombro. Saltó lejos de ella, silbando, y se abalanzó de nuevo. Ella se agachó. James arrojó un cuchillo y lo destruyó, pero sabía que se estaba quedando casi sin cuchillos. Para cuando se hubieran ido, solo le quedaría un arma: un cuchillo serafín.

No sería suficiente protegerse a sí mismo y a Grace. Tampoco podían correr. Los demonios los atraparían fácilmente.

Dos criaturas se lanzaron por ellos. James lanzó su última espada, despachando a un demonio cerbero bajo una lluvia de icor. El otro cayó a su lado, cortado en dos por una delicada hacha.

James se congeló. Él conocía esa hacha.

Dándose vuelta, vio a Lucie corriendo a toda velocidad en su dirección desde la carretera. Y no estaba sola.

Cordelia estaba ahí, Cortana brillando en su mano. Matthew estaba a su lado, armado con *chakrams* indios: cuchillos arrojadizos circulares bordeados con afiladas navajas de acero. Luego llegó Christopher con dos crepitantes cuchillos serafín y Thomas, empuñando sus *boleadpras*. Un movimiento de las cuerdas, y un giro del poderoso brazo de Thomas, y un demonio zarpó del puente hacia el río.

Alastair Carstairs también estaba con ellos. Mientras James lo miraba fijamente, saltó a la barandilla de hierro del puente, balanceándose tal y como James y Matthew lo habían hecho alguna vez, practicando. Una lanza larga y afilada estaba en su mano. Dos barridos cortaron a una de las criaturas por la mitad. Explotó a la inexistencia, salpicando a Alastair con icor, lo que le pareció a James un desarrollo positivo en ambos frentes. Alastair saltó de la barandilla con un ruido de disgusto y cargó hacia la refriega.

A medida que los cazadores de sombras se extendieron a su alrededor, un grito surgió de los demonios. Un sonido espeso y obstruido.

Si un cadáver pudriéndose en la tierra tuviera un sonido, pensó James, *eso habría sido.* Retrocedió de un salto, giró y lanzó una patada giratoria a un demonio que se acercaba. Hubo un borrón de oro, y el demonio desapareció. James levantó la vista para ver a Cordelia parada sobre él, con Cortana en la mano. Su espada estaba manchada con sangre de demonio.

No hubo tiempo para agradecerle. Otro demonio se abalanzó sobre él; James tomó su cuchillo serafín.

—¡*Zerachiel!*—exclamó, y la espada se convirtió en una varita de fuego.

Sus amigos estaban en medio de la batalla. Excepto Grace, que se había alejado, aferrándose a la daga. James escatimó un amargo pensamiento por Tatiana, quien nunca había estado dispuesta a dejar que Grace se entrenara para luchar, antes de girar para defenderse de un demonio que

se acercaba. Antes de que pudiera, un crepitante cuchillo serafín cortó a un costado de la carne de la criatura, que dio un salto hacia atrás, siseando como una olla en ebullición, dejando a James con una clara línea de visión hacia Christopher. Estaba de pie sosteniendo el cuchillo serafín, que chisporroteaba como una papa frita.

—Christopher —dijo James—, ¿qué *es* esa cosa?

— ¡Un cuchillo serafín! ¡He tratado de mejorarlo con electricidad!

— ¿Eso funciona?

—Para nada —confesó Christopher, justo cuando un demonio voló chillando hacia su cara. Lo apuñaló, pero su cuchillo serafín saltó con una errática línea de fuego. Lucie y Thomas estaban allí antes de que el demonio pudiera tocar a Christopher, el hacha de Lucie y las boleadoras de Thomas casi tocando la carne de la criatura. Desapareció de la existencia, pero otro tomó su lugar de inmediato, elevándose sobre ellos como una nube amenazante.

Abandonando el cuchillo serafín, Christopher tomó una daga del interior de su chaleco y apuñaló a la criatura. Se tambaleó hacia atrás, justo en el momento en que una lanza larga se elevó a través de la niebla y se estrelló contra ella. Se dobló como una carta y desapareció, dejando atrás una mancha de icor.

James miró a su alrededor salvajemente y vio a Alastair Carstairs, sosteniendo una lanza a juego en su mano izquierda y mirando pensativamente hacia el lugar en donde el demonio acababa de desaparecer.

— ¿Llevas lanzas encima? —espetó James.

— ¡Nunca salgo de casa sin mis lanzas! —gritó Alastair, haciendo que todos lo miraran, incluida Grace.

James tenía preguntas, pero no tuvo oportunidad de hacerlas. Escuchó a su hermana gritar, y se lanzó hacia adelante solo para encontrar a Lucie

y Cordelia peleando espalda con espalda, una daga en la mano de Lucie y Cortana en la de Cordelia. Cortana formó un amplio barrido dorado, y toda criatura que logró escabullirse de la guarda de Cordelia, Lucie la apuñaló. Matthew se puso de pie sobre la barandilla, lanzando un *chakram* tras otro para proporcionar cobertura a las chicas.

Un demonio apareció repentinamente detrás de Thomas, cuyas boleadoras estaban envueltas alrededor de otro demonio: posiblemente alrededor de su garganta, aunque con estas criaturas era difícil de decir.

—*¡Lightwood!* —gritó Alastair—. ¡Detrás de ti!

James sabía que era Alastair, porque nadie más sería tan tonto como para gritar eso en medio de una pelea. Y claro, Christopher se volvió y, por supuesto, Thomas, a quien estaba dirigido el grito, no lo hizo. James se lanzó hacia Thomas, rodando por el suelo para alcanzarlo más rápido, justo cuando el demonio embistió. Sus dientes y garras arañaron el brazo de Thomas, sacando sangre. Thomas no tenía espacio para usar sus boleadoras. Gritó y golpeó al demonio: que se tambaleó y James, poniéndose de pie, lo apuñaló por la espalda.

Pero no había tiempo para descansar: habían llegado más demonios. Matthew saltó de la barandilla y corrió hacia ellos. Se tiró al suelo y se deslizó los últimos metros por el pavimento mojado —un gran sacrificio para Matthew, que amaba su ropa—, arrojando un *chakram* a la masa de demonios. Uno cayó, pero parecía haber una docena más. Alastair estaba arrojando lanzas con una precisión mortal, Cordelia estaba en posición de ataque con Cortana como una diosa guerrera. Todos estaban luchando bien, y sin embargo…

El demonio más grande se levantó frente a James. Sin dudarlo un segundo, hundió su cuchillo serafín en la criatura. Negro icor salpicó su mano, salpicando el suelo a sus pies. El demonio gorgoteó y pareció derrumbarse, sus patas como de rana cedieron debajo de él. James levantó su espada para despacharla, justo cuando lo miraba con sus negros ojos mortales.

Él se vio reflejado en esos ojos como si fueran espejos. Vio su propio cabello negro, su rostro pálido, el dorado de sus pupilas. Vio la misma expresión que había visto en la cara del Deumas en el callejón cerca de Fleet Street.

Reconocimiento.

—*Chico Herondale* —dijo el demonio, con una voz parecida al último siseo de un moribundo fuego en una chimenea—. *Te conozco. Sé todo sobre ti. La sangre de los demonios arde en tus venas. ¿Por qué matarías a los que adoran al padre de tu madre? ¿Por qué destruir a los tuyos?*

James se congeló. Podía ver a varios de los demás girarse para mirarlo: Matthew parecía furioso, los demás horrorizados. Lucie se cubrió la boca con la mano. Alastair, que estaba más cerca de él, lo miraba con los ojos muy abiertos y oscuros.

James exhaló un tembloroso aliento.

—No soy de tu especie —le dijo.

—*No sabes lo que eres.*

Suficiente, pensó James. *Ya fue suficiente*.

—Si le sirves a mi abuelo —dijo, agitadamente—, entonces *vete*, en su nombre. No vuelvas a la Mansión Chiswick… sino de vuelta a la dimensión de la que vienes.

El demonio dudó, y mientras lo hacía, todos los demás demonios se quedaron quietos.

Cada figura en la orilla del río se volvió hacia James.

—*Entonces, iremos, como tú dices, para demostrar que honramos a tu sangre* —dijo el demonio—. *Pero hay una condición. Si tú o tus amigos pronuncian*

una palabra de lo que sucedió aquí, esta noche, a algún miembro de la Clave, volveremos. Y sus familias pagarán con sangre y muerte por su traición.

— ¡No te atrevas a…! —comenzó a decir James.

El demonio sonrió.

—*En nombre del Príncipe más astuto del infierno* —espetó, en una voz tan baja que solo James podía oírlo.

Luego desapareció… todos desaparecieron. Tan rápido como el mundo que había estallado en movimiento y ruido, volvió a quedarse quieto. James podía escuchar el río, la fuerte respiración de Alastair que estaba cerca, los latidos de su propio corazón.

Dejó caer su espada aun ardiendo al suelo. Vio a Lucie y Cordelia bajar sus armas. Thomas y Matthew se pusieron de pie tambaleándose; había un corte en la cara de Matthew y la camisa de Thomas estaba rota, su brazo sangraba mucho.

Todos estaban mirando a James. Se sintió entumecido.

Sabía que su abuelo era un Demonio Mayor. Pero los Príncipes del Infierno eran otro asunto. Eran ángeles caídos. Tan poderosos como Raziel, pero malvados y corrompidos hasta la médula.

El Príncipe más astuto del infierno. No pudo evitar mirar a Lucie, pero estaba claro que no había escuchado las últimas palabras del demonio: estaba sonriendo y diciéndole algo a Cordelia.

Los demonios mentían. ¿Por qué debería Lucie tener que atormentarse por una posible mentira? Su mente se adelantó: tenía que hablar con el tío Jem nuevamente, lo antes posible. Jem era el que había estado buscando a su abuelo. Jem sabría qué hacer.

Fue Christopher quien rompió el silencio.

— ¿Qué acaba de suceder?

—Los demonios desaparecieron —dijo Matthew, secándose la sangre de la cara—. Su líder parecía sentir que era un viejo amigo del abuelo de James.

—Ah, ¿el abuelo demoníaco? —dijo Christopher.

—Sí, obviamente el demoníaco, Christopher —dijo James.

—El otro es galés —dijo Thomas, como si eso explicara las cosas. Dirigió esta declaración en dirección a Alastair y Cordelia.

—No es necesario explicar lo de Herondale —dijo Alastair, con una sonrisa desagradable—. Me imagino que esto le sucede con bastante frecuencia.

Cordelia le dio un pisotón.

Grace había emergido de entre las sombras. Caminó hacia el resto del grupo, con las manos cruzadas delante de ella, su rostro pálido y tenso.

—Lo siento, no sé cómo pelear…

—Está bien —dijo James—, está bien, te entrenaremos adecuadamente…

— ¡James! ¡Grace! —Era Lucie. Hizo un ademán en dirección al camino. Un segundo después, James escuchó un tintineo y vio un anticuado carruaje emergiendo entre la niebla, arrastrada por dos flacos caballos marrones. Sentada en la trampa estaba Tatiana Blackthorn.

Se detuvo en seco y saltó de la carreta. Como siempre, presentaba una apariencia extraña: vestía un atuendo con largas faldas y delicados encajes, un vestido de otra época hecho para una niña mucho más joven y vivaz. Sobre su cabeza había un sombrero lleno de fruta falsa y pájaros de

peluche. Tembló de rabia a medida que examinaba al grupo con su furiosa mirada, que se posó sobre su hija.

—Grace —espetó—. Métete en el carro. Ahora.

Grace se volvió hacia James, su rostro estaba pálido.

—No es necesario que hagas lo que ella dice. Vuelve al Instituto conmigo. Te lo ruego —le dijo James en voz baja.

La cara de Grace seguía manchada de lágrimas, pero su expresión se había cerrado como la bóveda de un banco.

—James. No puedo. Llévame a la carreta, por favor.

James vaciló.

—Por favor —dijo—. Hablo en serio.

De mala gana, James extendió su brazo para que Grace lo tomara. Vio los labios de Tatiana apretarse en una delgada línea. James esperó a que estallara, pero permaneció en silencio: claramente no había anticipado tantos cazadores de sombras allí. Y tantos de las familias que odiaba: Herondale, Lightwood, Carstairs... Desearía irse lo antes posible, sospechaba James.

Fulminó a James con la mirada a medida que se acercaba a, apoyando a Grace con su brazo. Él la ayudó a entrar, y ella se recostó contra el asiento, cerrando los ojos con cansancio. James deseaba poder decirle algo acerca de la discusión que habían tenido antes. Él y Grace nunca antes habían discutido. Quería rogarle que no volviera a la Mansión Chiswick, pero sospechaba que solo empeoraría las cosas si lo hacía.

—Te escribiré mañana —afirmó.

—No —dijo Grace con los labios blancos—. No. Necesito algo de tiempo, James. Yo te escribiré.

—Es suficiente —siseó Tatiana, alejando a James de la carreta—. Deja en paz a mi hija, Herondale. No necesito que la metas en problemas…

—El único problema que encontramos fueron los demonios cerbero de *su* familia —dijo James en un tono grave y furioso—. Le sugiero que ponga fin a sus amenazas, a menos que quiera que le cuente a la Clave sobre ellas.

No podía decirle a nadie, por supuesto, dada la amenaza del demonio, pero Tatiana no lo sabía. No es que importara. Una risita baja brotó de su garganta.

— ¿*Mis* demonios? —repitió—. ¿Y dónde están ahora, Herondale?

—Muertos —dijo James brevemente—. Los matamos.

—Qué impresionante —dijo—. Delatame, muchacho. Le diré a Clave que Grace crió a los demonios ella misma. Les diré que está inmersa en estudios de magia negra hasta esas bonitas orejitas suyas. La soltaré y lanzaré de vuelta a su merced, con su reputación manchada para siempre. Arruinaré su vida, si ese juego quieres jugar. —Clavó un dedo en su pecho—. Te *importa*, Herondale. Esa es tu debilidad.

James retrocedió asustado cuando Tatiana se metió en la carreta Un momento después, se alejó por el camino, los caballos relincharon y las riendas tintinearon.

* * *

Hubo un largo e incómodo silencio mientras el grupo de cazadores de sombras observaba cómo la carreta de los Blackthorn se desvanecía entre la niebla.

—Bueno —dijo por fin Alastair—. Creo que es hora de que Cordelia y yo nos vayamos.

—Todavía no puedo irme —dijo Cordelia. Extendió el brazo y vio que los ojos de su hermano se ampliaban. Un corte largo y sangriento recorría desde su codo hasta su muñeca. Apenas lo había sentido durante la batalla, pero estaba empezando a doler—. Necesito una runa curativa. Si vuelvo a casa así, mamá se desmayará.

—Varios de nosotros estamos heridos —dijo Christopher—. A menos que queramos explicar lo que sucedió aquí, y parece que sería una mala idea, probablemente deberíamos aplicar *iratzes.* —Se giró hacia Thomas—. Haré el tuyo.

—Por favor, no. —dijo Thomas. Christopher no siempre tenía la mejor de las suertes con las runas.

—Oh, carajo, yo lo haré —dijo Alastair y caminó pesadamente hasta estar al lado de Thomas.

Thomas observó en lo que parecía ser conmoción cuando Alastair sacó una estela y comenzó a dibujar sobre la piel desnuda de su brazo, donde había rasgado su camisa.

Junto a Cordelia, Lucie sacó su estela con floritura.

— ¡Nuestra primera runa curativa! —anunció, poniendo la punta de la estela en la muñeca de Cordelia—. Un momento histórico para un par de *parabatai* que pronto serán famosas.

—Odio parecer desagradecido por la ayuda —dijo James—. Pero, ¿qué demonios los trajo a todos aquí? ¿Cómo supieron lo que iba a pasar?

—Escuché sobre del cerbero por Jess... Jessamine —dijo Lucie, dando los últimos toques a la runa de Cordelia. Ambas estaban apoyadas en el pequeño muro que corría a lo largo del embarcadero—. Fantasmas, aman chismear. —Le repitió a James la historia que les había contado los demás de camino a Chelsea—. Entonces, parece que el demonio que mataste en el invernadero tuvo tiempo de multiplicarse y los nuevos demonios vinieron a buscar a Grace cuando ella dejó Chiswick —finalizó.

—Ciertamente había muchos de ellos —dijo Cordelia—. Mucho peores que el que estaba en el invernadero.

—Quizás todos tenían a Grace como su objetivo secreto —señaló Lucie.

Alastair resopló.

—Esa mujer Blackthorn debe estar loca, dejando que los demonios cerbero corran libres en sus matorrales —dijo, guardando su estela. Thomas se tocó el brazo con una mirada de asombro; su herida ya comenzaba a cerrarse. Alastair podría ser irascible, pero era hábil con una estela.

James y Matthew se habían sentado en el suelo para que James pudiera sostener adecuadamente el rostro de Matthew con una mano. Dibujó un *iratze* con cuidado en su mejilla mientras Matthew se retorcía y quejaba.

—Es difícil decir cuánto sabía —dijo James—. Estoy seguro de que estaba al tanto del demonio original en el invernadero, pero probablemente no de su progenie vengativa.

—Ella sabía lo suficiente como para venir aquí —señaló Christopher—. Aunque pudo haber seguido a Grace.

James parecía pensativo. Cordelia no pudo evitar preguntarse qué le había dicho Tatiana en la carreta. Parecía aturdido, como si lo hubiera golpeado en la cara.

—Desaparecieron porque les dijiste que lo hicieran, ¿no? —preguntó Cordelia.

—Eso parece. —James estaba examinando la mejilla de Matthew, aparentemente mirando la runa que había hecho. Satisfecho, se recostó. Matthew sacó una licorera de su bolsillo con aire aliviado, desenroscó la tapa y tomó un largo trago—. Volvieron a cualquier dimensión de la que provengan los demonios cerbero. En nombre de mi abuelo.

Sonó molesto.

—Qué agradable para ti estar emparentado con tan importante especie de demonio —dijo Alastair irónicamente.

—Si realmente importara que James estuviera emparentado con un demonio «importante», también debería haberme dicho algo a mí —dijo Lucie—. *Soy* su hermana. No me gusta que me excluyan.

James sonrió, lo que, sospechaba Cordelia, había sido el objetivo de Lucie. Tenía un hoyuelo perfectamente irresistible que resplandeció cuando sonrió. Tales cosas deberían ser ilegales.

—Son leales a la familia Blackthorn, a su horrible manera —dijo Lucie de manera pensativa—. Por eso querían que no dijéramos nada sobre lo que sucedió esta noche.

—Ah —dijo Alastair—. Porque la Clave no estarían muy contentos de ver a los Blackthorn criando una manada de demonios cerbero y dejándolos perseguir a Herondale, a pesar de que es muy irritante.

—Te lo dije, Benedict Lightwood es el que los crió —dijo Lucie enojada.

—Tan desagradable como fue —dijo Matthew—, hay algo reconfortante en luchar contra la clase de demonios ordinarios al amparo de la oscuridad, en lugar de los venenosos que aparecen durante el día.

—¡Oh! —dijo Cordelia—. Eso me recuerda. Deberíamos decirles lo que dijo Hypatia, Matthew. Que podríamos hablar con Ragnor Fell sobre los demonios en el parque.

Todos comenzaron a exclamar preguntas. Matthew levantó una mano.

—Sí, hablamos con Hypatia Vex en la Ruelle Infernal. Ella dijo que le enviaría un mensaje a Ragnor. Difícilmente es algo seguro.

—Tal vez, pero Anna tenía razón —dijo Cordelia—. Sin embargo, debemos hablar con más subterráneos. Se habló mucho de Magnus Bane…

—Ah, Magnus Bane —dijo Matthew—. Mi héroe favorito.

—De hecho, una vez lo describiste como «Oscar Wilde si hubiera tenido poderes mágicos» —señaló James.

—Magnus Bane hizo una fiesta en España a la que asistí —dijo Thomas—. Fue algo extraño, ya que no conocía ni a un alma. Me emborraché bastante.

Matthew bajó la licorera con una sonrisa.

— ¿Fue cuando te hiciste *el tatuaje?*

Lucie aplaudió.

—Los chicos bromean sobre el tatuaje que Thomas se hizo en España, pero Thomas nunca me dejará verlo. ¿No es eso lo peor que has escuchado, Cordelia? Soy una *escritora*. Creo que debería tener la experiencia de estudiar un tatuaje de cerca.

—Creo que no deberías —dijo Thomas con convicción.

— ¿El problema es que está en un lugar inmencionable? —preguntó Lucie.

—*No*, Lucie —dijo Thomas con aire incómodo.

—Me gustaría verlo —dijo Alastair, con una voz sorprendentemente tranquila.

Thomas dudó, luego se desabrochó la manga de la camisa del brazo no herido y la dobló hasta el codo. Todos se inclinaron hacia adelante. En contraste a la pálida piel en el interior del musculoso brazo de Thomas había una tracería gris y negra de una brújula. Norte, sur, este y oeste

estaban delineados por hojas como puntas de dagas, y en el corazón de la brújula, desplegando pétalos oscuros, había una rosa.

Cordelia había pensado que un tatuaje se parecería más a sus Marcas, pero en su lugar, le recordó a algo más. Era la tinta que contaba una historia permanente, como los libros y los poemas que también estaban hechos de ella.

Lucy aplaudió. Alastair hizo un ruido extraño. Apartó la mirada, como si la visión de Thomas lo molestara.

—Creo que es encantador, Thomas —dijo Cordelia—. El Norte apunta a tu brazo, a lo largo de la vena que corre a tu corazón.

—Entonces, ¿eso significa que eres amigo cercano de Magnus Bane, Thomas? —dijo Lucie—. ¿Puedes pedirle ayuda?

—Ni siquiera apareció en la fiesta —dijo Thomas, bajando su manga—. Pero contactar a Ragnor Fell es una buena idea.

—Siempre y cuando mantenga todo esto para sí mismo —dijo Christopher, empujando sus gafas sobre el puente de su nariz—. No podemos decirle a ningún cazador de sombras lo que sucedió aquí esta noche. Todos escuchamos lo que dijo ese demonio.

Hubo un murmullo de asentimiento, quebrado por Alastair.

—Cordelia y yo debemos irnos —dijo—. En cuanto a sus pequeños secretos, no pueden confiar en los demonios. No importa lo que digan.

Cordelia conocía ese tono en su voz.

—Alastair, debes prometer que mantendrás todo lo que sucedió aquí esta noche en secreto.

— ¿Por qué debería prometerlo? —exigió Alastair.

—Porque incluso si los demonios son mentirosos, el riesgo es demasiado grande —dijo Cordelia, algo desesperada—. El demonio dijo que iría tras nuestras familias si alguno de nosotros hablaba de lo que sucedió esta noche. Piensa en madre y padre.

Alastair parecía a punto de revelarse.

—Si no lo prometes —agregó Cordelia—. No iré a casa contigo. Me quedaré afuera toda la noche y seré repudiada. Tendré que casarme con Thomas o Christopher.

— ¡Oye! —dijo Christopher, sorprendido. Thomas sonrió.

—Si tienes el más mínimo interés por nuestra familia, debes prometerlo —dijo Cordelia—. Por favor, Alastair.

Hubo un susurro a su alrededor. Lucie parecía preocupada. James miraba a Cordelia con una expresión que no podía descifrar.

Los ojos de Alastair se entrecerraron.

—Esta bien, lo prometo —murmuró—. Ahora vámonos de una vez. Tenemos mucho que discutir cuando volvamos a casa.

* * *

Era casi medianoche cuando los cinco, Lucie, James, Matthew, Thomas y Christopher, finalmente regresaron al Instituto. Lucie miró las ventanas iluminadas con curiosidad mientras volcaban en el patio. Era inusual que a esta hora estuvieran encendidas todas las lámparas. James se llevó un dedo a los labios antes de empujar la amplia puerta principal, que se abría al tacto de la mano de cualquier cazador de sombras, y los guió hacia el interior y a las escaleras.

El pasillo del primer piso brillaba con piedras de luz mágica. La puerta del salón estaba abierta, y el sonido de una canción galesa resonó en el pasillo.

Nid wy'n gofyn bywyd moethus,
Aur y byd na'i berlau mân:
Gofyn wyf am galon hapus,
Calon onest, calon lân.

James y Lucie intercambiaron una mirada preocupada. Si Will estaba cantando, significaba que estaba de un humor sociable y los atraparía en el momento en que los viera y comenzaría a hablar de Gales y de patos.

—Tal vez —dijo James en un susurro—, deberíamos salir rápidamente y ascender a una de las recámaras superiores utilizando una ventana y un gancho.

Tessa apareció en la puerta del salón. Al ver a los cinco, levantó las cejas. Lucie y James intercambiaron una mirada: ya era demasiado tarde para el gancho.

Lucie dio un paso y deslizó un brazo alrededor de la cintura de su madre.

—Lo siento, mamá, tuvimos un picnic tardío junto al río. ¿Estamos en problemas?

Tessa sonrió.

—Todos son unos revoltosos, pero espero que lo hayan disfrutado. Podemos discutir esto más tarde. Tu padre tiene un invitado. Entren y preséntense. Tan solo iré a la enfermería y regresaré.

James dirigió a su grupo al salón, Thomas, Matthew y Christopher murmuraron sus saludos a Tessa al pasar. En el salón, sentados sobre dos sillas a juego de terciopelo gris con respaldo de ala, estaban Will y un alto

brujo verde con cuernos rizados bajo cabello níveo. Tenía una expresión adusta.

Will hizo las presentaciones.

—Ragnor Fell, ellos son mis queridos hijo e hija. Y vienen junto a una vergonzosa manada de invasores. ¿Creo que todos conocen a Ragnor Fell, el anterior Gran Brujo de Londres?

—Fue nuestro profesor en la Academia —dijo Christopher.

Ragnor Fell lo miró directamente.

—Por el nombre de Lilith —dijo, arrastrando las palabras—. Escondan los objetos frágiles. Oculten la casa entera. Christopher Lightwood está aquí.

—Christopher suele estar aquí —dijo James—. Y la casa permanece casi intacta.

Will sonrió.

—El señor Fell está aquí en una visita social —dijo—. ¿No es agradable?

Will había tratado de dejar en claro que las puertas del Instituto estaban abiertas para subterráneos, pero pocos habían acogido esa hospitalidad. Will y Henry hablaban a menudo de Magnus Bane, pero Bane había estado en América durante toda la vida de Lucie.

—El Señor Fell expresó un gran interés en la música galesa, así que canté algunas canciones —dijo Will—. Además, bebimos unos vasos de oporto. Nos hemos estado divirtiendo.

—He estado aquí durante horas —dijo Ragnor, casi como si estuviera sufriendo—. Fueron muchas canciones.

—Sé que las disfrutaste —dijo Will. Sus ojos brillaban. Muy por encima de ellos, Lucie escuchó un extraño sonido: como si algo en la casa se hubiera volcado y se hubiera estrellado. Quizás una lámpara.

—Me siento como si hubiera estado en Gales y de regreso —dijo Ragnor. Sus ojos se iluminaron al ver a Matthew—. El hijo del Cónsul —continuó—. Te recuerdo. Tu madre es una amable mujer, ¿ha superado ya su enfermedad?

—Eso fue hace algunos años —dijo Matthew. Intentó sonreír y falló. Lucie se mordió el labio. Pocos sabían que Charlotte había estado bastante enferma cuando Matthew tenía quince años y que había perdido un bebé nonato. Pobre Matthew, que constantemente lo recordaba.

Matthew se acercó a la repisa de la chimenea y se sirvió un vaso de jerez con manos ligeramente temblorosas. Lucie vio que los ojos de Will seguían a Matthew, pero antes de que pudiera hablar, se abrió la puerta del salón y apareció Tessa, que llevaba una vela encendida. Su rostro estaba en sombras.

—Will, *bach* —dijo en voz baja—. Ven conmigo por un momento, tengo algo que pedirte.

Will se puso de pie con presteza. Siempre lo hacía cuando Tessa era quien lo llamaba. Lucie sabía que el amor que compartían sus padres era extraordinario. Era el tipo de amor que trataba de capturar en las páginas de sus propios escritos, pero nunca podía encontrar las palabras correctas.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de los padres de Lucie, Ragnor Fell se giró hacia James.

—Veo que esta generación de cazadores de sombras no tiene más sentido común que la anterior —dijo bruscamente—. ¿Por qué están vagando por la ciudad de Londres a esta hora de la noche cuando necesito hablar ustedes?

— ¿Qué, e interrumpir su visita social? —dijo James, sonriendo—. Padre dijo que estuvieron escuchando canciones galesas durante horas.

—Sí, es una lástima. —Ragnor hizo un gesto de impaciencia—. Mi amiga Hypatia me hizo saber que algunos jóvenes cazadores de sombras vinieron a su salón esta noche haciendo preguntas sobre demonios inusuales e insinuando un futuro terrible para todos nosotros. Ella mencionó *tu* nombre. —Apuntó un dedo en dirección a Matthew—. Dijo que les debía alguna clase de deuda y me preguntó si podía ayudar.

— ¿Podría? —Thomas habló por primera vez desde que habían entrado en la sala—. Mi hermana es una de las heridas.

Ragnor parecía asombrado.

— ¿Thomas Lightwood? Dios, estás enorme. ¿Con *qué* te han estado alimentando los nefilim?

—Crecí un poco —dijo Thomas, impaciente—. ¿Puede ayudar a Barbara? Los Hermanos Silenciosos han dormido a todos los heridos, pero hasta ahora no hay cura.

Thomas agarró el respaldo de madera de una silla, tallada para representar cuchillos serafines entrecruzados. Su piel estaba bronceada, pero sostenía la silla con tanta fuerza que sus manos estaban blancas. Ragnor Fell inspeccionó la habitación, con sus pálidas cejas en alto.

—La escasez de demonios en Londres en los últimos años no se ha librado de mi atención —dijo—. También escuché los rumores de que un poderoso brujo estaba detrás de esta ausencia.

— ¿Usted lo cree? —dijo Lucie.

—No. Si los brujos pudiéramos mantener a los demonios fuera de nuestras ciudades, lo haríamos siempre. Pero no requeriría tanto de un brujo poderoso, sino de uno corrupto para jugar con este tipo de magia.

— ¿Qué quiere decir? —dijo James—. Es claro que mantener a los demonios alejados es algo bueno, no malo.

Ragnor asintió lentamente con su enmarañada cabeza.

—Uno pensaría eso —concordó—. Sin embargo, lo que estamos viendo aquí es que alguien ha sacado a los demonios menores de Londres para hacer un camino para aquellos aún más peligrosos. —Ragnor vaciló—. Entre los brujos, mi nombre a menudo se invoca cuando se habla de magia dimensional, el tipo de magia más difícil e inestable, el tipo que involucra otros mundos distintos al nuestro. Me he convertido en un estudiante de ello y nadie sabe más que yo. Los demonios no pueden aparecer a la luz del día. Es una regla de la naturaleza. Y aún así. ¿Hay formas de traer demonios a este mundo que los hagan impermeables?

— ¿Sí? —Lucie se arriesgó.

Ragnor la fulminó con la mirada.

—No esperes que te diga cuáles son —dijo—. Solo que están prohibidas por el Laberinto Espiral, porque involucran magia dimensional compleja que representa un peligro para el tejido del mundo mismo. —Sacudió su cabellera blanca de pelo—. No tengo información sólida, solo rumores y conjeturas. No traicionaría a un miembro de mi propia especie a un miembro de la Clave a menos que supiera con certeza que es culpable de un delito, porque la Clave lo arrestaría primero y examinaría la evidencia más tarde. Pero ustedes… son niños. Aún no están en la Clave. Si tuvieran que investigar esto…

—No le diremos a padre nada que no quiera que le digamos —prometió James—. No se lo diremos a nadie. Lo juramos por el nombre de Raziel.

—Excepto a Cordelia —dijo Lucie apresuradamente—. Ella será mi *parabatai*. No puedo ocultarle cosas. Pero no se lo diremos a nadie más y ciertamente ni a un solo adulto.

Hubo un murmullo en el que los demás lo prometieron junto a ella. Para un cazador de sombras, jurar algo era algo serio. Jurar por el nombre del Ángel era aún más serio.

Ragnor se volvió hacia James.

—Pocos brujos podrían realizar esta magia, y aún menos estarían dispuestos a hacerla. De hecho, solo puedo pensar en uno tan corrupto. Emmanuel Gast. Los rumores entre los brujos dicen que, si el precio es lo suficientemente alto, no hay trabajo demasiado bajo para él. No sé si el rumor es cierto, pero sí sé su dirección.

Ragnor fue al escritorio en la esquina de la habitación y anotó la dirección en una hoja de papel. Lucie observó la pluma estilográfica Waterman de relieve dorado en las pesadas manos de Ragnor Fell, que tenía una articulación adicional en cada dedo, haciendo que la sombra de su mano sobre la página pareciera casi una garra.

—Gracias —dijo James, cuando el brujo terminó.

—No creo que deba pedirte que no le digas a Gast quién te envió —le dijo, enderezándose del escritorio—. Si descubro que lo hicieron, los convertiré en un juego de tazas de té. En cuanto a mí, me voy a Capri. Mis nervios están en un hilo. Si Londres va a ser devorada por demonios, no deseo estar presente. Buena suerte a todos ustedes.

Esto parecía una actitud extraña para un antiguo Gran Brujo, pero Lucie mantuvo la boca cerrada cuando Fell se dirigió hacia la puerta. Ella pensó que se iría sin otra palabra, pero se demoró un momento.

—No sé del todo cómo tratarlos, los Herondale —admitió—. Un brujo nunca ha tenido un hijo antes. No puedo evitar preguntarme: ¿En qué se convertirán?

Miró fijamente a James y luego a Lucie. El fuego crepitó en la chimenea, pero ninguno de los dos habló. Lucie pensó en el demonio en el puente, diciéndole a James que honraría su sangre. Sangre que también era suya.

Ragnor se encogió de hombros.

—Que así sea —dijo y se fue.

Lucie corrió hacia el escritorio y tomó el papel en sus manos, luego se dio la vuelta sonriendo. Thomas y James le devolvieron la sonrisa, Thomas con esperanza, James con cansancio. Matthew miraba sombríamente el vaso que tenía en la mano.

Entonces se abrió la puerta y entraron Will y Tessa.

Lucie, preocupada por un instante de que hubieran escuchado alguna traicionera pista de la información de Ragnor Fell, metió el papel rápidamente en el bolsillo de su vestido de día. Entonces vio sus expresiones y todo lo demás fue olvidado.

Fue como el final del verano en Idris. Un día, ella y James estarían jugando en el bosque entre los verdes árboles y los musgosos valles de flores. Y entonces vendría un cambio casi imperceptible en el aire y ella lo sabría: habría heladas el día siguiente.

Thomas retrocedió, su rostro se puso pálido bajo su bronceado. Su hombro golpeó el de Matthew y el vaso cayó de las manos de Matthew. Se hizo añicos a sus pies, esparciendo fragmentos por el hogar.

No habrá más tiempo antes de la helada, pensó Lucie. *Ya está aquí.*

—Thomas, lo sentimos mucho —dijo Tessa, extendiendo sus manos—. Tus padres están en camino. Barbara ha muerto.

Capítulo Traducido por D.Herondale
Corregido por Freya y Samn

11

Talismanes y Hechizos

El conocimiento está orgulloso de haber aprendido tanto;
Mientras que la sabiduría siente la humildad de no saber más.
Los libros son, con frecuencia, talismanes y hechizos.
—William Cowper,
La Tarea, Libro VI: El paseo de mediodía en invierno

—El *tahdig* está frío. —Sona se erguía en el umbral de la casa de la ciudad, con los brazos cruzados mientras fulminaba con la mirada a sus dos hijos—. Risa sirvió la cena hace más de dos horas. *¿Dónde* han estado?

—Estábamos en la enfermería del Instituto —mintió Alastair, sus ojos amplios e inocentes. *Realmente es el hijo de una temperamental madre persa*, pensó Cordelia algo divertida. Había peinado su cabello y alisado su falda todo lo que le fue posible en el carruaje, pero sabía que lucía horrible—. Pensamos en llevar flores, para mostrar nuestra preocupación como miembros de la comunidad londinense.

Algo del enojo desapareció del rostro de Sona.

—Esos pobres niños de la enfermería —dijo. Dio un paso atrás y los hizo pasar a la casa—. Entren, entonces. ¡Quítense los zapatos antes de que manchen la alfombra de lodo!

La cena fue un breve asunto de *tahdig* y *khoresh bademjan* frío. Para el

final de la cena, Sona estaba convencida de que la idea de ayudar en la enfermería fue suya.

—Eres un buen chico, Alastair *joon* —le dijo, besando su coronilla al levantarse de la mesa—. Tú también, Cordelia. Aunque no debiste recoger las flores por tu cuenta. Tu vestido está arruinado. —Meneó su cabeza—. ¡Tanto lodo!

—Bien —replicó Cordelia—. Es un horrible vestido.

Su madre lució dolida.

—Cuando tenía tu edad… —comenzó a decir su madre. Cordelia supo que eso presagiaba una historia sobre como Sona, de joven, era perfectamente obediente con sus padres, una solícita cazadora de sombras y que mantenía en todo momento su vestimenta en condiciones prístinas.

Alastair arrojó su servilleta sobre la mesa.

—Nuestra Layla luce exhausta —dijo—. Ayudar a los enfermos es agotador. La acompañaré arriba.

Había tres pisos en la casa, el piso superior contenía las habitaciones de Alastair y Cordelia, y un pequeño estudio. Las ventanas estilo Tudor permitían contemplar el oscuro firmamento sobre Kensington. Alastair se detuvo en la cima de las escaleras y se recargó en el papel tapiz de damasco.

—Propongo no volverle a hablar a esas horribles personas otra vez.

Hizo girar una de sus lanzas chinas entre sus dedos, la cuchilla con forma de hoja atrapaba la luz que se filtraba desde la planta baja. Alastair tenía una colección de lanzas, algunas de las cuales se plegaban y podía mantener ocultas en sus bolsillos y muchas otras que estaban aseguradas al forro de su abrigo.

—Me agradan —espetó Cordelia con nerviosismo—. Todos ellos.

Escuchaba a su madre cantar para sí misma en su habitación. Hacía mucho tiempo, el mismo Alastair solía cantar y tocar el piano. Alguna vez, fueron una familia musical. Alguna vez, las cosas fueron muy diferentes. Esa noche le había recordado a Cordelia su niñez junto a su hermano, siendo cómplices como los hermanos aislados suelen ser. Del tiempo antes de que Alastair asistiera a la escuela y regresara tan apartado, que se le hizo muy difícil volverlo a alcanzar.

— ¿De verdad? —inquirió Alastair—. ¿A cuál de ellos encuentras tan agradable? Si es Herondale, nunca te querrá más que la señorita Blackthorn, y si es Fairchild, nunca te querrá más que el alcohol.

Los labios de Cordelia se crisparon.

—Te gusten o no, son personas importantes y quiero creer que mantienes el bienestar de nuestro padre como prioridad en tu mente.

Alastair contuvo una carcajada.

— ¿Tu plan es salvar a padre haciendo que la gente te *quiera*?

—Claramente nunca has pensado que agradar a las personas sea importante, Alastair, pero no soy como tú.

Alastair lució atónito, pero pronto se recobró.

—Debes pensar menos en agradarles y más en que estén en *deuda* contigo.

—Alastair…

Pero alguien tocó la puerta en el piso inferior. El sonido retumbó en el silencio. Quien estaba afuera tocó tres veces en rápida sucesión y se detuvo.

La expresión de Alastair cambió.

—Hemos hablando suficiente acerca de esto. Buenas noches, Cordelia.

No más Layla. *Cordelia*. Su expresión era severa mientras descendía con prisa por la escalera.

Cordelia alargó una mano para tomar su abrigo.

—¿Quién hace una visita a estas horas? ¿Crees que sean malas noticias?

Alastair se sobresaltó, parecía atónito ante la presencia de Cordelia, y su abrigo se le escapó de los dedos.

—Sé quién es. Yo me encargo. Ve a dormir de una vez, Cordelia —ordenó Alastair sin mirarla a los ojos—. Si madre te encuentra fuera de la cama, la pagarás caro.

Salió disparado bajando las escaleras.

Cordelia se asomó por el barandal. Dos pisos más abajo podía ver el encáustico mosaico del salón, las superficies recién pintadas lucían amarillos brotes estelares, que brillaban en medio del laberinto de espadas. Vio a su hermano abrir la puerta y una sombra extenderse sobre las espadas y estrellas cuando el visitante entró. El hombre se quitó el sombrero. Con algo de sorpresa, Cordelia reconoció a Charles Fairchild.

Alastair miró a su alrededor, preocupado, pero era evidente que tanto su madre como Risa estaban durmiendo. Tomó el abrigo y sombrero de Charles y se dirigieron al salón.

El corazón de Cordelia latía con fuerza. Charles Fairchild. Charles, quien advirtió a James que no se acercara a Grace. Charles, en quien Matthew no confiaba, pero en quien Alastair, claramente, sí.

Alastair le prometió a ella que no diría el secreto de James. Lo *prometió*.

Pero estuvo renuente cuando lo hizo. Cordelia se mordió el labio, soltó una grosería en voz baja y bajó. Las escaleras de su nueva casa eran de roble, pintadas de gris con una línea amarilla en el centro y el barandal de hierro

forjado, también pintado de gris. Cordelia peleaba con su consciencia mientras corría por ellas con cuidado para no hacer ruido con sus pisadas.

Había una entrada trasera al salón. Cordelia se deslizó por el comedor, donde los platos seguían sobre la mesa, y por el corredor de los criados. Al final del pasillo, estaba la puerta del salón, apenas entornada. Se presionó contra esta espiando a través de la abertura. Podía ver a Charles, calentando sus manos en el fuego crepitante de la chimenea blanca.

Su cabello rojo se veía oscuro en la tenue luz y muy ordenado. Mientras Cordelia observaba, Alastair se acercó a Charles: ahora podía verlo también. Se estaba pasando los dedos por el cabello en un inútil intento de peinarlo.

—Alastair. —Charles le dio la espalda al fuego—. ¿Por qué te ves así? ¿Qué sucedió?

—Fui a buscarte hoy temprano —dijo Alastair. Había un tono malhumorado en su voz que sorprendió a Cordelia—. Mi hermana estaba con Anna… fui a tu casa e, incluso, a tu club. ¿Dónde estabas?

—En el Instituto, por supuesto. Mi prometida sigue enferma, a menos que lo hayas olvidado.

—Créeme que me es muy difícil —replicó Alastair, con frialdad—, olvidar a tu prometida.

En las sombras, Cordelia parpadeó, confusa. ¿A Alastair no le agradaba Ariadne? No recordaba que él la mencionara antes.

—Alastair —dijo Charles en un tono de advertencia—. Ya lo hemos discutido.

—Dijiste que sería por un tiempo. Un compromiso político que duraría poco tiempo. Pero he hablado con Ariadne, Charles. Ella cree con vehemencia que este matrimonio se realizará.

Alastair estaba de pie cerca de Charles, tan cerca como para que sus sombras se tocaran. Ahora, le dio la espalda a Charles y avanzó hacia las repisas de libros. Cordelia trató de retroceder y estuvo cerca de pisar su vestido. Por suerte, Alastair se detuvo antes de poder verla y observó los libros con expresión ausente. Cordelia rara vez había visto tanto dolor en su rostro.

—No es justo para ella, Charles —comentó Alastair—. O para mí.

—A Ariadne no le importa lo que yo haga. Sus intereses yacen en otro lugar. —Charles se detuvo por un fugaz instante—. Complacerá a sus padres con una buena unión y yo encuentro útil un vínculo con el Inquisidor. Si me vuelvo Cónsul, podré hacer mucho bien a la Clave, como a ti. Mi madre es sentimental, pero yo puedo hacer a nuestra gente fuerte una vez más. Es lo que siempre he querido. Tú lo entiendes. Te conté mis esperanzas en París.

—París. —Alastair cerró sus ojos como si esa palabra le produjera dolor—. Sí, pero dijiste… creí…

— ¿Qué dije? Nunca doy promesas falsas. Sabes cómo debe ser. Ambos somos hombres con experiencia en ello.

—Lo sé —respondió Alastair al abrir los ojos. Giró para mirar a Charles—. Es solo que… te amo.

Cordelia inhaló bruscamente.

Ay, Alastair.

La voz de Alastair se quebró mientras habló. La voz de Charles también se quebró, pero la suya no era el sonido de algo roto. Era el sonido de un látigo.

—Tienes rotundamente prohibido decir eso —dijo Charles—. No donde alguien pueda oírte. Lo sabes, Alastair.

—Nadie puede escucharnos —replicó, Alastair—. Y te he amado desde París. Y pensé que me amabas.

Charles no dijo nada. Y, por un instante, todo lo que Cordelia pudo pensar fue en cuanto odiaba a Charles Fairchild por herir a su hermano. Luego, percibió el levísimo temblor en las manos de Charles cuando las guardó en su bolsillo. Se dio cuenta que él también debía tener miedo.

Charles tomó una respiración profunda y recorrió el suelo alfombrado hasta el lado de Alastair. Cordelia los vio con claridad. «Muy claramente, quizá», pensó ella, mientras Charles sacaba las manos de sus bolsillos y las ponías en los hombros de Alastair. Los labios de Alastair se separaron, levemente.

—Lo hago —afirmó Charles—. Sabes que sí.

Sus manos se dirigieron hacia el cabello de Alastair. Seguía usando guantes, sus dedos oscuros contra el pálido cabello de Alastair. Acercó a Alastair hacia él y sus labios se encontraron. Alastair hizo un sonido quedo, como si se estuviera rindiendo. Deslizó los brazos alrededor del cuello de Charles y lo empujó hacia abajo contra el sofá.

Sus cuerpos se unieron, Charles sobre Alastair. Fue el turno de Alastair de hundir sus manos en el cabello de Charles, presionando su cuerpo contra el de Charles y desabotonando su chaleco. La manos de Charles yacían planas sobre el pecho de Alastair y él lo besaba con hambre, una y otra, y otra…

Cordelia apretó sus ojos con fuerza. Era la vida de su hermano, sus privados, muy privados asuntos. Oh, santo cielo, ella no lo siguió para ver *esto*. Escuchaba suaves gemidos, escuchaba a Alastair susurrando en persa a Charles, con un afecto que nunca habría imaginado a su hermano profesar.

Hubo un jadeo. Se iba a arriesgar, decidió. Huiría y, con suerte, ellos estarían muy ocupados el uno con otro para escucharla.

Entonces, escuchó a Charles.

—Alastair. No puedo… yo no puedo… —Se escuchó un fuerte golpe y Cordelia abrió los ojos para ver a Alastair, desaliñado, sentarse en el sofá y Charles, de pie, poniéndose su abrigo. El traje de Alastair estaba olvidada en el respaldo del sofá—. No ahora.

Alastair ya no tocaba música pero todavía tenía manos de músico. Cordelia vio esas manos elevarse, retorcerse unidas en un breve instante de dolor y luego se detuvieron.

— ¿Qué sucede, Charles? —dijo con voz grave y rasposa—. Si esto no fue por lo que viniste, ¿entonces qué haces aquí?

—Pensé que habías aceptado la situación con Ariadne —dijo Charles—. No te dejaré, Alastair. Seguiríamos siendo… lo que somos. Y pensé que también estarías de acuerdo en casarte.

— ¿*Yo*, casarme? —Alastair se levantó de un salto—. Te lo he dicho una y otra vez, Charles, incluso si no te tuviera, nunca me casaría con una pobre mujer para engañarla sobre mis intenciones y el amor que siento. He convencido a mi madre de que puedo ser de mayor utilidad a mi familia en la política…

—Te darás cuenta que es difícil tener éxito en la política sin una esposa —señaló Charles—. Y no debes engañar a una mujer.

—Ariadne es un caso especial —dijo Alastair—. Si no prefiriera a las mujeres, dudo que estuviera dispuesta a casarse contigo.

Charles se mantuvo inmutable, con sus ojos fijos en Alastair.

— ¿Y si no fuera Ariadne?

Alastair lucía desconcertado.

—Habla claro, Charles. ¿A qué te refieres?

Charles sacudió su cabeza como si se estuviera quitando unas telarañas.

—Nada —respondió—. Estoy… perturbado. Mucho pasó esta noche y todo fue malo.

Cordelia se tensó. ¿Qué quería decir? Él no podía saber acerca de su encuentro con los demonios en el puente de Battersea. ¿Alguien más había enfermado?

—Barbara Lightwood falleció. —Charles habló con voz taciturna.

Cordelia sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. A lo lejos, escuchó la voz atónita de Alastair.

— ¿La hermana de Thomas está muerta?

—No creí que te importara —confesó Charles—. Pensé que odiabas a esos chicos.

—No —dijo Alastair, sorprendiendo a Cordelia—. Pero… ¿Ariadne está bien?

—Vive —respondió Charles—. Solo Raziel sabe qué sucederá. A todos ellos.

Alastair se sentó de nuevo.

—Quizá, debemos dejar Londres. Puede que no sea seguro para Cordelia, para mi madre…

Una sacudida de sorpresa asaltó a Cordelia al ver que su hermano se había preocupado por su bienestar.

Alastair recargó su cabeza entre sus manos.

—*Nemidoonam* —susurró. Charles no pareció entenderlo, pero Cordelia sí: *No sé. No sé qué hacer.*

—Somos cazadores de sombras —le recordó Charles y Cordelia se preguntó, ¿Acaso a él no le preocupaba que Matthew pudiera enfermar? ¿O Henry?—. No huimos, ni perdemos el tiempo guardando luto. Llegó el tiempo de pelear y vencer. El Enclave necesita un líder y, con mi madre en Idris, ahora es mi momento de mostrarles mis mejores cualidades.

Tocó levemente el hombro de Alastair. Alastair lo miró y Cordelia cerró los ojos. Había algo muy personal en la manera en que Alastair observaba a Charles, todas sus barreras se destruían.

—Debo irme —anunció Charles—. Pero no olvides, Alastair, que todo lo que hago, siempre lo hago contigo en mis pensamientos.

* * *

—Lánzalo hacia acá, Alexander —dijo Lucie en voz baja.

Lo que él debía lanzar era una pequeña pelota roja de goma. El pequeño primo de Lucie corrió por el piso de mármol de la biblioteca, pero la pelota se escapó de sus manos y rebotó hacia el regazo de Lucie.

Alexander lucía a punto de hacer un berrinche.

—No es justo —protestó. Estaba cansado e irritable, llevaba horas despierto más su hora de dormir había pasado hacía tiempo. Lucie no tenía certeza de qué hora era, estaba segura que habían pasado varias horas desde que se había enterado de la muerte de Barbara, pero todo parecía un mal sueño, atemporal e impreciso.

Lucie levantó la mirada y frunció el ceño.

—Jessamine, no le quites la pelota al niño.

—Solo quiero ser incluida —dijo Jessamine. Flotaba entre las estanterías, donde Lucie llevó a Alexander para entretenerlo mientras los padres de él y los suyos se reunían a hablar. En algún punto, Jessamine había aparecido, percibiendo el intranquilo sentimiento que envolvía al Instituto. Levitó cerca de Lucie, su largo cabello rubio flotaba suelto.

—Quizá sería mejor si dejan Londres —decía Tessa. Ella y Will estaban sentados con los tíos de Lucie, Cecily y Gabriel, en la larga mesa en el centro del gran salón—. Será bueno para Sophie y Gideon estar con Henry y Charlotte en Idris, ambos tienen una presencia reconfortante. Y, con certeza, permanecer aquí solo les recordará a Barbara.

Lucie había visto a tío Gideon y tía Sophie apenas por un instante cuando fueron a ver el cuerpo de Barbara y recogieron a Thomas. Ambos lucían vacíos, como marionetas con la forma de sus tíos, de pie y en movimiento porque era necesario. Aún así, trataron de consolar a Oliver, quien estaba sentado junto al rígido cuerpo de Barbara, sollozando. Al parecer, ella había gritado y se había retorcido hasta el último momento, hasta que fue hallada muerta por Tessa. Había arañado las manos de Oliver. Sangre manchaba los puños blancos de su camisa y se mezclaba con sus lágrimas.

Devastado, Oliver regresó a York junto a sus padres; Gideon y Sophie, al parecer, se habían marchado a Idris, en donde Eugenia había sufrido un desmayo al enterarse de la noticia de la muerte de su hermana y no se encontraba en condiciones para viajar por Portal. Thomas no fue con ellos. Insistió en permanecer en Londres y quedarse junto a Cecily y Gabriel en su casa en Bedford Square.

—Haremos nuestro mayor esfuerzo por cuidar de Thomas —afirmó Cecily—. Christopher estará encantado de tenerlo con nosotros. Pero no puedo evitar preguntarme si Thomas se arrepentirá de no ir a Idris. Estoy segura que es doloroso separarse de su familia en estos momentos.

—También son su familia —dijo Will—. Christopher y Thomas son como hermanos, Cecy.

—No creo que se arrepienta —comentó Gabriel. Era un tío amable, pero sus rasgos aguileños, como los de Anna y Christopher, le hacían parecer más severo de lo que era—. Thomas es muy parecido a Gideon. Es la clase de persona que debe tener algo que hacer para sentirse útil cuando golpea la tragedia. Christopher desea tener su ayuda para trabajar en un antídoto...

—Pero Kit es solo un chico —acotó Cecily—. No debería sentirse obligado a lograr una hazaña así de monumental.

—Nada indica que los esfuerzos de Christopher y Thomas serán en vano —señaló Will—. Recordemos que hubo un tiempo cuando la Clave dudó de nosotros, dudó de Henry, pero prevalecimos.

—Pobre Sophie —dijo Jessamine inesperadamente—. Siempre fue una chica amable. Excepto esa vez que me golpeó con un espejo en la cabeza y me ató a mi cama.

Lucie no le pidió más explicaciones, las historias de Jessamine oscilaban entre desvaríos hasta locuras. En su lugar, subió a Alexander a su regazo y descansó la barbilla en su coronilla.

—Parece ser propio de los vivos que la tragedia los persiga —musitó Jessamine.

Lucie no señaló que la alternativa le parecía peor. Jessamine nunca parecía desear volver a la vida; parecía contenta con su rol de ángel guardián.

Muy diferente a Jesse, pensó Lucie. Jesse, quien le pidió mantener su existencia como un secreto, para que su extraña media vida no fuera descubierta y erradicada por la Clave. Jesse, quien quería vivir desesperadamente.

—Todos fuimos muy valientes en ese entonces —dijo Tessa—. Me pregunto si todo es más fácil mientras eres joven, cuando no sabes lo que realmente puedes perder.

Cecily murmuró algo en respuesta. Lucie abrazó a Alexander, que ya estaba casi dormido en sus brazos. Él era un consuelo, aunque tuviera tres años y fuera quejumbroso. Sintió en el fondo de su corazón la verdad de lo que su madre había dicho. Y alguien *debía* poner la verdad en los libros, pensó, pero esta nunca sería la clase de cosas que ella pondría en las páginas de *La Hermosa Cordelia*. Los libros eran sobre experimentar la dicha. Esta era la cruda y terrible verdad de la vida.

Era una tragedia.

* * *

James estaba sentado en su escritorio, tratando de leer, pero sus ojos no procesaban las palabras en la página. Su mente no paraba de pensar en Barbara. No había sido demasiado cercano a su prima. La diferencia de edad entre ellos significaba que para ella no era más que un niño con el que ser indulgente, como lo era con Thomas. Pero ella estuvo ahí toda su vida, amable y risueña, sin la lengua afilada de su hermana, siempre esperando lo mejor de todos. Nunca había vivido en un mundo en el que Barbara no estuviera.

Lucie estaba en la biblioteca, lo sabía, absorbiendo la compañía de otros. Pero James siempre hallaba refugio en los libros. Aunque, admitía que no en la clase de libro que leía en ese momento.

Se había sorprendido por el poco material que había en la biblioteca sobre los Príncipes del Infierno. No eran la clase de demonios con los que los cazadores de sombras *peleaban*: En su mitología, eran reflejos de ángeles como Raziel. Sus intereses iban más allá de la humanidad, que solo eran como hormigas para ellos. Sus batallas eran contra los ángeles y los regentes de los reinos, otros mundos además de la Tierra, dimensiones

que los príncipes coleccionaban como piezas de ajedrez. No podían ser asesinados, pero en ocasiones podían lastimarse entre ellos de tal manera que la parte lesionada se debilitaba por años.

Había nueve de ellos en total. Estaba Sammael, el primero en liberar a los demonios en la Tierra. Azazel, el formador de armas que cayó de la gracia cuando ofreció a los humanos instrumentos de violencia. Belial, aquel que «no camina entre hombres», era descrito como príncipe de los nigromantes y brujos, y ladrón de reinos. Mammón, el príncipe de la codicia y la riqueza, que podía ser sobornado con monedas y riqueza. Astaroth, quien tentaba a los hombres a dar falsos testimonios y se aprovechaba de los afligidos. Asmodeus, el demonio de la lujuria y rumorado general de los ejércitos del Infierno. Belfegor, príncipe de la pereza y, extrañamente, de los embaucadores y vendedores de falsedades. Leviatán, demonio de la envidia, caos y del mar, era monstruoso y rara vez invocado. Y, al final, por supuesto, estaba Lucifer, líder de los arcángeles y el más hermoso de todos los príncipes, líder de la rebelión contra el cielo.

Parecía imposible para James que alguno de ellos fuera su abuelo. Era como tener una montaña por abuelo, o una supernova. Nada maligno era más poderoso que un Príncipe del Infierno, salvo Lillith, claro, madre de los demonios.

Suspiró y bajó el libro, alejando el intrusivo pensamiento de Grace. No le gustó el modo en que se separaron en la rivera: le dijo que necesitaría tiempo y sabía que debía dárselo. Aun así, su recuerdo quemaba dentro de su estómago como si hubiera tragado la cabeza de un fósforo.

Un golpe en la puerta lo sacó de su ensoñación y lo hizo ponerse de pie. Sus músculos dolían.

—Entra —exclamó.

Era su padre, pero Will no estaba solo: el tío Jem estaba con él, una presencia insonora en sus túnicas llenas de parches. Su capucha descansaba en sus hombros como solía ser cuando Jem estaba en el Instituto. Will

le había dicho a James muchos años atrás que cuando se había convertido en Hermano Silencioso, a Jem no le gustaba mostrar sus cicatrices. Era extraño pensar en el tío Jem teniendo tales sentimientos.

—Alguien vino a verte —anunció Will y se hizo a un lado para permitir que Jem entrara a la habitación. Miró a su hijo y su antiguo *parabatai*. James sabía que tras las canciones, los chistes y sus ingeniosas formas de evitar un tema, su padre era un hombre que sentía con gran profundidad. Incluso él era como su padre en ese aspecto: ambos amaban intensamente y podían herirlos con la misma fuerza.

Si a Will le molestaba que James y Jem tuvieran secretos que no pudieran compartir con él, no lo demostraba. James había sido miserable hasta que Jem le enseñó cómo controlar su poder de convertirse en sombra. Todo lo que le importaba a Will era que, después de su primera lección, James parecía más feliz.

Los ojos azules de Will estaban profundamente ensombrecidos. James sabía que él y Tessa habían estado despiertos por horas, primero en la enfermería y, después, en la biblioteca. James y Lucie estuvieron con Thomas tanto como pudieron, hasta que regresó a la casa de Christopher, guardando luto silencioso y agotado. Después de eso, Lucie fue a la biblioteca a cuidar de Alexander, pero James fue a su habitación. Siempre fue de los que soportaban su dolor en privado.

Will le alborotó el cabello a James y dijo algo de ser necesario en otra parte antes de abandonar la habitación. Una vez que se fue, James se sentó en el escritorio y miró a su tío Jem.

¿Me llamaste? dijo Jem.

—Sí. Necesito decirte algo. O, a lo mejor, preguntarte algo. No estoy seguro de cuál de ambas.

¿Es sobre Barbara? ¿O los otros? preguntó Jem. *No sabemos por qué murió, James. Creemos que el veneno llegó a su corazón. Piers y Ariadne permanecen*

estables, pero la necesidad de los Hermanos Silenciosos de encontrar una cura se ha vuelto aún más acuciante.

James pensó en la sangre que tomó Christopher de la enfermería, su laboratorio en su casa en Grosvenor Square. Christopher estaba haciendo todo lo posible por encontrar una cura para el veneno del demonio, pero no podía evitar desear que Henry regresara pronto de Idris a prestar su ayuda. Por no mencionar que estaba el asunto de la tierra que James encontró en el reino de sombras...

—Envié ese mensaje antes de saber de Barbara —respondió James, regresando sus pensamientos al presente—. Me siento tonto ahora. Mis problemas no se comparan a esos...

Dime por qué me llamaste, dijo Jem. *Yo decidiré si es importante o no.*

James titubeó.

—No puedo decírtelo todo —dijo—. Por razones que no puedo explicar enteramente. Solo sé que me encontré con un demonio, que me dijo que mi abuelo era un Príncipe del Infierno. —Alzó la mirada a su tío—. ¿Lo sabías?

La franja blanca en el cabello de Jem danzó cuando negó con la cabeza.

Desde que he buscado el nombre de tu abuelo, he escuchado muchas historias de diferentes fuentes. Hubo una bruja, que me dijo que era un Príncipe del Infierno. Pero también hubo otros que me dieron nombres de diversos demonios. Ya que no sé en quién confiar, preferí no agravar a tu familia con esa carga hasta estar seguro de la verdad.

—Quizá una pista puede encontrarse en el reino de sombras —dijo James—. Cada vez lo veo más y más, justo como se ven más demonios en Londres. Si hay alguna conexión...

¿*Los demonios del lago te hablaron? ¿Mencionaron a tu abuelo?*

James negó con la cabeza.

Asumo que el demonio que identificó a tu abuelo fue el demonio cerbero del invernadero en Chiswick, dijo Jem. James no lo contradijo, se había acercado bastante. *Puede que ese demonio, al haber estado vinculado a Benedict y Tatiana, hubiera escuchado tu nombre, y dijo lo que creyó te lastimaría más. Los demonios son engañosos. Puede que no sea cierto.*

— ¿Pero, de ser cierto, qué significaría? —susurró James—. ¿Y si soy descendiente de un Príncipe del Infierno?

Eso no define quién eres, dijo Jem. *Mira a tu madre, mira a tu hermana. ¿Ves algún defecto en ellas? Eres el hijo de tu madre y tu padre, James. Eso es lo que importa. Lo que siempre importará.*

—Estás siendo amable —replicó James—. Mucho más amable de lo que sería la Clave, si resulta ser cierto.

Jem tomó la cara de James en sus manos. Su toque era fresco, como siempre, y su rostro era joven y viejo a la vez. ¿Cómo podía verse de la edad de James pero, a la vez, atemporal?

Si ves a la humanidad como yo puedo verla, dijo el tío Jem. *Hay poca luz y calidez en este mundo para mí. En todo el mundo, solo hay cuatro llamas que brillan con tanta fuerza como para hacerme sentir algo parecido a la persona que fui. Tu madre, tu padre, Lucie y tú. Tu amas, y te estremeces, y ardes. No dejes que aquellos que no ven la verdad te digan quién eres. Eres la flama que no se puede apagar. Eres la estrella que no puede extraviarse. Eres quien siempre has sido, eso es suficiente y más que eso. Quien te mire y vea oscuridad, está ciego.*

Soltó a James, abruptamente, como si hubiera hablado de más.

No es suficiente, ¿cierto? dijo Jem, su tono silencioso en cierto modo resignado. *La incertidumbre ha sido plantada. Sientes que debes saberlo.*

—Sí —reconoció James—. Lo siento.

Muy bien, dijo Jem. *Hablaré con un viejo amigo, con una condición. No hables de esto otra vez, con nadie, hasta que hablemos con él.*

James titubeó. Ya guardaba tantos secretos... secretos de Grace, secretos del ataque en Chelse y el secreto de Emmanuel Gast. Sin embargo, antes de poder responder, el sonido repiqueteante de ruedas resonó desde fuera; hubo una colisión y James escuchó las puertas del Instituto abrirse de golpe.

Se apresuró a la ventana. Jem estuvo a su lado en un segundo, tan silencioso como un fantasma.

Varios carruajes se acumulaban en el patio: en la fría luz de luna, James distinguió el escudo de armas de los Baybrook y los Greenmantle, pero no los demás. Escuchó gritos. Will y Gabriel se apresuraban por los escalones. La puerta del carruaje de los Greenmantle se abrió de golpe y salieron dos mujeres, cargando el cuerpo de un hombre entre ambas. La perchera de su camisa estaba empapada de sangre y su cabeza colgaba en un ángulo extraño, como una muñeca rota.

A un lado de James, su tío se puso rígido. Había una mirada distante en su rostro. James sabía que hablaba con los otros hermanos en su mente, reuniendo información a través de ellos.

Sucedió, dijo Jem. *Hubo otro ataque.*

* * *

La luz de la mañana tardía era amarilla como mantequilla. Lastimó los ojos de Cordelia al pasar el mosaico de estrellas y espadas del vestíbulo en Cornwall Gardens. Tanto Sona como Alastair seguían profundamente dormidos. Risa estaba en la cocina, tarareando mientras preparaba *nân-e barbari*, un pan sin levadura que era su especialidad.

Cordelia no pudo dormir nada. Entre su desesperado desasosiego por su padre, las noticias sobre Barbara y su nueva preocupación por Alastair, no había podido recostarse, mucho menos cerrar los ojos.

Pobre Thomas, pensó. Y pobre Barbara, que lucía tan feliz al bailar con Oliver y al caminar con él por el Regent's Park.

Los cazadores de sombras conocían la muerte. Aceptaban que esta llegaba: en batalla, por cuchillo, colmillo o espada. Pero que un veneno extraño les robara la vida mientras dormían, como un fantasma o un ladrón, no formaba parte de sus vidas como cazadores de sombras. Se sentía erróneo, como una bota puesta al revés. Como se sentía perder a su padre por injusticias de la Clave.

El sonido de un toque a la puerta casi manda a Cordelia volar por los aires. La doncella de los Lightwood tenía la mañana libre. Cordelia miró hacia la cocina, pero Risa no debió de haber escuchado el toque a la puerta. Nadie más que ella podía abrir la puerta. Cordelia se preparó mentalmente y la abrió.

James Herondale estaba en el umbral de su casa. Contuvo la respiración. Nunca antes lo había visto en el traje de combate. Lo oscuro resaltaba su cabello negro y sus ojos parecían oro ardiente, como los ojos de un león. Alrededor de su antebrazo izquierdo portaba una banda de seda blanca en señal de luto.

Encontró su mirada sin pestañear. Su cabello lucía continuamente alborotado, como si lo rodeara una tormenta invisible para todos los demás.

—Daisy —dijo—. Tengo… terribles noticias.

Ella pretendió no saber, pero no pudo tolerarlo.

—Barbara —susurró Cordelia—. Lo sé. Lo siento mucho, James. Charles vino anoche, es amigo de Alastair y…

—Siento que debí haber sabido que eran amigos… estuvieron en París al mismo tiempo, ¿no es así? —James se pasó la mano por su enredado cabello—. ¿Pero por qué vino Charles a ver a tu hermano tan tarde? No había forma que supiera del ataque…

— ¿Ataque? —Cordelia se tensó—. ¿Qué ataque?

—Hubo una pequeña reunión en casa de los Baybrook anoche. Cuando los visitantes se fueron, fueron interceptados por un grupo de los mismos demonios que nos atacaron en el parque.

La mente de Cordelia pensaba a toda prisa.

— ¿Alguien murió?

—Randolph Townsend —respondió James—. No lo conocía bien, pero los vi cargar su cuerpo. Vespasia Greenmantle y Gerald Highsmith fueron heridos y envenenados. —James se pasó los dedos por la coronilla de su ya despeinado cabello negro.

— ¿La Clave admitirá al fin que esto no es solo un problema limitado a Regent's Park?

—Sí —dijo James con amargura—. Y organizaran más patrullas, en zonas más amplias, aunque mis padres les suplican contacten brujos y al Laberinto Espiral. El ataque fue anoche, al menos, así que están menos asustados, pero… no sé si deberían. Eran un grupo de cazadores de sombras, adultos. Estaban armados. Todos lo han estado desde el picnic. Pero, según los Baybrook, los derrotaron en un instante. Solo Randolph tuvo oportunidad de alzar un cuchillo serafín antes de que el demonio le enterrara los dientes en la carne.

— ¿Los demonios desaparecieron repentinamente, como sucedió en el lago?

—Al parecer, los Baybrooks dicen que se fueron con la misma rapidez con la que aparecieron.

—Me parece —razonó Cordelia—, que no tienen intención únicamente de matar. Sino de morder. De causar la enfermedad.

James frunció el ceño.

—Pero Randolph fue asesinado.

—Fue el único que les hizo frente —dijo Cordelia—. Me parece que están *dispuestos* a matar, Barbara o Piers fácilmente pudieron morir desangrados, pero su principal objetivo es esparcir esta… esta enfermedad.

—Y crees que alguien los controla —acotó James—. Bien. Yo también. Con suerte, podremos descubrir quién con ayuda de Gast.

— ¿Gast? —repitió Cordelia.

Los ojos de él brillaron en dorado oscuro.

—Una cosa buena ocurrió anoche. Parece que tu viaje a la Ruelle Infernal fue exitoso. Hypatia Vex envió a Ragnor Fell en nuestra ayuda con el nombre de un brujo que pudo haber invocado a estos demonios. Emmanuel Gast. —Alzó la mirada en dirección a las ventanas de la casa—. Ragnor puso énfasis en la importancia de mantener esa información en secreto.

—Otro secreto —resopló Cordelia—. Ahora parecen ser muchos. Y pobre Thomas, ¿él lo sabe…?

— ¿Sobre Gast? Sí. Ragnor vino justo después de que nos enteramos de Barbara. —Una mueca de dolor cruzó la cara de James—. Thomas se culpa por su muerte, aunque no hay nada que él hubiera podido hacer.

James lucía exhausto, notó Cordelia. Se había desviado del camino para informarle las noticias, para que ella no se enterara por personas que no conocían a Thomas ni se interesaban por él o sus amigos.

Debe estar desesperado por marcharse, pensó. No podía retenerlo ahí cuando él, sin dudas, deseaba estar con su familia. O con Grace.

—Fue muy amable de tu parte venir a contarme —le dijo, recargándose en el marco de la puerta—. Te invitaría una taza de té, pero sé que debes estar ansioso por regresar junto a tu familia.

—En realidad, no regresaré al Instituto. Hice un plan con Matthew y Lucie para enfrentar a Gast en su apartamento, esta tarde. Nos encontraremos ahí. Vine a preguntarte si te nos unirías.

—Oh —dijo Cordelia, sorprendida—. ¿Lucie te pidió invitarme?

James titubeó.

—Sí. Exacto.

—Pero claro, haría cualquier cosa por mi futura *parabatai* —afirmó Cordelia. Y lo decía en serio. Estaba desesperada por ver a Lucie, y aún más por hacer algo de utilidad. Ayudar de alguna manera. Toda la noche había pensado en Barbara, a quien había conocido tan poco, pero que había sido tan joven, y parecía tan amable.

—Dudo que el brujo se alegre de recibirnos —advirtió James—. Trae tu equipo y a Cortana. Debemos estar listos para pelear.

* * *

Emmanuel Gast vivía en un apartamento que estaba encima de una fábrica de pañuelos, cerca a la conjunción entre Cheapside y Friday Street.

Matthew señaló Friday Street mientras pasaban.

—Solía haber una taberna en esa calle. Se llamaba Taberna de la Sirena, Shakespeare solía beber ahí.

Como escritora, Lucie *no* creía que fuera una avenida inspiradora para las artes. A cada lado de la calle había lúgubres edificios marrones con estrechas ventanas de plomo y sucios gabletes holandeses. Los toldos colgando fuera de varios edificios también estaban teñidos de un marrón moteado, no por diseño, sino por el polvo de las calles y el humo de la ciudad. Cheapside era una de las vías públicas más concurridas de Londres, multitudes surgían de los puestos de venta de pescado hacia cada ruta que se encaminara al blanco campanario de Saint Mary-le-Bow.

Ella arrugó la nariz.

—No comparto mucho el gusto de Shakespeare.

Matthew sonrió, aunque lucía tan cansado como Lucie se sentía. Vestía el negro traje de combate como ella, una banda blanca de luto estaba en su muñeca y una flor blanca en su ojal. Estuvo contando chistes toda la mañana, y Lucie se esforzó por seguirle el ritmo. Era difícil que su mente no divagara hacia Barbara, o en la ahora más concurrida enfermería del Instituto. O en cuándo sucedería el próximo ataque o quién saldría herido. O muerto.

—Luce. —Matthew le tocó el brazo ligeramente. Usaban un glamour, y la multitud se movía a su alrededor, partiéndose como un río que se bifurca alrededor de una isla central. Vendedores de periódicos pregonando el *Evening Standard* corrían por las calles: Matthew había saludado a uno antes y le había explicado a Lucie que era un abandonado, uno de los muchos niños callejeros subterráneos que hacía mandados en la Taberna del Diablo—. Hay algo bastante extraño de lo que quería hablar contigo. Charles… es decir, Charles siempre es extraño, pero Charles y Grace…

— ¡James! ¡Cordelia! —Lucie se puso de puntillas, saludando a la multitud.

Su hermano y Cordelia se habían bajado de su carruaje a cierta distancia y caminaban hacia ellos. Estaban, claramente, inmersos en una conversación, sus cabezas inclinadas muy cerca, como si estuvieran intercambiando secretos.

Lucie se dejó caer sobre sus talones, un poco perpleja. Raramente veía a James perdido en una conversación con alguien más que sus tres amigos más cercanos.

—Interesante —comentó Matthew, entrecerrando sus ojos verdes. Levantó una mano y la movió, esta vez James los vio. Él y Cordelia surcaron su camino a través de la multitud para alcanzarlos en la esquina. Lucie se les quedó mirando un poco: Cordelia lucía muy diferente sin la horrible ropa que su madre la obligaba a usar. Estaba en su traje de batalla: una larga túnica sobre botas y pantalones, su cabello rojizo estaba recogido en una trenza y una banda de cuero sobre un hombro. Parecía aún más joven y bonita que en el baile del Instituto.

—Es una pensión —avisó Matthew, tan pronto como Cordelia y James estuvieron cerca—. Estuvimos dentro: La casera dijo que nuestro amigo Emmanuel Gast tuvo que «salir de casa por un tiempo indefinido.»

—Matthew no pudo usar sus encantos en ella —se lamentó Lucie—. La mujer es un bloque de hormigón con forma humana. Pero nos las arreglamos para descubrir que su departamento está en el tercer piso.

Una sonrisa apareció en el rostro de James. Una de las cosas que más le gustaba de patrullar era trepar por los tejados.

—Por lo que subiremos por el costado del edificio.

—Lo que me temía —masculló Matthew mientras seguían a James hacia un callejón estrecho y lleno de basura—. Mis botas son nuevas.

—Tensa tus tendones, Matthew —recomendó James—. *Y clama: ¡Dios por Enrique, Inglaterra y por San Jorge!*

—Shakespeare —dijo Cordelia—. En *Enrique V*.

—Correcto —dijo James y sacó un gancho. Pasó el extremo de una cuerda por él y retrocedió para lanzarla. Su puntería, como siempre, era excelente: el gancho se hundió en el dintel de una ventana del tercer piso, la cuerda se desplegó por el costado del edificio—. De nuevo hasta la cima —anunció, y comenzó a subir.

James fue seguido en la cuerda por Cordelia, luego Lucie y por último Matthew, soltando groserías por la suciedad en sus botas. Lucie estaba a medio camino de la ventana cuando escuchó un grito. Al mirar hacia abajo, vio que Matthew estaba sobre sus manos y rodillas en el callejón. Debía haber caído de la cuerda.

— ¿Estás bien? —le preguntó lo más fuerte que pudo susurrar.

Cuando él se levantó, le temblaban las manos. Evitó la mirada de Lucie a propósito mientras atrapaba la cuerda.

—Te lo dije —espetó—. Botas nuevas.

Lucie retomó su ascenso. James había llegado a la ventana: equilibrado en el dintel, miró a su alrededor y pateó la ventana, que se derrumbó hacia adentro, con el marco de la ventana, el vidrio y todo lo demás. Desapareció en la oscuridad, seguido por Cordelia. Lucie y Matthew subieron tras ellos.

El departamento estaba oscuro y lleno de un hedor como de desechos podridos. Había papel tapiz marrón, manchado de grasa. Imágenes arrancadas de revistas pegadas a las paredes. Había muy poca luz, pero Lucie podía ver un viejo sofá encorvado y una alfombra turca manchada. Una estantería alta estaba llena de tomos de aspecto lamentable; James los miró con curiosidad.

—Creo que Ragnor tenía razón —dijo—. Hay bastantes libros sobre el estudio de la magia dimensional.

—No vayas a robar los libros para llevarlos a la Taberna del Diablo —ordenó Matthew—. No sería la primera vez que tu cleptomanía literaria nos mete en problemas.

James levantó las manos inocentemente y fue a buscar debajo de algunos muebles. Cordelia siguió su ejemplo y echó un vistazo detrás del marco de madera barato de una pequeña pintura al óleo que mostraba a la reina Isabel, de pelo escarlata y empolvada en blanco, poniendo una cara de desagrado.

—Miren esto. —Había polvo en el cabello de James y estaba frunciendo el ceño—. Me pregunto si son algún tipo de arma.

Señaló lo que parecía un montón de piezas de madera rotas, esparcidas por el suelo detrás del sofá.

—Están muy polvorientos —observó Cordelia—. Como si nadie los hubiera tocado en mucho tiempo.

James se inclinó para recoger uno, desconcertado, justo cuando Matthew se volvió para verlo. Había estado rebuscando en un pequeño escritorio en mal estado, cubierto de papeles sueltos. Levantó un desordenado boceto.

—James, mira esto.

James entrecerró los ojos.

—Es una caja. Rodeada de garabatos.

—No es una caja —corrigió Matthew, amablemente—. Es el dibujo de una caja.

—Gracias, Matthew —dijo James con un tono de ironía en su voz. Inclinó la cabeza hacia un lado—. Me parece familiar.

— ¿Te recuerda a algunas cajas que hayas visto antes? —inquirió Matthew—. Observa los garabatos un poco más de cerca. ¿No parecen runas?

James tomó el papel de la mano de su *parabatai*.

—Sí —dijo, sonando un poco sorprendido—, bastante; no a las runas que usamos, pero aún así son muy parecidas…

Cordelia se arrodilló para observar los fragmentos de madera.

—Estos sí que tienen runas talladas… nuestro tipo de runas —dijo Cordelia—, pero también parecen haber sido en parte carcomidos por una especie de ácido.

—Y miren esos rasguños en la madera —dijo James, uniéndose a ella. Echó un vistazo al dibujo de Gast y luego volvió a mirar los fragmentos—. Es como si…

Lucie oyó a Matthew decir algo en respuesta, pero ya estaba aprovechando su distracción para escabullirse por una puerta entreabierta al pequeño dormitorio del piso.

Su mano voló a su boca. Se atragantó y se mordió el pulgar con fuerza, el dolor atravesó las náuseas como un cuchillo.

La habitación estaba casi vacía salvo por una cama con postes de hierro, una sola ventana, y lo que quedaba de Emmanuel Gast, yacía hecho pedazos sobre las tablas desnudas del piso. Su carne y sus huesos habían sido roídos, sus costillas abiertas para mostrar una caverna roja destrozada. La sangre se había hundido en surcos negros en el piso de madera. La parte más humana que le quedaba eran sus manos, sus brazos extendidos con las palmas hacia arriba, como si suplicara por una piedad que no había recibido.

Llevaba mucho tiempo muerto. El hedor era pútrido.

Lucie dio un paso atrás. La puerta detrás de ella repentinamente se cerró de golpe con una fuerza que hizo vibrar la pared. Ella dejó caer su mano, saboreando la sangre en su boca cuando la *cosa* en el suelo se agitó y una sombra negra se alzó en el aire entre las afiladas costillas blancas.

Era un fantasma. Este fantasma no era Jessamine, o Jesse Blackthorn, que parecía sólido y humano. Había un horrible resplandor en el aire a su alrededor, como si con su violento final se hubiera roto un espacio en el mundo. Esto, él, era irregular en los bordes, con la cara pálida como una calavera en un nido de desordenado cabello castaño. Podía ver el papel tapiz estampado a través de su cuerpo transparente.

El fantasma de Emmanuel Gast parpadeó en su dirección con sus ojos azules llorosos.

— ¿Por qué me has convocado, tonta? —exigió, con una voz como el silbido del vapor que escapa de una tubería.

—*No* te invoqué —replicó Lucie—. No tenía idea que estabas muerto, hasta este momento tan desagradable. —Lo fulminó con la mirada.

— ¿Por qué me has arrastrado de regreso a este lugar de agonía? —siseó Gast—. ¿Qué quieres, cazadora de sombras?

Lucie alcanzó el pomo de la puerta detrás de ella y la sacudió, pero estaba atascada. Podía escuchar débilmente las voces de los demás en el salón, llamando su nombre.

Respiró hondo, casi ahogándose con el aire fétido. Aunque estaba muerto, Gast seguía siendo su única conexión con los demonios que habían matado a Barbara, por muy tenue que fuera.

Enderezó su postura.

— ¿Invocaste a los demonios? ¿Los que han estado atacando a los nefilim a plena luz del día?

El fantasma estaba en silencio. Lucie pudo ver dónde le habían cortado la garganta, mostraba su columna a través del agujero en su cuello. Quien había asesinado a Emmanuel Gast había querido asegurarse que quedara muerto.

— ¡Respóndeme! —gritó Lucie.

Para sorpresa de Lucie, los contornos parpadeantes del brujo se tornaron a una forma más sólida. Los ojos del fantasma ardieron con una ira roja, pero habló, con su voz hueca.

—Yo fui quien lo invocó. Yo, Emmanuel Gast, el más despreciado de los brujos. Hace años, el Laberinto Espiral se volvió contra mí. Me excomulgaron de la sociedad de brujos. Mi recompensa de oro me fue arrebatada. Me he visto obligado a tomar la más baja de las contrataciones para poder alimentarme y vestirme. Sin embargo, todo este tiempo estudié. Aprendí. Fui más sabio de lo que pensaban.

¿Sabio?, se preguntó Lucie. Desde su punto de vista y las circunstancias, las recientes decisiones de Gast fueron cualquier cosa menos sabias.

—Veo la forma en que me miras. —La sangre goteaba de las heridas del fantasma como un golpe silencioso de manchas negras en el suelo desnudo—. Me desprecias por invocar a ese demonio, un traficante de muerte… el envenenador de la vida. Pero el oro. Lo necesitaba. Y el demonio matará solo a los cazadores de sombras.

—Alguien te pagó para hacer esto —susurró Lucie—. ¿Quien? ¿Quién lo hizo?

El fantasma siseó.

— ¿Qué eres? Eres una cazadora de sombras, pero no lo eres. ¿Me arrastraste de vuelta desde el abismo? —Extendió una mano, insustancial, enroscada en una garra—. ¿Qué es este monstruoso poder…?

— ¿Monstruoso? —espetó Lucie—. Lo monstruoso es que convocaste a esas criaturas a este mundo, sabiendo el daño que harían...

—No sabes nada de mí —dijo Gast—. Fui al puente para invocar al demonio. Lo traje a este mundo y luego lo capturé, lo guardé donde estaría seguro, un regalo para quien me dio oro. Pero cuando regresé aquí, fui traicionado. No pude detenerlo. Mi sangre y mi vida corrieron por el suelo cuando mi asesino liberó al demonio de su escondite.

Lucie no pudo soportarlo más.

— ¿Quién hizo esto? ¿Quién te contrató?

Por un instante, Lucie creyó que Gast simplemente se desvanecería entre las sombras y el humo de Londres. Comenzó a temblar, como una mariposa paralizada por un alfiler, pero aún no muerta.

—No lo diré...

— ¡Lo harás! —gritó Lucie y movió su mano. Sintió que algo la atravesaba, como la electricidad a través de un cable, como la sensación de una runa quemándole la piel.

El fantasma echó la cabeza hacia atrás y rugió, revelando la marca de brujo de Gast: varias hileras de dientes, como un tiburón. Algo golpeó la puerta detrás de Lucie; se hizo a un lado justo a tiempo para que James entrara en la habitación en una nube de polvo de yeso: había destrozado la puerta desde las bisagras. Cordelia entró a continuación, con su banda sobre su hombro, y Matthew la siguió. Los dos últimos se quedaron parpadeando horrorizados ante el cadáver en el suelo.

Lucie miró a James. Él asintió, también podía ver al fantasma, como todos los Herondale. Era un avistamiento de fantasmas perfectamente ordinario, se dijo Lucie. Este fantasma no era Jesse.

—Quien me contrató vino a mí enmascarado, con la cara envuelta en tela y varias capas —le respondió lentamente, casi de mala gana—. No sé si era hombre o mujer, joven o viejo.

— ¿Qué más sabes? —exigió James y el fantasma se retorció—. ¿Quién está controlando a los demonios ahora?

—Alguien más poderoso que tú, nefilim —gruñó el fantasma—. Alguien que arrancó mis pupilas, destrozó mi cuerpo… —Su voz se elevó en un lamento—. ¡No pensaré en ello! ¡No reviviré mi muerte! En verdad son monstruos, a pesar de su sangre angelical.

Lucie no pudo soportarlo ni un momento más.

— ¡Vete! —gritó ella—. ¡Déjanos!

El fantasma desapareció de la existencia, entre una respiración y la siguiente. Cordelia ya estaba cerca de la cama, arrastrando la colcha sucia, arrojándola sobre lo que quedaba de Gast. El aire apestaba, Lucie se estaba ahogando. James la alcanzó.

—Necesito salir —susurró Lucie, alejándose de su hermano—. Necesito respirar.

Pasó junto a sus amigos y entró en la sala de estar. La puerta del piso no tenía pestillo. Lucie se aferró a la barandilla mientras bajaba los estrechos escalones y salía a la calle.

Las voces de Cockney flotaban a su alrededor, hombres con sombreros redondos que pasaban con paquetes bajo los brazos. Luchó por recuperar el aliento. Los fantasmas nunca la habían asustado: eran los muertos inquietos, afligidos y desorientados, rara vez los veía. Pero había algo diferente en Gast.

Un abrigo se posó en los hombros de Lucie, color verde botella, extra fino y cálido, con olor a colonia cara. Lucie levantó la vista para ver el rostro de Matthew cerniéndose por encima de ella, la luz del sol hacía que su cabello brillara. Por primera vez, parecía serio mientras abrochaba cuidadosamente el abrigo alrededor de ella. Sus manos, rápidas y

brillantes por los anillos, volaban por el aire cuando hablaba, moviéndose con gran deliberación respecto a una tarea tan pequeña. Ella lo escuchó respirar lentamente.

—Luce —dijo—. ¿Qué sucedió allá? ¿Estás bien?

Ella se estremeció.

—Estoy bien —respondió—. Rara vez he visto un fantasma en tal… tal condición.

— ¡Lucie!

James y Cordelia se unieron a ellos en la calle. Cordelia tomó la mano de Lucie y la apretó. James revolvió el cabello de su hermana.

—La muerte de Gast no fue sencilla —le dijo—. Buen trabajo, Lucie. Sé que puede no ser agradable.

Me llamó monstruosa, pensó, pero no lo dijo en voz alta.

— ¿Encontraste algo en el departamento después de que entré a la habitación? —preguntó.

James asintió con la cabeza.

—Tomamos algunas cosas… bocetos, y Cordelia tiene los fragmentos de madera en su banda.

—Lo que me recuerda —dijo Matthew, quitando a Cordelia el peso de su banda. Se acercó al niño vendedor de periódicos de cara sucia que le había señalado a Lucie antes y entabló una animada discusión con él, y finalmente le ofreció la bolsa.

— ¿Matthew está vendiendo mi banda a un vendedor de periódicos? —preguntó Cordelia con curiosidad.

James le dio una sonrisa ladeada.

—Veo que será mejor que te expliquemos acerca de los abandonados, para que no pienses que pasamos nuestro tiempo llevando a los niños de Londres al camino de la depravación y el crimen.

Matthew regresó, el viento revolvía su cabello dorado oscuro.

—Le dije a Neddy que llevara la bolsa a Christopher —dijo—. Quizá podrá ayudarnos a identificar los fragmentos. —Miró a Cordelia, que parecía un poco perpleja—. Dudo que Christopher se haya alejado de Tom desde anoche, tal vez esto les proporcione una distracción a ambos.

—Quizás —dijo Lucie—. Si podemos regresar al Instituto, me gustaría escribir lo que dijo Gast, para recordar cada detalle.

Era solo la parte de lo que pasaba por su mente. Había mentido a los demás acerca de que Jessamine era parte de una red de chismes fantasmas. Jessamine nunca abandonaba el Instituto y evitaba la compañía de otros fantasmas. Pero Lucie sabía que no todos los espíritus eran así. Muchos vagaban por todos lados. De pronto quiso saber si otro fantasma podría saber de la muerte de Emmanuel Gast. Quería hablar con Jesse.

Capítulo Traducido por Lilly Sciutto
Corregido por Freya, Samn y Tris

12

El Final de Todo

Me ama tanto como le es posible
y sus modos se rinden a los míos;
pero no fue hecha para hombre alguno
y nunca será del todo mía.
—Edna St. Vincent Millay,
Bruja y Esposa

Mientras el carruaje rodaba bajo el portón del Instituto, James vio a sus padres de pie en el patio. Su padre vestía un chaqué y el broche de la corbata color azul zafiro que Tessa le había regalado por su vigésimo aniversario. La propia Tessa vestía un formal vestido de día. Claramente estaban preparados para salir.

— ¿Y dónde han estado? —preguntó Will, mientras James salía del carruaje. Los otros descendieron tras él, las chicas, en traje de combate, no necesitaron ayuda para desmontar—. Robaron nuestro carruaje.

James deseaba poder decirle la verdad a su padre, pero eso sería romper su promesa a Ragnor.

—Es el segundo mejor carruaje —protestó James.

— ¿Recuerdas cuando papá robó el carruaje del tío Gabriel? —comentó

Lucie, mientras se acercaban a las escaleras del Instituto—. Es una orgullosa tradición familiar.

—No los crié para que fueran ladrones de caballos y bribones —replicó Will—. Y recuerdo, muy claramente, que te dije…

—Gracias por dejarles tomar prestado el carruaje para pasar a buscarme —dijo Cordelia. Tenía los ojos muy abiertos y parecía completamente inocente. James sintió una punzada de divertida sorpresa: era una mentirosa muy hábil. Al menos sus padres no se preguntarían por qué estaban todos en el traje de combate: James y Lucie habían salido de la casa temprano, Will les había dicho que durante años había confiado en ellos para patrullar en la oscuridad, pero ahora debían estar armados. En todo momento, incluso durante el día como si fuera la noche. También le había aconsejado a James que llevara a Matthew con él, lo que había planeado hacer de todos modos—. Tenía muchas ganas de venir al Instituto y ver en qué podía hacer para ayudar.

Will se ablandó de inmediato.

—Pero claro. Siempre eres bienvenida aquí, Cordelia. Aunque, como puedes ver, estamos por salir; Charles ha tomado la autoridad del Cónsul y convocó una reunión en Grosvenor Square para discutir el ataque de anoche. Solo para miembros de alto nivel del Enclave, al parecer.

Matthew hizo una mueca.

—Por el Ángel, eso suena horrible. Espero que esté bien que me quede aquí esta noche.

Tessa sonrió.

—Preparamos una de las habitaciones vacías para ti.

—Ya que conozco a Charles desde que nació, me cuesta tomarlo en serio como una figura de autoridad —reflexionó Will—. Supongo que si dice algo que no me gusta, puedo pedir que le den unos azotes.

—Oh, sí, por favor —le dijo Matthew—. Le haría un favor a mi hermano.

—Will… —comenzó a decir Tessa con molestia, justo cuando Bridget salió por las puertas delanteras. Parecía llevar una enorme lanza medieval: su mango estaba desgastado, su larga punta de hierro manchada de óxido. Se subió al asiento del conductor del carruaje y se sentó sombríamente, claramente esperando por Tessa y Will.

—Espero usen glamour sobre el carruaje —dijo James—. La gente pensará que los romanos han regresado para reconquistar las Islas Británicas.

Tessa y Will subieron al carruaje. Cuando Bridget tomó las riendas, Tessa se asomó por la ventana.

—El tío Jem está en la enfermería con otros Hermanos Silenciosos, cuidando a los enfermos —dijo—. Por favor, traten de no causarles ningún problema y asegúrense que tengan lo que necesiten.

James asintió mientras el carruaje salió del patio. Sabía que también habría guardias alrededor del Instituto; había visto a algunos de ellos, inconfundibles con su equipo de combate negro, afuera del portón mientras se acercaban. Sus padres habían pasado por mucho como para dejar el Instituto sin vigilancia.

Miró a su hermana, preguntándose si ella estaba pensando lo mismo. Estaba mirando en dirección a los niveles más altos del Instituto, ¿tal vez la enfermería? Estaba acostumbrado a Lucie moviéndose por todas partes, no a esa Lucie, pálida y retraída, claramente perdida en sus pensamientos.

—Ven, Luce —dijo él—. Entremos.

Ella frunció el ceño.

—No es necesario que uses tu voz preocupada. Estoy perfectamente bien, James.

Él pasó un brazo alrededor de los hombros de su hermana.

—No todos los días ves a un brujo hecho pedazos en su propio dormitorio —comentó—. Podrías necesitar un poco de tiempo para recuperarte. Raziel sabe que no hemos tenido nada de tiempo para recuperarnos últimamente.

De hecho James pensó, mientras se acercaban al Instituto, que apenas tuvo tiempo de pensar en Grace a lo largo del día. Su madre siempre decía que la cura para las preocupaciones era ponerse en movimiento, y era claro que lo había hecho. Pero no podía ignorar las cosas con Grace para siempre. No se había dado cuenta de lo mala que era la situación con Tatiana. Seguramente, Grace lo contactaría y juntos la llevarían a un lugar seguro.

Seguramente eso pasaría pronto.

* * *

—Dime, Jessamine —dijo Lucie—. ¿Los fantasmas pueden mentir?

Todos estaban en la habitación de Lucie: Matthew y James sentaron a Lucie en una silla reclinable y la envolvieron en sus mantas, a pesar de sus quejas de estar bien y que no necesitaba que la cuidaban. James insistió en que no le agradaba lo pálida que se veía al salir del departamento de Gast.

Cordelia estaba a lado de Lucie en el sofá, mientras que James y Matthew ocupaban los dos sillones como solo lo hacían los jóvenes: piernas y brazos extendidos por todas partes, las chaquetas del traje de combate tiradas casualmente en la cama, botas llenas de barro manchando la alfombra. Ambos miraban a Jessamine, aunque solo James podía verla.

— ¡Claro que no! —Jessamine parecía evasiva—. Los fantasmas son completamente honestos. Sigo diciéndote que fueron ratones los que tiraron tu espejo plateado detrás del escritorio y lo rompieron.

—Parece claro que si en realidad mienten, son unos mentirosos terribles —dijo James.

Matthew suspiró.

—Es muy extraño verte conversando con algo invisible.

—Hmm —refunfuñó Jessamine. Se tambaleó un poco y se consolidó, sus contornos se aclararon mientras descendía al suelo. Los cazadores de sombras, al tener la Visión, generalmente podían ver fantasmas que querían ser vistos, pero Lucie sabía que era un esfuerzo para Jessamine hacerse visible a todos los ojos.

— ¡Oh! —dijo Cordelia—. Es un placer conocerte, Jessamine. Lucie habla de ti a menudo.

Jessamine esbozó una amplia sonrisa.

—Eres un fantasma muy atractivo —dijo Matthew, dando golpecitos contra su pecho con los anillos en sus dedos—. Espero que Lucie y James lo hayan mencionado.

—No lo han hecho —señaló Jessamine.

—Muy mal de su parte —dijo Matthew, con sus ojos brillantes.

—No te pareces en nada a Henry —comentó Jessamine, mirando a Matthew de forma especulativa—. Siempre estaba prendiendo fuego a las cosas, y eso no es un cumplido.

—Jessamine —dijo Lucie—. ¡Esto es importante! Dinos, ¿pueden los fantasmas mentir? No tú, querida, por supuesto.

—Los fantasmas *pueden* mentir —concedió Jessamine—. Pero hay ciertas formas de nigromancia que pueden obligarlos a decir la verdad, incluso permitir que los vivos los controlen. —Se estremeció—. Es por eso que la nigromancia es tan terrible y está prohibida.

— ¿Es por *eso*? —Cordelia parecía dudosa y se volvió hacia Lucie—. ¿Te preocupa que el fantasma de Gast pueda estar mintiendo?

Lucie dudó. Parte de ella *esperaba* que hubiera estado mintiendo, ya que había afirmado que el demonio solo estaba destinado a matar a los cazadores de sombras. Era un pensamiento aterrador.

—No quiero que iniciemos una búsqueda inútil. Gast insistió en que alguien extraordinariamente poderoso lo contrató para convocar a estos demonios. Tenemos que averiguar quién fue.

—También necesitamos saber qué clase de demonios son estos —señaló Cordelia—. No podemos ir al Enclave solo para reportar que Gast invocó un grupo de demonios venenosos: ya sabemos que estos demonios envenenan. No sabemos por qué su veneno es tan mortal o qué hizo Gast para lograr que aparecieran a la luz del día.

—Todo esto parece muy aburrido —dijo Jessamine—. Si no me necesitan, me iré. —Desapareció con un suspiro de alivio, al no tener que mantenerse en forma visible.

Lucie estiró la mano para tomar una de sus libretas de notas del borde del escritorio. Tal vez había llegado el momento de empezar a registrar sus pensamientos.

—Hay otra cosa extraña. Sabemos que Gast invocó múltiples demonios, pero se refería a un solo demonio. Dijo que él *lo* invocó, no *los* invocó.

—Tal vez, el demonio tuvo descendencia —sugirió James—. Algunos demonios tienen docenas de crías, como las arañas…

Desde la ventana de Lucie, llegó el sonido de traqueteo de ruedas y de relinchos de caballos. Un momento después hubo gritos en el patio. James y Lucie se precipitaron hacia la ventana.

Un carruaje sin conductor se había detenido ante las escaleras del Instituto. Lucie reconoció instantáneamente el escudo: las cuatro C del Cónsul. Era el carruaje de Charles Fairchild.

La puerta del carruaje se abrió y Grace salió, con el pelo sobre los hombros y el vestido manchado de sangre. Ella era quien gritaba.

Al lado de Lucie, el cuerpo de James se tensó como el hierro.

Las puertas del Instituto se abrieron de golpe y el Hermano Enoch bajó corriendo las escaleras. Se inclinó dentro del carruaje detrás de Grace y sacó el cuerpo tembloroso de una mujer, vestida con un vestido fucsia manchado. Su brazo estaba ensangrentado, envuelto en un vendaje improvisado.

Tatiana Blackthorn.

Cordelia y Matthew se habían unido a ellos en la ventana. Cordelia cubría su boca con una mano.

—Por el Ángel —dijo Matthew—. Otro ataque.

Lucie se giró para decirle a James que se diera prisa con Grace, pero no había necesidad de decirlo. Ya se había ido.

* * *

James irrumpió en la enfermería para encontrar una escena de horror. Se habían colocado biombos entre las camas a lo largo de la pared oeste donde los enfermos yacían en su sueño envenenado. James solo podía ver sus siluetas, formas oscuras encorvadas bajo las mantas, rígidos como cadáveres. En el extremo más alejado de la habitación, dos camas habían sido juntadas: habían cargado a Tatiana a través de la habitación y la sangre manchaba el suelo en un sendero que conducía a donde ella yacía, su cuerpo se sacudía y retorcía. Su hombro había sido desgarrado, al igual que su brazo, su sombrero había caído y sus finos mechones de cabello canoso estaban enmarañados sobre su cráneo.

El Hermano Enoch estaba inclinado sobre Tatiana, gotas de un líquido azul oscuro caían en su boca abierta desde un recipiente mientras ella jadeaba tratando de respirar. James pensó locamente en un bebé pájaro siendo alimentado por su madre. Jem estaba a un lado, sosteniendo vendas empapadas en antiséptico. Grace se arrodilló en las sombras al pie de la cama de su madre, sosteniendo firmemente sus manos, como si orara.

James se acercó, pasando por las camas en las que los otros pacientes yacían en su inquieto estado narcotizado. Ariadne, Vespasia y Gerald podrían haber estado durmiendo si no fuera por los oscuros caminos de venas negras bajo su piel. Parecían ser más visibles cada día.

Hola, James.

Era la voz de Jem, gentil en su mente. James deseaba tener algo que decirle a su tío, aparte de los frustrantes hilos de un misterio que se negaban a entretejerse. Pero Jem ya estaba buscando la identidad del abuelo de James. No podía cargarlo con más preguntas que podrían no tener respuesta.

¿Vivirá? preguntó en silencio, indicando a Tatiana.

La voz de Jem era inusualmente tensa.

Si muere, no será por estas heridas que ves aquí.

El veneno. «Traficante de muerte, envenenador de la vida», había dicho Gast. Pero, en el nombre del Ángel, ¿qué es lo que había invocado?

—James. —Una mano le agarró el brazo, miró hacia abajo para ver a Grace, su cara del color de la ceniza, sus labios mortalmente blancos. Estaba agarrando su brazo con ambas manos—. Sácame de aquí.

Se giró ligeramente para protegerlos a ambos de los demás.

— ¿A dónde te llevo? ¿Qué necesitas?

Sus manos temblaban, sacudiéndole el brazo.

—Necesito hablar contigo, James. Llévame a algún lugar donde podamos estar solos.

* * *

—James se ha ido por toda una eternidad —exageró Lucie. Había estado garabateando en su cuaderno, pero comenzaba a preocuparse—. ¿Querrías ir a buscarlo, Cordelia?

Cordelia no quería ir a buscar a James. Había visto la mirada en su rostro cuando Grace cayó del carruaje de Charles en el patio. El anhelo que se había convertido en temor por Grace, la rápida manera en que había tocado inconsciente el brazalete en su muñeca. Él odiaba a Tatiana, ella lo sabía, y con razón, pero habría hecho cualquier cosa para proteger y evitarle el dolor a Grace.

Se preguntó cómo se sentiría, el ser amada de esa manera. Paralelamente a la tristeza que le producía, sentía una extraña admiración por la forma en que James amaba a Grace, por todo lo que conllevaba.

Eso no significaba que quisiera entrometerse entre James y su amada, pero Lucie se lo había pedido y Cordelia no veía razón para negarse. Le sonrió débilmente.

—No estoy segura que deba dejarte a solas con un hombre —dijo—. Parece escandaloso.

Lucie rio.

—Matthew no es un hombre. Solíamos golpearnos con cucharones de sopa cuando éramos niños.

Cordelia esperaba que Matthew también se riera, pero en vez de eso miró hacia otro lado, repentinamente ocupado con una mancha de suciedad en su manga. Con un suspiro silencioso, Cordelia acarició el pelo de Lucie y salió al pasillo.

Todavía estaba aprendiendo a moverse por el Instituto. Los símbolos de las familias de los cazadores de sombras estaban por todas partes y cuando Cordelia los pasó, la luz mágica tocó las formas de las alas y las curvas de las torres. Cordelia encontró un conjunto de escalones de piedra y los bajó, solo para saltar sorprendida cuando Anna Lightwood salió de debajo de un friso de mármol de un ángel que se alzaba sobre una verde colina. El dragón Galés estaba representado en el fondo.

Anna llevaba pantalones y una chaqueta de confección francesa. Sus ojos azules eran del color exacto de los de Will, más oscuros que los de Lucie: hacían juego con su chaleco y la cabeza de lapislázuli de su bastón.

— ¿Has visto a James? —Cordelia le preguntó sin preámbulo.

—No —respondió Anna brevemente—. Me temo que no hay pistas sobre su paradero.

Cordelia frunció el ceño, no por James, sino por la expresión de Anna.

— ¿Anna? ¿Qué pasa?

Anna gruñó.

—He venido a azotar a Charles con una fusta, pero parece que está en otra parte.

— ¿Charles Fairchild? —repitió Cordelia, desconcertada—. Creo que está en casa; convocó una reunión en su casa para los miembros de alto rango del Enclave. Podrías ir a azotarlo allí, pero sería una reunión muy extraña.

— ¿Miembros de alto rango del enclave? —Anna puso los ojos en blanco—. Bueno, no es de extrañar que no supiera. Así que supongo que tendré que esperar hasta más tarde para golpearlo como el furúnculo purulento que es.

Anna comenzó a descender por los pequeños confines de la escalera.

»Charles —continuó—. Carajo, Charles, todo siempre debe estar al servicio de sus ambiciones… —Se giró, golpeando su bastón contra la escalera—. Ha hecho una terrible, terrible cosa. Necesito ir a la enfermería. No debería estar sola. Debo verla.

— ¿Ver a quién? —Cordelia se sentía desconcertada.

—Ariadne —respondió Anna—. Cordelia… ¿me acompañarías a la enfermería?

Cordelia miró a Anna, anonada. La elegante, compuesta Anna. Aunque, en ese momento lucía el cabello despeinado y sus mejillas sonrosadas. Se veía más joven que nunca.

—Por supuesto —dijo Cordelia.

Afortunadamente, Anna conocía el camino a la enfermería: no hablaron mientras subían las escaleras, ambas perdidas en sus pensamientos. La enfermería en sí misma estaba mucho más tranquila de lo que había estado la última vez que Cordelia había estado ahí. No reconoció a la mayoría de los enfermos, quietos y con fiebre, en las camas. En la parte de atrás de la habitación, se había sacado un gran biombo para ocultar al paciente que estaba allí: Tatiana Blackthorn, presumiblemente. Cordelia podía ver las siluetas del Hermano Enoch y Jem proyectadas contra el biombo mientras se movían por la cama de Tatiana.

La atención de Anna se centró en un solo paciente. Ariadne Bridgestock estaba acostada tranquilamente contra las blancas almohadas. Sus ojos estaban cerrados y su rica piel marrón lucía pálida, tensa contra las venas

negras ramificadas bajo su piel. Al lado de su cama había una pequeña mesa sobre la que había un rollo de vendas y varios frascos de pociones marcados en diferentes colores.

Anna se deslizó entre los biombos que rodeaban el catre de Ariadne, y Cordelia la siguió, sintiéndose un poco incómoda. ¿Se estaba entrometiendo? Pero Anna levantó la vista, como para asegurarse que Cordelia estaba allí, antes de arrodillarse al lado de la cama de Ariadne, tendiendo su bastón en el suelo.

Los hombros inclinados de Anna parecían extrañamente vulnerables. Una de sus manos colgaba a su lado: extendió la otra, moviendo los dedos lentamente a través de las sábanas de lino blanco, hasta que casi tocó la mano de Ariadne.

No la tomó. En el último momento, los dedos de Anna se enroscaron y cayeron para reposar junto a Ariadne pero sin llegar a tocarla.

—Ariadne. Cuando te despiertes… y te despertarás, quiero que recuerdes esto —dijo Anna, su voz baja y firme—. Nunca fue una señal de tu valía que Charles Fairchild quisiera casarse contigo. Es una medida de su falta de valor el que eligiera romper el compromiso de esa manera.

— ¿Rompió el compromiso? —susurró Cordelia. Estaba aturdida. La ruptura de un compromiso prometido era un asunto serio, emprendido generalmente solo cuando una de las partes en cuestión había cometido algún tipo de delito grave o se había visto envuelta en una aventura. Que Charles rompiera su promesa a Ariadne, mientras ella estaba inconsciente, era espantoso. La gente asumiría que había descubierto algo terrible sobre Ariadne. Cuando despertara, podría estar arruinada.

Anna no le respondió a Cordelia. Solo levantó la cabeza y miró la cara de Ariadne, una larga mirada, como una caricia.

—Por favor, no mueras —dijo en voz baja y se puso de pie. Tomó su bastón y salió de la enfermería, dejando que Cordelia la mirara sorprendida.

* * *

Lucie dejó su cuaderno a un lado. Matthew dibujaba círculos en el aire con su dedo índice y fruncía el ceño perezosamente, como si fuera un *pachá* mirando a su corte judicial y encontrando que eran maleducados y no estaban preparados para la inspección.

— ¿Cómo estás, Luce? —dijo. Se había movido para sentarse a su lado en el sofá—. Di la verdad.

— ¿Cómo estás *tú*, Matthew? —replicó Lucie—. Di la verdad.

—No soy yo el que vio al fantasma de Gast —dijo Matthew y sonrió—. Suena como una novela inconclusa de Dickens, ¿no es así? *El fantasma de Gast*.

—No soy yo la que casi cayó de una cuerda que debería haber podido escalar fácilmente —dijo Lucie en un susurro.

Los ojos de Matthew se entrecerraron. Eran unos ojos extraordinarios, tan oscuros que solo podías saber que eran verdes si te quedabas cerca de él. Y Lucie lo había hecho, muchas veces. Ambos estaban muy cerca, lo suficientemente como para que ella pudiera ver una ligera barba dorada a lo largo de su mandíbula y las sombras bajo sus ojos.

—Eso me recuerda. —dijo, doblando una de sus mangas. Había un largo corte a lo largo de su antebrazo—. Me vendría bien un iratze. —Le dedicó una sonrisa encantadora. Todas las sonrisas de Matthew eran encantadoras—. Toma —añadió, y le extendió su estela—. Usa la mía.

Ella se acercó para tomarla y, por un momento, su mano se cerró suavemente alrededor de la de ella.

—Lucie —musitó y ella casi cerró los ojos, recordando cómo la había rodeado con su abrigo en la calle, la calidez de su tacto, el ligero aroma a él, brandy y hojas secas.

Pero sobre todo brandy.

Ella miró sus manos entrelazadas, las de él con más cicatrices que las de ella. Los anillos en sus dedos. Él empezó a girar su mano en la suya, como si quisiera besarle la palma de la mano.

—Eres un cazador de sombras, Matthew —le recordó ella—. Deberías ser capaz de escalar una pared.

Él se echó hacia atrás.

—Lo soy. Mis botas nuevas estaban resbaladizas.

—No fueron tus botas —dijo Lucie—. Estabas borracho. Ahora, también estás borracho. Matthew, estás borracho la mayor parte del tiempo.

Él le soltó la mano como si lo hubiera golpeado. Había confusión en sus ojos, y también un visible dolor.

—No estoy…

—Sí, lo estás. ¿Crees que no puedo verlo?

La boca de Matthew se endureció en una línea estrecha.

—Si bebo, me divierto.

—A mí no me divierte ver cómo te haces daño —espetó—. Eres como un hermano para mí, Math…

Él se estremeció.

— ¿Lo soy? Nadie más tiene tales quejas sobre lo que hago, o mi deseo de fortificación.

—Muchos temen mencionarlo —dijo Lucie—. Otros, como mi hermano y mis padres, no ven lo que no quieren ver. Pero yo lo veo y estoy preocupada.

El labio de él se curvó en una comisura.

— ¿Preocupada por mí? Me siento halagado.

—Me preocupa —dijo Lucie—, que por tu culpa, terminen matando a mi hermano.

Matthew no se movió. Permaneció tan quieto como si hubiera sido convertido en piedra por una Gorgona en los mitos antiguos. La Gorgona era un demonio, se lo había dicho su padre, sin embargo, en esa época no habían cazadores de sombras. En cambio, dioses y semidioses marchaban sobre la tierra y los milagros llovían del cielo como las hojas de los árboles en otoño. Pero ya no había milagros. Solamente el hecho de que ella bien podría haber apuñalando el corazón de Matthew.

—Eres su *parabatai* —dijo Lucie, su voz un poco temblorosa—. Confía en ti… para cubrir su espalda en las batallas, ser su espada y escudo, y si estás…

Matthew se levantó, casi derribando la silla. Sus ojos estaban oscurecidos por la furia.

—Si fuera alguien más, Lucie, quien me dijera estas palabras…

— ¿Qué? —Lucie se puso de pie. Apenas alcanzaba el hombro de Matthew, pero le sostuvo la mirada, a pesar de ello. Ella siempre solía dar lo mejor de sí incluso en las batallas con cucharones de sopa cuando eran niños—. ¿Qué harías?

Él se marchó dando un portazo, sin responder su pregunta.

* * *

Al final, James llevó a Grace al salón.

Era un lugar tranquilo, y desierto: la chimenea estaba encendida, la ayudó a sentarse en una silla cercana al fuego, y le quitó los guantes. Quería besar sus manos desnudas, tan vulnerables, tan familiares de sus días y noches en el bosque… pero retrocedió y la dejó sola para que se calentara con las llamas. No era un día frío, pero la conmoción podía hacer que uno se estremeciera hasta los huesos.

La luz de las llamas bailaba sobre el papel tapiz de William Morris y los colores profundos de las alfombras Axminster que cubrían el suelo de madera. Por fin, Grace se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro frente al fuego. Se había quitado los últimos pasadores de su cabello y este fluía sobre sus hombros como agua helada.

— ¿Grace? —Ahora, en esta habitación, con solo el sonido del tic-tac del reloj rompiendo el silencio, James dudó, dado a que no había tenido tiempo o pausa para hacerlo en la enfermería—. ¿Puedes hablar de lo que pasó? ¿Dónde fue el ataque? ¿Cómo escapaste?

—Mamá fue atacada en la mansión —dijo Grace, sin emoción en su voz—. No sé cómo sucedió. La encontré inconsciente al pie de las escaleras. Las heridas en su hombro y brazo eran heridas de dientes.

—Lo siento mucho.

—No tienes que decir eso —repuso Grace. Había empezado a caminar de nuevo—. Hay cosas que no sabes, James. Y cosas que debo hacer, ahora que está enferma. Antes que despierte.

—Me alegra que pienses que se recuperará —dijo James, acercándose a ella. No estaba seguro de si debía acercarse para tocarla, aún cuando ella

dejó de caminar y levantó los ojos hacia los suyos. No creía haber visto a Grace así nunca—. Es importante tener esperanza.

—Es certeza lo que siento. Mi madre no morirá —dijo Grace—. Todos estos años ha vivido de la amargura, y su amargura la mantendrá viva ahora. Es más fuerte que la muerte. —Ella le acarició la cara. Él cerró los ojos mientras la punta de sus dedos trazaba ligeramente el contorno de su pómulo, como el toque del ala de una libélula.

—James —dijo ella—. Oh, James. Abre los ojos. Déjame mirarte mientras aún me amas.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Te he amado durante años. Siempre te amaré.

—No —dijo Grace, dejando caer su mano. Había un gran cansancio en su expresión, en sus movimientos—. Pronto me odiarás.

—Nunca podría odiarte —respondió James.

—Me voy a casar —le dijo.

Fue la clase de golpe tan inmenso, que apenas se podía sentir.

Tiene que ser un error, pensó James. *Está confundida. Lo resolveré.*

—Me casaré con Charles —continuó—. Charles Fairchild. Hemos pasado bastante tiempo juntos desde que llegué a Londres, aunque sé que no lo has notado.

Una pulsación había comenzado a latir detrás de los ojos de James, en sincronía con el tic tac del reloj del abuelo.

—Eso es una locura, Grace. Anoche me pediste a *mí* que me casara contigo.

—Y dijiste que no. Fuiste muy claro. —Se encogió de hombros—. *Charles* dijo que sí.

—*Charles* está comprometido con Ariadne Bridgestock.

—Ese compromiso finalizó. Charles le dijo al Inquisidor Bridgestock que lo terminaría esta mañana. Ariadne no amaba a Charles; no le importará si se casan o no.

— ¿En serio? ¿Se lo preguntaste? —espetó James, ferozmente y Grace se estremeció—. Nada de esto tiene sentido, Grace. Has estado en Londres menos de una semana…

Los ojos de ella brillaron.

—Puedo lograr mucho en menos de una semana.

—Aparentemente. Incluyendo dañar a Ariadne Bridgestock, que nunca te ha hecho nada. Charles es una persona fría. Tiene un corazón frío. Pero habría esperado algo mejor de *ti*, que formar parte de algo como esto.

Grace se sonrojó.

— ¿Crees que Ariadne está desesperada? Es hermosa y rica, y Charles está dispuesto a decirle a todos que *ella* rompió con él.

— ¿Mientras estaba inconsciente?

—Claramente, él dirá que fue antes de que ella se enfermara —espetó Grace.

—Y si ella muere, qué conveniente será para ti —dijo James, sintiendo un dolor como el de una llamarada blanca detrás de sus ojos.

—Te dije que me odiarías —señaló Grace, y había algo casi salvaje en su expresión—. Te digo que ella no quiere a Charles, y si muere, sí, ¡lo necesi-

tará aún menos de lo que lo necesita ahora! —Jadeó, intentando respirar—. No puedes verlo. Estoy más desesperada de lo que Ariadne podría estarlo jamás.

—No puedo ver lo que no me dices —dijo James en voz baja—. Si estás desesperada, déjame ayudarte…

—Te *ofrecí* la oportunidad de ayudarme —bramó—. Te pedí que te casaras conmigo, pero no quisiste. Todo lo que tienes aquí, es mucho más importante para ti que yo.

—No es cierto…

Ella soltó una hiriente carcajada.

—Para amarme, James, debes amarme por encima de todas las cosas. Si nos casamos, seremos el blanco de mi madre para siempre, y entonces, nuestros hijos lo serán también… ¿y cómo es que eso podría valer la pena para ti? Cuando te pedí que te casaras conmigo anoche, fue solo una prueba. Deseaba ver si me amabas lo suficiente. Lo suficiente para hacer cualquier cosa para protegerme. No fue así.

— ¿Y Charles lo hace? —La voz de James fue un susurro—. Apenas lo conoces.

—No importa. Charles tiene poder. Será Cónsul. No tiene que amarme. —Ella lo enfrentó a través del patrón desgastado de la alfombra—. Debo hacer esto ahora, antes de que mi madre despierte. Ella lo prohibiría. Pero si se despierta y está hecho, no irá en contra de la Clave y el Cónsul. ¿No lo ves? Lo nuestro es imposible, James.

—Solo es imposible si tú lo haces así —rebatió James.

Grace acomodó su chal alrededor de sus hombros como si tuviera frío.

—No me amas lo suficiente. Pronto te darás cuenta y estarás agradecido de que lo haya hecho. —Ella extendió su mano—. Por favor, devuélveme mi brazalete.

Fue como el golpe de un látigo. Lentamente, James alcanzó el cierre del aro de plata. Había descansado allí tanto tiempo que cuando lo quitó, vio una franja de carne pálida rodeando su muñeca, como la palidez que queda cuando se quita un anillo de bodas.

—Grace —dijo, ofreciéndoselo—. No hagas esto.

Le quitó el brazalete, dejándolo con una anormal sensación de tener la muñeca desnuda.

—Lo que tuvimos no era más que los sueños de dos niños. Se desvanecerá como la nieve en verano. Lo olvidarás.

Su cabeza se sentía como si su cráneo se estuviera agrietando; apenas podía respirar. Escuchó su propia voz como si viniera de muy lejos.

—Soy un Herondale. Solo amamos una vez.

—Eso es solo una historia.

— ¿Nadie te lo ha dicho? —preguntó James, amargamente—. Todas las historias son ciertas.

Abrió la puerta de golpe, desesperado por alejarse de ella. Mientras corría por el pasillo, los rostros de extraños pasaban volando, desenfocados. Escuchó su propio nombre. Bajó las escaleras y en la entrada, tomó su abrigo. El cielo estaba nublado y las sombras se acumulaban densamente en el patio, descansando entre las ramas de los árboles como cuervos.

—Jamie...

Matthew apareció en la oscuridad, su cabello brillante en la oscura entrada, su expresión preocupada.

—Jamie, ¿qué pasa?

—Grace se va a casar con Charles —dijo James—. Déjame solo, Math. Necesito estar solo.

Antes de que Matthew pudiera decir una palabra, James abrió las puertas de golpe y huyó, desapareciendo bajo las puertas arqueadas que marcaban la entrada al Instituto, las palabras grabadas en ellas brillaban bajo la luz del sol.

Somos polvo y sombras.

* * *

Matthew soltó una grosería, sus dedos buscaban a tientas los botones de su abrigo. James acababa de desaparecer en las sombras lejos del Instituto, solo y sin un arma, pero Matthew estaba seguro de que podría alcanzarlo. Conocía los escondites de James tan bien como el propio James los sabía: todos los lugares de la ciudad a los que James podría acudir cuando se sentía molesto.

Sus manos temblaban demasiado como para poder abrocharse bien los botones. Volvió a decir otra maldición y alcanzó la licorera de su chaleco. Solo necesitaba un sorbo para estabilizar sus manos y calmarse...

— ¿James estaba…? ¿Se encuentra bien? —dijo una voz detrás de él.

Matthew se giró, dejando caer su mano. Grace estaba al pie de la escalera, envuelta con un chal gris que parecía una tela de araña alrededor de sus delgados hombros. Matthew sabía que la mayoría la consideraba sorprendentemente bella, pero siempre le había parecido la sombra de una sombra, carente de vitalidad y color.

—Por supuesto que no está bien —espetó Matthew—. Yo tampoco. Te vas a casar con Charles y ninguno de nosotros quiere eso.

Se acomodó el chal más fuertemente sobre sí.

—No lo entiendes. Todos hacemos lo que debemos. Yo hago lo que tengo que hacer.

—James te ha amado sinceramente, desde que era un niño —dijo Matthew—. ¿Y ahora le destrozas el corazón? ¿Y para qué? Charles nunca sentirá la mitad de lo que James siente por ti.

—Sentimientos —siseó ella con desprecio—. Eso es todo lo que los hombres piensan que las mujeres quieren, ¿no? Simpatía, sentimientos… tonterías. Nunca he sentido amor absoluto por nada ni nadie que viva...

— ¿De verdad nunca has sentido nada por nadie? —indagó Matthew, algo enojado pero también curioso.

Ella se quedó en silencio durante un largo rato.

—Mi hermano —dijo finalmente, con una peculiar media sonrisa—. Pero, ya no está vivo.

—Así que nunca te preocupaste por James en absoluto —dijo, la plena conciencia se cernió sobre él lentamente—. ¿Te ha decepcionado James de alguna manera? ¿O simplemente te cansaste de él antes de venir a Londres? Todo el tiempo que has pasado con Charles; carajo, todos los paseos en carruaje, todos los susurros en los rincones… Dios, lo planeaste como una campaña militar, ¿no? Si el primer regimiento cae, ten siempre un sustituto a la mano. —Se rio amargamente—. Me dije a mí mismo que era un tonto por creer que apuñalarías a James en la espalda. Ni siquiera te llegaba a los talones.

Ella se veía más pálida de lo normal.

—No sería prudente que difundieras tales rumores. Déjalo así, Matthew.

—No puedo. —Comenzó a abrochar su abrigo otra vez. Extrañamente, sus manos estaban firmes, como si la ira hubiera aplastado sus nervios—. Charles es un bastardo, pero ni siquiera él merece…

—Matthew —dijo ella, acercándose y poniendo su mano sobre su codo. Él se detuvo sorprendido, mirando su rostro, elevado hacia el suyo. Pudo ver que su aspecto era realmente encantador, casi como el de una muñeca perfecta.

Ella le pasó la mano por la manga. Se dijo a sí mismo que debía alejarse de ella, pero sus pies parecían estar arraigados al suelo. Era como si fuera atraído hacia su presencia, aunque la odiaba al mismo tiempo.

—Sientes algo por mí, ¿me equivoco? —dijo Grace—. Bésame. Te ordeno que lo hagas.

Como en un sueño, Matthew obedeció. Tomó la menuda cintura de Grace en sus manos. Presionó su hambrienta boca en sus labios y la besó, y la besó. Sabía a té y olvido. No sintió nada, ni deseo, ni anhelo, solo una desesperada obsesión. La besó en los labios y la mejilla, y ella giró en sus brazos, todavía sosteniéndole la muñeca, su cuerpo contra el de él…

Y entonces dio un paso atrás, liberándolo. Fue como despertar de un sueño.

Matthew se encogió con horror, trastabillando lejos de Grace. No había nada tímido en su mirada, nada de la chica cabizbaja del baile. El color de sus ojos se había convertido en acero.

—Tú… —comenzó, pero se detuvo. No podía decir lo que quería decir: *Tú me hiciste hacerlo*. Era absurdo, una extraña abdicación de la responsabilidad personal en un acto todavía más extraño.

Cuando ella habló, no hubo emoción en su voz. Sus labios lucían rojos en los lugares en que la había besado; sentía que iba a vomitar.

—Si te metes en mi camino después de esto, si haces cualquier cosa por impedir mi matrimonio con Charles, le contaré a James que me besaste. Y a tu hermano, también.

—Como si no supieran ya la terrible persona que soy —replicó con una valentía que no sentía.

—Ah, Matthew. —Su voz fue helada mientras se alejaba de él—. No tienes ni idea de cómo son las personas terribles.

Capítulo Traducido por Lilly Sciutto
Corregido por Freya, Samn y Tris

13
Ruina Trágica

Veinte puentes desde la Torre a Kew
Querían saber lo que el río sabía,
Porque eran jóvenes y el Támesis viejo.
Y este es el cuento que el río contó.
—Rudyard Kipling, *El Cuento del Río*

James se sentó en el borde de uno de los reductos de piedra en lo alto del puente Blackfriars, sus piernas colgaban por el borde. El agua del Támesis fluía por debajo, de un color jade oscuro. Pequeños botes de remos y gabarras se agitaban junto a las barcazas del río, distinguidas por sus características velas marrón rojizas, como manchas de sangre contra el cielo oscurecido por las nubes. A bordo de ellos, hombres con gorras planas se gritaban unos a otros a través del rocío del río.

Al norte, la cúpula de San Pablo brillaba sobre un fondo de nubes de tormenta; al otro lado del río, la Central Eléctrica de Bankside soplaba humo negro en el cielo.

El rítmico golpe del de la marea del río contra los pilares de granito del puente era tan familiar para James como una canción de cuna. Blackfriars era un lugar especial en su familia: figuraba en bastantes historias de sus padres. Solía sentirse reconfortado ahí. El río seguía su curso, a pesar de la

confusión en las vidas de las personas que cruzaban el puente o navegaban por el agua. No podían dejar una marca real en el río, ya que sus problemas no dejaban una marca real en el tiempo.

Ahora no sentía consuelo. Ni sentía como si pudiera respirar. El dolor que sentía era físico, como si le hubieran deslizado barras de acero afiladas por las costillas, deteniendo su corazón.

— ¿James?

James alzó la mirada. Matthew caminaba hacia él, su abrigo estaba desabrochado. Tampoco llevaba sombrero, con el pelo rubio enredado en la brisa del río, perfumado con carbón y sal.

—Te he estado buscando por toda la ciudad —anunció Matthew, subiéndose al bastión de piedra junto a James. James luchó contra la necesidad de decirle que tuviera cuidado. Era una larga caída al río, pero las manos de Matthew eran firmes al sostenerse—. Dime qué pasó.

James no podía explicarlo: la sensación de ahogo, el mareo. Recordaba a su padre diciendo que el amor era dolor, pero esto se sentía peor que el dolor. Se sentía como si hubiera sido privado de aire casi al punto de la muerte y, ahora, estaba jadeando y ahogándose, tratando desesperadamente de conseguir suficiente aire en sus pulmones. No podía encontrar las palabras, no pudo nada más que inclinar su cabeza y apoyarla en el hombro de Matthew.

—Jamie, Jamie —se lamentó Matthew, y su mano se presionó fuertemente contra la espalda de James, entre sus omóplatos—. No lo hagas.

James mantuvo su cara presionada en el abrigo del *tweed* de Matthew. Olía a brandy y a la colonia de Penhaligon que Matthew le robó a Charles. James sabía que su cuerpo estaba doblado de una manera un tanto incómoda, su mano agarrando el frente de la camisa de Matthew y su cara metida en su hombro, pero había algo en el consuelo de un *parabatai*, que

nadie más podía brindar, ni su madre, ni su hermana, ni su padre, ni la persona de quien estuviera enamorado. Era algo mayor a todo eso.

La gente solía menospreciar a Matthew, por su ropa, por sus bromas, por la forma en que no se tomaba nada en serio. Asumían que era propenso a quebrarse, a ceder cuando las cosas se ponían difíciles. Pero no lo era. Ahora él sostenía a James, como siempre lo había hecho, y hacía que pareciera fácil, como siempre lo lograba.

—Supongo que hay muchas cosas inútiles que podría decirte —susurró, mientras James se erguía—. Que era mejor que lo supieras más pronto que tarde, y que es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca, y todo eso. Pero es estúpido, ¿no es así?

—La verdad sí —dijo James. Era consciente de que sus manos temblaban de una manera que le recordaba algo. No podía recordar qué. Tenía problemas para concentrarse, las ideas se le escapaban como ratones que huyen de un gato que se aproxima—. Pensé que mi vida sería de una forma. Pero ahora parece que va a ser completamente diferente.

Matthew hizo una mueca de una manera que los padres a menudo encontraban adorable. James pensó que le hacía parecerse a Oscar.

—Créeme —afirmó—. Sé cómo se siente.

James se sorprendió un poco al oírlo. Ya se había topado con Matthew en posiciones comprometedoras anteriormente, con chicas y chicos, pero nunca pensó que el corazón de Matthew estuviera comprometido con ninguno de ellos.

Estaba Lucie, claro. Pero James sospechaba que Matthew tampoco la amaba, más allá de los restos de un enamoramiento infantil. En algún momento del camino, James sintió que Matthew había perdido la fe en la mayoría de las cosas. Sería fácil para él mantener su fe en Lucie, pero la fe por sí sola no era amor.

James metió su mano en el abrigo de Matthew. Matthew refunfuñó pero no la retiró mientras James desabrochaba el bolsillo interior y sacaba la licorera de plata de su *parabatai*.

— ¿Estás seguro? —dijo Matthew—. La última vez que te sentiste desconsolado, le disparaste a un candelabro con un arma mundana y casi te ahogaste en alcohol en la Serpiente.

—No estaba *tratando* de ahogarme —señaló James—. Además, Magnus Bane me salvó.

—Ni lo menciones —pidió Matthew, mientras James destapaba la licorera—. Ya sabes lo enfadado que estoy por eso. Yo idolatro a Magnus Bane, *tú* tuviste una oportunidad de conocerlo y nos avergonzaste frente a él.

—Estoy seguro que nunca le mencioné a ninguno de ustedes —dijo James al devolverle la licorera. Contuvo una arcada. Era ginebra de mala calidad: el tipo de ginebra más barata y amarga. Cayó como un rayo en su estómago. Tosió y apartó la licorera.

—Peor todavía —masculló Matthew—. Más afilado que el diente de la serpiente es tener un *parabatai* desagradecido.

—Estoy convencido que no es así como lo dijo Shakespeare —replicó James—. Fue bueno que Bane estuviera allí —añadió—. Estaba en mal estado. Apenas lo recuerdo. Sé que fue por Grace, me escribió para decirme que debíamos cortar la comunicación entre nosotros. No podía entenderlo. Salí a beber, para olvidar… —Se detuvo, sacudiendo la cabeza—. Al día siguiente, me escribió de nuevo para disculparse. Dijo que solo estaba asustada. Me pregunto ahora si hubiera sido mejor si las cosas hubieran terminado entonces.

—No podemos elegir el momento en que sentimos dolor en nuestras vidas —dijo Matthew—. Llega cuando tiene que llegar, e intentamos

recordar que el dolor se desvanece, aunque no podemos imaginar un día en el que nos libremos de él. Toda la miseria pasa. A la humanidad le atrae la luz, no la oscuridad.

El cielo estaba lleno del humo negro de Londres. Matthew era una marca pálida contra el cielo oscuro de la tormenta; la brillante tela de su chaleco resplandecía, al igual que su cabello rubio.

—Math —dijo James—. Sé que nunca te gustó Grace.

Matthew suspiró.

—No importa lo que piense de ella. Nunca importó.

—Sabías que ella no me amaba —dijo James. Todavía se sentía mareado.

—No. Lo temía. No es lo mismo. Incluso entonces, nunca podría haber adivinado lo que ella haría. Charles nunca la hará feliz.

—Anoche me pidió que me casara con ella: huir y casarme con ella en secreto —confesó James—. Le dije que no. Hoy, me dijo que fue una prueba. Era como si hubiera decidido que nuestro amor ya era una cosa rota y arruinada, y solo estaba tratando de comprobarlo. —Respiró con dificultad—. Pero no puedo imaginarme amarla más de lo que lo hice… más de lo que lo hago.

Los dedos de Matthew palidecieron donde sujetaba el frasco. Después de un largo momento, habló con cierta dificultad.

—No puedes atormentarte —le dijo—. Si no hubiera sido esa prueba, habría sido otra. No se trata de una cuestión de amor, sino de ambición. Ella desea ser la esposa del Cónsul. El amor no tiene cabida en este plan.

James trató de centrarse en la cara de Matthew. No fue tan fácil como debería haber sido. Las luces bailaban detrás de sus párpados cuando los cerraba, y sus manos seguían temblando. Seguramente, esto no podía ser de un sorbo de la ginebra. Sabía que no estaba borracho, pero todavía había una sensación de desapego. Como si nada de lo que hiciera importara.

—Dime, Matthew —pidió—. Dime el nombre de la sombra que siempre se cierne sobre ti. Puedo convertirme en una sombra. Podría luchar contra ella por ti.

Matthew apretó sus ojos, como si estuviera sufriendo.

—Oh, Jamie —suspiró—. ¿Y si dijera que no hay sombra alguna?

—No te creería —rebatió James—. Sé lo que siento en mi propio corazón.

—James —advirtió Matthew—. Te estás resbalando del puente.

—Bien. —James cerró los ojos—. Tal vez, así pueda dormir esta noche.

Matthew saltó, justo a tiempo para atrapar a James mientras se desplomaba de espaldas del muro.

* * *

James se arrodilló en el techo del Instituto. Sabía que estaba soñando, pero al mismo tiempo, sentía imposible que lo que le estaba pasando no fuera real: podía ver Londres dispuesto ante él tan claramente como un cuadro. Sus carreteras, callejones, bulevares; las estrellas colgaban en lo alto de la ciudad, blancas como los dientes perlados de una muñeca. Podía verse a sí mismo, como a la distancia, el negro de su pelo, y el negro más profundo de las alas que se elevaban de su espalda.

Se veía a sí mismo luchando con el peso de las alas. Eran irregulares y oscuras, con capas superpuestas de plumas que iban del negro profundo al gris. Se dio cuenta entonces de que no eran sus alas sino un monstruo arrodillado en su espalda, una criatura cuyo rostro no podía ver. Una cosa jorobada y deforme, en trapos de color gris pálido, con afiladas garras clavadas en su espalda.

Sintió el dolor. Era tan feroz como el fuego, le quemaba la piel; se puso de pie tambaleándose, girando y girando como si así pudiera quitarse la criatura de encima. Luz resplandecía a su alrededor, una luz dorada pálida, la misma que había visto cuando pasó al reino de sombras y, luego, en el invernadero de Chiswick.

La luz de Cortana.

La vio allí, con la espada en la mano, su pelo como el fuego. Ella cortó a la criatura en la espalda de James, con un dolor abrasador la arrancó, Cortana se hundió profundamente en su cuerpo. Cayó, descendiendo por la empinada pendiente del tejado.

La camisa de James estaba hecha de harapos, empapada de sangre. Podía sentir más sangre goteando entre sus omóplatos. Cordelia corrió hacia él. Susurró su nombre: James, James, *como si nadie lo hubiera dicho antes.*

A su alrededor el cielo florecía con luces brillantes. Ya no podía ver a Cordelia. Las luces crearon formas y patrones, él las había visto antes, los garabatos en el papel del suelo de Gast. El conocimiento de lo que eran le hizo cosquillas en el borde de su cerebro. Llamó por Cordelia, pero ella se había ido, como el sueño que él sabía que era.

* * *

Cuando James despertó por la mañana, estaba acostado en su propia cama. Completamente vestido, aunque alguien le había quitado la chaqueta y los zapatos para dejarlos en una silla. En otra silla cercana, con respaldo de terciopelo, Matthew estaba dormitando, con la mejilla apoyada en su mano.

Matthew siempre se veía muy diferente cuando estaba dormido. Se desvanecía el tambaleo constante que era una distracción cuando estaba

despierto y se convertía en uno de esos cuadros que le gustaban: un Frederic Leighton, quizás. Leighton era famoso por pintar niños en su inocencia y cuando Matthew dormía, parecía como si la pena nunca lo hubiera tocado.

Como si supiera que lo observaban, se agitó y se sentó, enfocándose en James.

—Estás despierto. —Empezó a sonreír—. ¿Cómo está tu cabeza? ¿Retumba como campana?

James se sentó lentamente. Estuvo con Matthew muchas mañanas cuando su *parabatai* se quejaba de un terrible malestar en la cabeza, y se quejaba de sus dolores y su miseria y su necesidad de tragar un vaso de huevo crudo y pimienta antes de poder afrontar el día. Pero James no sentía nada de eso. Nada le dolía ni le molestaba.

—No, pero, ¿cómo me veo?

—Espantoso —informó felizmente Matthew—. Como si hubieras visto el fantasma de la Vieja Mol y tu cabello siguiera en punta.

James miró fijamente sus propias manos, girándolas. Su muñeca desnuda lucía extraña, la ausencia del brazalete era como una herida evidente. Pero no había ningún dolor real, ni físico ni mental.

—Por otro lado —prosiguió Matthew, sus ojos diabólicamente encendidos—. No puedo decir que tus padres estuvieran muy contentos cuando te traje en brazos anoche…

James salió con prisa de la cama. Sus ropas estaban tan arrugadas como si hubiera dormido bajo un puente.

— ¿Me trajiste cargando? ¿Mis padres estaban aquí?

—En efecto, habían regresado de su reunión con mi hermano —dijo Matthew—. Que fue, aparentemente, muy aburrido, lo cual podría haberles advertido.

— ¡MATTHEW! —exclamó James.

Matthew levantó ambas manos, inocentemente.

—No les dije nada sobre ti, pero parece que Charles les habló de su compromiso con Grace en la reunión, y dedujeron que intentabas ahogar tus penas. Les dije que solo habías tomado un sorbo de ginebra y criticaron que fueras un peso ligero.

—Querido Dios. —James se tambaleó hasta el baño.

Afortunadamente, había agua en la jarra y una barra de jabón de sándalo. Se restregó apresuradamente y se enjuagó el cabello. Sintiéndose menos asqueroso, fue al armario, se puso ropa nueva y volvió al dormitorio, donde Matthew se sentó a los pies de la cama con las piernas cruzadas. Le dio a James una taza de té sin decir nada, justo como le gustaba: fuerte y azucarado, sin leche.

— ¿De dónde la sacaste? —James le preguntó en voz alta, aceptando la taza.

Matthew se puso de pie.

—Vamos. La comida fue servida en la sala de desayuno. Probemos algunos de los deliciosos huevos de Bridget y te lo explicaré.

James miró su *parabatai* con sospecha. Los huevos de Bridget eran famosos por ser horribles.

— ¿Explicar qué?

Matthew le hizo un gesto para que se callara. Rodando los ojos, James se puso sus zapatos y siguió a Matthew a través de los sinuosos pasillos hasta la sala de desayuno, donde la comida todavía estaba dispuesta. Una urna de plata con café frío, platos de chuletas de ternera y el menos favorito de James, el kedgeree. Se sentó a la mesa con un plato de champiñones y

pan tostado. Su mente se sintió sorprendentemente clara, como si hubiera salido de una extraña niebla. Incluso el pan tostado y los hongos sabían diferente.

Frunció el ceño.

—Algo sucedió —dijo, dándose cuenta de lo tranquilo que estaba. Solo el sonido de los relojes haciendo tictac en el Instituto. Los pasillos estaban desprovistos de gente. Se puso de pie y se dirigió a la ventana, que daba al patio. Ni un carruaje a la vista. Agarró con fuerza el alféizar—. Matthew, ¿acaso alguien...?

—No —respondió Matthew, rápidamente—. No, Jamie, nadie más ha muerto. El Enclave decidió trasladar a los heridos a la Ciudad Silenciosa. Estaban demasiado enfermos para ser enviados allí por un Portal, así que tus padres están ayudando a los demás, al igual que los de Christopher. Incluso Charles prestó nuestro carruaje.

— ¿Y Grace? —preguntó James. Su nombre se sintió extraño en su boca, como si hubiera adquirido un nuevo sonido. Recordó el dolor enfermizo que había sentido el día anterior, impulsándolo hacia la oscuridad. Una sensación como si su pecho se partiera en dos y sus huesos se astillaran. Ahora no lo sentía. Recordaba el dolor, pero en su mente, no físicamente. Pensó que seguramente volvería. Debería prepararse mientras pudiera.

—Los Pounceby la han acogido —respondió Matthew—. Están en Highgate, cerca de la entrada de la Ciudad Silenciosa. Allí podrá visitar a su madre. —Hizo una pausa—. Ella estará bien, James.

—Sí, confío en que lo estará —dijo James—. ¿Y Lucie? ¿Sabe ella lo que está pasando?

Matthew parecía sorprendido.

—Sí, pero... ¿has oído lo que he dicho de Grace?

Antes de que James pudiera responder, Lucie entró en el comedor. Estaba vestida con su ropa de entrenamiento, una túnica y un cinturón suave sobre mallas y botas, llevaba un puñado de cartas con ella. El correo había llegado. Dejó caer la correspondencia en la caja de cartas de la oficina y se acercó a James con una mirada preocupada.

— ¡Jamie! Oh, gracias a Dios. Mamá me contó de Charles y Grace, pero me he guardado las noticias para mí. ¿Estáis bien? ¿Tu alma quedó destrozada?

—El Cruel Príncipe James está muy bien, gracias —dijo. De forma bastante extraña, se dio cuenta, Matthew se había puesto detrás de Lucie y parecía estar hurgando en el correo—. ¿Dónde has estado, Luce?

—Arriba en la sala de entrenamiento con Cordelia. Alastair fue con Charles para ayudar a mover a algunos de los enfermos y ella se quedó conmigo. Pensamos que quizá deberíamos estar un poco más preparadas, ya sabes, en caso de que tengas otra asignación secreta que termine en un ataque demoníaco.

—No creo que eso sea probable —rebatió James. Matthew le echó otra mirada peculiar.

—James —le dijo Lucie, con severidad—. No necesitas fingir ser valiente, como lo fue Lord Wingrave cuando su mano fue rechazada en el matrimonio.

James se preguntaba si era alguien a quien se suponía que debía conocer.

— ¿Quién demonios es ese?

—Está en *La Hermosa Cordelia* —dijo Lucie—. Leí esa parte en voz alta la navidad pasada. Papá estaba muy impresionado.

Matthew se dio la vuelta, con las manos en la espalda.

— ¡Ah, Lucie! —dijo un poco demasiado alto—. Veo que has estado entrenando como un gran guerrera británica. Como Boudica, que derrotó a los romanos. ¡Siéntate! Déjame hacerte un sándwich de miel.

Lucie pareció dudosa, luego pareció encogerse de hombros y aceptó el gesto.

—Eres un loco, Matthew. Pero adoro los sándwiches de miel. —Se dejó caer en una silla y alcanzó la tetera—. Supongo que Charles y Grace no han anunciado su compromiso formalmente aún, pero sería muy grosero de su parte con Ariadne tan enferma. Me sorprende que el Inquisidor no haya intentado que Charles sea arrestado.

Cuando Matthew cruzó la habitación para tomar el tarro de miel del aparador, presionó algo plano y de papel en la mano de James.

—Sé que está dirigida a Lucie —dijo en voz baja—. Pero es para Cordelia. Llévasela a ella.

Uno no hace preguntas cuando su *parabatai* hace una petición.

—Parece que me he olvidado de ponerme los calcetines —anunció James. Lucie lo miró, fijamente, como si hubiera perdido el juicio. Se dirigió hacia la puerta, tratando de evitar que Lucie viera sus pies—. Volveré en un momento.

James subió las escaleras hacia los pisos superiores de dos en dos. Se sentía más ligero de lo que había sido en meses, como si hubiera depuesto una carga enorme que ni siquiera sabía que estaba llevando. Al llegar al rellano del tercer piso, examinó el objeto que Matthew le había entregado: una carta, dirigida con la inconfundible letra de la Cónsul, a Lucie Herondale.

La puerta de la sala de entrenamiento estaba abierta. Era una habitación grande, que se había agrandado hace unos años cuando la unieron con el resto del ático. El suelo era de madera pulida cubierta de esteras de

tatami y cuerdas flexibles colgaban de las vigas sobre la cabeza, anudadas a varias longitudes para facilitar la escalada. Las antorchas de luz mágica iluminaban la habitación y la luz del sol, que se filtraba entre las nubes, entraba por las ventanas superiores.

Cordelia estaba en el extremo norte de la habitación frente a un gran espejo plateado, Cortana brillaba como oro en su mano. Llevaba ropa de entrenamiento prestada de Lucie: le quedaba algo ajustada y corta, sus tobillos eran visibles bajo los dobladillos de los pantalones.

Se giró, moviéndose con la espada como si bailaran juntas. Su piel marrón clara brillaba en la luz mágica, brillaba en el sudor en sus clavículas, su garganta. Su cabello se había soltado de sus broches. Cayó por su espalda como una cascada de hojas de otoño. Juntas, ella y Cortana, eran un poema escrito con fuego y sangre.

Él debió hacer un ruido delator, porque ella se volvió para mirarlo, con los ojos bien abiertos, su pecho subiendo y bajando con respiraciones rápidas. Una sacudida lo atravesó. Algo como un recuerdo: Cordelia acostada a su lado, su pelo suave contra el lado de su cuello, el calor de su cadera contra la de él…

Trató de sacudir el pensamiento de su cabeza; nada como eso había sucedido en su vida. ¿Un fragmento de su sueño de la noche anterior, quizá?

Sacó la carta de su bolsillo y se la mostró a ella.

—Daisy, tengo algo para ti.

* * *

Muchos años de práctica habían familiarizado a Cordelia con el entrenamiento en solitario. Su padre siempre había dicho que se necesitaba un compañero para aprender ciertos aspectos del arte de la espada. ¿Cómo podrías aprender a girar una hoja de cerca, por ejemplo, si no tienes una espada contraria contra la que presionar? Alastair había respondido que el entrenamiento de cazador de sombras era algo único: después de todo, rara vez luchabas contra otro oponente con una espada y mucho más a menudo contra un monstruo de forma peculiar.

Cordelia se había reído, Elias había puesto los ojos en blanco y cedido. Después de todo, se movían tan a menudo por la salud de Elias que ni Cordelia ni Alastair tenían compañeros de entrenamiento regulares excepto el uno al otro, y no coincidían en altura o peso. Así que cuando Lucie se fue a buscar una taza de té, Cordelia había caído en los viejos patrones de practicar su juego de pies, es decir, arrojarse con Cortana en la mano, practicando secuencias de acciones una y otra vez hasta que le resultaban tan naturales como descender por las escaleras. Levantó a Cortana, giró, dio vueltas y se arrojó hacia delante para casi perder el equilibrio por la sorpresa de James entrando por la puerta abierta de la sala de entrenamiento.

Ella lo miró fijamente por un momento, con la guardia baja. Algo en él parecía diferente. Su ropa era ordinaria: abrigo de la mañana, pantalones grises, y su pelo era la habitual maraña oscura. Había ligeras sombras bajo sus ojos, lo que no era sorprendente para alguien que había estado fuera hasta tarde.

Deslizó a Cortana en la funda de su espalda mientras James sacaba una carta de su bolsillo y se la ofrecía con una sonrisa; pudo ver el nombre de Lucie garabateado en la parte delantera.

— ¿Cómo sabías que esto era para mí? —preguntó. Sus manos temblaban cuando tomó la carta de él y comenzó a abrirla.

—Matthew me lo dijo. Creo que está distrayendo a Lucie en el comedor, aunque quién sabe cuánto tiempo durará.

—Está bien, sabes, confío en Lucie —dijo Cordelia—. Si no hubiera estado preparada para que ella leyera la carta, no la habría enviado aquí.

—Lo sé —replicó James—. Pero es *tu* carta. ¿Por qué no deberías leerla primero? De hecho, si quieres que me vaya, puedo hacerlo.

—No —dijo Cordelia, bajando su mirada para escanear las líneas garabateadas de Charlotte—. No, por favor, quédate.

> *Querida Lucie:*
> *Espero que esta carta te encuentre bien y a la querida Cordelia, también. Me temo que solo tengo una pequeña noticia, ya que la situación con Elias Carstairs se ha suspendido mientras se resuelve la actual emergencia. Intentamos probar a Elias con la Espada Mortal, pero desgraciadamente no nos aclaró la situación, ya que no recuerda los eventos de la noche de la batalla. Es un asunto muy complicado. Por favor, dale a Cordelia mis mejores deseos. Espero volver a Londres y verte pronto.*
> *Con cariño,*
> *Charlotte*

Cordelia se sentó en el alféizar de la ventana.

—No lo entiendo —susurró—. ¿Por qué no lo recordaría?

James frunció el ceño.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

—Sabes que mi padre pronto será juzgado —dijo lentamente—. En Idris.

—Sí —dijo—. No he querido entrometerme. Ni siquiera le he pedido detalles a Lucie, aunque tenía curiosidad. —Se sentó a su lado en el alféizar

de la ventana—. No mentiré —continuó—. He escuchado rumores. Pero no le doy mucha importancia a ellos. Hubo suficientes sobre mí y mi familia, y totalmente falsos, para que prefiera mi propio juicio al de los demás. —Puso su mano sobre la de ella—. Si quieres compartir la verdad conmigo, me encantaría escucharla, pero es tu elección, Daisy.

Sus dedos estaban calientes y callosos, ásperos por sus cicatrices. James parecía diferente, Cordelia lo pensó otra vez. Más presente. Como si estuviera viviendo en el momento, sin sostener el mundo entre sus brazos.

Toda la historia salió de ella a borbotones: la enfermedad de su padre en los últimos años, los muchos traslados de un lugar a otro que requirió, haber aceptado ayudar en la expedición, el desastre que siguió, su arresto, su viaje a Londres, el juicio cercano, los intentos de Cordelia de encontrar una forma de salvar a su familia.

—Matthew tuvo la amabilidad de arreglar que yo recibiera esta carta, pero es otro callejón sin salida. No sé cómo ayudar a mi padre.

James lució pensativo.

—Daisy, lo siento mucho. Esto es algo en lo que tus amigos deberían ayudarte y yo soy uno de ellos.

—No hay nada que nadie pueda hacer —dijo Cordelia. Por primera vez, se sintió desesperada por su padre.

—No necesariamente —replicó James—. Teniendo en cuenta quién es la madre de mi *parabatai*, oigo más sobre los procesos legales de la Clave de lo que preferiría. Puedo decirle que si este va a ser un juicio sin Espada Mortal, tendrá que depender de los testimonios y los testigos influyentes.

— ¿Testigos influyentes? Pero mi padre conoce a tan poca gente —dijo Cordelia—. Siempre hemos estado mudándonos, ni siquiera permanecemos en Cirenworth durante largos períodos de tiempo…

—He escuchado muchas historias sobre tu padre —continuó James—. La mayoría de ellas de Jem. Después de que los padres de Jem fueran asesinados por el demonio Yanluo, fue Elias quien localizó al demonio con Ke Ywen y lo mató, salvando incontables vidas. Tu padre puede haber estado cansado y enfermo estos últimos años, pero antes de eso fue un héroe, y a la Clave hay que recordárselo.

La esperanza comenzó a volver al corazón de Cordelia.

—Mi padre rara vez habla de su vida antes de nuestra familia. ¿Crees que podrías ayudarme a averiguar los nombres de algunos de estos testigos? Aunque —añadió apresuradamente—, entiendo que no puedas. Sé que Grace te necesitará ahora, con su madre enferma.

James vaciló.

—Ya no tengo ningún acuerdo con Grace.

— ¿Qué?

Había puesto sus manos detrás de su espalda; estaban temblando. Se dio cuenta con un ligero golpe de sorpresa que el brazalete de metal ya no estaba en su muñeca. Grace se lo había quitado.

—Eres la primera persona a la que se lo he dicho, aparte de Matthew. Anoche…

Christopher irrumpió en la habitación como un pequeño ciclón. Estaba sin sombrero y llevaba un abrigo que parecía como si hubiera pertenecido a su padre, hecho de espiguillas con varios agujeros quemados en los puños.

—Aquí están —les recriminó, como si le hubieran traicionado al no estar en un lugar más fácil de descubrir—. Traigo noticias.

James se puso de pie.

— ¿Qué pasa, Kit?

—Esos trozos de madera que me enviaste —dijo Christopher—. Thomas y yo pudimos analizarlos usando el laboratorio de la taberna.

— ¿Los trozos de madera? —inquirió Cordelia—. ¿Los que pensamos que podrían ser armas?

Christopher asintió.

—Lo peculiar es que el ácido que había quemado la madera era la sangre de algún tipo de demonio, y había residuos demoníacos en la madera, pero solo en un lado de cada fragmento.

Los ojos de James se abrieron de par en par.

—Dilo otra vez.

—Solo en un lado de cada fragmento —repitió Christopher, obediente—. Como si hubiera sido colocado allí deliberadamente.

—No. —James metió la mano en su bolsillo y sacó un papel doblado. Cordelia lo reconoció como el boceto que él y Matthew habían encontrado en el departamento de Gast. Se lo mostró a Cordelia—. Quise preguntar antes —dijo, la urgencia subrayó su tono—. Pensé que cuando lo miré por primera vez que eran runas, no sé qué demonios tenía en la cabeza. Algunos son símbolos alquímicos, pero los otros son claramente escritura persa antigua, probablemente de la época aqueménida.

Cordelia le quitó el papel a James. No había podido mirar el papel de cerca antes, pero James tenía razón, los símbolos raros eran un nombre en persa antiguo. La escritura cuneiforme se parecía un poco a las runas, pero ella la reconoció inmediatamente; su madre había insistido en que ella y Alastair conocieran al menos un poco de la lengua de Darío el Grande.

—*Merthykhuwar* —dijo lentamente—. Es un nombre para una clase de demonio que existió en Persia hace mucho tiempo. Los cazadores de sombras lo llaman Manticor.

—Incluso los mundanos tienen una palabra —dijo James—. Mantícora. —Miró a Christopher—. Ya sé qué son los fragmentos —dijo—. ¿Cómo no me di cuenta antes? Son los restos de una caja de Pyxis.

— ¿Una Pyxis? —Cordelia quedó sorprendida. Hace mucho tiempo, los cazadores de sombras habían desarrollado contenedores de madera llamados cajas Pyxis para atrapar la esencia de los demonios que cazaban; después de la Guerra Mecánica, cuando Axel Mortmain utilizó una caja Pyxis para transferir las almas de los demonios a los monstruos mecánicos, fueron abandonados como herramienta por los nefilim. Nadie las había usado en años.

—He visto una Pyxis antes, en la Academia —dijo James—. Si un demonio atrapado en una Pyxis, hubiera estallado explicaría por qué había residuos de demonio solo en un lado de la madera, el interior. Y las marcas en los fragmentos se asemejan a los símbolos alquímicos que fueron tallados en las cajas de Pyxis...

El sonido de las pisadas en el pasillo lo interrumpió. La puerta se abrió de nuevo; esta vez eran Matthew y Lucie, ambos con aspecto intranquilo. Christopher desenvainó un cuchillo serafín de su cinturón pero lo bajó, aliviado.

—Gracias a Raziel. Pensé que era un ataque demoníaco.

Matthew le dio a Christopher una mirada lúgubre.

—Guarda eso —ordenó—. No me apetece que me apuñalen; soy demasiado joven y hermoso para morir.

—Veo que te has entretenido en tu camino para encontrar tus calcetines, James —dijo Lucie—. Bridget nos avisó que Christopher estaba aquí. ¿Qué es lo que pasa? ¿Ha pasado algo?

—Bastantes cosas, en realidad —dijo Christopher—. Podemos discutirlo todo en la Taberna del Diablo. Thomas está esperando allí, no quiero dejarlo solo mucho tiempo.

* * *

La Taberna del Diablo era un edificio de madera en Fleet Street con grandes y brillantes ventanales que parecían dividir la luz, dejando el interior de la taberna en una sombra oscura. Había muy poca gente dentro, solo unos pocos hombres encorvados sobre jarras de cerveza, un hombre lobo canoso y una camarera de ojos muy abiertos vieron a Lucie, Cordelia, James, Christopher y Matthew cruzar la habitación y subir los escalones, sus miradas curiosas.

Cordelia no se sorprendió al ver que las paredes de las habitaciones de los Ladrones Alegres estaban llenas de libros fascinantes. Había una diana de aspecto antiguo en la que se habían incrustado varios puñales, y su superficie roja y negra en relieve mostraba las marcas de muchos más. Había un rincón con hojas de metal fijadas a las paredes y una robusta mesa de trabajo con tope de acero, sobre la que se colocaban escamas de latón brillante y una caja de cerveza de madera algo maltrecha llena de tubos de ensayo de vidrio, réplicas y otros accesorios químicos. Un laboratorio móvil para Christopher, supuso Cordelia.

Un sofá isabelino estaba frente a una chimenea que ostentaba un busto de Apolo, debajo del cual estaba tallado un verso sobre el vino. Thomas estaba sentado en el sofá, con un libro en la mano. Sus anchos hombros estaban encorvados, sus ojos estaban ensombrecidos por el cansancio. Aún así, su cara se iluminó cuando vio a sus amigos.

—Tom —lo saludó James. Se hundió junto a su amigo en el sofá desgastado, poniendo una mano en su hombro. Levantó la vista y vio que los demás permanecían vacilantes. Hizo un gesto para que se unieran a él y a Thomas. Siempre era James, pensó Cordelia mientras preparaban las sillas. Siempre James mantenía al grupo unido, notando cuando se necesitaban el uno al otro.

Thomas dejó el libro que había estado sosteniendo; Cordelia se sorprendió al ver que era un libro de poesía sufí, los versos de Hafiz e Ibn al-Farid, escritos en persa y árabe.

—Cordelia —le dijo. Sonaba cansado, como si su voz se hubiera ralentizado por el dolor—. Lucie. Me alegro verlas.

—Bienvenidas a nuestro santuario, señoritas —dijo Matthew, destornillando la tapa de su licorera—. Christopher consiguió una buena parte de estos muebles para nosotros. Como el Rey Arturo y sus caballeros, preferimos sentarnos en una mesa redonda para que todos seamos iguales.

—También —añadió Christopher, tomando un libro de los estantes y entregándoselo a James—, era la única mesa de la que mi madre estaba dispuesta a prescindir.

—No podía ir a Idris —dijo Thomas de repente, como si alguien le hubiera preguntado por qué seguía en Londres—. Deseo ver a Eugenia, pero necesito quedarme aquí. Necesito ayudar a Kit a encontrar la cura para esta enfermedad demoníaca o veneno o lo que sea. Lo que le pasó a mi hermana no puede pasarle a nadie más.

—A veces la pena y la preocupación deben tomar la forma de acción —dijo Cordelia—. A veces es insoportable sentarse a esperar.

Thomas le dio una mirada de agradecimiento.

—Justo así —dijo él—. Así que, ¿Christopher les contó todo sobre los fragmentos?

—Sí —intervino Christopher—, y James se dio cuenta de que los fragmentos son de una Pyxis.

— ¿Una Pyxis? —repitió Thomas—. Pero fueron destruidas después de la Guerra Mecánica. No son seguras… recuerden lo que pasó en la escuela.

—La *mayoría* de las cajas fueron destruidas después de la Guerra Mecánica —dijo James—. En el departamento de Gast, sin embargo, encontré un dibujo. Se veía como un boceto de una caja ordinaria, no era un muy buen artista.

—Ah, ¿el dibujo con las runas inestables a su alrededor? —inquirió Matthew.

—No eran runas —dijo James—. Eran símbolos alquímicos, del tipo que se tallan en una caja Pyxis.

— ¡Oh! —exclamó Lucie—. Las marcas en los fragmentos. También eran símbolos alquímicos. Claro.

—Eso no es todo —dijo James—. En el papel, Gast había garabateado una palabra en persa antiguo. Cordelia fue capaz de traducirla.

La miró expectante.

—El nombre de un demonio —dijo Cordelia—. *Merthykhuwar*. —Frunció el ceño. Tales demonios habían aparecido en viejas historias de su infancia; siempre los había considerado casi míticos, como dragones—. En el persa moderno sería *Mardykhor*. Pero los cazadores de sombras lo llaman Manticor. Se dice que son muy venenosos.

— ¿Crees que Gast convocó a un demonio Manticor? —preguntó Matthew—. ¿Pero no están extintos? ¿Y qué tienen que ver con las cajas Pyxis?

James abrió el libro que Christopher le había dado y se puso un par de gafas de lectura doradas sobre su nariz. Algo en el pecho de Cordelia se apretó, como si hubiera atado un pequeño trozo de su corazón con un trozo de tela a una espina. Ella miró hacia otro lado, apartando la vista de James y sus adorables gafas. Tenía que encontrar a alguien más por quien sentirse así. O alguien más por quien sentirse de otra forma que al menos se sintiera diferente. Lo que fuera para dejar de sentirse así.

Trató de no pensar en lo que él había dicho en la sala de entrenamiento.

Ya no tengo ningún acuerdo con Grace. ¿Pero por qué? ¿Qué pudo haber pasado entre ellos, así de rápido?

—La Manticor está tanto aquí como allá, al mismo tiempo uno y muchos —citó James—. Una de las cosas más desagradables del Manticor es que puede dividirse en muchas partes, cada una de las cuales es a la vez su propio demonio y una parte de la criatura original. Por eso es que se capturan mejor en cajas Pyxis. La Manticor es difícil de matar, en parte, porque puede producir un flujo interminable de demonios más pequeños; te encontrarías con que ni siquiera puedes acercarte a él. Pero con una Pyxis, si usas la caja para capturar a la Manticor, los demonios más pequeños desaparecerán. —Alzó la vista del libro—. Empecé a suponer que era una Pyxis cuando Christopher me habló de los fragmentos. La traducción de Cordelia lo confirmó. Sabía que Gast debía haber invocado a uno de los pocos demonios que necesitaría una Pyxis para capturar. En este caso, una Manticor.

—No se parece en nada a esas criaturas que nos atacaron en el parque —señaló Christopher, mirando por encima del hombro de James. El libro estaba ilustrado, pero Cordelia no necesitaba verlo: sabía cómo era una Manticor. Cola de escorpión, cuerpo de león, triple fila de mandíbulas chorreando veneno.

—Estoy bastante segura que esos eran los kora —señaló Cordelia—. Los demonios más pequeños que se separaron del Manticor. No se parecen a él. Y debe ser por eso que Gast se refirió al demonio en singular, él invocó *un* demonio. Se dividió en demonios más pequeños después.

—Así que alguien contrató a Gast para invocar una Manticor y atraparlo en una Pyxis —recapituló Lucie—, pero cuando volvió a su departamento con el demonio enjaulado en la caja, le tendieron una emboscada, lo asesinaron y liberaron a la criatura.

—Gast no es la mente detrás de esto —James estuvo de acuerdo—. Él era una herramienta, útil solo para construir una Pyxis e invocar al demonio. Alguien más está dirigiendo sus movimientos y ataques.

—No *solo* invocó al demonio —dijo Lucie—. Recuerden lo que dijo Ragnor: Gast lo trajo usando magia dimensional de tal manera, que está protegido de la luz del sol.

Todos intercambiaron miradas. Cordelia sabía lo que los otros estaban pensando: ¿Quién podría haber contratado a Gast? ¿No había ningún motivo excepto el derramar sangre, el contagio y la muerte?

Thomas pasó una mano por su grueso cabello.

—Si el demonio fuera atrapado y asesinado, ¿qué hay de los que están envenenados? ¿Se pondrían mejor?

James sacudió la cabeza.

—Los enfermos no se curarán. Todavía necesitamos un antídoto para eso. Pero los demonios se habrán ido y eso es un buen comienzo. —Dejó el libro—. El Enclave ha estado buscando estos demonios sin éxito… ¿cómo habrían adivinado que buscaban la descendencia de una criatura extinta? Pero ahora que sabemos que es una Manticor…

—En las historias, los demonios *Merthykhuwar* establecen sus hogares entre dos lugares —dijo Cordelia lentamente—. Por ejemplo, la frontera entre dos países o en medio de un puente. Algún lugar que está tanto aquí como allá.

James se quitó las gafas; se mordió el labio pensativamente.

—Cuando entré en el reino de sombras, desde el salón de baile —dijo—, vi, entre otras cosas, el Puente de la Torre. Una extraña luz rojiza salía de él. Creo que…

Matthew se irguió.

—Sabemos que Gast invocó al demonio desde un puente —dijo—. Un lugar intermedio, como dijo Cordelia. Tal vez todavía reside allí.

—Así que si fuéramos al Puente de la Torre, con una Pyxis, ¿es posible que pudiéramos recapturar a la Manticor? —inquirió Lucie—. ¿Y los kora desaparecería, como si hubiera muerto?

—Sí, pero primero tendríamos que conseguir una Pyxis —le recordó Christopher, siendo práctico—. Eso será difícil.

—Pero quizá no imposible —dijo Matthew. Golpeaba sus dedos sin descanso contra el brazo de su silla, con el pelo y la corbata despeinados—. Si la *mayoría* fueron destruidos después de la Guerra Mecánica…

—Quedan unos pocos —concluyó James—. Desafortunadamente, están en Idris.

—Temía que dirías eso —murmuró Matthew, alcanzando su licorera de nuevo—. Creo que la Clave se dará cuenta si desaparecemos de Londres y aparecemos en Idris, husmeando por el Gard como cazadores de tesoros.

James lo miró con exasperación.

—Las únicas Pyxis que posee el Clave están en Idris. Hay algunas otras. Solo tenemos que encontrar una. Hay cierta tienda en Limehouse…

—Espera —Cordelia lo interrumpió de repente—. Una caja cubierta de símbolos alquímicos… el *uroboros* es un símbolo alquímico, ¿no? Matthew, ¿no vimos una caja con un diseño de serpiente? ¿En la Ruelle Infernal?

Matthew la miró fijamente.

—Sí —dijo—. En la recámara de Hypatia Vex. Una caja de madera con el símbolo del *ouroboros* quemado en los lados. Tiene sentido; Hypatia es una coleccionista empedernida.

—Excelente —dijo Christopher—. Entonces le diremos que la necesitamos.

—Adelante, si te apetece que te convierta en un armario de porcelana —espetó James—. A Hypatia no le gustan los cazadores de sombras. —Parecía pensativo—. Sin embargo, es una buena sugerencia, Daisy. Debe haber alguna forma de llegar a ella.

—Podríamos robar la Ruelle Infernal —dijo Thomas.

—Y llevaremos máscaras —dijo Lucie con entusiasmo—. Como bandoleros.

—Solo un tonto robaría a Hypatia Vex —dijo Matthew—. Y que no se diga que Matthew Fairchild es un tonto. Al menos, que no se diga en mi presencia. Lo encontraría muy hiriente.

—Creo que Christopher tiene razón —dijo Cordelia—. Deberíamos preguntarle a Hypatia.

Christopher pareció estupefacto y satisfecho en igual medida.

— ¿Deberíamos?

—Bueno, nosotros, no —dijo Cordelia—. Es cierto que no le gustan la mayoría de los cazadores de sombras. Pero ciertamente hay alguien que le gusta mucho.

* * *

—Daisy, querida, estoy encantada de verte —declaró Anna—. Aunque es de mala educación aparecer sin avisar a la hora del té. Simplemente no habrá suficiente pastel para todos. Las chicas tendrán pastel y los chicos, nada. No hay otra forma justa de hacerlo.

El departamento de Percy Street seguía siendo un alegre oasis de caos. Quizá era aún más caótico de lo que había sido en la última visita de Cordelia. Un lazo de encaje que Cordelia sospechaba que provenía del corsé de una dama adornaba uno de los cuchillos clavados en la repisa de la chimenea de Anna, que se balanceaba alegremente de una empuñadura con joyas. El sofá cubierto de oro de Anna y sus sillas dispares estaban llenas de gente. Thomas, demasiado alto para las sillas, estaba sentado en la alfombra del hogar con sus botas balanceadas en el cubo de carbón. En su pequeña mesa, Anna había puesto, con el aire de una magnífica anfitriona, un pastel de frutas que llamó *barmbrack* y un esponjoso pastel Victoria que había comprado en una pastelería.

—Es una distribución injusta de postres —dijo James.

—El mundo es injusto, mi amor —le dijo Anna. Se sentó en el brazo de la silla alta con respaldo cercano a la que Christopher usaba, balanceando un pie con una bota delante de ella, y ociosamente se agachó para acariciar el pelo de Thomas. Las finas hebras se deslizaron a través de sus dedos, largos y llenos de cicatrices—. Por supuesto que te ofrecería pastel a *ti*, querido primo, si me dices que eso aliviará tu corazón.

Thomas la miró con cariño pero cansado.

—Creo que en este caso, tu ayuda sería mejor que el pastel.

—Por supuesto —dijo Anna—. Díganme qué está pasando.

Mientras James explicaba que requerían una Pyxis, aunque no precisamente el porqué, implicando que estaba relacionado con los ataques de los demonios, Cordelia miró de uno a otro entre los dos primos, James y Anna. En muchos sentidos, los dos se parecían más a hermanos que James y Lucie, o Anna y Christopher. Compartían el mismo pelo negro que Will y Cecily, y los mismos rostros cincelados y angulosos. Ambos usaban su inteligencia como una armadura: mentes afiladas y agudas réplicas para proteger la suavidad que había debajo.

—Y por eso —terminó James—, pensamos, tal vez que esta noche en la Ruelle Infernal…

Anna levantó una ceja.

—Ah sí, sobre eso. Permíteme ver si comprendí lo que estás pidiendo: ¿quieres que seduzca a una bruja para conseguirte una caja trágicamente anticuada para albergar a un peligroso demonio? —Anna inspeccionó la habitación—. ¿Cómo decidieron este plan? ¿Y por qué, en nombre de Raziel, no se lo han contado a nadie más?

— ¿Por qué solo estamos suponiendo? —se arriesgó Matthew.

—Porque no podemos —dijo Lucie con dureza—. Hemos jurado proteger a la fuente que nos dio la información en la que se basan nuestras *suposiciones*. Ni siquiera podemos decírtelo, querida Anna. Simplemente debes confiar en que es por una buena razón.

Anna dejó caer ambas manos.

—Está bien. Están locos, todos ustedes.

La boca de James se curvó en una esquina.

— ¿No crees que poder hacerlo?

—Ja. —Anna jugó con su reloj para que la cadena atrapara la luz y brillara—. Puedo hacerlo. Pero va totalmente en contra de mi código moral. Va en contra de mi estricta política de seducir a alguien dos veces.

—No sabía que habías seducido a Hypatia una vez —dijo Matthew.

Anna agitó una mano impaciente.

—Hace siglos. ¿Cómo crees que me invitaron a la Ruelle Infernal en primer lugar? En serio, Matthew.

— ¿Cómo dejaste las cosas con Hypatia? —dijo Lucie—. ¿Se le rompió el corazón? En ese caso, ella podría querer… venganza.

Anna puso los ojos en blanco.

—Tranquila, mi querida novelista. De hecho, todos ustedes esperen aquí, excepto Cordelia. Ven conmigo, Daisy.

Se levantó de su lugar en el brazo de la silla de Christopher y cruzó la habitación, subiendo un par de escalones y desapareciendo detrás de una puerta de madera. Cordelia se puso de pie, alisó los volantes de su vestido, movió sus cejas hacia Lucie, y marchó hacia la infame recámara de Anna Lightwood.

Era sorprendentemente ordinaria. Si Cordelia había esperado escandalosos grabados o cartas de amor manchadas de lágrimas clavadas en las paredes, no había ninguna. En cambio, había cigarros con botellas de colonia en un escritorio de nogal maltratado y un chaleco azul de martín pescador colgando descuidadamente sobre una pantalla japonesa. La cama estaba deshecha, las sábanas eran una maraña de seda.

Mientras Cordelia cerraba la puerta cuidadosamente tras ella, Anna levantó la vista, lanzándole una sonrisa y un bulto de colores brillantes. Cordelia lo tomó por reflejo. Era un largo manojo de tela: una seda azul rey.

— ¿Qué es esto? —preguntó Cordelia.

Anna se apoyó en uno de los pilares de su cama, con las manos en los bolsillos.

—Compláceme. Sujétalo contra ti.

Cordelia hizo lo que le dijo. ¿Quizás Anna estaba haciendo un vestido para una amante? ¿Y usaba a Cordelia como modelo?

—Sí —murmuró Anna—. El tono se ajusta bastante a tu color. Como lo haría uno granate, creo, o un dorado profundo o azafrán. Ninguno de estos insípidos pasteles que llevan todas las chicas.

Cordelia alisó una mano en la tela.

—No pensé que te gustaran los vestidos.

Anna se encogió de hombros, una breve inclinación de los mismos.

—Que yo los vistiera era como tener mi alma en una prisión de enaguas, pero aprecio profundamente a una bella mujer con un vestido que hace juego con ella. De hecho, uno de mis amores favoritos, una dama que me entretuvo durante casi dos semanas, era una *belleza* que quizá conozcas de los periódicos mundanos de moda.

— ¿Esto es para ella? ¿Es...? —empezó a decir Cordelia, encantada.

Anna se rio.

—Nunca lo diré. Ahora bájalo y ven conmigo. Tengo lo que vine a buscar.

Sostuvo un pequeño libro de memorias con tapas negras. Cordelia ni siquiera la había visto tomarlo. Salieron del dormitorio y Anna agitó el libro sobre su cabeza en señal de triunfo.

—Esto —anunció—, contiene las respuestas a todas nuestras preguntas.

Los ocupantes del salón alzaron la mirada. Lucie, Christopher y Matthew se estaban peleando por un pastel, aunque Cordelia vio que ya se había puesto un trozo en un plato para Thomas y descansaba en su regazo. James miraba a la fría rejilla de la chimenea, con una expresión distante.

Matthew miró hacia arriba, sus ojos brillantes casi febriles.

— ¿Esta es tu lista de conquistas?

—Por supuesto que no —declaró Anna—. Es un libro de memorias... sobre mis conquistas. Es una distinción importante y significativa.

Cordelia se hundió de nuevo en el sofá junto a Lucie, que había logrado adquirir un trozo del pastel Victoria. Matthew se inclinó hacia ella en el sofá a su lado; James miraba a Anna, sus ojos del color de la luz del sol a través de hojas de color amarillo pálido.

Anna hojeó el libro. Había muchas páginas y muchos nombres escritos en una caligrafía atrevida y extendida.

—Hmm, déjame ver. Katherine, Alicia… Virginia: una escritora muy prometedora, deberías mirar su trabajo, James… Mariane, Virna, Eugenia…

— ¿Eugenia, mi hermana? —Thomas casi volcó su pastel.

—Oh, probablemente no —dijo Anna—. Laura, Lily… ah, Hypatia. Bueno, fue un breve encuentro, y supongo que se podría decir que me sedujo a mí…

—Bueno, eso no parece justo —dijo James—. Es como si alguien resolviera un caso antes que Sherlock Holmes. Si yo fuera tú me sentiría desafiado, como en un duelo.

Matthew soltó una risita. Anna le dio a James una mirada oscura.

—Sé lo que estás tratando de hacer.

— ¿Está funcionando? —inquirió James.

—Posiblemente —dijo Anna, sin apartar su mirada del libro. Cordelia no pudo evitar preguntarse: ¿Estaba el nombre de Ariadne ahí? ¿Se le consideraba ahora una conquista o algo… alguien más?

—Aprecio el rigor científico con el que has abordado este proyecto, Anna —dijo Christopher, que se manchó de mermelada la manga—. Aunque no creo que pueda reunir tantos nombres y también perseguir la ciencia. Consume demasiado tiempo.

Anna soltó una carcajada.

— ¿Cuántos nombres querrías reunir, entonces?

Christopher ladeó la cabeza, un breve ceño de concentración cruzó su cara y no respondió.

—Yo solo quiero uno —dijo Thomas.

Cordelia pensó en los delicados trazos de la rosa de los vientos en el brazo de Thomas, y se preguntó si tenía en mente a alguna persona especial.

—Demasiado tarde para que yo solo tenga una —declaró Matthew, airosamente—. Todo lo que me queda son varios nombres en una lista seleccionada con cuidado pero con entusiasmo.

—Nadie ha intentado nunca seducirme en absoluto —anunció Lucie de forma melancólica—. No hay necesidad de mirarme así, James. No diría que sí, pero podría inmortalizar la experiencia en mi novela.

—Sería una novela muy corta, antes de que atrapáramos al canalla y lo matáramos —dijo James.

Hubo un coro de risas y discusiones. El sol de la tarde se hundía en el cielo, sus rayos atrapaban las hileras de cuchillos de la repisa de Anna. Soltaron brillantes dibujos de arcoiris en las paredes doradas y verdes. La luz iluminaba el departamento de Anna, haciendo que algo le doliera en el corazón a Cordelia. Era un lugar tan hogareño, de una manera que su gran y fría casa en Kensington no lo era.

— ¿Y tú, Cordelia? —dijo Lucie.

—Uno —respondió Cordelia—. Ese es el sueño de todos, ¿no es así? En lugar de muchos que te dan pequeños trozos de sí mismos, uno que te da todo de sí.

Anna rio.

—La búsqueda de ese *uno* es lo que lleva a toda la miseria de este mundo. Buscar a muchos es lo que te dirige a toda la diversión.

Cordelia se encontró con los ojos de James, por accidente. Vio la preocupación en los suyos, había algo frágil en la risa de Anna.

—Entonces esto debería ser divertido —dijo Cordelia, rápidamente—. Seducir a Hypatia. Después de todo, ¿para qué sirven las reglas si no se rompen?

—Tienes un excelente punto —dijo Matthew, robando un trozo de pastel del plato de Lucie. Ella le dio un manotón.

—Y conseguir esta Pyxis podría ayudar a bastantes personas —dijo Cordelia—. Podría haber ayudado a Barbara. Aún podría ayudar a Ariadne.

El azul de los ojos de Anna se oscureció.

—Ah, muy bien. Intentémoslo. Podría ser una juerga. Sin embargo.

—Sin embargo, ¿qué? —dijo Christopher—. Si no tienes la ropa adecuada, podría prestarte mi nuevo chaleco. Es naranja.

Anna se estremeció.

—El naranja no es el color de la seducción, Christopher. El naranja es el color de la desesperación y de las calabazas. A pesar de todo, tengo toda la ropa que necesito. Sin embargo… —Tenía un dedo extendido, sus uñas estaban cortas—, la Ruelle Infernal no se frecuenta todas las noches. El próximo salón es mañana.

—Entonces iremos mañana —dijo James.

—No podemos ir todos —dijo Anna—. A Hypatia no le gustaría que todos apareciéramos en manada. Una manada no es digna.

—Tiene sentido que yo vaya —dijo Matthew—. Me conocen allí.

—Yo también debería ir —añadió James—. Es posible que mi poder de sombra pueda ser útil. Lo he utilizado antes para adquirir ciertas cosas.

Todos parecían desconcertados, pero la expresión de James no sugería que una solicitud de aclaración fuera bienvenida.

Anna sonrió, su lenta sonrisa de whisky y miel.

—Y Cordelia también, por supuesto —dijo—. Una chica guapa siempre es una distracción, y tendremos que distraer bastante.

James y Matthew miraron a Cordelia.

No me sonrojaré, se dijo a sí misma con fiereza. *No lo haré*. Tenía la sospecha de que parecía que se estaba ahogando.

—Qué lástima —dijo Lucie—. Ya me doy cuenta que me van a dejar fuera.

Anna se volvió hacia ella.

—Lucie, te necesitamos mucho. En el Instituto. Verás, hay una reunión de todo el Enclave mañana por la noche, y tenía planeado asistir. Aparentemente, hay algunas noticias significativas.

Lucie parecía desconcertada. Las reuniones del Enclave se limitaban a los miembros de la Clave, los cazadores mayores de dieciocho años. Solo Anna y Thomas calificaban.

—Yo iré —anunció Thomas con algo de recelo—. Aunque no me atrae la idea de sentarme en una habitación llena de personas mirándome con compasión, carajo.

Todos los ojos se fijaron en él, estupefactos; eran pocas las ocasiones en las que Thomas decía groserías.

—No me refería a asistir —dijo Anna—. Podrían moderar sus comentarios si estás presente. Espiarlos será lo mejor.

—Oh, espiar —dijo Lucie—. Perfecto. Se encontrarán en la biblioteca: sé cuál habitación está sobre ella. Podemos espiarlos desde arriba. Christopher analizará lo que digan con su perspectiva científica y Thomas recordará cada palabra con su memoria prodigiosa.

Dio un gritito de entusiasmo y Cordelia se encontró queriendo sonreír. Oculta en la lógica de Lucie había una magnífica amabilidad, lo sabía: Thomas había perdido a su hermana y estaba desesperado por hacer algo, entrar en acción. Era lo que Lucie le ofrecía.

Thomas lo entendió también y le dedicó una sonrisa a Lucie, la primera que Cordelia le había visto desde la muerte de Barbara.

—Espionaje será —dijo él—. Por fin, algo que hacer.

Capítulo Traducido por Lilly Sciutto
Corregido por Freya y Samn

14

Entre Leones

Y ella tiró su guante, para probar su amor; luego lo miró y le sonrió;
Él hizo una reverencia, y en un segundo saltó entre los leones salvajes:
Presto fue el salto, rápido el regreso y pronto a su sitio había vuelto,
Después arrojó el guante, mas no con amor, directo al rostro de la dama.
— ¡Por Dios! —dijo Francis—, ¡bien hecho! y se levantó de su asiento:
—No el amor —sentenció—, sino la vanidad, pide al amor tal hazaña.
—Leigh Hunt, *El guante y los leones*

James insistió en llevar a Cordelia a casa, aunque era una distancia considerable desde Percy Street hasta Kensington. Anna había mandado lejos a Matthew en una tarea secreta, Thomas, Christopher y Lucie habían regresado a la Taberna del Diablo para investigar el funcionamiento de las cajas Pyxis. Cordelia había deseado poder quedarse con ellos, pero conocía los límites de la paciencia de su madre. Sona se estaría preguntando dónde estaba.

Se estaba acercando el crepúsculo, la sombra engrosándose bajo los árboles en Cromwell Road. Solo unos cuantos carruajes tirados por caballos iluminados por la luz azul. Se sentía casi como si tuvieran la ciudad para ellos solos; no llevaban glamour y aún así nadie les lanzó más que un par de miradas de curiosidad morbosa mientras paseaban a lado de la gran pila de ladrillos del Museo de Historia Natural. Probablemente observaban a

James, pensó Cordelia: al igual que su padre, atraía miradas sin siquiera intentarlo. Con el día oscureciéndose, sus ojos le recordaban a los de los tigres que había visto en Rajastán, dorados y vigilantes.

—Fue inteligente de tu parte pensar en Anna —dijo James. Cordelia lo miró algo sorprendida; habían estado charlando de forma bastante superficial acerca de su educación: Cordelia había sido instruida por Sona y grupo de tutores que cambiaban periódicamente. James había asistido a la Academia de Cazadores de Sombras por un par de meses; allí conoció a Thomas, Matthew y Christopher, y juntos habían hecho explotar un ala de la escuela. Todos fueron expulsados, salvo Thomas, que no quiso quedarse en la Academia sin sus amigos y regresó a Londres voluntariamente al final del año escolar. En los últimos tres años los Ladrones Alegres habían sido enseñados por Henry Fairchild y Sophie Lightwood—. Estoy agradecido de que hayas estado con nosotros el día de hoy.

— ¿La presencia calmante de una chica? —dijo Cordelia, burlándose—. Lucie podría haber hecho eso.

James rio. Poseía una elegante ligereza en su modo de andar de la que no se había percatado cuando llegó por primera vez a Londres. Como si ya no cargara con un peso extra que había estado llevando sobre los hombros, aunque eso tenía poco sentido dadas las circunstancias.

—Lucie no querría molestar. La convivencia genera desprecio, me temo y para nosotros, somos su ridículo hermano y sus ridículos amigos. A veces me preocupa…

Se detuvo. El viento atrapó los bordes de su chaqueta negra. Haciendo que volaran como alas en su costado.

— ¿Te preocupas por Lucie? —preguntó Cordelia, un poco perpleja.

—No es eso —respondió James—. Supongo que me preocupa que todos caigamos en nuestros roles con demasiada facilidad: Christopher es el científico, Thomas el amable, Matthew el desenfrenado. Y y-yo no sé lo que soy, exactamente.

—Tú eres el líder —dijo Cordelia.

Parecía divertido.

— ¿Lo soy?

—Los cuatro están muy unidos —dijo Cordelia—. Cualquiera puede notarlo. Y ninguno de ustedes es tan simple como eso. Thomas es más que amable, y Christopher más que matraces y tubos de ensayo, Matthew es más que ingenio y chalecos. Cada uno de ustedes sigue su propia estrella, pero tú eres el lazo que une a los cuatro. Tú eres el que percibe lo que todo el mundo necesita, si uno requiere cuidado extra de sus amigos, o incluso que lo dejen solo. Algunos grupos de amigos se separan, pero nunca dejarías que eso sucediera con ustedes.

La diversión de James se había ido. Tenía un poco de aspereza en su voz cuando habló.

—Así que solo soy el que más se preocupa, ¿cierto?

—Cuentas con un gran poder de cariño en tu interior —aclaró Cordelia, y por un momento, fue un alivio decir esas palabras, decir lo que siempre había pensado de James. Incluso cuando lo había visto amando a Grace, y sintiendo dolor por él; pensó, de igual forma, lo que significaría ser amado por alguien con tal capacidad de amar—. Es tu fuerza.

James apartó la mirada.

— ¿Pasa algo? —preguntó Cordelia.

—Esa noche en el puente Battersea —dijo él. Habían llegado a la casa de Cordelia pero se quedaron en el pavimento, a la sombra de un haya—. Grace me preguntó si huiría con ella. Si cortaría los lazos con mi familia y me casaría con ella en Escocia, empezar de nuevo como mundanos.

—Pe-pero tus padres, y Lucie… —Los pensamientos de Cordelia fueron inmediatamente a su amiga. Cuán destrozada estaría Lucie al perder a su

hermano así. Como si hubiera muerto, pero prácticamente peor, porque habría elegido dejarlos.

—Sí —dijo James—. Y a mi *parabatai*. Todos mis amigos. —Sus ojos de tigre brillaban en la oscuridad—. Me negué. Le fallé. No la amé como debería haber amado. No estoy tan seguro que el cariño pueda ser mi fuerza.

—Lo que ella pidió no era amor —exclamó Cordelia, de repente furiosa —. Eso no es amor. Eso es una prueba. Y el amor no debe ser probado así. —Hizo una pausa—. Lo siento —dijo—. No debo… no puedo comprender a Grace, por eso no debería juzgarla. Aunque ¿esa fue la razón por la que su relación ha terminado?

—No creo saber la verdadera razón —dijo James cruzando sus manos detrás de su espalda—. Pero sé que es definitivo. Se llevó su brazalete. Y se casará con Charles.

Cordelia se quedó helada. Debió haber oído mal.

— *¿Charles?*

—El hermano mayor de Matthew —aclaró James, mostrándose sorprendido, quizás pensando que ella lo hubiera olvidado.

—No —respiró Cordelia—. No puede. No *pueden.*

De alguna manera James todavía continuaba explicando, diciendo algo sobre Ariadne, acerca de los compromisos que se terminaban, pero la mente de Cordelia estaba enfocada en Alastair. Alastair y Charles en la biblioteca: Alastair sufriendo por el compromiso de Charles. Alastair diciendo que al menos era Ariadne… probablemente aún no estaba enterado de *esto*.

Oh, Alastair.

— ¿Te encuentras bien? —James dio un paso hacia ella, con expresión preocupada—. Te ves muy pálida.

Debería irme a casa, estaba a punto de decir. James se había acercado más a ella; Cordelia podía oler su aroma, era jabón de sándalo con una mezcla de cuero y tinta. Sintió el roce de su mano contra su mejilla, su pulgar suavemente trazando su pómulo.

— ¡Cordelia! —Tanto James como Cordelia se volvieron, sobresaltados: Sona estaba de pie en el umbral de la casa, la luz de las velas ardiendo detrás de ella. Un *roosari* de seda cubría su pelo oscuro y se veía radiante—. Cordelia *joon*, entra antes de que te resfríes. Y señor Herondale, fue amable de su parte escoltar a Cordelia a casa. Es realmente un caballero.

Cordelia miró a su madre, sorprendida. No había esperado que Sona estuviera de tan buen humor.

La ceja de James se movió hacia arriba, negra como el ala de un cuervo, si el ala del cuervo tuviera un aire ligeramente sarcástico.

—Es un placer escoltar a Daisy a todas partes.

—Daisy —repitió Sona—. Qué apodo tan adorable. Por supuesto, ambos crecieron juntos, y ahora se han reunidos cuando ya son jóvenes. Es todo tan maravilloso.

Ah. Cordelia se dio cuenta de lo que estaba sucediendo con su madre. James era apto, muy apto. Como hijo del director del Instituto de Londres, era de esperarse que ejerciera una influencia significativa en el futuro, o incluso convertirse en el director de un Instituto, un trabajo mucho mejor pagado que el salario proporcionado por la Clave a un cazador de sombras promedio.

Además, él era encantador cuando no llevaba la Máscara y eso tenía cierto efecto en las madres. Siguiendo las insistencias de Sona, ella y James subieron los escalones a la puerta principal de la casa: la luz cálida se derramó del vestíbulo, junto con el olor de la comida de Risa.

Sona todavía estaba conversando con James.

—Maravilloso —dijo de nuevo—. ¿Puedo ofrecerte una bebida, James? ¿Té, tal vez?

Cordelia sintió un impulso de huir de la escena, pero el Ángel solo sabía lo que su madre le diría a James en su ausencia. Además, no podía huir; Alastair debería escuchar esta noticia de ella, en lugar de los chismes o por un extraño.

James sonrió. Era el tipo de sonrisa que podría hacer estragos a una buena parte de Inglaterra.

—Recuerdo el té que me preparó en Cirenworth —respondió—. Sabía a flores.

El rostro de Sona se iluminó.

—Sí. Una cucharada de agua de rosas, ese es el secreto para el buen chai.

—Usaba hermoso *samovar* también, lo recuerdo —dijo James—. Latón y oro.

Sona brillaba como un faro.

—Era de mi madre —dijo—. Por desgracia, todavía está entre los objetos que no hemos desempaquetado, pero el set de té de mi madre…

—James se tiene que ir —comentó Cordelia con firmeza y dirigió a James hacia abajo por los escalones—. James, despídete.

James se despidió rápidamente de Sona; Cordelia esperaba que no se diera cuenta de la clara mirada de decepción en el rostro de su madre. Ella soltó su agarre de su chaqueta cuando Sona volvió a entrar.

—No tenía ni idea que a tu madre le agradara tanto —dijo James—. Debería venir más a menudo cuando necesite sentirme apreciado.

Cordelia hizo un sonido exasperado.

—Me temo que mi madre se entusiasmará igualmente por cualquier soltero elegible que pretenda tener interés en el té. Es por eso que te pedí que me encontraras a uno, ¿recuerdas?

Ella hizo su voz ligera y bromista, pero la sonrisa abandonó el rostro de James al mismo tiempo.

—Claro —dijo—. Cuando todo este asunto haya terminado…

—Sí, sí —respondió Cordelia, empezando a subir las escaleras.

—¡En serio me gusta el té! —James gritó desde el pie de los escalones—. ¡En realidad, me encanta! ¡AMO EL TÉ!

—¡Bien por ti, amigo! —gritó el conductor de un carruaje que iba pasando.

A pesar de todo, Cordelia no pudo evitar sonreír. Entró y cerró la puerta; cuando se volvió, su madre estaba de pie justamente detrás de ella, todavía luciendo deleitada.

—Es guapo, ¿no? —dijo Sona—. Nunca lo había pensado. Era un chico tan extraño.

—*Mâmân* —protestó Cordelia—. James es solo un amigo.

—¿Por qué tener un amigo tan guapo? Parece un desperdicio —señaló Sona—. Además, no creo que te considere solo una amiga. La forma en cómo te mira…

Cordelia levantó ambas manos.

—Necesito hablar con Alastair sobre… sobre el entrenamiento —dijo y huyó a toda velocidad.

* * *

La puerta de la habitación de Alastair estaba abierta. Cordelia se detuvo un momento en el pasillo, mirando a su hermano: estaba sentado en su escritorio de madera satinada, periódicos mundanos esparcidos frente a él. Se frotó los ojos mientras leía, con cansancio evidente sobre sus hombros.

— ¿Alguna noticia interesante? —preguntó ella, apoyada contra el marco de la puerta. Sabía que era mejor entrar sin invitación; Alastair mantenía su habitación limpia como un alfiler, desde el esmalte en el armario de nogal hasta el conjunto de sillones azules sin una sola mancha junto a la ventana.

—Charles dice que una ola de ataques de demonios a menudo pueden ir acompañadas de un aumento en lo que los mundanos llaman crimen —dijo Alastair, doblando la página que estaba leyendo con un dedo manchado debido al papel periódico—. No creo que haya algo que ver algo aquí. Ni un solo asesinato interesante o algo similar.

—En realidad, esperaba hablar contigo acerca de Charles —dijo Cordelia.

Alastair levantó la mirada hacia ella. La gente a menudo comentaba que los dos tenían los mismos ojos negros, el iris solo un tono más claro que la pupila. Un efecto extraño teniendo en cuenta que los ojos de Sona eran de color marrón claro y los de Elias azules.

— ¿Sobre Charles?

Ella asintió.

—Bueno, entra entonces y cierra la puerta —dijo, inclinándose hacia atrás en su silla.

Cordelia hizo lo que le pidió. La habitación de Alastair era más grande que la suya, amueblada con colores oscuros de caballero: paredes verdes, una apagada alfombra persa. Alastair poseía una colección de dagas, y había traído varias de ellas con él de Cirenworth. Eran las únicas cosas hermosas, Cordelia recordó, a las que Alastair siempre prestó especial atención: una tenía una funda de esmalte azul y blanco, otra con incrustaciones de diseños dorados de dragones *qilin* y pájaros. Un *pishqabz* tallado en una sola pieza de marfil colgaba sobre el lavabo, cerca de este un *khanjar* cuya cuchilla tenía una inscripción en persa: *Quería tanto tener una reluciente daga, que cada una de mis costillas se convirtió en una.*

Cordelia se acomodó en un sillón azul. Alastair se giró un poco para mirarla; sus dedos dando golpecitos en el papel de periódico.

— ¿Qué pasa con Charles? —dijo él.

—Sé que se ha comprometido de nuevo —respondió—. Con Grace Blackthorn.

Las manos inquietas de Alastair dejaron de moverse.

—Sí —replicó—. Lástima para tu amigo James.

Así que lo sabe, pensó Cordelia. *Charles debe haberle dicho.*

—Así que… ¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Los ojos negros de Alastair eran impenetrables.

— ¿A qué te refieres?

Cordelia no pudo soportarlo más.

—Te escuché a ti y a Charles hablando en la biblioteca —dijo—. Te escuché decirle que lo amabas. No le diré a nadie, lo prometo. Sabes que siempre cumplo con mi palabra. No provoca ninguna diferencia para mí, Alastair.

Alastair guardó silencio.

—No debería haber dicho nada, pero... que Charles se comprometiera de nuevo, después de que él supiera lo infeliz que eras por Ariadne... Alastair, yo no deseo que nadie sea cruel contigo. Quiero que estés con alguien que te haga feliz.

Los ojos de Alastair brillaron.

—No es cruel. No lo conoces. Él y Grace tiene un acuerdo. Me lo explicó. Todo lo que hace Charles es para que él y yo podamos estar juntos. —Había un toque mecánico en sus palabras, como si hubieran sido ensayadas.

—Pero no quieres ser el secreto de alguien —dijo Cordelia—. Dijiste...

— ¿Cómo sabes lo que dije? ¿Cómo es posible que nos hayas escuchado sin salir de dónde te encontrabas? Estabas arriba, nosotros abajo, a menos que, me hayas seguido —concluyó Alastair lentamente—. Oías a escondidas. ¿Por qué?

—Tenía miedo —dijo Cordelia, en voz baja—. Pensé que ibas decirle a Charles lo que te había hecho prometer que no mencionarías.

— ¿Sobre esa criatura demoníaca en el puente? —dijo incrédulo—. ¿Sobre tus amiguitos y sus pequeños planes y secretos? Te di mi palabra.

—Lo sé —respondió ella, casi llorando—, y debería haber confiado en ti Alastair. Lo siento tanto. No quise escuchar esas cosas. Entiendo que sean privadas. Solo quería decirte que te amo sin importar nada. No hace ninguna diferencia para mí.

Ella pensó que el consuelo podría ayudar, pero en cambio la boca de Alastair se retorció violentamente de manera repentina.

—En serio —dijo con frialdad—. Bueno, para mí sí hace una diferencia tener un hermana que se cuela a hurtadillas y es una espía. Sal de mi habitación, Cordelia. Ahora.

* * *

—Jesse —susurró Lucie—. Jesse, ¿dónde estás?

Se sentó en el suelo junto a la chimenea de hierro fundido en el cuarto de dibujo del Instituto. Había regresado a casa de la Taberna del Diablo una vez que la noche había comenzado a aparecer. Tanto Thomas como Christopher estaban distraídos y preocupados, de todos modos y no estaba segura de cuánta investigación real sobre la Pyxis se estaba realizando. Christopher había tenido algún tipo de revelación acerca del antídoto en el que estaba trabajando y desapareció en la esquina forrada de acero de la sala de la taberna, donde había tirado algo tratando de extraerlo en una réplica.

Pero esa no era la verdadera razón por la que había querido irse. La noche tenía un nuevo sentido ahora. La noche significaba que podía comunicarse con Jesse.

—Jesse Blackthorn —dijo, sintiéndose un poco ridícula—. Por favor ven aquí. Quiero hablar contigo.

Echó un vistazo a la habitación, como si Jesse pudiera estar escondido debajo de un sofá. Esta era la habitación familiar, donde los Herondale a menudo se reunían en las tardes. Tessa había guardado algunas de las decoraciones más antiguas aquí, un dorado espejo enmarcado aún colgaba sobre la chimenea, los muebles estaban cómodamente destartalados, desde los sillones de flores junto a la chimenea hasta el gran escritorio viejo, marcado a través de los años por las puntas de bolígrafos. Los muros estaban empapelados en damasco claro, y libros bien hojeados se alineaban en las paredes.

Tessa leería en voz alta un nuevo libro y los otros se extenderían alrededor del fuego; a veces intercambiaban chismes, o Will y Tessa

contarían historias del pasado. Era un lugar que Lucie asociaba con lo reconfortante y en las tardes se pasaba garabateando en el escritorio. Por lo que tal vez, era doblemente desconcertante cuando apareció Jesse, saliendo de las sombras con las mangas blancas de la camisa, su rostro pálido bajo su cabello oscuro.

— ¡Viniste! —exclamó ella, sin molestarse en ocultar su asombro—. No sabía si esto realmente iba a funcionar.

—No creo que alguna vez te hayas preguntado si el momento es conveniente para *mí* —dijo.

— ¿Qué podrías haber estado haciendo? —se preguntó en voz alta.

Jesse emitió un resoplido desagradable y se sentó en el escritorio desvencijado. El peso de una persona viva probablemente lo habría volcado, pero él no lo estaba

—Querías hablar conmigo. Entonces habla.

Ella le contó apresuradamente sobre Emmanuel Gast, cómo había encontrado al fantasma y lo que le había dicho a ella. Mientras escuchaba, Jesse jugaba con el medallón de oro alrededor de su garganta.

—Lamento decepcionarte, pero no he oído nada acerca de ese brujo. Aún así, está claro que esas son cosas oscuras —dijo, cuando ella dejó de hablar—. ¿Por qué involucrarte en todo esto? ¿Por qué no dejas que tus padres resuelvan estos misterios?

—Barbara era mi prima —dijo—. No puedo quedarme sin hacer nada.

—No es necesario que hagas esto.

—Quizá estar muerto te ha hecho olvidar lo arriesgada que es la vida —respondió Lucie—. No creo que James, ni Cordelia, ni ninguno de nosotros haya elegido ser los que resuelvan este misterio. Él nos ha elegido. No voy

a llevarles el riesgo a mis padres tampoco, cuando no hay nada que ellos puedan hacer.

—No estoy seguro que haya algo que alguien pueda hacer —dijo Jesse—. Hay un plan malvado aquí. Un anhelo de destruir a los cazadores de sombras y lastimarlos. Esto no terminará pronto.

Lucie contuvo el aliento.

— ¿Luce? —La puerta se abrió. Era James. Lucie se le quedó viendo y Jesse desapareció, no en la forma en que Jessamine a veces desaparecía, con una estela de humo de fondo, sino simplemente desapareciendo de la existencia entre un segundo y el siguiente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

— ¿Por qué no debería estar en el cuarto de estar? —cuestionó ella, supo que debía sonar desagradable. Se sintió inmediatamente culpable, él no sabía que estaba en medio de un intento de interrogatorio a un fantasma.

James arrojó su abrigo sobre un sillón con flores y se sentó al lado ella, recogiendo un atizador del estante de instrumentos de la chimenea.

—Siento lo de Grace —dijo ella—. Matthew le dijo a Thomas y Christopher.

James suspiró, moviendo las brasas en el fuego sin detenerse.

—Probablemente es mejor que lo hiciera. No es como si quisiera anunciar la noticia a todos.

—Si Grace no te quiere, es una idiota terrible —dijo Lucie—. Y si ella quiere casarse con Charles, es aún más idiota, así que es una doble terrible idiota.

James se quedó quieto, su mano inmóvil en el atizador. Las chispas volaron.

—Pensé que sentiría una pena enorme —dijo finalmente—. En cambio ya no estoy seguro de lo que siento. Todo es más nítido y claro, los colores y las texturas son diferentes. Quizá *eso* es la pena. Quizá es solo que desconozco cómo debería de sentirse esa pérdida.

—Charles lamentará haberse casado con ella —dijo Lucie, con convicción—. Ella lo atormentará hasta el día en que muera. —Hizo una mueca—. Espera. Se convertirá en la cuñada de Matthew, ¿no? Piensa en lo incómodas que serán las cenas.

—Hablando de Matthew. —James bajó el atizador—. Luce, tú sabes que Matthew siente algo por ti y no le correspondes.

Lucie parpadeó. No había esperado que la conversación tomara este giro, aunque no era la primera vez que discutían el asunto.

—No puedo corresponder algo que no siento.

—No estoy diciendo que deberías. No le debes tus sentimientos a nadie.

—Además, es solo un capricho —dijo Lucie—. En realidad *no* se preocupa por mí. De hecho, creo que...

Dejó de hablar. Era una teoría que había desarrollado, viendo el modo en que la mirada de Matthew había estado a la deriva esos los últimos días. Pero no estaba lista para compartirla todavía.

—No estoy en desacuerdo. —La voz de James era un murmullo—. Pero siento que Matthew está en sufriendo por razones que ni siquiera yo entiendo.

Lucie vaciló. Sabía lo que debía decir acerca de la forma en que Matthew había decidido confrontar su dolor, pero no soportaba expresarle esas palabras a su hermano. Un momento después se salvó de tomar la elección cuando unos pasos sonaron en el pasillo. Su madre y su padre entraron, ambos con los ojos brillantes debido al fuerte viento de afuera. Tessa se

detuvo para poner sus guantes en la pequeña mesa marroquí junto a la puerta, mientras Will se acercaba para besar a Lucie y revolver el cabello de James.

—Asombroso —dijo James con tono leve—. ¿Cuál es el significado de todo este afecto desenfrenado?

—Estábamos con tu tía Cecily y tu tío Gabriel —dijo Tessa, y Lucie se dio cuenta de que los ojos de su madre eran *demasiado* brillantes. Tessa se sentó en el sofá—. Pobrecitos. Todos nuestros corazones están destrozados por Sophie y Gideon.

Will suspiró.

—Recuerdo cuando Gideon y Gabriel apenas podían tolerarse. Ahora Gabriel está ahí cada día apoyando a su hermano. Me alegro que tú y James se tengan el uno al otro, Luce.

—Supongo que la buena noticia es que no ha habido nuevos ataques hoy —dijo Tessa—. Debemos aferrarnos a eso. Este horror podría terminar en cualquier momento.

Will se sentó junto a su esposa y la acercó a su regazo.

—Voy a besar a su madre ahora —anunció—. Huyan si quieren, niños. Si no, podríamos interpretar a Ludo cuando termine el romance.

—El romance nunca termina —dijo James sombríamente. Tessa se echó a reír y levantó la cara que la besaran. James los miró exasperado, pero Lucie no estaba prestando atención: no podía evitarlo, escuchaba la voz de Jesse en su cabeza.

Hay un plan malvado aquí. Un anhelo de destruir a los cazadores de sombras y lastimarlos. Esto no terminará pronto.

Se estremeció.

* * *

Por la mañana, un gran paquete adornado con cintas llegó al 102 de Cornwall Gardens. Estaba dirigido a Cordelia, y Sona siguió a Risa mientras la criada lo llevaba a la habitación de Cordelia.

— ¡Un regalo! —dijo Sona, mientras Risa depositaba la caja en la cama de Cordelia. Sona estaba completamente sin aliento. Cordelia la miró con preocupación: su madre por lo general, era bastante enérgica, por lo que algunos tramos de escaleras no deberían haberla dejado sin aliento—. ¿Tal vez sea de un caballero?

Cordelia, que había estado sentada en el tocador cepillando su cabello, suspiró. Había llorado la mitad de la noche, terriblemente consciente de que había avergonzado a su hermano. Ciertamente no sentía que mereciera un regalo o una excursión a la Ruelle Infernal en la noche, dado el caso.

—Es probable que sea de Lucie...

Su madre ya tenía los envoltorios y la caja abierta. Risa dio un paso atrás, claramente encontrando la emoción de Sona alarmante. Sona al rasgar a través de una delicada capa de papel, jadeó en voz alta.

— ¡Oh, Layla!

La curiosidad se apoderó de ella, Cordelia se situó con su madre al lado de la cama. Y se quedó boquiabierta. Fuera de la caja había caído una docena vestidos: vestidos de día y vestidos de té junto con hermosos vestidos de noche, todo en colores vivos: encaje azul martín pescador, algodón en canela y vino, sedas en verde prusiano, clarete y burdeos, oro brillante y rosa oscuro.

Sona levantó un vestido de seda del color bronce, con un suave borde de gasa en el corpiño y dobladillo.

—Es tan encantador —dijo casi de mala gana—. Son de James, ¿cierto?

A pesar de su sorpresa, Cordelia sabía exactamente de quién era. Ella había visto la pequeña tarjeta firmada con una *A* escondida entre los vestidos de té. Pero si hacerle creer que eran de James significaba que su madre le permitiría usarlos, dejaría que su madre pensara lo que le gustara.

—Es muy amable de su parte —dijo Cordelia—. ¿No te parece? Puedo portarlo esta noche, hay una reunión en el Instituto.

Sona sonrió encantada, la sonrisa tomó peso en el corazón de Cordelia. Los vestidos eran muy extravagantes: su madre seguramente creería ahora que las intenciones románticas imaginarias de James hacia Cordelia eran serias de verdad. Era una especie de ironía, pensó, que por una vez tanto ella como su madre querían lo mismo. Y que ambas no lo iban a conseguir.

* * *

Anna fue a buscar a Cordelia exactamente a las nueve de la noche, en un carro negro que parecía cuero oscuro. Cordelia salió corriendo por la puerta envuelta en su abrigo a pesar de la calidez de la noche. Trepó en el carruaje, ignorando a su madre llamándola para que llevara guantes también, o posiblemente un felpudo.

El interior del carro brillaba con accesorios de latón y bancos terciopelo rojo. Anna tenía sus largas piernas cruzadas descuidadamente ante ella. Estaba vestida con elegante ropa negra de hombre, su camisa almidonada y blanca. Había un broche de amatista, del color de los ojos de su hermano, parpadeando en la corbata, y su abrigo le quedaba elegante a lo largo de sus estrechos hombros. Parecía enteramente compuesta. Cordelia envidiaba su seguridad.

—Gracias —dijo Cordelia sin aliento, cuando el carruaje comenzó a moverse—. Los vestidos son absolutamente encantadores, no tenías que…

Anna dejó de lado su agradecimiento.

—No me costó nada. Una licántropa costurera me debía un favor y Matthew me ayudó a elegir tela. —Alzó una ceja—. Entonces, ¿cuál decidiste ponerte?

Cordelia se quitó el abrigo para mostrar el brillante vestido de bronce debajo. La seda era fría y pesada contra su piel, como el toque de agua; la gasa del dobladillo le acariciaba las piernas y los tobillos. Era práctico, también, su madre la había ayudado a ocultar astutamente a Cortana en una funda sobre su espalda que corría debajo del material de su vestido.

Anna rió entre dientes con aprobación.

—Los colores profundos son los adecuados para ti, Cordelia. Rojo clarete, azul martín pescador, verde esmeralda. Líneas elegantes y simples, nada de esos tontos accesorios que todos usan.

El carruaje se había vuelto hacia West End. Había algo emocionante acerca de moverse hacia el corazón de Londres, lejos de la vegetación de Kensington, entre las multitudes y la vida que latía en ellos.

— ¿Tenemos un plan? —dijo Cordelia, mirando por la ventana a Piccadilly Circus—. ¿Qué haremos cuando lleguemos allí?

—Voy a seducir —dijo Anna—. Tú distraerás, o al menos, tratarás de no meterte en mi camino.

Cordelia sonrió. Se apoyó contra la ventana cuando Anna señaló hitos para ella: la estatua de Eros en el centro de la rotonda, y el Criterion Restaurant, donde Arthur Conan Doyle había establecido la primera reunión de Holmes y Watson. Pronto estaban rodando en Soho con sus calles más estrechas. La niebla colgaba como las telarañas estiradas entre edificios. El carruaje pasó junto a un vendedor de café argelino, la ventana repleta de

latón brillante y lata de café. Cerca había una tienda para luminarias con una nueva y brillante fachada negra y dorada en la que se inscribieron las palabras W. SITCH & CO. y más allá una colección de tenderetes. En la calle oscura y estrecha, las llamaradas de petróleo ardieron como fuegos de advertencia, y las cortinas de tela que protegían los frentes de los puestos que volaban al viento.

El carruaje se detuvo por fin frente a Tyler's Court. El aire estaba lleno de humo y sombras y el parloteo de voces hablando una docena idiomas diferentes. James y Matthew estaban recargados contra los muros de piedra. Ambos llevaban abrigos negros de noche ajustados. Matthew había agregado una corbata verde botella y pantalones de terciopelo a su conjunto. James tenía su collarín puesto contra el viento, su rostro pálido entre su oscuro cabello y el fino negro material de su traje.

Anna abrió la puerta del carruaje y saltó, dejando la puerta abierta detrás suyo. Cordelia trató de seguirla, solo para descubrir que era menos fácil moverse con su nuevo vestido. Avanzó lentamente por el asiento, chirriando un poco, y casi cayó por la puerta del carruaje.

Preparó sus brazos antes de que golpeara el pavimento. Sin embargo, James la había atrapado por la cintura. Su cabello rozó su mejilla y ella inhaló su colonia: madera de cedro, como los bosques del Líbano.

La puso sobre sus talones, sus manos aún en sus caderas. Ella podía sentir el grabado del anillo Herondale que llevaba, contra su costado. La estaba mirando y Cordelia se dio cuenta con un sobresalto de que había dejado su abrigo en el carruaje. Estaba parada frente a Matthew y James en su nuevo vestido, sin nada más cubriéndola.

No pudo evitar ser consciente de cuán cerca se aferraba el vestido a su cuerpo. La tela sobre sus caderas estaba tan apretada que no había podido usar una enagua debajo, solo su conjunto y un corsé ligero. Cualquiera podía ver la forma de su cintura, la hinchazón de su pecho e incluso la seda que cubría la curva de su estómago. Las mangas estrechas se deslizaban por sus hombros, descubriendo la parte superior de sus senos; el peso

y la suavidad del material era como una caricia. Se sentía elegante de una manera que nunca antes había experimentado y un poco invencible.

—Cordelia —dijo Matthew. Parecía un poco aturdido, como si hubiera chocado contra una pared—. Te ves diferente.

— ¿Diferente? —se burló Anna—. Se ve impresionante.

James no se había movido. Estaba mirando a Cordelia, y sus ojos se habían oscurecido, del tono de los ojos de un tigre a algo más enriquecido y profundo. Algo como el oro de Cortana cuando brillaba en el aire. Él exhaló y la dejó ir, retrocediendo. Cordelia podía sentir su corazón latiendo en la garganta, un pulso pronunciado, como si hubiera bebido demasiado del fuerte té de su madre.

—Será mejor que entremos —dijo James, y Cordelia vio a Anna sonreír de reojo, una sonrisa felina, antes de que los condujera al patio estrecho.

El hada en la puerta reconoció a Anna y Matthew y dejó a todos pasar a la Ruelle Infernal con solo un levantamiento de sus cejas color lavanda. Se encontraron en la deslumbrante serie de habitaciones interconectados de la Ruelle. Mientras seguían a Anna, que avanzó con determinación, Cordelia se dio cuenta de algo que no había notado antes: que las habitaciones se extendían desde el centro de una cámara grande como los brazos de una estrella de mar. Los techos en los pasajes eran bajos, pero cada habitación estaba iluminada por luz eléctrica, brillante y más dura que la piedra de luz mágica.

Encontraron a Hypatia Vex en la sala central. La decoración de la sala octogonal fue cambiada. Las paredes tenían pinturas colgadas de bacanas: bailarines desnudos rodeados de cintas flotantes, demonios con ojos pintados de rojo y frentes adornadas con flores, sus cuerpos lacados en oro como los ojos de James. Detrás de Hypatia Vex colgaba una pintura masiva de una mujer de cabello oscuro sosteniendo un búho negro con ojos dorados.

El escenario en el centro de la habitación estaba vacío en ese momento, aunque sillas y sofás habían sido dispuestos a su alrededor. Estaban a rebosar de subterráneos. Cordelia reconoció a la chica vampiro Lily, con peinetas decoradas con joyas en su negro cabello, sorbiendo sangre de un vaso de cristal. Le guiñó un ojo a Anna, pero Anna estaba centrada en Hypatia, que estaba sentada en un sofá de roble intrincadamente tallado, tapizado en tejido jacquard rojo y verde. Ella llevaba otro vestido brillante, negro de seda haciendo parecer que las exuberantes curvas de su cuerpo hubieran sido sumergidas en tinta.

Tampoco estaba sola. Junto a ella había un hombre lobo apuesto con ojos verdes oro. Cordelia lo había visto la última vez que vinieron ahí. Él fue el violinista en el cuarteto de cuerda. Ahora no había música y él estaba enfocado en Hypatia, su cuerpo se volvió hacia el de ella cuidadosamente, sus largos dedos jugando suavemente con una correa de su vestido.

Los ojos azules de Anna se entrecerraron.

—Anna —dijo James en voz baja—. Puede que te estén quitando el trabajo.

—Ese es Claude Kellington —dijo Matthew—. Él es el maestro del entretenimiento aquí. Es el encargado del escenario.

Anna se volvió hacia ellos, con los ojos brillantes.

—Matthew —dijo ella—. Distráelo.

Matthew guiñó un ojo y se acercó al sofá. Lily lo miró cuando la pasó, posiblemente considerándolo como una merienda potencial. Él era muy atractivo, pensó Cordelia; ella no entendía por qué no reaccionaba a él como lo hacía con James. Aunque en realidad, no reaccionaba a nadie de la misma forma a como lo hacía con James.

Levantando una ceja, Kellington se levantó y siguió a Matthew de regreso a la multitud. Cordelia y James intercambiaron una mirada mientras Matthew se aproximaba a ellos, el hombre lobo detrás.

—Por favor no me digan que ustedes tres tienen algún tipo de acto —dijo Kellington al acercarse, y Cordelia se dio cuenta, de repente, que Anna se había escapado, silenciosa como un gato—. Nadie quiere ver cantar y bailar a cazadores de sombras.

—Estaba esperando que a mi *parabatai* y a mi se nos permitiera recitar algo de poesía —respondió Matthew—. Quizás sobre los lazos del amor fraternal.

Kellington le lanzó a Matthew una mirada divertida. Tenía un rostro muy atractivo y el cabello castaño rizado. Un anillo de oro estampado con las palabras *Beati Bellicosi*[2] centelleó en su mano.

—Recuerdo la poesía que me recitaste una vez —dijo—. Aunque no era peculiarmente fraternal. Sin embargo, estamos buscando nuevos artistas esta noche. —Echó un vistazo a James—. ¿Tienes algún talento, además de quedarte ahí luciendo bien y sin decir nada?

—Soy bastante hábil tirando cuchillos —dijo James con calma. Se movió a un lado, los ojos de Kellington lo siguieron, mientras Anna se deslizaba sobre el sofá al lado de Hypatia y levantó la mano de la bruja hacia sus labios brindándole un beso. Hypatia parecía un poco más que sorprendida.

—Si un cazador de sombras se levanta y comienza a tirar cuchillos, va a ocurrir un motín —dijo Kellington—. Hypatia quiere entretener invitados, no matarlos. —Su mirada cayó en Cordelia. Sintió como si su mirada la tocara. No era del todo agradable, pero ciertamente novedosa. Kellington parecía estar examinándola de pies a cabeza y luego se descubrió no estar del todo disgustado—. ¿Qué hay de *ti*?

Matthew y James la miraron.

---

2 NT: Lema del Praetor Lupus, alianza de hombres lobo fundada por Woolsey Scott en los años 1800. Significa «Bendecidos son los guerreros.»

—Supongo que podría actuar —dijo Cordelia sin aliento.

Escuchó su propia voz lejana. ¿Estaba loca? ¿Qué iba a ofrecer? ¿Qué era lo que si quiera pensaba *hacer*? Escuchó a Kellington aceptar, y sintió los delgados y cicatrizados dedos de James en su brazo.

—Cordelia, no es necesario que… —comenzó a decir.

—Puedo hacerlo —espetó.

Él la miró directamente, y ella notó que no había signo de duda en su expresión. La miraba exactamente con la fe que demostraba al mirar a Matthew, a Lucie o a Thomas. Con una creencia total de que ella podía hacer cualquier cosa, si le era preciso que lo hiciera.

De repente pudo sentir que obtenía suficiente aire en sus pulmones: Cordelia inhaló, asintió con la cabeza a James y se volvió hacia Kellington.

—Estoy lista —anunció.

Con una reverencia, el hombre lobo la condujo hacia el escenario.

Capítulo Traducido por Mari Salazar
Corregido por Halec y Samn

PARTE DOS



Ha estado usted en cada una de las líneas que he leído, desde que vine aquí por vez primera, cuando era un muchacho ordinario y rudo, cuyo pobre corazón ya hirió usted entonces. Ha estado usted en todas las esperanzas que desde entonces he tenido... en el río, en las velas de los barcos, en los marjales, en la luz, en el viento, en los bosques, en el mar, en las calles. Ha sido usted la imagen de toda graciosa fantasía que mi mente ha podido forjarse. Las piedras que están construidas en los más grandes edificios de Londres no son más reales, ni es más imposible que sus manos las quiten de su sitio, que el separar de mi su influencia, antes, ahora y para siempre. Hasta la última hora de mi vida, Estella, no tiene usted más remedio que seguir siendo parte de mí mismo, parte del bien que existe en mí, así como también del mal que en mí se albergue.

—Charles Dickens, *Grandes Esperanzas*

15
La Habitación Susurrante

Donde la belleza no decae, la descomposición no inunda,
Pero la alegría es sabiduría, el tiempo es una canción interminable.
Te beso y el mundo comienza a desvanecerse.
— William Butler Yeats, *La Tierra del Deseo del Corazón*

Desde su ventana, Lucie podía ver la estrepitosa entrada de los carruajes por el arco de la entrada del instituto. Retrocedió con el ceño fruncido. ¿Dónde *estaban* Thomas y Christopher? No podía culpar a ninguno de ellos por tener dificultad para concentrarse después del día de ayer; la muerte de Barbara estaba en sus mentes, pero esto significaba que los tres habían fallado en hacer planes para verse en la noche.

Bueno, pensó ella, si tenía que espiar la reunión del Enclave sola, entonces eso haría. Justo iba a tomar su estela del tocador cuando escuchó algo golpear el cristal de su ventana. Asumiendo que Thomas y Christopher estaban intentando de atraer su atención con piedras, su método usual, se arriesgó y abrió la ventana.

Algo que lucía como una mariposa ardiendo pasó volando por su cabeza, y Lucie soltó un gritito. Corrió hacia ella mientras esta iluminaba su escritorio y ardía en llamas rojas y naranjas. Era pequeña, no más grande que su mano y se apresuró a apartarla con una pluma que estaba cerca.

—¡Lo siento, Luce! —Era Christopher, escalando a través de su ventana. Cayó en el suelo y fue seguido un momento más tarde por Thomas, quien tenía un agujero quemado en el cuello de su camisa y lucía enojado por ello—. Era un experimento. Un método para enviar mensajes utilizando runas de fuego…

Lucie miró escépticamente a la mancha carbonizada en su escritorio donde el mensaje había tenido su final. Había aterrizado sobre varias páginas del manuscrito de *La Hermosa Cordelia* y ahora estaban arruinadas.

—Bueno, ¡no me metan en sus experimentos! —dijo ella—. Destruyeron una escena muy importante en la cual Cordelia es seducida por un rey pirata.

—La piratería es inmoral —dijo Thomas.

—No en este caso —respondió Lucie—. Verás, el rey pirata es secretamente el hijo de un recién…

Christopher y Thomas intercambiaron miradas.

—En realidad deberíamos irnos —dijo Christopher, recogiendo la estela de Lucie y tendiéndosela—. La reunión del Enclave está a punto de empezar.

Salieron de la habitación de Lucie y se apresuraron a uno de los almacenes vacíos en el segundo piso, sobre la librería. Fue el padre de Lucie quien le enseñó cómo dibujar esa runa en particular, así que ella hizo los honores mientras todos se arrodillaban en un descuidado círculo en el suelo; la runa era larga, cubría una buena cantidad de espacio. Cuando Lucie término, lo hizo con un ademán y retrocedió.

El suelo bajo sus piernas cruzadas brilló y se volvió transparente. Lucie, Thomas y Christopher ahora estaban mirando a la librería debajo de ellos como si fuera el lente de un telescopio. Podían ver claramente a todos entrando a la habitación, los colores de sus ojos y los detalles de sus ropas.

Filas extra de mesas fueron colocadas y los cazadores de sombras llenaron la habitación. El padre y la madre de Lucie estaban allí, por supuesto, y su tío Gabriel también, sentado frente a la habitación donde Will estaba de pie, flanqueado por el Inquisidor Bridgestock y un rígido Charles Fairchild. Lucie no podía evitar preguntarse cómo había sido su relación desde que Charles había terminado su compromiso con Ariadne.

Charles golpeó repentinamente una de las mesas, haciendo que Lilian Highsmith saltara en su asiento.

—Orden —dijo—. Orden. Les agradezco a los miembros de el Enclave que pudieron unírsenos hoy. A pesar de que esta información no se ha hecho pública, hasta hoy ha habido un total de seis grandes ataques por un tipo desconocido de demonio a los nefilim de Londres. Todos, excepto el ataque a la residencia Baybrooks, tuvieron lugar a la luz del día.

Lucie se volvió hacia Thomas y Christopher.

— ¿Seis ataques? —susurró— solo sé de tres. ¿Sabían de los otros?

Thomas negó con la cabeza.

—Incluso yo no sabía. Imagino que el Enclave tenía miedo de espantar a la gente. Si te hace sentir mejor, un montón de personas no sabían.

Lucie volvió a mirar abajo. Muchos miembros del Enclave parecían estar murmurando nerviosos los unos a los otros. Podía ver a su padre, de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión congelada en su rostro. Él no lo sabía.

—Ahora hay veinticinco cazadores de sombras muy enfermos en la Ciudad Silenciosa —dijo Charles—. Debido a la gravedad de la situación, los viajes dentro y fuera de Londres han sido suspendidos por el momento por la Clave.

Lucie, Christopher y Thomas intercambiaron miradas. ¿Cuándo ocurrió esto? Mientras, un murmullo se esparció a través de la multitud en

la biblioteca. Estaba claro que muchos de los adultos en cuestión estaban igual de sorprendidos.

— ¿A qué se refiere a «por el momento»? —exclamó George Penhallow—. ¿Cuánto tiempo estará prohibido viajar?

Charles juntó sus manos detrás de su espalda.

—Indefinidamente.

El murmullo de la habitación se convirtió en un rugido.

— ¿Qué hay sobre aquellos en Idris? —preguntó Ida Rosewain—. ¿Serán capaces de regresar? ¿Qué hay de nuestras familias allá?

Bridgestock negó con la cabeza.

—Todos los Portales han sido suspendidos…

—Bien —murmuró Lilian Highsmith—. Nunca confié en esos inventos. Escuché sobre un joven que atravesó el Portal con su *parabatai* y terminó con la pierna de su compañero unida a la suya.

Bridgestock ignoró eso.

—No habrá entradas ni salidas de Londres, ni viajes más allá de los límites de la ciudad. No por ahora.

Lucie y Christopher miraron a Thomas consternados, pero su boca solo se había tensado en una delgada línea.

—Bien —dijo él—. Mi familia estará a salvo en Idris.

—Pero, Henry —dijo Christopher en tono preocupado—. Él iba a volver y nos iba a ayudar con el antídoto.

Lucie no sabía eso. Palmeó la mano de Christopher tan reconfortantemente como pudo.

—Los Hermanos Silenciosos también están buscando una cura —susurró—. No eres solo tú, Christopher. Aparte, tengo mucha confianza en que podrás hacerlo por tu cuenta.

—Y yo te ayudaré —añadió Thomas, pero Christopher solo miró tristemente a la escena desarrollándose abajo.

— ¿Qué significa esto? ¿Por qué estamos siendo aprisionados en Londres? —demandó Martin Wentworth. Se había puesto de pie—. Ahora es cuando necesitamos la asistencia de la Clave…

—Es una cuarentena, Martin —dijo Will, su voz firme—. Deja que el Inquisidor explique.

Pero fue Charles quien habló.

—Todos ustedes —dijo Charles en voz alta—. Saben que mi… que Barbara Lightwood fue atacada por unos demonios; el veneno fluyó por su sistema. No pudo soportarlo y murió hace pocos días.

Thomas se encogió y la cara de Martin Wentworth pasó de rojo a blanco mientras claramente pensaba en su hijo, Piers.

Charles continuó.

—Oliver Hayward estaba con ella cuando murió. En los últimos momentos de su agonía, sin reconocer a sus amigos y seres amados, ella lo atacó; rasguñándolo y golpeándolo.

Lucie recordó la sangre en las manos de Oliver, sus rasguños. La biblioteca se quedó en silencio. No se atrevía a mirar a Thomas.

—Como quizá ya sepan —siguió Charles—, la familia Hayward huyó al Instituto de York, y Oliver entendiblemente deseaba volver a casa después de haber pedido a su amada.

—Como cualquier hombre hecho y derecho debería hacer —murmuró Bridgestock.

Charles lo ignoró.

—Recibimos las noticias ayer de que Oliver se había enfermado. Sus rasguños se infectaron y fue diagnosticado con los mismos síntomas que tienen en Londres los que han sido atacados por estos demonios. —Hizo una pausa—. Oliver murió esta mañana.

Hubo un jadeo audible. Lucie se sintió enferma.

Laurence Ashdown saltó sobre sus pies.

— ¡Pero Hayward no fue atacado por un demonio! ¡Ni es contagioso el veneno de demonios!

—El veneno causa un contagio —dijo Will calmadamente—. Fue determinado por los Hermanos Silenciosos que este padecimiento puede ser transmitido por una mordida o un rasguño. Aunque no es altamente contagioso, no obstante, lo es. Por eso la cuarentena.

— ¿Es por esto que todos los enfermos fueron trasladados a la Ciudad Silenciosa y no están siendo permitidas la visitas? ¿Es eso lo que ocurre? —demandó Wentworth.

Lucie estaba impactada de nuevo; no sabía que no podía visitarse a los enfermos.

—Las medidas contra los visitantes fueron decididas esta mañana —susurró Thomas, notando su angustia—. Christopher y yo escuchamos al tío Gabriel discutiéndolo.

—La Ciudad Silenciosa es el lugar correcto para ellos —dijo Charles—. Los Hermanos pueden cuidar mejor de los afectados y ningún demonio puede entrar al lugar.

—Así que ¿cuál es el plan de la Clave? —Ida Rosewain alzó la voz—. ¿Su intención es atraparnos en Londres, con los demonios cargando una enfermedad venenosa que no sabemos cómo tratar, para que simplemente *muramos*?

Incluso Bridgestock pareció tomado por sorpresa. Fue Will quien habló.

—Somos cazadores de sombras —dijo—. No esperamos ser salvados por otros. Nos salvamos a nosotros mismos. Aquí en Londres estamos tan equipados como cualquier miembro de la Clave para resolver este problema, y así será.

Lucie sintió una chispa de calidez en su pecho. Su padre era un buen líder; era una de las cosas que amaba de él. Él sabía cuándo la gente necesitaba ser calmada y fortalecida. Charles, quien tanto quería ser un líder, solo sabía cómo asustar y demandar.

—Will tiene razón —dijo Charles con cuidado—. Contamos con la ayuda de los Hermanos Silenciosos y yo mismo estaré actuando como Cónsul en el lugar de mi madre, ya que ella no puede regresar de Idris.

Charles miró a la multitud y, por un momento, pareció mirar directamente a Alastair Carstairs. Era extraño que él estuviese allí, pensó Lucie, pero Sona no. Aunque Alastair seguramente reportaría el estado de las cosas a su familia.

Alastair le devolvió la mirada a Charles y la apartó. Lucie sintió los hombros de Thomas tensarse junto a ella.

—Estaremos dividiéndonos en tres grupos —dijo Bridgestock—. Un grupo se encargará de investigar; desenterrarán todo en nuestras bibliotecas buscando si cualquier cosa como esta ya sucedió antes; enfermedades demoníacas, demonios que salen a la luz del día, así sucesivamente. El segundo grupo patrullará en las noches, el tercer grupo patrullará en el día. Cada cazador de sombras mayor de dieciocho años y menor de cincuenta y cinco será asignado a un área de Londres para patrullar.

—No veo por qué los demonios se quedarían en los límites de la ciudad —dijo Lilian Highsmith—. Quizá nosotros estemos en cuarentena, pero ellos no.

—No estamos siendo abandonados —dice Will—. York también está bajo cuarentena, a pesar de que no ha habido nuevos casos de enfermedad allá aún, pero los cazadores de sombras del Instituto de Cornwall así como también algunos cazadores de sombras de Idris estarán patrullando a las afueras de Londres, y las patrullas estarán por todas las Islas Británicas. Si los demonios dejan Londres, serán capturados.

—Esos demonios no aparecieron simplemente de la nada —dijo Bridgestock—. Fueron convocados. Necesitamos interrogar a todos los usuarios de la magia en Londres para rastrear al responsable.

—No son varios demonios, ¿cierto? —susurró Lucie—. Si es un Manticor, entonces en realidad es solo un demonio. Tal vez… ¿deberíamos decirles?

—Por el momento no —respondió Thomas—. Lo último que necesitan es a nosotros cayendo del techo para anunciarles que tenemos una teoría de que es un demonio que se divide en partes.

—De hecho; ni siquiera es tanto una teoría sino una hipótesis —dijo Christopher—. No tenemos evidencias aún, o siquiera lo hemos probado. Y no estoy seguro de cómo cambiaría sus planes o comportamiento. Tal vez sea un demonio, pero actúa como muchos demonios y eso es lo que ellos buscan combatir.

En la biblioteca, Will frunció el ceño.

—Maurice, ya pasamos por esto. Una acción así no solo provocaría pánico a todos los seres mágicos y subterráneos en Londres, sino que ni siquiera estamos seguros de si quien invocó a esos demonios sigue en la ciudad. Sería una pérdida de tiempo que necesitamos en otro lugar.

— ¡Pero alguien es culpable por esto y debe pagar! —ladró Bridgestock.

Will empezó a responder, sorpresivamente gentil.

—Y eso pasará, pero debemos encontrar a este demonio primero…

— ¡Mi hija está muriendo! —gritó Bridgestock, sorprendiendo de pronto a todos en la habitación—. ¡Ariadne está muriendo y demando saber quién es el responsable!

—Bueno, mi sobrina ya está muerta. —Era el tío Gabriel, poniéndose de pie. Lucía furioso; sus ojos verdes casi negros. Lucie casi deseó que su tía Cecily estuviera ahí, porque ella seguramente habría estado animándolo—. Y aún así prefiero que, en lugar de perder nuestra energía en una venganza imaginaria, patrullemos las calles de Londres, esperando prevenir que lo que le ocurrió a ella le ocurra a otro inocente…

—Bien dicho, Lightwood —dijo Bridgestock. Sus ojos brillando—, pero yo soy el Inquisidor y usted no. Es mi deber arrancar el mal desde su fuente…

La vista se oscureció y la biblioteca debajo de ellos se desvaneció. Lucie alzó la vista sorprendida para ver que Thomas había dibujado una línea a través de su runa, cerrando su ventana hacia la librería. Sus ojos, como los del tío Gabriel, brillaban con furia.

Christopher puso su mano en el hombro de Thomas.

—Lo siento, Tom. Lo de Oliver y…

—No hay necesidad de disculparse —habló Thomas con voz tensa—. Es mejor que conozcamos la situación. Mientras más pronto tengamos la Pyxis, nos encargaremos de esto por nuestra cuenta, porque si esperamos que el Enclave llegue a un acuerdo, sospecho que más personas morirán.

* * *

James observó mientras Cordelia subía los escalones hacia el escenario de madera en el centro de la habitación. Era consciente de la presencia de

Matthew junto a él y maldiciendo en voz baja. No lo culpaba; él sabía cómo se sentía su *parabatai*. Como si, de alguna forma, ellos hubiesen lanzado a Cordelia a los lobos de la Ruelle Infernal.

Kellington, de pie junto a ella, aplaudió y el público comenzó a calmarse. No lo suficientemente rápido, pensó James; empezó a aplaudir más fuerte, y junto a él, siguiendo su ejemplo, Matthew hizo lo mismo. Anna que estaba acurrucada junto a Hypatia en el sofá, también aplaudió, haciendo que Kellington mirara hacia ella y frunciera el ceño. Hypatia le devolvió la mirada con sus grandes ojos estrellados y se encogió de hombros.

Kellington se aclaró su garganta.

—Honorables invitados —continuó—. Esta noche tenemos algo especial. Una *cazadora de sombras* se ofreció a entretenernos.

Un murmullo recorrió la habitación. James y Matthew siguieron aplaudiendo, y una vampira de cabello oscuro con brillantes peinetas en su cabello se unió al aplauso. Anna se inclinó y susurró en el oído de Hypatia.

—Por favor disfruten la presentación de la encantadora Cordelia Carstairs —dijo Kellington, girándose apresuradamente para bajar las escaleras.

Cordelia puso una mano en su brazo.

—Lo necesitaré para que me acompañe —dijo ella—. En el violín.

Matthew soltó una risita, casi como si fallara en contenerla.

—*Es lista* —dijo, mientras que Kellington, luciendo enojado, se alejó para tomar su instrumento. Mientras se movía entre el público, Cordelia se desató el cabello, luciendo más calmada de lo que James sospechaba que estaba.

James aguantó la respiración mientras éste caía sobre sus hombros, desparramándose sobre su espalda; el rojo profundo de los pétalos de las

rosas. Golpeaba su piel marrón como seda. Su vestido brillante de bronce se aferraba a ella mientras alcanzaba y desvainaba a Cortana, mostrándola al público; cada luz brillante de la Ruelle Infernal se encendió siguiendo el movimiento de la hoja.

—Siempre amé las historias —dijo ella, y su voz clara llenó la habitación—. Uno de mis cuentos favoritos es el de la sirvienta Tawaddud. Después de la muerte de un rico comerciante, su hijo gastó toda la herencia que tenía hasta que se quedó sin nada excepto una sirvienta; una chica conocida por todo el califato por su ingenio y su belleza. Su nombre era Tawaddud. Ella le rogó al hijo que la llevara a la corte de Califa Harun Al-Rashid, y que la vendiera allí por una vasta cantidad de dinero. El hijo insistió en que no podría obtener tal principesca suma por vender a una sirvienta. Tawaddud insistió en que podría convencer al califa de que no había mujer más inteligente, más elocuente o estudiada en toda la tierra, excepto ella. Eventualmente el hijo cedió. La llevó a la corte, fue frente al califa y les dijo esto.

Cordelia asintió hacia Kellington, quien se había parado junto al escenario. Comenzó a tocar un tono atrapante en el violín, y Cordelia comenzó a moverse.

Era un baile, pero no del todo. Se movía fluidamente con Cortana. Era oro y ella seguía el oro con su fuego. Habló, y su voz baja y ronca se mezcló con el baile y la música del violín.

»Oh, mi señor, estoy versada en sintaxis, poesía, jurisprudencia, exégesis y filosofía. Soy experta en música, en el conocimiento de los mandatos divinos, en aritmética, geodesia, geometría y en las fábulas de los antiguos.

Cortana se movía con sus palabras, iluminando a todos en acero. Se volvió mientras su espada giraba, y su cuerpo se curvó y se movió como agua o fuego; como un río bajo una infinidad de estrellas. Era hermoso; *ella* era hermosa, pero no era una hermosura distante. Era una hermosura que vivía, respiraba y buscaba con sus manos el pecho de James para dejarlo sin aire.

»*Estudié las ciencias exactas, geometría y filosofía, medicina y lógica, retórica y composición.*

Cordelia cayó de rodillas. Su espada dio una estocada girando a su alrededor, formando un estrecho círculo de fuego. El violín cantaba y su cuerpo cantaba, y James podía ver la corte del califa y a la valiente chica arrodillada frente a Harun al-Rashid, diciéndole sus palabras.

»*Puedo tocar el laúd, sus gamas, notas, solfeo, el crescendo y diminuendo*».

Junto a él, Matthew contuvo el aliento. James miró rápidamente a su *parabatai*; Matthew… Matthew lucía como lo hacía a veces cuando pensaba que nadie lo observaba. Había una obsesiva soledad en esa mirada; un deseo casi más allá de la compresión por algo que ni él mismo Matthew comprendía.

Su mirada estaba fija en Cordelia, pero bueno, todo el mundo estaba mirándola mientras su cuerpo se inclinaba hacia atrás con su cabello lado a lado; en un arco de fuego. Su piel morena resplandecía; transpiraba brillo en sus clavículas. La sangre de James palpitaba a través de su cuerpo como un río en una presa rota.

»*Si canto y bailo, seduzco.* —Cordelia se enderezó con un chasquido. Sus ojos encontraron la mirada de la audiencia, directos y retadores—. *Y si me visto y perfumo, mato.*

Guardó a Cortana en su funda. Kellington paró de tocar el violín. Él, también, estaba mirando a Cordelia como una oveja perdidamente enamorada. James tuvo una repentina urgencia de golpearlo.

Cordelia se levantó, su pecho subiendo y bajando con rápidas respiraciones.

»Y hombres sabios fueron traídos de toda la tierra para probar a Tawaddud, pero ella era más sabia que todos ellos, así que tan sabia y hermosa fue ella al final, que el califa le garantizó todo lo que ella quisiera… todos los deseos de su corazón.

Cordelia hizo una reverencia.

»Y ese es el final de la historia —dijo, y comenzó a bajar los escalones.

* * *

Cordelia nunca había sido observada por tantas personas en su vida. Escapando del escenario, se deslizó entre el público, aunque era un público muy diferente al que había visto; todos parecían querer sonreírle ahora, inclinar sus cabezas o guiñarle un ojo. Muchos subterráneos le decían: «Fue hermoso» mientras pasaba a su lado.

Murmuró sus agradecimientos y estuvo inmensamente aliviada cuando llegó hasta James y Matthew. James parecía completamente compuesto; Matthew la miraba con sus amplios ojos.

—Carajo —dijo con admiración, tan pronto como ella llegó. Lucía mucho más serio de lo que usualmente parecía—. ¿Qué fue *eso*?

—Fue un cuento de hadas —contestó James brevemente—. Bien hecho, Cordelia. —Señaló el ahora vacío sofá Jacquard—. Anna desapareció con Hypatia, así que yo diría que tu distracción fue un éxito.

Cordelia. No la llamó Daisy. No sabía qué pensar de eso. Puso una mano en su pecho; su corazón estaba palpitando fuerte, por los nervios y por el baile.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo dura la seducción generalmente?

—Depende de si lo haces propiamente —dijo Matthew con un poco de su vieja sonrisa.

—Bueno, espero por el bien de Hypatia que Anna lo haga propiamente, pero por nuestro bien, espero que se apure —dijo James.

Matthew se tensó.

—Los dos —les dijo—. Escuchen.

Cordelia escuchó; al principio solo oía el zumbido y murmullo del gentío. Y luego, debajo de todo eso, el susurro de una palabra familiar, dicha en voz baja y con urgencia.

Un cazador de sombras. Un cazador de sombras está aquí.

— ¿Hablan de nosotros? —Miró a su alrededor, confundida y vio a Kellington mirando a la entrada. Su boca estaba rígida, irritada. Alguien había llegado al salón… alguien con brillante cabello rojo, vistiendo un grueso abrigo de lana.

—Charles. —Los ojos de Matthew eran rendijas verdes—. Por el Ángel, ¿qué hace aquí?

James soltó una grosería en voz baja. Charles se movía a través de la multitud, su abrigo abotonado hasta el cuello, mirando alrededor, incómodo. Lucía desesperadamente fuera de lugar.

—Deberíamos irnos —dijo James—. Pero no podemos dejar a Anna.

—Ustedes corran y escóndanse —dijo Matthew—. Charles enloquecerá si los ve aquí.

— ¿Pero qué hay de ti? —preguntó Cordelia.

—Está acostumbrado a este tipo de cosas viniendo de mí —aseguró Matthew, y todo su rostro pareció haberse tensado. Sus ojos brillaban como trozos de cristal—. Yo lidiaré con Charles.

James miró a Matthew por un largo momento. Cordelia sintió el susurro de palabras no dichas pasando a través de ellos; esa comunicación silenciosa entre *parabatai*. Tal vez algún día ella tendría eso con Lucie, pero por el momento, casi parecía magia.

James le dio un asentimiento a Matthew, se giró y tomó la mano de Cordelia.

—Por aquí —dijo y se adentraron en la multitud. Detrás de ella, Cordelia escuchó a Matthew decir el nombre de Charles en voz alta y con sorpresa exagerada. El gentío cambiaba y se movía mientras los subterráneos se alejaban de Charles; James y Cordelia bordearon a Kellington y entraron en un corredor de paneles rojos, huyendo de la habitación principal.

Había una puerta abierta a mitad del corredor; una placa en la puerta proclamaba ser La Habitación Susurrante. James entró, arrastrando a Cordelia con él. Ella solo tuvo tiempo de ver que estaban en una oscura habitación vacía donde él cerró la puerta tras ellos. Ella se apoyó contra la pared, tomando aire, mientras ambos miraban a su alrededor.

Estaban en algún tipo de salón, o tal vez una oficina. Las paredes estaban forradas de un papel plateado, decoradas con imágenes de doradas escamas y plumas. Había un alto escritorio de nogal, largo como una mesa, con una superficie amontonada con un montón de papel de escritura sostenido bajo un cuenco cobrizo de duraznos. ¿El escritorio de Hypatia, tal vez? Un fuego claramente encantado ardía en la chimenea; las llamas plateadas y azules. El humo que salía del fuego trazaba delicados diseños en el aire en forma de hojas de acanto. Su humo olía dulce, como esencia de rosas.

— ¿Qué crees que esté haciendo Charles aquí? —preguntó Cordelia.

James estaba estudiando los libros en las paredes; algo que muy típico de los Herondale.

— ¿Dónde aprendiste a bailar así? —preguntó él, abruptamente.

Ella se volvió a mirarlo, sorprendida. Ahora él estaba recargado contra el librero, mirándola.

—Tuve un instructor de baile en París —dijo—. Mi madre creía que aprender a bailar me ayudaría a tener gracia en batalla. *Ese* baile —añadió—, estaba prohibido para mujeres que no estuviesen casadas, pero a mi instructor de baile no le importó.

—Bueno, gracias al Ángel estabas allí —dijo él—. Matthew y yo ciertamente no habríamos podido hacer ese baile.

Cordelia sonrió débilmente. En el escenario, bailando, había imaginado que James la observaba; que la encontraba hermosa, y el poder que fluyó a través de ella con ese pensamiento se sintió como electricidad. Ahora ella apartó la mirada de él, pasando su mano por la superficie del escritorio, cerca de la pila de papeles sujetados por el cuenco cobrizo.

—Ten cuidado —dijo James con un rápido gesto de advertencia—. Sospecho que es una fruta de hadas. No tiene efecto en los brujos; no un efecto mágico, al menos, pero en los humanos…

Ella se apartó.

—Seguramente no hace daño si no la comes.

—Oh, no lo hace, pero conocí a aquellos que la probaron. Decían que mientras más obtenías, más querías, y más la anhelabas cuando no podías tenerla. Y aun así… siempre pensé; ¿no es el *no* conocer cómo sabe simplemente otra forma de tortura? ¿La tortura de la duda?

Sus palabras eran ligeras, pero había algo extraño en la forma en que él la miraba, pensó Cordelia; una clase de profundidad en su mirada que lucía poco familiar. Sus labios estaban ligeramente separados; sus ojos más profundamente dorados de lo usual.

La belleza podía rasgar tu corazón como dientes, pensó, pero ella no amaba a James porque era hermoso; él era hermoso para ella porque lo

amaba. El pensamiento subió la sangre caliente a sus mejillas. Apartó la mirada, justo mientras la puerta se sacudía.

Alguien estaba intentando entrar. James se volvió, sus ojos salvajes. La mano de Cordelia voló a la empuñadura de Cortana.

—No se supone que estemos aquí… —empezó a decir.

No dijo más. Un momento después James la había atraído hacia él. Sus brazos la rodearon, acercándola contra su cuerpo. Su boca era gentil, incluso cuando la estrujaba contra él. Se dio cuenta de lo que él estaba haciendo un segundo después de que la puerta se abriera y escuchara las voces en el umbral. Ella soltó un pequeño jadeo y sintió el pulso de James retumbar; su mano derecha se había deslizado a su cabello; la palma de su mano marcada con la runa acarició su mejilla mientras la besaba.

James estaba besándola.

Sabía que no era real. Sabía que él estaba haciendo parecer que eran dos subterráneos teniendo un momento en la Habitación Susurrante, pero no le importaba. Nada importaba excepto la forma en que él estaba besándola; la besaba gloriosamente.

Ella cruzó sus brazos alrededor de su cuello, arqueando su cuerpo contra el de él. Sintió la respiración de él sonar contra su boca. La besaba cuidadosamente, incluso cuando el movimiento de sus manos y cuerpo sugerían pasión.

Pero ella no quería ser cuidadosa. Lo quería destrozante y fuerte, quería que la pasión fuese real; que el beso fuese desesperado, todo lo que siempre soñó.

Abrió su labios contra la de James. Él era tan suave y sabía como azúcar y especias. Escuchó una risa nerviosa en la puerta de la habitación y sintió la mano de James apretar su cintura. Su otra mano dejó su mejilla y ahuecó

la parte trasera de su cuello mientras repentinamente profundizaba el beso, como si no pudiese evitarlo. Se inclinó sobre ella, dentro de ella; su lengua trazando la forma de su boca, haciéndola temblar.

—Oh —susurró suavemente contra él y escuchó la puerta cerrarse. Quien quiera que fuese, se había ido. Ella mantuvo sus brazos alrededor del cuello de James. Si quería que esto acabara, él tendría que terminarlo.

Rompió el beso, pero no la soltó. Seguía sosteniéndola contra sí, su cuerpo era un fuerte soporte para el de ella. Trazó el costado de su cuello con sus dedos; había una débil cicatriz justo sobre su clavícula con la forma de una estrella…

Su respiración salió ronca.

—*Daisy…* mi *Daisy…*

—Creo que vienen más personas —susurró ella.

No era cierto y ambos lo sabían. No importó. Él la apretó contra sí con tal fuerza que ella casi se tropezó; su tacón chocando contra la alfombra. Se salió su zapato, y ella lanzó segundo, levantándose en puntillas para alcanzar la boca de James: sus labios era firmes y suaves, ahora mientras él los probaba acariciando la esquina de los labios de ella, sobre sus mejillas, bajo su mentón; ella nadaba en la ociosidad mientras lo sentía tirar de la correa de Cortana con una mano mientras que su otra mano trazaba el corpiño de su vestido. Nunca había sabido que su cuerpo podía sentirse así; tenso y tirante con deseo, mientras que al mismo tiempo parecía flotar.

Él besó su garganta mientras su cabeza se echaba hacia atrás. Lo sintió inclinarse para dejar a Cortana contra la pared. Cuando se enderezó, sus brazos se apretaron a su alrededor; los movió a ambos lejos del librero, casi cargándola; su boca apremiante contra la suya. Trastabillaron a través del cuarto, sus manos y labios frenéticos mientras chocaban contra el

masivo escritorio. Cordelia se arqueó hacia atrás, sus manos agarrando las esquinas del escritorio y su cuerpo curvándose contra el de James de una forma que lo hizo inhalar bruscamente.

Sus manos trazaron las curvas de ella, deslizándose de sus caderas a su cintura, alzándolas para ahuecar sus senos. Ella jadeó, respirando la nueva sensación, queriendo las manos de él sobre ella. Sus dedos se curvaron para engancharse al cuello de su vestido. Él estaba tocando su piel; su piel desnuda. Ella tembló de placer y él la miró, sus ojos salvajes, ardientes y dorados. Él se quitó su saco negro, arrojándolo a un lado. Cuando volvió, ella pudo sentir el calor de su cuerpo a través de la fina seda de su vestido.

Ni en su baile, ni siquiera en la sala de entrenamiento, había sentido su cuerpo tan absolutamente correcto como ahora. Él la levantó sobre el escritorio de nogal, así que ella se sentó sobre él con un rápido movimiento. Envolvió las piernas alrededor de su cintura. Él tomó su rostro entre sus manos; su cabello era una cortina de fuego brillando alrededor de ellos mientras se besaban y se besaban.

Al final ella lo atrajo hacia sí. Apoyó la espalda en la madera del escritorio mientras él se inclinaba sobre ella con un brazo asegurado sobre su cabeza; la sensación de todo su cuerpo sobre el suyo quemaba su sangre. Ella comprendía ahora por qué los poetas decían que el amor era como si te estuvieras quemando. El calor estaba sobre ella y dentro de ella, y todo lo que quería era más, más besos, más toques; ser devorada por esto como un bosque por un incendio.

Y su rostro… ella nunca lo había visto así; ojos ardiendo y perdidos en el deseo, sus enormes pupilas negras. Él gimió mientras ella lo tocaba, recorriendo sus manos sobre su duro pecho mientras sus rígidos brazos lo mantenían firme sobre ella. Ella enredó sus dedos en los negros rizos de su cabello mientras él se inclinaba para besar la hinchazón de cada pecho; su cálido aliento contra su piel.

La puerta de la habitación volvió a abrirse. James se congeló y un momento después se levantó y bajó del escritorio, recogiendo su saco. Se lo tendió a Cordelia mientras ella se levantaba de prisa.

Matthew estaba de pie en el umbral, mirándolos a ambos. Cordelia apretó su saco a su alrededor, a pesar de que aún estaba completamente vestida. Aún así, se sentía como algo con lo que protegerse de la mirada de Matthew.

—James —dijo él, y sonaba como si no pudiese creer lo que veían sus ojos. Su expresión era tensa y penetrante mientras sus ojos iban de James a los zapatos de Cordelia, desparramados en el suelo.

—No pretendíamos estar aquí —dijo Cordelia apresuradamente—. James pensó que si fingíamos… me refiero a que, si alguien venía y pensaba…

—Entiendo —contestó Matthew sin mirarla a ella sino a James. Y James, pensó Cordelia, lucía compuesto… demasiado compuesto, como si nada hubiese ocurrido. solo su cabello estaba despeinado un poco y su corbata torcida, pero su mirada era imperturbable; calmada, un poco curiosa.

— ¿Charles sigue aquí? —preguntó él.

Matthew se recostó en el marco de la puerta, fatigado. Sus manos se movieron ligeramente mientras hablaba, dibujado pálidos arcos en el aire.

—Se fue. Me dio un sermón primero, te lo aseguro, por pasar mi tiempo en tal pantano de libertinaje y ruina. Dijo que al menos debí traerte a ti o a Anna para cuidarme. —Sonrió.

—Mala suerte, querido amigo —dijo James, volviéndose hacia Cordelia y ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar del escritorio. El calor se había ido de sus ojos; estaban tranquilos e ilegibles. Ella le tendió su traje y él se lo puso—. ¿Por qué estaba aquí?

—El Enclave está investigando qué saben los subterráneos sobre la situación —contestó Matthew—. Días antes ya se nos había ocurrido esa idea, claro.

—Deberíamos irnos —dijo James—. Quizá Charles se fue, pero nada impedirá que otros miembros de la Clave hagan una visita no deseada.

—Tenemos que advertirle a Anna —dijo Cordelia, aclarando su garganta. Pensó que sonaba increíblemente estable, considerando la situación.

La sonrisa de Matthew se quebró.

—A Hypatia no le gustará eso.

—Aún así —dijo obstinadamente, colocándose un zapato y luego el otro—. Tenemos que hacerlo.

Tomó de nuevo a Cortana de donde James la había dejado contra la pared y siguió a los chicos hacia el corredor. Se mordió el labio mientras se apresuraban por el pasillo empapelado de damasco en silencio. La esencia del humo en la Habitación Susurrante se encontraba en su cabello y ropa, demasiado dulce.

—Por aquí —dijo Matthew, mientras una puerta ornamentada se elevaba sobre ellos, con una perilla en forma de ninfa. Al parecer Hypatia había alterado la entrada a su habitación, así como también había alterado las paredes en el centro de la habitación—. La habitación de Hypatia Vex. Cordelia, ¿supongo que querrás tocar?

Cordelia se contuvo de mirar a Matthew. Estaba de pie cerca de ella; casi hombro con hombro, y podía oler el alcohol en él: algo rico y lóbrego, como brandy o ron. Pensó en la lenta deliberación de sus gestos, la forma en la que parpadeó en su dirección y hacia James. Se dio cuenta que antes de ir a buscarlos en la Habitación Susurrante, se había emborrachado. Se había emborrachado probablemente más de lo que pretendía mostrar.

Antes de que pudiese moverse, la perilla de ninfa giró y Anna abrió la puerta con una ráfaga de luz bronce y una fuerte esencia; fragancia de flores blancas: jazmín y nardos. El cabello de Anna estaba desordenado y el collar de su camisa abierto para revelar un collar de rubí brillando rojo como la sangre en su garganta. Sostenía una caja de madera, tallada con el *uróboros* y oscura por los años de la pátina, en su mano derecha.

—*Shhh* —susurró, mirándolos—. Hypatia está dormida, pero no se quedará así por mucho. ¡Llévenselo!

Y le pasó la Pyxis a James.

—Entonces nos iremos —dice Matthew—, ven con nosotros.

— ¿Y hacer que Hypatia sospeche? No seas ridículo. —Anna rodó sus ojos azules—. Váyanse, conspiradores. Hice mi parte, y el resto de mi noche no les concierne.

— ¿Anna? —La voz de Hypatia sonó de algún lugar de la habitación iluminada de bronce—. Anna, querida, ¿dónde estás?

—Tomen mi carruaje —susurró Anna. Luego sonrió—. Y bien hecho, Cordelia. Estarán hablando de ese baile por años.

Le guiñó un ojo y les cerró la puerta en la cara.

* * *

El sueño evadió a Cordelia aquella noche. Mucho después de que los chicos la dejaron en su casa en Kensington, mucho después de haber subido las escaleras hasta su habitación, mucho después de que su nuevo vestido fuese arrojado en una pila de seda de bronce en el suelo, permaneció

despierta, mirando hacia el blanco techo de yeso de su habitación. Podía sentir los labios de James sobre los de ella; el toque de sus manos y dedos en su cuerpo.

Él la había besado con violenta desesperación, como si estuviese muriendo por ella. Había dicho su nombre: «Daisy, mi Daisy», ¿no era así? Y, sin embargo, cuando llegaron a Kensington, él la ayudó a bajar del carruaje y le dio las buenas noches de forma casual, como si fuesen los simples amigos que siempre habían sido. Ella intentó aferrarse al recuerdo en su mente de cómo se sentía besarlo, pero se deslizó y desvaneció con solo la memoria de la dulzura, como el humo en la Habitación Susurrante.

Capítulo Traducido por Angie_Hopes
Corregido por Halec y Samn

16
Legión

Y el mar entregó los muertos que había en él;
y la muerte y las tumbas entregaron a los muertos que había en ellas.
—Apocalipsis 20:13

Cuando Cordelia llegó al Instituto casi a punto de anochecer, encontró a Lucie y a los Ladrones Alegres, claramente tomando ventaja del hecho de que Will y Tessa se habían ido de patrulla. Sábanas blancas habían sido puestas sobre los muebles y el piano, y la única luz provenía de las arqueadas ventanas, cuyas pesadas cortinas de terciopelo habían sido retiradas. Incluso en el corto tiempo que había pasado desde el baile, el piso había sido ligeramente cubierto por polvo.

Lucie, Christopher, James, Matthew y Thomas estaban parados en un círculo alrededor de un objeto situado en el medio de la habitación. Mientras Cordelia se acercaba a ellos, la reconoció como la Pyxis que Anna le había dado a James la noche anterior.

En la lluviosa luz del día, Cordelia podía verla más claramente. Estaba hecha de una madera dorada oscura, con el patrón del *ouroboros*, la serpiente engullendo su propia cola, quemada en cuatro de sus lados. Un asa sobresalía de la parte superior.

— ¡Cordelia! —exclamó Lucie—. Justamente estábamos intercambiando información. Aprendimos un montón sobre cosas importantes de la reunión del Enclave anoche y suena como si hubieras hecho una que otra cosa en la Ruelle Infernal. Nada tan imperioso, sin duda, pero no todos podemos ser espías.

—Escuché de la reunión por mi hermano esta mañana —dijo Cordelia, uniéndose a los otros en su improvisado círculo. Como Cordelia, Lucie y los chicos estaban usando su equipo de combate. James vestía una chaqueta norfolk sobre su equipo, con el cuello color tormenta desdoblado. Mechones de cabello negro caían sobre su frente y rozaban la parte superior de sus pómulos. Ella apartó la mirada rápidamente, antes de que sus miradas se encontraran—. De la cuarentena y… y el resto.

Alastair todavía estaba enojado con ella, pero para ser justos con él, había sido lo suficientemente amable al compartir las malas noticias sobre Oliver Hayward. Sin embargo, ella no sabía qué pensar ahora. Ella no conocía a Oliver, solo era una presencia a lado de Barbara, pero los demás si lo conocían. No podía imaginarse lo que los otros sentían, especialmente Thomas, que se veía todavía más tenso y afectado que antes.

—Es ahora aún más urgente encontrar y atrapar al demonio responsable por el contagio, antes de que ataque a alguien más —dijo finalmente.

Christopher agitó el enorme libro que estaba sosteniendo con entusiasmo, sus gafas se balancearon en la punta de su nariz. Las palabras «Del Uso de Pyxis y Otras Filacterias» estaban estampadas a través de la portada en dorado.

—Parece que este tipo de Pyxis es bastante simple. Cuando deseas atrapar un demonio, primero lo hieres o debilitas. Luego ubicas la Pyxis en el piso cerca de él y dices las palabras «Thaam Tholach Thechembaor», y el demonio estará atrapado en la caja.

La Pyxis se tambaleó bruscamente, casi cayendo de lado. Todos retrocedieron de un salto.

—Está *vivo* —dijo Thomas, mirándola fijamente—. No la Pyxis, me refiero a… bueno, saben a lo que me refiero.

—Sí —dijo James—. Veo una falla en nuestro plan.

Matthew asintió.

—Yo también la veo. ¿Qué pasa si la Pyxis tiene un ocupante? No hay una razón real para asumir que la caja de Hypatia está vacía. Podría haber tenido un demonio dentro todos estos años.

Todos se miraron los unos a otros.

— ¿Qué podría pasar si intentamos poner otro demonio dentro? —Cordelia preguntó finalmente—. ¿Podrían caber los dos?

—No es una buena idea —dijo Christopher, consultando el libro—. Ya que no sabemos qué tipo de demonio hay dentro, no sabemos si habrá espacio suficiente. Las Pyxis son más grande por dentro de lo que parecen, pero siguen siendo finitas.

—Bueno, entonces tenemos que vaciar esta Pyxis —dijo Lucie de manera práctica—. Cualquier cosa podría estar dentro. Podría ser un Demonio Mayor.

— ¡Oye! —exclamó Christopher con tristeza.

—Estoy seguro que no lo es —dijo James—. Aún así, movámonos al Santuario. No importa qué pase, podemos contenerlo al menos hasta que llegue la ayuda.

— ¿Por qué no? —dijo Matthew—. Seguramente no hay manera de que este plan salga mal.

James elevó una ceja.

— ¿Tienes otra idea?

—Creo que debemos hacerlo —dijo Thomas—. Es ridículo llegar tan lejos y retroceder.

Lucie contuvo el aliento.

—Bien, mejor esperemos que esto funcione. Especialmente tú, James, porque si mamá y papá se enteran que liberaste un demonio en el Santuario, lo alimentarán contigo.

James le lanzó a Lucie una oscura mirada de hermano mayor que casi hizo que Cordelia se riera. Siempre había estado un poco celosa de la cercanía que Lucie y James compartían, era algo que siempre había querido tener con Alastair pero que nunca tuvo. Era lindo que en algunos momentos ellos fueran perfectamente normales.

Se trasladaron al Santuario, James llevando la Pyxis cuidadosamente, como si fuera un artificio infernal que podría explotar en cualquier momento. Cordelia se encontró caminando a lado de James y Lucie. Se preguntó si James y ella alguna vez hablarían sobre lo que pasó la noche anterior en la Habitación Susurrante o si ella se volvería loca cuestionándose sobre ello.

—No te preocupes —le dijo Lucie a su hermano—. No será como fue con papá.

— ¿De qué hablas? —preguntó Cordelia.

—Cuando era niño, mi padre abrió una Pyxis que trajo trágicas consecuencias. Mi tía Ella fue asesinada —dijo James.

Cordelia quedó horrorizada.

—Quizá no deberíamos…

—Esto será diferente —aseguró Lucie y Cordelia no estaba segura si Lucie se estaba tranquilizando a ella misma o a James—. Nosotros sabemos en qué nos estamos metiendo. Papá no lo sabía.

Habían llegado al Santuario, la única habitación del Instituto donde los subterráneos podían entrar libremente sin ser invitados por un cazador de sombras. Estaba todo protegido con hechizos que prevenían la entrada a la parte central del Instituto. Reuniones con distinguidos subterráneos usualmente se realizaban ahí, y los subterráneos incluso podían pedir refugio en el Santuario bajo los Acuerdos.

Era claramente cierto que el Instituto de Londres había sido una catedral alguna vez, y una grande. Enormes pilares se elevaban hasta un abovedado techo. Thomas había traído una caja de vestas y se estaba moviendo alrededor de la habitación, encendiendo una docena de enormes candelabros de pared rellenos con velas gruesas que emitían una brillante luz. Los tapices y pilares estaban todos trazados con diseños de runas, así como el azulejo del piso. Cordelia tenía que admitir que si uno iba a liberar a un demonio, este se veía como el mejor lugar para hacerlo.

En medio de la habitación había una fuente de agua seca, en el centro del cual se cernía una estatua de un ángel con sus alas plegadas, su rostro de piedra surcado con líneas negras como lágrimas.

James puso la caja en el piso, directamente sobre la runa de poder angelical. Se arrodilló, estudiando la Pyxis. Después de un momento, sacó un cuchillo serafín si activar del interior de su chaqueta.

—Prepárense, todos —dijo él.

Cordelia desenvainó a Cortana; los otros sacaron cuchillos serafines como James había hecho, menos Thomas, que sacó sus boleadoras. James alargó el brazo y tomó el asa de la Pyxis.

El agarre de Cordelia se apretó en la empuñadura de su espada.

James retorció el asa hacia los lados, como si girara un sacacorchos. Hubo un fuerte clic mientras la Pyxis se abría. Por todo el Santuario, las velas blancas temblaron y se consumieron. James retrocedió de un salto, levantando su cuchillo.

Hubo un sonido como el de un silbato de un tren en la noche, y una oleada de humo salió desde la Pyxis abierta, trayendo consigo un fétido y quemado olor. Cordelia tosió, levantando a Cortana.

— ¡*Barachiel!* —Cordelia escuchó a James gritar y la luz de su cuchillo serafín destruyó el humo, seguida por los cuchillos de los demás: Matthew, Christopher, y Lucie.

Algo estaba alzándose en medio del humo, algo como una enorme oruga, verdosa, con un segmentado, ondulante cuerpo y una cabeza lisa cortada a lo largo por una boca sin labios. Luego, para la sorpresa de Cordelia, habló.

—*Al fin soy libre* —siseó—. *Yo, Agaliarept, soy libre para recobrar el dominio de mi maestro, robado de él por un demonio de gran astucia. Debo recuperar su mundo perdido y llenar este con sangre y muerte.* —Su cabeza ciega se volvió hacia los cazadores de sombras—. *Aquellos que me liberaron, ¿cuáles son sus órdenes? ¡Hablen! Estoy obligado a hacer cualquier cosa que pidan.*

— ¿Cualquier cosa? —dijo Matthew curiosamente.

Hubo un destello de luz mientras el cuchillo serafín de James hacía un arco a través del humo y se hundía en el centro del demonio. Icor negro se roció cuando el demonio chilló en una fuerte y chirriante voz. Las velas parpadearon y se apagaron mientras James soltaba su cuchillo; estaba salpicado con fluido negro, su mandíbula apretada y sus ojos brillando.

El demonio aulló y se desvaneció, dejando solo humo y hedor detrás del él. Lucie se tambaleó hacia atrás, tosiendo, su rostro fruncido con disgusto.

— ¡Pero iba a hacer lo que quisiéramos! —protestó Matthew.

—Se veía indigno de confianza —dijo James, limpiando el icor de su rostro con su manga. Su cuchillo serafín se había oscurecido.

—Creo que se veía agradable, para ser un demonio —dijo Christopher—. Ya saben.

— ¿Qué está pasando aquí? —dijo una fuerte voz.

Todos se dieron la vuelta, Cordelia levantó a Cortana instintivamente. Desplegó el humo de su cara y miró.

Alguien había entrado por la puerta que daba a la calle. Un hombre alto, muy alto, con un demasiado cabello negro. Su piel era café, un tono más oscuro que el de Cordelia, sus ojos verde oro con pupilas verticales como de gato. Estaba vestido como si fuera a una boda de verano, en un traje de chaqueta gris y pantalones, con guantes gamuzados grises y botas. El atuendo estaba rematado por un magnifico chaleco de brocado gris y magenta, un bastón y polainas magenta.

— ¿Magnus *Bane*? —dijo Matthew, algo anonadado y horrorizado.

Magnus Bane caminó dentro del Santuario, sacudiendo su cabeza mientras estudiaba la escena frente a él.

—Quiero saber que están haciendo, pero debo confesar que estoy asustado de descubrirlo —dijo él—. ¿Una clase de invocación de demoníaca?

—Es un algo complicado —dijo James—. Hola, Magnus. Es bueno verte.

—La última vez que *te vi*, estabas desparramado en la Serpentine —dijo Magnus alegremente—. Ahora estás jugando con una Pyxis. Veo que has decidido seguir la tradición de la larga línea Herondale de tomar malas decisiones.

— ¡Y yo también! —dijo Lucie, determinada a no ser excluida.

—Vine desde Yakarta para tener una reunión con Tessa y Will sobre todo este asunto de la plaga de demonios diurnos —dijo Magnus—. Pero

cuando toqué la puerta principal, nadie respondió. Así que fui forzado a entrar por el Santuario.

—Es raro que te pidieran venir aquí ahora —dijo Thomas—. Todas las personas mayores de dieciocho están afuera buscando a los demonios responsables de los ataques.

Magnus frunció el ceño. Levantó su mano y miró el costoso reloj de su muñeca y gruñó.

—Parece que olvide cambiar la hora de mi reloj y he llegado seis horas antes. Carajo.

Matthew pareció encantado.

—Podríamos tomar el té. Soy un verdadero entusiasta de su trabajo, señor Bane. También de su estilo único. Tan solo de mencionar sus chalecos…

—Matthew, cállate —dijo Thomas—. El señor Bane no quiere hablar sobre chalecos.

—No es cierto —dijo Magnus—. Siempre quiero hablar de chalecos. Pero debo admitir que estoy más curioso por la Pyxis. —Se acercó y empujó la caja con su bastón malacca—. ¿Estoy en lo correcto al deducir que abrieron la caja a propósito y dejaron a un demonio palpis escapar?

—Sí —dijo James.

—… ¿Por qué? —preguntó Magnus.

—Necesitamos usar la Pyxis —irrumpió Matthew—. Para atrapar un demonio. Así que tiene que estar vacía. Solo estábamos… purgándola.

James suspiró.

—Matthew, serias un espía terrible. Puede que no cedas bajo tortura, pero le dirías cualquier cosa que quisiera saber a alguien a cambio de un bonito par de pantalones.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Cordelia. Se volvió hacia Magnus—. Quiere que el asunto con los demonios termine, ¿no? ¿No quiere que más cazadores de sombras mueran?

Magnus se veía sorprendido de que se dirijan a él tan ferozmente.

—Normalmente no estoy del lado de demonios asesinos, no.

—Entonces podrías ayudarnos —dijo James, y rápidamente le explicó en términos generales su plan, o al menos tanto como podía contarle sin romper la promesa a Ragnor. Su idea de que estaban siguiendo un tipo de demonio que solo podía ser atrapado por una Pyxis. La visión de James del reino de sombras y la razón por la cual pensaban que el demonio podría estar en el Puente de la Torre. Mientras hablaba, Magnus se veía más y más curioso. Para el final de la historia, Magnus se había sentado en el borde de la fuente, sus largas piernas cruzadas frente a él.

—Esta es una gran colección de suposiciones —dijo, cuando James terminó—. Pero debo preguntar, especialmente a ustedes, Lucie y James, ¿por qué no buscaron la ayuda de sus padres? ¿Por qué el secretismo?

—Porque hicimos una promesa —dijo Matthew—. A la persona que nos dio la llave para descubrir un montón de esta información. Y no podemos romperla.

Magnus les dio una sonrisa ladeada.

—Ragnor me contó que les confió cierta información, y parece que no han traicionado su confianza. No muchos cazadores de sombras honrarían un voto hecho a un subterráneo. Como soy el mejor amigo de Ragnor, o al menos la única persona que lo tolera por largos periodos, guardaré su secreto. —Miró de Lucie a James—. En días pasados, cuando conocía mejor a sus padres, probablemente ellos habrían encabezado este

plan. —Se levantó—. Pero ahora ya no son niños. Son padres y por lo tanto son devotos a algo que aman más que a sus propias vidas. Así que tienen razón, quizá no debería decirles.

Incluso Matthew no tenía una respuesta para esto.

—Bien, buena suerte —dijo Magnus, tomando su bastón—. Supongo que debería ir a los Hatchards por unas horas. No hay mejor distracción en este mundo que perderse en los libros por un rato.

Cordelia dio un paso al frente, sus manos levantadas como si tratara de evitar que se fuera.

—Señor Bane —le dijo—. Sé que es mucho pedir, especialmente cuando prometió guardar nuestros secretos. Pero, ¿nos ayudaría?

Magnus tamborileó la cabeza de su bastón con sus dedos enguantados.

—Eres una Carstairs, ¿cierto? ¿Cordelia Carstairs?

—Sí, soy la prima de Jem —dijo Cordelia—. Mire, sabemos que este es un plan arriesgado, pero podría salvar muchas vidas. No necesita ayudarnos directamente, o envolverse en la pelea. Entiendo que siente lealtad hacia nuestros padres. Pero podría ayudarnos mucho si lanzara un hechizo para mantener a los mundanos fuera del Puente de la Torre mientras nosotros nos aventuramos en él. Será más seguro para ellos, también.

Magnus dudó. El Santuario estaba completamente en silencio. Cordelia imaginó que podía escuchar el sonido de su sangre latiendo en sus oídos mientras Magnus consideraba su petición.

Al final el brujo se encogió de hombros en su traje de seda.

—Muy bien —dijo—. A pesar de que ese bastardo verde de Ragnor huyó a Capri, no creo que él quisiera que se pusieran en peligro por la promesa que le hicieron. Mantendré un ojo en ustedes, pero recuerden, si veo algo que pienso que Will y Tessa necesitan saber, se los contaré lo más pronto posible.

* * *

Luego de tomar lo que necesitaban de la armería —James se armó con más de una docena de cuchillos arrojadizos especialmente diseñados por Christopher—, el grupo se abrió paso hacia Ludgate Hill y la calle Cannon mientras el sol se ponía en la ciudad. James se encontró a sí mismo mirando sutilmente a Cordelia cuando estaba seguro que nadie lo vería; ella estaba en una profunda conversación con Lucie, sus cabezas inclinadas unidas mientras caminaban. La oscura llama del cabello de Cordelia había sido puesta hacía atrás en un moño liso, dejando la piel ligeramente marrón de su nuca expuesta.

James intentó no pensar en el hecho de que él sabía cómo era pasar sus dedos alrededor de la parte trasera de su cuello mientras la besaba en la boca. Estaba seguro que si pensaba en esto, se volvería loco y no sería útil para nadie.

Esos momentos en la Habitación Susurrante con Cordelia habían sido como nada en su vida. Ninguna otra experiencia se comparaba, y la verdad, ni siquiera un momento con Grace. ¿Pero qué decía eso de él? ¿No había amado a Grace y no era el amor lo mismo que el deseo? ¿No nacía uno del otro? Y él no podía amar a Cordelia. No era posible para él haber estado enamorado de Grace unos días antes y haber cambiado sus sentimientos tan rápido.

Deseaba hablar con Cordelia, desesperadamente, ¿pero qué demonios le diría? No podía decirle que la amaba, pero tampoco podía expresar arrepentimiento por lo que había pasado la noche anterior. Si tuviera que elegir entre una larga vida de paz y felicidad y otros cinco minutos como los que tuvo con Cordelia en la Habitación Susurrante, no se atrevió a pensar en la respuesta.

— ¿Estás bien? —Para sorpresa de James, Magnus se había unido a él mientras pasaban por la iglesia de St. Margaret Pattens—. Tengo que admitir —añadió Magnus—, que he estado esperando hablar contigo esta noche, así que quizás este desarrollo de eventos es fortuito.

— ¿Por qué estarías esperando hablar conmigo? —James deslizó sus manos dentro de los bolsillos de la chaqueta de su equipo de combate. Se abotonaba muy cerca al cuerpo, dejándolo moverse fácilmente mientras peleaba—. Si estás preocupado de si continué mi carrera como pistolero de candelabros, estarás aliviado de saber que, de acuerdo con la Clave, ahora he progresado a vandalizar invernaderos.

Magnus solo levantó una ceja.

—Henry —lo mencionó—. Antes de irse a Idris, me envió un frasco con tierra para analizar. Dijo que no había podido obtener nada de la prueba. También dijo que tú se lo habías dado.

James casi se había olvidado que Magnus y Henry eran buenos amigos y que se habían vuelto famosos por haber inventado la magia que hacía funcionar a los Portales.

— ¿Y? —respondió, cautelosamente.

—Es materia extraña —dijo Magnus—. De hecho, no es de este mundo.

Habían llegado a el final de la calle del Puente de la Torre y estaban cerca de la Torre de Londres. Banderas ondeaban desde las torrecillas de la Torre Blanca, iluminado tenuemente contra los últimos destellos irregulares del atardecer. Magnus ágilmente evadió un grupo de turistas con cámaras de caja y dirigió a James costa abajo en la colina de la Torre, una mano en su hombro.

James bajó su voz, a pesar de que los demás estaban lejos. Matthew, que estaba llevando la Pyxis, había parado para mostrarlo algo sobre la Torre a Cordelia.

— ¿Qué quieres decir?

—Sabes que hay otros reinos —dijo Magnus—. Otros mundos a parte de este.

Entonces, piensa en el universo como un panal, cada una de sus cámaras un reino distinto. Así que algunas cámaras se encuentran una junto a la otra.

—Los demonios vienen de ahí, sí. Ellos viajan por las dimensiones para alcanzar nuestro mundo y otros.

Magnus asintió.

—Hay algunos mundos gobernados por demonios, usualmente por Demonios Mayores. Esos mundos pueden ser empapados con la esencia de esas criaturas. La tierra que le diste a Henry viene de uno de esos lugares. Una dimensión bajo el poder del demonio Belfegor.

— ¿Belfegor? —El nombre fue inmediatamente familiar—. Él es uno de los Príncipes del Infierno, ¿cierto?

—Sé lo que estás pensando —dijo Magnus, golpeando ligeramente su bastón contra los guijarros—. Jem también me habló sobre ti. Parece que todos los caminos dirigen hacia James Herondale estos días.

James frotó sus frías manos. El viento del río era lastimaba su piel.

— ¿Jem te contactó?

—Sobre tu abuelo —dijo Magnus—. Él me contó que era un Príncipe del Infierno. —Magnus miró el cielo oscuro—. Ahora te estás preguntando si quizás es Belfegor porque el reino que visitaste le pertenece.

— ¿Acaso no tendría sentido? —dijo James.

—Puede ser. O podría no significar nada de nada. Puedo decirte que no hay registro de que alguien haya visto a Belfegor en más de un siglo. —

Magnus vaciló—. Jem me dijo que estabas desesperado por saber quién es tu abuelo. Mi propio padre es un Príncipe de Infierno. Ellos son ángeles oscuros, James. Inteligentes y astutos y manipuladores. Portan el conocimiento de miles de años. Como ángeles, han visto el rostro del divino, pero le dieron la espalda. Han escogido la oscuridad, y esa elección ha perjudicado la eternidad. No pueden ser asesinados, solo heridos y ningún bien conlleva conocer a un Príncipe del Infierno. No pueden causarte más que dolor.

—Pero no sería mejor para mí si conociera…

—Yo convoqué a mi padre una vez. Fue el peor error que cometí en mi vida. James, esto no te define… la sangre en ti no te define. No he encontrado rastro, ningún indicio de quién es tu abuelo, y le aconsejé a Jem que parara de buscar. Eso no importa. Tú eres quien eres, hecho de la suma de tus decisiones y acciones. No una porción de sangre de demonio.

— ¿Así que *no* piensas que es Belfegor? —dijo James—. ¿Qué hay de Sammael?

Magnus resopló.

—Buen señor, eres testarudo. Me acuerdo haber invocado un demonio para tu padre una vez. Era igualmente de terco. —Apuntó algo con su bastón—. Mira. Llegamos.

Estaban en frente del puente; aunque ahora estaba bastante oscuro y las lámparas de gas estaban encendidas, todavía había una buena cantidad de tráfico, incluso el ocasional coche ronroneando por la entrada del Puente de la Torre.

Los otros habían empezado a reunirse a su alrededor. De mala gana, James dejó el tema de su abuelo.

—Entonces, ¿piensas que puedes hacerlo? —le preguntó a Magnus—. ¿Crear una distracción? ¿O deberíamos volver más tarde, cuando haya menos mundanos?

Los ojos de Magnus brillaron.

—No es necesario —dijo. Se acercó a la barandilla que estaba al borde del río, donde una alta pared caía a una playa rocosa que se extendía a los lados y debajo del puente. Con un movimiento, se quitó los guantes y los puso en el bolsillo de su chaleco. Luego levantó sus manos. Fuego azul chispeó en las puntas de sus dedos.

Una luz se arqueó sobre el Támesis. Brillante como miles de balizas de nafta, formó un camino brillante que iba de orilla a orilla del Támesis. James escuchó a Cordelia jadear sorprendida mientras la luz se elevaba y curveaba, formando la figura fantasma de un brillante Puente de la Torre hecho de luz. Era perfecto hasta el último detalle, desde las torres hasta la telaraña de cables y las cadenas brillantes.

Magnus bajó sus manos. Estaba respirando pesadamente.

—Es espectacular —dijo Thomas, y había una mirada de genuino asombro en su rostro que James estaba complacido de ver—. Pero…

—No se verá para los mundanos como se ve para ustedes —dijo Magnus—. Ellos no verán el puente real. Verán este. Miren.

Con un ademán indicó un carruaje que se acercaba. El pequeño grupo de cazadores de sombras jadeó mientras éste volaba hacia la brillante ilusión del Puente de la Torre y sobre la cubierta del puente. Las ruedas del carruaje traqueteando sobre la brillante pista.

—Ah, bien, tenía miedo que el puente colapsara —dijo Lucie, mientras más carruajes seguían al primero.

Magnus parecía haber arrojado un glamour sobre la entrada del puente real, como todo el tráfico; peatonal e incluso minibuses, parecían haberse desviado inconscientemente hacia la estructura secundaria y brillante de Magnus.

—Magnus nunca crearía un puente que pudiera colapsar —dijo Matthew. Sus ojos verdes estaban resplandeciendo y James sintió una ráfaga de afecto por su *parabatai*; Matthew siempre había amado la magia. Tal vez era por eso que se sentía tan cómodo en la Ruelle Infernal y en lugares parecidos, rodeado por fuego encantado y brujos con ojos de estrellas.

—Gracias —dijo Magnus de manera irónica—. Si van a capturar un demonio, mejor vayan a hacerlo. Solo puedo mantener esta ilusión por un rato.

James inclinó su cabeza.

—Gracias.

Magnus solo negó con la cabeza levemente.

—Buena suerte. No mueran.

James ya se había dado la vuelta y estaba dirigiéndose por el camino hacia los escalones del puente, los otros detrás y alrededor suyo. Todos tenían cuchillos serafín excepto Cordelia; como siempre, Cortana resplandecía en su mano.

James había pensado que había visto una clase de sombra sobre el puente, una oscuridad que había atribuido a la sombra del glamour que Magnus había lanzado. Pero mientras avanzaban hacia la cima de los escalones, con sus cuchillos serafín listos, el mundo empezó a oscurecerse frente a los ojos de James. Las lámparas de gas enseguida parpadearon salvajemente y se apagaron.

Las torres de piedra se agrietaron y se oscurecieron, profundas líneas se abrieron a través del pavimento entre ellas. El viento se detuvo y las pesadas cadenas de acero parecían traquetear: las nubes sobre su cabeza se agitaron y oscurecieron en el cielo gris oscuro. Había un ácido sabor en el aire, como si una tormenta estuviera viniendo.

—Jamie. —Matthew aún estaba a su lado; mientras James giraba para ver a su *parabatai*, se dio cuenta que el cabello de Matthew se veía blanco, como el de un hombre mayor. El color se estaba filtrando de todo, convirtiendo al mundo en una fotografía. James contuvo el aliento—. ¿Estás bien? Te ves…

—Puedo ver el reino de sombras. —La propia voz de James sonaba hueca a sus oídos, distante y resonante—. Está alrededor de mí, Math. El puente se está fragmentando…

—La mano de Matthew apretó el brazo de James, sus dedos parecían el único calor en un mundo de hielo y ceniza.

—No hay nada malo con el puente. Todo está bien, Jamie.

James no estaba seguro que eso fuera cierto. El puente se veía deforme y roto. Desde las grietas en el granito salía una luz roja. La luz color sangre coloreaba su visión.

Los otros se estaban desplegando, mirando arriba y abajo del puente. Las nubes pasaban de ida y vuelta sobre el puente como ansiosos mensajeros.

James ladeó su cabeza hacia atrás. Más nubes se estaban reuniendo directamente sobre sus cabezas. Eran pesadas y rojizas, casi húmedas, como si estuvieran llenas de sangre. James estrechó los ojos. Había pensado que podía ver las estrellas a través de las nubes, que brillaban débilmente sobre las pasarelas superiores del puente. No eran estrellas, se dio cuenta, instintivamente sacó un cuchillo de la funda de su cintura. Las estrellas no tenían pupilas, o irises escarlata. Las estrellas no pestañeaban.

James lanzó su brazo atrás y arrojó su cuchillo.

* * *

Fue como el grito de un halcón zambulléndose al agua: un demonio del tamaño de un ómnibus, su pelaje amarillento veteado con sangre seca. Arremetió directamente hacia James, una mancha de dientes negros y garras rojas, y un mango de oro, donde la empuñadura del cuchillo de James salía de su hombro.

James se paró recto en el puente, su brazo derecho extendido y arrojó un segundo cuchillo. El demonio se apartó del camino del cuchillo y aterrizó en el puente, sus pies con garras extendidos. Se comenzó a mover hacia los nefilim.

Cordelia levantó a Cortana, su espada dorada cortando el aire. A su alrededor podía oír voces mientras las espadas angelicales eran nombradas y activadas: ¡Eleleth!, ¡Adamiel!, ¡Jofiel!

El demonio mostró sus dientes mientras la luz serafín iluminaba el puente. Cordelia podía verlo más claro ahora: el cuerpo de un león sarnoso con piernas alargadas, cada una terminaba en una enorme pata con garras. Su cabeza se parecía a la de una serpiente escamosa, con relucientes ojos rojos y una triple fila de afilados dientes. Su cola de escorpión arremetió adelante y atrás, mientras iba por James, con un bajo gruñido.

Por el Ángel, pensó Cordelia. *Estábamos en lo correcto. Es un Manticor.*

James alcanzó un cuchillo serafín mientras el demonio iba por él.

—*¡Raguel!*

El cuchillo se encendió cuando el demonio embistió, mostrando sus dientes. James se arrojó a un lado, evadiendo sus filosas garras. Matthew soltó la Pyxis y corrió para flanquear a James, su cuchillo serafín brillando. La punta se deslizó a lo largo del hombro del demonio mientras éste retrocedió, aullando. Se enfadó, y Cordelia escuchó a Lucie gritar mientras el demonio parecía temblar completamente. Un grotesco bulto se hinchó debajo de la piel en un costado; hinchándose e hinchándose y luego estalló

en una *cosa* pegajosa y negra. Cordelia intentó no atragantarse cuando la cosa se despegó del Manticor, cayendo al suelo. A lo que se puso de pie, Cordelia lo reconoció como una de las criaturas que habían atacado en Regent Park. Un demonio kora.

Se lanzó hacia Matthew, que soltó una grosería y sacó su cuchillo serafín. Cordelia se adelantó, solo para encontrarse con otro de los demonios kora. El demonio había derramado otros más: dos saltaron hacia Christopher y Thomas, volando por el aire como arañas negras. Lucie corrió para unirse a ellos, atacando uno de los demonios kora desde atrás: se desvaneció, esparciendo ceniza e icor, mientras Christopher y Thomas eliminaban a otro.

Cordelia azotó a Cortana hacia adelante con un movimiento tajante, cortando al demonio frente a ella con tanta fuerza que su espada pasó a través del kora, empujó y se clavó en el granito del puente. La liberó mientras el demonio desaparecía con un aullido. La hoja de Cortana estaba manchada con negro, pero no estaba dañada.

Supongo que en verdad puede cortar cualquier cosa, pensó aturdida, antes de volverse para unirse a la batalla.

Se abrió camino mientras James lanzaba otro cuchillo, clavando uno de los demonios a los cables del puente como una horrible mariposa. Forcejeó y siseó a lo que Matthew y James saltaron fuera de la barandilla del puente, sus cuchillos serafín flamearon en sus manos mientras degollaban sombra tras sombra.

Pero no importaba cuántas de estas criaturas mataran, Cordelia lo sabía. La Manticor podía hacer un número infinito de koras: era la fuente de todos y la fuente tenía que ser destruida.

—¡Christopher! —escuchó gritar a Thomas. Se giró y vio que un grupo de koras comenzaban a rodear a Christopher. Incluso mientras Christopher intentaba abrirse paso, el círculo se cerraba. Lucie y Thomas corrieron

hacia él; James y Matthew saltaron de la barandilla, pero Cordelia, levantando su espada, corrió en la otra dirección, hacia la Manticor.

La Manticor había estado viendo a Christopher y los otros, lamiéndose los labios mientras los demonios kora los cercaban. Ahora retrocedía mientras Cordelia lo alcanzaba, pero era muy tarde; ella se había embestido, Cortana hundiéndose profundamente en el torso de la criatura. Icor caliente salpicó su mano y el mundo pareció ladearse alrededor de ella, el color escapándose de este como sangre de una herida. Se paró en el puente entre sombras blancas y negras y árboles ladeados y retorcidos: los cables de suspensión colgados como vides podridas, ennegrecidas en el aire de la noche. Tiró de Cortana, jadeando y cayendo de rodillas. De repente sintió una mano en su brazo. Fue levantada a sus pies y miró sorprendida a Matthew, mirándola fijamente, su cara estaba blanca.

—Cordelia…

— ¡Está bien! —Era Lucie, salpicada con sangre e icor, agarrando la Pyxis. Los otros se habían dispersado alrededor de Cordelia: James tenía su cuchillo en una mano, su mirada enfocada en la rugiente y sangrienta Manticor.

El puente estaba vacío de koras. Cordelia había distraído a la Manticor lo suficiente para que los otros mataran a las criaturas; pero la Manticor estaba gruñendo ahora, otro bulto comenzaba a hincharse en su espalda.

— ¡Ahora! —gritó Lucie—. Debemos meterlo en la Pyxis.

— ¡Pon la caja en el piso! —Era Thomas, saltando a la barandilla, sus boleadoras en mano—. ¡Christopher, di las palabras!

Christopher se acercó a la Pyxis. La Manticor atacó cuando se dio cuenta lo que estaba sucediendo.

— ¡*Thaam Tholach Thechembaor!* —gritó Christopher con una voz que cortó el ruido de la batalla.

Los símbolos alquímicos grabados en la caja Pyxis brillaron como si las líneas en la madera estuvieran quemándose: parecían resplandecer en la madera, brillando como carbones.

Un haz de luz salió de la Pyxis, y luego otro, y otro. Los rayos de luz pasaron por el puente, envolviéndose alrededor de la Manticor en una brillante jaula. Soltó un aullido: la jaula de luz destelló una vez más antes de ser absorbida dentro de la Pyxis, la Manticor se desvaneció con ella.

Hubo un largo silencio. James limpió la sangre de su cara, sus ojos dorados ardiendo. La mano de Matthew seguía envuelta en el brazo de Cordelia.

—No quiero ser negativo —dijo Thomas finalmente—, pero... ¿funcionó? Porque parece...

La Pyxis explotó. Los cazadores de sombras gritaron y se quitaron del camino de la madera que salía en todas direcciones. El viento desgarró a través del puente, empujando a Cordelia a sus rodillas, un aullante huracán con esencia de fuego.

Al final el aullido paró. El puente estaba vacío y silencioso, solo se escuchaba el roce de la basura, movida por el viento. Cordelia se puso de pie y le dio la mano a Lucie para ayudarla a levantarse. Delante de ella, todavía podía ver la resplandeciente luz del puente de Magnus, el tráfico mundano aún haciendo su camino a través de este.

—... demasiado fácil —concluyó Thomas. Su cara estaba manchada con ceniza.

—Carajo —dijo James, tomando su cuchillo, justo cuando el mundo parecía explotar a su alrededor.

* * *

Entre el viento y el aire, la Manticor apareció de repente, dos veces más grande de lo que había sido antes y vestida en harapienta oscuridad. Se levantó frente a ellos como una sombra sumergida en sangre, su cabeza se lanzó hacia atrás, cada una de sus garras destellando como una daga.

James lanzó su cuchillo justo cuando la Manticor saltaba hacia él, las sombras se esparcieron de esta y corrieron a través del puente en todas las direcciones. El mundo se había vuelto gris y negro de nuevo. James podía ver a Londres en ambos lados del río, pero era un Londres arruinado, la Torre agrietada y rota, fuego ardiendo a lo largo del muelle, las negras espiras de las iglesias elevándose como esqueletos contra un cielo manchado de humo. Podía oír a sus amigos alrededor de él, sus gritos y chillidos mientras luchaban contra las sombras, pero él no podía verlos más. Estaba solo en su reino de pesadilla.

La Manticor saltó hacia él y lo agarró. James había sido capturado en un ataque antes, pero esto era diferente: el demonio estaba tomándolo con furia, sus garras hundiéndose en el frente de la chaqueta de su equipo de combate. Sus labios crispados atrás de sus dientes.

—*Ven conmigo* —siseó el demonio—. *Ven conmigo, hijo de demonios, a donde serás honrado. Tú ves el mismo mundo que yo veo. Tú ves el mundo como realmente es. Sé quién es tu madre y quién es tu abuelo. Ven conmigo.*

James se quedó helado.

Sé quién es tu madre, y quién es tu abuelo. Pensó en el demonio del parque: ¿Por qué destruir a los tuyos?

—Soy un cazador de sombras —dijo él—. No escucharé tus mentiras.

—*Sabes que digo la verdad* —dijo la Manticor, su aliento caliente quemando la piel de James—. *Juro en el nombre de Asmodeus, de Belial, de Belfegor y Sammael, que puedo terminar este castigo si vienes conmigo. Nadie más morirá.*

James se congeló. Un demonio, jurando en el nombre de los Príncipes del Infierno. Una voz en la parte trasera de su cabeza gritó: ¡Hazlo! ¡Ve con él! ¡Termina con *la enfermedad, la muerte!*

Otra voz, más baja pero firme, susurró: *Los demonios mienten. Incluso cuando juran mienten.*

—No —respondió, pero su voz tembló.

La Manticor siseó.

—*Tan malagradecido* —rugió—. *Tú solo puedes caminar entre el mundo de la Tierra y el reino oscuro.*

James miró fijamente a los ojos color sangre del demonio.

— ¿Quieres decir el reino de Belfegor?

La Manticor hizo un ruido horrible; después de un momento, James se dio cuenta que estaba riendo entre dientes.

—*Es tan humano* —dijo—, *saber tanto, pero a la vez tan poco.*

James abrió su boca para hablar, justo cuando un arco de luz dorada cortó el aire.

— ¡Déjalo solo! —gritó Cordelia, mientras Cortana brillaba en la oscuridad.

James quedó libre, rodando lejos del demonio y poniéndose de pie mientras Cordelia se lanzaba hacia la Manticor. El dorado de su espada era el único color en el mundo blanco y negro, el dorado y la llama roja de su cabello. Cortana embistió de un lado a otro, su hoja desgarró a través del pecho del demonio, abriendo una herida larga y negra, el demonio aulló y se tambaleó, su enorme garra golpeando a Cordelia y haciéndola volar. Cortana cayó de su mano, deslizándose por el puente mientras se ella se caía de la barandilla con un grito.

James escuchó a Lucie gritar.

— ¡Daisy! —Y el sonido de un chapoteo distante. El mundo pareció quedarse en silencio mientras él iba por Cortana. Caminó hacia la Manticor, su sangre ardiendo.

El demonio cayó sobre sus patas delanteras. Estaba sangrando por la herida que Cordelia le había hecho, icor extendiéndose alrededor de esta como una sombra.

—*No puedes matarme aquí* —gruñó mientras James se acercaba—. *Mis raíces están en lo profundo de otro reino. Mientras me alimente allí, me volveré más fuerte. Soy una legión que no puede ser tocada.* —Con un último siseo, se desvaneció.

El color volvió al mundo, James se volvió con Cortana en su mano: podía ver el puente como siempre había sido, oro opaco y blanco a la luz de la luna, sus amigos estaban corriendo hacia él. No veía a Lucie. La recordaba llamando a Cordelia. Recordaba el sonido del agua.

Cordelia. Cordelia.

— ¿Dónde está? —jadeó Matthew mientras llegaba junto a James—. ¿Dónde está Cordelia?

—Está en el río —dijo James y comenzó a correr.

* * *

Lucie miró frenéticamente al río. Podía ver los escalones que llevaban hacia el río desde lo que se veía como un pasaje a través del edificio del lado del puente. Se precipitó por los escalones hacia el nivel de la tierra y se encontró a sí misma en una tenuemente iluminada y estrecha calle

alineada con altos almacenes, oscurecidos con hollín y mugre. Había un pasillo, un hueco oscuro en el edificio más cercano. Corrió hacia él y vio escalones de piedra descendiendo a un tenue resplandor en la parte inferior: el río. Se apresuró hacia donde había una vieja rampa adoquinada que guiaba al agua, una barcaza vacía amarrada al lado de esta. El río fluía por ella, negro y silencioso, bajo el cielo nublado; la niebla se elevaba del agua.

No había señal de Cordelia. El pánico se anudó en el estómago de Lucie mientras buscaba en el agua negra. No sabía si Cordelia podía nadar, e incluso un nadador fuerte podría ahogarse en las corrientes del Támesis. ¿Y si Cordelia se había golpeado en la cabeza, o se había desmayado por la larga caída desde el puente?

Un sollozo se atascó en su garganta. Tiró su cuchillo serafín, el cual chisporroteo contra los lodosos guijarros de la orilla y comenzó a buscar a tientas los botones de su chaqueta. El agua no se veía muy hondo. No era una gran nadadora, pero podía intentarlo.

A la distancia, podía ver la niebla enredando la forma de una barcaza alcanzando lentamente el centro del río.

— ¡Ayuda! —gritó—. ¡Ayuda! ¡Alguien se cayó al río! —Corrió a lo largo de la orilla, moviendo sus brazos frenéticamente a la barcaza, la cual estaba desapareciendo en la niebla—. ¡Tráiganla aquí, por favor! —gritó Lucie—. ¡Ayúdenme!

Pero la barcaza se había desvanecido. Podía ver figuras en el puente sobre ella, la luz mágica de los cuchillos serafín. Los chicos todavía estaban luchando. Nunca podría llegar a Magnus a tiempo, tampoco él podía dejar de lado lo que estaba haciendo: tenía que mantenerse enfocado en la ilusión del puente falso. Tendría que meterse al río, aunque se ahogara.

Dio un paso más cerca, su bota se hundió en el agua poca profunda y oscura. Tembló mientras el líquido helado se filtraba a través del cuero. Dio otro paso y se congeló.

El río se estaba moviendo, elevándose, como a tres metros puente. El agua había comenzado a agitarse, espuma gris amarillenta se deslizaba a lo largo de su oscura superficie. Un olor amargo flotó a través del agua: pescado podrido, sangre vieja y barro viejo del lecho del río.

El pie de Lucie se deslizó en una piedra suelta. Cayó de rodillas mientras las aguas del Támesis comenzaron a levantarse y dividirse como las aguas del Mar Rojo. Un destello blanco rompió la superficie negra del agua. Observó por un instante sin comprender hasta que se dio cuenta lo que estaba viendo. El destello era la luz de la luna en huesos lavados por el río.

Figuras se levantaban del agua, pálidos como ceniza. Una mujer con cabello largo y suelto, su cara hinchada y negra. Otra mujer en un vestido de falda amplia, su garganta estaba degollada, sus ojos negros y vacíos. Un hombre enorme con las marcas de una cuerda todavía oscuras alrededor de su cuello, vistiendo el estampado a rayas de un uniforme de prisionero.

Él llevaba a Cordelia en sus brazos. Los fantasmas se alzaban a ambos lados de él, una verdadera tropa de los ahogados y muertos. En el centro de todos ellos, el fantasma prisionero sostenía a Cordelia, su cuerpo lánguido, su brillante cabello mojado y cayendo sobre sus hombros. Su equipo de combate estaba oscurecido por el agua del río, todo goteaba mientras el fantasma la cargaba inexorablemente hacia la orilla del río y la dejaba en el piso.

—Gracias —susurró Lucie.

El fantasma prisionero se levantó. Por un largo momento, todos los fantasmas simplemente observaron a Lucie, sus ojos eran vacíos huecos de oscuridad. Luego se desvanecieron.

— ¿Cordelia? —Lucie trató de levantarse, para ir con Cordelia, pero sus rodillas se doblaron bajo ella. A la distancia, era consciente que la pelea del puente había parado. Sabía que James y los otros vendrían por ella, pero cada segundo parecía un año. Su energía parecía haber dejado su cuerpo completamente. Cada aliento era una victoria.

—Cordelia —susurró de nuevo, y esta vez Cordelia se movió. Con un alivio ta abrumador, Lucie se sintió casi enferma y vio el revoloteo de las pestañas de su amiga contra sus pómulos. Cordelia rodó hacia un lado y comenzó a toser, su cuerpo temblando mientras escupía el agua del río.

Lucie se desplomó, medio delirante. Los chicos ahora avanzaban por los escalones del puente, corriendo hacia ella y Cordelia, gritando sus nombres. Un poco detrás venía Magnus, apresurándose pero luciendo exhausto. Mientras se acercaba, se detuvo y le dio a Lucie una mirada peculiar. O tal vez ella lo estaba imaginando… Al final sintió varios brazos a su alrededor, brazos cargándola y envolviéndola.

Solo hasta entonces le pareció extraño. Miró hacia arriba y vio un rostro flotando sobre el de ella, blanco como la sal, con ojos color verde jade. Detrás de su oscura cabeza el cielo parecía girar. Alrededor de su cuello, su medallón de oro ardía como una estrella. Mientras ella lo miraba, él lo tocó con dos dedos, sus labios formando una fina línea.

—Jesse Blackthorn —susurró Lucie, mientras el mundo se deslizaba a lo lejos y la débil luz se apagaba. Se dio cuenta que él lo había hecho. Él había llamado a los fantasmas. Él salvó a Cordelia—. ¿Por qué lo hiciste?

Pero la oscuridad la envolvió antes de que él pudiera responder.

Capítulo Traducido por Ximena Shade
Corregido por Halec y Samn

Días Pasados: Cirenworth Hall, 1900

— ¡Es mía!

— ¡Es obvio que no! —Indignado, Alastair intentó una vez más agarrar la espada. Cordelia dio un ágil paso hacia atrás, sosteniendo a Cortana sobre su cabeza, pero Alastair era más alto. Pisó su pie y se la arrebató, su cabello negro caía en sus ojos mientras fruncía el ceño.

—Díselo, padre —dijo él—. ¡Dile que no es de ella!

—*Kerm nariz*, Alastair. Suficiente. —Alto y envejecido, su cabello rubio apenas se estaba tornando plateado, Elias Carstairs tenía una voz perezosa que hacía juego con sus cansados y pequeños gestos. Hoy se encontraba sano y bien, y Cordelia se alegraba. Había muchos días en los que su padre estaba ausente del salón de entrenamiento, acostado enfermo en una habitación oscura y con un paño húmedo sobre sus ojos.

Se despegó del pilar en el cual se había estado recostando y observó a sus hijos con reflexiva indulgencia. Elias siempre había sido su maestro de armas, quien los entrenó en el arte físico de ser un cazador de sombras desde que eran pequeños.

Él fue quien convirtió el salón de baile de Cirenworth en un área de entrenamiento. Había comprado la gran casa a unos mundanos y parecía

darle placer eliminar toda evidencia de su mundanidad. Arrancó el suelo de parquet y puso la madera más suave de árboles en Idris, mejores para amortiguar caídas. Los candelabros fueron reemplazados por ganchos en los cuales colgar armas, y las paredes fueron pintadas de amarillo azafrán, el color de la victoria.

Elias había vivido en Beijing durante muchos años y favorecía las armas y el estilo de lucha de los nefilim de allá, desde el *zhãn mã dão* hasta el jiàn de doble filo y el *qiãng* de mango largo. Le enseñó a sus hijos *shuãngdão*, el arte de blandir dos espadas al mismo tiempo. Colgó dardos de cuerda y látigos de cadenas de las vigas y construyó un *lei tai*, una plataforma de lucha elevada, en el extremo oeste de la habitación. Alastair y Cordelia estaban en el lei tai ahora, mirándose el uno al otro.

—Cordelia —dijo Elias, apretando sus manos detrás de su espalda—. ¿Por qué, exactamente, quieres a Cortana?

Cordelia se detuvo por un momento. Tenía trece años, y apenas se molestaba en intentar interponerse entre Alastair y las cosas que quería. No había nadie en el mundo más obstinado o exigente que su hermano, según su opinión. Pero Cortana era diferente. Ella había estado soñando con empuñar a Cortana desde que era una niña pequeña; el peso de su empuñadura dorada, el arco de su hoja a través del aire.

Y Alastair, estaba segura, jamás había soñado eso: era un buen peleador, pero muy desinteresado. Prefería seguir la política de los cazadores de sombras y pasar tiempo preparando persecuciones a demonios.

—Cortana fue hecha por Wayland el Herrero —dijo ella—. Él hizo espadas para todos los grandes héroes. Excalibur para Arturo. Durendal para Roldán y Héctor. Sigfrido, quien asesinó al dragón Fafner, empuñaba una espada llamada Gram hecha por Wayland…

—Cordelia, todos sabemos eso —dijo Alastair. malhumorado—. No hay necesidad de una lección de historia.

Cordelia lo miró ferozmente.

—Así que quieres ser un héroe —dijo Elias, con un brillo de interés.

Cordelia lo consideró.

—Cortana tiene un borde afilado y uno desafilado —dijo—. Por ese motivo, a menudo se le ha llamado una espada misericordiosa. Quiero ser un héroe misericordiosa.

Elias asintió y se volvió hacia su hijo.

— ¿Y tú?

Alastair se sonrojó.

—Es una espada Carstairs —dijo simplemente—. Soy Alastair Carstairs y siempre lo seré. Cuando Cordelia se case y tenga un montón de mocosos, uno de ellos va a terminar con Cortana; y ellos no serán Carstairs.

Cordelia hizo un sonido de indignación pero Elias levantó una mano para silenciarla.

—Tiene razón —dijo—. Cordelia, deja que tu hermano conserve la espada.

Alastair sonrió satisfecho, giró la espada en su mano y se dirigió al borde del *lei tai*. Cordelia se mantuvo en el mismo lugar, rabia e indignación hormigueaban en su columna. Pensó en todas las veces que había ido al salón de entrenamientos para observar a Cortana en su caja de cristal, las palabras grabadas en su hoja lo primero que había aprendido a leer:

Soy Cortana, del mismo acero y temple que Gloriosa y Durendal. Pensó en la forma en que siempre golpeaba suavemente la caja, apenas rozándola con los dedos, como reafirmando a la espada que algún día sería sacada y empuñada una vez más. Y cuando finalmente Elias había abierto la

caja, declarando que hoy era el día en que elegiría al dueño de Cortana, su corazón casi se había disparado.

No podía soportarlo.

— ¡Pero Cortana es mía! —estalló, mientras su hermano alcanzaba el borde de la plataforma—. ¡Sé que lo es!

Alastair abrió su boca para replicar, pero solo jadeó mientras la espada se retorcía sobre sí misma fuera de su alcance y volaba a través de la habitación hacia su hermana. Cordelia estiró la mano como para protegerse, sobresaltada y la empuñadura golpeó contra su palma. Cerró la mano alrededor de ella de manera reflexiva y sintió una sacudida subir por su brazo.

Cortana.

Alastair lucía como si quisiera balbucear, pero no lo hizo. Era demasiado inteligente y consciente como para ser alguien quejumbroso.

—Padre —dijo en su lugar—. ¿Acaso es alguna clase de truco?

Elias solamente sonrió como si supiera lo que iba a pasar.

—A veces la espada escoge al portador —dijo—. Cortana será de Cordelia. Ahora, Alastair…

Pero Alastair había abandonado la habitación.

Elias se giró hacia su hija.

—Cordelia —dijo—. Una espada de Wayland el Herrero es un gran regalo, pero también es una gran responsabilidad. Una que algún día podría causarte dolor.

Cordelia asintió. Estaba segura que su padre tenía razón, en la forma distante que los adultos a veces tenían. Aún así, mirando la hoja dorada de

Cortana, no podía imaginar alguna vez sentir algo que no fuera felicidad con ella en su mano.

Interludio Traducido por ValeG
Corregido por Halec y Samn

17

Mar Profundo

Oh, ¿De dónde vienes, mi querida amiga, a mí,
con tu cabello dorado cayendo bajo tus rodillas
tu cara tan blanca como copos en el prado
y tu voz tan hueca como el mar profundo?

Desde el otro mundo vuelvo a ti
Mis bucles sin rizos empapados con gotas de rocío
Conociste lo antiguo, mientras yo conozco lo nuevo
Pero mañana también conocerás esto.
—Christina Rossetti, *El pobre fantasma*

—Así que —dijo Will con borde sombrío—, ¿por alguna razón creyeron que sería buena idea encargarse de un demonio Manticor por su cuenta?

Los ojos de Lucie revolotearon. Por un momento pensó que su padre estaba hablándole a ella y consideró escapar, pero descartó eso de inmediato; su cuerpo estaba anclado con sábanas y mantas. Parpadeó en dirección a sus familiares que la rodeaban; estaba en su propia cama en casa. La habitación olía cómodamente a té y la colonia de su padre, lo cual no era sorprendente, ya que él estaba sentado en una silla junto a la cama. Su madre tenía una mano en el hombro de Will y James estaba recargado

a una pared cercana. Él obviamente no se había cambiado de ropa desde la pelea en el puente, a pesar de que se había limpiado la sangre y el icor del rostro y las manos, y una runa curativa brillaba en su garganta.

Alguien había apoyado la hoja de Cortana en el tocador de Lucie. Ella supuso que no hubo oportunidad de regresársela a Cordelia luego de recuperarse de la caída al río.

—Christopher estaba usando uno de sus nuevos artefactos —mintió James—. Se supone que eso rastrearía magia negra; no creímos que realmente funcionara, por eso no les avisamos.

Las cejas de Will se alzaron.

— ¿Los seis se presentaron en el puente, con su traje de combate, aunque pensaron no funcionaría?

Lucie apretó sus ojos medio cerrados. Era mejor que creyeran que estaba dormida; James podía encargarse de esto. Tal como él no se cansaba de repetirle, ya era el mayor.

—Creímos que sería mejor estar preparados —respondió—. De todos modos, sé que tú hiciste cosas mucho más arriesgadas cuando tenías mi edad.

—Es espantoso como sigues arrojándome eso a la cara —dijo Will.

—Bueno, yo creo que lo hicieron muy bien —dijo Tessa—. Un demonio Manticor no es fácil de vencer.

—Y no lo vencimos —dijo James sombríamente—. Los ataques continuarán. Los nefilim siguen en peligro.

—Cariño, no es tu responsabilidad arreglar esto —dijo Tessa con voz gentil— . solo el hecho de saber que el demonio es un Manticor ayudará mucho.

—Sí y deberías decirle a Christopher que la Clave desea utilizar este artefacto suyo; parece que podría ser muy útil —dijo Will.

—Ah —James dijo—. Trágicamente, el artefacto fue devorado por el demonio.

Incapaz de contenerse, Lucie se rio.

— ¡Estás despierta! —Tessa corrió hacia la cama y la abrazó ferozmente—. ¡Oh, Lucie!

Will se levantó y la abrazó también. Por un momento Lucie se permitió rodearse del amor y la atención de sus padres, incluso cuando escuchaba a Will regañándola por correr a la orilla del río sola.

— ¡Pero lo hice por Cordelia! —exclamó mientras sus padres se apartaban; su madre sentándose junto a ella en la cama, donde podía sostener su mano—. Tú lo habrías hecho por Jem, papá, cuando eran *parabatai*.

Will se recostó contra un poste de la cama.

—Cordelia y tú todavía no son *parabatai*.

— ¡No es justo que solo los chicos arriesguen la vida los unos por los otros! —dijo Lucie con ferocidad—. Tuve que pedir ayuda…

—Sí y gracias al Ángel uno de los barqueros que pasaba vio a Cordelia y la trajo a la orilla —dijo Tessa—. Ayudaste a salvarla.

Lucie miró a James. Sabía que él no había visto a los fantasmas sacar a Cordelia del agua; incluso Magnus había estado demasiado lejos para divisarlos. No obstante, él lucía pensativo.

—Cordelia estaba bien una vez que escupió el agua del río —dijo él, de forma tranquilizadora—. Matthew, Christopher y Thomas la llevaron a casa en el carruaje.

—Pero Cortana sigue aquí —dijo Lucie indicando la hoja resplandeciente—. Daisy será miserable sin ella. Es más que solo una espada para ella. —Comenzó a enderezarse—. Debo llevársela inmediatamente.

—Lucie, no —dijo Tessa—. Necesitas descansar…

—Yo la llevaré a Kensington —dijo James. Había una mirada distante en sus ojos—. Deseo ver a Cordelia y asegurarme de que se esté recuperando del río.

Tessa aún parecía preocupada.

—Por favor, toma el carruaje, James —dijo—. Será más seguro.

Los carruajes de los nefilim estaban reforzados con repelente eléctrico de demonios y runas hábilmente talladas en la madera. James suspiró y asintió.

—Y llévate a Bridget y su enorme arpón —dijo Will haciendo un pobre esfuerzo por ocultar una sonrisa—. Y ¿tal vez podrías cambiarte el traje? Nunca hace mal lucir presentable para una visita social.

* * *

Si tan solo hubiese una runa para secar la ropa, pensó Cordelia tristemente. Se sentía literalmente sofocada. Estaba presionada contra Matthew en la parte trasera del carruaje en un asiento frente a Thomas y Christopher. Matthew había colocado su chaqueta de combate gentilmente sobre sus hombros ya que el suyo estaba mojado; él estaba en su camisa de manga larga con un brazo alrededor de ella, sosteniéndola firmemente. Era una extraña pero no desagradable sensación.

Todo seguía siendo borroso. Recordaba la fuerza con la que la garra del demonio la había golpeado; la sensación de ligereza mientras caía del puente, la luna de cabeza y el río fluyendo horriblemente rápido; la mordida del agua oscura, el olor a humedad y podredumbre, batallando para liberarse de lo que ahora creía que era maleza del río. Su primer recuerdo coherente era James inclinado sobre ella con una estela en la mano y Cortana en la otra. Ella había estado tosiendo y jadeando; su cuerpo convulsionaba a medida que sus pulmones se vaciaban de agua. James dibujó *iratze* tras *iratze* en su brazo mientras los Ladrones Alegres la rodeaban.

En un punto, Matthew llegó a hacerse cargo mientras James ayudaba a Lucie, que se había desmayado a la orilla del río. Magnus estaba allí también, asegurándoles que Lucie estaba bien y que solo se encontraba en shock. El luminoso puente que Magnus había convocado se había desvanecido y el tráfico llenaba de nuevo el verdadero Puente de la Torre, así que había sido fácil para él apoderarse de dos carruajes, con los que el grupo se separó firmemente; Lucie y James irían al Instituto y el resto de los Ladrones Alegres acompañarían a Cordelia a Kensington.

Él también le había dicho a James, en términos inespecíficos, que si James no informaba a Will y Tessa que el demonio responsable por los ataques era un Manticor, entonces lo haría él mismo.

Cordelia se las había arreglado para apretar la mano de Lucie una vez antes de que ella y James entraran en el carruaje y se alejaran. Cordelia se encontraba camino a casa, temblando de frío, con su cabello empapado goteando con el agua del río.

— ¿Segura que estás bien? —preguntó Thomas, no por primera vez. Él estaba sentado del lado opuesto a ella; sus rodillas chocaban con las suyas. El tamaño de Thomas no estaba hecho para carruajes ordinarios.

—Estoy bien —insistió Cordelia—. Totalmente bien.

—Fue increíble la forma en que atacaste a ese demonio. Absolutamente impresionante —dijo Christopher—. Realmente pensé que lo tenías, hasta que te caíste en el río, claro.

Cordelia sintió los hombres de Matthew temblar con una risa silenciosa.

—Sí —dijo Cordelia—. Yo también lo creí.

— ¿Qué pasó exactamente? —preguntó Thomas— ¿Cómo fue que Lucie te sacó del río?

Algo confusa, Cordelia lo miró frunciendo las cejas.

—No lo sé —dijo lentamente—. No lo entiendo. Escuché a Lucie gritando mi nombre, y gritando, y luego desperté a la orilla del río, tosiendo.

—Tal vez solo fue la corriente que la trajo a la orilla —dijo Christopher—. La corriente del Támesis puede ser muy fuerte.

Matthew la miró con curiosidad.

—Cuando estábamos en el puente, cuando James estaba enfrentando al Manticor, parecía que el demonio le hablaba. ¿Lo escuchaste?

Cordelia dudó. *Ven conmigo, hijo de demonios, a donde serás honrado. Tú ves el mismo mundo que yo veo. Tú ves el mundo como realmente es. Sé quién es tu madre y quién es tu abuelo.*

Ven conmigo.

—No —respondió—. Solo un montón de gruñidos. Ninguna palabra.

El carruaje se detuvo; habían llegado a la casa Kensington, resplandeciente de blanco bajo la luz de la luna. La calle estaba silenciosa y pacífica; un viento suave soplaba las copas de los pinos.

Cordelia no estaba segura de cómo ocurrió, pero Thomas y Christopher se quedaron esperando en el carruaje mientras Matthew la escoltaba a la puerta principal, pasando las barandillas negras y doradas que rodeaban el jardín.

— ¿Se enojará tu madre? —preguntó Matthew.

— ¿Has oído de la muerte por mil cortes? —replicó Cordelia.

—Siempre preferí la muerte por mil gatos, en la cual uno es enterrado debajo de gatitos.

Cordelia rio. Habían alcanzado la gruesa puerta negra. Comenzó a quitarse la chaqueta de Matthew para devolvérsela. Él levantó una mano delgada, con cicatrices como todas las manos de los cazadores de sombras tenían cicatrices. Ella podía ver su runa *parabatai*, marcada oscura en el interior de su muñeca.

—Quédatela —dijo—. Tengo por lo menos diecisiete y esta es la más simple.

Diecisiete chaquetas. Era ridículo. También era rico, Cordelia se dio cuenta; por supuesto que lo era. Su madre era Cónsul desde mucho más tiempo del que ellos habían estado vivos. A veces su ropa era demasiado extravagante, pero también cara y fina. Había una flor de seda, teñida de verde y abrochada en los botones de su camisa. Ella tocó ligeramente un pétalo con la punta del dedo.

— ¿Qué significa esto?

—El clavel verde representa el amor al arte y la destreza, ya que se debe crear en vez de aparecer en la naturaleza. —Matthew dudó—. También alaba el amor que elijas; sin importar si es un hombre o una mujer.

Hombre o mujer. Miró sorprendida a Matthew por un momento; ¿él era como Alastair? Pero no… le parecía que Alastair prefririera solo a los

hombres románticamente, ya que él había dicho que nunca ilusionaría a una mujer haciéndole pensar que la amaba. Matthew claramente estaba diciendo le gustaban los hombres y las mujeres.

Matthew la miraba dubitativo, como si no pudiese imaginar cuál sería su respuesta, o como si creyera que quizá se enojaría. Pensó en la mirada de dolor en los ojos de Alastair cuando entendió que ella había estado espiándolo; pensó en los secretos que la gente ocultaba y como estos eran como cicatrices o heridas bajo la piel. No siempre podías verlas, pero si las tocabas de forma incorrecta, podrías causar mucho dolor.

—Me gusta —dijo ella—. Y estoy segura de que quien sea que elijas para estar en tu vida, ya sea hombre o mujer, será una buena persona que me agradará mucho.

—No tendría tanta confianza, Cordelia —dijo Matthew—, o de mis decisiones.

—Matthew —le dijo—. ¿Qué pudiste haber hecho alguna vez que fuese tan malo?

Él puso una mano sobre la perilla, por en encima de su cabeza, y bajó la mirada hacia ella. El débil resplandor de los faroles iluminaban el arco de sus mejillas y la suave y desordenada caída de su cabello.

—No me creerías si te lo dijera.

—Creo que James no te habría elegido como *parabatai* si hubiese algo tan malo en ti.

Él cerró los ojos por un momento, como si sintiera un destello de dolor. Cuando los abrió, estaba sonriendo, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos.

—Has sido una gran sorpresa desde que llegaste a nuestras vidas —dijo, y ella sabía que con «nuestras» se refería a los cinco de ellos, los Ladrones

Alegres y Lucie—. No sentía que a nuestro pequeño grupo le faltara algo antes de que llegaras, pero ahora que estás aquí, no puedo imaginarlo sin ti.

Antes de que Cordelia pudiese responder, la puerta se abrió y Risa estuvo ahí. Miró atónita a Cordelia, luego llamó a Sona por encima del hombro. La madre de Cordelia apareció cubierta con una bata de seda para dormir. Miró de Matthew a Cordelia, que goteaba en los escalones y sus ojos negros se abrieron de par en par.

—Oh —dijo ella, su voz cargando una mezcla de desaprobación y preocupación como solo las madres podían hacer—. Ay, Layla, ¿qué ocurrió?

* * *

Si Cordelia esperaba que su madre se enojara, estaba agradablemente sorprendida. Como un maestro artístico de la mentira, Matthew narró para Sona una historia de valentía, intriga y peligro con un toque de romance. Cordelia había estado en el Instituto, había narrado y permaneció fielmente a lado de James, ya que él estaba sufriendo la pérdida de Barbara con gran dolor, pero ella sabía que su madre se preocuparía si no volvía a casa. Matthew se ofreció a escoltarla, pero habían sido atacados por demonios en el camino por el Támesis. Cordelia luchó valientemente, pero la arrojaron al río. Fue bastante dramático.

Sona le dio Matthew una barra de chocolate Fry's Cream y una bufanda antes de que pudiese huir. Luego fue hacia Cordelia gélidamente, asegurándose de arrancarle la ropa húmeda y de qué Risa le preparara un baño caliente. Tan pronto como Cordelia salió del baño, se puso su camisón y pantuflas y acabó reclinada en el sofá de la librería frente al rugiente fuego.

Una cálida bata se encontraba alrededor de sus hombros, y Risa posó una taza de té fresco en sus manos mientras sacudía la cabeza con aire desaprobador.

Cordelia nunca había estado tan cómoda en su vida.

Sona se sentó en el brazo del sofá. Cordelia observó a su madre luchando con el borde de su taza, segura de que Sona se estaba preparando para una enorme reprimenda. En cambio, sus ojos oscuros lucían preocupados.

—Cordelia —le dijo—. ¿Dónde está Cortana?

Cordelia la miró. Ella sabía dónde la había visto por última vez; en la mano de James, a la orilla del río, pero en medio del caos, había olvidado recuperarla antes de subirse al carruaje que Magnus invocó.

—Yo…

—No quiero que te preocupes, Cordelia *joon delam* —dijo Sona—. Sé lo que tu padre siempre hizo que sintieras por esa espada. Como si fuese una parte mucho más grande del destino de los Carstairs de lo que tú… de lo que yo creo que es. —Cordelia la miró; esto era lo más cerca que había visto a su madre de criticar a Elias—. Un arma puede perderse en la batalla. Siempre es mejor perder al arma que al guerrero.

—*Mâdar* —Cordelia comenzó a decir, luchando contra la enorme cantidad de almohadas—. No es lo que piensas…

Hubo un golpe en la puerta. Un momento después, Risa entró en la biblioteca; James siguiéndola.

Se había cambiado la chaqueta sucia que usó en el puente y ahora vestía un acogedor abrigo negro; el cuello de terciopelo curvado hacia afuera de color blanco.

Risa se sacudió las manos con aire satisfecho y se dirigió a la cocina. A Sona se le iluminó el rostro.

— ¡Cordelia! James te trajo a Cortana.

Cordelia estaba muda. En realidad, esperaba recuperar a Cortana, pero no que James apareciera en Cornwall después de la medianoche.

—Los dejaré para que hablen a solas —dijo Sona, y dejó la habitación cerrando la puerta tras ella.

Cordelia estaba un poco sorprendida. Si Sona estaba dispuesta a dejar a su hija a solas con James mientras Cordelia vestía su ropa de dormir, debía estar muy convencida sobre cuáles eran las intenciones de James.

Oh, cielos.

Dejando su taza de té en la mesilla junto al sofá, Cordelia alzó la cabeza para mirar a James. Sus profundos ojos dorados brillaban con intensidad; tenía varios moretones en la piel y su cabello estaba mojado, probablemente porque lo lavó hacía poco.

La calma parecía extenderse entre ellos. Tal vez ninguno volvería a hablar.

— ¿Le dijiste a tus padres? —preguntó Cordelia—. ¿Sobre la Manticor? ¿Lo que ocurrió en el puente?

—La mayoría —respondió James—. No sobre la Pyxis, claro, ni Agaliarept o... bueno, no conté la mayoría de las cosas que hemos hecho. Saben que la Manticor es la responsable de los ataques y eso es lo que importa.

Cordelia se preguntó por un momento si él les habría contado lo que el demonio le dijo en el puente.

Hijo de demonios. Era la segunda vez que ella escuchaba a un demonio hablarle sobre su descendencia. Ese era el estilo de los Demonios Mayores; hallar los puntos débiles de los humanos y traspasarlos. Ella esperaba que James fuese capaz de ignorar sus palabras; saber que él no era un hijo de demonios más que Lucie, Tessa o Magnus Bane.

—Gracias —dijo James, sorprendiéndola—. Por lo que hiciste en el puente. Eso fue increíblemente valiente.

— ¿Qué parte?

La sonrisa de James destelló como una cálida luz, transformando su rostro.

—Es verdad. Hiciste muchas cosas valientes en el puente.

—Eso no es lo que… —comenzó a balbucear, pero luego se movió para alcanzar a Cortana mientras él se la daba. Era encantador tenerla en sus brazos de nuevo—. Cortana, *moosh moosh-am* —dijo—. Me alegra que volvieras.

— ¿Llamaste de forma cariñosa a tu espada? —dijo James. Lucía exhausto cuando entró a la habitación, pero ahora parecía increíblemente animado.

—Significa «ratón» y sí, es un término gentil. Cortana ha estado conmigo a través de muchos momentos difíciles. Debe ser apreciada. —Recostó la espada en la pared de la chimenea; el calor no dañaría la hoja. Nada lo hacía.

—Desearía saber más persa —dijo James. Se sentó en uno de los brazos de la silla—. Me gustaría agradecerte usándolo, Daisy, por salvar mi vida y arriesgar la tuya. Y por ayudarnos como lo has hecho, pese que nadie que conozcas está enfermo; pudieron haber vuelto a París o Cirenworth en el momento en que esto comenzó.

Cordelia a menudo había soñado con enseñarle persa a James. Siempre pensó que los términos de amor en inglés eran muy limitados y simples en comparación. Los persas no dudaban en decirle a alguien a quien aman *fadad besham*, «moriría por ti», o llamar a esa persona *noore cheshman*, «la luz de mis ojos», o *adelbaram*, «el ladrón de mi corazón». Pensó de pronto en el chispeante fuego de la Habitación Susurrante y en el olor a rosas. Se mordió el labio inferior.

—No deberías agradecerme —dijo ella—. O tratarme como si estuviese siendo completamente desinteresada.

James alzó sus cejas oscuras.

— ¿A qué te refieres?

—Tengo mis propias razones para involucrarme en la búsqueda de una cura. Por supuesto que quiero ayudar a los enfermos, pero tampoco puedo evitar creer que si fuese capaz de ofrecer tal servicio a la Clave cómo ayudar a terminar esta enfermedad demoníaca, seguramente le garantizarán a mi padre clemencia en su juicio.

—No le llamaría a eso egoísmo —dijo James—. Hablas de encargarte del bienestar de tu padre y de tu familia.

Cordelia sonrió débilmente.

—Bueno, estoy segura de que añadirás eso a la lista de las muchas cualidades que poseo cuando estés ayudándome a encontrar un esposo.

James no le devolvió la sonrisa.

—Daisy —dijo—. No puedo… No creo que yo… —Se aclaró la garganta—. Puede que, después de lo que ocurrió en la Habitación Susurrante, no sea la persona adecuada para encontrarte un esposo. No puedo imaginar que me confiarías…

—Confío en ti. —Cordelia habló sintiendo los labios adormecidos—. Entiendo completamente. No te tomaste libertades, James. Fue un acto. Fue falso, lo sé…

— ¿Falso? —repitió él.

A pesar del calor, Cordelia tembló cuando James se levantó. La luz del fuego brillaba en su cabello, bordeando los rizos negros con escarlata, como si llevara una corona de llamas.

—Te besé porque quería hacerlo —dijo—. Porque nunca he deseado tanto algo.

Cordelia se sintió enrojecer.

—Ya no estoy unido a Grace —continuó—. Y aun así, la amé por muchos años. Sé… *recuerdo*, que lo hice. Que el amor regía mi vida.

Los dedos de Cordelia se aferraron a los bordes de su camisón.

—A veces me pregunto si fue un sueño —dijo James—. Supongo que la idealicé, como hacen los niños. Quizá era el sueño de un niño sobre lo que el amor debía y tenía que ser. Pensaba que el amor era dolor, y cuando sangré y sangré por ella…

—No necesita doler —susurró Cordelia—. Pero James, si amas a Grace…

—No lo sé —dijo James, alejándose del fuego. Sus ojos estaban oscuros, como en la Habitación Susurrante, y desesperados—. ¿Cómo pude amarla tanto, y sentir lo que ahora siento por…? —Se detuvo—. Quizá no soy quien pensé que era.

—James… —El dolor en su voz era demasiado. Ella comenzó a levantarse.

—No. —Él sacudió la cabeza; su voz ronca—. No lo hagas. Si te acercas a mí, Daisy, querré…

La puerta de la librería se abrió. Cordelia levantó la mirada, esperando ver a su madre.

Peo era Alastair, vestido con botas y un abrigo invernal. Azotó la puerta tras él y se volvió a verlos a ambos, alternando la mirada entre ella y James.

—Mi madre dijo que estaban aquí —dijo, en un tono que sugería que estaba lleno de rabia. El corazón de Cordelia dio un salto; la última vez que había visto a Alastair él había estado furioso. Aún parecía furioso. Ella se

preguntó si alguna vez dejó de estar molesto, o si solo tenía ese temperamento todo el día—. No lo creí al principio, pero ahora veo que es verdad. —Sus ojos negros parecían apuñalar a James—. *Ella* quizá piense que es correcto dejarte a solas con mi hermana, pero yo no; la trajiste moribunda a casa esta noche, herida y luciendo como una rata ahogada.

James cruzó los brazos sobre su pecho. Sus ojos dorados eran rendijas.

—En realidad, Matthew la trajo. Yo acabo de llegar.

Alastair se quitó su enorme abrigo y lo arrojó sobre el brazo de la silla.

—Pensé que tenías más sentido común, Herondale, para ponerte en una posición que comprometa a mí hermana.

—Me devolvió a Cortana —protestó Cordelia.

—Tu madre me dio la bienvenida a esta habitación —dijo James, su expresión era hielo—. Ella tiene la autoridad aquí, no tú.

—Mi madre no entiende… —Alastair se calló. Estaba quitándose los guantes en sus manos con dedos temblorosos, y Cordelia se dio cuenta que Alastair estaba mucho más molesto de lo que ella pensó—. Sé que me odias por cómo te traté en la escuela, y tienes todo el derecho de hacerlo —le dijo Alastair, nivelando la mirada con la de James—. Pero independientemente de cuánto me odies, no lo tomes contra mi hermana.

Cordelia vio un destello de sorpresa en los ojos de James.

—Alastair, hiciste de mi vida un verdadero infierno en la Academia, pero nunca lo tomé contra Cordelia. Eso es algo que harías tú, no yo.

—Veo cómo es. En la escuela yo tenía el control, pero aquí tú tienes el poder de reinar sobre mí. ¿Cuál es tu juego? ¿Qué quieres con mi hermana?

—Tu hermana —dijo James, hablando bajo y deliberadamente frío—. Tu hermana es lo único que me impide golpearte en la cara. Tu hermana te ama, sabrá el Ángel por qué y tú ni siquiera lo agradeces ni un poco.

La voz de Alastair fue áspera.

— ¡No tienes idea de lo que he hecho por mi hermana! No sabes nada de nuestra familia. No sabes lo más mínimo…

Se detuvo y lo miró furioso.

Fue como si una estocada atravesara a Cordelia. Siempre pensó que su familia era ordinaria, a pesar de sus constantes viajes. ¿De qué hablaba Alastair?

—James —dijo ella. El aire crujía con violencia; era solo cuestión de tiempo antes de que los dos chicos se lanzaran el uno contra el otro—. James, deberías irte.

James se volvió hacia ella.

— ¿Estás segura? —dijo en voz baja—. No te dejaré, Cordelia, a menos que desees que lo haga.

—Estaré bien —susurró de vuelta—. Alastair ladra más de lo que muerde. Lo prometo.

James alzó una mano, como si pretendiera ahuecar su mejilla, o retirar un rizo de su cabello. Ella podía sentir la electricidad entre ellos, incluso ahora, con su hermano a un metro de distancia y furioso. Se sentía como chispas de fuego.

James bajó la mano y con una última dura mirada hacia Alastair, salió de la habitación. Cordelia fue inmediatamente hasta la puerta, la cerró y le puso cerrojo. Luego se volvió a enfrentarlo.

— ¿A qué te referías —preguntó—, con «No tienes idea lo que he hecho por mi hermana»?

—Nada —dijo Alastair. Se quitó los guantes—. No me refería a nada, Cordelia.

—Sí, lo hacías —dijo ella—. Sé que hay algo que no me estás diciendo; algo que tiene que ver con padre. Todo este tiempo has actuado como si mis intentos por salvarlo, por *salvarnos*, fuesen niñerías y estupideces. No lo has defendido en lo absoluto. ¿Qué no me estás diciendo?

Alastair cerró sus ojos con fuerza.

—Por favor deja de preguntar.

—No lo haré —dijo Cordelia—. Crees que padre hizo algo malo, ¿cierto?

Los guantes que Alastair había estado sosteniendo cayeron al suelo.

—No importa lo que yo crea, Cordelia…

— ¡Sí importa! —exclamó Cordelia—. Importa cuando me ocultas cosas; tú y *mâmân*. Recibí una carta de la Cónsul; decía que no probarían la Espada Mortal con padre porque él no recordaba la expedición. ¿Cómo es eso posible? ¿Qué hizo…?

—Estaba borracho —espetó Alastair—. La noche de la expedición estaba borracho; tan borracho, que probablemente envió a esos pobres bastardos a un nido de vampiros porque no estaba lo suficientemente consciente. Carajo, estaba tan borracho que no recuerda nada, porque él *siempre* está borracho, Cordelia. La única que no sabía esto eras tú.

Cordelia se sentó en el mueble. Ya no sentía que sus piernas pudieran sostenerla.

— ¿Por qué no me lo dijiste? —susurró.

— ¡Porque nunca quise que lo supieras! —estalló Alastair—. Porque quería que tuvieras una infancia, algo que yo nunca tuve. Quería que pudieras amar y respetar a tu padre como yo nunca pude. Cada vez que él hacía un desastre, ¿Quién crees que tuvo que limpiarlo? ¿Quién te dijo que padre estaba enfermo o durmiendo cuando estaba borracho? ¿Quién salió a ayudarlo cuando se pasaba con la ginebra y lo escabulló por la puerta trasera? ¿Quién aprendió a los diez años a rellenar las botellas de brandy con agua cada mañana y así nadie notará cuánto se tomó…?

Se detuvo, respirando con fuerza.

—Alastair —susurró Cordelia. Todo era cierto, lo sabía. No podía evitar recordar a su padre yaciendo día tras día en una habitación oscura, su madre diciendo que estaba «enfermo»; las manos de Elias temblando. El vino desapareciendo de la mesa, Elias sin comer. Cordelia encontrando botellas de brandy en lugares extraños; el clóset del vestíbulo, en el baúl de la ropa; Alastair nunca le dio importancia a nada de eso, se reía, haciéndola concentrarse en otra cosa, siempre era así y de esa forma, ella no insistiría.

—Él nunca ganará este juicio —dijo Alastair. Estaba temblando—. Incluso si la Espada Mortal fuese útil, él se inculparía a sí mismo con su apariencia, por cómo habla. La Clave reconoce a un borracho cuando lo ve; por eso madre quiere que te cases rápido, para que estés protegida cuando la vergüenza llegue.

—Pero ¿qué hay de ti? —preguntó Cordelia—. La vergüenza no debería caer sobre ti tampoco; la debilidad de padre no es tu debilidad.

El fuego de la chimenea ya casi se había extinguido. Los ojos de Alastair estaban luminosos en la oscuridad.

—Tengo mi propia debilidad, como bien sabes.

—El amor no es una debilidad, Alastair *dâdâsh* —dijo, y por un segundo vio a Alastair dudar por el uso de la palabra persa.

Luego su boca se apretó. Las sombras bajo sus ojos lucían como moretones; ella se preguntó dónde habría estado para volver tan tarde a casa.

— ¿No lo es? —dijo, volviéndose para salir del cuarto—. No le entregues tu corazón a James Herondale, Cordelia. Él está enamorado de Grace Blackthorn y siempre lo estará.

* * *

—Deberías cepillarte el cabello —dijo Jessamine, empujando el cepillo de plata sobre la mesa de noche hacia Lucie—. Se enredará.

— ¿Por qué debes ser un fantasma tan fastidioso? —dijo Lucie, enderezándose firmemente entre las almohadas. Fue ordenada a permanecer en cama, pero podía sentarse, levantar su lápiz y escribir. ¿Cuál era el punto de que te ocurran cosas emocionantes si no podías contarlas?

—Cuando era niña, peinaba mi cabello cien veces al día —dijo Jessamine, quien, siendo un fantasma, tenía un cabello que flotaba como telarañas y nunca requería peinarlo—. Ya que yo…

Ella se estremeció y brincó en el aire, posando un pie sobre la mesa de noche. Una ventisca fría heló a Lucie. Se cubrió con las mantas, mirando a su alrededor ansiosamente.

— ¿Jesse?

Él se materializó a los pies de la cama, en los mismos pantalones negros y la misma camisa que siempre usaba. Sus ojos eran verdes y estaban muy serios.

—Aquí estoy.

Lucie miró a Jessamine.

— ¿Puedo tener un momento para hablar a solas con Jesse?

— ¿A solas? —Jessamine parecía horrorizada—. Pero es un caballero. En tu cuarto.

—Soy un fantasma —dijo Jesse con sequedad—. ¿Qué es, exactamente, lo que imaginas que podría hacer?

—Por favor, Jessamine —dijo Lucie.

Jessamine bufó.

— ¡Nunca pasaría en mis tiempos! —exclamó y se desvaneció en un remolino de enaguas.

— ¿Por qué estás aquí? —inquirió Lucie, abrazando las mantas contra su pecho. Era cierto que Jesse era un fantasma, pero aún se sentía rara la idea de que la viese en camisón—. No recuerdo cuándo te fuiste. En el puente.

—Tu hermano y tus amigos parecían tener la situación controlada —dijo Jesse. Su medallón dorado brillaba en su cuello—. Y tu hermano puede ver fantasmas. Nunca me ha visto antes, pero…

—Hmm —murmuró Lucie—. ¿Te das cuenta que debo ser deshonesta con mi familia y fingir que no sé de tu existencia o que levantaste a los muertos para sacar a Cordelia del río?

— ¿Qué?

—Digo, estoy agradecida de que lo hicieras; que sacaras a Cordelia del agua, claro; no creas que no lo estoy, pero…

— ¿Tú crees que yo levanté a los muertos del río? —preguntó Jesse—. Yo *respondí* el llamado.

A pesar de las mantas, Lucie de pronto sintió frío en todas partes.

— ¿A qué te refieres?

—Tú llamaste a los muertos —dijo Jesse—. Llamaste a la muerte y la muerte vino. Te escuché, a través de la ciudad, gritando para que alguien te ayudara.

— ¿De qué hablas? ¿Por qué tendría la habilidad de llamar a los muertos? Puedo verlos, pero ciertamente no puedo ordenarles…

Se detuvo. De pronto estaba de vuelta en la habitación de Emmanuel Gast; en ese pequeño, terrible apartamento.

«Lo harás», había dicho ella cuando él fantasma proclamó que no le diría, y él derramó todos sus secretos. «Déjanos», exclamó, y él se desvaneció de la existencia.

—Fuiste la única que pudo verme en el baile —dijo Jesse—. Siempre has sido la única que puede verme aparte de mi familia. Hay algo inusual en ti.

Ella lo miró. ¿Y si le ordenaba a Jesse hacer algo? ¿Él tendría que hacerlo? ¿Tendría que venir a ella si lo llamaba, como hizo en la orilla del río?

Tragó con fuerza.

—Cuando estábamos en el río, cuando estabas conmigo, estabas sosteniendo ese medallón en tu cuello. Aferrándote a él.

— ¿Y quieres que te diga por qué? —preguntó él y supo que pensó lo mismo que ella. No le gustaba la idea. No quería darle órdenes, o a Jessamine. Quizá debía estar aterrorizada, se dijo a sí misma; había estado asustada en el departamento de Gast, y también en el río.

—Si tú quieres —dijo ella.

—Mi madre me puso este medallón en la garganta —dijo—. Contiene mi último aliento.

— ¿Tu último aliento?

—Supongo que debo decirte cómo morí —dijo, sentándose en el alféizar de ventana. Parecía gustarle estar ahí, pensó Lucie; justo sobre la perilla—. Fui un niño enfermizo. Mi madre le dijo a los Hermanos Silenciosos que no estaba lo suficientemente bien para que me pusieran las runas, pero yo rogué y rogué. Se las arregló para pelear conmigo hasta que tuve diecisiete. Entenderás que para entonces, yo estaba desesperado por ser un cazador de sombras como los otros cazadores de sombras. Le dije que si no me permitía obtener las Marcas, huiría a Alicante y las obtendría por mi cuenta.

— ¿Y lo hiciste? ¿Huiste?

Sacudió la cabeza.

—Mi madre cedió y los Hermanos Silenciosos vinieron a la mansión. La ceremonia de runas transcurrió sin incidentes y creí que había triunfado. —Alzó su mano derecha y ella se dio cuenta que lo que pensó que era una cicatriz, era el débil contorno de una runa de Visión—. Mi primera y última runa.

—Cuando regresé a mi habitación, colapsé en mi cama. Después desperté al día siguiente ardiendo de fiebre. Recuerdo que estaba gritando, y a Grace corriendo a mi habitación. Estaba al borde de la histeria. La sangre se deslizaba por mi piel, manchando de escarlata las sábanas. Me retorcí, grité, desgarré el cubrecama, pero me debilitaba y no podían usar runas curativas en mí. Recuerdo que entendí que estaba muriendo; estaba muy débil. Grace me sostuvo mientras temblaba; estaba descalza, y su camisón y abrigo estaban llenos de mi sangre. Recuerdo a mi madre entrando; sostuvo el medallón hacia mis labios, como si pretendiera que lo besara…

— ¿Lo hiciste? —susurró Lucie.

—No —dijo Jesse como si fuera algo obvio—. Morí.

Por primera vez en su vida, Lucie sintió lástima por Grace; porque su hermano muriera en sus brazos de aquella manera. No podía imaginar la agonía.

—Entendí lentamente que era un fantasma después de eso —dijo Jesse—. Me tomó meses de práctica conseguir que mi madre y hermana pudieran verme y hablar conmigo. Incluso entonces, desaparecía cada mañana cuando el sol salía, y solo regresaba a la consciencia en las noches. Pasé muchas noches caminando solo por el bosque Brocelind con solo la muerte observándome. Y tú, una niña que cayó en una trampa de hadas.

Lucie se sonrojó.

—Estaba sorprendido cuando me viste —dijo—. E incluso más cuando fui capaz de tocar tu mano y sacarte de ese agujero. Pensé que tal vez fue porque eras muy joven, pero no. Hay algo inusual en ti, Lucie. Tienes un poder que está atado a la muerte.

Lucie suspiró.

—Si tan solo tuviera un poder atado al pan y pudín de mantequilla.

—Eso no habría ayudado a Cordelia anoche —dijo Jesse. Recostó su cabeza en el cristal de la ventana, y Lucie vio que, por su puesto, no se reflejaba en el cristal—. Mi madre cree que una vez que todo esté en orden y ella tenga todos los ingredientes que un brujo necesitará, mi último aliento en el medallón puede ser usado para resucitarme. Pero en la orilla del río, lo sostenía porque…

Lucie alzó sus cejas.

—Al principio pensé que quizá eras tú en el agua. Ahogándote. La vida contenida en el medallón podría haber llenado tus pulmones y te permitiría respirar. —Dudó—. Pensé que, si estabas muriendo, podría usarlo para revivirte.

Lucie inhaló bruscamente.

— ¿Habrías hecho eso? ¿Por mí?

Sus ojos eran de un verde profundo e impenetrable, de la forma en que Lucie imaginaba las profundidades del océano. Sus labios se separaron como si pretendiera responder, justo cuando un haz de luz del amanecer atravesó el cristal de la ventana. Él se puso rígido, sus ojos clavados en los de ella, como si le hubiesen disparado una flecha.

—Jesse —susurró, pero él ya se había desvanecido.

Capítulo Traducido por Angie_Hopes
Corregido por Samn y Annie

Días Pasados: Londres
Grosvenor Square, 1901

En la noche de la muerte de la Reina Victoria, las campanas de Londres estallaron en una clamorosa alarma.

Matthew Fairchild también se lamentaba, pero no por una reina muerta. Se lamentaba por la pérdida de alguien a quien nunca había conocido, por una vida que había terminado. Por un futuro cuya felicidad se había teñido con sombras por lo que él había hecho.

Se arrodilló ante la estatua de Jonathan Cazador de Sombras en el salón de su familia, sus manos cubiertas con ceniza.

—Bendíceme —dijo con gran esfuerzo—, porque he pecado. He… —Se detuvo, incapaz de pronunciar las palabras—. Esta noche alguien murió por mi culpa, por mis acciones. Alguien a quien amaba. Alguien que no conocía, pero lo amaba igualmente.

Pensó que la plegaria podría ayudar. No lo hizo. Compartió su secreto con Jonathan Cazador de Sombras, pero no volvería a compartirlo con alguien más: ni con su *parabatai*, ni con sus padres, ni a algún amigo o

extraño. Desde esa noche, un abismo infranqueable se abrió entre Matthew y el resto del mundo. Nadie lo sabía, pero él se había desconectado para siempre de ellos en todas las formas que importaban.

Pero así era como tenía que ser, pensó Matthew. Después de todo, había cometido asesinato.

Interludio Traducido por Pandora Apairië
Corregido por Samn y Annie

18

La Oscuridad se Agita

Los muertos duermen en sus sepulcros:
Y, mientras duermen, se escucha un ruido escalofriante,
Parte sentir, parte pesar, entre la oscuridad se agita,
Jadean desde sus camas de gusanos todos los seres vivos alrededor,
Y, mezclándose con la noche quieta y el cielo mudo,
Su terrible silencio se siente inaudible
—Percy Bysshe Shelley, *Un Cementerio de Verano en la Noche, Lechlade, Gloucestershire*

James pudo alejarse del Instituto a última hora en la tarde, parecía que todos los miembros del Enclave que pasaban por las puertas querían interrogarlo sobre los demonios Manticor, se dirigió a Grosvenor Square para encontrarse con el resto de los Ladrones Alegres.

Después de entrar a la casa de Matthew con su llave, James se detuvo un momento en los escalones que conducían al sótano. Sabía que sus amigos estaban en el laboratorio: podía escuchar sus voces que se alzaban hacia él como humo, podía oír a Christopher parloteando, los tonos bajos y musicales de Matthew. Podía sentir la presencia de Matthew, tan cerca de su *parabatai*, como un imán que se acerca al otro.

Encontró a sus amigos sentados alrededor de una alta mesa de laboratorio con cubierta de mármol. Había instrumentos de diseño curioso por todas partes: un galvanómetro para medir las corrientes eléctricas, una máquina de equilibrio de torsión y un reloj de oro, bronce y plata, un regalo que le había hecho Charlotte a Henry hace algunos años. Una docena de microscopios, astrolabios, matraces y diversos dispositivos de medición estaban esparcidos por la mesa y los gabinetes. Sobre un pedestal descansaba el revólver del ejército *Colt Single Action* en el que Christopher y Henry habían estado trabajando durante meses antes de que todo esto sucediera. Su niquelado grisáceo estaba profundamente grabado con runas y una inscripción: LUCAS 12:49.[3]

Las gafas metálicas de Christopher estaban pegadas a su cabello; vestía una camisa y pantalones que se habían quemado y manchado tantas veces que le habían prohibido usarlas en público. Matthew era su reflejo opuesto: con chaleco azul y dorado y gemelos a juego, se mantuvo alejado de las llamas de los quemadores Bunsen, que habían sido encendidos al máximo, el calor era tanto que la habitación tenía la temperatura de una isla tropical. Oscar dormía tranquilamente a sus pies.

— ¿Qué estás haciendo, Kit? —dijo James—. ¿Pruebas para ver la temperatura a la que se derriten los cazadores de sombras?

—De hecho, mi cabello está arruinado —dijo Matthew, empujando sus manos a través de su cabello oscurecido por el sudor—. Creo que Christopher está trabajando muy duro en el antídoto. Estoy ayudando proporcionando observaciones ingeniosas y comentarios sarcásticos.

—Preferiría que me pasaras ese vaso —dijo Christopher, señalando uno. Matthew sacudió la cabeza. James tomó el vaso y se lo dio a Christopher, que agregó unas gotas de su contenido al líquido que hervía en una matraz cerca de su codo. Frunció el ceño—. No va bien, me temo. Sin este ingrediente, no es probable que funcione.

3 N.T. «He venido para echar fuego sobre la Tierra.»

— ¿Qué ingrediente? —preguntó James.

—Raíz de Malos, una planta rara. Se supone que los cazadores de sombras no deben cultivarla, porque hacerlo viola los Acuerdos. Estuve buscando y le pedí a Anna que intentará conseguirme algo con los subterráneos, pero no hemos tenido suerte.

— ¿Por qué alguien tendría prohibido cultivar una planta tonta? —inquirió Matthew.

—Esta planta solo crece en el suelo que ha sido empapado por la sangre de mundanos que han sido asesinados —dijo Christopher.

—Me corrijo —admitió Matthew—. Agh.

—Plantas de magia negra, ¿verdad? —Los ojos de James se entrecerraron—. Christopher, ¿puedes dibujarme un boceto de la raíz?

—Por supuesto —dijo Christopher, como si no fuera una petición extraña. Sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta y comenzó a garabatear en la parte posterior. El líquido en la matraz había comenzado a ponerse negro. James lo miró con cautela.

—Había algunas plantas prohibidas en el invernadero de Tatiana —explicó James—. Le conté a Charles sobre eso en ese momento, y no pareció importarle mucho, pero...

Christopher levantó el boceto, de una planta casi como un tulipán con hojas blancas de bordes afilados y una raíz negra.

—Sí —dijo James, su entusiasmo aumentó—. Recuerdo esas, *estaban* en el invernadero de Chiswick. Me hirieron porque esas hojas parecían cuchillos. Podríamos ir allí ahora, ¿hay un carruaje libre?

—Sí. —La emoción de Matthew coincidía con la de James—. Charles tenía alguna clase de reunión, pero dejó el otro carruaje en las caballerizas. Quítate las gafas, Christopher, es hora de un poco de trabajo de campo.

Christopher se quejó un poco.

—Está bien, está bien, pero tengo que ir a cambiarme. No se me permite salir con esta ropa.

—Solo apaga cualquier cosa que pueda incendiar la casa primero —dijo Matthew, agarrando el brazo de James—. Nos veremos en el jardín delantero.

James y Matthew huyeron a través de la casa (perseguidos por Oscar, ladrando de emoción), luego se detuvieron un momento en los escalones delanteros, respirando el aire fresco. El cielo estaba cargado de nubes; una débil luz del sol se asomó, iluminando el camino desde los escalones delanteros de los Fairchild hasta la pared del jardín delantero y la puerta que conducía a la calle. Había estado lloviendo antes, y la piedra todavía estaba húmeda.

— ¿Dónde está Thomas? —preguntó James, mientras Matthew volvía la cara hacia atrás para mirar las nubes: aunque no parecían muy lluviosas, tenían una energía como la de una tormenta eléctrica que se aproxima. Al igual que Matthew, pensó James.

—Patrullando con Anna —dijo Matthew—. Recuerda, Thomas es el más anciano de nuestro grupo. Es requerido para la patrulla del día.

—No estoy seguro de que tener dieciocho años te vuelva anciano precisamente —dijo James—. Tendrá que cumplir más años antes de que se vuelva senil.

—A veces tengo la sensación de que a él le agrada Alastair Carstairs. Lo que indicaría que se ha vuelto senil.

—No estoy seguro de que le *agrade* precisamente —dijo James—. Sino que siente que debería darle una segunda oportunidad después de su comportamiento en la escuela. —James hizo una pausa, pensando en el rostro tenso de Alastair y su mirada de pánico en la biblioteca de Cornwall—. Y tal vez tenga razón. Tal vez todos merecemos una.

—Hay algunas personas que no merecen una. —La voz de Matthew era feroz—. Si alguna vez te atrapo considerando hacerte amigo de Alastair, James…

— ¿Entonces qué? —dijo James, arqueando una ceja.

—Entonces tendré que decirte lo que Alastair me dijo el día que dejamos la Academia —dijo Matthew—. Y prefiero no hacerlo. Cordelia nunca debería saberlo, de ninguna manera. Ella lo ama y debería permitírselo.

Cordelia. Había algo en la forma en que Matthew dijo su nombre. James se volvió hacia él, perplejo. Quería decirle que, si Alastair realmente hubiera dicho algo tan horrible que amenazaría el afecto que Cordelia siente por él, Matthew no debería sufrirlo en silencio, pero no tuvo oportunidad. Christopher había salido corriendo por la puerta principal, poniéndose sus guantes. Llevaba un sombrero, inclinado hacia un lado en la cabeza y una bufanda verde que no combinaba con ninguna de sus otras prendas.

— ¿Dónde está el carruaje? —preguntó, bajando los escalones.

—Estábamos esperándote Christopher, no buscándote un carruaje —dijo James, mientras los tres cruzaban el jardín delantero hacia las caballerizas, donde una gran cochera resguardaba los caballos y los medios de transporte del Cónsul—. Además, estoy bastante seguro que Darwin dijo algo sobre que es saludable para los científicos caminar.

Christopher parecía indignado.

—Eso no es cierto…

La puerta principal se sacudió. James se giró para ver sombras en lo alto. No, no sombras, demonios, irregulares y negros. Saltaron silenciosamente al suelo, uno tras otro, hacia los cazadores de sombras.

—Demonios kora —susurró James, Matthew ya había sacado una espada corta y Christopher un cuchillo serafín. Crujió cuando lo llamó, como un radiómetro roto.

James sacó un cuchillo arrojadizo de su cinturón, se volvió para darse cuenta que habían sido separados al retirarse a la casa. Los demonios los rodeaban, así como habían tratado de rodear Christopher en el puente.

—No me gusta esto —dijo Matthew. Le ardían los ojos y enseñaba los dientes—. Para nada.

El sombrero de Christopher había caído al suelo, yacía empapado en el suelo húmedo y pedregoso. Lo pateó con frustración.

— ¿James? ¿Qué hacemos?

James escuchó la voz de Cordelia en su cabeza, gentil y segura.

Eres el líder.

—Atravesamos el círculo de demonios, por ahí… —señaló, hablando rápido—, y nos cubriremos en la cochera. Cerraremos las puertas detrás de nosotros con una runa.

—Da un nuevo significado al dicho «no asustes a los caballos» —murmuró Matthew—. Muy bien. Vámonos.

Giraron hacia el área que James había indicado, cuchillos volaron de las manos de James como flechas de un arco. Cada uno cumplió su objetivo, hundiéndose profundamente en la carne de los demonios. Los demonios kora se alejaron, aullando, y los chicos atravesaron la brecha entre ellos hacia las caballerizas, justo cuando el cielo crepitaba con truenos.

Saltaron a través de blancos zarcillos de niebla; James llegó primero a la puerta de las caballerizas y la abrió con una patada, casi se dobló sobre sí mismo, sintiendo el dolor atravesándolo.

Se giró para ver que un kora había agarrado a Matthew y lo había arrojado. Christopher estaba luchando contra otra de las criaturas sombrías, su cuchillo serafín describía un arco de luz chisporroteante mientras lo cortaba. James se atragantó, —Matthew debió haberse

quedado sin aliento—, y se giró para correr hacia su *parabatai* mientras el kora se cernía sobre el cuerpo de Matthew.

Un destello de oro brotó entre Matthew y la sombra, haciendo que el kora retrocediera.

Era Oscar. El retriever pasó junto al demonio, esquivando un golpe salvaje de sus garras por apenas unos centímetros y aterrizó cerca de Matthew.

El kora avanzó de nuevo hacia el chico y el perro. Matthew abrazó a Oscar —el cachorro que James había salvado— y le había dado hace tanto tiempo, encorvando su cuerpo para proteger a su perro. James dio un giro con un cuchillo en cada mano, y los dejó volar.

Los cuchillos se hundieron hasta las empuñaduras en el cráneo del demonio. Se desvaneció, uno de los otros demonios gritó, y Matthew se puso de pie, agarrando su espada caída. James podía escucharlo gritarle a Oscar que regresara a la casa, pero Oscar claramente sentía que había logrado una gran victoria y no tenía intención de escuchar. Gruñó cuando Christopher se detuvo en la puerta de entrada, gritando a los demás que lo siguieran.

James se giró.

—*Christopher…*

Una sombra masiva se levantó detrás de Christopher, era el demonio kora más grande que James había visto hasta ahora. Christopher comenzó a girarse, levantando su cuchillo serafín, pero ya era demasiado tarde. El kora había rodeado a Christopher, casi como si quisiera abrazarlo, tirando de su cuerpo hacia él. Su arma salió volando.

Matthew comenzó a correr hacia Christopher, deslizándose por el suelo mojado. James no podía moverse, se había quedado sin cuchillos; buscó el cuchillo serafín en su cinturón, pero no había tiempo. La gran mano con garras del demonio atravesó el pecho de Christopher.

Christopher gritó y el demonio kora lo empujó. Se desplomó en el suelo.

— ¡No! —James echó a correr, zigzagueando hacia el cuerpo caído de Christopher. Algo se abalanzó hacia él; escuchó a Matthew gritar y un *chakram* cortó por la mitada a un kora que se acercaba. James liberó su cuchillo serafín, dirigiéndose hacia el demonio que había herido a Kit.

El demonio se giró para mirarlo. Sus ojos eran conscientes, casi divertidos. Mostró sus dientes y desapareció, al igual que los demonios kora en el parque.

—Jamie, se han ido —anunció Matthew—. Todos se han ido…

Las puertas delanteras se abrieron con un sonido metálico y un carruaje rodó hacia el jardín delantero. Las puertas se abrieron, arrojando a Charles Fairchild; James apenas se dio cuenta de que Alastair Carstairs también estaba allí, mirando a su alrededor con una expresión de asombro. Cuando James cayó de rodillas junto a Christopher, pudo escuchar a Charles exigiendo saber qué estaba pasando.

Matthew le gritó, preguntándole a Charles si era ciego, ¿no podía ver que Christopher estaba herido y necesitaba ir a la Ciudad Silenciosa? Charles seguía exigiendo saber qué les había sucedido a los demonios, a dónde se habían ido, él había visto uno cuando se estrellaron con las puertas, pero ¿dónde estaban ahora?

Yo lo llevaré, Alastair estaba diciendo. *Yo lo llevaré* a la Ciudad Silenciosa. Pero las palabras parecían hacer eco en un lugar lejano, un lugar donde James no estaba arrodillado en la humedad y la niebla junto a un Christopher inmóvil, cuyo pecho había sido marcado por las líneas irregulares de garras demoníacas. Un lugar donde Christopher no estaba quieto y en silencio, sin importar cuánto James le rogara que abriera los ojos. Un lugar donde la sangre de Christopher no se mezclaba con la lluvia en los adoquines, rodeándolo en un charco de color carmesí. Un lugar mejor que este.

* * *

Cordelia había esperado volver a hablar con su hermano, pero se levantó tan tarde que cuando Risa la ayudó a vestirse y la envió abajo, Alastair ya se había ido.

A pesar de la luz del sol de la tarde que entraba por las ventanas, la casa parecía apagada y tenue, el tictac del reloj era anormalmente ruidoso mientras comía su avena en el comedor. Sabía a aserrín en su boca. Seguía recordando las palabras de Alastair de la noche anterior.

Quería que tuvieras una infancia, algo que yo nunca tuve. Quería que pudieras amar y respetar a tu padre como yo nunca pude.

Con un escalofrío de vergüenza, se dio cuenta que había entendido mal a su madre y a su hermano. Había pensado que no defenderían a su padre debido a la cobardía y a la presión social. Ahora se daba cuenta de que sabían que Elias podría haber estado equivocado, tan borracho que pudo no considerar adecuadamente la seguridad de aquellos a los que estaba enviando a una misión peligrosa.

Había pensado que su madre quería que se casara para librarse de la vergüenza de ser la hija de un hombre en juicio en Idris. Ahora se daba cuenta que era algo mucho más complicado.

No es de extrañar que Sona y Alastair hayan observado con cautela sus intentos de «salvar» a su padre. Temían que ella descubriera la verdad. Su sangre se sentía fría en sus venas. Realmente podrían perderlo todo, pensó. Nunca lo había creído antes. Ella siempre había pensado que la justicia prevalecería. Pero la justicia no era tan simple como había pensado.

Sona entró en el comedor. Ella miró a Cordelia detenidamente.

—¿Es ese uno de los vestidos que James te envió?

Cordelia asintió. Llevaba puesto un vestido rosa oscuro de día que había sido parte del paquete de Anna.

Por un momento, Sona parecía melancólica.

—Es un color encantador —dijo—. Esos vestidos son realmente muy hermosos y probablemente mucho más adecuados para ti que los vestidos que te he regalado.

— ¡No! —Cordelia se puso de pie, afligida—. *Khak bar saram!* —Era una frase que literalmente significaba «debería morir», la forma más extrema de una disculpa—. Soy una hija terrible. Sé que hiciste lo mejor que pudiste.

Sé que lo hiciste, mâmân. *Sé que solo estabas tratando de protegerme*.

Sona parecía asombrada.

—Por el Ángel. Solo son vestidos, Layla. —Ella sonrió—. ¿Quizás podrías compensármelo ayudando en la casa? ¿Cómo lo haría una buena hija?

Engañada como siempre, pensó Cordelia, pero estaba más que un poco contenta de tener la distracción. Habían desempacado más, y había que tomar decisiones sobre dónde se podrían colocar ciertos trozos de cerámica de Isfahan, o dónde se podrían colocar sus alfombras Tabriz para obtener la mejor ventaja. Mientras Cordelia miraba a su madre moverse de un lado a otro, claramente en su zona de confort, sintió las palabras rodar hasta la punta de su lengua.

¿Lo sabías cuándo te casaste con él, mâmân? *¿Te enteraste un día, o fue una realización lenta, un terrible amanecer?* ¿Todas esas veces que dijiste que él debía ir a las Basilias, pensabas que ellos podrían curar su embriaguez? ¿Lloraste porque él se negó a ir? ¿Aún lo amas?

Sona dio un paso atrás para admirar una pequeña colección de miniaturas enmarcadas junto a las escaleras.

—Eso se ve bien ahí, ¿no? ¿O crees que se veían mejor en la otra habitación?

—Definitivamente mejor aquí —dijo Cordelia, sin tener idea de a qué otra habitación se refería su madre.

Sona se volvió, una mano apoyada contra la parte baja de su espalda.

— ¿Has estado prestando aten…? —comenzó, e hizo una mueca de repente. Se recostó contra la pared mientras Cordelia se apresuraba hacia ella, preocupada.

— ¿Te sientes bien? Te ves cansada.

Sona suspiró.

—Estoy perfectamente bien, Cordelia. —Se enderezó, sus manos revoloteando como si no pudiera decidir qué quería hacer con ellas. Fue un gesto que hacía solo cuando estaba muy nerviosa—. Pero… estoy esperando un bebé.

— *¿Qué?*

Sona esbozó una sonrisa temblorosa.

—Tendrás un hermano o hermana pequeña, Layla. En solo unos pocos meses más.

Cordelia quería abrazar a su madre, pero de repente estaba aterrorizada. Su madre tenía cuarenta y dos años, tarde para que una mujer tuviera un hijo. Por primera vez en su vida, su formidable madre le parecía frágil.

— ¿Hace cuánto lo sabes?

—Tres meses —dijo Sona—. Alastair también lo sabe. Tu padre también.

Cordelia tragó saliva.

—Pero no me lo dijiste a mí.

—Layla *joon*. —Su madre se acercó a ella—. No quería preocuparte más de lo que ya estabas por nuestra familia. Sé que lo has intentado... —Se interrumpió y apartó un mechón de cabello del rostro de su hija—. Sabes que no tienes que casarte, si no quieres —dijo, casi en un susurro—. Vamos a salir de esta, cariño. Siempre lo hacemos.

Cordelia plantó un beso en la delgada palma de la mano de su madre, marcada con muchas cicatrices antiguas de la época en que había luchado contra demonios.

—*Cheshmet roshan, mâdar joon* —susurró.

Los ojos de su madre brillaron con lágrimas.

—Gracias cariño.

Un fuerte golpe llegó a la puerta principal. Cordelia intercambió una mirada de sorpresa con su madre antes de dirigirse a la entrada. Risa había abierto la puerta y, en el escalón de entrada, estaba el sucio vendedor de periódicos al que Matthew le había dado su bolsa afuera del departamento de Gast. Uno de los abandonados, recordó, los subterráneos que trabajaban en la Taberna del Diablo y hacían mandados para James y los demás.

—Tengo un mensaje para la señorita Cordelia Carstairs —dijo, aferrándose a un trozo de papel doblado.

—Esa soy yo —dijo Cordelia—. ¿Tú, eh, quieres un pago?

—Nop —dijo el niño, sonriendo alegremente—. Ya me ha pagado el señor Matthew Fairchild. ¡Aquí tiene!

Le entregó el mensaje y bajó los escalones, silbando. Risa cerró la puerta, compartiendo una mirada perpleja con Cordelia. ¿Por qué Matthew le enviaría una nota como esta? Se preguntó Cordelia, desplegando el papel. ¿Qué podría ser tan urgente?

La nota se abrió. Solo había unas pocas palabras en la página, pero se destacaban en impactante tinta negra.

Ven de inmediato a la taberna del Diablo. Hubo un ataque.
Christopher está gravemente herido.
—James

— ¿Cordelia? —Sona había entrado a la sala—. ¿Qué está pasando?

Con las manos temblorosas, Cordelia le entregó la nota a su madre. Sona lo leyó rápidamente antes de volver a poner la nota en la mano de Cordelia.

—Debes ir y estar con tus amigos.

El alivio se apoderó de Cordelia. Comenzó a subir las escaleras corriendo por sus cosas, pero se detuvo.

—Debería usar mi traje de combate —dijo—. Pero todavía está húmedo por el río.

Sona le sonrió, una sonrisa cansada y preocupada, la sonrisa de tantos padres de cazadores de sombras que a lo largo de los siglos habían visto a sus hijos marchar hacia la noche, portando espadas bendecidas por ángeles, sabiendo que posiblemente nunca volverían.

—Layla, hija mía. Puedes ponerte el mío.

* * *

Cordelia subió los escalones dentro de la taberna del Diablo y entró en la sala del club de los Ladrones Alegres. Ya era bastante tarde y la luz del sol

se filtraba a través de la ventana este, colocando barras doradas de luz a través del pequeño espacio en mal estado y sus ocupantes. Matthew estaba tumbado en el sofá, Lucie en un sillón harapiento. Lucie levantó la vista y sonrió cuando Cordelia entró, pero tenía los ojos rojos. James estaba de pie, solo, apoyándose contra la pared junto a la ventana, las sombras eran profundas bajo sus ojos. Los tres cazadores de sombras vestían su equipo.

— ¿Qué pasó? —dijo Cordelia, casi sin aliento—. Yo… ¿qué puedo hacer?

Matthew la miró. Su voz era ronca.

—Estábamos en mi casa, usando el laboratorio de mi padre —le dijo—. Ellos, los demonios kora, nos estaban esperando cuando estábamos por irnos.

—Debimos haber sido precavidos —dijo James. Abría y cerraba su mano derecha, como si deseara aplastar algo en su palma—. Debimos haberlo recordado. Nos apresuramos por el carruaje, nos atacaron frente a la casa. Uno de ellos rasgó el pecho de Christopher.

Christopher. Cordelia podía ver su brillante sonrisa, sus gafas torcidas; podía escuchar su voz ansiosa y emocionada en sus oídos, explicando algún nuevo aspecto de la ciencia o la cacería de sombras.

—Lo siento… lo siento muchísimo —susurró—. ¿Está enfermo? ¿Qué podemos hacer?

—Ya tenía fiebre cuando se lo llevaron a la Ciudad Silenciosa —dijo Matthew sombríamente—. Te llamamos a ti y a Lucie tan pronto como pudimos, y…

Hubo pasos en las escaleras. La puerta se abrió de golpe y Thomas irrumpió. Llevaba un largo abrigo de invernal, aunque Cordelia pudo ver que llevaba el traje de batalla debajo.

—Lo siento —dijo sin aliento—. Estaba patrullando con Anna, no recibí tu mensaje hasta que volvimos a la casa del tío Gabriel. Todos querían ir a la Ciudad Silenciosa, claro, pero el Hermano Enoch vino y dijo que era imposible... —Thomas se dejó caer en una silla, enterrando su cara entre sus manos—. Todos están frenéticos. Anna fue a pedirle ayuda a Magnus para poner salvaguardas adicionales en la casa. Tía Cecily casi pierde la cabeza de solo pensar en dejarla ir, pero se fue. El tío Will y la tía Tessa vinieron, por supuesto, pero no podía soportar estar allí también, molestándolos a todos, entrometiéndome en su miedo...

—No eres un *intruso*, Thomas —dijo Matthew—. Eres familia. Ahí y aquí.

La puerta se abrió y Polly entró, cargando una botella y unos vasos con los bordes rotos. Los dejó sobre la mesa, le lanzó a Thomas una mirada preocupada y desapareció.

Matthew se levantó y tomó la botella, vertiendo su contenido en los vasos con la gracia de un viejo hábito. Por primera vez en la memoria de Cordelia, Thomas tomó uno y bebió el contenido.

James giró una de las sillas y se sentó, con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla, sus largas piernas enganchadas en la parte delantera.

—Tom —dijo, sus ojos brillando intensamente—. Necesitamos hacer el antídoto contra el veneno de Manticor. Creo que puedes hacerlo.

Thomas se atragantó, tosió y comenzó a balbucear cuando Matthew le quitó el vaso y lo dejó sobre la mesa.

—No puedo —dijo cuando recuperó el aliento—. No sin Christopher

—Sí, sí puedes —respondió James—. Has hecho todo con él. Has estado en el laboratorio con él casi cada momento desde que Barbara murió. Sabes *cómo* hacer esto.

Thomas guardó silencio por un largo momento. James no se movió. Su mirada estaba fija en su amigo. Era una mirada que Cordelia no podía describir: una intensidad tranquila mezclada con una convicción inamovible. Este era James en su mejor momento, pensó. Su fe en sus amigos era inquebrantable: era fuerte y ellos compartían esa fuerza entre ellos.

—Quizá —dijo Thomas al fin, lentamente—. Pero todavía nos falta un ingrediente. Sin él, el antídoto no funcionará y Kit dijo que era imposible de encontrar…

—Raíz de Malos —dijo Matthew—. Sabemos dónde está y dónde conseguirlo. Todo lo que tenemos que hacer es ir a la Mansión Chiswick. Al invernadero.

— ¿La casa de mi abuelo? —dijo Thomas, incrédulo. Se pasó los dedos distraídamente por su cabello castaño.

—Finalmente Benedict Lightwood será responsable de algo útil —dijo Matthew—. Si nos vamos ahora, podemos estar allá en media hora…

—Espera —dijo Thomas, poniéndose de pie—. James, casi lo había olvidado. Neddy me dio esto.

Le entregó una hoja doblada de un delgado pergamino, con el nombre de James garabateado en el frente con una mano cuidadosa. James desdobló la nota y se levantó con una rapidez violenta, casi tirando la silla.

— ¿Qué es? —preguntó Cordelia—. ¿James?

Cuando él le entregó la nota, Cordelia vio que la mirada pensativa de Matthew se movía entre los dos. Ella bajó la mirada.

Ven a la Ciudad Silenciosa. Te veré
en la enfermería. No dejes
que te vean los otros Hermanos.

Te lo explicaré cuando llegues.
Por favor, apúrate.
—Jem

Se lo entregó sin palabras a Lucie. James paseaba por la habitación, con las manos en los bolsillos.

—Si Jem dice que debo ir, entonces debo hacerlo —dijo, mientras Matthew y Thomas miraban el contenido de la nota—. El resto de ustedes vayan a Chiswick…

—No —dijo Matthew— Había tomado la licorera de su bolsillo, un gesto de hábito muy practicado, pero rápidamente dejó caer la mano. Sus dedos temblaban ligeramente, pero su voz era suave—. A donde vayas, yo iré, James. Incluso hasta el tedioso suburbio de Highgate.

Jem, pensó Cordelia. Tenía que hablar con él sobre su padre. No había nadie más con quien pudiera hablar sobre lo que Alastair le había contado. No había nadie más a quien ella pudiera decirle que había cambiado de opinión.

Primo Jem, tengo algo que decirte sobre mi padre. Creo que necesita estar en las Basilias. Creo que no debería volver de Idris después de todo. Creo que necesito tu ayuda.

Ella respiró hondo.

—Yo también iré. Debo ver a Jem. A menos que… —Se volvió hacia Lucie—. Si lo prefieres, iré contigo a Chiswick…

—Tonterías —dijo Lucie, había simpatía en sus ojos—. Todo lo que estamos haciendo es buscar una planta, y estoy familiarizada con la casa y los terrenos… —agregó apresuradamente mientras James la miraba extrañado—, no porque he acechado o espiado en esa propiedad, porque obviamente no lo he hecho.

—Tú y Thomas pueden tomar mi carruaje —dijo Matthew—. Está abajo.

—Y el resto de nosotros puede tomar otro carruaje —dijo Cordelia—. ¿Dónde está la entrada más cercana a la Ciudad Silenciosa?

—En el cementerio de Highgate —dijo James, tomando su cinturón de armas mientras los otros agarraban chaquetas, cinturones y cuchillas—. Es una buena distancia. Tendremos que darnos prisa, no hay tiempo que perder.

* * *

Pocas cosas frenaron a Cordelia y a los demás hasta que llegaron a Highgate, donde las estrechas calles estaban llenas del tráfico nocturno.

El conductor del coche, negándose a desafiar el embotellamiento, los dejó frente a un pub en Salisbury Road.

James le pidió a Cordelia y a Matthew que esperaran mientras él iba a buscar la entrada a la Ciudad Silenciosa. A menudo se movía dentro del cementerio, le había dicho a Cordelia en el carruaje, y se podía encontrar en varios lugares según el día.

Matthew le dio al pub una mirada distante, pero pronto se distrajo con una gran tableta de piedra en el cruce de Highgate Hill y Salisbury Road. Estaba enjaulado por rieles de hierro y tallado con las palabras TRES VECES GRAN ALCALDE DE LONDRES.

—«Vuelve de nuevo, Whittington, tres veces Gran Alcalde del Pueblo de Londres» —dijo Matthew, con un gesto dramático—. Aquí es donde se supone que debe haber sucedido… me refiero a él, escuchando el sonido de Bow Bells.

Cordelia asintió; le habían contado la historia con suficiente frecuencia cuando era niña. Richard Whittington había sido un mundano que partió de Londres con su gato, decidido a hacer su fortuna en otro lugar, solo para escuchar las campanas de St. Mary-le-Bow llamándolo de vuelta a la gloria prometida si regresaba. Y así lo hizo, y se convirtió en alcalde de Londres, tres veces.

Cordelia no estaba segura de lo que le había pasado al gato. Todas las historias podrían ser ciertas, pensó, pero sería bastante agradable si alguien le ofreciera señales tan obvias para su propio destino.

Matthew sacó su licorera plateada de su chaleco y comenzó a desenroscarla. Aunque traía su equipo, no había sacrificado sus gemelos azules por su deber. Cordelia solo lo miró cuando echó la cabeza hacia atrás y bebió, luego volvió a enroscar la tapa.

—Coraje holandés —dijo él.

— ¿Son los holandeses particularmente valientes, o simplemente particularmente borrachos? —preguntó, su voz más filosa de lo que pretendía.

—Un poco de ambos, me imagino. —Su tono era ligero, pero guardó la licorera—. ¿Sabías que el gato de Dick Whittington podría nunca haber existido? Solo era una mentira escandalosa, al parecer.

— ¿Importa si tenía un gato o no?

—La verdad siempre importa —señaló Matthew.

—No cuando se trata de historias —dijo Cordelia—. El objetivo de las historias no es que sean objetivamente verdaderas, sino que el alma de la historia sea más sincera que la realidad. Aquellos que se burlan de la ficción lo hacen porque le temen a la verdad.

Sintió, en lugar de ver, que Matthew se volvía para mirarla a la tenue luz.

—James es mi *parabatai* —dijo, su voz era ronca—. Y lo amo. Lo único que nunca he entendido son sus sentimientos por Grace Blackthorn. Hace mucho tiempo que he deseado que ponga sus afectos en otro lugar y, sin embargo, cuando lo vi contigo en la Habitación Susurrante, no me alegré.

Cordelia no había esperado tanta franqueza.

— ¿Qué quieres decir?

—Supongo que me pregunto si él sabe lo que siente —dijo Matthew—. Supongo que me preocupa que te haga daño.

—Él es tu *parabatai* —dijo Cordelia—. ¿Por qué debería importarte si me lastima?

Matthew echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo oscuro de la tarde. Sus pestañas eran varios tonos más oscuros que su cabello rubio.

—No lo sé —dijo—. Pero me parece que me importa.

Cordelia deseaba que estuvieran discutiendo algo más.

—No te preocupes. Alastair me dio la misma advertencia sobre James ayer. Me lo han dicho bien.

La mandíbula de Matthew se tensó.

—Siempre he dicho que el día que esté de acuerdo con Alastair Carstairs será el día que me queme en el infierno.

— ¿Era realmente tan malo con James en la escuela? —dijo Cordelia.

Matthew se volvió hacia ella y la expresión de su rostro la sobresaltó. Era la furia más pura.

—Fue más que eso…

James apareció desde las sombras, su cabello negro desordenado y les hizo señas.

—He encontrado la entrada. Debemos darnos prisa.

Se dirigieron al cementerio y atravesaron las altas puertas. Ciprés oscuros se elevaron por encima, sus hojas superpuestas bloqueando lo último de la luz del atardecer. A su sombra se alzaban elaborados monumentos a los muertos. Grandes mausoleos y obeliscos egipcios se alzaban junto a columnas rotas de granito, simbolizando la vida interrumpida. Las lápidas fueron talladas con relojes de arena con alas, urnas griegas y hermosas mujeres con el pelo rizado. Y en todas partes, por supuesto, había ángeles de piedra: gorditos y de aspecto sentimental, de rostro dulce como el de los niños. Qué poco entendían los mundanos sobre ángeles, pensó Cordelia, abriéndose camino a lo largo del camino cubierto de ramas después de James. No entendían lo aterrador que era su poder.

James cambió su rumbo por una de las grises avenidas, y se encontraron en un espacio abierto que parecía estar en lo profundo del bosque, las hojas se agrupaban tan espesamente sobre ellos que la luz menguante estaba teñida de verde. En el centro del claro había una estatua de un ángel, pero este no era un querubín. Era una figura de mármol de un hombre hermoso de gran altura. La armadura escamada había sido tallada en su cuerpo. Sostenía una espada con una mano extendida, grabada con las palabras QUIS UT DEUS, y su cabeza estaba inclinada hacia atrás como si le estuviera llorando al cielo.

James dio un paso adelante, levantando una mano, la que llevaba el anillo Herondale con su patrón de garzas.

— *¿Quis ut Deus?* —dijo—. «¿Quién es como Dios?» pregunta el Ángel. La respuesta es «Nadie. Nadie es como Dios».

Los ojos del ángel de piedra se abrieron, absolutamente negros, aberturas en una gran y silenciosa oscuridad. Luego, con un rechinido de

piedra, el ángel se deslizó a un lado, revelando un gran vacío en la tierra y escaleras que conducían hacia abajo.

James encendió su luz mágica mientras bajaban las escaleras hacia una oscuridad sombría. Los Hermanos Silenciosos, que vivían con los ojos cerrados, no veían igual que los cazadores de sombras comunes y no necesitaban luz.

La brillante luz mágica se extendió entre los dedos de James, pintando las paredes con barras de luz. Cuando llegaron al pie de las escaleras, James agarró el brazo de Cordelia y la hizo girar hacia un arco debajo de los escalones. Matthew lo siguió un momento después. James cerró su mano sobre la luz mágica, apagando su luminiscencia; los tres observaron en silencio cómo un grupo de Hermanos Silenciosos, con sus túnicas de pergamino rozando el suelo, dieron vuelta y desaparecieron por otro arco.

—Jem dijo que no nos reveláramos a los otros Hermanos —susurró James—. La enfermería está al otro lado del salón de las Estrellas Parlantes. Debemos movernos rápida y silenciosamente.

Cordelia y Matthew asintieron. Un momento después, atravesaban una enorme sala llena de arcos de piedra con forma de ojo de cerradura que se elevaban por encima. Piedras semipreciosas alternadas con mármol: ojo de tigre, jade, malaquita. Debajo de los arcos se acurrucaban varios mausoleos, muchos con apellidos grabados en ellos: RAVENSCAR, CROSSKILL, LOVELACE.

Llegaron a una gran plaza cuyo piso tenía incrustaciones de azulejos impresos en un patrón de estrellas brillantes. En una pared, muy por encima de su alcance, colgaba una espada enorme de plata opaca cuyo travesaño estaba tallado en forma de alas de ángel.

La Espada Mortal. El corazón de Cordelia dio un vuelco. La espada que su padre había sostenido, aunque no había sido capaz de hacerlo decir una verdad que no podía recordar.

Atravesaron la plaza y entraron en un gran espacio bordeado de ásperas baldosas. Un par de puertas de madera conducían en una dirección; un gran arco cuadrado conducía a otro. Las puertas tenían runas de muerte, paz y silencio.

— ¡Retrocedan! —Matthew susurró de repente; extendió un brazo, devolviendo a James y Cordelia a las sombras. Cordelia permaneció inmóvil cuando un Hermano Silencioso pasó junto a ellos y subió unas escaleras cercanas. Asintiendo, James se deslizó de las sombras, seguido de Matthew y Cordelia. Se agacharon bajo el arco cuadrado y entraron en otra habitación enorme con un techo de piedra abovedado, entrecruzado con vigas de piedra y madera. Las paredes estaban desnudas, y de un lado al otro de la habitación estaban colocadas varias hileras de camas, cada una con una figura inmóvil: Cordelia supuso que podría haber más de treinta personas enfermas allí. Jóvenes y adultos, hombres y mujeres, yacían tan silenciosos e inmóviles como si ya hubiesen muerto.

La sala estaba en completo silencio. Silenciosa… y vacía. Cordelia se mordió el labio.

— ¿Dónde está Jem?

Pero los ojos de Matthew estaban fijos sobre una figura familiar.

—Christopher —dijo y salió corriendo, seguido de James.

Cordelia los siguió más despacio, reacia a entrometerse. Matthew estaba agachado junto a una estrecha cama de hierro; James se paró a la cabeza, inclinándose sobre Christopher.

Christopher había sido despojado de su camisa. Docenas de vendajes blancos rodeaban su angosto pecho; la sangre ya había empapado algunos de ellos, formando un parche escarlata sobre su corazón. Sus anteojos habían desaparecido y sus ojos parecían hundidos profundamente en su cráneo, las sombras debajo de ellos eran de color púrpura oscuro. Las venas negras se desplegaban como coral debajo de su piel.

—Matthew —dijo con ronca incredulidad—. Jamie.

James alargó la mano para tocar el hombro de su amigo, y Christopher agarró su muñeca. Sus dedos temblaban; agarró inquieto el puño de la chaqueta de James.

—Dile a Thomas —susurró—. Él puede terminar el antídoto sin mí. Solo necesita la raíz. Dile.

Matthew guardó silencio; parecía enfermo de dolor.

—Thomas lo sabe —dijo James—. Él está con Lucie ahora, recolectando la raíz. Lo terminará, Kit.

Cordelia se aclaró la garganta, sabiendo que su voz saldría como un susurro de cualquier forma. Y así fue.

—Jem —susurró—. ¿Jem ha estado aquí, Christopher?

Él le sonrió dulcemente.

—James Carstairs —dijo—. Jem.

Cordelia miró nerviosamente a James, quien le dio un asentimiento alentador.

—Sí —dijo ella—. James Carstairs. Mi primo.

—*James* —susurró Christopher y luego la figura en la cama junto a él hizo eco de la palabra.

—*James* —susurró Piers Wentworth—. *James.*

Y después también lo hizo la siguiente figura, en la cama de al lado.

—*James.*

Matthew se puso de pie.

— ¿Qué está pasando?

Los ojos color lila de Christopher se abrieron de par en par; su agarre en la muñeca de James se tensó y tiró de él.

—Sal de aquí, tienes que salir de aquí —siseó a solo centímetros de James—. Tienes que irte. James, no lo entiendes. Se trata de ti. *Siempre se ha tratado de ti*.

— ¿Qué significa eso? —exigió Matthew, a medida que se agregaban más y más voces al cántico.

—James. James. James.

Matthew agarró la manga de James y lo apartó de Christopher, quien lo soltó renuente. Cordelia puso su mano en la empuñadura de Cortana.

— ¿Qué está pasando? —exigió—. ¿Christopher...?

Uno por uno, los enfermos se fueron sentando, aunque no parecía que lo estuvieran haciendo por su propia voluntad. Parecía que los arrastraban hacia arriba como títeres con cuerdas; sus cabezas se inclinaron flojamente a un lado, sus brazos flácidos y colgando. Sus ojos estaban completamente abiertos, blancos y brillantes en la penumbra de la habitación. Cordelia vio con horror que lo blanco de sus ojos también tenían vetas negras.

—James Herondale. —Era la voz de Ariadne Bridgestock. Se sentó al borde de su propia cama estrecha, su cuerpo se desplomó hacia adelante. Su voz era ronca, vacía de emoción—. James Herondale, has sido convocado.

— ¿Por quién? —gritó Matthew—. ¿Quién lo está llamando?

—El Príncipe —dijo Ariadne—. El Señor de los Ladrones. Solo él puede detener las muertes. Solo él puede controlar al Manticor, el envenenador. Ahora llevas la mancha, Herondale. Tu sangre puede abrir la puerta. —Tomó un respiro hondo y tembloroso—. *No tienes otra opción.*

Alejándose de Matthew, James dio un paso hacia ella.

— ¿Qué puerta? Ariadne…

Cordelia extendió un brazo para detenerlo.

—Esa no es Ariadne.

¿Qué está pasando aquí?

Todos se giraron. Era Jem, que había entrado en la habitación con un remolino de túnicas antiguas; llevaba su báculo de roble en la mano. A pesar de la quietud de su rostro, Cordelia podía sentir lo furioso que estaba. Irradiaba de las palabras que explotaban en su mente.

¿Qué están haciendo ustedes tres aquí?

—Recibí tu mensaje —dijo James—. Me dijiste que viniera.

No envié ningún mensaje, dijo Jem.

—Sí, lo hiciste —protestó Cordelia, indignada—. Todos lo vimos.

—Nuestro maestro envió el mensaje —dijo Ariadne—. Él espera en las sombras. Aun así, él controla todo.

Jem sacudió la cabeza. Su capucha se había caído hacia atrás y Cordelia pudo ver la mancha blanca en su cabello oscuro.

La inmundicia ha hecho algo aquí, dijo.

Levantó el báculo de roble en sus manos y Cordelia vio las letras WH talladas en la empuñadura.

Todos los enfermos cantaban el nombre de James, sus voces se alzaban en un murmullo brumoso.

Jem dejó caer el báculo con fuerza, y el ruido de la madera golpeando el piso de piedra resonó en sus oídos. El canto cesó; los enfermos se quedaron quietos.

Jem se volvió hacia Cordelia y los muchachos.

Algún mal los ha traído aquí, dijo Jem. *Salgan. Me temo que están en peligro.*

Echaron a correr.

* * *

El escape de la Ciudad Silenciosa fue casi borroso para Cordelia. James fue primero, la luz mágica en su mano iluminó su camino mientras salían del camino de varios Hermanos Silenciosos. Ella y Matthew fueron después; en segundos todos habían llegado a la última escalera, que se arqueaba hacia el cielo.

De repente, Matthew jadeó. Se tambaleó, cayendo contra la pared de piedra como si hubiera sido empujado. Cordelia lo agarró del brazo.

— ¡Matthew! ¿Qué está pasando?

Su cara estaba blanca como el papel.

—James —susurró—. Algo muy malo le sucede a James.

Cordelia miró por encima de las escaleras. James desapareció de su vista. No debió darse cuenta de que ya no lo seguían.

—Matthew, él está bien, está fuera de la Ciudad…

Matthew se apartó de la pared.

—Debemos apurarnos —fue todo lo que dijo, y comenzó a correr nuevamente.

Subieron las escaleras y entraron en el claro de arriba. James no se veía por ninguna parte.

Matthew tomó la mano de Cordelia.

—Está por aquí —dijo y la condujo por un camino estrecho entre los árboles. Estaba casi negro debajo del dosel de hojas, pero Matthew parecía saber exactamente a dónde iba.

Surgieron en un bosque oscuro rodeado de tumbas, el cielo sobre ellos era del azul profundo del crepúsculo tardío. James estaba allí, quieto como una estatua. Una estatua de un príncipe oscuro, todo en negro, con el pelo como plumas de cuervo. Estaba en el proceso de deshacerse de su chaqueta, algo desconcertante, ya que hacía frío ahora que era de noche.

No estaba mirando a Matthew o a Cordelia, sino a algo en la distancia. Su expresión era severa, sus ojos rodeados de oscuridad. Parecía enfermo, Cordelia se dio cuenta, preocupada. Como si algo muy malo le estuviera pasando, tal como Matthew había dicho.

Matthew cubrió su boca con sus manos.

— ¡James!

James se giró lentamente, dejando caer su chaqueta al suelo. Se movía mecánicamente, como un autómata.

La inquietud de Cordelia aumentó. Se acercó hacia James, lentamente, como si se moviera hacia un ciervo asustado en el bosque. La miraba con sus inquietos ojos dorados; había color en sus mejillas, un alto rubor se consumía. Oyó a Matthew soltar una grosería en voz baja.

—James —dijo ella—. ¿Qué pasa?

Se arremangó la manga izquierda de su camisa. En la parte posterior de su muñeca, justo arriba de donde habría terminado el puño de su camisa, había cuatro pequeñas y sangrientas medias lunas, rodeadas por un trazo de venas oscuras.

Marcas de uñas.

—Christopher —dijo James y Cordelia recordó con horror la forma en que Christopher se había aferrado a James en la enfermería, agarrándole la muñeca—. Sé que no quiso hacerlo. —Su boca se torció en una sonrisa dolorosa—. No se lo digan. Se culpará.

Oh, James, no. Por favor no. Pensó en Oliver Hayward, muerto porque Barbara lo había arañado en sus últimos momentos. *No James*.

—Tenemos que regresar a la Ciudad Silenciosa. Tenemos que llevarte con Jem… —dijo Matthew con voz temblorosa.

—No —susurró Cordelia—. Ahí no es seguro para James. Si fuéramos al Instituto, o si lleváramos a Jem allá…

—Absolutamente no —dijo James con mucha calma—. No iré a ninguna parte. Ni mucho menos a ningún otro lugar de Londres.

—Carajo, está alucinando —dijo Matthew con un gemido.

Pero Cordelia no creía que lo estuviera.

—James. ¿Qué ves? —dijo ella en voz baja.

James levantó la mano y señaló.

—Ahí. Entre esos dos árboles.

Y tenía razón, de repente, Cordelia y Matthew también podían ver lo que James había estado mirando todo este tiempo. Entre dos cedros había un gran arco. Parecía estar hecho de luz oscura; se curvaba con florituras

góticas, como si fuera parte del cementerio, pero Cordelia sabía que no. A través de él, podía vislumbrar un remolino de caos oscuro, como si fuera viendo a través de un Portal la inmensidad del espacio negro en sí.

—Una puerta —dijo Matthew lentamente.

—Como dijo Ariadne —susurró Cordelia—. James, tu sangre... —Ella sacudió la cabeza—. No. No lo hagas, sea lo que sea que pienses. Todo esto se siente mal,

Pero James solo se volvió y se dirigió hacia el arco. Estiró el brazo hacia él, el que tenía las heridas donde las uñas de Christopher habían perforado su piel y cerró el puño.

Los músculos de su brazo se hincharon, y la sangre corrió por los cortes en su muñeca; parecían leves, pero gotas gruesas de color rojo se elevaron a lo largo de su brazo y cayeron al suelo. La vista a través del arco parecía solidificarse y aclararse, y ahora Cordelia podía vislumbrar el mundo que había visto en el puente: un lugar con tierra y cielo como cenizas, y árboles como protuberancias hechas de hueso.

—James —dijo Matthew, cerrando la brecha entre él y su amigo—. Detente.

—Tengo que hacer esto. —James bajó su brazo sangrante. Tenía los ojos febriles, ya sea por determinación o por el veneno que corría en sus venas, Cordelia no estaba segura—. Math... no deberías tocarme. No es seguro.

Matthew, que había estado acercándose a James, se detuvo abruptamente y extendió sus brazos.

—James...

—James, ¿es por eso que vas? —exigió Cordelia. Podía saborear las lágrimas en el fondo de su garganta. Quería romper algo, tomar a Cortana

y aplastar su hoja contra el granito de las tumbas—. ¿Porque crees que vas a morir? Thomas y Lucie están recogiendo la raíz de Malos en este momento. Podríamos tener el antídoto en un día. En *horas*.

—No es eso. —James negó con la cabeza—. Esté infectado o no, tengo que irme y tienen que dejarme.

— ¿Por qué? —exigió Matthew—. Dinos por qué, Jamie.

—Porque Christopher tenía razón —dijo James—. También Ariadne. Todo esto se detendrá solamente si voy por esa puerta. Se trata de mí. Siempre ha sido sobre mí. *No tengo otra elección.*

Capítulo Traducido por Catnip1296
Corregido por Samn y Annie

19

Cualquier Lugar será Infierno

Cuando el mundo entero se disuelva
Y todas las criaturas deban ser purificadas
Cualquier lugar que no sea cielo, será infierno
—Christopher Marlowe, *Doctor Faustus*

Para el momento en que Lucie y Thomas llegaron a la Mansión Chiswick, casi había oscurecido; el sol se había puesto y la mansión se había tornado plateada contra la débil luz. Dejaron el carruaje en la acera, recorrieron el camino en silencio y esquivaron los árboles hasta la casa. De alguna forma el lugar lucía aún peor que cuando Lucie estuvo ahí con Cordelia.

Lucie podía ver la enorme sombra del invernadero en la distancia, y el arruinado jardín italiano al otro lado. Ahora que tenía una mejor vista de la casa y su suelo, Lucie deseó no tenerla. No podía imaginar vivir en un lugar así.

—Pobre Grace —dijo Lucie—. Este lugar es un ratonero. De hecho, no se lo desearía a los ratones.

—Eso es porque te gustan los ratones —contestó Thomas—. ¿Recuerdas a Marie?

Marie Curie fue una pequeña rata blanca que Christopher mantuvo cautiva en la Taberna del Diablo y a la cual alimentó con pan y huesos de pollo. Marie era lo suficientemente amigable como para descansar en el hombro de Lucie y meter el hocico en su cabello. Eventualmente, Marie murió de causas naturales y fue enterrada con dignidad en el patio trasero de Matthew.

—Pero no sé si debamos sentir lástima por Grace —dijo Lucie—. Le rompió el corazón a James.

—Para alguien con el corazón roto, claramente parecía estar perfectamente bien —contestó Thomas—. De hecho, parece *más* feliz.

Lucie no lo contradijo.

—Aun así —dijo—. Es la principal causante del todo.

Llegaron al invernadero; una larga estructura de cristal y madera. Hace mucho tiempo, le proveía a la familia Lightwood manzanos y uvas durante el invierno. Ahora había agujeros en el cristal de las paredes, y las una vez limpias ventanas, estaban manchadas y oscuras.

Un enorme candado bloqueaba la puerta. Lucie comenzó a sacar su estela, pero Thomas sostuvo su muñeca.

—Puedo rodearla hasta la parte trasera —dijo—. Allí debe haber un cobertizo con una entrada al invernadero. Deben necesitar calentar el lugar con un hipocausto.

—No tengo idea de qué hablas —contestó Lucie—. Pero sospecho que sabes todo esto por las horas que has pasado con Christopher en el laboratorio. Como sea, en cualquier caso, gatearemos dentro de un oscuro cobertizo infestado de arañas.

—No son las arañas lo que me preocupan —dijo Thomas—. Y tú no vas a gatear; te necesitamos aquí como vigilante. Si ves cualquier actividad inusual, envía una señal.

—Odio ser la vigía. ¿Estás seguro que necesitamos uno?

—Sí —respondió Thomas—, porque si uno de nosotros va a ser devorado por un árbol con raíces demoníacas, será mejor que el otro esté ahí para ayudar, o al menos para recoger las raíces de maleza y escapar.

Lucie tuvo que admitir que tenía razón.

—Entonces ve.

Thomas se dirigió a la parte trasera del invernadero. Lucie intentó hacer lo que se le sugirió durante al menos cinco minutos, pero era muy aburrido; solo se podía caminar un tiempo de un lado a otro frente a la puerta del invernadero antes de comenzar a sentirse como un pez dorado nadando de aquí para allá en su pecera. Estuvo casi aliviada de captar algo por el rabillo del ojo.

Lucía como una chispa de luz brillante en el jardín italiano. Se alejó del invernadero, estrechando los ojos; la luz palidecía de color y titubeaba contra el crepúsculo. ¿Una antorcha, tal vez?

Ella se movió más cerca, manteniéndose en las sombras. El jardín estaba arruinado. Una vez tuvo setos bien cuidados, pero ahora estaban muy crecidos; un desastre de arbustos disparados en todas las direcciones. Las estatuas de mármol de Virgilio, Sófocles y Ovidio estaban rotas en pedazos irregulares que sobresalían en zócalos. En el centro de todo el desastre se encontraba una estructura cuadrada de ladrillos, como un viejo almacén.

Mientras se acercaba, vio de nuevo el parpadeo de una luz. Era más brillante ahora, y parecía estarse elevando sobre las paredes de la pequeña estructura, como si no hubiese techo, lo cual no era inusual en las construcciones viejas; a menudo el techo era lo primero que se dañaba. Claramente no tenía ventanas, pero la luz continuaba brillando establemente desde allí.

Consumida por la curiosidad, Lucie fue hacia la pequeña estructura y miró. Parecía que había sido construida hacía mucho tiempo, de una piedra larga y robusta. Había una puerta en uno de los costados y aunque estaba cerrada, la luz se filtraba por debajo de ésta.

Mientras Lucie miraba, la luz se movió. Algo, o alguien, definitivamente se movía allí dentro.

Olvidando ser precavida, Lucie comenzó a escalar una de la paredes.

Alcanzó la cima casi al instante. La estructura de hecho estaba destechada, desprotegida de su alrededor de no ser por las cuatro gruesas paredes. Lucie se aferró a la cima del muro que había escalado y miró hacia abajo.

Era un cuatro libre de cualquier de decoración, exceptuando una espada colgada en una de las paredes. En el travesaño, tenía un diseño de espinas; el símbolo de la familia Blackthorn. En el centro de la habitación había una mesa, en la cual descansaba un sarcófago. De pie junto al sarcófago estaba Grace Blackthorn, con una antorcha iluminada de luz mágica en su mano derecha; su mano izquierda yacía sobre el sarcófago, con sus delgados dedos estirados como si pudiese atravesar el cristal y tocar el cuerpo con ellos.

Porque el sarcófago estaba hecho de cristal, como el ataúd de Blancanieves en el cuento de hadas. En él yacía Jesse Blackthorn, con su cabello tan negro como ébano, su piel tan blanca como nieve. Sin embargo, sus labios no eran tan rojos como la sangre; estaban pálidos y secos, y sus ojos estaban cerrados. Vestía un traje blanco de luto —era extraño verlo con una ropa distinta a aquella con la que murió— y tenía las manos cruzadas sobre su pecho.

Lucie se agarró fuertemente al muro. El cuerpo de Jesse. Probablemente llevaba poco tiempo en este cobertizo; Tatiana debe haber tenido a su hijo con ella en Idris hasta que llegaron a Londres. Pero ¿por qué no simple-

mente puso a Jesse dentro de la casa, en lugar de en esta rara estructura; un lugar donde tendría un techo sobre él?

La idea de la lluvia cayendo sobre su ataúd era casi dolorosa. Jesse no parecía muerto; lucía como si se hubiera quedado dormido mientras descansaba en el jardín. Parecía que fuese a levantarse en cualquier momento y se liberaría de su prisión de cristal. Parecía… vivo.

—Jesse —dijo Grace—. Jesse, tengo miedo.

Lucie se congeló. Nunca había escuchado a Grace hablar así. Sonaba asustada, cierto, pero era más que eso; sonaba gentil.

—Jesse, perdóname. Odio dejarte aquí afuera en el frío, aunque sé que no lo sientes. —Grace sonaba como si estuviese conteniendo las lágrimas—. Charles siempre está deambulando por la casa; supongo que quiere ver qué clase de propiedad heredará cuando mamá muera. —Su voz se hizo más baja; Lucie tuvo que inclinarse para escucharla—. Oh, Jesse. Temo que no me permitirán venir aquí por las noches; Charles está constantemente diciendo que no debería estar sola en esta casa en ruinas. Él no sabe que no estoy sola. *Tú* vienes a hablar conmigo. —Apartó su mano enguantada del sarcófago—. Me preguntaste por qué me iba a casar con Charles. Me preguntaste si era porque temía lo que mamá pudiera hacerle a James.

Lucie se quedó helada. En la casi oscuridad, era imposible ver la expresión de Grace; parecía cambiar con el parpadeo de la luz. Un momento era gentil, y al otro momento era malvada.

—Pero soy mucho más egoísta que eso —jadeó Grace—. Lo estoy haciendo porque me liberará de mamá. Quiero que se recupere, de verdad, pero cuando lo haga, debo hacer que entienda que ahora soy parte de la familia del Cónsul y ya no puede tocarme. En cuanto a James…

La luz parpadeó en la pequeña habitación. Detrás de Grace, solo había sombras. Lucie sabía que debería regresar al invernadero, pero estaba desesperada por escuchar más de lo que Grace estaba diciendo.

—Me preguntaste tantas veces qué era lo que realmente sentía por James, y nunca te lo dije. Te escondí tanto. Siempre deseé mostrarte mi mejor rostro, Jesse. Eres el único que todo el tiempo me defendió de mamá. Desearía…

Las sombras detrás de Grace parecieron moverse.

Lucie jadeó. Grace alzó la mirada ante el sonido, justo cuando una sombra agazapada emergió de la oscuridad.

Era un demonio, mitad reptil y mitad humano, con corrosivas alas de murciélago y una mandíbula afilada como la hoja de un cuchillo. Se inclinó sobre Grace, masivo y escamoso y ella chilló con fuerza, dejando caer la antorcha. Comenzó a retroceder, pero el demonio era muy veloz; sus corrosivas garras atacaron, sujetaron a Grace de la garganta y la alzaron; sus pequeños pies en las botas de tacón patalearon salvajemente.

El demonio habló. Su voz hizo eco en las paredes de ladrillo.

—*Grace Blackthorn. Niña estúpida.* —En la luz de la antorcha, Lucie pudo ver que su rostro era plano, como el de una serpiente; sus huecos ojos brillaban como piedras negras. Tenía dos bocas, pero solo la inferior se movió mientras hablaba. Grandes cuernos se curvaban desde cada lado de su cabeza, brillando con escamas negras y grises—. *Nunca debiste traicionar las promesas que tu madre juró a aquellos más poderosos que ella. Hay encantamientos que tú no puedes remover. ¿Entendido?*

—Ya había comenzado a desvanecerse —jadeó Grace—. No estaba funcionando…

Debe estar hablando de los hechizos puestos en Jesse, pensó Lucie. ¿Tal vez les ocurrió algo cuando Tatiana sucumbió al veneno?

—*Harás lo que se te ha dicho. Devuelve el encantamiento a donde estaba. Yo, Namtar, me cercioraré de su resistencia.* —Su voz era como grava—. *De*

lo contrario, cuando nuestro maestro descubra que fue removido, su furia estará fuera de tu imaginación. Recuerda: todo lo que te importa puede ser destruido con solo una palabra suya. Con un chasquido de su muñeca.

Su mano libre se disparó hacia el sarcófago que contenía a Jesse. Grace gritó, y Lucie se lanzó desde la pared, aterrizando con fuerza sobre la espalda del demonio con los brazos alrededor de su cuello.

Rugiendo de sorpresa, el demonio se tambaleó hacia atrás, liberando a Grace. Aterrizó dolorosamente, sus ojos salvajes y su cabello rubio cayendo sobre su rostro. El demonio gruñó y movió la cabeza como para enterrar los dientes en las manos de Lucie. Ella se dejó ir, saltando al suelo y levantó a Grace por la muñeca.

Grace la miró atónita.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

A Lucie no le parecía que ese fuese el asunto más relevante en aquel momento. Apretó sus dientes y tiró de Grace hacia la puerta.

—¡Corre, Grace!

Con el sonido de su nombre, Grace salió de su parálisis. Comenzó a correr, arrastrando a Lucie con ella; atravesaron la puerta y llegaron al jardín. Grace soltó a Lucie y se devolvió para cerrar la puerta, pero el demonio ya se había deslizado por otro camino; hubo un crujido de metal mientras la puerta era arrancada de las vigas y arrojada a un lado.

El demonio avanzó hacia las dos chicas. Lucie medio esperaba que Grace se metiera a la casa, pero permaneció ahí de pie. Lucie sacó un cuchillo serafín de su cinturón justo mientras Grace se agachaba, levantaba una piedra y se la arrojaba al demonio. Lucie al menos tenía que darle puntos por intrepidez.

La roca rebotó en el encuerado pecho del demonio. Sonrió con ambas bocas y levantó a Lucie por el torso, mandando a volar su espada. La

elevó mientras la recorrían de arriba a abajo con la mirada. Sus ojos se estrecharon.

—Te conozco —ladró. Casi sonaba sorprendido—. Tú eres la segunda.

Lucie soltó una patada, conectando su pie con el torso del demonio. Él gruñó y ella chilló de dolor cuando la apretó más fuerte. Su boca inferior se abrió; ella vio el destello de colmillos, y luego un fluido negro como el icor salió de ahí. Él se tambaleó, liberando a Lucie; ella cayó al suelo y rodó sobre su costado mientras el cuerpo del demonio se arqueaba hacia atrás. La hoja de una espada emergía de su pecho, llena de icor verde y negro. Él miró incrédulamente el acero que salía de su torso, gruñó y se desvaneció.

De pie justo detrás de donde el demonio había estado, se encontraba Jesse.

Él sostenía la espada que había estado colgada en la pared de la pequeña habitación del sarcófago. A pesar del icor en la hoja y en el suelo a sus pies, no había manchas en su ropa, o en sus manos desnudas. El cielo se había oscurecido sobre ellos; sus ojos verdes brillaban mientras bajaba la espada.

—Jesse —jadeó Lucie—. Yo…

Se detuvo cuando Grace dio un paso al frente. Su mirada iba de Lucie a Jesse y luego devuelta; su expresión era de incredulidad.

—Pero no lo entiendo —dijo, uniendo sus manos con fuerza—. ¿Cómo puedes ver a Jesse?

* * *

James pensó que Matthew y Cordelia insistirían en detenerlo, pero luego de que les explicara —las voces haciendo eco en sus oídos mientras les

decía cómo unió las piezas— él supo que no lo harían. Ambos lo miraron con rostros pálidos y drenados de sangre, pero ninguno hizo un solo movimiento para interponerse entre él y la puerta.

Matthew; desaliñado, sucio, aún con las extravagantes botas puestas, se levantó y apretó la mandíbula.

—Entonces, si debes ir, iré contigo.

El corazón de James se rompió. ¿Cómo podía hacerle esto a Matthew? ¿Cómo podía contemplar el morir en un lugar al cual Matthew nunca podría seguirlo?

Pero tenía que hacerlo.

—No funcionará —dijo suavemente—. Nadie puede seguirme a las sombras, Math. Ni siquiera tú.

Matthew caminó rápidamente hacia la entrada, incluso mientras James lo llamaba asustado. Se estiró para tocar el espacio vacío debajo del arco, donde el suelo verdoso del cementerio se transformaba en cenizas grisáceas.

Su mano rebotó como si hubiese golpeado un cristal. Se volvió hacia sus compañeros y Cordelia pudo ver que estaba temblando.

—Cordelia, ¿tienes la cuerda? —preguntó él.

Cordelia aún traía la cuerda que habían usado para escalar hasta la ventana de Gast. Matthew la agarró, y mientras James y Cordelia miraban, curiosos, él aseguró un extremo de la cuerda alrededor de la cintura de James.

A pesar del temblor en sus manos, ató un nudo excelente.

Se ató el otro extremo de la cuerda en su propia cintura. Cuando se alejó, miró firmemente a James.

—Entonces ve —dijo—. Si algo pasa, si necesitas que te traigamos de vuelta, tira de la cuerda tres veces.

—Lo haré —le dijo James. Se volvió hacia Cordelia; estaba tan cerca de la entrada que el contorno de su costado izquierdo se tornó gris, como si fuese un esquema que comenzaba a borrarse con rapidez—. Cordelia...

Cordelia se inclinó y le dio a James un corto beso en la mejilla. Lo vio parpadear y tocarse el pómulo con los dedos, sorprendido.

—Regresa —dijo ella.

James asintió. No había nada más que decir. Con una última mirada detrás de él, James cruzó la entrada y desapareció.

* * *

El mundo más allá de la puerta era negro y gris. Primero se movió entre siluetas amorfas, y luego en un lugar donde el camino se entrecruzaba con dunas de arena seca. El aire era espeso, árido y sabía a humo, y el polvo giraba sin cesar en el aire, forzándolo a cubrirse los ojos con una mano.

Justo sobre él, podía ver un agujero en las nubes negras y grises, y una rara constelación de estrellas. Brillaban como los ojos de las arañas. En la distancia, las nubes se concentraron y comenzó a caer lluvia negra.

Su único consuelo era la cuerda alrededor de su cintura. Como todas las cuerdas de los cazadores de sombras, su alcance era más extenso de lo que parecía; se desenredaba y desenredaba sin señal de acabarse. Mantuvo un fuerte agarre en ella con su mano derecha; en algún lugar del otro extremo estaban Matthew y Cordelia.

Después de un tiempo, el paisaje cambió. Por primera vez vio las ruinas de lo que una vez fue una civilización; pilares destrozados cubrían la tierra seca, junto con los restos de paredes de piedra a antiguas. En la distancia, creyó distinguir la silueta de una torre vigilante.

El camino se curvaba en una duna. Cuando James emergió del otro lado, pudo ver la torre más claramente; se alzaba como una lanza rasgando el cielo. Frente a ella, había un espacio rodeado de ruinas de la pared y en medio de éste, había un hombre.

Estaba vestido completamente de blanco, como un cazador de sombras de luto. Su cabello era de un pálido gris, pero él no parecía viejo; era del color de las plumas de una paloma, luciendo un corte largo fuera de moda; sus ojos eran de un familiar gris acero y James recordó las ilustraciones de los libros que había estudiado, pero esas habían sido descripciones de monstruos; este era un Príncipe del Infierno mostrándose a sí mismo en su forma más humana. Parecía una estatua tallada por la mano divina; sus rasgos no tenían edad, eran atractivos, todo equitativo. Era posible ver en él la terrible belleza de un ángel caído; incluso sus manos parecía que una vez fueron construidas para actos de divinidad; para oraciones y la guerra santa al mismo tiempo.

—Hola, abuelo —dijo James.

El demonio se acercó a él, sonriendo cortésmente. El agresivo viento alborotó su pálido cabello.

— ¿Sabes quién soy, entonces?

—Eres Belial —contestó James.

—Qué chico tan listo —dijo Belial—. He tenido mucho cuidado con no dejar rastro detrás de mí. —Sus manos trazaron con gracia una parábola en el aire. Sus nudillos eran ejes curvos—. Pero claro, eres *mi* nieto.

—Este no es tu reino —dijo James—. Era el reino de Belfegor, ¿no? Y tú se lo robaste.

Belial se rio benignamente.

—Pobre Belfegor —habló—. Lo herí gravemente cuando no se lo esperaba. No dudo que siga flotando en el espacio entre mundos, tratando de hallar su camino a casa. No es un buen tipo, Belfegor; no desperdiciaría tu simpatía en él.

—No es simpatía —contestó James—. Al principio pensé que tal vez Belfegor era mi abuelo, pero no encajaba. No del todo. Luego Agaliarept dijo que el reino de su maestro le había sido arrebatado…

— ¿Conociste a *Agaliarept*? —Belial lucía realmente divertido—. Es un buen tipo. Compartimos buenos momentos juntos antes de que quedara atrapado en esa caja. Te mueves en interesantes círculos, James.

James lo ignoró.

—Y comencé a preguntarme, ¿quién robaría un mundo? ¿Y por qué? —Observó el rostro de Belial en busca de una expresión, pero el Príncipe del Infierno no traicionó sus emociones—. Luego recordé que leí un libro que te mencionaba.

—Muchos libros me mencionan —dijo Belial.

—Este en particular te llamaba ladrón de reinos, de mundos. Y y-yo creí que era un error; pensé que se refería a que eras el mejor ladrón en todos los mundos, en cualquier mundo, pero decía la verdad, ¿no? Tú robas reinos. Le robaste este reino a Belfegor. —James se sentía mareado; su muñeca, donde las uñas Christopher lo habían arañado, le picaban, dolían y palpitaban—. Pensaste que nadie asumiría que estabas detrás de los ataques demoníacos. Pensaste que si dejabas rastro, los llevaría hasta Belfegor. Lo que no comprendo es que durante toda mi vida, has estado mostrándome este lugar, este reino… —Se detuvo, luchando por tener control—. Veo este mundo tanto si lo deseo como si no, pero ¿por qué mostrarme un reino que no es tuyo?

Belial sonrió.

—Eres mortal y ustedes cuentan su vida en días y años. Los demonios contamos nuestras vidas en décadas y milenios. Cuando le robé este mundo a mi hermano, no existían los cazadores de sombras; ni siquiera eran un pensamiento en la estúpida cabecita de Raziel. A través de las décadas sometí todo en este reino a mi voluntad. Cada árbol, cada roca, cada grano de arena está bajo mi poder; justo como a ti, mi muchacho. Por eso te traje aquí.

—Vine aquí por mi propia voluntad —dijo James—. Yo *elegí* encontrarme contigo cara a cara.

— ¿Cuándo supiste que no era Belfegor?

De pronto James se sintió cansado.

— ¿Importa? Asumí algo de esto cuando el demonio Manticor me habló en el puente. No había motivos para que un Príncipe del Infierno quisiera tanto verme a menos que compartiéramos sangre, ni para que fuese tan misterioso sobre qué príncipe era a menos que jugara algún truco. Agaliarept dijo que el reino de su maestro fue robado por un demonio más astuto, y he escuchado que a mi abuelo lo llaman el príncipe más astuto del Infierno. Cuando Ariadne habló, cuando llamó a su maestro Señor de los Ladrones, *lo supe*. El maestro del Manticor, el ladrón, el príncipe astuto, mi abuelo… todos eran uno solo.

— ¿Y quién crees que te habló a través de Ariadne y de los otros? —inquirió Belial. Agitó perezosamente su mano en el aire, y por un momento, James divisó la enfermería de la Ciudad Silenciosa. Los enfermos yacían inmóviles en sus camas y Jem cuidaba la entrada, con su bastón en la mano. La habitación estaba silenciosa. James no pudo evitar mirar a Christopher, quieto y luciendo magullado—. Me cansé de tus retrasos —dijo Belial, bajando la mano. La imagen se desvaneció de la existencia—. Necesitabas entender que si no venías a mí, la muerte no se detendría jamás.

James pensó en Matthew y Cordelia, en la incredulidad de sus miradas cuando James les dijo por qué tenía que atravesar la puerta; por qué no tenía elección.

Debo conocer a mi abuelo en su reino, ya sea si es una trampa como si no. Hay trampas en las que se debe caer, porque si no me encuentro y lidio con él, la muerte nunca tendrá fin.

—Tú eres la razón de que haya habido tan pocos demonios en Londres todos estos años —dijo James.

Están demasiado asustados para mostrar sus rostros, había dicho Polly.

»Se mantuvieron lejos porque tenían miedo de ti, pero ¿por qué?

—Para hacerte todo más simple —dijo Belial—. La Manticor los atravesó como un cuchillo al pan, y ¿cómo no? No saben nada de cómo actuar como guerreros.

—Y luego empezaste a dejar que los demonios volvieran —dijo James lentamente—. Para mantenernos ansiosos y distraídos. Sin prestar atención.

Belial se sacudió la arena de las mangas.

—Tú y tus amigos parecen haber estado prestando mucha atención.

—Los humanos no somos tan tontos como crees —James respondió fríamente.

La sonrisa de Belial se agrandó.

—Me entendiste mal, niño, si piensas que creo que los humanos son tontos —le dijo—. Son la más amada creación del cielo. *En acciones como los ángeles, en percepción como un dios* —citó suavemente—. *La belleza del mundo. El mejor de los animales.*

—Shakespeare —espetó James—, estaba siendo sarcástico.

—Tú no eres del todo humano, en cualquier caso, ¿cierto? —dijo Belial—. Ningún nefilim lo es. Caminan entre los humanos, lucen como ellos, pero incluso los poderes del más débil de ustedes exceden al más fuerte de los humanos.

James no estaba seguro de qué había esperado sobre Belial: esa opinión sobre los humanos ciertamente no. Pero los demonios eran criaturas tramposas, como las hadas, en ese sentido; retorcían y le daban forma a la verdad para sus propios propósitos. Y los demonios, a diferencia de las hadas, podían mentir.

— ¿Por qué querías conocerme tanto? —preguntó James con voz neutra—. ¿Y por qué no venir a mí? ¿Por qué insististe en que viniera a ti?

Belial inclinó la cabeza hacia atrás, pero soltó una risa, no hizo ningún sonido.

—Eres una sorpresa —le dijo.

— ¿Esperabas más miedo? —dijo James—. Entonces no conoces a mi padre. No conoces a mi madre. No conoces a mi familia o a mí.

—Esperaba más rabia —respondió Belial—. Pero quizá ya superaste tales cosas. Parece que ya me conoces. Ustedes los nefilim y todos sus libritos. ¿Entonces, qué aprendiste sobre tu abuelo?

—Hiciste a Belial para el hoyo, ángel de la enemistad; su dominio es en la oscuridad. Su consejo es provocar la maldad y la culpa. Todos los espíritus en su poder son ángeles de la destrucción que caminan en las leyes de la oscuridad, y es allí a donde va su único deseo. —citó James.

Belial parecía divertido.

— ¿No aprendiste también el significado de mi nombre? *Beli ya'al* del original arameo… ¿o es hebreo? Significa «no hay ascenso». Soy el único

de los Príncipes del Infierno que no puede caminar en la Tierra en mi forma propia; debo poseer un cuerpo para poder existir en tu reino.

—Poseiste a Ariadne —dijo James—. En la enfermería.

—Solo por un momento —contestó amargamente—. Cuando mi espíritu posee un cuerpo humano, es como una hoguera ardiendo dentro de una frágil cáscara de papel. El cuerpo sería destruido en cuestión de horas. Lilith, Sammael, todos los otros pueden caminar sobre la Tierra, incluso en su verdadera forma; solo yo tengo esta restricción, porque el cielo castigó a todos acorde a sus deseos. De todos los príncipes, soy yo quien ama más a los humanos, así que soy el único que no puede caminar entre ellos. —Mientras hablaba, hacía diferentes ademanes. Sus manos eran tan hermosas e inmutables al tiempo como el resto de él, con delgados y largos dedos. Sus uñas estaban negras—. Y entonces, estás tú.

El fuego se había intensificado en las venas de James. Podía sentir el febril sudor que se deslizaba por sus hombros, empapando su cabello. No se atrevía a mirar su brazo.

—El único cuerpo que puedo habitar —dijo Belial—, es uno de mi propia sangre. Lo intenté con tu madre, pero ese ángel mecánico que usa no me permitió acercarme a ella. Incluso luego de irse, Ithuriel la protege; está demasiado envenenada con sangre de ángel para servir de hogar para mí. —Sus labios se curvaron—. Pero *tú*. Podemos compartir tu cuerpo, James. Mi presencia curaría el veneno del demonio Manticor en tus venas. Vivirías, y el poder que tendrías te haría inmune, ya que, ¿acaso no eres mi descendiente, mi propia carne y sangre?

James sacudió la cabeza.

—Los ataques de demonios, la enfermedad… tú causaste todo porque necesitabas que yo *accediera*. —La última pieza del rompecabezas encajó en su lugar. Todo el cuerpo de James palpitaba de dolor—. Por esto querías que Belfegor fuese culpado por lo que tú intentabas hacer. Por todo esto.

Estabas tratando de burlar la ley que dijo que no puedes ascender. Nunca intentaste engañarnos a nosotros, los cazadores de sombras, sobre quién era mi abuelo; estabas intentando engañar a los otros como tú.

—A los ángeles en el cielo y a los demonios del agujero —afirmó Belial, examinando sus uñas negras—. Es cierto. No lo niego.

—Necesitabas que fuera *voluntario* para la posesión. Que te permitiera usarme.

—Exacto —contestó Belial. Parecía aburrido.

—Le arrebataste la felicidad a mi abuela. Le arrebataste la vida a mi prima Barbara, y quieres que yo…

—Me cedas tu cuerpo para ascender —dijo Belial impacientemente—. Sí, sí- Porque yo puedo hacer que todo pare. Mis criaturas te lo dijeron en el puente.

—La Manticor —dijo James—. Poseiste a alguien y lo enviaste a Emmanuel Gast. Hiciste que invocara al demonio.

—Gast era un idiota oportuno —dijo Belial—. De alguna forma pensó que después de invocar al demonio, le permitiría vivir, pese a que el rastro los habría guiado hasta él eventualmente y difícilmente era un tipo que soportaría torturas o interrogatorios. —Bostezó—. Es una lástima; Gast era muy talentoso con la magia dimensional. Se las arregló para invocar a la Manticor de una manera que le permitiera existir parcialmente en tu mundo y parcialmente aquí, donde prosperaba.

—Por eso soportaba la luz del día en nuestro mundo —dijo James.

—Precisamente. Los mundos son capas uno sobre el otro; la Manticor y sus hijos estaban protegidos en tu mundo debido a éste, y aquí me sirven completamente. Cuando les ordene no atacar a los nefilim, los ataques se detendrán; la muerte se detendrá. Pero si me rechazas, continuarán, y tú, mi muchacho, morirás.

—Detén a los demonios primero —dijo James con voz rasposa—. Tráelo y destrúyelo, y tú podrás… podrás poseerme. Te lo permitiré.

—No —ronroneó Belial—. Así no funcionan las cosas, James Herondale. Este es *mi* reino y no habrá trucos. Primero te conviertes en mi huésped y luego…

James sacudió la cabeza.

—No. El demonio primero. Y no puedes simplemente darle la orden la criatura. Debes destruirlo.

Los helados ojos de Belial se endurecieron.

Sus ojos se parecen mucho a los de mi madre, pensó James. Era extraño ver esos ojos llenos de tanta maldad; de tanto odio.

—No estás en posición de darme órdenes —espetó Belial—. Ven aquí, muchacho.

James no se movió. Los ojos de Belial se estrecharon y luego se deslizaron sobre él; por su rostro, su traje de combate y su muñeca sangrante.

—Me rehúsas —dijo lentamente, como si no pudiera creerlo. James diría que se veía asustado, si es que un Príncipe del Infierno podía estar asustado.

—Como ya dije —contestó James—. Vine aquí por mi propia voluntad.

—Ya veo —dijo Belial—. No eres tan manipulable como se me permitió creer. Pero pronto entenderás la astucia de mis planes. Preferiría un cuerpo adulto —añadió, casi como si fuera una repentina idea—. Por supuesto, prefería que fueras un poco más mayor, pero como dicen por ahí, las necesidades son deberes cuando el diablo conduce —sonrió—. Recuerda que no eres el único al que puedo acercarme.

Agitó una mano con uñas negras, y luces multicolores golpearon a través del sombrío viento. Formaron la silueta de Lucie; Lucie en su traje de combate, con el cabello sujeto en un determinado moño. Parecía exactamente ella misma, con oscuras manchas de tinta en las manos. El estómago de James se contrajo.

—No te atrevas a tocarla —dijo—. De todas formas… Lucie jamás accedería.

Belial soltó una carcajada.

—No estés tan seguro. Considéralo, James. A pesar de tu sangre, tu cuerpo es frágil. Mira cómo estás muriendo ahora. Resides en un fino envase que envejece, muere y siente un terrible dolor, pero si te unes a mí, serás inmortal. ¿No te gustaría eso para ti? ¿O para tu hermana?

—No —dijo James—. No valdría la pena.

—Ah, la estúpida confianza de los nefilim. —Los ojos de Belial se estrecharon—. Quizá es momento de que te recuerde, muchacho, cuán frágil eres realmente.

* * *

Hubo silencio. Jesse se quedó de pie, sin respirar audiblemente —sin respirar en lo absoluto— con la espada en la mano. Miraba de Grace a donde se encontraba Lucie, todavía agazapada en el suelo. Él inclinó la cabeza hacia Lucie en el más ligero de los asentimientos.

Ella se volvió hacia Grace.

—Sí —dijo—. Puedo ver a Jesse.

La mano de Grace voló a su boca.

—Pero ¿cómo? —susurró—. James también es un Herondale, pero no puede verlo. James nunca ha podido verlo…

—Lucie es inusual —respondió Jesse—. Parece ser capaz de ver más que la gente ordinaria.

Él dejó la espada contra uno de los costados del cobertizo y luego regresó con su hermana.

—Grace —dijo, poniendo gentilmente sus brazos alrededor de ella. Grace apoyó la cabeza en su hombro—. Ese demonio. ¿Es obra del abuelo? ¿Todavía persisten?

Grace se apartó ligeramente.

—No —le dijo—. Era… —Negó con la cabeza—. No es seguro. No podemos hablar frente a ella, sobre nada. Es hija de Will Herondale, Jesse, es prácticamente la sobrina de la Cónsul…

Lucie se levantó en silencio, sacudiendo la grava de su vestido. Se sentía muy incómoda. Pensó en el siseante susurro del demonio:

Las promesas que tu madre juró a aquellos más poderosos que ella. El demonio era obra de Tatiana, lo sabía y sospechaba por la mirada en el rostro de Jesse que él también lo supuso.

—Conozco a Lucie —dijo Jesse, mirando a Lucie por encima de la cabellera rubia de su hermana—. Confío en ella, así como tú confías en James.

Grace se apartó y frunció el ceño.

—Yo nunca le conté a él sobre ti…

— ¡Lucie! —Una voz la llamó; alzó la mirada para ver a Thomas corriendo hacia ella. Evadió fácilmente los setos y se aproximó, luciendo dubitativo pero listo para luchar, con sus boleadoras a la mano.

Grace se alejó reaciamente de Jesse, limpiando su rostro. Se volvió para mirar a Thomas.

— ¿Por qué han invadido mi casa? —demandó saber—. ¿Qué está sucediendo?

—No creímos que estaría en casa —respondió Thomas.

—Eso no ayuda —dijo Lucie—. Cuéntale sobre el antídoto, Thomas.

—Ah —dijo Thomas, mirando nerviosamente a Grace—. Christopher y yo hemos estado intentando crear un antídoto para el veneno demoníaco.

— ¿Y? —dijo Grace en un tono cortante. Estaba mirando a Jesse por el rabillo del ojo; él se había alejado varios pasos y los observaba silenciosamente. Era claro que Thomas no lo veía.

—Necesitábamos algo de su invernadero —contestó Thomas—. Una planta en particular. La tomé y sospecho que no le hará falta, viendo el estado en que la conservaban.

Jesse alzó ambas cejas.

— ¿Es un hábito tuyo invadir las casas ajenas e insultar sus jardines? —preguntó Grace—. ¿Y por qué la señorita Herondale estaba en el jardín italiano?

—Yo… —comenzó a decir Lucie.

El mundo se volvió blanco. Blanco y después gris. Lucie jadeó mientras el jardín frente a ella se desvanecía, reemplazado por un vasto desierto y un cielo nocturno iluminado por estrellas extrañas. Frente a ella, podía ver

a James, con la ropa manchada de sangre. Parecía enfermo, en mal estado y febril. Mientras ella lo miraba sorprendida, él atacó con una espada en la mano.

La visión desapareció. Estaba de regreso a la tierra de la mansión en Chiswick, su cuerpo arqueado mientras luchaba por respirar. Lo que había visto era real; lo sabía.

—James —dijo casi tosiendo. *James está en problemas. Tenemos que ayudarlo*. Pero no podía decir eso frente a Thomas. Él tenía que concentrarse en el antídoto, y además, creería que ella estaba loca. Trató de estabilizar su voz—. Debería reunirme con él.

Thomas parecía confundido, al igual que Grace; solo Jesse pareció entender.

— ¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó Jesse—. Lo buscaré. Sabes que viajo rápido.

Lucie y Grace intercambiaron una rápida y casi conspiradora mirada.

— ¿Por cierto, *dónde* está James? —preguntó Grace en voz alta—. ¿No vino contigo?

—Está en el cementerio Highgate —dijo Lucie—. Fue a la Ciudad Silenciosa.

Jesse dio un pequeño asentimiento y se desvaneció.

— ¿Qué demonios, Lucie? —dijo Thomas—. ¿Qué ocurre con James?

—Debería reunirme con él en Highgate —contestó Lucie—. Sería más útil para nuestros amigos allá que para ti en el laboratorio. Ahora que tenemos el último ingrediente, es el momento de crear el antídoto, ¿cierto?

—Sí, pero ¿debes irte a Highgate ahora?

—Es solo que siento que debería estar con él, y con Cordelia. Ya hicimos aquí lo que veníamos a hacer… seré simplemente una distracción para ti en el laboratorio.

—Lucie podría tomar nuestro carruaje —dijo Grace rápidamente—. Debe bastar para llevarla la Ciudad Silenciosa si así lo desea.

Sorprendida, Lucie le dio una mirada agradecida. Thomas parecía indeciso.

—Debería ir contigo, Lucie.

—No —protestó Lucie—. Thomas, tú *debes* ir a la casa de la Cónsul. No podría vivir conmigo misma si el antídoto se retrasa por mi culpa.

Lo cual, pensó Lucie, era realmente cierto. A Thomas lo persuadió lo suficiente para despedirse y regresar por el sendero de la mansión.

Tan pronto como estuvo demasiado lejos para escucharlas, Grace miró fijamente a Lucie.

— ¿Qué estás planeando? Sé que lo alejaste por una razón. Una real.

—Lo alejé por Jesse —respondió Lucie—. Y porque… te vi hablando con el demonio, Grace. Estaba regañándote por algún hechizo. La Clave…

Grace se había puesto de un color horrible. En los libros, cuando la gente palidecía, era dramático. En este momento, la vista de ello hizo que Lucie se sintiera un poco enferma.

—Ni siquiera digas su nombre —dijo—. Sí, mi madre usó magia negra para intentar revivir a mi hermano y con la magia negra vienen los demonios; demonios con los que ella ha hecho tratos, demonios que exigen promesas claras. Desearía por el Ángel que no hubiese hecho nada de eso. Trato de esconderle lo peor a Jesse, pero… él es todo lo que tengo y no puedo perderlo. Si la Clave descubriera lo que mi madre estuvo haciendo…

—Lo sé —dijo Lucie, intentando usar un tono tranquilo—. Entiendo que nadie puede saber que Jesse está aquí, que estás escondiéndolo porque si los nefilim encontraran su cuerpo, lo destruirían. Pero, ¿tiene que ser escondido? ¿O protegido? El Enclave no lo encontró cuando revisaron el jardín…

—Mi madre tenía a Jesse en su habitación y la Clave no entró ahí —dijo Grace, en un susurro—. Lo trasladé después de que ella enfermó; no soportaba ir ahí y no soportaba que él tuviese que despertar ahí cada amanecer.

—Eso es horrible… —comenzó a decir Lucie y luego gritó sorprendida cuando Jesse reapareció. Grace, quien claramente estaba más acostumbrada a las idas y venidas de Jesse, permanecía inmutable.

— ¿Lo encontraste? —preguntó Lucie inmediatamente—. ¿Viste a James?

Jesse dudó.

—No lo vi, pero vi a Matthew y a Cordelia. James estaba… desaparecido.

— ¿Eso es todo? ¿James estaba *desaparecido*? —preguntó Lucie—. Matthew y Cordelia no lo dejarían.

—Creo que él los dejó, si es que fue su decisión —contestó Jesse lentamente—. Había… restos de magia negra.

El estómago de Lucie se contrajo.

—Debemos llegar a ellos. Ahora.

—Puedes tomar nuestro carruaje, como sugerí —contestó Grace y Lucie notó que no se ofreció a ir con ella.

—No, gracias, pero… —Lucie se volvió hacia Jesse—. Por favor, ¿puedes llevarme contigo? ¿Como tú viajas?

Jesse retrocedió.

— ¿Como viajan los *fantasmas*? —espetó—. No tengo idea si funcionará, Lucie. Nunca he traído a nadie conmigo.

Lucie estiró su mano. Jesse se encontraba cerca y ella pudo descansar la mano en su pecho. Él era sólido y su piel era cálida donde ella acarició su clavícula, pero no había latidos bajo su palma.

Lo miró a los ojos. Tal vez nunca la perdonaría por esto, lo sabía, pero no tenía elección.

—Jesse Blackthorn —dijo—. Te ordeno llevarme contigo hasta mi hermano. Llévame al cementerio Highgate.

Él se tensó.

—Lucie. No.

Grace dio un paso adelante, luciendo confundida. Comenzó a estirar su mano hacia Jesse.

—Te lo *ordeno* —dijo Lucie ferozmente. Con una mirada de furia en el rostro, Jesse la tomó entre sus brazos y el suelo bajo sus pies desapareció.

Capítulo Traducido por Angie_Hopes
Corregido por Samn y Annie

20

Inferiores a los Dioses

Inextinguible venganza, y tremenda lid peligrosa
Para todos los seres inferiores a los dioses. Del lado opuesto
Se levantó Belial, en ademán más grácil y menos fiero.
Nunca se vieron privados los cielos de tan hermosa criatura; parecía estar predestinado a las dignidades y los grandes acontecimientos.
—John Milton, *El Paraíso Perdido*

—La cuerda todavía está floja —dijo Matthew, después de una cantidad interminable de tiempo en el cementerio. Estaba muy pálido; a Cordelia le preocupaba. La ida de James hacia el otro mundo parecía agotar sus fuerzas.

Cordelia se había acercado lo más posible al arco. Pensó que quizás vislumbraría a James a través de él, pero solo vio tierra infértil y árboles rotos, y una luna roja apareciendo.

— ¿Y si le ha pasado algo? —preguntó Matthew.

—Le dijiste a James que tirara de la cuerda si necesitaba salir —dijo Cordelia—. Él sabe lo que hace. —Bajó su mirada; vio donde las débiles huellas conducían al arco y desaparecían abruptamente. Extendió la mano para tocar el espacio debajo del arco, experimentalmente; tal vez ¿había algún un punto débil en la barrera?

No lo había. Era tan inexorable como el granito. A través de él, observó granos individuales de arena agitados por el viento desde el otro mundo. Estaban tan cerca.

Hubo un chasquido cuando la cuerda se tensó. Cordelia giró al mismo tiempo que Matthew gritaba, la cuerda jaló hacia adelante, tirando de él. Golpeó el duro suelo con su espalda, luchando mientras era arrastrado hacia el arco.

Clavó sus manos a la tierra, tratando de frenar su progreso, su ropa estaba sucia y fue rasgada por las raíces que sobresalían del suelo. Se estrelló contra el arco con fuerza, justo antes de que la cuerda se aflojara, se alejó rodando y gimiendo, mientras Cordelia corría hacia él, desenfundando a Cortana.

Cayó de rodillas junto a Matthew. Había suciedad y sangre en su cabello. Sujetó la cuerda, levantando su espada.

—No —dijo Matthew con voz ronca—. James…

Él no quería que cortara la conexión con James, ella lo entendía. Pero golpearse repetidamente contra la barrera entre este mundo y el próximo mataría a Matthew. Cordelia también lo sabía; incluso si a Matthew no le importaba, a ella sí.

Dejó caer a Cortana, cortando la cuerda alrededor de la cintura de Matthew. Matthew rodó sobre su estómago, luchando para ponerse de rodillas, justo cuando Cordelia sostuvo el extremo cortado de la cuerda, envolviendo un rollo suelto alrededor de su muñeca y apretándolo tan firmemente como pudo.

—*Cordelia*… —Matthew la ayudó.

La cuerda se tensó de nuevo. El empuje fue increíble, tiró a Cordelia de lado, casi empalándose con su propia espada. Gritó al ser fue arrastrada hacia el arco. Vio a la barrera acercándose cuando la cuerda la atravesó.

El espacio debajo del arco brillaba. Ella rodó, girando su cuerpo, levantó a Cortana en su mano; estaba moviéndose cada vez más rápido.

Recordó la forma en que la espada se había incrustado en el granito del Puente de la Torre. Y escuchó la voz de su padre, un sonido doloroso, en sus oídos.

Esta es una espada que atraviesa cualquier cosa.

Sintió el empuje de la empuñadura contra su palma, oyó gritar a Matthew y empuñó a Cortana hacia adelante, inclinada hacia el arco como si fuera un puñado de papel que podría cortar.

Se escuchó el sonido de algo rompiéndose mientras Cortana penetraba la barrera entre este mundo y el otro. Cordelia gritó cuando fragmentos como platos de vidrio volaron sobre ella, cada uno con una imagen: vio una playa y una luna sangrante, una cueva subterránea, una ciudadela sobre una colina, un demonio levantándose delante de una torre de vigilancia.

Las esquirlas la rozaron y desaparecieron. La cuerda se aflojó, dejando la muñeca y mano de Cordelia ardiendo. Se dio la vuelta, tosiendo y jadeando.

Estaba en el reino de sombras: el cielo sobre ella estaba rasgado de nubes grises, que colgaban pesadas como bloques de granito. Amplias dunas de ceniza y arena extendiéndose en todas partes. Los huesos blancuzcos de animales extraños, muertos hacía mucho tiempo, sobresalían de la tierra.

— ¿Daisy? —dijo una voz familiar.

La cuerda cayó de su mano mientras luchaba por sentarse. Arrodillado en la arena a su lado estaba James. Tenía la cara blanca, sombras debajo de sus ojos como cardenales y sus pómulos llenos de suciedad.

— ¿Cómo llegaste aquí? —susurró—. ¿Cómo es posible que estés aquí?

—Cortana. La espada… atravesó el arco…

—Daisy —jadeó y la rodeó con sus brazos.

No se lo esperaba, y soltó la empuñadura de Cortana debido a la sorpresa. Lo cual era afortunado, ya que de lo contrario podría haber apuñalado a uno o ambos. Su mejilla se presionaba contra la de ella; podía sentir el corazón de James latiendo fuertemente.

—Pensé que jamás te volvería a ver —murmuró—. Daisy, ángel…

Envolvió sus brazos alrededor del cuello de él.

—James.

Probablemente hubieran sido solo unos segundos entre los brazos de James, pero se sintió como todo el tiempo y ningún tiempo a la vez. Presionó los labios contra su suave cabello, justo cuando un sonido como el de un trueno resonó desde lo alto. James salió disparado para ponerse de pie, arrastrando a Cordelia con él.

—Regresa, Daisy —dijo mirándola a la cara—. Tienes que volver a romper la entrada. Sal de aquí.

El sonido del trueno llegó otra vez, ahora más cerca.

—James, no. No te dejaré.

James volteó a mirarla casi suplicando. Alcanzó a Cortana, presionando la empuñadura en la mano de Cordelia. Sus dedos se cerraron automáticamente alrededor del agarre.

—Ya entendí lo que Belial quiere. Lo prometo, no hay nada que puedas hacer…

Su mano se aferró a Cortana.

—Solo si vuelves conmigo —dijo ella, tercamente. El sonido volvió; no era un trueno, pero hacía eco a través de la tierra.

—No puedo —dijo. El viento del desierto se levantó, soplando su cabello negro de seda sobre su frente—. Debo destruirlo. Es la única manera de terminar esto. —Él acarició su rostro—. Regresa, mi Daisy. Dile a Matthew…

Un rugido partió la noche, sacudiendo la tierra debajo de ellos. Cordelia jadeó cuando las dunas a su alrededor explotaron de repente. La arena sobrevoló, borrando las estrellas; la tierra se abrió y *algo* iba arañando, buscando su libertad y rugiendo como un trueno.

Cordelia usó la mano para cubrirse la cara. Cuando la bajó, su piel y cabello estaban cubiertos de arena, parpadeó y miró fijamente. Donde antes había un desierto vacío, se encontraba el demonio Manticor, tres veces más grande comparado al que apareció en el puente, cerniéndose sobre ella y James, su cuerpo partiendo el cielo.

* * *

La mansión de la Cónsul en Grosvenor Square había sido construida al estilo de tiempos georgianos, ladrillos de hilera de estuco pálido para crear una fachada con columnas que recordaba a la antigua Roma. Era una casa grande: las copas de los árboles rozaban las ventanas del cuarto piso. Para Thomas, había sido un lugar de juegos con sus amigos desde que era muy joven, desprovisto de la habilidad de impresionar o alarmar.

O eso había pensado. Cuando descendió del carruaje y comenzó a subir los amplios escalones hasta la puerta principal, la ansiedad se instaló en la boca de su estómago. Lucie y él habían roto todas las reglas del *Codex*, y ahora había huido directamente a la casa del Cónsul. Debía estar loco.

Pensó en James, Lucie y Matthew. En Cordelia. Ninguno de ellos dudaría en caminar directamente hacia la puerta del frente. Pensó en Christopher, muriendo en la Ciudad Silenciosa. Solo en el oscuridad, sin sus amigos, el veneno ardiendo por sus venas. Christopher, el primo de Thomas y el hermano de su corazón.

Thomas subió corriendo las escaleras y golpeó la puerta principal.

— ¡Charles! —gritó—. Charles, soy Thomas Lightwood, ¡déjame entrar!

Como si Charles hubiera estado esperando en la entrada, la puerta se abrió inmediatamente.

Charles llevaba un traje negro impecable, su cabello rojo peinado hacia atrás. Thomas notó una mezcla de dolor e ira, como siempre sucedía al estar en presencia de Charles en estos días. Antes Charles solo había sido el molesto hermano mayor de Matthew, rara vez había pensando en él. Ahora Thomas veía la forma en que Alastair miraba a Charles, y sentía un dolor hueco.

—Si es acerca de Christopher, no sé más que tú —dijo Charles. Parecía impaciente—. Está en la Ciudad Silenciosa. Creo que Matthew se ha dirigido al Instituto para estar con James. Te sugiero hacer lo mismo.

Comenzó a cerrar la puerta. Sin pensarlo, Thomas metió su imponente hombro en el espacio entre la puerta y el marco.

—Tengo pleno conocimiento sobre lo de Christopher —dijo—. Necesito usar el laboratorio de abajo. Christopher no puede estar aquí, pero yo sí.

—No —dijo Charles—. No seas ridículo. La gente está muriendo. Este no es momento de jugar a…

—Charles. —Alastair apareció en la entrada. Estaba en pantalones y camisa, sin usar una chaqueta. Sus antebrazos desnudos eran ligeramente

musculosos, su barbilla se levantó en esa inclinación arrogante que solía realizar, incluso cuando nadie estaba viéndolo—. Deja entrar a Thomas.

Charles puso los ojos en blanco pero se apartó de la puerta. Thomas medio tropezó en la entrada.

— ¿Qué es lo que quieres hacer? —dijo Alastair. Observaba a Thomas, sus oscuras cejas entrecerradas.

Thomas explicó la idea de Christopher de un antídoto rápidamente, saltándose por supuesto, todas las partes que involucraban traspasar invernaderos ilegalmente.

—Solo necesito el laboratorio para verificar si funcionará —finalizó—. Alastair.

—Thomas, en serio —se interpuso Charles—. Quizás tengas buenas intenciones, pero esto no es el momento de efectuar experimentos precipitados y absurdos. Estoy en camino de encontrarme con el Enclave. No tengo tiempo para quedarme aquí y asegurarme que no explotes la casa.

Thomas pensó en Christopher, el tímido e inteligente Christopher, y los años y años de tranquila determinación que lo habían convertido en un experto en lo que se propusiera, respetado por Henry, y subestimado por la capacidad de sus determinaciones.

Thomas agarró la caja que sostenía la raíz de Malos en su pecho con determinación.

—Mi hermana y mi primo fueron atacados por esta cosa… este veneno demoníaco —dijo Thomas—. Mi hermana está muerta. Christopher se está muriendo. ¿Cómo puedes pensar que no estoy hablando en serio sobre esto? ¿Como si fuera un sarpullido o algo tonto acaso? Crear un antídoto es la única forma en que podemos salvar a quienes están todavía viviendo.

—El Enclave… —Charles comenzó a decir, abrochándose la chaqueta.

—Incluso si el Enclave localiza y extermina al demonio Manticor, eso no ayudará a los que están enfermos —contraatacó Thomas—. No ayudará a Ariadne.

La boca de Charles se aplanó en una línea de enfado, y por un momento. Thomas tuvo la extraña sensación de que diría que no le importaba Ariadne. Vio que Alastair le daba a Charles una mirada oscurecida, casi como si hubiera pensado lo mismo.

Thomas se aclaró la garganta.

—Alguien me dijo una vez que necesitamos apartarnos y dejar que la gente haga lo que sabe hacer mejor y Christopher es bueno en esto. Tengo fe en él. Este antídoto *funcionará*.

Charles apenas parecía perplejo, pero Thomas no lo había dicho por Charles. Miraba a Alastair, que se había puesto un par de guantes. Alastair levantó casualmente la mirada y sin dar un vistazo a Thomas, habló.

—Charles, deja que use el laboratorio. Me quedaré y aseguraré que no queme la casa.

Charles lucía estupefacto.

— ¿En serio?

—Parece la mejor opción y sabes que no poseo interés alguno en otra reunión del Enclave.

—Supongo que no —dijo Charles, un poco de mala gana—. De acuerdo. Ven cuando puedas, entonces. —Extendió una mano hacia Alastair, como si fuera costumbre, luego la dejó caer rápidamente. Él y Alastair se despidieron con una incomodidad que hizo sentir a Thomas un estrujamiento en el corazón.

Charles comenzó a bajar las escaleras. A mitad de camino, se volvió con mirada fulminante.

—No destruyas *nada* —le advirtió a Thomas, con largos pasos llegó a la base de la escalinata y desapareció al dar vuelta la esquina.

—Será mejor que vayamos al laboratorio —comenzó Thomas, caminando hacia la parte central de la casa.

—Detente —dijo Alastair. Thomas se congeló, más sorprendido que cualquier otra cosa. Los ojos de Alastair eran pedazos de hielo negro—. No me importa un comino el laboratorio —dijo—. Quiero saber el paradero de mi hermana entre toda esta locura. ¿Dónde está? ¿A dónde ha ido?

—Cementerio de Highgate —respondió Thomas—. La entrada a la Ciudad Silenciosa.

—Carajo —dijo Alastair—. ¿Por qué? Sabes qué, no importa por qué. Solo me hará enojar.

—Lo siento —dijo Thomas—. No porque ella esté allí… si hubiera peligro, el cual no creo que haya, Cordelia podría defenderse admirablemente… pero por todo esto que está ocurriendo. No es culpa de nadie, pero yo solo… lo siento.

La mirada de Alastair se suavizó y, por un momento, Thomas sintió que volvía a París, con las manos en los bolsillos, hablándole en voz baja a Alastair Carstairs como si estuvieran los dos solos en todo el mundo.

—Lo siento también —dijo él—. Sobre tu hermana. No había tenido la oportunidad de decírtelo antes.

Thomas contuvo el aliento.

—Gracias.

— ¿Realmente crees que este antídoto funcionará? —preguntó Alastair.

—Sé que lo hará.

Alastair sostuvo la mirada de Thomas por un largo momento, luego asintió.

— ¿Y cuánto tiempo llevará fabricarlo?

—Veinte minutos, si todo sale bien.

Alastair soltó un suspiro.

—Muy bien —dijo—. Veinte minutos será. Después de esto, voy a buscar a Cordelia. —Ante la mirada perpleja de Thomas, hizo un gesto impaciente hacia los escalones que bajaban al laboratorio—. Te ayudaré —concluyó—. Pongámonos a trabajar.

* * *

El Manticor era masivo. Se elevó sobre ellos como el humo de una hoguera. No había error alguno: aunque había crecido enormemente en tamaño, tenía el mismo cuerpo, forma de león, la misma fila triple de mandíbulas con colmillos. Tenía algo más al respecto que era nuevo igualmente, aquí en el reino de sombras, su cuerpo estaba marcado con miles de enfermedades. A medida que avanzaba hacia ellos, sus garras rasgando la arena, Cordelia sintió que iba a vomitar. Los demonios en general eran asquerosos; uno se entrenaba a sí mismo para hacer frente al horror. Pero había algo visceral en las marcas de muerte que cubrían a esta criatura: los feos bubones de la peste negra adornaban sus brazos, mientras su torso era golpeado con viruela, sus pectorales agrietados y cubiertos de lepra. Parches de su piel carcomidos con podredumbre ácida, otros estaban rojizos por la escarlatina. Icor negro goteaba de sus oídos y boca.

James retrocedió, arrastrando a Cordelia con él, pero la arena y la tierra se habían amontonado a su alrededor en dunas escarpadas. No había manera de huir.

Una risa aguda sonó. De pie sobre una de las dunas de arena había un hombre con cabello y ojos, ambos gris pálido. Lucía joven y sorprendentemente hermoso, pero había un borde siniestro en su belleza: era la hermosura de la sangre en la nieve o el brillo del hueso blanco a través de la sombra.

Se parecía a James. No de modo específico, sino por la forma de sus ojos, tal vez, los huesos en su rostro, la curva de la boca.

Este es Belial, Príncipe del Infierno. Si te recuerda a James, es un movimiento deliberado de su parte. En su verdadera forma, puede que no se parezca en nada a esto. Se recordó a sí misma.

Cuando el polvo se asentó a su alrededor, extendió una mano hacia el demonio Manticor. El demonio pareció congelarse en su lugar cuando Belial se volvió a mirar a Cordelia con una mirada fría.

—Tss-tss, James —dijo él—. Trayendo refuerzos así es hacer trampa. ¿Qué sucede con las reglas de jugar limpiamente?

James sacó una espada corta reluciente de su cinturón de armas. Respiraba con dificultad y estaba muy pálido: veteado de tierra y arena, ya no aparentaba ser un joven caballero eduardiano, era más primitivo que eso.

—Déjala volver a nuestro mundo —dijo—. Solo déjala en paz. Es conmigo con quien tienes asuntos…

—No —espetó Cordelia bruscamente—. ¡No te abandonaré!

Belial hizo un gesto de aburrimiento, moviendo lentamente la muñeca. Cordelia jadeó cuando vides negras salieron de la tierra, retorciéndose alrededor de sus pies y piernas, inmovilizándola en su lugar. James dio un paso hacia ella; ella elevó a Cortana y la dejó caer con la intención de cortar las enredaderas…

La espada desapareció de su mano. Ella perdió el equilibrio, cayendo de rodillas; las enredaderas se apretaron aún más alrededor de sus piernas y ella se atragantó al intentar gritar. El dolor era agonizante, volviendo roja su visión. Escuchó a James vociferar algo y miró a través de sus ojos borrosos a Belial, sonriendo terriblemente, Cortana estaba presa en su mano.

Soltó una carcajada al ver su expresión.

—En este reino, todas las cosas me obedecen —dijo—. Incluso una espada de Wayland El Herrero. —Chasqueó los dedos, el sonido intenso como un disparo.

El demonio Manticor retrocedió y se abalanzó sobre James.

* * *

James rodó hacia un lado mientras el demonio Manticor saltaba. Lo escuchó golpear el suelo a su costado, enviando ondas de choque recorriendo la arena y la tierra. Él giró sobre su espalda mientras se cernía sobre él, apuñalando en dirección superior con su espada. Escuchó un gruñido y el icor ardiente le salpicó el brazo.

El demonio retrocedió, dándole suficiente espacio para apartar sus pies. Podía ver a Cordelia, luchando desesperadamente contra las vides.

James dio un salto mortal hacia adelante, rodando una y otra vez hasta que se puso de pie y se dio la vuelta: la Manticor estaba detrás de él, balanceando una pata torcida. James se agachó mientras la cosa siseaba y atacó, apenas pudo esquivarlo.

Le dolía la cabeza y palpitaba. Su piel se sentía caliente y apretada, su muñeca era una agonía ardiente. Retrocedió, tratando de centrar su visión

en la Manticor. Era una sombra que se movía contra la luz brillante que lastimaba sus ojos. Belial observaba atentamente mientras la Manticor daba vueltas, gruñendo.

Cordelia gritó una advertencia. La Manticor había saltado al aire… fue peculiarmente rápido, a pesar de sus llagas y heridas, sus garras extendiéndose. Una rastrilló el brazo de James; giró hacia un lado, la espada arremetiendo por encima, cortando el torso del demonio. Más icor lo salpicó, mezclándose con su propia sangre. Saboreó metal en la boca y se puso en cuclillas para lanzar una estocada: la Manticor levantó un puño con garras, atrapando la hoja de su espada. Aulló, su piel se abrió, mientras agarraba la espada y la empujaba, arrojando a James hacia atrás.

Golpeó el suelo con la fuerza suficiente para dejarlo sin aliento. La espada se deslizó de su mano. En el momento que la alcanzó una de las patas de la Manticor pisó la hoja. Rodó a un lado cuando una tos persistente atacó su cuerpo; arrastrándose sobre sus rodillas, escupió sangre. Podía escuchar a Belial riéndose.

Se limpió la sangre de la boca. El demonio se había alzado sobre él mostrando toda su altura: su mirada cerniéndose sobre él a través de los hendidos ojos rojos.

—Ríndete, James —dijo Belial—. Acepta la derrota u ordenaré al Manticor derribarte.

James se paró dolorosamente de rodillas. Vislumbró a Cordelia, con las manos ensangrentadas por desgarrar las vides. Quería disculparse con ella, decirle que lo sentía, por arrastrarla a este desastre sin remedio.

Ella le devolvió la mirada, era como si estuviera intentando comunicarle algo, tratando de hablarle con los ojos. Sus manos todavía sujetaban las vides. Ella no se había rendido, a pesar de la sangre, a pesar del dolor. Ella era Cordelia; nunca se rendía.

Pelea, se dijo, pero no podía levantarse: su cuerpo se estaba desmoronando. Las sombras habían comenzado a arrastrarse en el borde de su

visión. La Manticor se cernía sobre él, esperando una orden, un gesto de Belial. Belial, gobernante de todo este lugar, a quien el reino se inclinaba ante su voluntad.

James estiró su brazo derecho. El corte hecho por la garra del Manticor seguía sangrando: gotas caían al suelo y la arena las bebía. Pensó que escuchaba a la arena susurrar, un suave murmullo, pero tal vez solo era el veneno en su cuerpo.

Sombras, la arena susurró, y James recordó todas las cosas que Jem le había enseñado alguna vez. Atención. Claridad. Respiración. *Debes construir una fortaleza de control a tu alrededor. Debes llegar a conocer este poder para que puedas dominarlo.*

Belial había dominado este mundo. Había doblado todo a su voluntad:

Cada árbol, cada roca, cada grano de arena se encuentra bajo mi mando. Cada parte de este reino respondía únicamente al propio Belial.

¿Acaso no eres mi descendiente, mi propia carne y sangre?

James cerró los ojos. Centralizó toda su concentración como la luz traspasando de una lupa. Se esforzó con su voluntad, con su resolución, con la sangre en sus venas. Sintió que el suelo se movía y cambiaba debajo suyo; buscó la esencia del reino mismo: la petrificada madera de los árboles retorcidos, las pilas de huesos tambaleantes, dunas de arena, la sombra del Manticor.

Belial aulló: el demonio Manticor se irguió. James salió disparado hacia arriba. Estaba canalizando su propia fuerza hacia el reino que lo rodeaba y este respondió con presteza: la tierra rugió bajo sus pies; el aire explotó como fuego oscuro de sus manos, sus dedos. La Manticor se tambaleó hacia James, pero el viento estaba lleno de remolinos de arena, creando un tornado negro.

Belial gritó, pero la Manticor ya no podía escucharlo: su voz se perdió en el viento abrasador. James se levantó con los brazos extendidos a ambos

lados, el viento y la arena desgarrándolo como una tormenta en el desierto. La Manticor aullaba y aullaba: toda la sustancia del reino se había vuelto contra eso. Ramas cortadas de árboles, volando por el aire como cuchillos; los huesos se convirtieron en misiles. El demonio dio un último aullido mientras el aire oscuro y agitado se elevaba en un círculo a su alrededor antes de hundirse en sus entrañas, aplastándolo y desgarrándolo.

La Manticor desapareció. Al instante James soltó su poder: el viento se calmó, la tierra quedó inmóvil bajo sus pies. Los escombros golpearon suavemente el suelo. Se limpió la arena y sangre de sus ojos, dando vueltas desesperadamente. Todo el paisaje había cambiado: las dunas variaron, la arena estaba plana frente a él. Entonces vio a Cordelia: yacía inmóvil en el suelo, con el cabello rojo como una salpicadura de sangre contra la arena.

—Daisy —dijo James con voz ronca y comenzó a ir hacia ella.

Apenas dio un paso. Belial apareció frente a él, aunque no hubiese estado allí un momento antes. Sin huellas en la arena que verificaran que caminó sobre ella para llegar a James. En su mano izquierda, sostenía a Cortana, la espada de gran tono dorado brillaba contra su piel grisácea.

—*Bueno* —dijo Belial, su rostro se torció en algo cercano a una sonrisa—. Eres muy, muy inteligente.

James solo lo miró. Podía sentir el agotamiento, el veneno en sus venas, esperando, para extenderse y tomar su vida. Estaba desesperado por llegar a Cordelia antes de derrumbarse.

—Largo de mi camino —gruñó, su voz ronca rasgó su garganta seca.

Belial se rio entre dientes.

—*Resistid al diablo, y huirá de vosotros*. Es encantador el razonamiento, ¿no lo crees? Directo del libro de Santiago[4], por cierto. —Se inclinó hacia

4 NT. En Inglés, al libro de Santiago se le conoce como “Book of James.”

James y James olió el aroma a tiza quemada proveniente de este—. Veo que comienzas a entender una fracción del poder que obtendrías si aceptaras tu verdadero legado —susurró—. La sangre que compartes conmigo es mucho más poderosa que la sangre que compartes con Raziel. ¿Qué poder piensas conseguir, si continúas siendo lo que eres ahora?

—Déjame en paz —dijo James roncamente—. No te dejaré…

— ¡Suficiente! —rugió Belial. Era como si el demonio hubiera perdido el control de los rasgos de su cara: sus ojos parecían extrañamente alargados, al igual que su boca, estirándose y estirándose sobre su barbilla en una mueca de furia terrible—. ¿Crees que te permitiré dejar morir este cuerpo? No tienes elección, tú…

El brazo izquierdo de Belial se retorció hacia atrás. Los ojos de James se abrieron cuando Cortana voló de la mano de Belial, liberándose de las garras de sus dedos. Belial lanzó un aullido, girándose para reparar en lo que James acababa de ver: Cordelia de pie detrás de ellos, su traje desgarrado de las rodillas para abajo. Cortana voló hacia ella como un pájaro: extendió la mano hacia su espada y ésta se estrelló contra su lugar de pertenencia, su palma ensangrentada.

—Es muy grosero tomar espadas ajenas sin preguntar —dijo ella.

Los ojos de Belial se entrecerraron; levantó la mano y el suelo bajo los pies de Cordelia comenzó a abrirse. James se tambaleó hacia adelante a ciegas, con la intención de atraparla antes de que cayera, pero Cordelia se mantenía firme sobre sus pies. Saltó hacia Belial, conduciendo a Cortana al pecho del demonio en un único y fluido movimiento.

Belial echó la cabeza hacia atrás y rugió en agonía.

— ¡Daisy! —James se lanzó hacia adelante cuando Cordelia sacó la espada; Belial seguía aullando. Sangre borboteaba de la herida, del color de oscuros rubíes, un brillante rojo negruzco. James sujetó a Cordelia, que estaba jadeando y temblando; sus ojos estaban fijos en Belial.

—*Idiotas* —siseó Belial—. No tienen idea de lo que han hecho.

Levantó una mano como si quisiera atacar a uno de ellos, pero se desmoronó como arena. Belial se quedó boquiabierto cuando su cuerpo se estremeció en pedazos, como un rompecabezas infantil lanzado al azar en el aire. Abrió la boca para rugir o gritar, pero su rostro se desplomó antes de que pudiera emitir un sonido: él se desmoronó, disolviéndose en el aire mientras James miraba horrorizado.

Cordelia gritó. El suelo se agitaba debajo de ellos. El cielo comenzó a agrietarse, luz roja y negra brotaba de las fisuras como la sangre en la herida de Belial. El reino se volvía ruinas a su alrededor. James atrajo a Cordelia hacia él al mismo tiempo que el suelo caía sobre el mundo.

* * *

Lucie pensó que no era como viajar por Portal, un torbellino de sonido y vistas. El camino recorrido por los muertos era completamente silencioso y oscuro. No podía ver ni oír nada en absoluto. Si no fuera por Jesse abrazándola, la sensación sólida de su cuerpo, podría haber pensado que había perdido el mundo de los vivos para siempre: que ella había muerto o había sido arrojada a un terrible vacío sin rasgos distintivos.

La sensación de alivio cuando el mundo se abrió de nuevo fue inmenso. Un sólido suelo golpeó sus pies; tropezó y fue estabilizada por unos brazos que la rodeaban. Alejó el mareo de sus ojos y miró a su alrededor.

Notó a Jesse primero. Él la mantenía cera, pero la expresión en sus ojos verdes era de absoluta furia.

—Maldita seas, Lucie Herondale —dijo y la soltó.

—Jesse… —comenzó a decir, y se dio cuenta que no tenía idea en dónde estaba. Miró a su alrededor frenéticamente. Estaban en un claro, en medio del cementerio Highgate, bajo un dosel de cedros. Estaba oscuro, las brechas entre las hojas encima dejaban entrever la poca luz de las estrellas.

Lucie sacó una luz mágica de su bolsillo con manos temblorosas. Una luz ligera se encendió: ahora podía ver tumbas a su alrededor en un aro. La tierra estaba removida, agitada como si hubiera acontecido una pelea recientemente. Acostado en la hierba a cierta distancia estaba una figura acurrucada.

Lucie jadeó.

— ¡Matthew!

Atravesó el claro y se arrojó a lado del *parabatai* de James. En el resplandor de la luz mágica, advirtió los moretones en su cara. Su chaqueta y camisa estaban rasgadas y salpicadas de sangre. Ella le quitó la estela de su cinturón y tomó su mano.

Su runa *parabatai* se destacaba negra y descarnada en el interior de su muñeca. Lucie contuvo las lágrimas.

—Lucie. —Jesse se paró junto a ella. El viento agitaba las hojas en lo alto, pero ni su ropa ni su cabello se movían con la brisa—. Él está bien. Inconsciente, pero fuera de peligro.

Presionó la punta de la estela contra la palma de Matthew y dibujó un rápido *iratze.*

— ¿Cómo lo sabes?

—Si se estuviera muriendo, lo percibiría —dijo Jesse en voz baja—. Y él me vería a mí.

Lucie terminó el *iratze* y lo vio arder en la piel de Matthew. Él gimió y se estremeció, sus ojos se abrieron.

—Matthew —dijo ella, inclinándose sobre él. Volvió a meterse la estela en el cinturón y apoyó la mano contra su mejilla, donde los moretones y rasguños comenzaban a desvanecerse. Sus ojos fijos en ella, pupilas anchas y desenfocadas.

— ¿Cordelia? —susurró él.

Ella parpadeó.

—Math, no —respondió—. Soy Lucie. —Tomó su mano—. ¿Dónde está Cordelia? ¿Y James? Matthew, ¿dónde están?

A él le tomó mucho esfuerzo poder sentarse.

—El arco —dijo y Lucie lo miró perpleja—. Pasaron por ahí. James primero y después Cordelia. Usó a Cortana. —Su mirada verde oscura recorrió el claro—. El arco —dijo de nuevo, con una nota de pánico en su voz—. ¿Dónde está?

Preocupada, Lucie miró a Jesse. Su mandíbula todavía estaba llena de ira, pero al menos no se había ido. No había desaparecido de su lado. Se encogió de hombros, claramente tampoco había visto un arco.

—Matthew, trata de recordar… —comenzó a decir y de repente el cielo se rasgó, en silencio e increíblemente, por la mitad. Por un momento una brecha apareció en el centro de la bóveda celeste y a través de este, Lucie distinguió las constelaciones de otro mundo. Vio sombras que se elevaban en el aire como torres de estrellas ardientes, oscuramente resplandecientes. Durante un instante, vislumbró un par de ojos plateados.

Entonces James y Cordelia salieron disparados del cielo.

Cordelia cayó primero. Ella surgió como una estrella fugaz, apareciendo de un momento a otro a tres metros de distancia sobre el suelo. Golpeó la tierra con fuerza, Cortana volando de su mano. James siguió un segundo después, con el cuerpo flácido. Golpeó el piso junto a Cordelia, tendido e inmóvil.

—Levántame —dijo Matthew, agarrando la mano de Lucie. Mientras Jesse miraba, Lucie ayudó a Matthew a ponerse de pie. James y Cordelia estaban acostados a algunos metros de distancia; Lucie y Matthew corrieron a arrodillarse junto a ellos.

Cordelia tenía dificultades para levantarse. Estaba sucia de arena y mugre. Su cabello había salido de sus broches y caía sobre sus hombros como el fuego.

—James —jadeó, con ojos oscuros muy abiertos por el miedo—. Revisenlo a él, por favor, no a mí, el veneno de demonio…

¿Veneno de demonio? Lucie sintió escalofríos por todo el cuerpo, se inclinó sobre su hermano. Estaba quieto, sus manos negras de icor, perfectamente pálidas e inmóviles. Su salvaje pelo negro estaba rígido por la sangre.

Cordelia trató de ponerse de pie, pero gritó de dolor y se volvió a caer de rodillas. Lucie, arrodillada al lado de James, la miró de repente sobresaltada.

—Daisy…

—No es nada —respondió Cordelia—. Por favor, debe haber algo que podamos hacer por James… —Jadeaba temblorosamente—. Él mató a la Manticor. La destruyó. No *puede* morir. No es justo.

Matthew estaba arrodillado al lado de James, su estela ya en mano. Las runas dadas por el *parabatai* siempre eran las más poderosas: las firmes manos de Matthew dibujaban runas curativas sobre las manos de James, muñecas, la base de su garganta.

Todos se quedaron inmóviles, conteniendo la respiración. Cordelia, con mucho dolor, se acercó, su cabello escarlata colgando hasta tocar las hojas verdes en el suelo. Su mirada fija en James.

Los *iratzes* en su piel brillaron… y desaparecieron.

—No servirán. —Era Jesse. La ira había abandonado su rostro; estaba parado cerca de Cordelia, invisible para nadie más que Lucie y había una terrible tristeza en sus ojos—. Está a punto de morir.

Matthew jadeó. Su mano voló a su pecho: presionó allí, con fuerza, como si hubiese sido atravesado con un cuchillo en el corazón y tratara de detener el sangrado. Su cara estaba completamente pálida.

—Está muriendo —dijo, su voz se quebró—. Puedo sentirlo.

Lucie atrapó las manos de su hermano. Estaban frías entre las suyas, inertes. Lágrimas se derramaron de sus ojos cayendo sobre el rostro de él, trazando huellas en la mugre.

—Por favor, Jamie —susurró—. Por favor no mueras. Toma otro respiro, por favor. Por mamá y papá. Por mí.

—Dale el mío —dijo Jesse.

La cabeza de Lucie se irguió. Volteó su vista a Jesse. Había una mirada de extrañeza en su rostro: una peculiar, casi luminosa resignación.

— ¿A qué te refieres?

Cordelia la miró fijamente.

— ¿Con quién estás hablando? ¿Lucie?

Jesse se acercó. Se arrodilló y la hierba sin doblarse bajo el peso de su cuerpo. Extrajo la cadena de oro de su relicario sobre su cabeza y se lo tendió a Lucie.

Recordó lo que él había dicho después de la pelea en el Puente de la Torre. Que él le habría dado su último aliento. Que poseía suficiente fuerza vital para vaciar sus pulmones de agua si se hubiera ahogado. Igual que James, ahogándose en veneno ahora.

—¿Pero qué sucederá contigo? —susurró. Lucie era consciente de que Cordelia la miraba fijamente; Matthew se dobló en pura agonía, sus respiraciones se convirtieron en jadeos entrecortados.

—¿Acaso importa? —dijo Jesse—. Esta es su vida. No la sombra de una vida. No años de esperar en la oscuridad.

Lucie estiró su mano. La cerró alrededor del relicario y lo sintió caer en su palma, fresco y sólido. Por un instante dudó, solo por un segundo, sus ojos fijos en Jesse, arrodillado en la hierba.

Luego miró a su hermano. Sus labios estaban azules, los ojos hundidos en su cabeza. Apenas respiraba. Cuidadosamente, como si estuviera sosteniendo un vaso que contenía la última gota de agua en el mundo, Lucie abrió el pequeño medallón y presionó la curva del metal contra sus labios.

Hubo una pausa, el tiempo suficiente para un suspiro.

Entonces el pecho de su hermano se levantó con el último respiro de Jesse Blackthorn. Sus ojos se abrieron, de oro brillante y de las cuatro heridas crecientes en su muñeca, se derramó un líquido negro: su cuerpo expulsó el veneno de la Manticor.

La mano de Lucie se cerró con fuerza alrededor del relicario, con tanta fuerza que el borde del metal cortó su palma. Cordelia sollozó; Matthew levantó la cabeza, el color volviendo a su cara. Se apresuró a moverse a lado de James y tiró de James a su regazo.

James, desplomado contra el pecho de Matthew, luchó por concentrarse. Lucie sabía lo que estaba viendo. Un chico inclinado sobre él: un chico con el pelo tan negro como el suyo, un chico con ojos verdes del color de las hojas de espino, un chico que comenzaba a desvanecerse por los bordes, como una silueta vista en una nube que desaparece cuando cambia el viento.

— *¿Quién eres tú?* —susurró James, con voz entrecortada.

Pero Jesse ya se había ido.

* * *

— ¿Qué quieres decir con «quién eres»? —exigió Matthew—. Soy tu *parabatai*, imbécil.

Estaba ocupado dibujando runas curativas en cualquier parte de James que pudiera encontrar, Cordelia tan solo pudo admirarlo. No tenía idea de lo que Lucie había hecho para curar a su hermano, pero eso no era lo que importaba ahora.

—No me refería a ti, Matthew —dijo James. Sus ojos estaban cerrados, su pestañas oscuras difuminadas contra la parte superior de sus pómulos—. Obviamente.

Matthew pasó una mano anillada por el salvaje cabello de James y sonrió.

— ¿Nos contarán qué pasó? No todos los días se ve a un chico ir al reino de algún demonio para después caer del cielo. Creo que te gustaría compartir esta experiencia con tus amigos.

—Créeme cuando digo que es una larga historia —dijo James—. Lo que te prometo es que ahora no estamos en peligro…

— ¿Realmente mataste a la Manticor? —preguntó Lucie.

—Sí —respondió James—, y Cordelia destruyó al quien la invocó. —Él extendió una mano, marcada con cortes y llenas de suciedad—, ¿Daisy? ¿Podrías acercarte? —Él le dio una sonrisa ladeada—. Iría a ti, pero no creo tener fuerzas para caminar.

Cordelia trató de levantarse, pero un claro dolor punzante recorrió su pierna. Se desplomó en un gemido.

—Mi pierna está rota, creo. Es algo molesto, pero me encuentro prácticamente bien.

— ¡Oh! ¡Daisy! ¡Tu pierna! —Lucie se puso de pie y corrió hacia Cordelia, cayendo a su lado y presionando su estela contra el brazo de Cordelia. Empezó a dibujar un *iratze*—. Soy la peor —gimió—. La más terrible casi *parabatai* que alguna vez haya existido. Por favor perdóname, Daisy.

Cuando la runa curativa tomó efecto, Cordelia pudo sentir el hueso en su pierna comenzando a juntar sus heridas. No era una sensación completamente placentera. Jadeó y habló.

—Lucie, no es nada, lo habría hecho por mi cuenta, pero dejé caer mi estela en ese otro lugar.

Lucie apartó el cabello de los ojos de Cordelia y le sonrió.

—No hay necesidad de hacerlo tú misma —le dijo—. Las runas dadas por tu *parabatai* son las mejores.

—Qué horripilante —dijo Matthew—. Míralas, reafirmando su vínculo eterno de amistad. En público.

—Yo cuestionaría tu definición de «en público» —dijo James. Lucie y Cordelia intercambiaron una sonrisa: si James era capaz de burlarse de Matthew, seguramente estaba recuperándose—. Este es un cementerio mayormente desierto.

—Hmm —dijo Matthew, en un tono sorprendentemente serio, sus ojos estrechos. Se puso de pie, ayudando a James a sentarse contra un árbol. Mientras Matthew se movía al borde del claro, James habló.

—Luce. Déjame hablar con Cordelia por un momento.

Lucie intercambió una mirada con Cordelia, que asintió y se levantó. Todavía le dolía recargar su peso sobre su pierna, pero los *iratzes* de Lucie habían hecho la mayor parte de la sanación. Lucie se reunió con Matthew cuando Cordelia cojeó hasta James y se dejó vencer a su lado, bajo la sombra de un ciprés.

Por un momento, cuando las respiraciones de James se habían desvanecido, Cordelia visualizó la vida bifurcarse en dos sendas: Un rumbo en el que James moría, en donde el mundo dejaba de tener significado, en el que Lucie estaba desconsolada y Matthew destrozado, Thomas y Christopher abatidos y la familia Herondale nunca volvía a sonreír. Y el segundo, en el que la vida continuaba como estaba ahora: imperfecta, confusa, pero llena de esperanza.

Se encontraban en el segundo camino. Eso era lo que importaba, James *estaba* respirando, sus labios ya no eran azules y la estaba mirando con sus firmes ojos dorados. A pesar de que le dolía todo el cuerpo, se percató que ella misma estaba sonriendo.

—Salvaste mi vida —le dijo—. Así como salvaste a mi hermana hace años. Deberíamos haberte dado un apodo más de guerrera. No Daisy, quizás Artemisa o Boudica.

Ella rio suavemente.

—Me gusta Daisy.

—A mí también —respondió, y extendió la mano para apartar delicadamente un mechón de su cabello escarlata. Ella sintió su corazón casi detenerse. En voz baja, él dijo—: «Y cuando la luna reveló sus mejillas, miles de corazones fueron conquistados; ni el orgullo ni ningún escudo podía contrarrestar su poder. Layla, así la llamaban».

—*Layla y Majnun* —susurró ella— ¿Lo… recuerdas?

—Lo leíste para mí —le dijo—. Tal vez, ahora que todo esto ha terminado, podríamos leerlo nuevamente, ¿juntos?

Leerlo juntos. Nunca había oído Cordelia algo tan romántico. Ella comenzó a asentir, justo cuando Matthew gritó abruptamente:

— ¡Alguien viene! Veo piedras de luz mágica.

Cordelia se volvió para mirar. Las luces habían aparecido entre los árboles: a medida que se acercaban, notó el brillo luminoso de las antorchas. Trató de levantarse, pero los *iratzes* ya se estaban desvaneciendo: le dolía demasiado la pierna. Se volvió a sentar.

—Oh, cielos—dijo Lucie—. Los Hermanos Silenciosos no estarán en absoluto contentos, ¿verdad? Ni el Enclave. Probablemente estaremos involucrados en un espantoso lío.

—Tal vez podemos evitarlo —sugirió Matthew.

—No iré a ninguna parte —dijo James—. Me quedaré aquí y tomaré cualquier castigo dado. El ecúleo, la doncella de hierro, muerte por arañas Cualquier cosa menos levantarse.

—No creo que *pueda* pararme —dijo Cordelia disculpándose.

—Las sombras de la prisión de la casa comienzan a cerrarse sobre el niño en crecimiento —citó Matthew—. Coleridge.

—Wordsworth —corrigió James.

Las luces se acercaron. Una voz aguda cortó a través del claro. Una voz *familiar*.

— ¿Qué diablos está pasando?

Cordelia giró, intentando no mover la pierna. Alastair entró en el claro. Se veía encantadoramente normal en un viejo abrigo de lana de su padre, como si hubiera salido a pasear. Su cabello anormalmente pálido brillaba bajo la tenue luz de las estrellas. A su lado estaba Thomas, con el pelo revuelto, llevando lo que parecía una maleta de boticario.

— *¿Por qué* están todos en el suelo? —preguntó Thomas y luego agitó su maletín en el aire—. El antídoto, está listo, ¿cuál es la forma más rápida de llegar hasta Christopher?

Hubo un murmullo de voces. Matthew se puso de pie y abrazó Thomas arduamente, teniendo cuidado de no tirarle el estuche de la mano.

—Vámonos, hay que decirle a los Hermanos —dijo y comenzó a tirar de su amigo hacia el camino que conducía a la Ciudad Silenciosa.

—No es necesario que vengas conmigo —protestó Thomas, divertido.

—Solo por si acaso proliferaran cánticos —dijo Matthew—. No creo que haya, en cualquier caso, pero nunca se sabe.

Alastair observó cómo Thomas y Matthew desaparecían en las sombras de los árboles. Sacudió la cabeza y volvió su atención de vuelta a Cordelia.

—*Biyâ* —dijo, inclinándose para sostenerla entre sus brazos—. Vayamos a casa.

Sorprendida, ella le rodeó el cuello con un brazo.

—Pero, Alastair. No puedo dejar a mis amigos…

—Layla —dijo Alastair, con una voz inusualmente gentil—. No van estar solos. Thomas y yo nos encargamos de enviar un mensaje al Instituto. Observa.

Miró y vio que el amplio camino detrás de las tumbas estaba lleno del resplandor de antorchas y piedras de luz mágica llevadas por una multitud de cazadores de sombras. Ella reconoció una docena de caras: Will Herondale, su antorcha brillando e iluminando su cabello negro y plateado. Tessa, espada en la mano, su cabello castaño suelto sobre los hombros. Gabriel, Cecily y Anna Lightwood, Anna sonriendo, su cabello tan negro como el traje de combate que llevaba.

Escuchó a Lucie soltar un llanto.

— ¡Papá!

Will echó a correr. Él aferró su hija y la meció en sus brazos. Tessa corrió hacia James, se arrodilló a su lado y armó un alboroto sobre sus contusiones y cortes. Gabriel y Cecily los siguieron, y pronto Lucie y James estaban rodeados, siendo abrazados y regañados en igual medida.

Cordelia cerró los ojos aliviada. James y Lucie estaban bien. En todas partes Cordelia escuchaba charlas: Gabriel y Cecily preguntaban por Thomas y los demás decían que fue llevado a la Ciudad Silenciosa, donde se administraría el antídoto. Alguien más, uno de los Rosewain, decía que todavía existía el peligro, que los demonios podrían atacar de nuevo, hubiera antídoto o no.

—La Manticor ha sido derrotado —dijo Cordelia—. No volverá.

— ¿Y cómo sabes eso, jovencita? —preguntó George Penhallow.

—PORQUE JAMES LO MATÓ —gritó Cordelia, tan fuerte como pudo—. James mató al demonio Manticor. Lo *vi* morir.

En ese momento, varias personas se apiñaron hacia ella; fue Will quien les bloqueó el camino, extendió la mano, protestando que no deberían estar molestando a una niña herida. Alastair aprovechó la oportunidad para escapar de la luz para meterse en las sombras, todavía llevando a Cordelia en brazos.

—Te ruego que no te involucres, *khahare azizam* —le dijo Alastair—. Verás que todo se resolverá muy pronto, pero habrá una gran cantidad de preguntas y cosas sin sentido primero. Y tú necesitas descansar.

—Pero necesitan saber que lo hizo James —respondió Cordelia. Fue extrañamente cómodo ser llevada así, la cabeza contra el hombro de su hermano. Era la forma en que su padre la había llevado una vez, cuando era muy pequeña—. Necesitan saber que pasó, porque… porque lo necesitan.

Porque Belial es su abuelo. Porque cuando el Enclave lo descubra, quién sabe lo que pensarán. Porque las personas pueden ser insensatas y crueles.

—Lo harán —dijo Alastair, sonando completamente seguro—. La verdad es la verdad. Siempre sale a la luz.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

— ¿Cómo sabes que el antídoto funciona?

Alastair sonrió en la oscuridad.

—Tengo fe en Thomas.

— *¿En serio?* —dijo Cordelia—. No pensé que lo conocieras tan bien.

Alastair vaciló.

—Lo vi prepararlo —confesó finalmente. Arribaron al carruaje de los Carstairs, con su diseño de torres de castillo en la puerta. Muchos carruajes más se alinearon junto a la acera—. Porque él tenía tal fe en Christopher y así, tenía fe en sí mismo. Nunca pensé del todo acerca de una amistad así... como algo que transforma en algo más grande de lo que eres.

—Pero, Alastair...

—No más preguntas —la interrumpió Alastair, colocando a Cordelia dentro del carruaje y entrando detrás de ella. Él sonrió, con esa rara y encantadora sonrisa suya que era mucho más sobresaliente debido a su rareza—. Fuiste muy valiente, Layla, pero también necesitas curarte. Es hora de ir a casa.

Capítulo Traducido por Mari Salazar
Corregido por Halec y Samn

Días Pasados: Londres
Cirenworth Hall, 1898

Cordelia usualmente se sentía sola cuando estaban solo ella y sus padres, pero no tanto como cuando Alastair partió a la Academia. En su ausencia, el resto de la familia Carstairs viajó a la India, a París, a Ciudad del Cabo y Canadá, pero estuvieron en Cirenworth para las vacaciones cuando él finalmente volvió.

Ella había esperado meses por su regreso, pero cuando bajó del carruaje —más alto, angular y serio que nunca— parecía una persona diferente. Siempre había sido una persona que se enfadaba fácilmente y susceptible, pero ahora difícilmente le hablaba a su hermana. Cuando lo hacía, era mayormente para decirle que no lo molestara.

Sus padres ignoraron el cambio. Cuando Cordelia le preguntó a su padre por qué Alastair no pasaba tiempo con ella, él le sonrió y le dijo que los chicos adolescentes pasaban por «épocas como esta» y que ella «lo entendería cuando fuera mayor.»

—Ha estado divirtiéndose con muchachos de su edad todo el año y ahora ha tenido que regresar al campo con nosotros —dijo Elias con una risita—. Lo superará.

Aquella no era una respuesta satisfactoria. Cordelia trató de cruzarse en su camino tanto como pudo, para obligarlo a reconocer su existencia. Sin embargo, seguido no podía siquiera encontrarlo. Pasaba horas encerrado en su dormitorio, y cuando ella llamaba a la puerta, ni siquiera se molestaba en decirle que se marchara. Él simplemente la ignoraba. La única manera en la que sabía que él estaba ahí era cuando emergía para comer, o para anunciar que saldría para dar un largo paseo solo.

Así siguió por algunas semanas. Los sentimientos de Cordelia fueron cambiando de decepción a pena, a culparse a sí misma, a estar molesta, y por último a la furia. Una noche en la cena le arrojó una cuchara y gritó:

— ¿Por qué no me hablas? —Alastair atrapó la cuchara al vuelo, la dejó en la mesa, y la miró en silencio.

—No arrojes cosas, Cordelia —dijo su madre.

— ¡Mâmân! —protestó Cordelia en un tono de traición. Su padre ignoró por completo el asunto y continuó comiendo como si nada hubiera pasado. Risa se escurrió y colocó una nueva cuchara junto al lugar de Cordelia, lo cual Cordelia encontró extremadamente irritante.

La negativa de Alastair para atacar a Cordelia era, comprendió ella, para que se rindiera y dejara de intentar. Así que redobló sus esfuerzos.

—Bueno —diría ella, si se encontraba en la misma habitación con él—. Iré a recoger moras silvestres por el sendero.

(Alastair amaba las moras.) O:

—Creo que practicaré unos aterrizajes en la sala de entrenamiento después del almuerzo.

(Alastair siempre estaba con ella para practicar cómo aterrizar seguramente, y necesitaría un compañero para eso.)

Un día cuando él salió para dar uno de sus paseos, Cordelia esperó un minuto y después lo siguió. Era una buena práctica, se dijo: movimientos sigilosos, conciencia de su entorno, perfeccionando sus sentidos. Ella lo hizo un juego: ¿Cuánto tiempo podría seguir a su hermano sin ser descubierta? ¿Podría permanecer indetectable lo suficiente para averiguar a dónde iba?

Resultó que Alastair no iba a ningún lado. solo caminaba y caminaba, conociendo aquel bosque lo suficientemente bien para no perderse. Cordelia comenzó a sentirse cansada tras un par de horas. Y después comenzó a sentirse hambrienta.

Entonces se distrajo y su pie se enganchó en una raíz saliente de un árbol, y cayó con un ruido sordo en la dura tierra. Más adelante, Alastair se giró por el ruido y la vio mientras ella, molesta, se ponía en pie. Se cruzó de brazos y levantó la barbilla, obstinada y determinada a conservar su orgullo frente a cualquier reacción desagradable que él estuviese preparando: su desprecio, su rabia, su degradación.

En vez de eso, él dejó escapar un suspiro y caminó hacia ella, sin preámbulos le dijo bruscamente:

— ¿Estás herida?

—Estaré bien. solo fue un golpe, creo. —Cordelia levantó el pie y lo movió experimentalmente.

—Anda —dijo su hermano—. Vámonos a casa.

Caminaron en silencio, Alastair unos pasos adelante, sin hablar. Eventualmente, enloqueciendo por el silencio, Cordelia estalló.

— ¿No quieres saber por qué te estaba siguiendo?

Él se volvió y la evaluó.

—Asumo que pensaste que había salido para hacer algo emocionante.

—Lo lamento —dijo ella, volviéndose, como siempre, más agitada frente a la imperturbable calma de Alastair—. Lamento que desde que te fuiste a la Academia te hayas convertido en alguien grande y maduro, y tienes nuevos y refinados amigos. Lamento ser solo tu estúpida hermana.

Alastair quedó frente a ella un momento y dejó escapar una corta carcajada. No había humor en ella.

—No tienes idea de lo que estás diciendo.

—¡Lamento que seas demasiado bueno para tu familia ahora! ¡Lamento que seas demasiado bueno para entrenar conmigo!

Él negó con la cabeza, desdeñoso.

—No seas tonta, Cordelia.

— ¡Solo háblame! —espetó—. No sé por qué estás tan molesto. Eres el afortunado que se fue lejos. Quien se divirtió en Idris. ¿Sabes qué tan sola he estado todo el año?

Por un momento, Alastair pareció perdido, vacilante. Había pasado un largo tiempo desde que Cordelia vio una expresión tan abierta en su rostro. Después la cerró de un portazo como una celda de hierro.

—Al final —le dijo—, todos estamos solos.

— ¿Eso qué significa? —demandó ella, pero él se dio la vuelta para alejarse. Después de un momento, secando la humedad en su rostro con su manga, lo siguió.

Cuando regresaron a la casa, ella lo dejó en la entrada mientras ella recuperaba la totalidad de los cuchillos arrojadizos del gabinete de China que servía como la armería de la casa. Pasó a su hermano en su camino hacia la sala de entrenamiento, mirándolo, apenas capaz de llevar la pila. Él la observó en silencio.

En la sala de entrenamiento, se preparó y midió sus pasos.

Túc. Túc. Los cuchillos arrojadizos no eran su arma más fuerte, pero necesitaba la sensación de impacto, de lastimar algo, incluso a un blanco en un bastión. Como era usual, el ritmo del entrenamiento la calmó. Su respiración se volvió cada vez más tranquila. La repetición la afianzó: cinco tiros, caminar para retirar los cuchillos del blanco y caminar de regreso para intentarlo de nuevo. Cinco tiros. Caminar. Retirar. Caminar. Cinco tiros.

Después de veinte minutos más o menos, se dio cuenta que Alastair estaba de pie en la puerta de la sala de entrenamiento. Lo ignoró.

Alguien más podría haber dicho que había mejorado desde que la vio por última vez, o preguntado si podía tomar un turno. Sin embargo, Alastair eventualmente se aclaró la garganta y dijo:

—Estás desviando tu pie izquierdo en el lanzamiento. Eso es por lo que eres tan inconsistente.

Ella lo miró y volvió a lanzar. Pero prestó más atención a su pie.

—Es estúpido pensar que soy afortunado. No lo soy —dijo Alastair después de un momento.

—Tú no estuviste atrapado aquí todo el año.

— ¿Ah? —Alastair se burló—. ¿Cuántas personas vinieron a molestarte este año? ¿Cuántas te preguntaron cuál era el problema por el que no podías tener un tutor privado? ¿O sugirieron que tu familia era una especie de bichos raros porque se mudaban demasiado? —Cordelia lo miró, esperando ver vulnerabilidad o tristeza, pero los ojos de Alastair eran impenetrables, su boca una fina línea.

— ¿Te trataron mal?

Alastair volvió a reír sin alegría.

—Durante un tiempo. Me di cuenta que tenía una opción. Solo había dos tipos de personas en la Academia. Los matones y los intimidados.

— ¿Y tú…?

— ¿Qué habrías escogido tú? —dijo Alastair, tenso.

—Si esas eran mis dos únicas opciones —respondió Cordelia—, la hubiera dejado y habría vuelto a casa.

—Sí, bueno —dijo él—. Yo escogí una en la que no me sintiera como el hazmerreír. —Cordelia estaba muy quieta y silenciosa. La cara de Alastair era impasible.

— ¿Y cómo funcionó eso? —preguntó ella, tan suavemente como se atrevió.

—Horrible —respondió él—. Es horrible.

Cordelia no sabía qué hacer o qué decir. Quería ir y poner los brazos alrededor de su hermano, decirle que ella lo amaba, pero él permaneció rígido, con los brazos cruzados frente a él y ella no se atrevió. Finalmente, sostuvo el cuchillo en su mano.

— ¿Quieres lanzar? Eres mucho mejor que yo. —Cuando él la miró sospechosamente, dijo—: Podría necesitar algo de ayuda, Alastair. Ya viste lo mala que soy.

Alastair se acercó y tomó el cuchillo de su mano.

—Demasiado descuidada. —Asintió—. Sé que el manejo de la espada se te da naturalmente, pero no todo será así. Debes bajar el ritmo. Presta atención a tus pies. Ahora, sigue mis movimientos. Eso es, Layla. Sígueme.

Y ella lo haría.

Interludio Traducido por América

Corregido por Halec y Samn

21
Quemar

Mi corazón está atado por el hechizo de belleza.
Mi amor es indestructible.
Aunque me gusta quemar una vela,
Y casi volverla una sombra,
No envidió el corazón que es libre:
Las cadenas del amor que rodean el alma son para mí.
—Nizami Ganjavi, *Layla y Majnun*

James estaba acostado en la cama de su habitación, encima de las sábanas, su brazo arrojado detrás de su cabeza. Estaba observando una familiar grieta en el techo que tenía la forma de un pato. Su padre estaría horrorizado.

Matthew se sentaba a su lado, vistiendo una chaqueta de terciopelo y pantalones a juego. James había oscilado dentro y fuera de la conciencia los primeros dos días después de su visita al reino de Belial. Algunas veces soñaba con el mundo demonio y se despertaba gritando, buscando un arma que no estaba ahí. Sus cuchillos quizás no estaban a su lado, pero Matthew siempre lo estaba.

Si había alguien en el mundo que entendiera sobre *parabatai*, eran los padres de James. En la primera noche de su retorno de Highgate, Matthew había arrastrado una pila de mantas a la habitación de James, se envolvió

en ellas, y se durmió. Nadie intentó hacer que se fuera; cuando Tessa traía sopa y té para James, traía para Matthew también. Cuando Will vino y trajo juegos de cartas para pasar el rato, Matthew también jugó y generalmente perdía.

No era que los otros no fueran amables también. Cuando Anna le trajo a James una nueva y elegante corbata para animarlo, trajo una para Matthew. Cuando Lucie trajo tartas de contrabando de la cocina a la media noche, había algunas extras para Matthew. Era posible, que el resultado fuera que Matthew nunca volviera a casa. James apenas podía culparlo: Charles ciertamente había sido molesto últimamente. Todos estaban aclamando a Christopher como un héroe por haber creado el antídoto para el veneno de la mantícora: un cuento incluso más romantizado por el hecho de que Christopher había sido atacado también y se había curado a sí mismo. Pocos sabían que Charles casi no había dejado a Thomas usar el laboratorio para hacerlo. Las palabras:

—Si no hubiera sido por Alastair Carstairs, todo habría sido arruinado —realmente habían pasado por los labios de Thomas, haciendo que James se preguntara si había deambulado devuelta al reino demoníaco.

Thomas y Christopher los visitaron todos los días, trayendo historias de las consecuencias de la enfermedad. Ninguno de los que habían estado enfermos recordaba haber coreado el nombre de James, tampoco Ariadne recordaba su breve posesión. La cuarentena había sido levantada, y Charlotte y Henry regresarían pronto; Christopher y James eran realmente héroes, lo cual enfurecía mucho a James porque, como él había señalado, Cordelia había estado con él en el reino demoníaco y si no hubiera sido por ella, él habría muerto. Lucie también había salvado el día, al igual que Matthew. Thomas había ayudado a conseguir las raíces de Malos de la Mansión Chiswick y había hecho el antídoto con sus propias manos. Anna los había llevado a la Ruelle Infernal. Todos eran héroes en su opinión.

Fue Matthew quién le preguntó, cuando estaban solos, si pensaba que extrañaba a Cordelia. Solo ella no había venido a visitarlo: resultó que la

fractura en su pierna era una mala y tomaría varios días para que sanara. Lucie había ido a verla e informó que estaba bien.

—Le leí *La Hermosa Cordelia* y se durmió de inmediato —dijo Lucie con deleite—. Así que debió estar muy cansada.

Thomas y Christopher habían ido a verla también, y le llevaron chocolates. Le preguntaron a James si tenía algo que quisiera que le lleven con sus cumplidos. Él sacudió su cabeza sin hablar, con miedo de lo quizá saldría de su boca si lo hacía. No quería discutir sobre Cordelia con nadie. Solo quería verla. Si la veía, lo sabría.

—Así que —dijo Matthew, cruzando sus brazos detrás de su cabeza—. Con tu nuevo estatus de héroe de la Clave, ¿planeas hacer alguna demanda? —El miraba la fisura en el yeso del techo—. Yo pediría mi propio ayudante personal y que trajeran a Oscar Wilde para que converse conmigo.

— ¿Acaso no está muerto? —dijo James.

—No hay nada malo con los muertos. —Matthew se rio entre dientes—. Espera hasta nuestra siguiente visita a la Ruelle Infernal.

James estuvo silencioso por un momento. Prefería evadir a la Clave, la verdad, había mucho que ellos no sabían. A todos ellos les habían dicho —Lucie, Matthew y Cordelia— que él había encontrado y asesinado a la Manticor en el cementerio Highgate con la ayuda de sus amigos. No veía razón para que ellos supieran más.

Sin embargo, la situación había sido diferente con sus padres. Cuando finalmente había estado lo suficientemente coherente para contar la historia, se las había explicado, y a Lucie. Les había contado la verdad sobre su encuentro con Belial, y la manera en que Belial, siendo herido por Cortana, se había desmoronado en polvo. Finalmente les contó sobre la relación de sangre que existía entre los Herondale y el Príncipe del Infierno.

Todos habían reaccionado característicamente. Tessa había sido práctica y dijo que había tratado de descubrir quién era su padre años atrás

y que al fin lo sabía. Lucie se había visto alterada pero dijo que convertiría la historia en una novela. Will había estado enojado con todo el mundo y luego había ido a ver a Jem.

Jem, que prometió guardar el secreto del linaje de Tessa, le dijo a Will que como un Príncipe del Infierno no puede ser asesinado, solo una herida seria podría mantener a Belial débil e incorpóreo por al menos un siglo.

James les había contado a Christopher y Thomas también, pero todos habían acordado que era mejor mantener los detalles referentes a Belial como un secreto por ahora, especialmente ya que el Príncipe del Infierno no era una amenaza actual. Su reino se había derrumbado, Jem les explicó, significando una verdadera pérdida de poder para el Señor de los Ladrones. Era poco probable que James volviera a sentirse arrastrado al reino demoníaco de nuevo, o que volviera a verlo.

— ¿James? —Su puerta se abrió y su madre se paró en el umbral. Ella sonrió cuando los vio a él y a Matthew, pero había una línea de preocupación entre sus cejas. Ella puso un mechón de cabello detrás de su oreja—. Alguien está aquí para verte. Una señorita.

James se sentó.

— ¿Cordelia?

Vio a Matthew darle una mirada de reojo, pero Tessa estaba sacudiendo su cabeza.

—No Cordelia —le dijo—. Es Grace Blackthorn.

Fue el turno de Matthew de sentarse.

—Oh no —dijo él—. No, no. Envíela lejos. Dígale que hay una infestación de ratas. Dígale que ese comportamiento vago y malicioso suyo es ilegal en el Instituto y que ella no está permitida dentro.

Tessa solo levantó sus cejas.

—Dijo que era respecto a un asunto importante.

Matthew se giró implorante a James.

—Jamie. No. Después de lo que hizo…

James miró a su *parabatai*. Incluso ahora, Tessa y Will sabían poco del acuerdo que alguna vez tuvo con Grace, y él prefería que se mantuviera así.

— ¿Es esto sobre su madre? —inquirió—. ¿No está Tatiana bien otra vez?

—Ella está bien —dijo Tessa. El antídoto había sido increíblemente efectivo; hasta donde James sabía, todos los cazadores de sombras envenenados se habían recuperado—. James, si no quieres verla…

—La veré —dijo James, poniéndose de pie—. Hazla pasar.

Mientras Tessa iba a traer a Grace, Matthew rodó fuera de la cama y se puso los zapatos. Se volvió en la puerta para darle una dura mirada a James.

—Sé cuidadoso —le dijo, y se fue, dejando la puerta abierta.

Un momento después, como si hubiera esperado que Matthew se fuera, Grace entró a la habitación.

Se veía hermosa, como siempre. Su cabello rubio platinado estaba retirado suavemente de su rostro ovalado. Sus mejillas estaban sonrojadas con un color rosa pálido, como el interior de una concha de mar. Llevaba un vestido verde, el dobladillo húmedo y un poco arrastrado; había estado lloviendo la mayor parte del día, y ahora era el final de la tarde.

Una vez su belleza lo había sacudido como una tormenta. Ahora, viéndola, solo sentía un gran cansancio, un cansado agotamiento, como si hubiera bebido mucho la noche anterior. Deseaba no sentirse así. No porque le doliera verla, sino porque no era así.

Había pensado sobre sí mismo como alguien que amaba más profundamente que eso.

—Querías hablar conmigo a solas —le dijo—. ¿Estás segura que eso es una buena idea? Tu madre…

—Se volvería loca si se entera que estuve aquí —dijo Grace—. Sí. Pero tenía que hablar contigo.

—Entonces mejor cierra la puerta —respondió él. Nunca había sido tan cortante con Grace. Se sentía extraño y raro, pero bueno, también se sentía extraño y raro que ella estuviera aquí presencialmente.

Las manos de Grace temblaron mientras cerraba la puerta. Se dio la vuelta y, para la inmensa sorpresa de James, se arrodilló en el suelo frente a él.

Él retrocedió.

—Grace. No.

—Tengo que —dijo ella. Sus manos formaron dos puños—. Entiendo por qué no quieres escucharme. Tienes todo el derecho. Pero debo rogarte que lo hagas. —Ella exhaló temblorosamente—. Me comprometí con Charles porque creí que para cuando mi madre se recuperara, ella sería incapaz de hacerme daño. Me iba a encontrar protegida por la familia de la Cónsul.

—Sí —dijo James—. Lo sé. Ellos te protegerán. Los Fairchild son buenas personas. —Soltó un suspiro—. Grace, levántate, por favor.

Ella se puso de pie, su mentón levantado.

—Volví a la Mansión Chiswick con Charles ayer, para buscar algunas de mis pertenencias —dijo ella—. Trataré de mantenerme lejos de casa hasta mi matrimonio. Vi a mi madre ahí, y al principio pensé que había tenido éxito. Ella parecía complacida de que hice un compromiso poderoso.

Luego me di cuenta que ella había perdido interés en lo que hice porque tiene planes más grandes.

James frunció el ceño. Bajo los ojos de ella podía ver el rastro de lágrimas recientes. La preocupación se cernió, a pesar de lo que sentía.

— ¿Qué clase de planes?

—Sabes que ella te odia a ti y a tu padre —dijo Grace rápidamente—. Odia a sus hermanos también. Cree que algún día ellos la matarán para tener la Mansión Chiswick de vuelta.

—En el estado que está, tendría suerte si alguien quisiera el lugar —dijo James, pero Grace parecía no escucharlo.

—Cuando despertó de su enfermedad, descubrió de alguna manera, no sé cómo, que casi mueres, y cree… —Grace parecía esforzarse por encontrar las palabras—. Ella siempre ha creído que Jesse podría volver de la muerte si usara nigromancia. Llamó a brujos, esperando que hicieran magia negra por ella. Les rogó a los demonios que la ayudaran…

James estaba horrorizado.

—Pero eso es una locura. Adentrarse en esas cosas es una sentencia de muerte segura.

—No solo se adentró. Ella se *propuso* a cumplir la idea, coleccionando libros de nigromancia, buscando Manos de Gloria en los Mercados de Sombras…

—Pero el Enclave revisó en la Mansión Chiswick. No encontraron rastros de magia negra.

—Ella lo tiene todo en la mansión de Idris.

— ¿Y nunca me dijiste nada de esto? —espetó James.

—¿Cómo podría? ¿E involucrarte a ti también? Ella está loca en lo que a ti respecta. Desde que despertó de su sueño por el envenenamiento, ha estado furiosa y vociferando. Dice que sabe que ahora no hay ninguna posibilidad de que Jesse alguna vez vuelva. Lo dice como si tú le hubieras robado su último aliento sobreviviendo a la Manticor.

—¿Qué? —La cabeza de James estaba dando vueltas—. ¿Cómo sería eso posible?

—Te lo diría si lo supiera. James, ella es *peligrosa* —dijo Grace—. Se ha construido un palacio de sueños y mentiras, y cuando esas mentiras son amenazadas, ella ataca. ¿Recuerdas el autómata en el vestíbulo de la mansión de Idris?

—Sí, aunque no veo cómo eso tiene que ver con…

—Fue hechizado por un brujo hace años —dijo Grace—. En el momento de su muerte, está encantado para levantarse y matar cazadores de sombras. Ahora ella decidió que Jesse nunca volverá y que ella no tiene nada por lo que vivir. Planea terminar con su vida esta noche, y cuando lo haga, causará estragos. Irá a Alicante…

El corazón de James empezó a retumbar.

—Entiendo lo que hará —dijo—. Grace, tenemos que ir con mis padres con esta información.

—¡No! Nadie debe saber, James. Si la Clave arresta a mi madre, si ellos revisan la Mansión Blackthorn, verán qué tan profundo está metida en la nigromancia y magia negra, y yo seré culpable también, y Jesse… —Se interrumpió, sus manos agitándose como polillas asustadas—. Si ella sabe que yo conté sus secretos, mamá querrá que yo sea culpada, James. Podría ser encerrada en la Ciudad Silenciosa.

—Eso no sucederá. Este es el pecado de Tatiana, no el tuyo. Y claramente está demente, puede haber piedad para los dementes.

Ella levantó su rostro hacia el suyo. Sus ojos brillaban, con lágrimas o determinación, no podía decirlo.

—James —dijo ella—. Lo siento tanto.

— ¿Lo sientes? —repitió—. ¿Por qué?

—Nunca quise hacerte esto —le dijo—. Pero ella insistió. Y él insistió. Tenías que ser tú. Mi madre me hizo su arma, para cortar cualquier barrera que se erigiera contra ella. Pero tu sangre, *su* sangre, es una barrera que no puedo cortar. No puedo enlazarte sin su cadena.

Algo plateado brilló en su mano. Ella tomó su brazo; él trató de alejarse, pero ella lo sostuvo rápidamente. Él sintió algo frío sobre su piel, y oyó un clic, como una cerradura girando, mientras el círculo de metal se cerraba alrededor de su muñeca. Una chispa de dolor viajó por su brazo, como un repentino choque de electricidad.

Trató de retroceder. Imágenes borrosas aparecieron detrás de sus ojos. En el último momento antes de que todo cambiara, vio a Cordelia, ella estaba un poco lejos de él, en el borde del techo del Instituto. Cuando él trató de volverse, de mirarla, ella cubrió su rostro con sus manos y se apartó, fuera de su alcance. Vio la luna detrás de ella, o quizás no era la luna. Era una cosa giratoria y plateada, una rueda en la noche, tan brillante que lo cegaba de cualquier otra estrella.

* * *

Había estado lloviendo en Londres, pero el clima en Idris, incluso al borde del atardecer, era cálido. Lucie había seguido a tío Jem a lo largo del camino desde el lugar donde se habían viajado por Portal, justo afuera de Alicante. Uno no podía abrir un Portal directamente dentro de la ciudad;

estaba resguardada contra tales cosas. A Lucie no le importaba. Su destino no estaba dentro de los límites de la ciudad.

Jem, ella nunca podría pensar en él como el Hermano Zachariah sin importar cuánto tratara, caminaba a su lado mientras bordeaban los campos. Su capucha estaba abajo y el viento agitaba su cabello negro. Aunque su rostro estaba cicatrizado, ella se dio cuenta por primera que era un rostro joven, más como el de su madre que como el de su padre. Se preguntó, si era extraño para Will estar envejeciendo y ver que la apariencia de Jem era todavía la de un chico. ¿O cuando amas a alguien, no notas estas cosas, así como sus padres no veían diferencias entre ellos?

Es aquí. Jem señaló hacia lo que se veía como una ciudad en miniatura de casas blancas. Era la necrópolis de Alicante, donde las familias de Idris eran sepultadas. Caminos estrechos se abrían entre los mausoleos, enlosados con piedras blancas trituradas. Lucie siempre había amado la manera en que las tumbas se veían como pequeñas casas, con puertas o portones y techos inclinados. A diferencia de los mundanos, los cazadores de sombras no tendían a decorar sus tumbas con estatuas de ángeles. Los nombres de las familias a las que les pertenecían las tumbas estaban tallados en las puertas, o grabados en placas metálicas: BELLEFLEUR, CARTWRIGHT, CROSSKILL, LOVELACE, incluso BRIDGESTOCK. La muerte te daba extraños vecinos. Encontró lo que estaba buscando, una larga tumba bajo la sombra de un árbol, llevando el nombre BLACKTHORN.

Se detuvo y observó. Era una tumba como cualquier otra, salvo por el diseño de espinas que corría alrededor del pedestal. Los nombres de aquellos que habían muerto marchaban de arriba a abajo por el lado izquierdo de la tumba como soldados ordenados. Fue fácil encontrar el más nuevo. JESSE BLACKTHORN, NACIDO EN 1879, FALLECIDO EN 1896.

Había sido 1897 cuando lo había conocido en el bosque, Lucie se dio cuenta. Había sido un fantasma por tan corto tiempo. Había parecido mucho mayor que ella entonces; nunca había pensado qué tan asustado él debió haber estado.

Todos pensaban que Jesse había muerto hace mucho. Nadie sabía qué había sacrificado desde entonces.

Ella tocó el medallón que colgaba alrededor de su garganta y se giró hacia Jem.

— ¿Puedo tener un momento a solas, por favor?

Jem la miró, claramente preocupado. Era difícil leer su rostro, sus ojos cerrados, había vacilado cuando ella le preguntó si podía traerla a Idris para dar sus respetos en el cementerio y no decirle a sus padres. Solo había accedido cuando ella le dijo que si él no lo hacía, encontraría un brujo que la trajera.

Él tocó su cabello suavemente.

No vagues mucho en la muerte. Lucie significa luz. Busca el día, no a la noche.

—Lo sé, tío Jem —dijo ella—. Solo será un momento.

Él asintió y se desvaneció en las sombras, en la manera en que los Hermanos Silenciosos lo hacían.

Lucie se volvió hacia la tumba. Sabía que no contenía ninguna parte de Jesse, pero igual la confortaba estar ahí.

—No le he dicho a nadie lo que vi en la Mansión Chiswick, y nunca lo haré —dijo en voz alta—. No he guardado silencio para proteger a Grace, o a tu madre. Solo para protegerte a ti. No esperaba que fueras un verdadero amigo como lo fuiste, Jesse. No esperaba que dieras tu vida por mi hermano. Sé que habías estado enojado conmigo momentos antes y más que nada lamento no haber podido decirte que lo sentía. No debí haber usado mi poder así. Todavía es difícil de imaginar que tengo un poder, e incluso ahora no lo entiendo por completo. —Tocó su nombre con sus dedos, letras talladas uniformemente en mármol liso—. Sin ti, no estoy segura si alguna vez lo entenderé.

—Lo harás.

Miró hacia arriba y ahí estaba él. Jesse, apoyado contra el costado de la tumba como un chico granjero apoyado en un portón. Sonriendo con su extraña y pequeña sonrisa, su cabello liso y negro sobre sus ojos. Lucie dejó caer las flores que estaba sosteniendo y extendió su brazo, sin pararse a pensar, para tomarle la mano.

Sus dedos se deslizaron por el vacío. Aparte de un camino de aire más frío, no había solidez en él, como antes había existido.

Retiró su mano, presionándola sobre su pecho.

—Jesse.

—Descubrí que mi fuerza se está desvaneciendo —le dijo—. Quizá había más acerca de ese asunto del último aliento de lo que había pensado.

—Lo siento tanto —susurró Lucie—. Esto es mi culpa.

—Lucie, no. —Jesse se acercó a ella, sintió el frío emanando de su cuerpo y lo miró. Se veía menos humano e irónicamente más extrañamente hermoso que antes: su piel era suave como el vidrio, sus pestañas negras y llamativas—. Me dejaste ser algo que nunca antes había sido, incluso cuando estaba vivo. Un cazador de sombras. Me dejaste ser parte de lo que hiciste. Nunca pensé que volvería a tener la oportunidad de hacer la diferencia.

—Tú hiciste toda la diferencia —dijo Lucie—. Sin tu ayuda, no podríamos haber hecho lo que hicimos, aunque los otros no lo sepan. Y salvaste la vida de James. Siempre estaré en deuda.

Los ojos de Jesse estaban casi negros.

—No necesitas deberle a los muertos, Lucie.

—Lo hago —susurró—. ¿Está tu cuerpo todavía en la Mansión Chiswick? ¿Grace está cuidándote?

—Sí. Ella vendrá cuando pueda, fingiendo que viene a ver la casa, ahora que no podemos confiar… —Se detuvo—. Me enseñaste a ver las cosas de forma muy diferente, Lucie —dijo un momento después—. Pensé que la locura de mi madre era inofensiva. No me había dado cuenta que tenía tratos con demonios hasta que vi a la criatura que atacó a Grace.

—Lo siento —susurró Lucie—. Por todo esto.

Su voz era amable.

—Nunca fue tu culpa. Mi madre necesita ayuda. Grace planea asegurarse de que la reciba. No lo sientas, Lucie. Trajiste luz a mi mundo sin ella, y por eso estoy agradecido.

—Yo soy la que está agradecida —le dijo—. Y encontraré una manera de ayudarte, Jesse. Juro traerte de vuelta si puedo hacerlo o dejarte descansar si no es así.

Él negó con la cabeza.

—No puedes prometer algo tan grave.

—Puedo hacerlo. Lo prometo. Soy una Herondale y nosotros cumplimos nuestras promesas.

—Lucie… —Jesse comenzó a decir. Frunció el ceño—. Escucho algo. ¿Quién está contigo?

—Je… el Hermano Zachariah —dijo Lucie. Supuso que no debería sorprenderle que los fantasmas pudieran oír a los Hermanos Silenciosos.

La tarde estaba desapareciendo en la oscuridad. Las torres demoníacas brillaban con el atardecer, volviendo los colores de un árbol en otoño: rojo y dorado, cobre y fuego.

—Debo irme —dijo Jesse—. James Carstairs es un Hermano Silencioso. Puede que sea capaz de verme. No quisiera traerte problemas. —Él le dio una última larga mirada—. Promete que no tratarás de ayudarme.

—Jesse —susurró Lucie y trató de alcanzarlo; sintió una pequeña presión en sus dedos, y desapareció. Jesse se había desvanecido en la nada, como la niebla disolviéndose en la lluvia.

* * *

Grace estaba parada cerca de la ventana. El sol se había puesto, pero el resplandor de las lámparas de la calle era visible a través del vidrio. Delineaba el cabello de Grace, la curva de sus pómulos, los huecos de sus sienes. ¿Había estado siempre parada ahí? Debería haberlo estado, por supuesto que lo había estado. El brazo de James estaba puesto contra la espalda del sillón. Se sentía mareado. Tal vez no estaba tan recuperado como había pensado.

— ¿James? —Grace se acercó a él, el susurro de su vestido verde era fuerte en la silenciosa habitación—. ¿Me ayudarás? ¿Destruirás el autómata?

James la miró sorprendido. Era Grace, su Grace, a quien amaba y siempre había amado.

—La lealtad es mi atadura, Grace —le dijo en voz baja—. E incluso si no lo hiciera, tú eres mía y yo soy tuyo. Haría cualquier cosa por ti.

Algo parecido al dolor pasó por los ojos de Grace, y apartó la mirada.

—Sabes que todavía tengo que casarme con Charles.

La boca de James se secó. Lo había olvidado. Grace casándose con Charles. ¿Había mencionado eso cuando entró a la habitación? No lo recordaba.

—Si me casara contigo… —Negó con la cabeza—. Mi madre encontraría maneras de atormentarte a ti y a tu familia por siempre. Nunca pararía. No podría hacerte eso.

—Pero no amas a Charles.

Ella lo miró.

—Oh, James —dijo ella—. No. No, no lo amo.

Su padre siempre le había dicho que no había emoción más grande que el amor: que derrumbaba toda duda y toda desconfianza.

Él amaba a Grace.

Sabía que lo hacía.

Grace unió su mano con la de él.

—No tenemos más tiempo —murmuró ella—. Bésame, James. Solo una vez antes de que me vaya.

Ella era mucho más pequeña que él así que tenía que alzarla en sus brazos para poder besarla. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y por un segundo cuando sus labios tocaron los de ella, recordó suaves labios que se habían pegado hambrientamente sobre los de él, un cuerpo curvado contra el suyo, curvas suaves y cabello cayendo en cascada. El enloquecedor, tembloroso deseo que lo había cegado de cualquier cosa excepto de cómo Cordelia se sentía en sus brazos, del dulce y suave calor suyo.

Grace se alejó. Lo besó suavemente en la mejilla. Ella no parecía aturdida cuando él la soltó; Cordelia había estado descalza, su corpiño tirado de lado, su cabello completamente fuera de sus horquillas. Pero todo eso había sido pretensión, ahora lo entendía. Él y Cordelia habían estado actuando porque unos extraños habían entrado a la habitación. Y si la había deseado a Cordelia en ese momento, era natural: el deseo físico

no era amor y estaba seguro que ella no había sentido nada por él. Cordelia era su amiga; ella incluso le había pedido que le ayudara a encontrar un esposo.

—Tendremos que decirle a la Clave —dijo él—. No se puede dejar que tu madre practique magia negra libremente. Aunque este autómata sea destruido, todavía buscará cómo matar a los cazadores de sombras. Puede hacerlo de nuevo.

La sonrisa de Grace se desvaneció.

—Pero, James… —Ella buscó algo en su cara un momento, luego asintió—. Espera hasta que mi compromiso con Charles sea anunciado formalmente. Tan pronto como esté verdaderamente a salvo de mi madre, le podemos decir a la Clave.

Sintió un sombrío alivio. Estaba a punto de besarla de nuevo cuando tocaron la puerta. Grace retiró su mano de la de James, mientras él decía:

—Un momento.

Fue demasiado tarde, la puerta fue abierta de par en par y Matthew estaba parado en el umbral. A su lado estaba Cordelia, tan bonita en un vestido azul martín pescador y una chaqueta a juego, mirando de James a Grace con grandes ojos sorprendidos.

* * *

—Debo irme —dijo Grace. Sus mejillas estaban sonrojadas, pero aparte de eso se veía perfectamente compuesta. Cordelia no podía parar de mirarla, sabía que Lucie la había encontrado en la Mansión Chiswick, y que Lucie solo había dicho que Grace había estado ansiosa porque Thomas y ella se fueran.

Cordelia no había visto a Grace junto a James desde la pelea en el puente Battersea. No pensó que dolería así.

Se había preparado cuidadosamente para tan esperada visita. Había elegido uno de sus nuevos vestidos favoritos, el azul brillante; se puso sus aretes de oro más bonitos y trajo con ella una copia de *Layla y Majnun.* No era tan hermoso en inglés como lo era en el persa original, pero sería perfecto para leerlo con James.

Ahora, mientras miraba a James y Grace, estaba contenta de que el libro estuviera escondido dentro de su chaqueta.

—Señorita Blackthorn —dijo Cordelia, inclinando su cabeza educadamente. A su lado, Matthew estaba rígido. No dijo nada mientras Grace murmuraba un adiós y abandonaba la habitación, una nube de esencia de azucenas siguiendo sus pasos.

Cordelia se dijo a sí misma que no fuera tonta. Todos los demás habían ido a visitar a James para ver como estaba, ¿por qué no Grace?

—James —dijo Matthew, en el momento en que Grace se fue—. ¿Estás bien?

James se veía un poco aturdido de verlos ahí. Tenía su camisa arremangada y un par de pantalones a rayas; Cordelia podía ver las marcas de moretones desvanecidos en su cara y brazos. Un corte cicatrizado cruzaba su clavícula. Su cabello era un salvaje y oscuro desorden como siempre, caía sobre sus ojos, y como siempre Cordelia luchó contra la urgencia de removerlo.

—Estoy bien. Incluso mejor que bien —dijo James, bajando sus mangas y abrochando sus puños. Cordelia vio un destello plateado brillando en su muñeca.

El brazalete de Grace. Cordelia sintió como si se quemara por dentro.

Matthew lo observó.

— ¿Grace terminó el compromiso con mi hermano?

—No. —La rápida sonrisa de James se desvaneció—. Todavía se casarán.

— ¿Entonces tal vez está planeando matar a Charles? —inquirió Matthew.

—Matthew, deja de sonar optimista ante la perspectiva del homicidio. —Abriendo su guardarropa, James tomó la chaqueta de su traje de combate y se la puso—. No se está casando con Charles porque lo ame. Se está casando con él para librarse de su madre. Cree que la influencia y poder de Charles la protegerán.

—Pero seguramente *tú* podrías protegerla —dijo Cordelia, en voz baja, incapaz de contenerse.

Si el comentario causó impresión en James, no pudo decirlo. La Máscara parecía estar de vuelta con toda su fuerza. No podía leer su rostro.

—Tatiana quiere que Grace haga una alianza poderosa —dijo James—. Quizá no esté completamente complacida, pero si Grace se casara conmigo, sería una guerra. Grace no lo soportaría. —Se abotonó la chaqueta—. Me hizo entender que todo lo que ha hecho, lo ha hecho porque me ama. Ahora yo tengo que hacer algo por ella.

En el fondo de su cabeza, Cordelia escuchó la voz de Alastair.

Todo lo que él hace es para que podamos estar juntos.

Desde que habían regresado de Highgate, Alastair no había mencionado a Charles ni tampoco nada relacionado a él. Había pasado la mayor parte de su tiempo en casa, a menudo en la habitación de Cordelia mientras su pierna sanaba, leyendo en voz alta el periódico para ella. No salía en la

noche. Ella y Alastair eran un par, y vaya par, pensó Cordelia. Miserablemente enamorados.

—James —dijo Matthew tensamente—, después de lo que te hizo, no le debes nada.

—No es una deuda —dijo James—. Es porque la amo.

Era como si alguien hubiera llevado un pequeño y afilado cuchillo al corazón de Cordelia y lo estuviera cortando en pedazos que formaban el nombre de James. Apenas podía respirar; escuchó su voz en su cabeza, baja y suave:

Daisy, mi ángel.

Sacudiendo su cabeza, James salió de la habitación. Luego de intercambiar una sola mirada, Cordelia y Matthew lo siguieron. Se apresuraron por el pasillo detrás de James, a través del Instituto, tratando de evitar chocar con los muebles.

— ¿Qué sucede? —exigió Matthew, esquivando una armadura decorativa—. ¿Qué te pidió que hicieras?

—Hay un objeto en la Mansión Blackthorn que debe ser destruido —dijo James, y rápidamente les contó la historia de la locura de Tatiana, el autómata mecánico y el hechizo que esperaba para animarlo. Que él tenía que destruirlo, mientras Grace hacía todo lo posible para contener a su madre.

Había algo diferente, no solo en la expresión de James, sino en la manera en que hablaba. No había dicho el nombre de Grace con esa entonación desde que ella se había comprometido con Charles. Las uñas de Cordelia se clavaron en su palma. Quería delirar, quería gritar. Sabía que no haría ninguna de esas cosas.

Ella no gritó, ¡no! Se hubiera despreciado si lo hubiera hecho.

—Estoy seguro que no soy el único que no está sorprendido de que Tatiana Blackthorn haya estado incursionando en la nigromancia —dijo Matthew—. Pero debemos decirle a la Clave.

James, subiendo las escaleras de dos en dos, sacudió su cabeza.

—Todavía no. Primero debo hacer esto. Les explicaré más tarde, pero no podemos destruir la vida de Grace.

Habían llegado a la parte superior de un conjunto de escalones de piedra, que conducían abajo hacia profundas sombras. Cordelia estaba medio aliviada de ver la misma expresión en la cara de Matthew que estaba segura que ella tenía. Sorpresa y angustia.

— ¿Así que irás a *Idris*? —dijo Cordelia—. ¿Cómo?

—Hay un Portal en la cripta —dijo Matthew, tenso, mientras las escaleras terminaban en una entrada que daban a una enorme habitación de piedra. No era tan oscuro como Cordelia había imaginado: tenues lámparas de latón vislumbraban en las paredes, iluminando suavemente las paredes de piedra y el suelo—. Mi padre solía hacer ensayos con sus experimentos aquí abajo cuando él y mi madre dirigían el Instituto. La mayor parte de su trabajo fue llevado al laboratorio de nuestra casa, pero…

Señaló hacia un resplandeciente cuadrado del tamaño de un espejo de cuerpo entero que adornaba la pared más lejana. Su superficie ondeaba como agua, iluminada con extraños destellos.

—El Portal todavía está aquí —dijo James—. Fue bloqueado durante la cuarentena, pero ya no más.

—Aún está prohibido viajar en Portal a Idris sin permiso de la Clave —señaló Matthew.

— ¿Y tú de repente te has vuelto un fan de las leyes? —James sonrió—. Yo seré el que rompa las reglas de todos modos. Es una cosa fácil de hacer: ir dentro del Portal, destruir el objeto y volver.

—Debes estar loco si piensas que no iremos contigo —espetó Matthew.

James negó con la cabeza.

—Necesito que se queden aquí para abrir el Portal para que pueda regresar. Dénme veinte minutos. Sé a dónde debo ir dentro de la casa y sé exactamente dónde está esa cosa. Luego abran el Portal y volveré.

—No sé si esto es una buena idea —dijo Cordelia—. Ya nos hemos detenido a ver cómo desaparecías dentro de un Portal y mira cómo terminó eso…

—Sobrevivimos —dijo James—. Matamos la Manticor y herimos a Belial. Muchos dirían que eso salió bien. —Se movió para acercarse al Portal. Por un momento solo era una silueta, una sombra negra contra la superficie plateada detrás de él—. Espérenme —les dijo y por segunda vez en una semana, Cordelia miró cómo James Herondale desaparecía dentro de un Portal frente a sus ojos.

Miró a Matthew. El brillaba como uno de los accesorios de latón de la pared, en una chaqueta de terciopelo bronce y pantalones. Se veía como si estuviera listo para volver a la Ruelle Infernal, no para pararse a vigilar dentro de una cripta.

—No trataste de detenerlo —le dijo.

Matthew negó con la cabeza.

—No esta vez —respondió—. No parecía tener sentido. —La miró—. En serio pensé que ya se había acabado. Incluso cuando Grace vino hoy, pensé que él la rechazaría. Que tal vez tú lo habías curado de ese mal en particular.

Las palabras aterrizaron como flechas.

Pensé que lo habías curado. Ella había pensado lo mismo, de alguna manera, se dejó creerlo, se dejó ilusionarse en que James ofreciéndole

leer un libro con ella era algo más que una oferta de amistad. Había leído sus ojos, sus expresiones, todo mal, ¿cómo pudo haber estado tan equivocada? ¿Cómo pudo creer que él sentía lo mismo que ella sentía cuando *sabía más que la verdad*?

— ¿Por lo de la Habitación Susurrante? Lo prometo, eso solo fue pretensión. —Las palabras sonaron frágiles a sus propios oídos. No era la verdad, no para ella al menos, pero no sería considerada lamentable, ni para Matthew ni para nadie—. No fue nada.

—Me alegra escuchar eso —dijo Matthew. Sus ojos estaban muy oscuros, el verde solo era un borde alrededor de la pupila mientras la miraba—. Me alegro que no estés herida. Y me alegro…

—No estoy herida. Es solo que no entiendo —dijo Cordelia. Su voz hacía eco en las paredes—. James parece una persona completamente diferente.

La boca de Matthew se torció en una media sonrisa.

—Él ha estado así por años. Algunas veces es el James de mi corazón, el amigo que siempre he amado. Algunas veces está detrás de un muro de vidrio y no puedo alcanzarlo sin importar lo mucho que la golpee con mis puños.

La Máscara, pensó Cordelia. Así que Matthew también la veía.

—Debes pensar que soy ridículo —dijo Matthew—. Los *parabatai* deberían ser cercanos, y la verdad, no quisiera vivir en un mundo sin James. Y aún así él no me cuenta nada de lo que siente.

—No pienso que seas ridículo y desearía que no dijeras esas cosas —Cordelia dijo—. Matthew, puedes hablar tan mal de ti mismo como quieras, pero eso no lo hace cierto. *Tú* decides la verdad sobre tu persona. Nadie más. Y la elección sobre qué tipo de personas quieres ser, es solo tuya.

Matthew la miró fijamente y por una vez, parecía estupefacto.

Cordelia miró el Portal.

— ¿Sabes cómo se ve la Mansión Blackthorn?

Matthew pareció volver a la realidad.

—Por supuesto —le dijo—. Pero solo han pasado diez minutos.

—No veo por qué debemos hacer lo que él nos dice —dijo Cordelia—. Abre el Portal, Matthew.

Él la miró por un largo momento y finalmente la esquina de su boca se torció en una sonrisa.

—Eres bastante mandona para una chica cuyo apodo es Daisy —dijo, y fue hacia el Portal. Presionó su palma contra la superficie y ésta destello como agua perturbada. Una imagen evolucionó lentamente desde el centro: una gran pila de piedras viejas de una casa de campo, alejada de la extensión de césped verde. El césped estaba descuidado, las negras puertas de hierro antes de la mansión abultadas con zarzas enredadas. Estaban abiertas y a través de la abertura Cordelia podía ver la piedra blanca del frente de la casa, con una docena de ventanas.

Mientras observaba, una de las ventanas estalló en llamas naranjas. Luego otra. El cielo sobre la mansión se volvió de un rojo oscuro y de mal presagio.

Matthew soltó una grosería.

—Está quemando la casa, ¿no? —dijo Cordelia.

—Carajo, Herondale —dijo Matthew, con una especie de desesperación épica—. Iré por…

—No solo, no —dijo Cordelia y tomando las faldas de su vestido azul, saltó por el Portal.

* * *

A pesar de que Grace y Tatiana la habían dejado recientemente, la Mansión Blackthorn tenía el aura de un lugar abandonado hacía mucho. Una de las puertas laterales estaba abierta y James se encontró en un salón vacío, iluminado solo por la luz de luna que se derramaba dentro por las grandes ventanas. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y encima de él colgaba una lámpara de araña, tan enredada con telarañas que parecía una bola de hilo gris.

Pasó por la sala vacía en la silenciosa luz de luna y subió la inmensa curva de las escaleras. Mientras llegaba al segundo suelo, una espesa capa de oscuridad cayó ante él: las ventanas del suelo superior habían sido cubiertas con gruesas cortinas negras y nada de luz entraba por los bordes.

Encendió su piedra de luz mágica; iluminando el largo y polvoriento pasillo frente a él. Mientras bajaba, sus botas crujieron desagradablemente en el suelo y él imaginó que estaba aplastando los huesos secos de pequeños animales mientras caminaba.

Al final del corredor, frente a una curvada pared cubierta de ventanas, estaba parada la criatura de metal: un monstruo imponente de acero y cobre. En la pared de a lado, como él recordaba, colgaba la espada de un caballero con un pomo de rueda, una antigüedad oxidada.

James tomó la espada y sin dudarlo un momento, la blandió.

Cortó a través del torso del monstruo mecánico, dividiéndolo a la mitad. La parte superior del cuerpo cayó al suelo. James condujo de nuevo la espada, decapitando a la criatura; se sentía medio ridículo, como si estuviera rompiendo una enorme lata en pedazos. Pero la otra mitad de él estaba llena de rabia: rabia contra la amargura sin sentido que había

consumido a Tatiana Blackthorn, que había transformado esta casa en una prisión para Grace, que había vuelto a Tatiana viciosamente contra su propia familia y todo el mundo.

Se interrumpió, respirando pesadamente. El autómata era una pila de chatarra de metal a sus pies.

Detente, se dijo a sí mismo y extrañamente vio a Cordelia en su mente, sintió su mano en su brazo, estabilizándolo. *Detente.*

Tiró la espada al suelo y se volvió para irse; mientras lo hacía, escuchó una suave explosión.

La pila de metal triturado se había incendiado y avanzaba como si fuera una yesca. James retrocedió, observando, mientras el fuego saltaba hacia las telarañas que se extendían por las paredes: se prendieron como encaje ardiendo. James guardó su piedra de luz mágica en su bolsillo; el corredor ya estaba vivo con oro y carmesí, extrañas sombras se estremecían contra las paredes. El humo que se elevaba de las cortinas humeantes era espeso y sofocante, y emitía una esencia agria y terrible.

Había algo hipnotizante acerca de las llamas mientras saltaban de un conjunto de cortinas a otro, como un ramo de flores siendo arrojado por el corredor. Si James se quedaba ahí, moriría de rodillas, ahogado por las cenizas de la amargura de Tatiana Blackthorn. Se giró y fue hacia las escaleras.

* * *

Matthew no se molestó con una runa de apertura, solo pateó la puerta principal y entró corriendo, Cordelia a sus talones. La entrada estaba llena de humo hirviente.

Cordelia miró a su alrededor con horror. Podía ver un salón con una chimenea alta: probablemente alguna vez fue un gran salón pero ahora estaba cubierto de polvo y moho. Había una mesa con telarañas colgando en el centro, todavía con platos servidos: estaban cubiertos con comida podrida, ratones y escarabajos corrían libremente sobre la superficie.

El suelo estaba espesamente cubierto con polvo gris; un conjunto de huellas acababan en las escaleras. Cordelia señaló y zarandeó a Matthew del hombro.

—Por allí.

Comenzaron a ir hacia los escalones: en la cima podían ver un infierno rugiente. Cordelia jadeó cuando James apareció desde el corazón de las llamas, corriendo por las escaleras. Se lanzó sobre la barandilla mientras la cima de las escaleras se incendiaba, aterrizó en el centro de la entrada. Miró incrédulo a Cordelia y Matthew.

— ¿Qué están haciendo *aquí*? —exclamó sobre el rugido del fuego.

— ¡Vinimos por ti, idiota! —gritó Matthew.

— ¿Y cómo esperan que *volvamos*?

—Hay un Portal en el invernadero de aquí que conecta al invernadero de Chiswick —dijo Cordelia. Grace le había dicho eso; se sentía como si hubiera sido un millón de años atrás—. Podemos regresar por ahí.

De algún lugar dentro de la mansión vino un profundo y afilado sonido, como los huesos de un gigante desmoronándose en polvo. Los ojos de Matthew se abrieron.

—La casa…

— ¡Está en llamas! ¡Sí, *lo sé*! —gritó James—. ¡A la puerta, rápido!

Era un corto camino de regreso a la entrada. Corrieron, sus pies creando bocanadas de polvo. Casi habían alcanzado la puerta —Matthew estaba bajo del umbral—, cuando la pared más cercana se derrumbó. Cordelia se tambaleó hacia atrás cuando una ola de aire caliente la golpeó; vio una viga de madera cubierta de yeso liberarse de la pared y precipitarse hacia ella, oyó a Matthew gritar su nombre y luego algo la golpeó por un costado. Rodó sobre el polvo, enredada con James, mientras la viga golpeaba el suelo con inmensa fuerza, destrozando el parquet.

Se ahogó, jadeó y miró hacia arriba: James la había derribado fuera del camino de la madera que había caído. Su cuerpo inmovilizándola en el suelo. El color de sus ojos combinaba con las llamas alrededor de ellos; sentía su respiración, corta y brusca, mientras se miraban fijamente casi a ciegas el uno al otro.

— ¡James! —gritó Matthew, James parpadeó y se puso de pie, agachándose para tomar la mano de Cordelia. El azul de su vestido brillaba mientras se ponía de pie, punteado con miles de pequeños destellos ardientes de fuego donde las chispas habían caído.

No era solo su vestido: todo estaba en llamas. Aturdidos, corrieron a la puerta principal, donde Matthew estaba parado; se había sacado su chaqueta de terciopelo y la usaba para apagar las llamas que consumían el umbral. James se volvió para alzar a Cordelia en brazos como si estuvieran en un extraño y ardiente ballet, llevándola sobre las últimas explosiones de llamas mientras estas se disparaban y consumían las puertas principales de la mansión.

Los tres se tambalearon lejos de la casa hacia las hierbas malas y escamosas del jardín. Finalmente pararon y James levantó su cabeza para ver a la mansión. Estaba ardiendo alegremente, enviando gotas de humo negro a lo alto, volviendo el cielo sobre ellos de color sangre.

—Ya puedes bajar a Cordelia —dijo Matthew, con un toque ácido en su voz. Estaba jadeando, su cabello lleno de hollín y su chaqueta de terciopelo perdida.

James dejó a Cordelia cuidadosamente en el suelo.

— ¿Tu pierna…? —empezó a decir.

Ella trató de poner hacia atrás un mechón de su cabello y lo encontró lleno de ceniza.

—Está bien. Está lo suficientemente curada —le dijo— ¿Tú, eh…?

— ¿Quemé la casa? No a propósito —dijo James. Sus ya negras pestañas estaban cubiertas de hollín, su cara manchada de negro.

— ¿Entonces casualmente se incendió mientras estabas dentro? —gruñó Matthew.

—Puedo explicarlo…

—No puedes. —Matthew sacudió su cabeza, esparciendo ceniza—. Mi paciencia se acabó. ¡La bóveda de paciencia está agotada! ¡Ni siquiera te extenderé la paciencia a crédito! Cordelia, tú y yo iremos a casa, y una vez en casa, te regañaré como no tienes idea. Prepárate.

James intentó ocultar una sonrisa.

—Lo haré sin problemas. Mientras tanto, el invernadero. No deberíamos quedarnos aquí.

Cordelia y Matthew estuvieron de acuerdo. Los tres se abrieron paso hasta el invernadero, el cual estaba vacío salvo por una vid caída, algunas botellas y el Portal, el cual brillaba como un espejo, reflejando la destellante luz roja del fuego.

James puso su mano sobre la superficie. Resplandeció y Cordelia vio, a lo lejos, la casa Blackthorn de Chiswick, y más allá, el reluciente horizonte de Londres.

Se adentró en él.

* * *

La habitación en la Taberna del Diablo era acogedora, un pequeño fuego ardía en la chimenea del hogar, Cordelia había pensado que quizá nunca más querría ver fuego de nuevo, pero estaba contenta de tener este. Los Ladrones Alegres estaban tumbados sobre los abollados muebles: Christopher y Thomas en el viejo sofá Chesterfield, James en un sillón, y Matthew en un asiento en la mesa de madera.

James se había quitado su chaqueta, la cual tenía varios hoyos y sus mangas estaban arremangadas. Habían hecho todo lo que pudieron para limpiarse cuando llegaron a la taberna, pero todavía había hollín en su clavícula, y en la de Matthew y en el cabello de Cordelia; y Cordelia sospechaba que su vestido azul martín pescador estaba absolutamente arruinado.

Matthew estaba moviendo un vaso en su mano, luciendo pensativo mirando el contenido ambarino.

—Matthew, en serio deberías tomar algo de agua —dijo Christopher—. El alcohol no te ayudará con la deshidratación luego de inhalar todo ese humo.

Matthew levantó una ceja. Christopher no se inmutó; Cordelia había notado que cuando Christopher llegó, parecía un poco diferente: menos tímido y solemne, más seguro.

—El agua es la infusión del diablo —dijo Matthew.

Cordelia miró a James.

—Es por eso que siempre estás dispéptico, Math —fue lo único que dijo, su expresión era ilegible. La Máscara se había ido un momento en la Mansión Blackthorn, pensó, cuando le había salvado la vida. Ahora estaba de vuelta.

Se preguntó si estaba pensando en Grace. El dolor en su pecho había pasado de un dolor agudo a un latido sordo que dolía con cada palpitar de su corazón.

Pisadas sonaron en los escalones y Lucie apareció, casi tambaleándose bajo el peso de una pila de ropa: dos trajes para James y Matthew, y un sencillo vestido de algodón para Cordelia.

Fue recibida con una ronda de aplausos. Cuando Cordelia, James y Matthew habían salido del invernadero de Chiswick, se dieron cuenta que ninguno de ellos podía regresar a casa en sus chamuscados estados. Incluso Will estaría furioso, James tenía que admitirlo.

—Tenemos que comenzar a guardar ropa de repuesto en el Diablo para casos como este —James había dicho.

—Mejor que no haya más casos como este —había dicho Matthew, enfadado.

Habían tomado un coche hacia Fleet Street, donde habían recibido muchas miradas curiosas de los clientes de la Taberna del Diablo. Matthew y Cordelia se habían refugiado en la habitación de arriba, mientras James buscaba un par de abandonados y los enviaba a Thomas y Christopher con mensajes diciendo que vinieran inmediatamente y que trajeran nuevos atuendos para los tres. Thomas y Christopher, desafortunadamente, no habían sido capaces de traer nada: habían venido corriendo, pero sin ropa adicional. Un abandonado había sido enviado a Lucie inmediatamente, lo cual, Cordelia había señalado, era lo que debieron haber hecho desde el principio. Lucie sabía cómo hacer las cosas.

Lucie arrojó la ropa en el regazo de su hermano y lo miró.

—No puedo creer —dijo ella—, ¡que quemaras la Mansión Blackthorn sin mí!

—Pero tú no estabas cerca, Luce —James protestó—. Fuiste a ver al tío Jem.

—Es cierto —admitió Lucie—. Solo desearía haber estado contigo. Nunca me gustó la mansión cuando éramos niños. Además, siempre he querido quemar una casa.

—Te aseguro —dijo James—, que está sobrevalorado.

Lucie tomó el vestido del regazo de James y le hizo señas a Cordelia para que la siguiera a la habitación contigua. Ella ayudó a Cordelia a deshacer los lazos de la espalda de su vestido azul.

—Voy a estar de luto por este —dijo Lucie, mientras el vestido caía al suelo en un montón carbonizado, dejando a Cordelia de pie en su enagua y su conjunto—. Era tan bonito.

— ¿Huelo como un pan tostado? —inquirió Cordelia.

—Un poco, sí —dijo Lucie, pasándole a Cordelia el vestido de algodón—. Pruébate este. Lo tomé prestado del guardarropa de mi madre. Un vestido de día, así que debería quedarte. —Se quedó mirando a Cordelia pensativamente—. Entonces. ¿Qué pasó? ¿Cómo es que James llegó a quemar la Mansión Blackthorn?

Cordelia le contó la historia mientras Lucie la ayudaba a cepillar la ceniza fuera de su cabello y a sujetarlo con broches en un estilo simple. Cuando terminó con la historia, Lucie suspiró.

—Entonces fue una petición de Grace —dijo—. Pensé… esperaba… bueno, no importa. —Dejó el cepillo en el tocador—. Grace todavía se casará con Charles, así que solo se puede esperar que James la olvide.

—Sí —dijo Cordelia. Ella, también, había pensado y esperado eso. Y también, había estado equivocada. El dolor sordo en su pecho aumentó, como si le faltara una pieza, algún órgano vital sin el que no podía respirar. Todavía podía sentir la dura silueta de *Layla y Majnun* asegurada bajo su chaqueta. Tal vez debería haberlo arrojado a las llamas de la mansión.

Volvieron a la habitación principal, donde los Ladrones Alegres parecían estar discutiendo entre ellos. Thomas se había unido a Matthew bebiendo brandy; los otros dos no.

—Todavía no puedo creer que quemaste una casa —dijo Thomas, brindando en honor a James.

—La mayoría de ustedes nunca vieron el interior de esa casa —dijo Lucie, sentándose en el borde del sofá, cerca de James—. Espié por las ventanas cuando era una niña. Todas las habitaciones llenas de raíces secas y escarabajos, y todos los relojes parados a las ocho y cuarenta. Nadie pensará que se quemó por ningún motivo, salvo el abandono.

— ¿Es eso lo que diremos? —inquirió Christopher—. Al Enclave, quiero decir. Hay una reunión mañana que considerar.

James puso sus dedos bajo su barbilla. El brazalete en su muñeca derecha brilló.

—Estoy dispuesto a confesar lo que hice, pero quiero dejar fuera a Matthew y Cordelia, y no puedo hablar de la razón por la que fui ahí en primer lugar. Estaría rompiendo mi promesa a Grace.

Christopher se veía confundido.

— ¿Entonces tenemos que inventar una razón?

—Siempre podrías decir que la quemaste para mejorar la vista desde Mansión Herondale —dijo Matthew—. O quizá para aumentar el valor de la propiedad.

—O puedes decir que eres un piromaniaco incorregible —dijo Lucie alegremente.

Thomas aclaró su garganta.

—A mí me parece —dijo él—, que muchas personas serán perjudicadas si cuentas la historia de lo que pasó esta noche. Mientras que si nos guardamos esta historia para nosotros, una maligna casa llena de artículos de magia negra habría sido destruida, junto con un peligroso autómata. Te recomiendo que no digas nada.

Matthew pareció estupefacto.

— ¿En serio? Nuestro honesto Thomas, ¿el que suele aconsejar decir la verdad?

Thomas se encogió de hombros.

—No en todas las situaciones. Creo que la Clave tendrá que ser informada sobre las peligrosas tendencias de Tatiana eventualmente. Pero parece que la pérdida de la Mansión Blackthorn la dejará inofensiva por un tiempo.

—Una vez que Grace y Charles anuncien formalmente su compromiso —dijo James—. Podremos hacerlo.

—Estoy feliz de callar por ahora —dijo Cordelia—. Después de todo, esta fue una petición de Grace y debemos protegerla.

James le lanzó una mirada agradecida. Ella bajó la mirada, torciendo el material de su vestido entre sus dedos.

—Es una lástima, la verdad, que nadie sabrá cómo James, Cordelia y Matthew son héroes por frustrar un plan de ataque demoníaco a Idris —dijo Lucie.

—Nosotros siempre lo sabremos —dijo Thomas, y levantó su vaso—. Por ser héroes secretos.

—Por apoyarnos los unos a los otros sin importar qué —dijo Matthew, levantando su propio vaso, y mientras todos vitoreaban y brindaban,

Cordelia sintió que la banda de hierro alrededor de su corazón se desprendía un poco.

Capítulo Traducido por Ximena Shade
Corregido por Halec y Samn

22

Las Normas del Compromiso

¡Oh, Melia, cariño, esto culmina todo!
¿Quién habría supuesto que debía encontrarte en la ciudad?
¿Con tales vestiduras, tal prosperidad?
— ¿No sabes que he sido mancillada? —ella pregunta…

— Desearía tener plumaje, un amplio camisón,
un delicado rostro, ¡y contonearme por la ciudad!
—Mi querida, una inexperta chica del campo, como eres tal cual,
No podías esperar eso. No estás mancillada —ella contesta
—Thomas Hardy, *La Criada Mancillada*

Cordelia nunca había asistido a una reunión del Enclave. Su familia se mudaba tan frecuentemente hasta este verano y ella seguía siendo menor de edad. Afortunadamente, como muchos otros cazadores de sombras fueron directamente afectados por los incidentes a discutir, el límite de edad fue olvidado para esta reunión. Todos brincaron ante la posibilidad de asistir. Lucie incluso trajo sus materiales de escritura con ella, en caso de encontrar inspiración.

Arreglaron el Santuario para que fuese un salón de reuniones, con las filas de asientos enfrente de un podio. Había estatuas doradas de Raziel

en cada rincón, y Tessa colgó tapices en las paredes que mostraban los emblemas de cada familia de cazadores de sombras en Londres. James y Christopher estaban sentados al frente de la habitación. Todas las sillas estaban llenas y muchos estaban de pie. La sala estaba a nada de estallar. Cordelia llegó con su familia, pero se separó de Sona y Alastair para sentarse con Lucie y Matthew.

Will Herondale estaba de pie en el estrado, atractivo en su saco gris, un chaleco y plantones rayados. Parecía estar conversando amigablemente con Gabriel Lightwood mientras Tessa observaba. El Inquisidor Bridgestock estaba cerca, pensativo.

Lucie le señaló rápidamente a Cordelia todos los asistentes que se habían curado del veneno. Ariadne Bridgestock estaba allí, luciendo tranquila y hermosa en un vestido color berenjena intenso, con lazos en el cabello que combinaban. Cordelia no pudo evitar recordar a Anna sujetando la mano de Ariadne mientras Ariadne yacía moribunda, con sus hinchados ojos cerrados.

Por favor no mueras.

Rosamund Wentworth también estaba allí, al igual que Anna y Cecily Lightwood, quien jugaba con el pequeño Alexander al borde de la fuente seca. Alexander parecía estar arrojando algo brillante y probablemente rompible en el aire.

Sophie y Gideon, recién llegados de Idris, le sonrían a Cecily y al pequeño Alex, pero los ojos de Sophie estaban tristes;.Thomas y su hermana Eugenia se sentaron unidos. Eugenia parecía la nítida imagen de Barbara; era baja, pero llena de ángulos, con el cabello oscuro en un moño Pompadour de chica Gibson.

Sentada lo más al borde posible del grupo de cazadores de sombras, cerca de la señora Bridgestock, estaba Tatiana Blackthorn, rígidamente erguida en su asiento; no se había quitado el sombrero y el pájaro decora-

tivo de peluche en la cima de éste brillaba amenazadoramente. Estaba más delgada que nunca; sus manos sujetas clavadas en su regazo, con el rostro rígido de furia.

Grace estaba sentada a una corta distancia de su madre, junto a Charles, que estaba hablándole al oído. Ella y Tatiana no se miraban. Cordelia sabía por James que Grace había evitado que Tatiana actuara por desesperación la noche anterior; parecía haber funcionado, pero no podía evitar preguntarse qué había pasado entre ellas, sin mencionar si sabrían sobre el destino de la Mansión Blackthorn.

El invitado sorpresa fue Magnus Bane, sentado en la habitación con las piernas elegantemente cruzadas. Pareció sentir que Cordelia lo observaba y alzó la mirada dándole un guiño.

—Lo idolatro —dijo Matthew casi en un lamento.

Lucie palmeó su mano.

—Lo sé.

Matthew parecía divertido. Cordelia sentía que algo había cambiado en su interacción con Lucie, aunque no podía saber qué. Era como si cierta tensión entre ellos se hubiese ido.

— ¡Bienvenidos todos! —La voz de Will hizo eco en la habitación. El podio había sido marcado con runas para amplificar su voz—. Recibí noticias de que la Cónsul se retrasó, pero está en camino. Sería ideal que todos pudieran ser pacientes un poco más de tiempo y se contengan de romper algún objeto valioso del Santuario.

Le disparó una mirada significativa a Cecily, quien le hizo una cara típica de hermana menor.

—Mientras tanto…

Wil se calló por la sorpresa mientras Charles se le unía en el podio. Vestía un rígido abrigo formal y llevaba el cabello brillante y resbaladizo hacia atrás.

—Solo quería agradecer a todos por depositar su confianza en mí como Cónsul provisional —dijo, su voz haciendo eco en las paredes—. Como todos saben, el antídoto para esta horrible enfermedad fue realizado en el laboratorio de mi padre en Grosvenor Square.

Cordelia miró a Charles. Para su agradable sorpresa, Alastair rodó los ojos. De hecho, si Charles esperaba una ronda de aplausos, no sucedió: la habitación permaneció en silencio.

Charles se aclaró la garganta.

—Pero claro que hay muchos valientes cazadores de sombras que deben ser reconocidos, además por mí mismo. Christopher Lightwood, por supuesto, como también Cordelia Carstairs y James Herondale.

Tatiana se puso de pie de un salto. El pájaro en su cabeza se tambaleó, pero en ese momento no parecía ridícula, como lo hacía a menudo. Lucía amenazante.

— ¡James Herondale es un fraude! —gritó con voz ronca—. ¡Está vinculado a los demonios! ¡No tengo dudas de que trabajó conjunto a ellos para orquestar los ataques!

Lucie hizo un sonido de impresión; un murmullo de sorpresa recorrió el cuarto. El Inquisidor Bridgestock lucía absolutamente estupefacto. Cordelia miró a James; él estaba congelado en su asiento, sin expresión alguna. Christopher colocó una mano sobre el hombro de James, pero James no se movió.

Las manos de Matthew se cerraron en puños.

— ¿Cómo se atreve…?

Tatiana pareció elevarse sobre la multitud.

—¡Niégalo, muchacho! —le gritó a James—. Tu abuelo era un demonio.

Cordelia no se atrevía a mirar a nadie de los Ladrones Alegres, o a Lucie tampoco. Tatiana seguramente no sabía sobre Belial, ¿cierto? Seguramente solo estaba repitiendo lo mismo que la Clave ya había sido advertida; que Tessa era una bruja, y por consiguiente, James tenía sangre de demonio.

James apartó su silla y se levantó, girándose para enfrentar la habitación. Detrás de él, Will y Tessa estaban de pie; Tessa agarraba el hombro de Will, como si le exigiera no moverse.

—No lo niego —dijo él, con una voz que goteaba desprecio—. Todo el mundo lo sabe. Es verdad, siempre ha sido verdad, y nadie ha intentado ocultarlo.

— ¿No lo ven? —rugió Tatiana—. ¡Él conspira con el enemigo! He estado recolectando pruebas de su complot…

—Entonces ¿dónde está esa evidencia? —demandó Will. Estaba rojo de furia—. Maldita sea, Tatiana…

—Estaba en mi casa —siseó ella—. En mi casa en Idris. Lo reuní todo, pero luego este chico, esta semilla de demonio, ¡quemó mi casa hasta los cimientos! ¿Por qué otra razón haría eso sino es para proteger sus secretos?

—Tatiana. —Gabriel Lightwood se levantó, y Cordelia pensó: *Claro, es su hermano*—. Tatiana, esto no tiene sentido. ¿Por qué no hemos oído nada sobre este fuego, si ocurrió? De hecho, ¿cómo es que tú lo sabes?

El rostro de Tatiana se retorció con rabia.

—Nunca has creído en mí, Gabriel. Incluso cuando éramos niños, no creías nada de lo que decía. Sabes tan bien como yo que hay un portal entre la Mansión Blackthorn y la Mansión Chiswick. ¡Fui esta mañana a buscar unos papeles y encontré la mansión ardiendo en cenizas!

Era el turno de Gabriel para levantarse; la reciente pena dejó arrugas profundas en su rostro. La mirada que le dio a su hermana era pedernal.

—Esa maldita casa era una trampa de fuego porque te rehusaste a cuidarla; iba a quemarse eventualmente. Es muy enfermo de tu parte intentar arrastrar a James a esto, ¡muy enfermo!

— ¡Suficiente, todos! —gritó Bridgestock. Se había movido al podio, y su voz hizo eco fuertemente a través de la habitación—. James Herondale, ¿hay algo verdadero en lo que dice la señora Blackthorn?

—Por supuesto que no… —comenzó a decir Will.

La voz de Tatiana se volvió un grito.

— ¡Él le dijo a Grace que lo hizo! ¡Pregúntenle a *ella* qué le dijo James!

—Ay, Dios —susurró Matthew. Sus brazos agarraban los brazos de la silla, sus dedos estaban blancos. Lucie había soltado su lápiz y su cuaderno: sus manos temblaban.

Grace comenzó a levantarse. Sus ojos estaban abatidos; alguien gritó que un juicio con la Espada Mortal aclararía las cosas. Tessa todavía sujetaba a Will, pero lucía mareada.

Codelia miró a James. Estaba del color de las cenizas, sus ojos abrasadores, su cabeza ladeada. No iba a defenderse, lo sabía. No daría una explicación.

Y luego estaba Grace. ¿Qué pasaría si Grace decía la verdad? Charles la dejaría justo como hizo con Ariadne. Él no conocía la lealtad. Sería dejada a merced de su madre. Tenía mucho que perder.

—El hecho es —comenzó a decir Grace, en una voz apenas más audible que un susurro—. La… la verdad es que James…

Cordelia se puso de pie.

—La verdad es que James Herondale *no* quemó la Mansión Blackthorn anoche —dijo ella, en una voz tan alta que probablemente creyó ser oída hasta Fleet Street—. James no pudo haber estado en Idris. Porque estuvo conmigo, en mi cuarto. *Toda la noche*.

El jadeo de sorpresa que recorrió la habitación pudo haber sido casi satisfactorio, en otras circunstancias. Sona se derrumbó contra Alastair, enterrando la cabeza en su pecho. Las cabezas se movieron a todos lados; ojos curiosos fijos en Cordelia. Su corazón latía como un martillo. Anna la miraba estupefacta. Will y Tessa lucían atónitos.

Matthew metió la cabeza entre sus manos.

Bridgestock miraba a Cordelia con desconcierto.

— ¿Está segura de eso, señorita Carstairs?

Cordelia apretó la mandíbula. Sabía que ahora estaba comprometida; lo veía en los ojos de todo el Enclave. Incluso más que comprometida; estaba mancillada. Nunca se casaría. Tendría suerte si la invitaban en las fiestas. Los cazadores de sombras eran menos estrictos que los mundanos en estos temas, pero una mujer que pasaba la noche a solas con un joven —y en su cuarto, nada menos— no era material para contraer matrimonio.

—Obviamente, estoy segura —dijo ella—. ¿Sobre qué aspecto cree usted que estoy confundida?

Bridgestock se sonrojó. Rosamund Wentworth lucía como si le hubieran hecho una fiesta de cumpleaños. Cordelia no se atrevía a mirar a James.

Tatiana balbuceó.

—Grace, diles…

—Estoy segura que Cordelia está en lo correcto —dijo Grace en voz clara—. James debe ser inocente.

Tatiana gritó. Fue un sonido horrible, como si la hubiesen apuñalado.

— ¡No! —gimoteó—. Si no fue James, fue uno de ustedes. —Apuntó su dedo hacia la multitud, señalando a los Ladrones—. ¡Matthew Fairchild, Thomas Lightwood, Christopher Lightwood! Uno de ellos, ¡uno de ellos es responsable, lo sé!

Murmullos de especulación recorrieron el gentío. Bridgestock estaba pidiendo orden. Mientras se armaba el caos, las puertas del Santuario se abrieron y Charlotte Fairchild, la Cónsul, entró a la habitación.

Era una mujer pequeña. Su oscuro cabello castaño estaba recogido en un nudo; había canas en sus sienes. Usaba una camisa blanca de cuello alto y una falda negra. Todo sobre ella era pulcro y pequeño; desde sus botas hasta sus gafas con bordes dorados.

—Lamento llegar tarde —dijo ella, en un tono que ya estaba acostumbrada a usar, alzando la voz para hacerse oír en una habitación llena de hombres—. Planeaba estar aquí más temprano, pero se requería mi permanencia en Idris para investigar un incendio que consumió la Mansión Blackthorn anoche.

— ¡Se los dije! ¡Les dije que ellos lo hicieron! —exclamó Tatiana.

Charlotte presionó sus labios.

—Señora Blackthorn, pasé varias horas con un grupo de guardias de Alicante, recogiendo los pedazos de su hogar. Hay varios artefactos que están asociados e impregnados con nigromancia y magia demoníaca, de las cuales ambas están prohibidas para los cazadores de sombras.

El rostro de Tatiana se arrugó como papel viejo.

— ¡Tenía que tener esas cosas! —chilló, con la voz rota como la de un niño—. Tenía que usarlas; tenía que tenerlas, por Jesse. ¡Mi hijo murió y ninguno de ustedes fue a ayudarme! ¡Él murió y ninguno de ustedes me

ayudará a traerlo de vuelta! —Miró alrededor de la habitación con ojos húmedos y llenos de odio—. Grace, ¿por qué no me ayudas? —chilló y se desplomó en el suelo.

Grace atravesó la habitación hacia Tatiana. Apoyó una mano en el hombro de su madre adoptiva, pero su rostro era imperturbable. Cordelia no veía en ellos simpatía por el drama de Tatiana.

—Puedo confirmar lo que dice Charlotte. —Era Magnus Bane, quien se había levantado con gracia—. En enero la señora Blackthorn me convocó para ayudarla a traer a su hijo de la muerte. Me rehusé, pero vi mucha evidencia de su dedicación por estudiar los artes de la nigromancia; lo que muchos llamarían *magia negra*. Debería haber dicho algo entonces, pero mi corazón estaba estrujado por lástima. Muchos desean traer a sus seres amados de la muerte, pero pocos llegan tan lejos. —Suspiró—. Cuando tales objetos caen en manos inexpertas, puede ser peligroso. Ciertamente eso explica el trágico y completamente accidental incendio que destruyó la mansión de la señora Blackthorn.

Hubo aún más exclamaciones en el público.

—Está exagerando un poco, ¿no? —murmuró Lucie.

—No importa, siempre y cuando la Clave lo crea —contestó Matthew.

Will inclinó su cabeza hacia Magnus; Cordelia tuvo la sensación de que allí había una amistad de hacía mucho tiempo. En medio del revuelo, Charlotte le hizo un gesto al Inquisidor Bridgestock para que se llevara a Tatiana custodiada.

Una mano se posó en el hombro de Cordelia. Ella alzó la mirada y vio a James; todo pareció apretarse dentro de su pecho, como si su corazón se contrajera. Él estaba pálido, con dos puntos de color ardiendo en sus mejillas.

—Cordelia —le dijo—. Necesito hablar contigo. Ahora mismo.

* * *

James azotó la puerta del salón y se volvió para enfrentar a Cordelia. Su cabello en realidad parecía haber explotado, pensó, con una especie de diversión desolada. Se había disparado en todas las direcciones.

—No puedes hacerte esto, Daisy —dijo él con fría desesperación—. Debes retractarte.

—No hay vuelta atrás —dijo ella, mientras James se paseaba frente a la chimenea. No había fuego, pero la habitación no estaba fría; afuera el sol brillaba y el mundo continuaba sus asuntos en un día soleado en Londres.

—Cordelia —dijo James—. Quedarás arruinada.

—Lo sé. —Una fría calma descendió sobre ella—. Eso es el por qué lo dije, James. Necesitaba que me creyeran y nadie creería que diría esas horribles cosas sobre mí misma a menos que fuese verdad.

Él dejó de caminar. La mirada que posó sobre ella era agonizante; como si estuviese siendo traspasado por mil cuchillos.

— ¿Es porque te salvé la vida? —susurró.

— ¿Hablas de anoche? ¿En la mansión?

Él asintió.

—Oh, James. —De pronto se sintió muy cansada—. No, no fue eso. ¿Crees que podría sentarme y ser aclamada como un héroe mientras a ti te convierten en el villano? No me importa lo que piensen de mi honor. Te conozco y a tus amigos, y lo que harían el uno por el otro. También soy tu amiga y sé lo que creo que es el honor. Déjame hacer esto.

—Daisy —le dijo, y ella se dio cuenta, con algo de sorpresa, que la Máscara se había ido; su expresión era profundamente vulnerable—. No puedo soportarlo. ¿Arruinar tu vida por esto? Regresemos ahora y digamos que yo lo hice; yo quemé la mansión y tú mentiste para encubrirme.

Cordelia apoyó su mano contra una silla, tapizada de azul y con espadas cruzadas talladas en la espalda, para estabilizarse.

—Nadie me creerá —dijo ella, arrojando cada palabra en medio del silencio entre ellos como piedras en un estanque. Ella lo vio vacilar—. Cuando se trata de la reputación de una mujer, si es sospechosa, es culpable. Así es como funciona el mundo. Sabía que creerían que yo era culpable, y ahora, no importa lo que digamos, nunca creerán que soy inocente. Está hecho, James. No es tan importante. No necesito quedarme en Londres. Puedo volver al campo.

Mientras hablaba, supo que así era como debía suceder. Ella no era Anna, capaz de vivir en un salvaje estilo de vida bohemio con el apoyo de su familia. Debía volver a Cirenworth, donde le hablaba a los espejos como compañía. Se ahogaría lentamente en la soledad y no habría ningún sueño de Londres en el cual vivir: sin la Taberna del Diablo, sin luchar contra demonios con Lucie, sin risas nocturnas con los Ladrones.

Los ojos de James ardieron.

—Absolutamente no —dijo—. ¿Y permitir que a Lucie se le rompa el corazón porque perdió a su *parabatai*? ¿Dejarte vivir aislada en la desgracia? No lo aceptaré.

—No puedo arrepentirme de mi decisión —dijo Cordelia suavemente—. Volvería a hacerlo y no hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer al respecto, James.

Él no podía hacer que el mundo fuera justo más de lo que ella podía. Solo en las historias los héroes eran recompensados; en la vida real, los actos de heroísmo no eran apreciados, o eran castigados, y el mundo continuaba como siempre lo había hecho.

Quizá él estuviese molesto, pero estaba a salvo. Ella no lo lamentaba.

—Puedo pedirte una última cosa —dijo él—. Un último sacrificio por mí.

Ya que quizá fuese la última vez que lo viera, Cordelia se permitió recorrer el rostro de James con sus ojos. La curva de su boca, el arco de sus mejillas, las largas pestañas que sombreaban sus pálidos ojos dorados, la fina marca de una estrella blanca en su cuello, justo donde su cabello negro casi tocaba el cuello de su camisa.

— ¿Qué es? —preguntó Cordelia—. Si está en mi poder, lo haré.

Él tomó un paso más cerca de ella; pudo notar que sus manos temblaban ligeramente. Un momento después, se estaba arrodillando en el suelo frente a ella con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos fijos en su rostro. Entendió lo que él iba a hacer y levantó las manos para protestar, pero ya era muy tarde.

—Daisy —dijo él—. ¿Te casarías conmigo?

El mundo pareció detenerse. Pensó en los relojes de la Mansión Blackthorn, todos congelados a las ocho cuarenta. Pensó en las miles de veces que imaginó a James diciendo esas palabras, pero nunca bajo estas circunstancias. Nunca así.

—James —dijo—. No me amas.

Él se levantó. Ya no estaba arrodillado y ella estaba feliz por eso, pero seguía cerca; tan cerca que habría podido estirar su mano y tocar su pecho.

—No —dijo—. No te amo.

Lo sabía. Oirselo decir de igual manera se sentía como un golpe; inesperado y sorprendente, como el momento en que te apuñalaban. La sorpresa era por cuánto le dolía.

Aún podía escucharlo hablar distantemente.

—No de esa forma y tú tampoco me amas de así—explicó James.

Oh, James. Tan brillantemente listo y tan ciego.

—Pero somos amigos, ¿cierto? —le dijo—. Eres una de las mejores amigas que he tenido nunca. No te dejaré en este problema sola.

—Amas a Grace —susurró Cordelia—. ¿Cierto?

Entonces lo vio estremecerse. Era su turno de herirlo. Solo estaban hablando, pero era como si sus palabras fueran espadas.

—Grace se casará con alguien más —respondió James—. Soy perfectamente libre de casarme contigo. —Tomó su mano, y ella se lo permitió: se sentía mareada, como si estuviese adherida al mástil de un barco en medio de una tormenta.

—Tampoco quiero estar en una situación en la cual mi esposo me es desleal —dijo Cordelia—. No me casaré contigo y haré ojos ciegos a lo que sea que hagas, James. Prefiero estar sola y ser repudiada, y tú prefieres ser libre…

—Daisy —espetó James—. Yo nunca, jamás, te haría eso. Cuando hago una promesa, la mantengo.

Ella negó con la cabeza.

—No comprendo qué propones…

—Un año —dijo él rápidamente—. Concédeme un año para hacer las cosas bien. Permítenos casarnos y vivir juntos como amigos. Somos excepcionalmente compatibles, Daisy. Podría ser muy divertido. Prometo que seré mejor compañero en la mesa del desayuno que Alastair.

Cordelia parpadeó.

— ¿Un *mariage blanc*? —dijo lentamente. Los «matrimonios blancos» generalmente tomaba lugar cuando uno de los miembros de la pareja necesitaba reclamar una herencia o para proteger a la mujer de una situación peligrosa en su hogar. Existían otras razones; Charles estaba buscando algo muy parecido con Grace, pensó. Era difícil olvidar la ironía.

—El divorcio es mucho más aceptado entre los cazadores de sombras que entre los mundanos —dijo James—. En un año, podrías divorciarte de mí por cualquier razón que gustes. Clama que no puedo darte hijos, di cualquier cosa que quieras sobre cómo no somos compatibles y yo te seguiré la corriente. Luego serás una atractiva divorciada con tu honor intacto. Podrías volver a casarte.

El alivio y la esperanza en sus ojos era una agonizante de presenciar. Y, sin embargo...

Cordelia no podía decir que no lo quisiera. Si estaban casados, vivirían juntos; tendrían su propia casa, tendrían un indecible nivel de intimidad, dormirían y despertarían en el mismo lugar. Sería una vida vivida en el disfraz de todo lo que ella siempre había deseado.

—Pero ¿qué hay de nuestros amigos? —susurró—. No podemos mentirles. Además, ellos saben que estoy mintiendo. Saben que quemaste la mansión.

—Les diremos la verdad —dijo James—. Guardarán nuestro secreto. Quizá incluso lo encuentren como una gran broma hacia la Clave, y estarán encantados de tener una casa entera a su disposición. Deberíamos proteger nuestra porcelana.

—A Lucie también —dijo Cordelia severamente—. No puedo mentirle a mi *parabatai*.

—Por supuesto —respondió James, comenzando a sonreír—. Nuestros amigos nos aman y guardarán nuestros secretos. ¿Estamos de acuerdo? ¿O debería volver a arrodillarme?

— ¡No! —dijo Cordelia con brusquedad—. No te arrodilles, James. Me casaré contigo, pero no te arrodilles.

—Por supuesto —dijo él y la comprensión en sus ojos rompió lo que quedaba de su corazón—. Deseas guardar tales cosas para el verdadero matrimonio que hallarás después de esto. *Encontrarás el amor*, Daisy. Solo es un año.

—Sí —dijo ella—. Solo un año.

Él se quitó el anillo Herondale con un diseño de garzas en vuelo. Ella extendió su mano y James lo deslizó en su dedo sin vacilar. Cordelia lo observó hacerlo, observó la larga caída de sus pestañas contra sus mejillas, como tinta negra contra una página blanca.

Encontrarás el amor.

Había hallado el amor hace años, ahora, y cada día desde que vio por primera vez a James en Londres.

No me amas, él le había dicho. No tenía idea. Nunca la tendría.

La puerta se abrió. Cordelia alzó la mirada, y Will atravesó la habitación, su rostro era una tormenta. Tessa lo seguía, más serena, y Sona entró después de ella. Todas sus expresiones eran de sombría cólera.

Bueno, quizá no la de Tessa. Ella lucía más preocupada, pensó Cordelia y más resignada.

—Tatiana fue tomada bajo custodia por Bridgestock y la Cónsul —anunció Will, sus ojos azules eran gélidos—. Bajo otras circunstancias, esto sería un gran alivio, considerando sus falsas acusaciones contra ti, James.

James alzó una mano.

—Padre, comprendo por qué estás enojado, pero...

—James. —Will soltó la palabra como un látigo. Había más que enojo en sus ojos, sin embargo; había un profundo dolor que hizo que Cordelia quisiera encogerse. Solo podía imaginar el dolor que James estaba sintiendo—. No puedo expresar lo decepcionados que Tessa y yo estamos de ti. Te educamos mejor que esto, tanto sobre cómo tratar a una mujer, como de qué manera hacerte cargo de tus errores.

—Oh, Layla —dijo Sona. Su mirada era desolada—. *Che Kar Kardi*?

¿Qué has hecho?

— ¡Suficiente! —James se movió protectoramente frente a Cordelia, pero Cordelia se adelantó para pararse junto a él. Deberían enfrentar los problemas lado a lado. Si su compromiso no significaba nada más, debería significar eso—. Padre —dijo James—. Madre. Señora Carstairs. Escucharé todo lo que tengan para decir y me disculparé por todo lo que hice mal, pero primero permítanme presentarles a mi prometida.

Los tres adultos intercambiaron miradas sorprendidas.

—Te refieres… —Tessa comenzó a decir.

James sonrió. Realmente lucía muy feliz, pensó Cordelia, pero podía sentir la Máscara posicionándose de nuevo, como una lámina de cristal. Vio la forma en la que Tessa observaba a James y se preguntó si ella también podía sentirlo.

—Cordelia me hizo el honor de aceptar casarse conmigo.

Cordelia extendió su mano, en la cual el anillo Herondale brillaba.

—Ambos estamos —dijo—, muy felices y esperamos que ustedes también estén felices.

Miró a su madre y para su sorpresa, los ojos de Sona estaban preocupados.

Pero hice lo que deseabas, mâmân, gritó silenciosamente. *Logré un buen matrimonio.*

Will y Tessa estaban mirando a Sona, como si esperaran su reacción.

La madre de Cordelia exhaló lentamente y se enderezó. Sus ojos negros pasaron de Cordelia a James.

—*Chesment roshan* —dijo, e inclinó su cabeza hacia Will y Tessa—. He dado mi bendición.

Una amplia sonrisa se esparció en el rostro de Will.

—Entonces no tenemos otra opción más que dar nuestra bendición también. Cordelia Carstairs —le dijo—. Los Carstairs y los Herondale se unirán aún más ahora. Si James hubiera escogido a su esposa de entre todas las mujeres que están y que estuvieron en el mundo, yo no habría deseado a ninguna otra.

Tessa rio.

— ¡Will! ¡No puedes halagar a nuestra nueva hija por la casualidad de su apellido!

Will sonreía como un niño.

—Espera a que le diga a Jem…

La puerta se abrió de un empujón y Lucie se desparramó dentro.

— ¡Estaba escuchando a través de la puerta! —anunció sin ninguna vergüenza—. ¡Daisy! ¡Vas a ser mi hermana!

Llegó hasta Cordelia y la abrazó. Alastair también entró a la habitación, tranquilo, pero sonriendo cuando Cordelia lo miró. Estaba muy cerca de

ser la feliz escena con la que Cordelia siempre soñó; solo tenía que intentar olvidar que tal vez Will había deseado que ella se uniera a su familia, pero si James hubiese tenido la libertad de elegir, habría escogido a alguien más.

* * *

Solo más tarde aquella noche Cordelia se enteró qué le había ocurrido a Tatiana, gracias a Alastair… quien, asumió ella, escuchó la historia de Charles.

Le habían otorgado la indulgencia a Tatiana. La opinión general de la Clave era que la muerte de su hijo le había roto la mente, y aunque lo que había hecho en respuesta —buscar la ayuda de brujos oscuros para atarse con ella a la nigromancia y magia negra— era reprensible, ella había estado enloquecida por la pena. Todos recordaron la muerte de Jesse y la compadecieron; en lugar de encerrarla en la Ciudad Silenciosa, o de arrancarle las Marcas, Tatiana sería enviada con las Hermanas de Hierro a la Ciudadela Infracta.

Casi una prisión, pero no del todo, como lo describió Alastair.

Grace se mudaría con los Bridgestock. Aparentemente Ariadne había insistido; Alastair tenía la teoría de que también era una forma de guardar apariencias y hacer parecer que Charles y Ariadne se separaron en buenos términos.

—Qué extraño —dijo Cordelia. Se preguntaba por qué Ariadne había hecho tal demanda. Incluso si ella no quería casarse con Charles, ¿por qué querría ella vivir con Grace? Una vez más, Cordelia sospechaba que había más sobre la hermosa Ariadne Bridgestock de lo que alcanzaba a los ojos.

—Hay más —dijo Alastair. Estaba sentado a los pies de la cama de su hermana. Cordelia descansaba contra su almohada, cepillando su largo cabello—. Padre será liberado.

— ¿Liberado? —Cordelia se enderezó, su corazón retumbó—. ¿De qué hablas?

—Los cargos en su contra serán retirados —dijo Alastair—. El desastre entero quedó como un accidente. Regresará a Londres en quince días.

— ¿Por qué lo liberarían, Alastair?

Él le sonrió, aunque sus ojos no se iluminaron.

—Por ti, justo como querías. Lo hiciste, Cordelia; ahora eres un héroe, y eso cambia las cosas. Para ellos, juzgar a tu padre por un crimen de negligencia que él no recuerda, habría sido un gesto impopular. La gente quiere ver que las cosas se arreglen después de tanta pérdida y horror. Quieren ver a las familias reunidas; incluso más por el bebé.

— ¿Cómo saben sobre el bebé?

Alastair apartó la mirada; era su gesto delatador, esa pequeña señal de que estaba mintiendo, la cual mostraba desde que era niño.

—No lo sé. Alguien debió decirles.

Cordelia no podía hablar. Era todo lo que había querido, durante mucho tiempo. Liberar a su padre y salvar a su familia; ese había sido su mantra. Las palabras que se había cantado a sí misma una y otra veces mientras se quedaba dormida por las noches. Ahora no sabía cómo sentirse.

—Alastair —susurró—, la razón por la que fui a la Ciudad Silenciosa con Matthew y James fue para hablar con el primo Jem. Sé que *mâmân* quería que padre fuese a las Basilias como paciente. Pensé que tal vez si le decíamos a la Clave sobre su enfermedad, porque es una enfermedad, ellos quizá dejarían que fuese tratado allí en lugar de aprisionarlo.

—Ah, por el Ángel, Cordelia. —Alastair se cubrió los ojos con las manos un largo rato. Cuando las apartó, sus ojos estaban preocupados—. ¿Habrías estado bien con eso? ¿Con todo el mundo sabiendo sobre su alcoholismo?

—Ya te lo dije antes, Alastair. No es nuestra vergüenza, es suya.

Alastair suspiró.

—No lo sé. Padre siempre se rehusó a ir a las Basilias. Él dijo que no le agradaban los Hermanos Silenciosos, pero pienso que siempre le ha preocupado que puedan ver la verdad a través de él. Supongo que por eso siempre mantuvo al primo Jem alejado de nuestra familia. —Inhaló profundamente—. Si lo que quieres es que vaya a las Basilias, deberías escribirle y decírselo. Eras la única de nosotros que no sabía su secreto. Lo que hagas ahora podría marcar la diferencia.

Cordelia bajó su cepillo. Finalmente, el alivio fluyó a través de ella.

—Esa es una buena idea, Alastair…

— ¿Estás feliz, Layla? —preguntó. Señaló el anillo Herondale en su mano—. Sé que es lo que querías.

—Creí que tal vez te enojarías —confesó ella—. Estabas furioso con James cuando pensaste que estaba tratando de comprometerme.

—En ese tiempo no pensaba que estaría dispuesto a casarse contigo —contestó Alastair en tono de disculpa—. Pero se levantó y te defendió frente al mundo. Ese es un gesto significativo. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Ella casi quería decirle la verdad a Alastair —que James se estaba sacrificando más de lo que él pensaba—, pero no podía, no más de lo que podía contarle a su madre. Él estaría enojado y Sona estaría destrozada.

—Tengo lo que quería —le dijo, incapaz de forzarse a decir que estaba feliz—. Pero, ¿qué hay de ti, Alastair? ¿Qué hay de tu felicidad?

Él se miró las manos. Cuando alzó la mirada hacia ella, su sonrisa se sintió quebrada.

—El amor es complicado —le dijo—. ¿Cierto?

—Yo sé que te amo, Alastair —dijo Cordelia—. No debería haberte espiado a ti y a Charles. Lo único que siempre he querido es que hables conmigo, no espiarte.

Alastair se sonrojó y se puso de pie, evadiendo sus ojos.

—Deberías dormir, Layla —le dijo—. Has tenido un día muy agitado y yo tengo un asunto muy importante que atender.

Cordelia se inclinó para verlo mientras dejaba la habitación.

— ¿Qué asunto importante?

Él asomó la cabeza en la habitación con una extraña sonrisa.

—Mi cabello —dijo y desapareció antes de que ella pudiese preguntarle algo más.

Capítulo Traducido por Angie_Hopes
Corregido por Halec y Samn

23

Aquellos que no Sienten Amor

No permitan que aquellos que no sienten amor los llamen infelices.
Incluso el amor no correspondido tiene su propio arcoíris.
—J. M. Barrie, *El Pequeño Ministro*

Lucie no pudo evitar sentirse impresionada, a pesar de saber que era extraño impresionarse por algo que su madre había hecho. Su madre había organizado una fiesta tradicional de compromiso para James y Cordelia a tan solo pocos momentos de la noticia, pero era tan encantadora que cualquiera habría dicho que había pasado semanas planeándola. El salón de baile resplandecía con elegantes luces mágicas y velas, de las paredes colgaban lazos dorados matrimoniales. Las mesas estaban cubiertas con manteles bordados y en ellos yacían platillos con dulces, todo a su alrededor era amarillo y dorado: pasteles de helado de limón rellenos de crema, platos de vidrio con fruta caramelizada, los bombones estaban cubiertos por una hermosa envoltura plateada, ciruelas amarillas y tartas de mermelada. Habían muchos arreglos florales en urnas apoyadas sobre los pilares alrededor de la pista de baile: peonías, camelias pastel, altos tallos de gladiolas amarillas, ramitas de mimosa, rosas de oro pálido y narcisos. La habitación estaba repleta de personas animadas: la cuarentena había terminado, y todos querían reunirse y platicar y felicitar a Will y a Tessa en honor a su hijo.

Pero Tessa parecía preocupada, a pesar de tener un brazo que rodeaba la cintura de Will y mientras le sonreía a Ida Rosewain, quien se había presentado usando un enorme sombrero común. Lucie supuso que la mayoría de las personas no lo notarían, pero ella era una experta observadora cuando se trataba del humor de su madre, y ella también, estaba preocupada.

Debería haberse sentido extasiada de felicidad. Su hermano y su amiga más cercana se iban a casar. Este era un momento para sentir la felicidad de un final de cuento de hadas. Pero ella sabía la verdad —James y Cordelia se lo habían dicho— el matrimonio era una farsa, una formalidad para salvar la reputación de Cordelia. Tessa y Will no lo sabían, y nadie quería contárselos. Les dejarían pensar que James sería feliz con Cordelia. Les dejarían pensar que todo era verdad. La misma Lucie deseaba que todo fuera real, y si ese no podía ser el caso, deseaba tener a alguien con quien hablarlo. Todos los miembros de los Ladrones Alegres decidieron pensar en el matrimonio como una artimaña de James, y difícilmente podía contarle sus preocupaciones a Cordelia, la haría sentirse todavía peor de lo que ya debía sentirse ahora mismo.

Tal vez la vida no era como en los libros. Tal vez la vida nunca sería así. Su hermano, vestido elegantemente en prendas blancas y negras, se unió junto a sus padres para saludar a los invitados. Gabriel y Cecily acababan de llegar con Anna, Alexander y Christopher, y repartieron abrazos y felicitaciones; Thomas ya había llegado junto a su familia. Los Fairchild también habían llegado temprano, Matthew se apartó de su familia en un parpadeo para dirigirse directamente a la sala de juegos. Mientras tanto, Charles vagaba por todas partes saludando a todos y mayormente llevándose el crédito por haber dado fin a los ataques. El sonido de los carruajes traqueteando en patio creaban su propio estilo extraño de música al mismo tiempo que la habitación comenzaba a llenarse: los Bridgestock llegaron, Ariadne se veía delgada pero sus ojos brillaban… y con ellos, estaba Grace Blackthorn.

Lucie tiró ansiosamente de su medallón que colgaba de su cuello. Grace se veía encantadora tan renacida en su vestido verde pistache, se cabello dorado pálido caía en rulos que formaban una cascada. Después de haber

visto la Mansión Chiswick de cerca, Lucie se volvió a preguntar si Grace siempre se había visto tan espléndida incluso mientras vivía en una enorme pila de ladrillos sucios.

Bueno, *había* vivido ahí. Ahora estaba con los Bridgestock, y lo estaría hasta que se casara con Charles. Lucie sabía que esta no era una celebración para Grace, miraba el rostro pálido de la chica mientras saludaba a Will y a Tessa. James estaba perfectamente sereno, Grace y él fueron tan amables el uno con el otro de una forma casi dolorosa mientras él recibía sus felicitaciones. ¿Siquiera le *importaba* a Grace? Se preguntó Lucie. Ella había sido quien había terminado con James —y se casaría con Charles— y Lucie no quería perdonarla por haberle roto el corazón a James.

Y aún así. Observó a Grace disculparse y alejarse con pasos rígidos al otro lado del salón en dirección a Charles. Notó cómo se saludaron el uno al otro como si fueran extraños o socios de negocios. Oh, cómo deseaba poder hablar con Jesse. Quizá él sería capaz de decirle lo que realmente sentía su hermana. Quizá sería capaz de contarle mucho más que eso…

—Está aquí —susurró una voz en el oído de Lucie—. La invitada de honor.

— ¿Te refieres a Cordelia? —Lucie se volvió para mirar a Jessamine flotando junto a las puertas más cercanas de tallado francés que dirigían al balcón de piedra. A través de ellas, pudo ver un lejano farol eléctrico, que formaba un extraño halo en la ventana. Mientras que Jessamine no podía formar ni un solo reflejo.

—Se ve encantadora —dijo Jessamine. Formó una misteriosa sonrisa y se desvaneció en dirección a la mesa de postres. Los fantasmas no podían comer, pero Jessamine adoraba mirar los pasteles.

Cordelia realmente se veía encantadora. Llegó con su madre y su hermano, Sona parecía intimidantemente estricta con su vestido verde y su *roosari* de terciopelo negro, Alastair… bueno, Lucie apenas lo había notado sino hasta que le tendió su sombrero a la sirvienta y se dio cuenta que se

había teñido el pelo a su color oscuro natural. Destacaba en contraste con su piel morena.

Y luego estaba Cordelia, usando un vestido de cintas de seda azul oscuro y un tul dorado, mangas de pliegues y un broche opalino unía la seda y la gasa formando una roseta entre sus pechos. Risa había arreglado su cabello con perlas que destellaban entre sus hebras rojizo oscuro.

James tomó sus manos y besó su mejilla. Cordelia y él sabían que muchas personas los observaban y probablemente estarían murmurando. La confesión de Cordelia en la reunión del Enclave seguía siendo el chisme del momento, a pesar de que esta había terminado en un compromiso.

Molesta por su comportamiento, Lucie comenzó a caminar hacia su familia. Se acercó a Thomas, que estaba cargando a su primo Alexander. Era claro que la tía Cecily y el tío Gabriel le habían encargado a Alexander a Thomas mientras se dedicaban a organizar la fiesta. Era algo tierno ver a Thomas, alto y musculoso, cargar con tanto cuidado a un niño, pero Lucie nunca se lo diría para que no se le subiera a la cabeza.

—Luce —dijo Thomas—. Debo ir a saludar a Cordelia y a Alastair. ¿Puedes encargarte de este horrible mocoso?

—No soy un mocoso —dijo Alexander, que estaba lamiendo un pedazo de regaliz.

—*Podría hacerlo* —respondió Lucie—. Pero realmente no quiero.

—Matthew —exclamó Alexander sombríamente. Matthew era su pariente favorito—. *Oscar*.

—No creo que hayan invitado a Oscar, amigo —dijo Thomas—. Ya que es un perro.

—Será mejor que vayas a buscar a Matthew —dijo Lucie, al mismo tiempo que Alexander parecía estar a punto de hundirse en la desesperación. Thomas se despidió de ella con un sarcástico ademán y se dirigió

a la multitud, que solo había aumentado. Lucie notó entusiasmada que Magnus Bane había llegado, en un atuendo parecido al de un pirata, con botones de rubí en su chaleco y aretes de rubí en sus orejas. Su llegada definitivamente animaría la fiesta.

Había atravesado medio camino cuando Charles se subió a un banco pequeño tambaleándose como si hubiera bebido demasiado y chocó su anillo familiar contra su copa.

—¡Disculpen! —exclamó, mientras el ruido comenzaba a disminuir—. Tengo algo que quisiera decir.

* * *

Los Herondale fueron rápidos en mostrar su amabilidad, recibiendo a Cordelia con los brazos abiertos a su familia. No sabía cómo los iba a mirar a la cara, sabiendo que todo era una farsa. No era la nueva hija de Will y Tessa. James y ella se divorciarían en un año.

Y James también se estaba comportando de una forma terriblemente amable. Desde el momento en que se comprometieron, Cordelia se convenció de que ella lo había atrapado en un matrimonio. Sabía perfectamente bien que si ella no hubiera renunciado a su reputación para protegerlo, él estaría en la prisión de la Ciudad Silenciosa. Había estado obligado a proponerle matrimonio tras el suceso.

Él le sonreía cada vez que la miraba, esa encantadora sonrisa que parecía decirle que ella era un milagro o una revelación. Pero eso no ayudaba; James tenía un corazón noble, eso era todo. Él no la amaba, y eso no cambiaría.

Le fue una inmensa sorpresa que Alastair hubiera sido un gran apoyo los últimos días. Le llevaba té, le contaba chistes, jugaba ajedrez con ella y mayormente mantenía su mente alejada de ciertos asuntos.

Habían hablado muy poco sobre el regreso de Elias. No recordaba un solo momento en que él la hubiera dejado sola… ni siquiera para ver a Charles.

Hablando del tipo, Charles se había subido a un banco y gritaba que tenía algo qué decir, formando un estruendo que rápidamente llamó la atención de todos en el salón. Todos parecían enormemente sorprendidos, incluidos Tessa y Will. Sona frunció el ceño, era claro que su rostro pensaba que Charles estaba siendo muy grosero. Y ella no tenía ni idea, pensó Cordelia con desprecio.

— ¡Permítanme ser el primero en brindar por la feliz pareja! —dijo Charles, realizando esa misma acción—. Por James Herondale y Cordelia Carstairs. Y que se me permita agregar personalmente que James, el *parabatai* de mi hermano, siempre ha sido como un hermanito para mí.

—Un hermanito al que acusa de haber vandalizado invernaderos por toda nuestra querida nación —susurró Will.

—Y de Cordelia Carstairs… ¿qué puedo decir de ella? —continuó Charles.

—Especialmente si ni siquiera se molestó en conocerla en absoluto —murmuró James.

—Es igualmente hermosa *y* bella —dijo Charles, haciendo que Cordelia se preguntara cuál era la diferencia entre ambas—, y también es valiente. Estoy seguro que hará a James tan feliz como mi amada Grace me hace a mí. —Le sonrió a Grace, que se encontraba de pie y silenciosa cerca de él, su rostro era una máscara—. Así es. Formalmente anuncio mis intenciones de desposar a Grace Blackthorn. Y claro, todos estarán invitados.

Cordelia miró a Alastair; su rostro no mostraba ninguna expresión, pero sus manos que estaban dentro de sus bolsillos, formaron dos puños. James entrecerró su mirada.

—Y finalmente —continuó Charles alegremente—, le doy las gracias al Enclave, que apoyaron mis decisiones como Cónsul provisional en

función a los problemas recientes. Soy joven para tener que cargar con tanta responsabilidad pero, ¿qué debía hacer cuando el deber llama? Únicamente esto. Me honra tener la confianza de mi madre, el amor de mi prometida y la fe de mi gente…

— ¡Gracias, Charles! —James se había aparecido a lado de Charles y había hecho un astuto movimiento con sus pies que hizo que el banco donde Charles estaba de pie, se volteara. Atrapó a Charles del hombro mientras resbalaba y le dio una palmada en la espalda. Cordelia no creía que nadie en el salón hubiera notado que algo extraño sucedía—. ¡Qué increíble discurso!

Magnus Bane luciendo maliciosamente divertido, chasqueó sus dedos. Los moños formados con lazos dorados que colgaban de los candelabros formaron figuras de garzas levantando el vuelo al mismo tiempo que «Porque es un Buen Compañero» comenzaba a entonarse en un tono fantasmal en el piano sin que nadie lo tocara. James apartó a Charles del banco en el que se había trepado y se alejó entre una multitud de felicitaciones. La habitación entera parecía aliviada.

—Criamos a un buen hijo, mi amor —dijo Will, besando a Tessa en la mejilla. Miró a Cordelia y le sonrió—. Y no podríamos haber pedido a una chica más hermosa para que sea su esposa.

Alastair parecía como si deseara alejarse. Cordelia no lo culpaba.

—Gracias, señor Herondale —respondió—. Espero cumplir con sus expectativas.

Tessa se vio sorprendida.

— ¿Por qué te importaría eso?

—A Cordelia le importa —dijo Alastair repentinamente—, por culpa de los idiotas que rumorean sobre nuestro padre y nuestra familia. Y no debería dejar que eso la molestara.

Tessa apoyó su mano gentilmente en el hombro de Cordelia.

—Los crueles siempre esparcirán rumores —dijo ella—. Y los que sientan placer en esa crueldad les creerán y los divulgarán. Pero creo que, al final, la verdad siempre triunfa. Además —añadió con una sonrisa—, siempre son las mujeres más cautivadoras de las que más se rumorea.

— ¡Es cierto! –dijo Charles, apareciendo de repente entre su grupo. Alastair lo miró con furia—. ¿Me puedo llevar a Alastair por un momento? Es por un asunto privado.

Tomó a Alastair del codo y comenzó a llevárselo hacia uno de los más sombríos rincones del salón. La mano de Alastair tomó rápidamente la muñeca de Cordelia. Sorprendiéndola enormemente cuando vio que la arrastraban detrás de ambos.

Cuando Alastair se detuvo y se giró para mirar a Alastair, se veía igualmente sorprendido que Cordelia.

—Ah, Cordelia —dijo, confundido—. Tengo que hablar con tu hermano a solas.

—No —dijo Alastair, sorprendiendo a Cordelia—. Ella se queda.

—*Che kar mikoni?* —protestó Cordelia—. Alastair, *¿qué* estás haciendo? Debería irme…

—No deseo hablarte a solas, Charles —continuó Alastair—. Seguramente recibiste mi carta.

Charles se sonrojó.

—No creí que hablaras en serio.

—Lo hice —dijo Alastair—. De ahora en adelante, lo que tengas que decirme, mi hermana puede estar presente para escucharlo. Ella no dirá ni un solo secreto tuyo.

Charles pareció resignarse.

—Muy bien —dijo con firmeza—. No te he visto desde la reunión. Fui a tu casa, pero Risa me dijo que no estabas ahí.

—Y no planeo esperarte en mi casa nunca más —respondió Alastair con el mismo tono de voz.

Cordelia intentó liberarse de nuevo, pero Alastair se aferraba firmemente a su muñeca.

—Debí haberte dejado cuando te comprometiste con Ariadne —le dijo a Charles, sus mejillas se volvieron del color de las llamas—. Debí haberme ido cuando la abandonaste de esa manera tan vil. Y ahora que te vuelves a comprometer, me he dado cuenta que nunca te importaré, ni yo ni nadie, de la misma forma que anhelas tu carrera.

Su mano había soltado a Cordelia. Bien podría haberse ido, y quería hacerlo, pero en ese momento se dio cuenta que Alastair la necesitaba. Se quedó, incluso mientras la piel de Charles se volvía de un color grisáceo.

—Alastair —le dijo—. Eso no es cierto. No tenemos otra opción.

—Hay otras opciones —respondió Alastair—. Mira a Anna. Mira a Magnus Bane.

—No soy alguien bohemio dispuesto a ser exiliado a los confines de la sociedad. Quiero ser Cónsul. Ser parte de la Clave. Quiero ser *importante*.

El sonido que hizo Alastair fue una mezcla de dolor y cansancio.

—Y puedes tener cualquier cosa que desees, Charles. Solo que no a mí. Yo quiero vivir mi vida, sin esconderme en las sombras mientras tú te comprometes con un montón de mujeres en un intento de ocultar quien realmente eres. Si eso es lo que escoges para ti, es tu decisión, pero no puedes escoger por mí.

—Entonces, ¿esto es todo lo que tienes que decirme? ¿Después de estos años? Estoy seguro que eso no puede ser todo —dijo Charles, y en ese momento no era el chico ridículo que había brindado en su propio honor. Había una tristeza genuina en sus ojos, pensó Cordelia. Amaba a Alastair, a su manera.

Pero no era suficiente. Algunos tipos de amor nunca eran suficientes.

—Buena suerte, Charles —dijo Alastair. Sus ojos oscuros destellaron—. No cabe duda que tendrás una vida exitosa.

Se alejó. Cordelia, que de repente se encontró sola e incómoda junto a Charles, se apresuró a seguir a su hermano.

—No creo que sepas lo que acaba de suceder en esta conversación —dijo Charles, su voz tensa y demasiado nítida, al mismo tiempo en que ella se giraba para irse.

Dudó por un momento, pero no lo miró.

—Sé que lastimaste a mi hermano —dijo finalmente—. Y sé que no lo volverás a hacer.

—No lo haré —dijo Charles en voz muy baja. No volvió a decir nada mientras ella huía.

* * *

James estaba de pie en el balcón afuera del salón de baile. Era un largo corredor de piedra, con una barandilla que llegaba a la altura de su pecho; esta no existía cuando su padre era joven, había sido diseñada durante la remodelación del Instituto. Su padre y su madre tenían una afición por los balcones.

Se sentía como estar en la cima del techo y en un lugar muy lejano, sin embargo el haber salido no había tenido ese usual efecto calmante en él. El aire tenía el sabor de Londres, siempre era así y a lo lejos podía ver las figuras de las casas que se aglomeraban a las orillas del Támesis. Recordó sus aguas marrón oscuro, del color del humo en el reino de Belial. Su elegante camisa blanca sufrió un rasguño contra la piedra al momento en que se inclinó hacia adelante en el balcón, deseando poder aminorar la presión que sentía en su pecho.

No era porque le aterrara casarse con Cordelia. No tenía miedo, y se preguntó si debería sentirlo. Cuando pensaba en que se casaría con ella, se imaginaba estando en una habitación cálida, con una chimenea encendida y una partida de ajedrez o un par de cartas dispersas. La niebla chocaba contra las ventanas, pero la luz dentro de la habitación seguía resplandeciendo entre estantes de libros en inglés y persa. Se imaginaba su suave voz mientras él se quedaba dormido, leyéndole en un lenguaje que todavía no entendía.

Se dijo que estaba siendo un idiota. Sería extraño e incómodo, una danza peculiar que harían por el bien de ambos hasta que se cumpliera un año y fueran libres. Y aun así, cada vez que cerraba los ojos…

—James.

Sabía quién era incluso antes de darse la vuelta; siempre reconocería su voz. Grace estaba detrás de él, mezclada con las sombras, las puertas francesas se cerraron detrás suyo. A través de ellas podía ver banderillas doradas y escuchar la música.

—De alguna forma, Magnus Bane hizo que el piano volviera a funcionar —dijo Grace en voz baja—, y las personas están bailando.

James se sostuvo de la barandilla de piedra del balcón, mirando hacia la ciudad. No había vuelto a ver a Grace desde la reunión del Enclave, y tampoco le había mandado un solo mensaje. Se habría sentido como una traición a Cordelia.

—Sabes, es mejor si no nos volvemos a hablar.

—Esta puede ser nuestra única oportunidad para hablar a solas de nuevo —dijo Grace. Cuando él no respondió, ella volvió a hablar usando un especial tono de voz—: Parece que el Ángel no quiere que estemos juntos, ¿no? Al inicio no podía romper mi compromiso con Charles por mi madre. Y ahora, cuando ya soy libre de ella, tú te comprometes con Cordelia.

—No digas su nombre —espetó James, sorprendiéndose incluso a sí mismo por su ímpetu. Dejó caer su cabeza, saboreó lluvia y metal—. Ella es la persona más amable…

—Sé lo que hizo por ti, James —dijo Grace en voz baja—. Sé que no estuviste con ella esa noche. Estabas en Idris, quemando la Mansión Blackthorn. Sé que dijo esa mentira para cubrirte. En realidad, no habría creído que tuviera ese tipo de astucia.

—No es astucia. Es generosidad —respondió James—. Un año desperdiciado de su vida en un indeseable matrimonio, solo para protegerme.

— ¿Un año? —dijo Grace—. ¿Ese es el acuerdo entre ustedes?

—No hablaré de esto contigo —respondió James. Su pecho le dolía como si lo estuvieran aplastando. Apenas podía respirar.

—Debes odiarme —dijo Grace—, si todo esto es consecuencia de lo que *yo* te pedí que hicieras.

—No te culpo, Grace. Pero no podemos ser amigos. Solo lo hará más difícil de lo que ya es.

Hubo silencio. Se mezclaba con las sombras, pero la había visto en el salón de baile, con su vestido verde con esmeraldas en sus orejas. Había reconocido los aretes. Habían pertenecido a Charlotte. Ella se los debió de haber dado a Charles como un obsequio para Grace.

—Me alegra que te quedaras con Cordelia —dijo Grace.

—Desearía poder decir lo mismo sobre ti y Charles —dijo James—. Cordelia se merece algo mejor que esto; haré lo que sea necesario en este año para hacerla feliz. Espero que Charles haga lo mismo por ti.

—Podría estar contigo en un año —le dijo, su voz era casi un susurro—. Extiendo el compromiso con Charles, tú te divorcias de Cordelia… podría funcionar.

James no respondió. La tensión en su pecho se había convertido en dolor puro. Sintió como si lo estuvieran partiendo en dos, brutalmente y literalmente.

— ¿James? —dijo Grace.

Luchó para retener sus palabras: *Sí, espera por mí, yo esperaré por ti. Grace. Recuerdo el bosque, las sombras, tu vestido color marfil.*

Grace.

Saboreó sangre en su boca. El agarre que hacía que se sostuviera del barandal era tan fuerte que creyó que sus dedos se romperían.

Un momento después James escuchó un suave clic al momento en que una de las puertas francesas se abría y se volvía a cerrar. Se contuvo por un interminable minuto y luego otro. Cuando finalmente se giró, estaba solo en el balcón. No había rastro de Grace.

En su lugar, a través del cristal, vio a Cordelia. Estaba bailando con Matthew. Su glorioso cabello caía libremente de su bandana, desafiando su intento de encarcelarlo. Y ambos se estaban riendo.

* * *

Evitando a las parejas en la pista de baile magistralmente, Anna suspiró: quería disfrutar más este momento de lo que estaba haciendo. A pesar de haber renunciado a creer en el romance, todavía disfrutaba las fiestas de compromiso, especialmente si le agradaban las personas que se iban a casar, lo cual, tenía que admitir, no sucedía a menudo.

Esta noche era diferente. Muchas de sus personas preferidas del Enclave estaban aquí: los Ladrones Alegres, varios tíos y tías y miembros de su amplia familia, y —como un especial y llamativo bombón en la cima de un pastel de oro— Magnus Bane. Había sido de mucha ayuda al instalar salvaguardas alrededor de su casa el día en que Christopher fue herido. Le debía una, pero no le importaba: estaba segura que sería divertidísimo el momento en que él viniera a cobrar el favor. Y aunque James era uno de sus primos favoritos, y adoraba a Cordelia, sentía que había algo sospechoso en el repentino compromiso.

Anna supo desde el baile de bienvenida en honor a la familia Carstairs que Cordelia estaba inevitablemente enamorada de James, y James estaba inevitablemente enamorado de Grace Blackthorn. Lo había visto, notado y determinó que invitaría a Cordelia a tomar el té. Un amor imposible era un sentimiento lamentable. Tal vez podría sacar a la chica de él.

Pero pronto se dio cuenta que Cordelia era fuerte y testaruda… y que ella, Anna, le agradaba demasiado. Lo suficiente para desear intensamente que James abriera los ojos y se diera cuenta de lo que tenía frente a sus narices. Creyó que los vestidos ayudarían, y había sentido una gran satisfacción cuando vio la perpleja mirada de James cuando vio a Cordelia bailar en La Ruelle Infernal. De hecho, Anna casi *creyó* que James se había dado cuenta que Cordelia era su chica ideal —después de todo, Grace se había comprometido con Charles, así que ella estaba fuera de sus opciones—, si no fuera por la repentina confesión de Cordelia en la reunión del Enclave.

Había muchas cosas en las que Anna era una experta y entre ellas era que sabía juzgar bien a una persona. Cordelia Carstairs, que se sonrojaba con solo ver un vestido seductor, no podía haber pasado la noche con un

hombre con el cual no estaba casada, incluso si este fuera el amor de su vida. Y James tampoco se metería con una chica soltera. Anna podría apostar su departamento en Percy Street por ello.

Mientras cruzaba la puerta al final de la habitación, Anna se volvió para mirar a Matthew y Cordelia bailando juntos. Cordelia lucía divertida, pero eso no era sorprendente: Matthew hacía a todos reír. Aunque no podía ver el rostro de Matthew, había algo en la manera en que se cernía sobre Cordelia que ponía inquieta a Anna. Pero no sabía decir por qué.

Will llegó a la pista de baile; todos le sonreían mientras se dirigía hacia Cordelia.

Pobre Cordelia, pensó Anna: era tradición de los cazadores de sombras bailar con la futura novia para tener buena suerte. Ella parecía complacientemente feliz por bailar con su futuro suegro y Matthew finalmente se retiró para charlar con Thomas.

Matthew también lucía feliz mientras bailaba, pensó Anna, mientras se dirigía hacia la sala de juegos. Esperaba que por fin estuviera saliendo de sus años de depresión, él le preocupaba. Los Ladrones Alegres eran como sus hermanos, y Matthew siempre había sido su compañero contra cada problema y aventura.

La sala de juegos estaba escura. Anna disfrutaba de estar ahí; era un lugar para relajarse, sin ningún adorno con rosetas o toques dorados. El juego de ajedrez que su padre le había dado a Will resplandecía a la luz de la luna que llegaba por la ventana. Se derramaba como un fuego plateado sobre el suelo pulido y sobre la chica que se encontraba de pie en medio de la habitación.

Ariadne Bridgestock.

Ariadne había sido el segundo asunto que había estado molestando a Anna toda la noche. Decenas de veces quiso preguntarle a Ariadne si estaba bien, si se había recuperado y decenas de veces tuvo que contenerse. Si la

belleza fuera el indicador de la salud, Ariadne sería la persona más sana de toda la fiesta. Su cabello oscuro brillaba, su piel oscura parecía ser seda y sus labios estaban hinchados y rojos. Los primeros labios que Anna llegó a besar. Los primeros que llegó a amar.

—Lo siento —dijo Anna, con una ligera y formal reverencia—. No sabía que estarías aquí.

Se giró para irse, pero Ariadne cruzó la habitación rápidamente y extendió su mano.

—Anna, por favor. Quiero hablar contigo.

Anna se detuvo, mirando la puerta. Su corazón latía tan fuerte que podía escucharlo. Se maldijo en silencio; ya debería de haber superado esos sentimientos. Tan tontos. Tan jóvenes.

Soy Anna Lightwood, se dijo. *Nada puede dañarme.*

—Te escuché —dijo Ariadne en voz baja.

Anna se volvió para mirarla.

— ¿Qué?

—Te escuché cuando viniste a la enfermería —dijo Ariadne—, y me pediste que no muriera.

—Así que… —dijo Anna, sorprendida—, ¿supiste de la traición de Charles por *mí*?

Ariadne movió su mano en un gesto que le restaba importancia, sus pequeños brazaletes repiquetearon como campanitas.

—Ni siquiera me interesa. La única cosa que me importó fue saber que todavía conservas amor en tu corazón para darme.

Anna posó su mano sobre el colgante que rodeaba su garganta. Su madre se lo había dado cuando lamentó la pérdida de Ariadne. La primera y última vez que Anna dejó que alguien le rompiera su corazón.

—Se que me equivoqué —dijo Ariadne.

— ¿Al comprometerte con Charles? —espetó Anna. Recordó el momento, hace dos años, cuando se encontró con Charles en la casa de los Bridgestock, el momento en que ella había llegado con flores para Ariadne. Y cómo los Bridgestock sonrieron cuando él besó la mano de Ariadne, incluso mientras Anna salía corriendo de la habitación—. Existen hombres mejores, si es que insistes en casarte.

—No —respondió Ariadne—. Me equivoqué sobre nosotras. Sobre lo que quería. —Unió sus dos manos—. Lo que dije hace unos años, parte de eso sigue siendo verdad. No quiero lastimar a mis padres. Quiero tener hijos. Pero nada de eso me importa si no tengo al amor de mi vida. —Le sonrió con melancolía—. Has ganado una reputación, Anna, como alguien que no cree en el amor.

—Así es. —Sus palabras fueron heladas—. Creo que el romance es la causa de todo el dolor y sufrimiento de este mundo.

La seda del vestido de Ariadne crepitó cuando ella se movió. Un momento después se encontró junto a Anna, poniéndose de puntitas para que sus labios acariciaran la mejilla de Anna. Cuando se apartó, sus ojos oscuros estaban brillando.

—Sé que eres obstinada, Anna Lightwood, pero yo también lo soy. Haré que cambies de parecer. Te volveré a recuperar.

Acomodó sus faldas y salió de la sala, la esencia de azahar persistió como humo en el aire.

* * *

— ¿No te importa bailar con alguien tan viejo como yo? —dijo Will, mientras hacía girar a Cordelia de forma magistral.

Le sonrió. Will no parecía ser alguien viejo, tenía la malicia de un chico cada vez que sonreía. A pesar de que ni Jem o Tessa habían envejecido desde la Guerra Mecánica, ambos parecían ser extrañamente más maduros y adultos que Will Herondale.

—Para nada —respondió—. Durante muchos años, Alastair y yo deseamos pasar más tiempo con usted y la señora Herondale. Pensábamos en ustedes como nuestros tíos o algo así.

—Ahora que estarás más cerca de nosotros y realmente seremos familia, se presentarán más oportunidades —dijo Will—. Tal vez hagamos una fiesta de celebración cuando tu padre llegue a casa.

Cordelia palideció. Estaba segura que su padre no querría nada parecido; quería olvidar lo que había sido confinado, porque no deseaba recordar la razón.

Will inclinó su cabeza para mirarla más de cerca.

—O si lo prefieres, podemos no hacer nada. Eso toma menos esfuerzo.

Cordelia sonrió débilmente.

Will suspiró.

—Siempre me la paso diciendo bromas —le dijo—. Es como suelo manejar la vida en un mundo tan complicado. Pero creo que no estás muy feliz por la llegada de tu padre.

—Como dijo, es complicado —dijo Cordelia. Apenas notaba que los demás bailarines los estaban mirando, probablemente se preguntaban de lo que estaban hablando tan seriamente.

—Cuando era pequeño amaba a mi padre —dijo Will—. Creía que era el mejor hombre que alguna vez hubiera conocido. Luego supe que gastó todo nuestro dinero en juegos de apuesta, y pensé que era el peor hombre que alguna vez hubiera conocido. Y ahora que soy padre, sé que simplemente era un hombre.

Cordelia lo miró.

—Gracias —le dijo. Quería decirle a Will Herondale que apreciaba su honestidad. Se preguntó cuánto sabía, o suponía, sobre su padre: de seguro habían rumores. Deseó poder ser igualmente honesta sobre su compromiso con James. Seguramente Will había notado que James apenas le había hablado en toda la noche, en esta, ¿fiesta de compromiso?

— ¿Daisy?

Cordelia y Will dejaron de bailar; y se sorprendió al ver que James se les había unido en la pista de baile de madera. Pensó que el color azabache y marfil que destacaban la noche combinaban perfectamente con su estilo, con un bello contraste, blanco y negro y dorado.

— ¿Daisy? —volvió a decir, algo tímido esta vez y Cordelia apenas notó que Will se hacía a un lado. Solo vio la mano de James extenderse hacia ella—. ¿Me concedes este baile?

* * *

Se veían extraordinariamente felices, pensó Lucie. Y no lo habría hallado extraño, salvo por el hecho de que ella sabía la verdad: a pesar de ello, James y Cordelia *eran* buenos amigos. Mientras veía a Cordelia reír por algo que James había dicho, James acomodó una hebra de su cabello que se había soltado de su bandana. Tal vez los Ladrones Alegres tenían razón, tal vez ambos, su mejor amiga y su hermano, ¿lograrían divertirse con todo esto?

— ¿En qué piensas, Luce? —dijo Thomas, apoyándose contra una pared de la habitación, su corbata se había aflojado. Antes de retirarse a la seguridad junto a la mesa de bocadillos, había bailado varias piezas noblemente con Esme Hardcastle. Matthew se le había unido al igual que Lucie—. Miras de forma muy seria a Jamie y Cordelia.

—Estaba pensando que gracias a ella, él parece un buen bailarín —respondió Lucie.

Matthew ladeó su cabeza.

—Por el Ángel —dijo—. Una boda. ¿Sabían que James me pidió ser su *suggenes*?

En las ceremonias de compromiso de los cazadores de sombras, el *suggenes* era quien te acompañaba al altar. Podías elegir a quien fuera: madre, padre, hermano o mejor amigo.

—Bueno, no me extraña —dijo Lucie—. Los *parabatai* casi siempre se eligen el uno al otro.

—Me hace sentir increíblemente adulto —dijo Matthew. Estaba bebiendo de su licorera, lo cual Lucie sabía que no era una buena señal. Normalmente en las fiestas donde regalaban bebidas alcohólicas, Matthew estaría con una copa en mano. Si estaba «drenando su cordura» con su licorera, realmente debía estar dispuesto a emborracharse lo más que se pudiera. Sus ojos destellaban de una manera peligrosa. ¿Quizá estaba enojado con Charles? ¿Enojado porque sus padres aceptaran el matrimonio de Charles con Grace tan fácilmente? Aunque, ¿cómo podrían saberlo? Lucie se lo preguntó, mientras miraba a Henry y Charlotte que estaban sentados en una mesa al otro lado de la habitación. La silla de Henry estaba apoyada contra la pared, la Cónsul y él estaban juntos, hablando en voz baja y con sus manos entrelazadas.

»Pero —añadió, sus ojos se entrecerraron mirando algo más allá de Thomas—, no soy lo suficientemente adulto para lidiar con *eso*.

Lucie miró sobre su hombro y vio a Alastair Carstairs cruzando la multitud, acercándose a ellos. Sus hombros estaban ligeramente encorvados y su pelo, teñido de nuevo a su color natural, lo hacían parecer una persona diferente.

—Se amable con él, Matthew —dijo Thomas, enderezando su postura—. Me ayudó demasiado cuando preparaba el antídoto.

— ¿Ya probaron las tartas de limón? —dijo Alastair con ligereza en su voz en cuanto llegó a reunirse en su grupo—. Tu cocinera es excelente, Lucie.

Lucie parpadeó. Matthew apretó la quijada.

—No intentes iniciar una conversación casual, Alastair —le dijo—. Me da jaquecas.

—Matthew —dijo Thomas en un tono severo—. ¿Quieres irte a sentar?

Matthew guardó su licorera en su chaqueta, sus manos ya estaban temblando.

—No —respondió—. Quiero que Carstairs nos deje en paz. Esta noche ya es difícil de por sí…

Lucie no tuvo oportunidad de preguntarle por qué esta noche sería difícil, Alastair ya lo había interrumpido. Casi molesto y al mismo tiempo avergonzado, su voz fue plana y tensa.

— ¿No podemos olvidar lo que sucedió en la escuela de una vez? —le dijo—. ¿Será suficiente si admito que fui un imbécil? ¿Cómo puedo disculparme?

—No puedes —espetó Matthew, su voz sonaba muy extraña y todos lo miraron. Lucie tenía la rara sensación de que estaba mirando a alguien balancearse en el filo de un cuchillo; Matthew parecía haberse convertido

en puntas afiladas, como si su cuerpo estuviera hecho de dagas en lugar de piel—. A pesar de todo lo que sucedió, no creas que ahora eres nuestro amigo, o que eres bienvenido en nuestro grupo.

Thomas frunció el ceño.

—Matthew —le dijo, su voz que normalmente era gentil, parecía estar dando una orden—, eso fue en el pasado. Es hora que seamos adultos y olvidemos el desprecio que sentíamos de niños.

—Eres amable, Thomas —respondió Matthew—. Demasiado amable y deseas olvidar. Pero yo no soy así, y no puedo evitar recordar todo.

El brillo había abandonado los ojos de Alastair. Pero para sorpresa de Lucie, no estaba enfadado. Casi parecía derrotado.

—Deja que diga lo que quiera, Thomas.

—No tienes derecho de hablarle a Thomas de esa forma —espetó Matthew—. Nunca te he dicho esto, Thomas. No soportaba hacerlo. Pero es mejor que conozcas la verdad antes que permitas que esta serpiente se convierta en tu amigo.

—Matthew… —Thomas comenzó a decir, molesto.

—¿Sabes lo que solía decir de nosotros en la escuela? —dijo Matthew—. Que mi madre y tu padre eran amantes. Que yo era el bastardo de tu padre. Me dijo que Henry solo era la mitad de un hombre y que no podía engendrar hijos, y por ello Gideon se metió entre ellos. Dijo que tu madre era asquerosamente horrenda por la cicatriz en su rostro y que no podía culpar a tu padre por buscar a alguien más. Y que tú eras una cosa insignificante, despreciable y enfermiza, porque habías heredado la debilidad de ella en tu cuerpo… porque ella fue una mundana y no una mundana común. Sino una sirvienta y una prostituta.

Matthew se detuvo, casi jadeando, como si no pudiera creer lo que acababa de decir. Thomas estaba quieto, todo el color abandonó su rostro.

Alastair tampoco se había movido. Fue Lucie quien habló, lo cual la sorprendió.

— ¿Él fue quien inició ese horrible rumor? ¿Alastair?

—No… no lo inicié yo —dijo Alastair, su voz sonaba como si luchara por liberarse de un nudo en su garganta—. Y no le dije todas esas cosas a Matthew…

—Pero se las dijiste a los demás —respondió Matthew con voz gélida—. Supe todo esto en los últimos años.

—Sí —admitió Alastair finalmente—. Esparcí la historia. Repetí… esas palabras. Lo hice. —Se volvió para mirar a Thomas—. Lo…

—No digas que lo sientes. —Los labios de Thomas tenían un color gris—. ¿Crees que no he escuchado esa historia? Claro que lo he hecho, incluso cuando Matthew trató de protegerme. He visto a mi madre llorar por ello, a mi padre perder la razón por la ira y el dolor, a mis hermanas destrozadas por la humillación de esas *mentiras*… —Se detuvo, perdiendo el aliento—. Repetiste esas palabras sin saber o sin que te importara siquiera si realmente eran ciertas. ¿Cómo pudiste?

—Solo eran palabras —dijo Alastair—. No creí…

—Me equivoqué sobre ti —espetó Thomas, cada palabra era fría y filosa—. Matthew tiene razón. Esta es la fiesta de compromiso de tu hermana y por el bien de Cordelia, seremos educados contigo, Carstairs. Pero si vuelves a acercarte a mí o intentas hablarme en cualquier momento después de esta noche, te tiraré al Támesis.

En toda su vida, Lucie nunca había escuchado a Thomas hablar de una forma tan frívola. Alastair retrocedió, su rostro estupefacto. Entonces se dio vuelta y se alejó rápidamente entre la multitud.

Lucie escuchó que Matthew le susurraba algo a Thomas, pero no se quedó para escucharlo: se apresuró a seguir a Alastair. Él corrió como si

tuviera alas en sus pies y ella fue tras él: cruzó las puertas del salón, bajó las escaleras de piedra y finalmente lo alcanzó en la entrada.

— ¡Alastair, espera! —gritó.

Giró con rapidez para enfrentarla y se impresionó al darse cuenta que él había estado llorando. Extrañamente, recordó la primera vez que había visto a un hombre llorar: el día en que su padre supo que sus padres habían muerto.

Alastair se limpió furiosamente las lágrimas de sus ojos.

— ¿Qué quieres?

Lucie casi se sintió aliviada cuando escuchó que su voz sonaba más compuesta.

—No puedes irte.

— ¿Qué? —exclamó con desprecio—. ¿Acaso no me odias?

—No importa lo que piense. Esta es la fiesta de compromiso de Cordelia. Y tú eres su hermano. Le romperás el corazón si te vas, así que te ordeno que no lo hagas.

Él tragó con fuerza.

—Dile a Layla… dile a Cordelia que me dio un terrible dolor de cabeza y que estaré descansando en nuestro carruaje. No necesita preocuparse, ni que le arruinen su noche.

—Alastair…

Pero ya se había ido, adentrándose en la noche. Desanimada, Lucie se giró hacia las escaleras. Al menos Alastair no abandonaría el Instituto, pero habría preferido…

Dio un saltito, sorprendida. De pie oculta en un hueco entre las sombras estaba Grace, su vestido verde pistache casi resplandecía en la oscuridad. Hizo una mueca cuando vio a Lucie.

—Supongo que parece como si hubiera estado espiando —le dijo—. Sin embargo, te aseguro que no tenía intención de haber escuchado nada de *eso*.

Lucie apoyó sus puños en sus caderas.

— ¿Entonces por qué estás aquí?

—Estaba en las escaleras —respondió—. Y te escuché correr y decidí que sería mejor esconderme en lugar de meterme en la conversación.

—Ya te ibas —dijo Lucie—. ¿No es cierto?

Grace se quedó callada. Su postura era rígida, ni siquiera se recargaba contra la pared. Lucie recordó algo que James le había contado una vez, que Tatiana obligaba a Grace a caminar de aquí para allá por toda la Mansión Blackthorn equilibrando un libro en su cabeza para perfeccionar su postura.

—Sabes —dijo Lucie, sintiéndose bastante cansada—, *no tienes* que casarte con Charles.

Grace puso los ojos en blanco.

—Por favor no te preocupes. No me voy porque esté ansiosa de liberarme de algunos sentimientos hirientes. Y no te molestes en decirme que James realmente no quiere casarse con Cordelia; eso también ya lo sé.

Lucie se tensó.

—Nunca habría dicho eso.

—No —respondió Grace—. Supongo que tú no lo harías.

Lucie soltó una respiración irritada.

—Sé que piensas que no tenemos nada en común —dijo ella—. Pero soy la única persona en el mundo que sabe lo de tu hermano. Que conoce el secreto que estás protegiendo.

Grace se quedó inmóvil.

—Viste a Jesse en Idris —dijo—. Hablé con él. Sé que te dijo que no lo ayudaras y sé que como una Herondale, eres *honorable*. —Casi escupió esa palabra—. Si te pidiera que no lo ayudaras, no me harías caso. ¿De qué crees que me sirve tener a otra persona que no salvará a mi familia?

Lucie levantó la barbilla.

—Eso demuestra lo poco que me conoce, señorita Blackthorn. Tengo toda la intención de hacer lo necesario para ayudar a Jesse… ya sea si él lo desea o no.

Grace dio un paso adelante, saliendo de las sombras. Sus pendientes destellaron en la luz, como los ojos cristalinos de un gato.

—En ese caso —le dijo—, dime más.

* * *

A Magnus no le tomó mucho tiempo hallar a Matthew Fairchild, recargado contra la pared junto a la puerta más lejana, su corbata estaba completamente suelta.

Magnus lo observó por un momento: Matthew era exactamente el tipo de persona que Magnus siempre quería salvar, y después se regañaba a sí mismo con firmeza por intentar ayudar. En la vida de Magnus habían

existido cientos de personas como Matthew Fairchild: chicos y chicas tan autodestructivos y hermosos, que a pesar de todos los beneficios que se les daba, parecían solo desear extinguir su propia vida. Se dijo una y otra vez que el Matthew Fairchild de este mundo no podía ser salvado, y aún así, no pudo evitar intentarlo.

Se recargó en la pared junto a Matthew. Se preguntó por qué Matthew había decidido quedarse ahí, casi oculto de todos los demás, detrás de un pilar. Parecía tener la mirada perdida en la pista de baile.

—Siempre me han dicho —dijo Magnus—, que es de mala educación que un caballero sea un marginado.

—Entonces ya habrás escuchado que normalmente se me conoce por ser muy maleducado —respondió Matthew. Sostenía una licorera en su mano derecha y portaba un anillo con el emblema de los Fairchild que resplandecía en su dedo.

Magnus sabía desde hace mucho tiempo que un hombre que llevaba su propio alcohol a una fiesta donde ya lo proveían, era realmente un caso lamentable. Pero lo que en realidad se preguntó fue por qué nadie más parecía notar que Matthew solo seguía de pie porque la pared lo estaba sosteniendo.

Normalmente, no le habría importado tanto a Magnus o lo habría considerado algo extraño —emborracharse en una fiesta no era algo inusual para un chico de diecisiete— pero Matthew también había estado ebrio cuando estuvieron el en Puente de la Torre, aunque tal vez alguien menos observador que Magnus no lo habría notado. Ni siquiera era el hecho de que había bebido, pensó Magnus, sino el hecho de que era obvio que Matthew sabía fingir que *no* lo había estado haciendo.

—Creí que podría ser la excepción —dijo Magnus suavemente—, ya que me dijiste que amabas mis chalecos.

Matthew no respondió. Seguía mirando la pista de baile, pero no miraba a las parejas de baile, sino a dos personas en específico. Cordelia Carstairs y James Herondale.

Otra Carstairs uniendo su vida con otro Herondale. Magnus estuvo encantado cuando escuchó sobre la boda. Recordó que James había le había pronunciado el nombre de otra chica la primera vez que se conocieron, pero el mismísimo Romeo creyó haber estado enamorado de una chica llamada Rosalind. Por la forma en que James y Cordelia se miraban, era obvio que esta era una unión romántica. Y también era obvio por qué Matthew se encontraba en el lugar en donde estaba: desde su punto de vista, tenía una perfecta vista de James y Cordelia, su cabello oscuro caía sobre el de ella, rojo como una llama, sus rostros cerca el uno del otro.

Magnus se aclaró la garganta.

—Ya veo por qué mis chalecos no te interesan, Fairchild. He estado en tus zapatos. Desear algo que no puedes tener solo te romperá el corazón.

—Sería diferente si James la amara —dijo Matthew en un susurro—. Me sumiría en una silenciosa oscuridad, igual que Jem y nunca volvería a hablar sobre ella. Pero no la ama.

— ¿Qué? —Magnus se sintió desagradablemente estupefacto.

—Es una farsa —dijo Matthew—. Solo durará un año.

Magnus ignoró la noticia y la resguardó como un misterio a resolver: no cuadraba con la imagen que tenía de los Herondale, padre o hijo.

—Sin embargo —señaló Magnus—, durante ese año, serán marido y mujer.

Matthew alzó su mirada, sus ojos verdes resplandecieron.

—Y durante ese año, no haré nada al respecto. ¿Qué clase de persona crees que soy?

—Creo —dijo Magnus con mucha lentitud—, que eres una persona increíblemente afligida, pero no sé por qué. Y creo que, como alguien inmortal, puedo decirte que muchas cosas pueden suceder en un solo año.

Matthew no respondió. Seguía mirando a Cordelia y James. Todos en el salón lo estaban haciendo. Bailaban juntos, y Magnus felizmente habría apostado mil libras a que esos dos estaban enamorados.

Pero parecía que sería una apuesta que habría perdido. Y aún así.

Oh, cielos, pensó Magnus. *Tal vez deba quedarme en Londres por un tiempo.*

Tal vez debería hacer que traigan a mi gato.

* * *

Parecía como si el tiempo no hubiera pasado desde el primer baile de Cordelia en Londres, y a pesar de eso, todo había cambiado.

Sentía como si la ansiosa chica que había llegado a Londres desesperada por hacer amigos y aliados, se encontraba a millones de kilómetros, siendo una extraña, cuando antes siempre la veía en cada mirada. Ahora tenía amigos, amigos valiosos: podía ver a Anna, en la entrada del salón de baile, hablando animadamente con Christopher. A Thomas, sentado junto a su hermana y a Matthew, a un lado de Magnus Bane. Y a Lucie, su Lucie, que algún día estaría a su lado dentro de los círculos flamantes de la ceremonia *parabatai*.

—Daisy —dijo James, sonriendo. Era una sonrisa genuina, aunque no podía decir si se encontraba triste o feliz, o si estaba en un punto intermedio—. ¿En qué piensas?

Solo una cosa no había cambiado: su corazón seguía latiendo demasiado rápido cuando bailaba con James.

—Pensaba —le dijo—, que debe parecerte extraño que el reino de Belial haya sido destruido.

Una de sus oscuras cejas se elevó como una pincelada de tinta en una hoja de papel.

— ¿A qué te refieres?

—Era un lugar que solo tú podías ver —explicó—. Al cual solo tú podías ir. Y ahora se ha ido. Es como un enemigo al que has conocido toda tu vida. Incluso si lo odiabas, debe ser extraño saber que nunca lo volverás a ver.

—Nadie lo ha entendido. —James la miraba con un cariño gentil y desconcertante, la Máscara había desaparecido por completo. Acercó su cuerpo hacia el suyo—. Hay que pensar en esto como una aventura, Daisy.

Podía sentir cómo su corazón latía al compás del suyo.

— ¿Ver qué como una aventura?

—Nuestro matrimonio —dijo James con firmeza—. Sé todo lo que diste por mí y no quiero que jamás te arrepientas. Viviremos juntos como mejores amigos. Te ayudaré a entrenar para tu ceremonia *parabatai*. Y siempre te protegeré y apoyaré. Jamás volverás a sentirte sola. Siempre estaré ahí para ti.

Los labios de él rozaron su mejilla.

—Recuerda lo bien que actuamos en la Habitación Susurrante —murmuró James y ella se estremeció al sentir su aliento cálido contra su piel—. Los engañamos a todos.

Los engañamos. Así que sus miedos eran reales, a pesar de lo que él había dicho —y tal vez creía— en ese momento: para ella fue real, pero no para él. Era un placer extraño y amargo.

—Creo —dijo James—, que lo que intento decir es que sé que será una experiencia extraña, pero espero que al menos estés un poquito feliz, Daisy.

Su cabello le caía sobre su frente. Cordelia recordó las miles de veces en las que deseó removerlo de su rostro. Esta vez lo hizo, apartando su cabello que tapaba sus ojos.

Le sonrió con una sonrisa igualmente falsa y brillante.

—Lo estoy —le dijo—, un poquito feliz.

Un hoyuelo apareció en su mejilla.

—Me alegra escucharlo —le dijo y la atrajo más cerca de él para seguir bailando.

Recordó el baile, cuando la abandonó en la pista y fue hacia Grace. Él ya no haría eso; era demasiado honorable. Lo tendría, por un año… un año de amarga felicidad. Y también volvería a tener a su padre. Se quedaría en Londres y sería la *parabatai* de Lucie. Tendría todo lo que había querido, pero no de la manera en que lo imaginó.

Pensó en lo que James le había dicho sobre la fruta de las hadas: mientras más tengas, más la querrás y sufrirás más por ellas cuando se hayan terminado. Pero, ¿acaso no conocer su sabor no era también una forma de tormento?

Amaba a James y siempre lo haría. Muchas personas amaban sin esperar nada a cambio, sin soñar en que las personas que eran dueñas de su afecto llegarían alguna vez a tocarlas o siquiera mirarlas. Se alejaban en el camino del silencio y la miseria como los mortales que nunca comerían la fruta de las hadas.

El destino que tenía enfrente era un año entero de esa fruta en una bandeja de plata. Un año de vivir junto a James y de poder amarlo, podría destrozarla y podría no enamorarse de nuevo, pero oh, al menos se consumiría en gloria. Por un año su vida sería la de él también. Pasearían juntos, leerían juntos, comerían juntos y vivirían juntos. Se reirían juntos. Por un año, se quedaría junto al fuego y sabría lo que es ser quemada viva.

Capítulo Traducido y corregido por Samn

Epílogo
Mansión Chiswick, Londres

No lejos de las farolas de Londres, guardias escoltaron a Tatiana a la Mansión Chiswick, sus puertas y caminos estrechos y dejados casi impenetrables por las espinas. Las zarzas arañaban la luz de cada ventana, impidiendo a los guardias —que incluía a sus hermanos, Gabriel y Gideon— ver dentro mientras Tatiana reunía sus cosas y reaparecía en la puerta principal de la casa, con una pequeña valija café en su mano.

Ella los miró desde la cima de las escaleras.

—Quisiera que me dejaran ir una vez más al jardín —les dijo. Creía que el odio que sentía por todos ellos no se mostraba en su cara. Ellos no parecían saberlo; nunca habían entendido por qué merecían tanto su aborrecimiento—. Para despedirme de los recuerdos de mi esposo y mi padre.

Una especie de espasmo pareció cruzar el rostro de Gabriel. Gideon puso una mano sobre el hombro de su hermano. Ellos nunca habían respetado a su padre apropiadamente. Nunca le habían guardado luto luego de que

Will Herondale y Jem Carstairs lo asesinaran.

Gideon asintió.

—Ve —dijo él, con un corto asentimiento—. Te esperaremos aquí.

Herondale, Tatiana pensó mientras se abría paso hacia los jardines italianos. Sangre corrompida corría por sus venas. En su opinión, sus nombres dominaban los libros de historia más de lo que deberían. Debería haber muchas más instancias del nombre «Lightwood» y menos del nombre «Herondale». Después de todo, no estaría sorprendida si la esposa bruja de Will Herondale no fuera la primera vez en la que ellos manchaban su linaje con sangre subterránea.

Había llegado a la pequeña, amurallada estructura en el centro del jardín. La puerta estaba abierta—maldijo a Grace silenciosamente: niña estúpida y floja— y se apresuró dentro para ver si había algún daño. Para su alivio, el ataúd de Jesse estaba prístino: la madera reluciente, el vidrio intacto de polvo. La antigua espada Blackthorn que algún día sería de su hijo, brillaba en la pared.

Puso una mano en la superficie. Aquí descansaba su niño, su príncipe durmiente. En su opinión, se parecía a su esposo. Rupert había tenido facciones tan finas, esos delicados y perfectos rasgos y formas. El día que había sido arrancado de este mundo, había sido una tragedia. Ella había parado cada reloj de esta casa y de la mansión de Idris a la hora que se habían llevado su cuerpo, porque entonces su mundo había terminado.

A no ser por Jesse. Ahora vivía por Jesse, y para la venganza.

—No te preocupes —le dijo una suave voz.

Tatiana sabía quién había hablado antes de mirar.

Primero fue un torbellino de polvo, un puñado de arena brillante que

se convirtió en la figura de un hermoso hombre vestido de gris, con ojos como fragmentos de espejo.

—Grace lo cuidará —dijo Tatiana—. Ella se preocupa por su hermano como tú te preocupas por nadie.

—No dejaré que ningún daño venga a Jesse —dijo el Príncipe del Infierno—. Lo que posee es muy precioso.

Tatiana sabía que no estaba realmente ahí, que Belial no podía caminar por la tierra, solo podía ser una ilusión de él mismo. Aun así, era tan brillante como el vidrio roto, brillante como las ciudades ardiendo. Decían que Lucifer era el ángel más hermoso que el cielo había perdido, pero Tatiana no lo creía. No podía haber ángel más hermoso que Belial, porque siempre estaba cambiando. Tenía miles de formas.

— ¿Por qué debería creer eso? —exclamó—. Dejaste que me enfermara por el veneno y podría haber muerto. Me prometiste que solo mis enemigos serían heridos. Y mira… —Extendió su brazo en dirección al patio donde Gideon y Gabriel esperaban por ella—. ¡Aún están vivos!

—Nunca habría dejado que murieras —aseguró Belial—. Era necesario mantener las sospechas lejos de ti. Lo que hice, lo hice para salvarte.

La amargura endureció su voz.

— ¿Salvarme de qué? ¿De qué tal vez me pudra en prisión mientras mis enemigos prosperan?

Belial descansó sus manos sobre la tumba de Jesse. Sus dedos eran largos, como las patas de las arañas.

—Hemos discutido esto antes, Tatiana. La muerte de Barbara fue mi regalo para ti, pero solo fue el principio. Lo que tenemos en mente para los Herondale y Lightwood y Carstairs es mucho más grande y más terrible que la simple muerte.

—Pero tu plan de encaminar a James Herondale a la oscuridad parece haber fallado. Incluso luego de que lo prepare para ti...

Por un momento, la expresión de Belial perdió la compostura y en ese momento Tatiana fue capaz de ver a través del abismo dentro de la visible oscuridad de la fosa.

— ¿Lo preparaste? —se burló—. Cuando fue a mí en mi reino, no había brazalete en su muñeca. Estaba protegido.

Tatiana palideció.

—Eso no es posible. Estaba en su muñeca hoy en la reunión. ¡Lo vi!

Una sonrisa pasó por la cara de Belial, pero se desvaneció rápidamente.

—Eso no es todo. No me dijiste que la chica Carstairs porta una espada de Wayland el Herrero.

Abrió su chaqueta. Ahí en su pecho había una herida, una lágrima de sangre en el material de su camisa por la que sangre rojo oscuro se filtraba. Una herida que se veía fresca y sin curar. A pesar de que Tatiana sabía que en realidad él no estaba ahí en una forma sólida, que en realidad no estaba sangrando, aún así la visión era perturbadora. Nadie debería ser capaz de herir a un Príncipe de Infierno.

Retrocedió.

—N-no pensé que fuera importante. La chica parece ser insignificante...

—Entonces no entiendes lo que es Cortana. Mientras ella lleve esa espada, y proteja a James, no seré capaz de acercarme a él. —Belial cerró su chaqueta—. Esos tontos piensan que como fui herido por esa espada, no podré volver a su mundo por un siglo. No saben que tengo un ancla aquí.

Tampoco entienden el poder de mi ira. —Mostró sus dientes, cada uno era un punto puntiagudo y filoso—. Ellos verán mi regreso más pronto de lo que piensan.

Tatiana sabía que debía temer la ira del Príncipe del Infierno, pero ya no había miedo cuando habías perdido todo lo que te importaba. Sus labios se curvaron.

—Supongo que estarás enfrentando tu regreso solo, porque yo estaré aprisionada en la Ciudadela Infracta. —Tocó la tumba de Jesse, un sollozo salió de su garganta—. Y mi hermoso muchacho languidecerá sin mí.

—Oh Tatiana, mi cisne negro —murmuró Belial, y ahora estaba sonriendo—. ¿No ves que esta es la culminación de mi plan? Los Herondale, los Lightwood, el Enclave, todos ellos te han apartado de sus asientos de poder. ¿Pero dónde yace el corazón de lo nefilim? Yace en su regalo del ángel, las adamas. Las estelas que dibujan sus runas, los cuchillos serafín que los protegen.

Ella lo miró, el entendimiento comenzó a surgir.

—Quieres decir…

—Nadie puede entrar a la Ciudadela Infracta —le dijo—. Pero tú serás escoltada dentro, querida mía. Y luego tú atacaras a la Clave desde su corazón. Los destruiremos juntos.

Con la mano apoyada sobre la tumba de su hijo, Tatiana comenzó a sonreír.

Epílogo Traducido por Ximena Shade
Corregido por Samn

Notas sobre el Texto

La mayoría de los lugares en el Londres de *Cadena de Oro* son reales: existió la Taberna del Diablo en Fleet Street y Chancery, donde Samuel Pepys y el doctor Samuel Johnson solían beber. Aunque fue demolida en 1787, me gusta creer que funcionaba como una guarida para los subterráneos, invisible a los ojos de los mundanos. El poema que Cordelia recita cuando baila en la Ruelle Infernal es del libro *Las Mil y Una Noches* de Sir Richard Francis Burton, publicado en 1885. La lápida de Dick Whittington es real y se encuentra en el pie de Highgate Hill. *Layla y Majnun* (ليلى و مجنون) es un poema épico en persa/farsi escrito en 1188 por el poeta Nizami Ganjavi. Usé el exónimo «persa» para referirme al idioma que Cordelia y su familia hablan de vez en cuando, ya que Cordelia y Alastair no crecieron en Irán y el «persa» era la forma en que uno se le refería al pensar o hablar de él en inglés en 1903. También quiero tomar este momento para agradecer a *Tomedes Translation* y *Fariba Kooklan* por ayudarme con el persa de este libro. Las partes de Layla y Majnun fueron tomadas de la traducción de James Atkinson 1836, la cual es la más probable que Cordelia habría usado.

Continúa leyendo para disfrutar de

Un Cuento de Londres,

UNA HISTORIA EXTRA PROTAGONIZADA POR WILL Y TESSA.



Londres, Marzo 3, 1880

Will Herondale se sentó en la ventana de su nueva habitación y miró hacia las afueras de un Londres congelado debajo de un helado cielo de invierno. La nieve espolvoreaba las cimas de las casas extendiéndose hasta la pálida esquina del Támesis, dando una vista y sensación de estar en un cuento de hadas.

Aunque en este momento, los cuentos de hadas no estaban alegrando a Will.

Debería sentirse feliz, lo sabía… después de todo, era el día de su boda. Y había sido feliz, desde el momento en que se despertó, incluso después de haber sido rodeado por Henry, Gabriel y Gideon dentro de su habitación y que lo hubieran molestado con consejos y bromas mientras se vestía, desde el inicio hasta el final de la ceremonia. Ahí fue cuando sucedió. Era por eso que estaba sentado en una ventana mirando la ventisca de Londres en lugar de estar abajo junto al fuego besando a su esposa. Su flamante esposa.

Tessa.

* * *

Todo había comenzado perfectamente bien. Si era honesto, en realidad no había sido una boda de cazadores de sombras, porque Tessa no era realmente una cazadora de sombras. Pero Will había decidido usar su traje de bodas de todas formas, porque él iba a ser quien se encargaría del Instituto de Londres, y sus hijos serían cazadores de sombras, Tessa dirigiría el Instituto a su lado y sería parte de esta vida de cazadores de sombras y deberían empezar como era debido.

Henry estaba sentado en su silla, sostenía su estela y ayudaba a Will con las runas de amor y suerte que decorarían sus manos y brazos antes de ponerse su camisa y su chaqueta. Gideon y Gabriel bromeaban acerca del terrible trato en el que se estaba metiendo Tessa con Will y cómo ellos tomarían felizmente su lugar, aunque los hermanos Lightwood estaban ya comprometidos, y Henry estaba felizmente casado ya con un pequeño y ruidoso niño, Charles Buford, el cual requería mucho tiempo y atención de sus padres.

Will sonreía y reía, miró por la ventana para estar seguro que su cabello no se viera horrible, y pensó en Jem y su corazón se contrajo.

Era una tradición para los cazadores de sombras tener *suggenes*, alguien que caminaba a su lado en el pasillo a la ceremonia de matrimonio. Usualmente era un hermano o un amigo cercano… y si tenías un *parabatai*, la elección del *suggenes* ya estaba hecha. Pero el *parabatai* de Will era un Hermano Silencioso, y los Hermanos Silenciosos no podían ser *suggenes*. Así que ese lugar junto a Will se quedaría vacío mientras caminara por el pasillo de la catedral.

O al menos se vería vacío para los demás. Para Will, estaría lleno de la memoria de Jem: la sonrisa de Jem, la mano de Jem en su brazo, la inquebrantable lealtad de Jem.

En el espejo, vio a un Will Herondale, de diecinueve años, usando un traje azul marino —en honor a la sangre de bruja de Tessa—, con un chaleco dorado. El traje tenía un corte parecido a la levita, las mangas tenían un dobladillo delgado entretejido en runas doradas. Eslabones de oro resplandecían en sus muñecas. Su despeinado cabello oscuro estaba arreglado para la ocasión; parecía sereno y en calma, pero en su interior, su alma respiraba la aflicción y el amor. Hasta este último año, nunca había pensado que un corazón podía soportar llenamente el dolor y la felicidad al mismo tiempo, y aún así mientras dolía a Jem y amaba a Tessa se sentía en partes iguales. Sabía que ella también se sentía así y era un consuelo para ambos estar juntos y compartir lo que otros pocos alguna vez sentirían, porque aunque Will creía que un profundo dolor y una entera alegría *podían* suceder al mismo tiempo, como el propio amor lo hacía, no podía creer que fuera tan común.

—No olvides el bastón, Will —dijo Henry, sacándolo fuera de sus pensamientos, y entregándole el bastón con cabeza de dragón que había pertenecido a Jem. Will le agradeció a Henry con un inclinamiento de cabeza, con alegría en su corazón, y luego comenzó a bajar en dirección al corazón de la iglesia.

El lugar estaba decorado con banderines dorados que simbolizaban las runas de Amor, unión matrimonial y Lealtad. El sol resplandecía afuera, iluminando el pasillo hacia el altar decorado con montones de flores blancas que venían de Idris. Llenaban la habitación con un aroma que le recordaba a la Mansión Herondale del lado rural de Idris, una gran construcción de piedra dorada que había heredado al cumplir dieciocho. Su corazón se llenó de calidez al recordar que él y Tessa habían visitado el lugar el verano pasado, cuando las hojas de los árboles del bosque Brocelind brotaban en un color esplendorosamente verde y los campos tenían un tono vivaz. Le recordaba a su hogar cuando pequeño en Gales; esperaba que Tessa y él pasaran el resto de los veranos allí desde ahora.

Se animó aún más mientras apoyaba el bastón de Jem contra el altar y se volteó para enfrentar a la habitación: había estado asustado que

el Enclave de Londres, en su prejuicio e intolerancia, detuviera la boda: las opiniones sobre el hecho de que Tessa era mitad bruja variaban de la indiferencia a la frialdad directa. Pero los bancos estaban ocupados y vio rostros radiantes a lo largo de ellos: Henry junto a Charlotte —quien había dejado al bebé Charles al cuidado de Bridget—, su sombrero temblaba con una masa de flores; los recientemente casados Baybrooks; los Townsend, Wentworth y Bridgestock; George Penhallow, quien actualmente trabajaba como el director provisional del Instituto; la hermana de Will, Cecily, estaba sentada junto a la enorme arpa de oro traída del aula de música; Gideon y Gabriel Lightwood juntos; e incluso Tatiana Blackthorn estaba ahí, cargando a su hijo Jesse, envuelto en una manta y estaba usando un vestido rosa extrañamente familiar.

Una parte de Will deseó que sus padres pudieran haber estado ahí. Había ido a visitarlos varias veces en secreto desde el momento en que Charlotte le dio permiso de usar el Portal en la cripta para que visitara a su familia. Pero ellos estaban demasiado alejados del mundo de los cazadores de sombras y ya no deseaban volver a él. Tessa y él los visitaron unos días antes de la boda, para que los felicitaran y les dieran su bendición.

Charlotte se puso de pie. Se había quitado su sombrero, y estaba usando todas las condecoraciones de Cónsul, su túnica estaba bordada con runas plateadas y doradas, sosteniendo el bastón del Cónsul en sus manos. Así como Will, se movió lentamente entre los bancos de la iglesia y subió las escaleras en dirección al altar; tomó su lugar y le sonrió a Will. Para él, ella se veía exactamente igual a como era cuando la vio al llegar al Instituto de Londres, atemorizante y solitaria, y ella lo había tomado bajo su manto.

Una suave tonada sonó en la habitación. Will recordó las lecciones de arpa que Cecily había tomado en Gales; su madre también sabía tocarla. Will deseó…

Y todos sus deseos desaparecieron, porque las puertas de la iglesia se abrieron, y Tessa entró.

Había decidido vestirse en puro oro, retando a todos los que decían que ella no era una cazadora de sombras enteramente y no merecía llevar ese color. Su vestido era de seda, con una vasca pegada a su cuerpo y una falda larga cubierta por una capa de tul del color del marfil. Sus guantes eran de seda delicada, al igual que sus zapatillas repletas de cuentas que se parecían a las joyas de su vestido. Su cabello estaba recogido con pequeñas flores doradas de seda arreglada.

Nunca había visto nada, ni nadie, más encantador.

Caminó alzando su barbilla, orgullosa y con los ojos fijos en Will. Esos ojos grises: la primera vez que él los había visto, lo habían lastimado tan profundamente como el filo del metal al que asemejaban. Sus mejillas estaban rojas; se aferraba al brazo de Sophie con fuerza, mientras ella la llevaba tranquilamente al altar. A Will no le sorprendió que Tessa hubiera escogido a Sophie como su *suggenes*. También le agradaba Sophie, pero en ese momento no podía ver a nadie más que a Tessa.

Lo acompañó en el altar, Sophie se movió para quedarse detrás de ella. Will podría sentir como si su corazón fuera a salirse de su pecho. Tessa tenía la mirada fija en el suelo; solo podía ver la parte superior de su cabeza y las flores de seda entre los rulos de su cabello.

Jamás había creído que esto sucedería. En las tinieblas de su corazón, donde sus más oscuros temores estaban ocultos, realmente no lo creyó. Por muchísimo tiempo había aceptado que nunca dejaría de amar a Tessa, y que ese amor jamás llegaría a ser algo más. Lo ocultaría, tal vez solo funcionaría para quemar con la misma terrible agonía, tal vez solo serviría como un embriagante vino que lentamente destruiría su capacidad de sentir alegría. Ella solo estaría en sus sueños; el recuerdo de haberla besado serían los únicos besos que alguna vez conocería.

Los Herondale amaban pero solo lo hacían una vez, y él le había entregado su corazón a Tessa. Pero ella no podía tomarlo.

Y cuando todo cambió, fue el lento despertar de la felicidad. Una luz que atravesó las nubes de la pérdida nombrada con el nombre de su *parabatai*. Se despertaba gritando el nombre de Jem, y a veces Tessa venía de su habitación y se sentaba junto a él, tomando su mano hasta que él se volvía a dormir. Y a veces, ella era quien sufría y él quien la consolaba.

Y llegó a temer que el amor no pudiera florecer en un suelo tan amargo. Pero lo hizo, y más frondoso y profundo que antes. Cuando le pidió a Tessa que se casara con él, ambos eran el oro que se había forjado en fuego. Desde ese día hasta ahora, esperaron su boda con una delirante felicidad, con cientos de planes y carcajadas.

Pero Tessa no lo estaba mirando, y por un momento las antiguas dudas lo atacaron, y habló con una voz tan baja que dudó que Charlotte o Sophie lo hubieran escuchado:

—¿Tess, *cariad*? —¿Tess, cariño?

Alzó la mirada. Estaba sonriendo, sus ojos destellaban. Se preguntó cómo alguna vez había creído que sus ojos tenían el color del metal: eran las nubes que se cernían sobre Cadair Idris. Puso su mano sobre su boca como si intentara no reír en voz alta.

—Oh, Will —dijo—. Estoy *tan* feliz.

Tomó sus manos entre las suyas, y Charlotte se aclaró la garganta. Sus ojos rebosaban de amor y cariño mientras miraba a Tessa y a Will.

—Comencemos —dijo Charlotte.

El Instituto guardó silencio; Cecily dejó de tocar el arpa. Will se mantuvo de pie mirando a Tessa mientras su vida comenzaba frente a sí.

—Entrego mi presencia ante dos deberes —dijo Charlotte—. Como Cónsul, es mi deber unir a dos nefilim. —Miró con fiereza a la multitud, retando a cada uno de ellos a oponerse a la valoración de reconocer a Tessa como una cazadora de sombras—. Y como amiga de ambos, es un privilegio fundir su felicidad en la unión del matrimonio.

Will creyó haber escuchado a alguien reír; dio un vistazo entre los asientos, y solamente vio rostros amigables mirándolo. Incluso Gabriel Lightwood lo veía con una cara ideal para la ocasión, ni siquiera era desagradable.

—Theresa Gray —dijo Charlotte—. ¿Has encontrado aquel que tu alma ama?

Me alzaré ahora, e iré por la ciudad entre sus calles, y entre los cruces buscaré a quien mi alma ama: lo busqué, pero no lo encontré. Will conocía las palabras; todos los cazadores de sombras lo hacían.

El rostro de Tessa parecía brillar completamente.

—Lo he encontrado —dijo—. Y no lo dejaré ir.

—William Owen Herondale. —Charlotte se dirigió a Will—. ¿Has ido entre vigilantes y entre las ciudades del mundo? ¿Has encontrado aquel que tu alma ama?

Will pensó en las noches en las que no pudo descansar y deambulaba por las calles de Londres, sin ir a ningún lado, sin buscar ningún objetivo en particular. Tal vez todas esas noches realmente había estado buscando a Tessa, sin siquiera saber que ella era a quien buscaba.

—La he encontrado —dijo Will—. Y *jamás* la dejaré ir.

Charlotte sonrió.

—Ahora es el momento de intercambiar anillos.

Se escuchó un curioso susurro entre la multitud reunida en el lugar: aunque su madre había sido una cazadora de sombras, Tessa no podía soportar las runas angelicales. La audiencia se había preguntado cómo llegarían a intercambiar runas tal cual era la tradición en las bodas —una en el brazo y otra sobre el corazón—, el novio y la novia se Marcaban el uno al otro con sus estelas.

Estarán decepcionados, pensó Will; él y Tessa habían decidido poner esas runas después de la ceremonia… la runa que iba sobre el corazón normalmente se realizaba en privado.

Sophie dio un paso adelante, sosteniendo una pequeña caja de terciopelo donde yacían dos anillos, ambos con el símbolo de los Herondale. Dentro de cada anillo estaba grabada una imagen de un rayo, en honor a la descendencia de Tessa de los Starkweather, junto con seis palabras: *El último sueño de mi alma.*

A Will no le importaba que la frase no tuviera significado para otras personas. Para Tessa y él lo era todo.

Tessa tomó el anillo más grande y lo deslizó en el dedo de Will. Él siempre había llevado su anillo familiar, pero ahora se sentía diferente, tenía más peso y más significado. Ella se quitó su guante, y para cuando tuvo su mano en la suya, y deslizaba el anillo Herondale en su mano izquierda, ella estaba dando saltitos impacientes.

El anillo ocupó su lugar. Tessa miró su mano y luego a Will, su rostro se veía majestuoso con tanta alegría.

—Theresa Gray Herondale y William Owen Herondale —dijo Charlotte—. Ahora están casados. Regocijémonos.

Se levantó una ovación desde las bancas de la iglesia; Cecily comenzó a tocar una ruidosa y probablemente inapropiada melodía en el arpa. Will atrapó a Tessa entre sus brazos; ella era un bulto de seda suave, tul resbaladiza y labios tibios volteada hacia él para darle un beso rápido. Respiró su esencia de lavanda y deseó que pudieran estar lejos de esto, solos en la habitación que había sido arreglada y amueblada para su uso privado, la habitación que ocuparían como un matrimonio por el resto de su vida.

Pero aún faltaba el lujoso banquete por suceder. Will tomó el brazo de Tessa y lo metió entre el suyo y comenzó a dirigirla mientras bajaban las escaleras del altar.

Charlotte se superó a sí misma decorando el salón, banderines de seda dorada colgados sobre las ventanas, puertas y chimeneas. Una masiva mesa había sido puesta, atravesando el medio de la habitación, había sido cubierta con tela damasco, y platos, candelabros y cuchillería eran por completo dorados.

Los ojos de Tessa eran enormes.

—Charlotte no debería haber gastado tanto dinero —susurró Tessa mientras ella y Will inspeccionaban los arreglos florales. Arreglos de rosas de invernadero cayendo de cada superficie posible en tonos de dorado, crema y rosa.

—Espero que haya asaltado el tesoro de la Clave —dijo Will equitativamente, mientras Tessa reía apuntando a un par de sillas a juego con forma de trono, respaldos puntiagudos e incrustaciones doradas. Luego de una conversación a susurros, Will y Tessa se sentaron como la realeza mientras las puertas del salón se abrían a la fiesta de la boda.

Se escuchaban «oohs» y «aahs» mientras todos entraban, vestidos de gala. Cecily, en un vestido azul que hacía juego con sus ojos, se acercó bailando, para felicitarlos a ambos con un beso y un abrazo. Gabriel siendo arrastrado tras ella, viéndola como un ciervo enfermo de amor en el bosque. Gideon y Sophie, felizmente comprometidos, estaban lejos riendo juntos en un rincón, y Charlotte y Henry estaban quejándose sobre el pequeño bebé Charles, que tenía cólicos y deseaba que todos lo notaran.

Cecily aplaudió mientras dos de los sirvientes que Charlotte contrató especialmente para la boda se acercaron a la mesa, cargando dos pasteles escalonados.

— ¿Por qué dos? —susurró Tessa al oído de Will.

—Uno para los invitados de la boda y el otro para la novia —explicó—. El que es para los invitados será cortado, y todos serán enviados a casa con un pedazo para la buena suerte, el tuyo es para ser comido salvo un pedazo que será guardado para el aniversario número veinticinco de nuestra boda.

—Deja de bromear, Will Herondale —dijo Tessa—- Nadie quiere comer un pedazo de pastel con veinticinco años de antigüedad.

—Espero que te sientas diferente cuando ambos seamos ancianos y horribles —dijo Will. Luego recordó, por un breve instante, que Tessa nunca será una anciana horrible. Solo él envejecerá y moriría. Era un extraño e intrusivo pensamiento. Alejó rápidamente su mirada y vio a Tatiana Blackthorn, que se había sentado al final de la mesa, estaba abrazando a Jesse, sus ojos verdes observando sospechosamente la habitación. Will sabía que ella solo tenía diecinueve o menos, pero se veía años más vieja.

Tatiana le dio a Will una mirada insondable y desvió su mirada. Will se estremeció y puso su mano sobre la de Tessa, mientras Henry comenzó a darle golpecitos de forma natural a su copa con lo que parecía ser un tubo de ensayo. De hecho era un tubo de ensayo; Henry había armado un laboratorio en el sótano de la casa de la Cónsul en Grosvenor Square.

—Un brindis —anunció Henry—. Por la feliz pareja…

Tessa había enredado sus dedos entre los de Will, pero él aún sentía frío, como si Tatiana hubiese derramado agua helada entre sus venas, Cecily había vuelto con Gabriel y podía decir por el brillo en sus ojos que estaba planeando algo.

Y así fue, todos sus amigos lo hicieron. Luego del brindis de Henry vino el de Charlotte, luego Gideon y Sophie, Cecily y Gabriel. Ellos alabaron a Tessa y se burlaron gentilmente de Will, pero era el tipo de burla nacida del amor, y Will rio tanto como todos ellos… Todos salvo quizá Jessamine. Ella estaba presente en forma de fantasma, y Will podía verla ir de un lugar a otro, divertida, su cabello dorado bailando en una briza invisible.

Mientras la cena terminaba, los silencios entre Will y Tessa se alargaban cada vez más, no eran silencios incómodos; lejos de eso, era algo más, algo entre ellos que crujía como una fogata. Cada vez que Tessa miraba a Will, sus mejillas se tornaban rosa y mordía su labio. Will se preguntaba si sería

considerablemente grosero si saltaba sobre la mesa y corría a todos del Instituto porque necesitaba tener una conversación privada y urgente con su esposa.

Decidió que así sería, sin embargo, estaba golpeando sus pulidos zapatos contra el suelo impacientemente para el momento en el que los invitados comenzaron a acercarse a Will y Tessa para despedirse.

—Qué absolutamente encantador —le dijo Will a Lilian Highsmith.

Ver como te vas, pensó Will.

—Oh sí, es astuto irse antes de que los caminos estén demasiado helados —dijo Tessa a Martin Wentworth—. Lo entendemos por completo.

—Ah, absolutamente —señaló Will volviéndose hacia ellos—. Y Muchas gracias por venir…

Se calló abruptamente, Tatiana Blackthorn estaba de pie justo frente a él, su cara limpia de toda expresión, como una sartén que había sido pulido, sus delgadas manos moviéndose juntas sin descanso.

—Tengo algo que decirte —le dijo ella. Will vió a Cecily mirarlo un poco ansiosa. Ella sostenía al pequeño Jesse, Tatiana debió aprovechar la momentánea oportunidad de dejarle el bebé a Cecily mientras venía a hablar con Will, con profunda inquietud.

—¿*Sí*— dijo Will.

Ella se inclinó más cerca de él, de su cuello colgaba un medallón dorado, grabado con el patrón de espinas de la familia Blackthorn. Con un repentino mareo enfermizo se dio cuenta que el vestido que llevaba era el mismo que vestía el día que su padre y su esposo murieron,las manchas que tenía seguramente eran sangre vieja.

—Hoy, Will Herondale —dijo Tatiana, hablando muy bajo y claro, casi directamente en su oído—, será el día más feliz de tu vida.

Él no sabía decir porqué, pero un temblor lo atravesó, no le respondió, ni ella parecía querer que lo hiciera, ella solo regresó y fue hacia Cecily, y tomó al niño con una mirada satisfecha.

Tan pronto como Tatiana había dejado el salón, Cecily corrió hacia él. Tessa, a su lado, estaba en una conversación con Charlotte, y Will no creyó que lo hubiera notado, gracias al Ángel.

— ¿Qué fue lo que te dijo la horrenda Tatiana? —demandó Cecily—. Me da escalofríos, Will, de verdad, solo piénsalo, cuando me case con Gabriel estaré emparentada con ella.

—Ella dijo que hoy sería el día más feliz de mi vida —respondió Will. Y sintió como si una piedra helada cubriera su estómago.

—Ah, bueno —Cecily hizo una mueca—. Eso no es tan malo, ¿o sí? Es el tipo de cosas que la gente dice en las bodas.

—Cecy. —Gabriel apareció a lado de la hermana de Will—. Está comenzando a nevar, mira.

Todos lo hicieron; ver nieve en marzo era inusual, y cuando sucedía, usualmente helaba, soltando aguanieve, no los gruesos blancos copos que caían ahora mismo fuera de la ventana, listos para cobijar la suciedad de la ciudad con una nube de plata pura.

Los invitados se apuraron a partir, antes de que los caminos se volvieran impasables, Cecily había ido a abrazar a Tessa y desearle sus mejores deseos. Will se puso de pie mientras Charlotte se acercaba a él, sonriendo.

—Dile a Tessa que fui a asegurarme que hubiera una chimenea encendida en nuestra habitación —le dijo mecánicamente. Sintió como si estuviera a una gran distancia de su propio cuerpo—. Ella no debería pasar frío en su noche de bodas.

Charlotte se veía confundida pero no trató de detener a Will mientras se apuraba a salir de la habitación.

Hoy será el día más feliz de tu vida.

Si Tatiana no le hubiese dicho eso, pensó Will, ¿podría seguir sentado junto a la ventana, observando la nieve y el frío? La ciudad se estaba volviendo blanca frente a sus ojos. St. Paul era un fantasma ante la dicromacia del cielo.

Era como si las palabras de Tatiana hubieran sido la clave que había desbloqueado algo en su interior, y todos sus temores florecieron. No había habido un solo familiar de Tessa en la boda, y aún le preocupaba que la Clave nunca pudiera aceptarla realmente, que su estado como mitad bruja, podría evitar que la vieran como una cazadora de sombras adecuada. ¿Y si ellos le hablan de forma cruel y él no estaba ahí para evitarlo? ¿Y si ellos le hacen la vida miserable y ella lo odiaba por atraparla en el Enclave de Londres? ¿Y si ambos extrañaban tanto a Jem como para no soltar su dolor y poder vivir?

¿Y si no hacía feliz a Tessa?

Los pensamientos se derretían en su cabeza como la nieve. Había encendido el fuego, y la habitación estaba calientita, había una cama de cuatro postes en el centro, y alguien, probablemente Charlotte, había puesto arreglos de flores de marfil en ambas mesitas de noche. Las flores llenaban el aire con su perfume.

La nieve crujía suavemente contra el cristal de la ventana, mientras la puerta se abría y Tessa asomaba su cabeza en la habitación, sonreía radiantemente, brillando como una vela.

¿Y sí hoy es el día más feliz de su *vida? ¿Y si cada día de este en adelante es cada vez más triste y más vacío?*

—Tess. —Will tomó un aliento estremecedor y trató de sonreír.

—Oh, bien, estás decente —le dijo ella—. Estaba algo preocupada de que estuvieses vestido como Sidney Carton solo para impresionarme. ¿Puede entrar Sophie? Necesito que me ayude con mi vestido.

Will solo asintió, Tessa entrecerró los ojos; ella lo conocía mejor que casi cualquiera en el mundo, pensó Will. Siempre ve sus dudas y miedos.

¿Y si pensaba que estos miedos eran por ella?

Tessa hizo un ademán, y ella y Sophie atravesaron la habitación hacia el vestidor mientras Will miraba como un tonto a sus manos.

Maldición, nunca había tenido un solo miedo o había tenido que pensar las cosas dos veces en lo referente a su boda con Tessa. Se había despertado todos los días preguntándose si era posible ser tan feliz, tan lleno de esperanza.

Luego se planteaba hablarle a Jem al respecto, y Jem no estaría ahí. Sufrimiento y amor, enlazados como luz y oscuridad en su alma, pero él nunca había dudado de su amor por Tessa.

Podía oír movimiento y risas suaves en el vestidor, y luego Sophie emergió, le dio un guiño a Will, y se fue, cerrando con firmeza la puerta de la habitación tras ella. Un momento después Tessa salió del vestidor, estaba envuelta en un vestido de terciopelo azul que la cubría del cuello a los tobillos; su cabello estaba suelto cayendo sobre sus hombros en un alboroto de suaves olas cafés.

Atravesó la habitación descalza y se sentó sobre el alféizar de la ventana junto a él.

—Bien, Will —dijo gentilmente—. Dime qué te está molestando, porque sé que algo lo hace.

Will ansiaba tomarla entre sus brazos, si la besaba sabía que lo olvidaría; olvidaría las palabras de Tatiana, los agujeros en su propia alma, y cada miedo que lo abordaba.

Nunca se perdía tan a fondo como lo hacía en los brazos de Tessa, recordó la noche que pasaron juntos en Cadair Idris, el recuerdo de ella bajo su cuerpo, la increíble suavidad de su piel. Como el dolor y

arrepentimiento se habían esfumado en un momento, y solo había habido una felicidad que nunca pensó que podría llegar a conocer.

El recuerdo había llegado en la mañana y temía que regresara ahora también, le debía mucho más que eso. Le debía mucho más que tratar de encontrar olvido en sus besos.

—Es una tontería —dijo Will—. Sin embargo se aprovecha de mí. Antes de que dejara el salón, Tatiana me dijo: «Hoy será el día más feliz de tu vida».

Tessa levantó ambas cejas.

— ¿Así que crees que se refiere a que cada uno de los días luego de este serán infelices? Estoy segura que lo hace, ella te odia, Will. También me odia a mí, si ella pudiera arruinar este día para nosotros, lo haría felizmente, eso no significa que ella tenga los poderes del hada malvada en el bautizo de la Bella Durmiente.

—Lo sé —dijo Will—. Pero todo este tiempo me ha preocupado no poder hacerte feliz, Tessa. No como Jem pudo haberte hecho feliz.

Ella lo miró impactada.

—Will.

—Nunca te he culpado por amarlo —le dijo, mirando su rostro de cerca—. Todo en su vida lo hizo con con honor, pureza y fortaleza y, ¿quién no querría ser amado de esa forma? En cambio, cuando yo te amo, sé, que es desesperadamente. —Casi hizo una mueca al decirlo—. Creo que no podrás entender la forma en que te amo, quizá lo he escondido mejor de lo que pensaba, de una forma aplastante, Tessa. Que amenaza con romperme en pedazos y estoy aterrado de estar cambiando. —Will apartó su mirada de sus ojos, podía ver su propio reflejo en la oscuridad de la ventana, su pálido rostro debajo de una cascada de cabello negro, luego se preguntó si ella se asustaría y lo dejaría.

—Will —le dijo en un suave susurro—. Will, mírame.

El la miró, incluso en su camisón, ella estaba lo suficientemente adorable y deseable para hacerlo sentir mareado. No habían hecho nada más que besarse, y eso rara vez, luego de su noche en Cadair Idris, se habían resistido mutuamente, a la espera de esta noche.

Tessa presionó un pequeño sobre de papel en la mano de Will.

—Jem estuvo aquí esta noche —dijo Tessa—. Yo tampoco vi más de lo que tú lo hiciste. Le dio una carta a Sophie, creo, y ella me la dió a mi. Creo que debes leerla.

Will tomó la carta lentamente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que vio las familiares curvas y líneas de la forma de escribir de su *parabatai*?

Will:

Sé que debes estar feliz hoy, porque, ¿cómo más podrías estar si no es feliz? Sin embargo, el miedo a que no aceptes tu felicidad me ha mantenido rondando los pasillos de la Ciudad Silenciosa. Nunca te has creído merecedor de amor, Will, tú que amas con toda tu alma y tu corazón, le temo al resultado de dichas dudas, por Tessa, quien te ama; deben tener fe el uno en el otro, así como yo tengo fe en ti. Hoy estuve fuera del Instituto dándote mis respetos. Vi por la ventana y te vi a ti y a Tessa sentados uno junto al otro. Nunca los había visto tan felices. Y sé que serán solo más que felices por el resto de los días de su vida juntos.

Wo men shi sheng si ji jiao. (*Somos una cuestión de vida o muerte*)

Jem.

Will tomó un tembloroso suspiro y le tendió la nota a Tessa. Fue como si Jem lo hubiera alcanzado entre la oscura y helada noche, y hubiera tomado su mano. El lugar sobre su corazón donde la runa *parabatai* debería de estar, brillaba y quemaba. De pronto recordó la última vez que él y Jem habían estado en el Instituto juntos, y Will le había dicho que Tessa podría no querer casarse con él. Jem había sonreído y después dijo:

—Bueno, eso ya depende de ti.

Eso aún dependía de él. Había querido casarse con Tessa más de lo que había querido cualquier cosa en el mundo, y no dejaría que sus miedos destruyeran eso.

Tessa había dejado la nota a un lado y observaba a Will, sus ojos grises y muy serios.

—Bueno —le dijo—, así está la cosa ¿a quién vas a escuchar, Will? ¿A Tatiana? ¿O a Jem?

Él unió su mirada con la de ella.

—Voy a escuchar a mi propio corazón. Porque él me trajo a ti.

Ella sonrió radiantemente, y luego soltó una risa mientras él la tomaba para ponerla en su regazo.

—Espera —le dijo ella, poniéndose de pie, lo cual a Will no le gustó para nada. Ellos debían estar cada vez más cerca del otro, no lejos. Ella tiró de la faja que mantenía su vestido cerrado. Will se sentó erguido, su espalda contra la fría ventana, la azulada tela aterciopelada se deslizaba de sus hombros, revelando un vestido en una transparente bata de encaje blanco sujetando todo junto al frente con un alboroto de moños azules.

Y era claro, que no llevaba nada más puesto. Las curvas de su cuerpo estaban delineadas por el material de marfil, rozandola como telaraña. Will entendía ahora por qué Sophie le había guiñado.

—Tess —dijo con voz ronca. La tomó entre sus brazos, ella se sujetó a él riendo suavemente.

— ¿Te gusta? —preguntó, susurrándole al oído—. Charlotte me llevó a la tienda más escandaloso en Bond Street…

—Lo amo —dijo Will. Capturando su boca en un suave beso—. Te amo, aunque no quiero pensar en Charlotte en un vestido de noche. —Dejó caer su cabeza en el frío cristal de la ventana—. Quitame la camisa Tessa.

Ella se ruborizó y alcanzó los botones perlados. Todo en Cadair Idris había sido demasiado rápido, un borrón de calor y contacto. Esto era lento, sus dedos viajando de un dedo al siguiente lentamente, sus labios contra su piel mientras iba siendo descubierta centímetro a centímetro. Para el momento en que la camisa cayó al piso, él no quería más que levantarla y llevarla a la cama.

Pero aún no llegaban a eso. Will sacó su estela lentamente de su bolsillo y se la tendió a Tessa, que lo miró confundida.

—Las últimas runas de unión matrimonial —le dijo—. Quiero que la pongas en mí.

—Pero…

Él puso su mano sobre la de ella y trajo la estela hacia su propio brazo, donde trazó la primer runa de unión matrimonial. La estela brilló contra su piel, mezclando placer y dolor. La cara de Tessa estaba sonrojada mientras ambos movían la estela sobre el lugar donde va su corazón, junto a la borrosa cicatriz donde la runa *parabatai* había descansado una vez.

—*Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo* —susurró Will, mientras marcaban la siguiente runa juntos—. *Porque el amor es tan fuerte como la muerte; sus brasas son brasas de fuego, que arden con una llama muy fuerte.*

Tessa se alejó un poco y observó con detenimiento la runa, que permanecía fuerte y negra contra la piel del pecho de Will, luego pasó la mano sobre ella, y él se preguntó si podía sentir el retumbar de su corazón.

—*Ningún agua puede sofocar mi amor; ni las inundaciones ahogarlo*. Nunca dejaré de amarte, Will.

Su estela rodó por la alfombra, ella seguía sentada en su regazo; él la tomó fuertemente de las caderas y se inclinó para besarla. Estaba completamente perdido en el momento en el que sus labios se tocaron. Estaba perdido en Tessa, en la desesperada necesidad de besarla con más fuerza, Sostenerla con más firmeza, tenerla todavía más cerca, las manos de Will se deslizaban y resbalaban sobre la seda y los lazos de su bata, el material agrupado bajo la caricia de sus manos.

Mientras su beso se volvía más salvaje, Will se encontró a sí mismo intentando deshacer el nudo de seda en el cuello de su bata, ella soltó un pequeño jadeo mientras el material se deslizaba por su cuerpo, desnudando la parte superior de sus pechos. Su piel era suave y pálida como la crema. Will no podía detenerse a sí mismo de besar su garganta, sus clavículas, trazando sus labios suavemente sobre la gentil curva de sus hombros. Ella gimió suavemente y se retorció en su regazo, las manos de ella sosteniéndose de sus hombros, sus uñas enterrándose ligeramente.

Will supo que si no hacía algo de prisa, iban a terminar tendidos sobre la alfombra y nunca volverían a levantarse, con un profundo gemido en su garganta, él deslizó un brazo bajo las rodillas de Tessa y el otro alrededor de sus hombros; ella rio sorprendida mientras era llevada a la cama, ambos cayeron contra la suavidad de las almohadas y la colcha de plumas, tomándose el uno al otro, el largo sufrimiento por la espera de este momento finalmente terminaba.

Will se quitó los zapatos a patadas, cayendo sobre el recuerdo del vestido de moños, mientras Tessa se estrechaba contra él, su largo cabello formando una cortina sobre ambos. En la cueva, había estado oscuro; ahora él podía ver todo de Tessa, y era completamente exquisita.

Ella tocó su rostro con sus dedos, luego él dejó que su mano hiciera su camino descendiendo en su cuerpo, explorando la suavidad y dureza de su pecho, y la nueva runa sobre su corazón.

—Mi hermoso Will —dijo ella. Su voz llena de deseo.

El la atrajo hacia sí y rodaron juntos a través de la cama, piel contra piel; arrodillado comenzó a besar cada pulgada de su cuerpo. cómo sabía que lo haría, olvidó todo lo demás mientras ella se arqueaba y temblaba bajo su toque, solo estaba este momento, solo esta noche, solo los dos, solo Will y Tessa Herondale, y el comienzo de su vida juntos.

* * *

Varias horas después, Will fue despertado por el gentil toque de Tessa en su hombro, él dormía con el brazo a su alrededor, su cabello esparcido sobre su pecho. Bajó la mirada hacia su esposa; ella le estaba sonriendo.

— ¿Qué pasa? —susurró él, peinando un manojo de cabellos fuera de los ojos de ella.

— ¿Oíste las campanas? —le preguntó ella.

Will asintió; al instante las campanas de St. Paul anunciaron la una de la mañana.

—Es el día después de nuestra boda —dijo Tessa—. ¿No eres más feliz de lo que eras ayer? Porque yo sí. Creo que seré más feliz con cada día que pase contigo por el resto de nuestras vidas.

Will sintió que una sonrisa se esparcía por su rostro.

—Mi esposa es una insolente. ¿Me despertaste a mitad de la noche solo para aclarar tu punto?

Tessa rodó contra él bajo las sábanas, él sintió el suave toque de su piel contra la suya.

—Tal vez no solo para aclarar mi punto, amor mío.

Will rio suavemente y la atrajo hacia él entre sus brazos.

Relato Traducido por Samn y Wes
Corregido por Annie y Samn



Una Carta de Ragnor Fell a Magnus Bane



De la pluma de Ragnor Fell, ex Gran Brujo de Londres.

Messr. Magnus Bane,
c/o Instituto de Nueva York

Mi buen señor,

Como el ex Gran Brujo de Londres y un conocido de hace algunos años, sentí que era mi deber escribirle como cortesía con respecto a su interés en el envío del año pasado de la piel de sapo. Fade y Nix no deberían haber reclamado la mayor parte por sí mismos, son los Grandes Brujos de Londres y Nueva York respectivamente, y creo que ellos tienen el derecho a todas las pieles de sapos que deseen.

Ahí está. Los muchos enemigos que tengo nunca leen más allá de las primeras líneas. Un montón de horribles holgazanes hasta los huesos.

¿Cómo estás, Magnus, niño idiota? Mi última carta regresó con un mensaje diciendo que ya no eras bienvenido en un lugar respetable. Estaba naturalmente decepcionado, pero no me sorprendió saber que fuiste expulsado por las puertas de otro hotel. ¿Cuándo comprarás una residencia y te quedarás en un solo lugar?

Te escribo desde Capri, ese denso montón de chatarra, rocas y mariscos, donde el cielo es al menos azul y la soledad un alivio. Londres está positivamente lleno de subterráneos recién llegados, después de que el director del Instituto de Londres hubiera demostrado amabilidad hacia los subterráneos, claramente. Después de todo, William Herondale

se casó con una. Él y su esposa siguen dedicados el uno al otro con esa intensidad particular que se encuentra solo en el corazón de las parejas casadas que escandalizan a la sociedad mientras bailan juntos. Herondale también menciona con frecuencia su afecto perdurable por ti, y por lo tanto su deseo de conocerme mejor. He cuidado mucho a los Herondale, y he estado poniendo excusas sobre ir a tomar el té durante diecinueve años. Gracias por eso.

Como sea, no te escribo por Will Herondale, sino más bien sobre el asunto de sus hijos. De hecho, es todo un grupo de jóvenes nefilim que son absolutamente salvajes.

Puedo indicar el comienzo de la perturbación desde el momento de la llegada de una joven a nuestra bella ciudad. Tiene pelo de henna y para sorpresa de nadie es una bravucona perfecta. Su nombre es Cordelia Carstairs.

Naturalmente, esta jovencita negligente está involucrada con los Herondale. Creo que puedes recordar al hijo de Will, James, de tu corta pero ajetreada visita en la que lo vimos disparando a las luces de los candelabros en un ataque de dramática miseria. Aunque su puntería pudo haber mejorado, su sentido común seguramente no lo ha hecho, ya que se ha sumergido completamente en la investigación de los ataques de demonios diurnos que han perturbado el Londres nefilim.

James tiene una hermana, Lucie Herondale, una niña agradable pero extraña que parece llevarse bien con la mitad de los fantasmas de Londres. Lucie es el vínculo de la señorita Cordelia Carstairs. Las dos son amigas de la infancia, como uña y mugre. Insistieron en convertirse en

parabatai. Pero el problema no termina ahí. James Herondale también es el cabecilla de un grupo de rufianes nefilim.

En primer lugar, está el *parabatai* de James, Matthew Fairchild, que posee el desenfreno particular de un joven que quiere ser tratado como un cínico y astuto anciano, olvidando que apenas lleva en este mundo el tiempo suficiente para alimentarse a sí mismo. Viste con puros claveles verdes y vestido con abrigos de terciopelo y una licorera grabada en su bolsillo. Te caería bien. Si vinieras a Londres sin duda te encontrarías con él; los subterráneos menos codiciados lo conocen por ser un forastero recurrente. Generalmente lo considero alguien infeliz pero inofensivo. Mejor tener a un cazador de sombras ahogando sus penas, que cortando nuestras cabezas.

También está el asunto de los Lightwood. No me preguntes de qué parte de la familia me refiero, porque no sé y tengo poco interés en averiguarlo. Me di cuenta que Londres ha sido bendecido con muchísimos Lightwood. Hay una jovencita Lightwood, Anna, lo suficientemente mayor para vivir por su cuenta, que anda con los trajes más fantásticamente a la moda. Probablemente también te gustará. No me quejo de ella.

Su primo Thomas, también es lo suficientemente inofensivo. Gracias al cielo, porque es enorme. Nunca dejaré de encontrar a los cazadores de sombras más grandes como una presencia intimidante, incluso si son tan silenciosos y bien intencionados como Thomas. Él es *demasiado* amistoso. Un hombre que es tan amable llega a ser sospechoso.

Y luego está mi Lightwood menos favorito de todos, incluso peor que el que se convirtió en gusano (cuyas fiestas al menos, avivaban la red de

chismes de Londres). Christopher Lightwood, «científico», o mejor dicho «artesano del desastre». Dejé de enseñar en la Academia de Cazadores de Sombras porque Christopher Lightwood causó una terrible explosión y derribó un edificio por encima de nuestros oídos. Todavía escucho el zumbido por las noches.

No sé si estos Lightwood, Carstairs y Herondale serán la condena o la salvación del Enclave, pero seguramente serán un dolor de cabeza. Pueden encontrarse corriendo por las calles a la medianoche, empeñados en sus misteriosas misiones, mientras que el caos está plagando la ciudad. Después de mi único encuentro con ellos como grupo, me separé de las islas británicas de una vez y me fui a un terreno más cálido.

Lamento profundamente haber sentido la necesidad de escribir esta carta, pero el Londres de los nefilim ha cerrado sus Portales y tratan de soportar su misteriosa tormenta solos. No creo que los brujos debamos interferir con los asuntos de los nefilim. Sin embargo, la sombra que ha caído sobre la ciudad puede significar peligro para más que solo los cazadores de sombras. La gente se está muriendo. Algunos muy jóvenes e indefensos. No podía soportar la idea de cómo me regañarías, si te enteraras demasiado tarde, y creyeras que podrías haber ayudado.

Si aún sigues teniendo amabilidad en tu corazón por Will Herondale y su progenie, entonces te sugiero que vayas a Londres de inmediato.

Tu querido amigo,

Ragnor Fell

SHADOWHUNTERS CONTRA LA LEY

Agradecimientos y Notas

Disfrutamos tanto cuando un proyecto queda finalizado y agradecemos aún más la paciencia y apoyo que todos han tenido con nuestro equipo.

Este trabajo no hubiera sido posible sin las personas que ayudaron tanto a traducir como a editar, a maquetar y a dar una revisión tras otra de cada capítulo mientras sacrificaban sus horas de sueño.

Esperamos seguir aquí para ustedes, contribuyendo al fandom al que todos pertenecemos.

¡Nos veremos en la siguiente traducción, y probablemente en algún proyecto sorpresa más!

Cadena de Oro fue un proyecto que muchos fans esperamos por años y ahora, ¡finalmente lo has terminado!

Cadena de Hierro saldrá el próximo año, mientras tanto, si no has leído las historias cortas que suceden antes de Cadena de Oro, te recomendamos las siguientes (todas traducidas por SHCLL):

- *Sombras del Pasado*, primera historia de la antología «Fantasmas del Mercado de Sombras» ¿cuál es el pecado que cometió Matthew Fairchild?
- *Cada Cosa Exquisita*, segunda historia de la antología «Fantasmas del Mercado de Sombras» ¿cuál es la historia entre Anna Lightwood y Ariadne Bridgestock?
- *Aprender Sobre la Pérdida*, tercera historia de la antología «Fantasmas del Mercado de Sombras» situada muchos años después de la trilogía; el Hermano Zachariah tiene un encuentro interesante con Belial.

Puedes leer todos estos relatos aquí: Fantasmas del Mercado de Sombras

Además, Cassie sacó algunas historias cortas cada mes antes de que Cadena de Oro saliera oficialmente; entre los relatos está la historia de cómo fue que Cordelia ganó su apodo «Daisy», un vistazo a la locura de Tatiana Blackthorn, la ceremonia parabatai de James y Matthew, la primera estadía de los Ladrones Alegres en la Taberna del Diablo, ¡y más!

Puedes leer todas estas historias aquí: The Last Hours, historias cortas

Síguenos en Facebook para conocer todas las actualizaciones de las próximas traducciones:

Cazadores de Sombras desde 1234

Grupo: Shadowhunters Contra la Ley: Traductores y fans

Twitter: @SamnLh